

A young man and woman are shown in a close embrace. The man is on the left, wearing a maroon hoodie, and the woman is on the right, wearing a dark jacket. They are looking down and to the right. The background is a dark blue sky with faint stars. The title is written in a white, cursive font over the image.

*Entre las nubes
y las estrellas*

GEMA MARTÍN MUÑOZ

ENTRE LAS NUBES
Y LAS ESTRELLAS

Gema Martín Muñoz

Título: *Entre las nubes y las estrellas*

© Gema Martín Muñoz, 2016

Diseño de la portada: Gema Martín Muñoz

Maquetación: Gema Martín Muñoz

© Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u

otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Para aquellos que, en algún momento, se sintieron
como la protagonista de esta historia.*

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Capítulo 52](#)
[Capítulo 53](#)
[Capítulo 54](#)
[Capítulo 55](#)
[Capítulo 56](#)
[Capítulo 57](#)
[Capítulo 58](#)
[Capítulo 59](#)
[Capítulo 60](#)
[Capítulo 61](#)
[Capítulo 62](#)
[Capítulo 63](#)
[Capítulo 64](#)
[Capítulo 65](#)
[Capítulo 66](#)
[Capítulo 67](#)
[Capítulo 68](#)
[Capítulo 69](#)
[Capítulo 70](#)
[Capítulo 71](#)
[Capítulo 72](#)
[Capítulo 73](#)
[Capítulo 74](#)

[Capítulo 75](#)

[Capítulo 76](#)

[Capítulo 77](#)

[Capítulo 78](#)

[Capítulo 79](#)

[Capítulo 80](#)

[Capítulo 81](#)

[Capítulo 82](#)

[Capítulo 83](#)

[Capítulo 84](#)

[Capítulo 85](#)

[Capítulo 86](#)

Prólogo

Ari

—¿No tienes equipo para hacer el trabajo, Ari?

La pequeña de siete años negó con la cabeza y la maestra echó un vistazo a todos los grupos formados de la clase de plástica, hasta que su vista se detuvo en uno de ellos, constituido por cuatro niñas.

—Ven conmigo. —La maestra cogió a Ari de la mano y la dirigió hacia su nuevo grupo.

Ari, al ver a las integrantes, cambió la expresión alegre de su rostro a una de terror. La maestra no le podía estar haciendo eso: no podía ponerla con las niñas que la odiaban y le hacían la vida imposible a todas horas.

—Niñas, tenéis una nueva compañera en vuestro grupo —anunció la maestra.

Mónica, la líder de las cuatro, fue la que habló primero para mostrar su desagrado.

—Aquí no aceptamos a gordas perdedoras. —Le dedicó a Ari una sonrisa burlona y las demás se rieron.

A la pequeña de ojos verdes le empezó a temblar el labio y se escondió tras la profesora. Pensaba que, si se quedaba en ese equipo, acabaría mal.

—Mónica. —La maestra miró a la líder—. Ari es vuestra compañera. Os tenéis que llevar bien.

—Vale —cedió finalmente, con cara de estar tramando algo.

—Siéntate, Ari —le indicó la maestra, y la guió hasta la única silla vacía, la que había al lado de su enemiga—. Portaos bien.

Ari no sabía qué hacer. Sabía que su compañera de equipo estaba tramando algo. La conocía a la perfección. Pero en vez de seguir pensando en eso, atrapó un pincel y se unió al dibujo que estaban haciendo las demás.

Cuando se encontraban todos concentrados en sus trabajos, Mónica se levantó de su asiento y cogió un bote de pintura verde. Se fue acercando despacio a Ari por detrás y se lo echó por encima.

—¡La masa! —exclamó una de las otras niñas.

Todos los de la clase se rieron.

Ari empezó a llorar escandalosamente y salió corriendo del aula, manchada de pies a cabeza de pintura verde.

Nunca escaparía de ese infierno.

* * *

Álvaro

—¿A que no te atreves a robarle al vecino la consola?

Los dos niños de ocho años estaban sentados en los escalones del porche; él tenía el pelo más negro que el carbón, y ella, rojizo.

—¿Cómo que no? Ya verás —contestó él.

Álvaro se fue corriendo hasta el jardín de la casa de al lado, donde se encontraba un niño jugando con su consola.

—Tú, pringado. Dame eso ahora mismo.

El niño levantó la vista de su maquinita y se encontró con la amenazadora mirada de su vecino. Luego tragó saliva y se atrevió a responderle:

—No quiero.

El pequeño Álvaro rió con ironía; después se abalanzó como un loco sobre su vecino, le quitó la consola de las manos y salió a toda pastilla en dirección a su casa.

—Ya está. Ha sido fácil —anunció, y la niña de cabellos rojizos lo miró, sorprendida—. Me toca —continuó—. Pero esto lo tienes que hacer dentro.

Los dos se dirigieron hacia el interior de la casa y fueron hasta la cocina. Álvaro le dijo a la niña que lo esperara allí y se marchó para coger una cosa.

—Aquí tienes —dijo en cuanto regresó, plantando sobre la mesa un vaso lleno de un líquido raro—. Tienes que bebértelo.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Bébetelo y lo sabrás.

La niña cogió el vaso y bebió. En ese momento entró Marga, la nana, con la botella de lejía en la mano.

—¿Se puede saber por qué has dejado esto tirado en el suelo y has salido corriendo en cuanto me has visto? —le rió a Álvaro enseñándole lo que llevaba, y observó a la niña—. ¿Qué es eso que estás bebiendo? —Le quitó el vaso y olió el líquido—. ¡Dios santo! —Y salió disparada de la cocina.

Al cabo de unos minutos, entraron los padres de Álvaro, atacados, junto a Marga.

—¡Tenemos que llevarla al hospital! —exclamó la madre, y cogió a la niña en brazos.

—Te vas a enterar cuando volvamos. —El padre señaló con el dedo a su hijo,

en tono de amenaza. A continuación, se fueron hacia el hospital, dejando a Álvaro con Marga.

El niño bufó y se metió en el salón. Sabía lo que le iba a suceder en cuanto sus padres entraran por esa puerta. Lo sabía perfectamente. Y le daba igual. Sólo quería llamar la atención de alguna forma.

Se sentó en la banqueta junto al piano de cola negro, posó sus manos sobre las delicadas teclas y empezó a tocar *El lago de los cisnes* mientras se olvidaba, por un momento, de lo que había pasado hacía un rato.

Capítulo 1

Ari

—Se te ha puesto la lengua azul.

—Es culpa del helado —replico terminándome mi tarrina, y le saco la lengua a mi amigo.

Paseando por Mallorca, nos hemos metido en la primera heladería que nos hemos encontrado para tomar un helado. Mi amigo se ha pedido un cucurucho con tres bolas de chocolate, y yo una tarrina grande de helado azul, que sabe a chicle y que lo llamo «pitufo». Recuerdo que, cuando era pequeña, mi padre me lo compraba siempre al recogerme del colegio, y era uno de mis sabores favoritos. Aunque todavía lo sigue siendo, mis gustos no han cambiado mucho con el paso de la infancia a la adolescencia.

—Me recuerdas a un perrito que tiene la lengua de ese color.

—¿Te refieres a un *chow-chow*? —le pregunto. Me encantan esos perros tan peludos. Cuando me independice, adoptaré uno si mi gata me da permiso.

Diego asiente, esbozando una sonrisa.

—Ahora vengo, que voy a pagar la cuenta —dice levantándose de un salto, y se encamina hacia la barra antes de que pueda detenerlo.

Maldito.

Me doy cuenta de que las dos tías sin cerebro que se han sentado en la mesa de enfrente empiezan a cuchichear entre ellas sin dejar de mirarme. Seguro que estarán preguntándose qué es lo que hace alguien como yo con un chico tan guapo como Diego.

Decido levantar la muralla anticriticonas unineuronales.

A ver, Diego y yo no somos novios ni nada, sólo buenos amigos. Él vive en Barcelona y yo en Málaga. Mi madre y la suya se conocen desde muy jóvenes, pero a él lo conocí el verano del año pasado, cuando mi madre me «obligó» a pasar las vacaciones con ellos y con mi familia. Este año ha ocurrido exactamente lo mismo, pero me alegro, porque he podido conocer más a fondo a Diego; además, he estado echándolo mucho de menos y sólo hablábamos por WhatsApp.

—¿Nos vamos? —Mi amigo acaba de regresar con esa sonrisa que hace que se le marque el hoyuelo de la barbilla. Parece mentira que sea tan simpático con

todo el mundo, desprende demasiada energía cuando habla, como si estuviera hecho de electricidad. Yo creo que, si se propusiera a encender una bombilla con la mente, lo conseguiría.

Yo soy todo lo contrario a él. Carezco de simpatía, a veces tengo mal carácter y puedo ser la persona más arisca del mundo. Me siento incómoda cuando alguien demuestra algún tipo de afecto hacia mí. No creo en la reencarnación, pero si existiera, en mi vida anterior habría sido un gato hurraño.

Por cierto, ¿no he mencionado que me gustan los gatos? Tengo una gata más antipática que yo, que siempre hace lo que le sale de sus partes íntimas y que me araña mis camisetas favoritas. Pero es el único ser que me entiende en este planeta, porque ni yo misma me entiendo. Me la encontré en una caja de cartón, al lado de un contenedor de basura y, según el veterinario, rondaría los tres meses. Mi madre convocó al diablo que vivía en su interior y se puso hecha una loca, diciendo que esa bola negra de pulgas nos iba a traer mala suerte y que la devolviera al lugar donde me la había encontrado. Pero por una vez en mi vida, no le hice caso.

—La próxima vez me toca pagar a mí —contesto, y me levanto de la silla de metal. Estoy segura de que se me habrán quedado las marcas en la parte trasera de los muslos.

—Eso ya lo discutiremos en su momento.

—Te amenazaré con mi carcaj invisible de Katniss Everdeen —digo haciendo como que le lanzo una flecha, imitando a la protagonista de *Los Juegos del Hambre*, mientras caminamos hacia el hotel.

—Y yo te haré cambiar de opinión con mi varita invisible de Harry Potter.

—Te tienes que mirar tu obsesión por esa saga —le respondo carcajeándome, para picarlo.

—Eso lo dices porque no te la has leído, pero ya me encargaré yo de que lo hagas.

Siempre está con lo mismo. Con la cantidad de libros que tengo pendientes de leer, *Harry Potter* va a tener que esperar mucho tiempo.

—Te veo después, Ari, que voy a aprovechar para llamar a Natty por Skype.

—Vale, nos vemos luego.

Natty es su novia. Llevan ocho meses juntos y están muy enamorados. Cuando hablan por teléfono y estoy yo delante, me da una sobredosis de azúcar de lo empalagosos que son. Yo paso de todo ese rollo de los novios, sólo sirven para perder el tiempo. Nunca me he interesado por ningún chico y mi madre me dice que son todos iguales. Además, tampoco me imagino a nadie fijándose en mí.

Entro en mi habitación y me pongo con el portátil. Me meto en Skype y veo a

Sandra conectada, así que le mando una videollamada al instante.

—¡Ari! —me saluda, y yo diviso a Chris a su lado.

—¿Qué tal por allí? —quiere saber él.

—Genial, pero echándoos un poquito de menos —contesto. En realidad los estoy echando muchísimo de menos.

—Tu amiga te tiene que contar algo importante —me informa el cotilla de Chris, señalando con el dedo a Sandra.

—Dispara —digo mirando a Sandra, que toma aire, preparándose para soltar la bomba.

—Estoy saliendo con Hugo. —Se pone a dar palmaditas demasiado contenta.

Me quedo flipando. Veo que ha aprovechado el tiempo este verano. Le lleva tirando los trastos a ese chico desde el curso pasado y él siempre ha pasado de ella como si tuviera la peste.

—¿Desde cuándo? —quiero saber.

—Dos semanas —me responde mi amiga.

—Qué calladito te lo tenías, eh.

Chris se lleva un dedo a la sien derecha y hace el gesto de como si le faltara un tornillo a Sandra.

—Y tú, ¿qué? ¿Te has enamorado de alguno? —me pregunta la maruja de mi amiga.

—¿Tengo que contestar a esa pregunta? —Suspiro, poniendo los ojos en blanco.

—Secuestra uno para Chris —me pide; luego se detiene un momento y añade —: Mejor no, porque John no le quita el ojo de encima.

John va a nuestra clase y se junta con los graciosillos del instituto. Casi siempre lo pillamos mirándonos a los tres, sobre todo a Chris, pero siendo sincera, no tiene ni una pizca de gay porque ha estado con varias chicas del insti.

—John está atontado —interviene mi amigo—. Me mira para reírse de mí con sus coleguitas homófobos.

Alguien interrumpe la videollamada tocando la puerta de mi habitación. Debe de ser Diego.

—Chicos, os dejo, que me buscan —digo, y me despido de ellos con la mano. Cierro el portátil y corro a abrir la puerta.

—¿Te vienes a la piscina? —me pregunta Diego con una toalla colgada al hombro. Sólo lleva un bañador de caballitos de mar y las chanclas. No puedo evitar fijarme en que está mucho más moreno que hace un par de semanas.

—Vale, pero espera un momento.

Le cierro la puerta en las narices y me dirijo hacia el baño. Me quito la ropa que llevo puesta y me pongo el bikini. No sé para qué, si no lo pienso lucir. Me

miro en el espejo de cuerpo entero y observo mi barriga de gorda, mis piernas de gorda y mi culo de gorda. Puto asco. Cuando regrese a Málaga, pienso apuntarme a un gimnasio y ponerme a dieta, pero de manera seria. Se acabó lo de parecer una vaca grasienta.

Me vuelvo a poner mi camiseta y mis *shorts*, y salgo del baño.

—Vamos —digo al volver a abrirle la puerta a Diego.

Al llegar a la piscina, no hay demasiada gente, cosa que me gusta. Odio las aglomeraciones, porque tengo la sensación de que todo el mundo está juzgándome con la mirada.

—Hoy tienes que meterte sí o sí —me presiona mi amigo.

—No.

—Desde que llegamos no te has bañado ni una vez, ni siquiera te has quitado la ropa.

Vaya, qué observador es. Se nota que es el empollón de su clase y tiene todas sus neuronas vivas.

—Sabes que no me gusta meterme.

—Ten mucho cuidado conmigo, que puede que algún día haga que te caigas accidentalmente al agua —me advierte en tono divertido.

—Ya, ya. —Sonrío, sabiendo que no será capaz de hacerme esa cabronada.

—Venga, báñate conmigo, que me aburro solo. ¿No te doy ninguna pena? — Hace pucheritos intentando convencerme, pero está haciendo el tonto y sabe a la perfección que no lo va a conseguir.

—No voy a ceder.

—Venga, venga, venga. —Empieza a darme con su dedo índice en el hombro, que es una de las cosas que me pone más nerviosa y lo sabe—. Venga, venga, venga.

—No, no, no. —Hago lo mismo que él, pero me tengo que poner de puntillas para llegar a su hombro.

—Me da igual, puedo estar así todo el día hasta que te convenza. —Sigue dándome con el dichoso dedito y yo pienso en si arrancárselo sería una buena idea.

Me cruzo de brazos y lo miro con cara de pocos amigos.

—Eres un pesado.

—¿A que te hago cosquillas?

—¿A que no te atreves? —le reto.

—¿A que sí?

Antes de que se acerque a mí, salgo a correr en dirección a algún sitio en el que pueda estar a salvo y Diego viene corriendo detrás de mí para intentar alcanzarme, como si fuéramos críos de preescolar.

—¡No te escapes! —grita, y siento las miradas de toda la gente sobre mí.

Miro hacia atrás y me doy cuenta de que a Diego le queda poco para alcanzarme. Mierda. Ya no tengo escapatoria. Es lo que tiene competir en una carrera con un tío que mide más de metro ochenta comparado con mi casi metro sesenta.

—Te pillé —dice agarrándome desde atrás.

Me doy la vuelta hacia él y decido rendirme.

—Está bien, tú ganas. Me bañaré contigo. ¿Contento?

Se frota las manos, satisfecho, y ahora es cuando de verdad sospecho que sus asquerosos zumos de verduras contienen alguna sustancia ilegal para que se comporte de esa forma.

—¡Pero qué acaramelados se os ve, niños! —exclama Blanca, la madre de Diego, que acaba de aparecer con la mía.

—Estás loca, mamá —le contesta su hijo, y yo me pongo del color del tomate.

—¿Para cuándo la boda? —interviene mi madre.

Ya se les ha ido la cabeza de beber tantos tintos de verano.

Diego y yo intercambiamos una mirada.

—Nos vamos a bañar, ¿verdad, Ari? —dice mi amigo intentando salir de esta situación; yo asiento y nos escapamos de esas dos chaladas—. ¿Para cuándo la boda? —se burla.

—Les falta un tornillo.

Imposible. No puedo ver a Diego de otra forma en la que no sea mi amigo.

En cuanto nos acercamos a la piscina, me quedo pensando en si quedarme en bikini o salir corriendo y fingir que me ha entrado un apretón.

—Vamos, Ari, antes de que se meta más gente —me presiona el pesado de mi amigo.

—Ahora.

Miro a mi alrededor y observo que todo el mundo está concentrado en lo suyo, así que me armo de valor, me quito los *shorts* y luego continúo con lo más difícil: la camiseta. Diego me mira. Sé lo que está pensando de mí: que estoy tan gorda que parezco un luchador de sumo. Lo piensan todos. Lo sé.

Capítulo 2

Álvaro

—Melody, ponme otra.

—Ni hablar. Te has bebido ya tres copas, así que no pienso ponerte ni una más —me recrimina.

—¿Te he dicho ya lo sexy que estás de camarera? —La miro, poniéndole ojitos.

—No seas pelota, que sabes que esas cosas no te funcionan conmigo. Acuérdate de que no me van las pollas —dice, y me da una palmadita en la mejilla mientras en la disco suena *Bailando*, de Enrique Iglesias.

Bufo. Odio esa canción.

—La última, te lo prometo. —Junto las dos manos como si estuviera rezando y le pongo morritos—. Y te doy una propinilla, venga.

—Hecho, pero primero págame.

Le dedico una media sonrisa y saco la cartera del bolsillo de los vaqueros. Cojo un billete de veinte euros y se lo tiendo sin borrar la felicidad de mi rostro. Mel me quita el dinero de las manos, se lo guarda en el canalillo y se marcha para preparar mi cubata y mi cambio.

He ganado.

Un minuto después, regresa con un vaso lleno de algo que no es lo que yo he pedido y lo planta encima de la barra.

—¿Qué cojones es esto? —le espeto señalando con la cabeza la porquería que me ha traído.

—Un zumito de piña. A ver si se te quita toda la tontería de una vez.

—¿Estás de coña? Ya puedes estar devolviéndome los veinte euros si no quieres que te pida la hoja de reclamaciones.

—Me da igual, Buenorro. No puedes seguir así. Tienes que dejar de emborracharte cada noche, si no, me veré en la obligación de meterte en un centro de alcohólicos anónimos —me dice muy convencida.

La fulmino con la mirada.

—Te odio.

—Me amas. —Mel me lanza un beso y se pone a atender a la gente de la barra.

Me las va a pagar.

Le doy un sorbo a la bebida de mocosos y hago una mueca de asco.

Joder, menuda mierda de vida y menuda mierda de todo.

Me quedo un rato esperando a que Mel termine de poner copas para que se venga a escuchar mis penas como ha estado haciendo durante estos últimos meses. Sin embargo, mis ojos se van hacia la entrada de la disco y observo una silueta que me resulta familiar. A pesar de las luces de neón y de todo el barullo de gente, no se me ha hecho muy difícil reconocer a ese capullo. Se me empieza a tensar todo el cuerpo. ¿Qué hago? ¿Voy y le rompo las piernas? ¿Le pego una paliza hasta dejarlo inconsciente? Todo esto es demasiado poco comparado con lo que hizo. ¿Y cómo cojones se atreve a salir de su casa con la incertidumbre de si se encontrará conmigo o no? Muy listo no es.

—Como sigas apretando los puños de esa forma, se te van a descolocar los dedos. —Mel interrumpe el asesinato mental que estoy tramando. En cambio, yo sigo sin desviar la mirada de ese cabrón, que está tan contento haciendo tonterías con sus colegas como si no hubiera pasado nada—. ¿Qué te ocurre?

—Mira allí. —Señalo con la cabeza el lugar donde se encuentra el tipo al que voy a matar esta noche.

Mel posa su mirada en ese; después me coge del brazo con fuerza y me obliga a mirarla fijamente.

—Ni se te ocurra hacer nada, Álvaro.

Estoy a punto de echar humo por la cabeza como siga aguantándome toda esta rabia.

Respiro hondo; no funciona. Vuelvo a intentarlo; sigue sin funcionar.

No puedo, tengo que sacarlo todo.

—Suéltame —le ordeno a mi amiga. Libero mi brazo y salgo disparado hacia mi objetivo mientras oigo a Mel gritar mi nombre detrás de mí. Varias personas se cagan en toda mi generación al chocarme con ellas y yo les saco el dedo corazón.

Continúo caminando a la vez que pienso en alguna forma de poder descuartizar al memo de Dani sin que parezca que lo haya hecho a propósito.

«Te vas a enterar, pedazo de desgraciado».

Llego hasta él, aparto a su amigo de en medio de un empujón y le propino a Dani un puñetazo en la mandíbula, haciendo que aterrice en el suelo.

—¡Hijo de puta! —le grito mirándolo con los ojos llenos de furia—. ¡Te juro que voy a acabar contigo cueste lo que cueste!

Le pego patadas por todo el cuerpo mientras se retuerce de dolor con todos los subnormales de la discoteca mirándonos, formando un círculo alrededor de nosotros.

—¡Álvaro, para! —me ordena la voz de Mel.

Ni de coña pienso parar. Este tío tiene que estar donde se merece.

—¡Tío, tranquilízate! —Ahora es Sergio el que está intentando detenerme, apartándome del idiota. Y no entiendo cómo, pero consigue sacarme de la disco.

Me cuesta respirar. Los recuerdos se agolpan en mi cabeza haciendo que se me forme un nudo en la garganta. Mel se acerca a mí y posa sus manos en mi rostro.

—Tranquilo —dice mirándome con sus ojos azules llenos de preocupación.

Suelto un suspiro.

—No puedo, joder.

—Lo sé, Álvaro, pero no puedes solucionar las cosas así. Tienes que pasar página.

Pasar página. ¿Cómo demonios se pasa la dichosa página si llevo casi seis meses atrapado en ella? Esto no tiene sentido. Mi jodida vida no tiene sentido.

—No puedo —repito.

—Lo conseguirás. Ahora, vete a casa. —Dirige su mirada a Sergio y saca las llaves de su coche—. Llévatelo.

Sergio asiente y se hace con ellas.

—No soy un jodido niño pequeño que necesita niñoero. Puedo irme con la moto —replico.

—¿En serio, micro-pene? ¿Con lo alterado y borracho que estás? Ni de coña —interviene Sergio; luego su mirada se detiene en Mel—. ¿Y cómo te vas a ir tú cuando acabes?

Mis dos amigos ladean sus cabezas en mi dirección como si estuvieran imitando a la niña del exorcista.

—¿Qué? —inquiero de brazos cruzados, y es entonces cuando caigo en la cuenta—. Por encima de mi cadáver.

—¿Vas a dejar que camine solita por las calles de Madrid a las tantas de la madrugada? —me pregunta Mel fingiendo tristeza.

Resoplo y le tiendo las llaves de la moto.

—Cuidala como si fuera tu vida entera.

* * *

Me despierto con el cuerpo como si me hubiesen pasado cuatro camiones por encima. Me incorporo sobre la cama, cojo la caja de tabaco y saco un cigarro. Me lo coloco entre los labios, lo enciendo y le doy la primera calada.

No hay mejor forma de despertarse que con un cigarro. Bueno, sí, habiendo echado un buen polvo la noche anterior, pero ayer estuve lo bastante alterado

como para ligar con alguna.

Me levanto de la cama, me termino el cigarro y lo tiro por la ventana. Salgo de mi habitación, estirándome como si me fuera la vida en ello, y me dirijo a la cocina. Sergio está desayunando cereales como si estuvieran a punto de robarle el tazón en cualquier momento.

—Eh —lo saludo dando un bostezo.

—Eh.

Abro el armario donde están guardados mis cereales y lo encuentro vacío. Miro al bribón que hay zampando en la mesa y con *mi* caja de cereales a su lado. He entrado tan dormido en la cocina que no me he dado cuenta de que se estaba comiendo los míos.

—Cabrón, ¿qué cojones haces con mis cereales? —Cojo la caja y observo que no ha dejado ni un grano—. ¿Te los has zampado todos?

—¿Y qué querías? No había otra cosa y me estaba muriendo de hambre.

—Eran sagrados, gilipollas. —Le pego un tortazo en la nuca y él finge que le ha dolido. Ojalá le entre una diarrea que no pueda salir del baño en meses.

Se escucha la puerta de la entrada.

—¡Mis amores! ¡Ya estoy en casita! —exclama Mel, que habrá llegado de algún sitio.

Joder, ¿ya son las dos de la tarde?

Busco en la nevera algo para desayunar, o para almorzar, mejor dicho, pero sólo hay un yogur caducado y un par de latas de cerveza. Con el hambre que tengo...

—Álvaro, tienes una visita. Está en el salón —me informa mi amiga.

—¿Quién es?

—Sorpresa.

Pongo los ojos en blanco y cierro la nevera de un portazo. Me encamino hacia el salón, donde veo a esa mujer sentada en el sofá con unos *tuppers* en las manos.

—¿Qué coño estás haciendo tú aquí? —le espeto.

—Hola, hijo.

«No soy tu hijo».

La desconocida deja los *tuppers* encima de la mesa y se levanta para intentar darme un abrazo; yo me aparto antes de que lo haga.

—Qué. Estás. Haciendo. Tú. Aquí —repito haciendo una pausa en cada palabra.

—Quiero hablar contigo, por favor.

No, no, no y no.

—Claro, hablar. —Me muerdo la lengua para no soltar una burrada. A tomar

por culo; no consigo contenerme y estallo—: ¿Qué pasa? ¿Que te has quedado sola y ahora quieres que haga de tu hijo como si no hubiera pasado nada?

Presiento que mi padre, bueno, mejor dicho, mi no-padre, tiene algo que ver.

Miro a la mujer, que está observándome con ojos llorosos, y me doy cuenta de que está algo desmejorada desde la última vez que la vi. Tiene unas ojeras que le llegan hasta el suelo, está mucho más delgada y muy descuidada. Nada que ver con la de hace unos meses.

—Hijo, lo siento.

Me vuelvo a morder la lengua. A este paso voy a acabar haciéndome sangre. Decido sentarme en el sofá, y esa extraña hace lo mismo.

—¿Qué quieres?

Da un suspiro.

—Me voy de la ciudad —me responde mirándome fijamente, aunque yo le aparto la mirada de inmediato—. Tu padre y yo lo hemos dejado.

Venga ya, ¿mi no-padre y ella? Seguro que ha sido por culpa de él. Se veía venir.

—¿Y? —inquiero.

—Me gustaría que vinieras conmigo —suelta—. Sé que no tengo el derecho de pedirte esto, pero podemos empezar de cero en otro sitio.

Ni hablar. Antes me tiro de un avión sin paracaídas.

—Te lo hubieras pensado antes, ¿no crees? Ahora no pretendas que seamos una familia feliz —le digo. Ya me estoy empezando a poner de mala leche.

—Por favor, hijo. —Intenta poner su mano en mi mejilla, pero no la dejo—. Estoy muy arrepentida. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo.

Tengo que hacer un esfuerzo por no reírme de manera irónica en su puta cara. ¿Arrepentida? Sí, claro. Las cosas no funcionan así. He perdido a la persona que más quería en este mundo, pero fue mi culpa, lo admito, y todavía me duele al recordarlo. Mis padres me dieron la espalda justo cuando más los necesitaba. De mi no-padre me lo esperaba, pero de mi madre...

—Piénsatelo —me dice—. Me voy en septiembre.

—No tengo nada que pensar porque no me voy a ir contigo a ningún sitio —le respondo. Estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no explotar de rabia y echarla de este piso—. ¿Que te has quedado sola? Pues te lo mereces. Me importa una mierda que estés arrepentida. Ya es demasiado tarde.

Noto que a la desconocida se le humedecen los ojos.

—Vete —le ordeno.

—Está bien. No te molesto más —contesta con voz quebrada, y se levanta—. Sólo espero que algún día puedas perdonarme.

Nunca. Jamás. Ni en mil millones de años.

—Fuera.

La mujer abandona el salón y se marcha.

Increíble.

—¿No crees que te has pasado un poco con tu madre? —Mel acaba de aparecer junto a Sergio.

—Se lo merece.

—Deberías darle una oportunidad —interviene Sergio, que coge los *tuppers* de la desconocida y se sienta a mi lado—. Si los vas a tirar, me los como yo. —Abre uno de ellos.

Alitas de pollo. Se me hace la boca agua.

—Ni de coña, que ya te has zampado mis cereales. —Le quito los *tuppers* de las manos, cojo una alita y me la empiezo a comer como si fuera un cerdo.

—Te vendría bien irte con ella y cambiar de aires —me aconseja Mel—. Es tu madre, Álvaro.

—¿Y me lo dices tú, que también te llevas fatal con tus padres? —Secuestro otra alita y me la zampo.

—Sabes que lo mío es diferente.

—Bueno, ya. No me deis la chapa.

Mel niega con la cabeza y se marcha a su habitación, taconeando con demasiada mala hostia porque sabe que no me va a convencer. Sergio se pone a jugar a la *play*.

—Si te vas, me regalas tu moto —comenta sin quitar su vista de la pantalla de la tele.

Mi moto es el ser al que más quiero en este mundo, después de a mí mismo, claro.

—Más quisieras. Cassie es mía.

Termino de comerme las alitas de pollo y decido salir a la calle a despejarme un rato. Voy a mi cuarto, me visto de manera decente, me cuelgo la guitarra al hombro y me marcho del apartamento, no sin antes coger las llaves que Mel ha dejado en el mueblecito de la entrada. Llego hasta mi moto, me pongo el casco y conduzco en dirección al parque del Retiro.

Lo único que me hace olvidar la mierda de vida que tengo es la música.

Capítulo 3

Ari

Casi se han acabado las vacaciones. Lo digo porque todavía me quedan unos cuantos días de libertad para que comience el instituto, ese lugar al que yo llamo «matadero», donde la gente (sobre todo las chicas) te mira por encima del hombro. Por lo menos en el mío es así. Casi todos me miran como si fuera una especie rara que no han visto en toda su vida. No me apetece nada volver a Málaga, y menos aún empezar las clases. Quiero estar toda mi vida de vacaciones.

Suspiro, contemplando mi reflejo en el espejo del baño del aeropuerto. Me da miedo subirme a la báscula cuando regrese a casa, porque tengo la impresión de que he engordado un par de kilos.

Me miro por última vez. Mi pelo, castaño muy claro, me lo he dejado suelto con las ondulaciones cayendo por delante de mis hombros. Observo mi rostro, que sigue igual de pálido que siempre, y después me pongo de lado para estudiar mi asquerosa barriga llena de grasa.

«Gorda».

Vuelvo a suspirar. Creo que tengo depresión post-vacacional, y lo peor de todo es que a mi madre le apetece ir a Madrid un par de días antes de volver a casa.

Salgo del servicio de mujeres y me acerco a Diego, que está esperándome con la espalda apoyada en la pared.

—¿Preparada para coger el avión? —me pregunta.

—Estoy que no quepo en mí de la emoción —contesto de manera sarcástica.

Si no hubiera sido por él, habría estado todos los días de verano encerrada en la habitación del hotel o persiguiendo a mi madre por las tiendas, aburrida como una ostra.

—Anda, vamos ya, a ver si va a despegar sin nosotros.

—Ojalá —murmuro deseando que eso ocurra.

Todavía recuerdo cuando cogí el avión para venir a Mallorca: me puse malísima. Estuve durante todo el viaje mareada, pasándolo fatal, que hasta me dio un ataque de ansiedad con todos los pasajeros mirándome. Desde entonces decidí no volver a subirme a un avión nunca más, exceptuando el de ahora, que

no me queda más remedio.

Para cuando llegamos, me siento al lado de la ventanilla y respiro hondo, apretando una pelota antiestrés amarilla, que tiene dibujada una cara sonriente y que me ha prestado Diego.

—Tranquila —me susurra, y me coge la mano que tengo libre; la suya es cálida pero áspera—. Cierra los ojos y así te calmas.

—Me va a dar algo —digo apretando más fuerte la pelotita.

Ignoro lo que dice la azafata y el avión comienza a elevarse, haciendo que se me suba la bilis por la garganta. Cierro los ojos y aprieto la mano de Diego con fuerza, a punto de cortarle la circulación.

—Estás muy graciosa —comenta en tono divertido.

—No es momento de burlarse de mí.

Me están entrando ganas de abrir la puerta y tirarme al vacío.

—Mi hermana tendría que estudiar para ser actriz —le dice Pablo a Diego, que se encuentra sentado a su lado.

Abro los ojos y le lanzo una mirada asesina a mi hermano.

—Cierra el pico, subnormal —le espeto.

Pablo me saca la lengua y se incorpora en su asiento mientras ve una peli en la pantalla de su asiento.

—¿Estás mejor, Ari? —quiere saber mi amigo.

—Sí. —Suspiro todavía con el nudo en la garganta—. O eso creo.

—Vamos a escuchar música para que te relajés un poco.

Coge mi iPod y me ofrece un auricular; después abre mi lista de reproducción y la primera canción que sale es *Wrecking ball*, de Miley Cyrus. Vuelvo a cerrar los ojos y me sumerjo en la música, sin soltar la pelota ni la mano de Diego. Al despertarme unas horas después, tengo la cabeza apoyada en el hombro de mi amigo. No recuerdo haberme quedado dormida.

—¿Qué lees? —le pregunto, y doy un bostezo. Está concentrado en su libro electrónico.

—*Harry Potter*.

—Cómo no. —Miro por la ventana, pero al segundo me arrepiento de haberlo hecho y vuelvo a mirar a Diego—. ¿Cuánto queda?

—Poco —responde con una sonrisa en los labios.

Vuelvo a suspirar y espero que este suplicio acabe pronto.

* * *

Cuando aterrizamos en el aeropuerto de Barajas de Madrid, recogemos nuestras maletas y pillamos un taxi para llegar al hotel.

—Ari, deja tus cosas en tu habitación, que nos vamos a dar un paseo por la ciudad —me dice Diego.

—Tenía ganas de echarme una siesta.

—¿Qué dices? —Sus ojos marrones verdosos me miran sorprendidos—. Ya tendrás tiempo de dormir cuando estés en tu casa. Habrá que aprovechar el tiempo que nos queda juntos.

Tiene razón. Sólo quedan un par de días para que nos despidamos y no tengo ni idea de cuándo lo volveré a ver. Aunque tengamos Skype y WhatsApp, no es lo mismo.

—Está bien. Tú ganas —cedo finalmente.

Subo hasta la que será mi habitación durante estos días, con la compañía de mi madre y, al entrar, dejo la maleta tirada en el suelo.

—Ariadna, no dejes la maleta ahí. Recógela ahora mismo y saca toda tu ropa si no quieres tenerla arrugada —me ordena la sargento.

—Luego.

Me asomo a la ventana y contemplo la ciudad. Nunca he estado en Madrid, pero me moría de ganas por venir. Por lo que he observado de camino en el taxi, es bastante ruidosa: gente y coches por todos lados, aunque es bonita.

—¡No, luego no! ¡Ahora!

Joder, no la soporto.

Refunfuño y obedezco. Saco toda la ropa y la cuelgo en el armario, como me ha ordenado la marimandona de mi madre.

—Me voy con Diego.

—Muy bien. No os perdáis, que es una ciudad muy grande. Lleva el móvil.

Cuando menciono a Diego se convierte en otra persona. Está majareta.

—Que sí.

Abandono la habitación y bajo hasta la planta baja, donde me encuentro a Diego sosteniendo un mapa y con sus ojos clavados en él.

¿Todavía existen esas cosas cuando todo el mundo usa Google Maps?

—¿Qué haces con eso? —quiero saber.

—Mirando los sitios a los que podemos ir.

En el tiempo que lo conozco, me he dado cuenta de que le gusta hacer caminatas demasiado largas, cosa que a mí no.

—¿No decías que habías venido antes? —inquiero.

—Sí, pero no recuerdo muy bien por dónde se tira —contesta encogiéndose de hombros—. Te voy a llevar al parque del Retiro.

Nos vamos a perder. Lo presiento.

—Si terminamos en un polígono, recaerá sobre tu conciencia.

—Qué exagerada eres.

* * *

Más de una hora después visitando la ciudad, conseguimos llegar al Retiro, que a simple vista me parece un sitio precioso para pasar las tardes. Pasamos por delante de un chico que está cantando *How to save a life*, de The Fray, acompañado de su guitarra y con unas cuantas personas escuchándolo. Las niñas con hormonas revolucionadas lo observan babeando.

Me quedo mirándolo hipnotizada. Es bastante guapo; piel trigueña y el pelo, negro como el carbón, lo lleva corto y peinado hacia arriba. Viste una camiseta blanca con un dibujo que no alcanzo a ver, pero que hace que se le resalten todos los músculos; unos vaqueros negros y unas zapatillas de deporte blancas.

Estoy a punto de morir ahogada por mis propias babas. ¿Existe el amor a primera vista? Porque creo que me acabo de enamorar, como les pasa a las protagonistas descerebradas de las películas románticas que veo en la tele.

Y encima canta genial.

—¿Ari? —Diego me pasa la mano por delante de los ojos, sacándome de mi ensimismamiento.

—¿Qué? —Pestañeo y miro a mi amigo.

—Te has quedado pasmada —me susurra—. ¿Por qué no le echas algún euro?

—¿Qué dices? Qué vergüenza.

Si tuviera más confianza en mí misma, lo haría y aprovecharía para decirle algo, pero como no sé entablar conversación con nadie a no ser que le tenga demasiada confianza, pues me aguanto. Además, menudo chiste, ¿no? Está claro que un tío así jamás se fijaría en alguien tan insignificante como yo.

Un momento, que no sé ni lo que estoy pensando. Volvamos a la realidad. Los tíos no sirven para nada, sólo van a lo que van. No es que sea una experta en las relaciones, pero no me hace falta tener un máster para saberlo.

—Vámonos, Diego —digo.

El chico sacado de un anuncio de modelos me mira, me sonrío y me guiña un ojo. Noto cómo las mejillas se me encienden. Después, hace lo mismo con las demás chicas que hay a su alrededor y todas le sonrían con demasiado pavo. Menudo creído. Estoy a punto de quitarme una de mis Converse y tirársela a la cabeza.

—Te has puesto roja —señala Diego.

—Nací con la cara roja.

Uno de mis defectos que más odio es cuando me pongo como un tomate por cualquier cosa. Y si encima me lo dicen como si yo no lo supiera, me pongo más

colorada aún. No hay que decirle jamás a nadie que se ha puesto rojo, es bastante incómodo.

—Pero esta vez más. ¿Te gusta?

—¿El qué? —pregunto haciéndome la lerda.

—Ese tío —contesta señalando con la cabeza a Don Chulito.

—¡Por supuesto que no! Tiene pinta de ser un pedante.

Diego suelta una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—De ti —responde entre risas.

—Que te den.

—Venga, que te voy a seguir enseñando la ciudad. Ya vendremos mañana a seguir viendo el concierto de tu amado —dice, y me coge del brazo—. Si es que está.

Alzo mi mano y le doy un puñetazo cariñoso en el hombro.

—No me hace gracia, idiota. —Lo miro con cara de pocos amigos—. A ver si maduras un poco.

—Te has picado.

—*Ti his piquidi* —replico haciendo muecas de burla.

—Luego el inmaduro soy yo...

Y seguimos dando vueltas por Madrid todo el día mientras hacemos el tonto.

* * *

—Don Chulito no va a estar.

Estamos caminando otra vez por el parque del Retiro, como hicimos ayer, pero esta vez nos acompañan nuestras madres. Se supone que estamos buscando al cantante prepotente con dotes de modelo. Mi amigo me está llevando casi a rastras y hemos hecho una apuesta: si Don Chulito está, me acerco y le doy algo, y si no, Diego me tiene que dar cinco euros.

—¡Mira, ahí está tu Romeo! —exclama, y empieza a acelerar el paso, tirándome del brazo.

Mierda.

Está en el mismo sitio que ayer, cantando con esa voz tan angelical que tiene y con muchas personas a su alrededor, sobre todo mujeres.

—Mamá, ese es el chico del que se ha enamorado Ari —se burla Diego, y yo le lanzo una mirada asesina. Menos mal que mi madre se ha quedado atrás hablando por teléfono.

Blanca estudia a Don Chulito.

—Es mono —dice.

—Venga, Ari. A echarle algo —me ordena mi amigo.

—Me las pagarás —lo amenazo señalándole con el dedo índice. Después, saco de mi cartera un billete de cinco euros y debato conmigo misma si ir o no.

Capítulo 4

Álvaro

Termino de tocar con la guitarra la canción *Young girls*, de Bruno Mars, delante de toda la gente y me agacho para recoger las monedas y números de teléfono que han ido tirando a la funda, con la sensación de que voy a echar de menos todo esto.

—Ho... Hola —escucho una vocecilla mientras meto la guitarra en la funda.

Me incorporo y observo a la chica que me acaba de hablar. Tiene la cara como un tomate a punto de explotar.

—¿Quieres algo? —le pregunto.

—Esto... Yo... Cantas bien —contesta muy nerviosa. Es algo bajita y un poco subida de peso, aunque parece la típica niña de papá—. O sea... Toma. —Me tiende un billete de cinco euros con su mano hecha un flan, me mira con sus ojos verdes, que se clavan en mi mente, y después baja la mirada por culpa de mi belleza, que impone bastante.

—Gracias, niña —le agradezco cogiendo el billete con los dibujos de un gato y una estrella.

Hace mil años que nadie me echa uno, todo son céntimos o como mucho alguna moneda de un euro. Maldita crisis.

—De nada. —Me sonrío, tímida—. Esto... Adiós. —Se da la vuelta y se marcha, mientras me quedo parado contemplando su culo cubierto por unos pantalones vaqueros cortos de color amarillo, hasta que desaparece de mi vista.

¿Qué demonios acaba de pasar? Aunque me acaba de poner cachondo...

Me cuelgo la guitarra al hombro y me encamino hacia el metro. Tengo que ir a preparar la maleta al apartamento de Mel para irme pasado mañana a Málaga con mi madre. Todavía no sé ni por qué he aceptado. Ella sabe muy bien que no le va a ser tan fácil recuperar esa relación madre-hijo que acabó cargándose hace seis meses.

Antes de ir al piso-basurero, me paro en el colegio de Alba para despedirme de ella, porque la suya no la piso ni aunque me pagaran un millón de euros.

—Quiero ver a Alba González Zambrano —le digo a la mujer canosa que hay en secretaría.

—Muy bien. Siéntese un momento, que ahora la aviso —me contesta muy

sonriente, pero me quedo en pie.

Unos minutos después, Alba aparece correteando hacia mí

—¿Qué pasa, renacuaja? —Le revuelvo su pelo castaño y ella se ríe—. ¿Cómo te va el cole? —Me agacho para estar a su altura.

—Bien, aunque Sara se ha enfadado conmigo porque le he tirado una piedra a la cabeza y la maestra me ha castigado en el rincón de pensar.

Vaya, ha salido a mí.

—Pero, Alba, no puedes hacer eso. Está mal —le recrimino, y le doy un golpecito en la nariz con el dedo.

—Es que me ha roto la pulsera que me regalaste —replica enseñándomela.

—No pasa nada. Te doy la mía. —Me quito mi pulsera de la muñeca y se la coloco a ella en la suya—. ¿Ves? Solucionado.

Alba sonrío.

—¡Qué guay!

Ahora toca contarle lo peor.

—Renacuaja, te tengo que contar una cosa —le digo mirando sus ojos azules, igualitos a los de mi no-padre—. Voy a irme a vivir lejos de aquí.

—¿Me vas a llevar contigo?

—No puedo, Alba. Ojalá pudiera, pero te prometo que vendré a verte pronto. —Observo cómo se le humedecen los ojos.

—¿Te vas con Mimi?

Me da un vuelco al corazón al oír ese nombre.

—No —contesto, y trago saliva—. A otro sitio.

—No quiero que te vayas —dice con voz quebrada.

—No llores, peque. —La cojo en brazos y dejo que se desahogue en mi hombro.

Va a ser la única persona que voy a echar de menos, aparte de los dos subnormales con los que vivo.

* * *

—¡A ti ya te vale por dejarnos tirados como si fuéramos dos perros! —me grita Mel haciendo aspavientos con los brazos como una posesa, en mitad de la estación.

Mi madre se marchó hace dos semanas porque tenía que empezar a trabajar en un bar de por allí. Yo no me he ido antes porque necesitaba mentalizarme.

—Tranquila, eh. Que el gorrión algún día tendría que irse del nido.

—Si, claro. Tú te vas para ver a las tías en bolas en la playa —comenta Sergio.

—También, también.

—Te irá bien —me asegura Mel.

—Pero ven a visitarnos de vez en cuando, capullo —interviene Sergio dándome una palmada en el hombro, y yo miro la hora en el móvil.

—Me tengo que ir. Es casi la hora.

Mel me da un abrazo.

—Esto no va ser lo mismo sin ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—Liga mucho por allí —me dice Sergio, y me choca la mano.

—Claro, eso siempre. —Esbozo una sonrisa de oreja a oreja—. Bueno, gente, me piro. Cuidaos y esas cosas.

Odio las despedidas.

Al entrar en el tren, me siento en el vagón que me ha tocado, al lado de la ventana, refunfuñando. Coloco las piernas en el asiento contiguo, para estar más cómodo, y me pongo a mirar el móvil, deseando que pase el viaje rápido. Sólo espero que nadie se sienta a mi lado.

—Estás en mi sitio.

Alzo la vista y me encuentro a una niña bajita mirándome, que me suena de algo. Mi cabeza hace memoria durante unos segundos.

¡Ya lo tengo! ¡Es la fan loca que me dio cinco euros en el Retiro!

Quito los pies de su asiento, pero sigue mirándome extrañada.

—Ese no. El mío es el de la ventana —dice con una voz muy dulce y con las mejillas más rojas que el punto de la bandera de Japón.

—Lo mismo da —respondo.

—En mi billete pone claramente que me toca ventana. —Alza su billete.

—Pues búscate otro sitio, niña. —Me pongo los cascos, dando por finalizada la conversación.

—¿Quieres que te cambie el sitio, Ari? —escucho una voz masculina.

—No, da igual, Pablo —le contesta ella, que al final se sienta en el asiento de mi lado sin decir nada.

Joder, ahora tengo que aguantar durante todo el trayecto a esta niñata.

Me pongo a observarla de reojo y saca de su mochila un libro más gordo que La Biblia. No entiendo cómo a la gente le puede gustar leer; me parece una pérdida de tiempo.

Suspiro, mirando por la ventana, y el tren empieza a avanzar.

Adiós, Madrid.

* * *

Me despierto justo cuando entramos en Málaga. Me froto los ojos y miro a mi alrededor. La niña estreñida se ha cansado de leer y ahora está con los ojos pegados a su móvil, esbozando una sonrisa y tecleando en una Blackberry. ¿Cuántos años tendrá? No llegará ni a los dieciséis seguro.

Mientras la observo, alza su vista verdosa hacia mí y me dedica una sonrisa. Yo, como el buen mojabragas que soy, le guiño un ojo y ella se pone colorada otra vez, sumergiéndose en su móvil.

Qué pavo tiene. ¿Se pondrá como un tomate con toda la gente o sólo cuando me ve?

Cuando llegamos a la estación, aguardo a que salgan todos los pasajeros del tren. No me gusta oler los sobacos sudados de la gente, que parece que no se han dado una ducha en años. La niña Tomatita de mi lado ha decidido hacer lo mismo que yo, porque tampoco se levanta. Por lo menos huele a coco y no a cebolla como la mayoría que pasa por nuestro lado. Cuando ella se levanta y se cuelga su mochila a la espalda con el bolsillo pequeño abierto, yo salgo detrás y meto mi mano en él, cogiendo su iPod, con mucho cuidado para que no se dé cuenta.

«Ya lo has perdido, Heidi».

¿A quién se le ocurre dejarse el bolsillo abierto? ¿Y encima con un tipo como yo revoloteando alrededor?

—¡Álvaro, hijo!

Me doy la vuelta y veo a mi madre acercándose a mí.

—¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo te ha ido el viaje? ¿Tienes hambre? —me pregunta muy acelerada, y me intenta dar un abrazo, pero no la dejo.

—Para —le ruego.

Por mucho que intente llevarse bien conmigo, no lo va a conseguir. Lo sé yo, lo sabe ella, y lo sabe la vieja que acaba de pasar por nuestro lado.

—Vamos a casa. ¿Quieres que te lleve la maleta?

—No tengo cinco años, tengo dieciocho. Y no sigas con ese comportamiento de madre que se preocupa por su hijo, porque no cuela.

Ella suelta un suspiro.

—Está bien.

Diviso a lo lejos a la Tomatita del tren dándole golpes a una máquina expendedora y sonrío.

—Espera aquí. Voy a comprarme algo para comer —le digo a mi madre.

Me dirijo hacia Heidi y me doy cuenta de que todavía tengo su iPod en la mano, así que lo escondo en uno de los bolsillos de mis vaqueros rápidamente para que no piense que soy un ladrón.

—¿Qué te ha hecho la máquina, niña?

Heidi para de darle golpes y se me queda mirando. Después, se sonroja y sonríe.

—Creo que no funciona y... —Suspira y aparta sus ojos herbosos de los míos—. Se ha tragado mi moneda.

—A ver, déjame a mí.

Heidi se aparta y yo comienzo a darle mazazos a la maldita máquina. Observo que hay un Kinder Bueno a punto de caer y la sigo golpeando hasta que por fin se cae. Luego cojo las barritas y se las extiendo a la niña.

—Gra... —balbucea, pero se lo quito y le sonrío divertido. Me mira con cara de pocos amigos e imagino que tiene que estar cagándose en todo ahora mismo, aunque lo dudo, porque tiene cara de no haber ido al baño en una semana.

Abro el envoltorio del Kinder Bueno y me hago con una de las dos barritas que hay.

—Toma. —Se la ofrezco—. La otra me la quedo por ayudarte. —Le guiño un ojo.

Sonríe con los mofletes hinchados y demasiado colorados cuando coge la barrita.

—¡Ariadna, vamos ya! —exclama una mujer bastante pija que viene hacia nosotros—. ¿Por qué tardas tanto?

Ariadna.

La mujer me observa de arriba abajo con una mueca de asco.

—Ya voy, mamá —le contesta la tal Ariadna.

—¿Otra vez comprándote marranadas? —la riñe—. Así estás.

Joder, la acaba de llamar gorda en su propia cara.

De camino hacia la nueva casa en el coche de mi madre, enciendo el aparato que le he cogido «prestado» a Heidi e investigo el tipo de música que escucha. Me apuesto lo que sea a que tiene a One Direction o a Hannah Montana. Me pongo sus auriculares blancos y escucho la primera canción que sale: *Teenage Dream*, una de Katy Perry. Demasiado predecible. Voy pasando canciones hasta dar con una decente: *Sugar*, de Maroon 5.

Vale, quitando unas cuantas canciones, tengo que decir que esa tal Ariadna tiene el gusto musical metido en el culo.

Capítulo 5

Ari

—Tenemos que contaros una cosa —nos dice mi madre a mi hermano y a mí en cuanto llegamos a casa.

Estoy de brazos cruzados mirando a la sargento y a su noviete Alfonso, preparada para la bomba que van a soltar. Como digan que se casan, me tiro por un puente.

—Alfonso y yo hemos decidido vivir juntos —suelta ella tan feliz—. Mañana mismo empieza a traer sus cosas a esta casa.

Mi hermano y yo intercambiamos una rápida mirada.

—Me parece bien —comenta Pablo dirigiendo su vista hacia Alfonso, y yo miro a mi hermano con la mandíbula a punto de que se me caiga al suelo.

Menudo traidor. ¿Cómo que le parece bien? ¿Se ha vuelto loco? Creo que todos han perdido la cabeza en esta casa.

La sargento me mira, esperando a que diga algo.

—Qué pronto has olvidado a papá, ¿no? —le espeto.

Mi padre era lo único que mantenía unida a esta familia y el que siempre me apoyaba en todo. Desde que se fue, mi madre ya no es la misma; se ha vuelto una persona fría y distante, aunque antes tampoco es que fuera la mejor madre del mundo, pero un poco más cariñosa sí. Y ahora tengo que aguantar a Alfonso merodeando por aquí todos los días, como si no tuviera bastante con sus visitas esporádicas a cualquier hora, y seguramente se traerá de vez en cuando a su hijita del alma, una descerebrada con la que me llevo fatal.

¡Qué ganas tengo de cumplir los dieciocho e irme de esta casa!

—No me importa lo que digas, Ariadna. Merezco ser feliz —me contesta mi madre.

¿Feliz? Venga ya. ¡Si hace unos meses que se conocen!

—Pues lo siento, pero conmigo no cuentas para reuniones familiares —le digo, y subo corriendo las escaleras hasta llegar a mi habitación.

Moon viene a recibirme.

—¿Me has echado de menos? —Le acaricio el lomo y ronronea. La cojo en brazos y me tiro en la cama con ella.

Entonces mi mente comienza a darle vueltas a todo.

¿Cómo se le ocurre meter a ese tipo en casa? No me lo puedo creer. Cada vez soporto menos a la «Doña Perfecta» de mi madre.

Creo que me vendrá bien escuchar un poco de música para alejarme de la realidad durante un rato, así que me levanto de la cama y me acerco a mi mochila, que la he dejado tirada en el suelo. Busco el iPod en el bolsillo pequeño, pero no lo encuentro. Abro el grande y tampoco está. Cojo la maleta y la deshago entera, pero no hay ni rastro. ¿Dónde lo habré dejado? Estoy segurísima de que en el tren lo tenía, aunque puede ser que se me haya caído...

Menudo día. Y encima el tío de hoy me roba un Kinder Bueno. ¿De qué va? Espero no encontrármelo más, porque tiene pinta de tener un ego demasiado grande.

* * *

Me despierto con las ganas de querer quedarme hibernando toda la vida. ¿Por qué tengo que madrugar?

Miro la hora.

¡No puede ser, me he dormido! Son las ocho menos cinco y tengo que estar dentro de veinte minutos en clase.

Me levanto de un salto de la cama y voy hacia el baño para darme una ducha rápida. Al salir, me dirijo a mi cuarto para buscar algo decente que ponerme y enseguida me arrepiento de no haber preparado la ropa ayer por la noche. Elijo mis vaqueros de siempre, una camiseta básica blanca de manga corta y mis Converse de color rosa favoritas. Me visto rápido y me paso el cepillo por el pelo, intentándolo desenredar todo lo que puedo. Agarro mi mochila y mi carpeta, y bajo corriendo las escaleras.

—¡Ariadna, desayuna algo antes de irte! —me grita mi madre desde la cocina.

—No tengo tiempo —le contesto saliendo disparada de la casa para evitar su regañina.

No está Chris esperándome fuera. Normal, se habrá cansado y se habrá marchado sin mí. Pobrecito.

Hoy empiezo el primer día de bachillerato y ya llego tarde. Esto es una mala señal. Menos mal que mi instituto está a diez minutos andando desde mi casa, si no, no llego a primera hora ni aunque hubiera nacido con las piernas más largas del mundo.

Voy a toda prisa por la calle, como una posesa, y tiro por un atajo para llegar lo antes posible. Decido cruzar por la carretera mirando de un lado a otro por si viene algún coche, ya que por este sitio no hay ningún paso de peatones. Cuando

me apresuro a cruzar, viene hacia mí una moto a toda pastilla y veo toda mi vida pasar rápidamente por mi cabeza. Pego un grito y el chico de la moto gira de manera brusca hacia su derecha para no atropellarme, con tan mala suerte de que se da de bruces contra el suelo.

Me acerco a él, atacada de los nervios.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

El chico se levanta y grita:

—¡Joder, a ver si miras por donde vas, niña! —Se sacude sus vaqueros, se quita el casco y se revuelve su pelo negro.

¡No puede ser! ¡Otra vez este tío!

—Eh... Lo siento —me apodero a decir con voz temblorosa y sintiendo cómo mis mejillas comienzan a encenderse.

—¡¿Que lo sientes?! ¡Me podría haber partido la crisma! ¿Para qué se supone que existen los pasos de peatones? —vocifera con sus ojos castaños muy abiertos. Luego levanta su moto del suelo, maldiciendo algo entre dientes.

—¡Oye, que tú también has tenido la culpa conduciendo a doscientos kilómetros por hora! ¡¿Dónde te han dado el carnet, en una tómbola?! —le espeto. No me puedo creer que le haya plantado cara de esta forma. Estoy sorprendida conmigo misma.

Don Chulito enarca una ceja, sorprendiéndose de que le haya dicho eso.

—Niña, ¿pero qué estás diciendo? La culpa es tuya que ocupas media carretera —contesta, irritado.

Le levanto el dedo corazón.

—¡Que te den, niñato!

Doy media vuelta y me apresuro a salir de ahí, dejándolo como un pasmarote mirándome. Si se ha pensado que insultándome de esa manera me iba a poner a llorar delante de él, lo llevaba claro. Yo no sé ni para qué le di cinco euros ni para qué dejé que me robara mi Kinder Bueno.

—¡Espera, niña! —lo oigo detrás de mí. Sin embargo, yo acelero el paso, pero me alcanza y me coge del brazo, dándome la vuelta hacia él.

—¿Qué haces?

—Se te ha caído esta cosa —responde sujetando mi carpeta. Se me habrá caído cuando casi me atropella.

—Ah... Gracias —le agradezco con un hilillo de voz, sonrojándome, y se la quito de un tirón.

—Bonita carpeta. —Señala la foto de los gatos que cubre la cubierta—. Perfecta para una niña de tres años.

Me están entrando ganas de pegarle con ella en toda la cabeza y dejarlo más tonto de lo que es, pero respiro hondo y me contengo.

—Me voy, que llego tarde. —Siento las mejillas más calientes que una estufa, pero ya no es de vergüenza, sino de ira.

—¿A dónde vas? ¿A la guardería?

El guaperas unineuronal se cree gracioso y todo.

—No, al instituto. A la guardería tendrías que ir tú.

Suelta una carcajada que me retumba en los oídos.

—¿Quieres que te acerque? Así no llegas tan tarde, aunque con la hora que es...

—No, gracias. Está aquí al lado. Puedo ir yo sola. —Miro el reloj y observo que son las ocho y media—. Adiós. —Me giro para intentar irme.

—¡Espera! —Me vuelve a coger del brazo, haciendo que me dé la vuelta hacia él otra vez. A este paso voy a acabar mareándome.

—¿Qué quieres?

—¿Cuál es tu nombre? —me pregunta mirándome; yo intento mantener mi mirada en alto.

Se está haciendo el tonto. Lo sabe perfectamente. Escuchó a mi madre llamarme por mi nombre en la estación. O tiene un problema de oído o un problema de memoria, y estoy segurísima de que es lo segundo.

—No le digo mi nombre a desconocidos —respondo con las mejillas hirviendo.

—¿Acaso tu mami te lo prohíbe o qué? —Se vuelve a echar a reír. Creo que este tío está drogado o algo. A saber en lo que se habrá gastado mis cinco euros—. No, en serio. No soy un desconocido. Ya nos hemos visto antes, ¿no te acuerdas?

—Pero no te conozco de nada. Podrías ser un violador.

Vuelve a reírse, enseñando sus perfectos dientes blancos.

—O tú una violadora.

Estoy conteniendo la rabia que me está haciendo sentir este imbécil.

—Adiós. —Lo fulmino con la mirada, doy media vuelta otra vez y camino hacia el instituto sin ninguna interrupción, aparte de él pasando por delante de mí con la moto y dedicándome un pitido.

¡Pero qué tío más raro y más estúpido!

Por fin llego, un poco más calmada, y tengo que parpadear varias veces para asimilar lo que mis ojos están presenciando: a ese tío aparcando su moto en la entrada. Esto ya es un cachondeo. ¿Me estará persiguiendo? Tengo que llamar a la policía como siga así.

Don Chulito guarda su casco y me mira cuando paso por delante de él.

—Joder, al final voy a tener que ponerte una orden de alejamiento. Esto ya es acoso —me dice esbozando una sonrisa de idiota, y yo pongo los ojos en blanco.

—Perdona, pero estudio aquí —le informo.

—Pues resulta que yo también.

¡¿Cómo?! ¿Ahora me lo voy a tener que encontrar por los pasillos todos los días? Lo que me faltaba... ¿Dónde está la cámara oculta?

—¿No te alegras o qué? Eres mi fan. Deberías lanzarme tus bragas a la cara.

¿Pero este tío de dónde ha salido? ¿De un programa cómico?

—Yo... —balbuceo—. Adiós.

Parezco idiota.

Entro en el instituto y subo pitando hasta la tercera planta, huyendo del gilipollas. Cuando encuentro mi aula, llamo a la puerta y la abro al instante.

—¿Se puede? —le pregunto al profesor, que está escribiendo algo en la pizarra.

—Sí, pasa.

Risas.

Mientras camino por el aula, busco a Sandra y a Chris con la mirada y los diviso en las dos últimas filas. Sandra está sentada con el que ahora es su novio, justo delante de Chris, y este, al verme, da un golpecito en la mesa que hay a su lado, invitando a que me siente con él.

Más risas.

—Ya creíamos que no ibas a venir —susurra mi amigo.

—Es que he estado a punto de morir atropellada. —Me siento y coloco la carpeta sobre mi pupitre.

—¿Qué te ha pasado? —pregunta Sandra al darse la vuelta hacia nosotros.

—¡Silencio! —grita el profesor, pero nosotros lo ignoramos.

—Que un loco por poco me aplasta con su moto —susurro.

—¿Le has dado una buena paliza? —inquire Sandra.

—Claro que no. ¿Por quién me tomas? Aunque me ha faltado poco.

En realidad no soy capaz de matar ni a una mosca, pero ese idiota ha sacado toda la ira que llevo guardando durante años.

—Yo le hubiera dado una buena patada en los huevos —musita Sandra—. ¿Estaba bueno?

—No lo sé, no me he fijado —miento.

—Por favor, ¿podéis dejar esta conversación de niñas con las hormonas disparatadas para otro momento? —ruega Chris.

—Aguafiestas. Si a ti te encanta que hablemos de esto —le contesta Sandra guiñándole un ojo, y se da la vuelta hacia el frente.

A Chris lo conozco casi desde que nació. Somos vecinos y siempre hemos estado en la misma clase. Quedábamos todas las tardes, después del colegio, para jugar a lo que sea o para hacer los deberes juntos, y con el paso de los años

nos hemos ido haciendo uña y carne, apoyándonos el uno al otro en todo y animándonos mutuamente cuando uno de los dos estaba de bajón. Lo considero como un hermano. Por otro lado, Sandra es nuestra amiga desde hace dos años. Se vino a vivir a Málaga por motivos de trabajo de su madre. Nos conocimos en tercero de secundaria, cuando la profesora me ordenó que me pusiera al lado de ella, como castigo por estar cuchicheando tanto con Chris; ella me empezó a hablar como si me conociera de toda la vida.

—¿Qué me he perdido? —le susurro a Chris.

—Nada importante. Estaba explicando lo que vamos a hacer durante el curso. Me doy cuenta de que mi amigo tiene una herida en el labio.

—¿Quién te ha hecho eso? —le pregunto.

—Los de siempre.

—¿Qué pronto han empezado este año.

—Menos mal que ha venido un profesor a tiempo, si no, tendría la cara desfigurada —me cuenta—. Aunque tú hoy vas a poder respirar tranquila. No ha venido Mónica.

Mónica, alias «La Barbie Poligonera», es la que se ha encargado desde que era pequeña de hacerme la vida imposible, convirtiéndome en una inadaptada social, junto con las lameculos que tiene por amigas y con los babosos que siempre van detrás de ella.

—No cantes victoria, que puede aparecer a lo largo del día. Estará tramando un plan para acabar con lo poco que me queda de autoestima este curso.

—¡Ariadna! —El profesor llama mi atención—. Encima de que llegas tarde, te pones a cuchichear molestando a toda la clase. Siéntate aquí. —Golpea con su mano una mesa solitaria de la primera fila.

Oh, mierda. Voy a morir ahí sentada. Seré la diana de todos los de la clase para que me tiren sus trozos de goma de borrar.

Me armo de valor, me levanto con las miradas compasivas de mis amigos fijas en mí y me dirijo hacia el pupitre de la muerte.

Risas.

Me siento y rezo para que pase la hora rápido.

Más risas.

Disparos de gomas en tres, dos, uno...

La primera me da en la espalda, la segunda en la cabeza, la tercera pasa por delante de mí sin darme y la cuarta otra vez en la cabeza.

Me callo y aguanto como una campeona durante toda la hora, sin decirles nada a los acosadores.

Capítulo 6

Álvaro

Hace dos años...

—No pienso hacer esa mierda.

—Sabes que voy a conseguir convencerte —me aseguró Mimi.

En eso tenía razón; siempre acababa haciendo lo que ella decía. Era un maldito calzonazos cuando se trataba de esa chica de cabellos rojizos.

—Esta vez es diferente. No pienso hacer el ridículo por tu culpa.

—¡Buenorro! ¡Pero si saliste desnudo a la calle por una jodida apuesta! —exclamó Mel.

Me acordaba de esa vez. Tenía quince años y estábamos de fiesta en la casa de unos colegas. Jugamos a una gilipollez que nos inventamos, que consistía en hacer una cosa que nos dijeran, y si no se hacía, tocaba salir desnudo a la calle. Me tocó dar un beso con lengua a algún tío del grupo; yo me negué, obviamente. No pensaba permitir que mi reputación de macho alfa se viera afectada por compartir flujos salivales con una persona de mi mismo sexo. Así que tuve que mostrarle a toda la calle mi cuerpo escultural que me dio la naturaleza.

—Además, te puedes ganar un dinerillo extra —intervino Sergio—. Y lo mejor de todo es que vas a tener a muchas tías detrás de ti.

—Venga, Álvaro, porfi, porfi, porfi —insistió Mimi juntando sus manos como si estuviera rezando.

Maldita niña.

—¿Qué me das a cambio?

—Te limpio la habitación durante un mes.

Sonaba tentador. Mi cuarto siempre estaba hecho un puto desastre, y estaba seguro de que ya habrían acampado las ratas en él, sólo que no se dejaban ver.

—No sé, no sé.

Mimi puso morritos y yo exhalé con brusquedad.

—Está bien, joder.

Los cuatro nos fuimos a mi casa en la tartana de coche de Mel a por mi guitarra y nos encaminamos hacia el Retiro.

—¡Eso sí que no, Miriam! —bramé.

—¿Por qué no? ¡Si te la sabes de memoria y te encanta!

Estábamos discutiendo sobre la canción que íbamos a interpretar delante de toda la gente. Quería que cantáramos *Primavera anticipada*, de Laura Pausini y James Blunt, pero yo me negaba rotundamente. No era que no me gustase esa canción, sino que me parecía una auténtica ñoñez para un tío como yo.

—Porfi, porfi, porfi.

Maldita pelirroja de los cojones.

—Tú ganas, pero si me tiran tomates, te depilo las cejas —le advertí señalándola con el dedo índice, y se puso a dar palmaditas.

—Nosotros os grabamos para inmortalizar la escena —dijo Mel, y Sergio se carcajeó a su lado.

Les saqué el dedo corazón y Mimi y yo nos pusimos en un sitio para que nos viera la gente; luego saqué mi guitarra de la funda.

—¿Lista? —Miré a la pelirroja, que asintió.

Carraspeé y comencé a tocar los primeros acordes. Estaba nervioso. Nunca había cantado delante de tanta gente y me estaba cagando entero. Mimi fue la primera en cantar; a continuación me tocó a mí, y en el estribillo juntamos nuestras voces. La gente se acercaba, curiosa, a mirarnos y a echarnos monedas mientras Mel y Sergio nos grababan con sus móviles. Algunas chicas me miraban pasmadas y yo les sonreía a la vez que tocaba y cantaba. Me sentía bien. Tenía la adrenalina surcando por todos los poros de mi sexy piel.

* * *

Presente

Menuda mierda de instituto. Estoy en el patio, sentado en uno de los bancos con unos colegas que acabo de hacer. Uno de ellos se llama Víctor, que resulta que va a mi misma clase, de la misma edad que yo y con pinta de no saber lo que va a hacer con su vida dentro de unos años, como yo. Luego está Mónica, una tía más cotilla que una maruja, que va a primero y está muy buena. El otro tipo es John, que va a la clase de Mónica y no es muy hablador.

Mientras le doy una calada al cigarro, pienso en la niña que por poco atropello esta mañana. Menudo carácter que gasta Heidi. Y lo mejor de todo es que viene a este instituto, así que no dejaré de molestarla en todo el curso.

—Eh, tío, baja de la luna y dame un cigarro, que se me han acabado —me pide Víctor.

—Toma, anda. —Saco uno de mi cajetilla y se lo lanzo.

—¿Qué te trae por aquí, Álvaro? —me pregunta Mónica mientras le da una

calada a su cigarrillo.

—Nada. Me apetecía cambiar de aires —contesto con demasiada indiferencia.

No soy el tipo de persona que le va contando sus problemas a los demás, más bien me los guardo para mí. Además, estos tienen pinta de importarle una mierda lo que le pase a la gente, y más esta tía, que desde que he llegado no ha parado de mirarme poniéndome ojitos. Normal, soy un puto modelo. Aunque ahora que lo pienso... Igual me iría bien trabajando de eso en un futuro.

—Ya entiendo. Alguna chica te habrá dejado con el corazón roto y has querido irte lo más lejos posible, ¿a que sí? —vuelve a preguntarme la metomentodo. Nunca entenderé a la gente que se mete en la vida de los demás.

—Tú has visto muchas telenovelas —le contesto mirándola a través de mis gafas de sol.

—No, lo que pasa es que es una maruja cotilla —salta John riéndose.

—Cállate, capullo —le suelta Mónica, y le tira la colilla a la cara—. La próxima vez te la lanzo encendida.

John le saca el dedo corazón.

Suena el timbre de la segunda hora y aparece un grupito de alumnos, que creo que son de primero de bachillerato, para hacer Educación Física.

—Vaya, mi querida clase —comenta Mónica.

De entre la pequeña multitud, distingo a mi prima Sandra con su mata de pelo rubia. Para mi sorpresa, está hablando con Heidi, la Acosadora.

—¿Quién es esa? —inquiero señalando con la cabeza a Heidi.

—¿Quién? ¿La rubia o la gorda? —pregunta Mónica.

—La gorda.

—Ah. Es Ari. Va a mi clase y es una gilipollas —me contesta, y ladea su cabeza hacia mí—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Por nada. Simple curiosidad.

—Se te ha olvidado un pequeño detalle —interviene Víctor mirando a Mónica—. Es tu querida hermanita.

—¿Tu hermana? —me sorprendo. No se parecen en nada.

—No es mi hermana. Su madre y mi padre son novios. Esa niña es una idiota.

—Vaya, se nota que la quieres mucho —me burlo.

—No puedo vivir sin ella. —Finge quitarse una lágrima del ojo y todos nos echamos a reír.

Me concentro en la pista y diviso a mi prima junto a la Tomatita y otro tío más, jugando al baloncesto en una canasta próxima a nosotros. Observo a esa tal Ari o Ariadna, o cómo cojones se llame, mientras me termino de fumar lo que

me queda del cigarro, y me doy cuenta de que es una torpe, porque no cuela ni una. Normal, con lo bajita que es...

De pronto, la pelota sale disparada hacia nuestro banco y me levanto para cogerla. Heidi se aproxima para recuperarla, pero no se la doy. Mejor me divierto un rato.

—¿Me devuelves la pelota? —me pide con su voz de pito.

—No —le contesto esbozando una amplia sonrisa.

Ella me lanza una mirada asesina.

—Dámela, niñato.

—¡Pero qué humos! Ten mucho cuidado conmigo, niña —le advierto—. Intenta cogerla. —Agarro la pelota con la mano y la alzo poniéndola sobre ella sin que la pueda coger. La tal Ariadna pone los brazos en jarras, mirándome como si me fuera a asesinar en cualquier momento.

Mis colegas nuevos se ríen a carcajadas. Ari se abalanza sobre mí y da saltitos intentando atraparla, pero no lo consigue y yo me río con malicia.

—Parece que estamos en el circo —suelta Víctor.

—¿Quieres la pelotita? —le pregunto a la niña.

—¡Álvaro, pásamela! —exclama mi nuevo amigo levantándose del banco.

—¡Toma! —Se la lanzo.

—¡Ven a por ella! —grita él. Qué cabrón.

Heidi me mira con sus ojos verdes llenos de rabia y me saca el dedo. Parece que va a ser un año de lo más divertido. Es una verdadera lástima que no esté en mi clase.

—Veo que no has cambiado nada, primo —me habla una voz familiar detrás de mí, y yo me doy la vuelta al instante.

—¡Prima!

—¿Es tu primo? —inquire Heidi, extrañada.

—Sí, por desgracia —le contesta la otra.

—Deberías sentirte afortunada, primita —digo guiñándole un ojo, y ella suelta una risa sarcástica.

Víctor se acerca a nosotros botando la pelota.

—¡Tú! Devuélvenos la pelota —le ordena Sandra.

—Sólo si dejas que me líe contigo —le responde él, y mi prima hace una mueca de asco.

—Ni en tus mejores sueños —le espeta ella, y le quita el balón de un manotazo.

—Ya caerás.

—Tío, que es mi prima. Ten mucho cuidado con lo que le dices —intervengo.

La tal Ariadna está de pie, observándonos sin decir nada. En serio, es demasiado bajita.

—¿Cuánto mides? ¿Metro y medio? —le pregunto en tono burlón.

—¿Y a ti qué más te da? —me contesta «demasiado simpática», y yo me echo a reír.

—A mí, nada. Es sólo para meterme contigo.

Me mira con expresión arrogante y se marcha junto a mi prima cuando el profesor de Educación Física les ordena que vuelvan a la pista.

—Menuda tía está hecha la tal Ariadna, ¿no? —comento volviéndome a sentar en el banco.

—Esa es una mojegata. Me tiene una envidia que no puede ni verme —dice Mónica.

—¿Mojigata? Te has quedado corta —contesta Víctor, y John le ríe la gracia.

—¿Por qué lo decís? —inquiero.

—Porque se ve a simple vista. ¿Quién va a querer enrollarse con ella? —dice la arpía, y posa su mirada grisácea en mí—. ¿Te interesa o qué?

—Qué va.

Para cuando toca la sirena, decidimos entrar en clase para hacer algo provechoso, pero antes tengo que ver si estoy presentable. Entro al baño de tíos y me doy cuenta de que no hay espejo, ¿por qué? ¿Acaso los tíos no nos miramos o qué? Nos discriminan. Seguro que en el de las tías habrá uno para que se retoquen los kilos de potingue que se echan en la cara.

Bufo y subo hasta la clase de Filosofía, cabreado. Me encamino hasta el sitio libre de la última fila, al lado de la ventana, mientras siento los ojos de todas las tías pegados a mí; también oigo algún que otro suspiro. Pronto moriremos ahogados por un tsunami de babas causado por mi presencia.

—Joder con las tías. No paran de babear mientras miran hacia aquí —murmura Víctor sentándose a mi lado—. ¿Tan guapos somos?

—Babean por mí, no por ti, eh —le contesto—. Ya verás que a lo largo del día han venido todas las de la clase a ligar conmigo. Bueno, todas las del instituto, mejor dicho.

Mi amigo se ríe.

—Pues ahí vienen dos.

Observo a las chicas que se acercan, que colocan sus mochilas sobre las mesas de delante de nosotros, y me sonríen. Una de ellas se echa su melena rubia hacia atrás, enseñándome todo el escote.

—Hola —me saluda, descarada, y se sienta en su sitio.

—La primera que va a caer —le susurro a Víctor.

—Joder.

La profesora entra y empieza a dar la clase. Yo me entretengo mirando por la ventana, que da al patio del instituto. Soplo en el cristal y se forma vapor. Dibujo una clave de sol y noto mi móvil vibrar en mi pantalón. Lo saco y miro con disimulo el mensaje:

MELODY: «No puedo vivir sin tiiii, no hay maneraaaa. No puedo estar sin tiiii... Bueno, ya me callo, que te lo vas a creer y todo. Te mando una foto de Beyoncé en pelotas para que se te haga más ameno el primer día de insti»

Me río y pincho en la foto, que es un montaje de Beyoncé en cueros. Qué cabrona es esta Mel.

YO: «¡Estas cosas no se mandan cuando estoy en medio de la clase, hostias! ¿Ahora dónde me desahogo yo?»

Cuando guardo el móvil, la chica que hay delante de mí se gira y planta encima de mi mesa un papel con un número de teléfono.

—Soy Yaiza —dice, y yo le guiño un ojo.

En cuanto acaba la clase, camino hasta la cafetería para alimentar mi estómago de algo, ya que lleva sonando durante la última media hora sin parar. Pero cuando dirijo mi vista hacia la barra repleta de estudiantes luchando para que la camarera les haga caso, diviso a Heidi entre ellos, intentando hacerse un hueco.

Qué risa. Va a morir ahogada entre hormonas y mazazos de todos. Pobrecilla. Le voy a ofrecer mi ayuda y ya de paso me meto un poco con ella.

Capítulo 7

Ari

—¡Una cuña de chocolate, por favor! —grito para que me oiga la camarera, pero vuelve a pasar de mí y yo me llevo otro empujón por culpa de la gente hambrienta.

Se va a acabar la media hora de recreo y no me va a dar tiempo de comer nada con el hambre que tengo, así que decido ponerme en otro sitio por si la suerte está de mi lado.

—¡Bu! —Alguien planta sus manazas en mis hombros y yo doy un respingo, girándome al instante.

—¿Otra vez tú? —le espeto.

—Caray, cuántas ganas tienes de verme, ¿no? —Don Chulito me sonrío—. Y yo que venía a ayudarte.

—No quiero la ayuda de nadie —le respondo con la rabia surcando por mis venas, y el idiota me roba mi moneda de dos euros de la mano—. ¡Oye!

—Venga, ¿qué te pido?

No pienso fiarme de este tío tan raro. Si me ayuda, será capaz de pedir algo a cambio, y si no, moriré por inanición hasta que sea la hora de irme a casa. Al final me atrevo a arriesgarme.

—Una cuña de chocolate —le digo.

Don Chulito asiente con su cabezón y mira a la camarera.

—¡Hey, preciosa! —intenta llamar su atención.

Me doy cabezazos imaginarios al oír eso y abro los ojos como platos cuando la camarera se da cuenta de él y empieza a babear como un caracol.

—¿Qué te pongo?

—Dos cuñas de chocolate.

Miro a Don Chulito como si le hubiese salido una serpiente por las orejas.

—¡Te he dicho una! —le chillo.

La camarera viene como una bala, coge el dinero y le entrega las dos cuñas. El idiota sale disparado hacia la puerta mientras sufre un ataque de risa.

—¡Gilipollas! —Alcanzo a Don Chulito y lo agarro del brazo todo lo fuerte que puedo para que no se me escape.

—¿Qué te pasa, Adriana? Eres una fan muy loca, eh. Voy a tener que

contratar a un guardaespaldas para que me proteja de tu acoso. —Se vuelve a echar a reír y me enseña una de las dos cuñas—. Gracias por invitarme.

—¡Yo no te he invitado a nada! —bramo poniéndome roja de rabia—. ¡Y me llamo Ariadna!

—¿No te iba a ayudar de gratis, no?

Oh, por Dios, no puedo con este tío. Me saca de quicio y casi ni lo conozco.

—Por cierto, que no me he presentado. —Sonríe de medio lado y luego se acerca a mi cara para darme un beso en cada mejilla—. Soy Álvaro.

Me llega su aroma a cítricos hasta el cerebro, que hace que por poco me dé un mareo de lo bien que huele. Y, cómo no, las mejillas se me vuelven a colorear de rojo.

—Ya sabía tu nombre —le respondo—. Las tontas de mi clase no paran de hablar de ti.

—Oh, más fans.

—Qué imbécil eres —lo insulto, y le quito una de las cuñas.

—¿Qué te ha dado por insultarme si ni siquiera me conoces?

—Es que me caes mal desde el primer momento en que te vi.

Don Chulito posa sus manos sobre mis hombros y me mira fijamente.

—Mira, Ariadna. —Suspira y me doy cuenta de que está intentando aguantarse la risa—. Sé que te has enamorado de mí y lo comprendo, pero los famosos no nos podemos permitir tener relaciones amorosas. Lo siento por romper tu corazón.

Ay, madre. Definitivamente este tío está mal de la chaveta. Mejor voy a hacer una llamada para que lo lleven a un psiquiátrico.

—¡Pero si no te conocen ni en tu propia casa como para ser tan famoso! —exclamo.

—Tiempo al tiempo.

Qué ganas tengo de golpearle con algo en la cabeza.

—Ari, ¿vienes al patio? —Chris aparece en la cafetería y yo le agradezco mentalmente haber venido a mi rescate.

—Claro —le contesto, y me doy cuenta de que se está comiendo con los ojos a Don Chulito.

—Yo me voy, que estarán los demás esperándome —suelta Álvaro; después se despide de Chris y de mí con la cabeza y se marcha con sus andares de chulo y con la cuña que me acaba de robar.

—Qué estúpido, por favor —murmuro sin dejar de mirarlo.

—Pues está como un tren —interviene mi amigo mientras le estudia el culo—. ¿Sabes si también le gustan los tíos?

Suelto una carcajada tan escandalosa que hasta la han escuchado los

extraterrestres de Marte.

—Cállate, anda. Cállate —le pido.

* * *

—Si queréis, esta tarde os venís a mi casa para ver una peli o hacer algo guay — propone Sandra cuando terminamos las clases.

Nuestras tardes después del instituto se resumen a eso: ver una peli o salir a dar una vuelta por la ciudad.

—Yo tengo que cuidar de mi hermana —dice Chris.

—Vaya, pues vente tú entonces, Ari.

Yo hago lo que sea por no estar encerrada en esa casa con la familia de dementes que me ha tocado.

Cuando entro en mi casa, mi estómago me pide que lo alimente con un rugido al oler la comida. Me asomo a la cocina y veo a mi madre preparando algo y a mi «padraastro» sentado a la mesa con su *tablet*.

—Ariadna, hija, ¿eres tú? —pregunta mi madre sin darse la vuelta.

—No —le respondo, y subo las escaleras, dirigiéndome a mi habitación para dejar la mochila. Minutos después, mi hermano abre mi puerta sin llamar.

—Dice mamá que bajas a poner la mesa.

—¿Y por qué no la pones tú o tu queridísimo nuevo padre?

Mi hermano, que es cuatro años mayor que yo, siempre se inventa la excusa de que tiene que estudiar y hacer trabajos para la universidad y la sargento nunca le dice nada porque es su hijo favorito.

—Estoy muy ocupado intentando ser alguien importante en la vida —me responde mi hermano con arrogancia, y a mí me dan arcadas.

Lo odio. Siempre nos hemos llevado como el perro y el gato, echándonos la culpa el uno al otro y restregándome por la cara sus notas de Derecho. Mi madre siempre me recrimina que me parezca más a él, que sacando aprobados por los pelos no voy a llegar a ningún sitio.

Cuánto echo de menos a mi padre...

Bajo las escaleras con calma y entro en la cocina para poner la mesa, como los señores marqueses han ordenado. Al cabo de cinco minutos, baja el marqués mayor a llenar su barriga como un cerdo.

—¿Cómo te ha ido el día, Ari? —me pregunta Alfonso fingiendo simpatía, mientras se come un trozo de pollo. Se supone que ya está viviendo en esta casa de manera oficial.

—Como siempre —contesto encogiéndome de hombros, indiferente.

Mi madre nunca me pregunta siquiera cómo estoy y sospecho que este tipo

está intentando ganarse mi confianza, pero no lo va a conseguir.

—Pues yo empezaré la semana que viene las clases. Estoy deseándolo —salta mi hermano, altanero, que ha heredado la competitividad de mi madre.

—¡Pero qué orgullosa estoy de ti, cariño! Estoy segura de que serás un buen abogado el día de mañana, igual que yo —le dice la otra, y mi hermano le sonrío con cara de estúpido.

Por favor, que alguien me saque de aquí o voy a acabar clavándole el cuchillo a alguno de estos dos.

Decido no hacerles caso y me concentro en terminarme mi plato mientras ellos hablan de cómo les ha ido el día. Mi madre trabaja en un bufete de abogados en la otra punta de la ciudad y Alfonso como profesor en la universidad. Vamos, la familia perfecta.

Me como el último trozo de pollo que me queda, recojo mi plato de la mesa y subo a mi habitación. Me conecto a Skype y veo a Diego en línea, que no tarda ni un segundo en enviarme una videollamada.

—Hola, Diego —lo saludo.

—¡Ari! ¿Qué tal el insti? —quiere saber demasiado sonriente.

—Un coñazo. —Suelto un bufido. ¿Le cuento lo de Don Chulito? No se lo va a creer—. No te imaginas lo que me lleva pasando desde que me fui de Madrid.

—Cuenta, cuenta.

Mi amigo se pone muy atento, mirando a la cámara y le empiezo a narrar todo lo de Don Queguaposo: cuando me tocó sentarme a su lado en el tren, cuando me ayudó a conseguir el Kinder Bueno de la máquina de la estación, mi casi accidente de hoy con su moto y que no para de acosarme en el instituto.

—Es una broma, ¿no? —Diego se acaba de quedar con la mandíbula desencajada.

—Te lo juro. Es un tipo muy raro y no para de perseguirme.

—Te estás quedando conmigo, Ari.

—¡Que es verdad! ¡Es un acosador!

Diego se ríe a carcajadas.

—Entonces... Decidiré creerte —dice entre risas—. El destino te tiene preparada una bonita historia de amor con él.

—No creo en el destino. Ese idiota está chalado.

—Pues ten mucho cuidado con él, no vaya a ser que te acabes enamorando —me advierte señalándome con el dedo.

—¿Enamorarme yo? ¿Y de ese? Nunca.

—Pero, Ari, mira cómo te has puesto de colorada.

Mierda. Pensaba que por videollamada no se me notaría.

—¿Y eso qué tiene que ver? —inquiero con desdén.

—Yo no digo nada...

Estoy por atravesar la pantalla y estrangularlo con mis propias manos.

—Sí, mejor será que no digas nada —le espeto—. Me voy a casa de una amiga. Ya te hablaré después.

—Si te vuelves a encontrar con tu Romeo, dale recuerdos de mi parte.

Le saco el dedo corazón como despedida y corto la videollamada.

* * *

—¿Qué peli quieres ver? —me pregunta Sandra mirando su colección de películas en la estantería de su habitación.

—La que quieras —respondo mientras cotilleo mi Facebook en su portátil, tirada en la cama y boca abajo.

—*¿Bajo la misma estrella?*

Me encojo de hombros sin despegar mis ojos de la pantalla, que no sé cómo, pero he ido a parar al perfil de Don Chulito. En su foto aparece él mirando al infinito, con la espalda apoyada en una pared, las manos en los bolsillos y las gafas de sol por encima de la cabeza. Por favor, se cree un top model y todo.

—¡Tierra llamando a Ari! ¿Qué estás viendo ahí que parece tan interesante?

—Nada. —Cierro sesión con rapidez, porque con lo cotilla que es, va a empezar a sacar conclusiones extrañas donde no las hay—. Pon la peli ya.

Sandra se dispone a meter el DVD en su portátil cuando llaman al timbre y, segundos después, se abre la puerta de la habitación y aparece Don Chulito.

Venga ya, esto es un pitorreo. Aquí de verdad que hay una cámara oculta y me tienen que estar grabando en vídeo para luego tomarme el pelo en algún programa basura de la tele.

Capítulo 8

Álvaro

Me cuelo en la habitación de mi prima sin llamar a la puerta y me encuentro a Heidi sentada en la cama, con las piernas cruzadas y mirándome como un pasmarote. No sé por qué, pero sabía que iba a estar aquí.

—¿Qué pasa, prima?

—¿No te han enseñado a llamar antes de entrar? ¿Y si me pillas en pelotas? —me riñe Sandra, que está sentada al lado de Ari con el portátil sobre las piernas.

—Hay confianza. ¿O no te acuerdas de los veranos en los que nos bañábamos en la piscina cuando éramos unos enanos? —Me siento en el filo de la cama, de manera que Ari queda entre los dos.

—Eran otros tiempos —replica mi prima sin apartar la vista del ordenador.

—Da igual, lo mismo da. —Esbozo una sonrisa y siento que Ari me mira de reojo—. ¿Qué estáis haciendo?

—Íbamos a poner una peli —contesta Heidi ladeando su cabeza hacia mí, y yo la miro clavando mis ojos en los suyos. Ella, en un acto reflejo, aparta su mirada y se pone colorada. Qué poco aguanta con el contacto visual.

—¿Os he interrumpido vuestra fiesta de pijamas? —pregunto en tono burlón.

—¿A qué has venido? —inquieta mi prima.

—A nada, la verdad. Me aburría en casa. —Me encojo de hombros y vuelvo a mirar a Heidi, que permanece con sus ojos pegados a la pantalla del ordenador un poco incómoda, así que decido saludarla—: Hola, tú.

—Sandra, pon ya la película —suelta Ari ignorándome por completo.

No me gusta que me ignoren.

—Voy. —Mi prima levanta su vista hacia mí—. ¿Te quedas a verla?

—¿De qué va? ¿De ñoñeces de las que te gustan a ti?

—Si te refieres a que es de las románticas, pues sí.

Suspiro mirando al techo.

—Me quedo, pero sólo para zampar palomitas —miento. En realidad me quedo para molestar a Ari.

Sandra le da el portátil a Heidi para que lo ponga encima de sus piernas, de tal forma que lo podamos ver los tres. A continuación, se levanta, coge el cubo

de palomitas y le da al *play*.

—Trae eso. —Le quito a mi prima el cubo de las manos y cojo un puñado de palomitas.

Ari suelta una risita floja.

—Deja algo para los demás —me reprocha Sandra.

—Ni hablar, que os ponéis gordas —digo mirando a Ari, que me fulmina con la mirada.

—Gilipollas.

—Está bien, te lo daré porque tienes que pegar el estirón. —Le cedo el cubo y le guiño un ojo.

—Te aconsejo que vayas al médico para que te mire ese tic del ojo. —Intenta hacerse la graciosa y mi prima se atraganta con una palomita.

—Ja, ja, ja —me río sarcásticamente.

Mientras estamos viendo la cursilada de película, pillo a Ari mirándome de reojo unas cuantas veces, cosa que me hace gracia, porque está demasiado incómoda con mi presencia. Cuando aparecen los créditos en la pantalla, mi prima se pira de la habitación para ayudar a su madre a algo.

—Ya sé que estoy bueno, pero podrías disimular un poco —le susurro al oído a Heidi.

—¿Perdón? —Gira su cabeza hacia mí, volviéndose a poner como un tomate. En serio, algún día sus mejillas no aguantarán tanta presión y acabarán explotando.

—No disimules. Te vuelvo loca.

—Me parece que te lo tienes muy creído.

Es bastante guapa y tiene unos ojazos impresionantes, pero no es mi tipo; tiene una personalidad demasiado infantil. No es que yo sea el tipo más maduro del mundo, pero más que ella, sí.

—Admítelo, preciosa —digo, y le vuelvo a guiñar un ojo.

Ella suspira, poniendo los ojos en blanco.

—Así que eres de Madrid ¿no? —inquiere enredando un mechón de su melena castaña en su dedo, cambiando de tema.

Tiene pinta de ser una niña muy cotilla y preguntona.

—Veo que a mi prima no se le escapa ni una.

—Bueno, sólo me ha contado eso.

—Ah.

Con lo parlanchina que es Sandra, me resulta extraño que no le haya contado mi vida entera.

—¿Y por qué te has mudado? —vuelve a preguntar—. Digo, con lo bien que se estará en Madrid...

—¿Y a ti qué cojones te importa? —le espeto, y ella me observa con sus ojos verdes muy abiertos.

—Perdona.

Ari se calla y saca su móvil para disimular con él, tecleando algo y dando por finalizada la conversación.

Me pone muy nervioso esta niña, y me pone más nervioso aún el sonido de las malditas teclas de su Blackberry.

Cuando Sandra por fin aparece, Ari anuncia que se va a casa.

—¿Ya te vas? Quédate un poco más —le pide mi prima.

—No puedo, mi madre ha dicho que esté en casa pronto.

Suelto una carcajada.

—Hazle caso a tu mami, no vaya a ser que te castigue —me burlo, pero ella me ignora.

—Pues mañana nos vemos —le dice Sandra.

—¿Te llevo en la moto? —me ofrezco, aunque ya sé lo que me va a responder.

—No, gracias. Aprende a conducir.

Jodida Heidi.

—Pues tú te lo pierdes. Montarse en mi moto es todo un privilegio.

—Que te den. —Ari vuelve a poner los ojos en blanco, se despidió de Sandra y se marcha.

—¿Qué tal te cae mi amiga? —quiere saber mi prima.

—Es un grano en el culo. ¿De dónde la has sacado?

Sandra se ríe.

—O sea, que te ha caído bien, ¿no? —Se sienta en la silla del escritorio.

—Pues no.

—Estabais tonteando.

¿Tonteando? ¿Yo? ¿Con esa? Mi prima no sabe lo que significa la palabra tontear.

—Antes me tiro por un puente que tontear con esa niña de papá.

—Lo que tú digas —replica esbozando una estúpida sonrisa de engreída.

—Me piro.

—Eso, pírate, pero sabes que llevo razón.

Le saco el dedo y abandono su habitación mientras escucho su ataque de risa.

Tonteando, dice.

Cuando salgo de su piso, me encuentro a Heidi esperando el ascensor.

Me apetece seguir burlándome de ella, así que me pongo a su lado y espero el ascensor también. Ari me mira, suspira y pulsa el botón un par de veces más, como si fuera a venir antes. Cuando nos subimos, le da al botón de la planta baja

y después se pone a mirar al techo, incómoda, mientras yo la contemplo, divertido. ¿Ya no está tan preguntona?

De repente, el ascensor se detiene, no se abren las puertas y Ari pega un chillido que por poco me destroza los tímpanos.

—¿Qué ha pasado? —inquire, y me mira con expresión asustada—. Lo has hecho tú a propósito, ¿verdad?

¿Esta niña está bien de la cabeza?

—Claro, con mis superpoderes inexistentes.

—¡Haz algo, Álvaro! —grita aporreando la puerta y pulsando todos los botones como una chiflada.

Joder con esta niña. ¿Tiene miedo a un ascensor o qué?

—A ver, quita. —Observo los botones y pulso en el que hay dibujado una campana—. Ya está. Ahora, a esperar.

Ari no se queda quieta y continúa dándole golpes a la puerta.

—¡Socorro!

—Joder, niña. En vez de estar comportándote como una desequilibrada, deberías estar aprovechando el tiempo conmigo en este sitio tan estrecho.

Me mira entornando los ojos, desconfiada.

—¡Por eso mismo quiero salir cuanto antes de aquí!

Madre mía con Heidi y su personalidad de demente.

Me pongo frente a ella y apoyo las manos en la pared, aprisionándola entre mis brazos mientras la miro fijamente. Ari no aparta su vista de la mía y contempla mis preciosos ojos. Puedo sentir los latidos de su corazón de lo nerviosa que está, y también puedo notar la sequedad de su boca, pidiendo a gritos probar la mía. Lo sé, porque a todas las tías a las que me acerco les ocurre eso y me parece normal: soy demasiado irresistible.

Segundos después, continúa mirándome con los ojos bastante abiertos; yo sonrío. Está deseando que le dé un beso, estoy seguro.

¿Lo hago? ¿Y qué hago preguntándome a mí mismo si lo hago o no? ¿Cuándo he pensado algo antes de hacerlo?

Me voy acercando lentamente a su boca cuando, de repente, siento algo estamparse contra mi mejilla.

Hostia puta. Me acaba de pegar una bofetada.

Sonríe y me quedo mirándola a la vez que acaricio mi cara. ¿En serio ha hecho eso? ¿Quién se puede resistir a uno de mis deliciosos besos? Esta tía no es normal. Tiene que ser una especie rara en peligro de extinción o algo así. Nadie me rechaza. Nadie.

Ari no borra su estúpida sonrisa de su rostro.

—Tu ego se acaba de caer al suelo, ¿no? —se burla.

Con mi ego no se mete nadie.

—¿Sabes cuántas tías morirían por liarse con un tío como yo? Todas las del planeta, excepto tú, claro. ¿Acaso eres lesbiana o asexual?

Sus ojos herbosos están a punto de salirse de las órbitas.

—¿Por qué tengo que ser algo de eso? ¿Porque no he dejado que tu asquerosa boca bese la mía? Ni aunque me dieran una fortuna dejaría que hicieses eso.

Miente.

—Yo tampoco me liaría contigo ni aunque fueses la única tía del planeta —replico haciendo una mueca de asco.

—Me alegro —sentencia, y se cruza de brazos, esperando a que nos saquen de este maldito lugar.

Todavía no me creo que me haya rechazado un beso. Se nota que le gusto, no hay más que verla.

Después de estar en silencio durante media hora más, vienen a rescatarnos y Ari se pira sin decirme nada. Yo subo las escaleras hasta mi casa y abro la puerta. Me encuentro a mi madre en el pasillo hablando por teléfono.

—Está aquí. Ahora te lo pongo —contesta a la persona de la llamada, y me mira—. Hijo, es tu padre. Quiere hablar contigo.

El que faltaba. ¿Por qué coño sigue hablando con él después de todo? No me lo explico.

Mi madre me tiende el teléfono y yo lo cojo.

—¿Qué cojones quieres? —le espeto al cabrón de mi no-padre, que no sé qué diablos le ha dado ahora para intentar arreglar las cosas.

—¡Álvaro! ¿Cómo te ha ido el instituto?

«Sí, haz como si te importara, imbécil».

Cuelgo antes de que se produzca un cortocircuito por la línea. Para acabar dejándonos sordos, mejor así.

—¿Por qué le has colgado? —me pregunta mi madre.

—Porque me ha salido de los huevos.

Me encierro en mi habitación después de pasar este día de mierda y me pongo con el ordenador. Me meto en mi Facebook y tengo diez invitaciones para jugar al *Candy Crush* de los cojones. ¿Es que la gente no tiene otra cosa que hacer? Menuda pérdida de tiempo. Enseguida entro en el perfil de mi prima para buscar entre sus amigos a alguien que se llame «Ariadna». Me encuentro con una tal «Ari LeBlanc». ¿Qué mierda de apellido es ese? Pulso para ver su perfil y le doy a «Agregar a amigos».

Necesito que me acepte. Nadie me rechaza un maldito beso.

Capítulo 9

Ari

Después de llegar a casa y de darme una ducha, cojo la báscula y me subo encima. Respiro hondo y observo la cifra en la que se ha parado.

Setenta.

Antes de verano pesaba sesenta y cinco. Vale, he engordado cinco kilos. Tengo que hacer algo para no seguir engordando.

Ya en mi habitación, me tiro en la cama y miro lo que tengo en mi Facebook con el portátil sobre las piernas.

Una petición de amistad.

«Álvaro González Buenorro»

¿En serio? ¿Hasta por aquí no me va a dejar de molestar? Este tío es un pesado, además de antipático, creído y ególatra. ¿Quién, en su sano juicio, se pone de apellido «Buenorro»? Y para colmo el casi beso que me iba a dar hoy en el ascensor. Menos mal que le he dado una buena bofetada a tiempo. Ese idiota no va a posar sus morros sobre los míos nunca. Sin embargo, acepto su petición y vuelvo a mirar su foto de perfil.

Madre mía, vale que sea guapo, pero tampoco es para creérselo tanto. Sin querer, pulso en «Me gusta».

Mierda. ¿Ahora qué hago?

Me llega un mensaje al chat.

ÁLVARO: «¡Hey! Te gusta mi foto ¿eh?»

Ahora quiero hacer un agujero muy profundo en la tierra y esconderme durante siglos.

YO: «Le he dado sin querer. No te lo creas tanto»

ÁLVARO: «Sin querer, queriendo»

YO: «No voy a discutir contigo»

ÁLVARO: «¿Qué haces?»

YO: «Nada que te importe, idiota»

ÁLVARO: «¿Eres así de simpática con todo el mundo?»

Le mando el emoticono cabreado.

YO: «Me voy, que tengo cosas que hacer»

Me desconecto al instante y me quedo mirando la pantalla como una boba. Es la conversación más rara y absurda que he tenido en toda mi vida. Luego, escribo en Google: «Maneras de perder peso» y pincho en una página en la que hay un montón de dietas milagro que seguro que son un timo. Mejor será que me apunte a un gimnasio y coma sano sin probar ninguna porquería.

* * *

Llego al instituto a tiempo con Chris y nos sentamos en la penúltima fila porque los pupitres de detrás de nosotros, en los que siempre nos ponemos, están ocupados por Mónica y Patri.

—Tengo muchísimas ganas de que llegue la fiesta de este sábado —oigo comentar a Patri, la delegada de la clase—. ¿Has visto al chico nuevo de segundo?

Toda mi atención se concentra en la conversación de atrás.

—Por supuesto, lo conocí ayer. Se llama Álvaro y me dio su número —susurra Mónica.

—Pues me lo tienes que presentar, porque está buenísimo.

—Pero no te lances a su cuello, que yo lo he visto primero.

Hablan de Don Chulito como si fuese unas bragas de mercadillo.

—¿Me estás escuchando, Ari?

Al parecer, estaba tan concentrada en la conversación de las dos poligoneras que no me he dado cuenta de que Chris me ha estado hablando.

—¡Chicos! —nos llama Sandra dirigiéndose a nosotros—. ¿Os apetece que este sábado vayamos a la fiesta que van a montar los de segundo en casa de Víctor?

—Pero, Sandra... ¿Te estás oyendo bien? Si nosotros no somos de salir de fiesta —responde Chris.

—¿Y qué? Por un día que vayamos no va a pasar nada. Es que tengo muchas

ganas de estar con Hugo.

—Esas fiestas son para gente mayor, no para vosotros, que parecéis de preescolar —interviene Mónica desde atrás, y yo me giro hacia ella.

La odio. No la soporto, y más ahora que se supone que es mi «hermanastra».

—¿Y para ti sí? Te recuerdo que tienes la misma edad que nosotros —le espeto.

La Barbie Poligonera suelta una carcajada.

—Yo, por lo menos, tengo a cientos de tíos detrás de mí, no como otras.

—Será por lo que dicen que haces en los baños —la provocho, y la Barbie me dedica una miradita llena de odio.

—¿Qué has dicho? —Se levanta y posa las manos con sus garras kilométricas sobre la mesa, mirándome con sus ojos grises llenos de rabia.

Toda la clase se gira para vernos y Chris me pega un golpe en la pantorrilla con su pie para que me calme, pero no me pienso callar. Ya estoy harta de que Mónica me pisotee.

—Lo que has oído —le contesto a la Barbie.

—¡Todo el mundo a su sitio! —grita el profesor de Inglés, interrumpiendo mi primera disputa con la Barbie.

—Te vas a enterar, gorda —me amenaza Mónica, y yo la fulmino con la mirada y me doy la vuelta hacia el frente.

—Por un momento me he creído que iba a empezar una matanza —me susurra Chris.

—Tía, bien hecho. Se lo tiene muy merecido —me felicita Sandra, que se ha sentado delante de nosotros.

Yo les sonrío a los dos, orgullosa de mí misma. Jamás le había plantado cara de esa manera.

—Entonces, ¿vamos a ir a la fiesta? —les pregunto.

—A mí me apetece ir —contesta Sandra, y las dos miramos a Chris, que bufa, pero finalmente acepta.

* * *

En el recreo, me encamino hacia el banco de siempre, donde me están esperando Chris y Sandra, pero siento que alguien me tira del brazo y me impide avanzar.

—¡Tú, gorda! —me llama Mónica con sus dos esbirros detrás.

—¿Qué quieres ahora? —Intento liberar mi brazo.

—¿Puedes repetir lo que me has dicho a primera hora? Es que no lo he oído muy bien —dice en tono irónico y con sus ojos grises desprendiendo diversión.

—¿Te refieres a lo que haces en los baños? —me burlo.

La Barbie aprieta la mandíbula tan fuerte, que creo que se le han partido todos los dientes de tanto énfasis que le ha puesto.

—Eres una gorda asquerosa.

Las dos sombras de Mónica se ríen como las descerebradas que son.

¿Qué hago? ¿Le cruzo la cara? Nunca me he peleado con nadie y no soy una chica violenta, pero no me da la gana de que siga metiéndose conmigo.

—Mónica, ¿qué haces jugando con niñas pequeñas? —Víctor aparece con Álvaro a su lado.

—Esta pava —le responde la Barbie señalándome con la cabeza y haciendo una mueca de asco, y siento los ojos de Álvaro mirarme de arriba abajo—, que se cree muy chulita conmigo.

—Déjala. No merece la pena meterse con una cría —le dice Víctor, y le pasa el brazo por alrededor del cuello—. Vámonos.

Todos se largan, excepto Álvaro, que viste una camiseta negra, unos vaqueros ajustados y las gafas de sol sobre la cabeza, y a mí me da la impresión de que no tiene otra ropa para ponerse, porque siempre lo veo con el mismo estilo.

Se da cuenta de que lo he inspeccionado al completo y sonrío.

—Veo que tu hermanita y tú os lleváis muy bien.

—Perfectamente —le respondo con sarcasmo, y doy media vuelta para irme.

—¿A dónde vas, bella Adriana? —Se planta delante de mí, interrumpiéndome el paso.

—No te importa.

—Guay —contesta sin dejar de sonreír, con esa expresión de pedante que tiene.

—Guay —repito.

Pone sus manos sobre mis hombros y me mira muy serio.

—Escúchame, Ari. Si te hace algo Mónica, tú me lo dices y la pongo en su sitio.

—Te agradezco la preocupación, pero sé defenderme yo solita —le digo malhumorada y liberándome de sus brazos—. Adiós.

Espera, que creo que no he escuchado bien. ¿De verdad me ha dicho que me va a defender de esa arpía? Definitivamente, su única neurona se ha ido de vacaciones y lo ha dejado solo.

* * *

—¿Te puedo ayudar en algo, señorita? —me pregunta un hombre supermusculoso en el gimnasio al que acabo de entrar, que imagino que será el

encargado.

—Esto... Quería inscribirme.

El hombre saca una carpeta llena de hojas de debajo de la mesa y la abre por la mitad. Yo aprovecho para observar el gimnasio entero, donde sólo se ven culturistas que parecen que van a explotar de tanto músculo que tienen en el cuerpo. Las únicas personas normales que hay son unas abuelitas haciendo bicicleta estática al fondo.

—Bien, rellena este formulario —me dice el hombre.

Asiento y me pongo a hacer lo que me ha dicho. Al terminar, le entrego el papel y me quedo perpleja al ver a mi acosador saliendo de una puerta con el pelo húmedo y bebiendo de una botella de Aquarius. Lo admito, está muy guapo.

Sacudo la cabeza y vuelvo a la realidad. ¿De verdad no había más gimnasios en toda la ciudad? Tiene que ser un tío omnipresente, porque no me explico cómo nos encontramos en todos lados. Aunque también es culpa mía por venir al gimnasio que hay cerca de su casa...

En un impulso, decido taparme la cara con un papel que acabo de pillar para que no me vea.

—¿Adriana? —oigo la voz de Álvaro, y me quita el papel, dejando mi cara al descubierto—. ¿Qué haces?

Mierda.

Lo miro y me doy cuenta de que está estudiándome, divertido.

—Pasaba por aquí —logro decir.

—Ya. ¿No será que estabas espíandome? —inquiere sin dejar de sonreír—. Ya sé que te mueres por mis huesos y que estoy demasiado sexy haciendo ejercicio, pero por lo menos avísame y te compro unas palomitas para que vengas a verme en primera fila.

Abro los ojos, anonadada, y me pongo del color de las fresas. Cada vez soporto menos a este idiota.

—Chica, tienes que pagar veinte euros —me dice el encargado del gimnasio.

—¿Te has apuntado? —quiere saber Don Chulito, que acaba de descubrir mi plan, y le doy al hombre los veinte euros.

—Algo así.

Al muy imbécil le empieza a dar un ataque de risa y deseo que se atragante con su propia saliva.

—¿Para qué te has apuntado? ¿Para ponerte buenorra y que me fije en ti?

Estoy a punto de coger una de las pesas y estampársela contra la cabeza.

—¿Por qué te crees siempre el ombligo del mundo?

—Porque lo soy —contesta dándose un golpecito en el pecho, orgulloso de sí mismo—. Admítelo. Quieres enrollarte conmigo y no sabes cómo llamar mi

atención.

Este tío no tiene abuela.

—Perdona, pero no soy como las chicas descerebradas con las que te lías.

—Pues claro que no. Para que te parezcas a ellas tienes que tener unos kilos menos.

Capullo.

—Te refieres a tener menos cerebro, ¿verdad?

—¿Te has enfadado, cariño? —inquieta con sorna.

—Déjame en paz.

—A ver, niña. —Coloca su palma en mi mejilla—. Tienes una cara muy bonita, pero si estuvieras más delgada, me liaría contigo sin pensármelo dos veces. Ya te lo demostré ayer intentando darte un beso.

Aparto su asquerosa mano de mi cara de un manotazo.

—Eres un gilipollas.

—Qué ofensa más grande, no voy a poder dormir esta noche por ese insulto tan infantil —dice llevándose la mano al corazón, como si lo hubiera ofendido de verdad.

Lo observo con ganas de abofetearle la cara, pero al final decido largarme del gimnasio a toda prisa.

No me importa lo que acaba de decirme. Los tíos como él son así de imbéciles. Espero no encontrármelo mucho por la fiesta del sábado, a la que no tengo muchas ganas de ir.

* * *

El sábado por la noche entramos por el portal de la urbanización donde vive Víctor y lo que más deseo es irme corriendo. No me apetece nada estar en esta fiesta, pero he hecho un esfuerzo por Sandra, para que no venga sola.

—¡Qué bien! —exclama mi amiga, ilusionada—. ¡Hasta tiene una piscina! —Señala con la mano una piscina comunitaria.

—Uy, de verdad. Qué envidia —murmura Chris en tono sarcástico. A él tampoco le hace mucha gracia estar aquí.

—Dejad esas caras de muermos y vamos a divertirnos —nos anima Sandra mientras nos guiamos por la música que se oye.

Nos adentramos en la casa y ya vemos a unos cuantas personas haciendo el tonto y enrollándose en cada rincón. ¿Habrá venido Don Chulito? No es que me importe mucho, pero no quiero encontrármelo y que se esté burlando de mí durante toda la noche por no aparecer por el gimnasio en toda la semana.

Llegamos al salón y observo que Mónica se acerca a mí acompañada de más

gente. Lleva un vestido rojo demasiado corto y unos tanques por zapatos. Se ha recogido el pelo en una cola de caballo y se ha puesto veinte capas de maquillaje en la cara. Se creará que está guapa con tanto potingue encima; lo que ha conseguido es parecerse a un payaso.

—¡Pero mira a quién tenemos por aquí! —exclama la Barbie con los brazos en jarras—. Las tres supernenas —prosigue mirándome a mí—. ¿Cómo te atreves a venir aquí? Este no es tu ambiente, cerda.

—Porque me ha dado la gana, hermanita —le contesto.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad, huerfanita? —Mónica me dedica una sonrisa de bruja y todos los demás se ríen—. Te voy a arrancar los pelos hasta dejarte calva.

Álvaro se acerca a Mónica y la sujeta del brazo, para impedir el ataque.

—¿Pero qué haces, Álvaro?! —le espeta ella—. ¡Suéltame!

—Dejar que no te arruines ese precioso vestido —le responde él. Se le nota en la cara que se está burlando de ella.

—Tienes razón —le contesta la Barbie; después me mira con una sonrisa arrogante—. Por lo menos yo me puedo poner este tipo de vestidos.

Noto cómo se me empiezan a humedecer los ojos. No voy a llorar delante de todos, así que huyo para buscar el baño e intentar calmarme.

* * *

Ya llevamos casi dos horas aquí y pienso matar a Sandra por haberme convencido para venir a esta dichosa fiesta. Ella está por ahí perdida con su novio y yo cotilleo la casa con Chris.

—Ari —me llama Chris señalando la pared, donde aparece Víctor en un cuadro vestido de comunión.

—Parece un niño bueno y todo.

—Y yo que me creía que vivía en una pocilga —comenta.

—Ya le vale a Sandra por dejarnos tirados.

—Déjala. Por una vez que está con su novio, que aproveche. Ya sabes que su madre no aprueba esa relación —responde, y le da un sorbo a su fanta de limón.

—A mí mi madre me pilla saliendo con un tío como Hugo y se convierte en Lucifer.

Hugo es el típico macarrilla de turno, con *piercings* por toda la cara, adicto a los porros y a salir a hacer animaladas por las calles. Más de una vez le han pillado los policías con las manos en la masa y se lo han llevado a la comisaría. Pero claro, como es menor, no le pasa nunca nada.

Decidimos salir al aire libre y nos encontramos a Don Chulito comiéndole los

morros a la bruja. Él está apoyado en la pared de la entrada agarrándola de la cintura y ella le rodea el cuello con los brazos. Qué asco.

—Ari. —Chris me saca de mi ensimismamiento y me pasa la mano por delante de la cara.

—¿Qué?

—Te has quedado pasmada mirando a esos dos.

—¿Yo?

—No, este cactus de aquí —contesta cogiendo un cactus pequeño que hay sobre la mesa que decora el porche.

—No estaba mirando —replico volviendo a poner los ojos en esos dos. Ahora ella le da besos por el cuello y él tiene las manos puestas en su culo plano.

Y como si Don Chulito hubiera sentido mi presencia, centra su mirada en mí.

—¿Quieres una foto, niña?

La Barbie Poligonera deja de mordisquearle el cuello y me taladra con su mirada.

—Vayamos dentro, que aquí hay muchos mirones —murmura ella cogiéndolo de la mano y dirigiéndose hacia el interior de la casa, no sin antes mirarme de arriba abajo con una mueca de asco, como hace siempre.

Después mi amigo y yo nos sentamos al lado de la piscina gigante. No voy a volver a pisar una fiesta en lo que me queda de vida.

—Hola, Chris.

Un chico muy rubio, con unos ojazos de color avellana, saluda a mi amigo, que se pone colorado en cuanto lo ve.

—Hola, Mateo. Esta es Ari, mi mejor amiga —me presenta un poco nervioso. Le gusta.

—Encantado, Ari. —Mateo se agacha y me da dos besos; luego se sienta al lado de mi amigo.

—Igualmente.

Me siento como una sujetavelas ahora mismo. Estoy por tirarme a la piscina y no salir hasta que me encuentren flotando en la superficie, inconsciente.

—Oye, Chris. ¿Te apetece tomar algo conmigo en la casa?

Traducción: «Estoy un poco incómodo con tu amiga aquí al lado y tengo ganas de liarme contigo».

Chris intercambia una rápida mirada de súplica conmigo.

—Vete con él —lo animo—. No seas tonto y disfruta de la fiesta.

—¿De verdad que no te importa? —me pregunta.

—Por supuesto que no.

—Gracias, Ari —me dice muy feliz, y me planta un beso en la mejilla. A continuación se levanta y se marcha con el tal Mateo.

Suspiro, mirando el fondo de la piscina.

—¿Te han dejado solita tus amiguitos? —inquire la voz de la Barbie Poligonera detrás de mí, minutos después.

Giro la cabeza y la encuentro observándome con los brazos cruzados junto con sus dos lameculos. ¿Dónde se ha dejado a su nuevo ligue?

—¿Sabes que es de muy mala educación no responderle a tu hermana mayor? Eres patética.

Me está empezando a hartar.

—No soy tu hermana —le espeto, y me levanto del césped para ponerme frente a ella—. ¿Y qué se supone que haces perdiendo el tiempo aquí con una patética como yo? ¿No deberías estar con tu nuevo novio?

Suelta una risa de bruja.

—Eres una envidiosa. Dices eso porque él nunca se fijaría en alguien como tú —dice mirándome de arriba abajo como si estuviera oliendo a pedo.

—Pues prefiero eso a que me traten como si fuera de usar y tirar.

A Mónica se le cruzan los cables, se abalanza sobre mí y me pega un empujón, que hace tirarme a la piscina.

Capítulo 10

Álvaro

—¿Me llamarás?

—Claro que sí, preciosa —miento.

Ella sonríe y me da un beso. ¿Cómo demonios se llamaba?

—Espero que sea pronto, Álvaro —dice mientras yo me abrocho el cinturón de los vaqueros. Se ha aprendido mi nombre y todo.

Me levanto de la cama y me pongo mis zapatillas. La chica de pelo morado se termina de vestir.

—¿Dónde están mis bragas? —me pregunta.

Mi vista recorre la habitación de pijos y me dirijo hacia el perchero del fondo, donde están colgadas sus bragas rosas de encaje, y las atrapo. ¿Cómo han llegado a parar hasta aquí?

—Aquí están —le respondo, y se las lanzo—. Yo me piro ya.

—Espera. —Se acerca a mí totalmente vestida y me da otro beso. Menuda lapa de tía—. Llámame.

—Que sí —vuelvo a mentir, y la aparto de mí.

¿Seguirá Heidi por aquí? Tiene pinta de que no le gustan mucho las fiestas, así que no creo. Aunque tengo ganas de meterme con ella. Ojalá continúe aquí.

Bajo las escaleras y echo un vistazo por todo el salón, pero no la encuentro por ningún lado. Mierda. Imagino que ya se habrá largado. Decido salir al aire libre con la intención de fumarme un cigarro, pero las ganas se me van al ver el espectáculo de la piscina: Ari bañándose (o ahogándose, mejor dicho) y Mónica con sus amigas riéndose de ella.

Joder, qué crueles son.

Enseguida me dirijo hacia donde se encuentran.

—¿Se te ha ido la cabeza, Mónica?

—¡Álvaro! —oigo la voz de Ari.

Giro mi cabeza hacia ella y la veo chapoteando en el lugar de la piscina donde no se hace pie. Sin pensármelo, me tiro al agua y saco a Ari de la piscina.

—Ni se te ocurra tocarle un pelo, ¿estamos? —le advierto a Mónica, y Ari explota y se pone a llorar.

—Qué patética —se burla Mónica.

Me acerco a Heidi y la acuno entre mis brazos para que continúe llorando a moco tendido en mi camiseta empapada.

—Tranquila.

—¿Pero qué ha pasado? —pregunta Sandra con voz alarmada, que acaba de llegar—. Quita, primo.

Mi prima me aparta de Ari y le da un abrazo. Chris está a su lado igual de asustado.

—¿Estás bien, Ari? —le pregunta su amigo.

Ella asiente, temblando. Se acaba de formar un círculo a nuestro alrededor con las personas de la fiesta, y los vecinos están asomados desde sus casas disfrutando de la escena.

—¡Traed toallas! ¡No os quedéis ahí pasmados! —les grita Sandra a los cotillas de la fiesta, y yo me acerco a Ari.

—¿Es que no sabes nadar? —inquiero en tono burlón.

—Cállate, imbécil.

—Encima de que te acabo de salvar la vida, vas y me insultas. Muy mal, Ari. Muy mal.

Al cabo de varios minutos, aparece Víctor con las toallas. Agarro una y me la paso por encima.

—¿Quieres que te lleve a casa? —le pregunto a Ari.

—Me voy con Sandra —me responde, y después mira a sus amigos—. ¿Nos vamos?

* * *

En cuanto estoy en mi casa, me cambio de ropa como una bala y cojo mi sudadera azul y un pantalón de chándal negro para dejárselos a Heidi. No sé si tendrá más ropa en casa de mi prima, pero yo le voy a prestar mis cosas, por si acaso.

Abro la puerta de la entrada y me encuentro a Ari, a Sandra y a su amigo.

—Espera, Heidi —la llamo, y ella ladea su cabeza hacia mí.

—¿Qué quieres ahora?

—Te esperamos dentro —interviene mi prima, y entra en su casa junto con el otro.

—Te he traído esto —le digo a Ari, y le tiendo mi ropa, que se queda mirándola como si fuera una bomba, pero finalmente decide cogerla.—. Por si no tienes nada que ponerte.

—Gra... Gracias. —Parece sorprendida.

—De nada.

Ari sonrío.

—Y gracias por salvarme.

—Ya. Si tú lo que querías era ahogarte para que te hiciera el boca a boca —le contesto, y suelto una carcajada—. Si tenías ganas de morrearte conmigo, sólo tenías que pedírmelo.

Se le suben todos los colores a la cara.

—Eres un idiota.

—Anda, ve y cámbiate. A ver si vas a pillar una pulmonía.

—Gracias por todo, de verdad.

Joder, esta niña está nada más que diciendo gracias.

Le sonrío como un tonto y le guiño un ojo.

—Bueno, me voy a casa —le digo contemplando sus ojos verdes.

—Yo también me voy —responde con una sonrisilla nerviosa.

—Descansa.

Entro en casa sonriendo como un jodido imbécil y me meto en mi cuarto. ¿Qué coño me está pasando con esa tía? ¿Por qué me comporto como si fuera un retrasado? En el fondo creo que me recuerda demasiado a Mimi por cómo es de sensible.

* * *

Mi cuerpo decide que ya ha descansado lo suficiente y me despierto, sintiendo que la cabeza me va a explotar de un momento a otro. Suerte que estoy en mi cama y no dentro de un contenedor de basura durmiendo la mona. Cuando me doy cuenta de que son las cuatro de la tarde, me levanto de mi cama, con mi cabeza dando vueltas, y me encamino hacia la cocina con la intención de buscar algo para el martilleo de sesos.

—¿Dónde hay ibuprofeno? —le pregunto a mi madre, que se está pelando una manzana.

—En uno de los cajones de la encimera —me responde sin mirarme—. De resaca, ¿no? Eso te pasa por beber tanto.

No le contesto y busco la caja de ibuprofeno en el cajón. A continuación, lleno un vaso de agua y me tomo una pastilla.

—Tu padre ha llamado.

Empezamos bien el día. O la tarde, mejor dicho.

—¿Y?

—Te ha ingresado dinero en tu cuenta.

Já.

—Llámalo y le dices que se lo meta por el culo —contesto de mala gana, y

me piro de la cocina. Me vuelvo a meter en mi cuarto, cerrando de un portazo, y mi cabeza se resiente ante tal estruendo.

Si el imbécil de mi no-padre se cree que lo piensa solucionar todo con dinero, va listo.

Mientras tanto, me entretengo mirando mi WhatsApp, por si alguien me ha hablado.

MÓNICA: «Gracias por haberme dejado tirada anoche. Espero que no se vuelva a repetir»

Imágenes de la noche anterior asaltan mi cabeza: un barullo de gente por todos lados, Mónica acosándome, Ari en la fiesta, yo liándome con Mónica en el jardín, Ari mirándonos con su amigo, yo tirándome a alguna en una habitación...

Necesito tomar el aire.

Me pongo lo primero que pillo y salgo de mi casa. Tengo mucho sueño y la cabeza sigue doliéndome como si me estuvieran dando sartenazos a toda hostia. Me siento en las escaleras del bloque, apoyo mi cabeza en la pared y cierro los ojos, capaz de quedarme frito aquí mismo.

—¡Tierra llamando a Álvaro! —grita alguien en mi oreja, y yo doy un respingo y abro los ojos.

—¡Joder, me cago en mi vida! —exclamo, y miro a la lista que me ha despertado de mi pequeña siesta—. ¡¿Eres tonta o qué?!

—Jolín, perdona —se disculpa, y se sienta a mi lado—. Pero te has pegado un buen susto.

—Ariadna, la próxima vez te corto la lengua con mi navaja —bromeo. Al ver la expresión horrorizada de su cara y pensando en que va a echar a correr gritando como una demente, le digo—: Es broma, eh. Primero tengo que probarla.

Sin embargo, me sigue mirando como si hubiera visto un cadáver en su armario.

Hostia, se me ha venido a la mente otra cosa que pasó ayer: casi se ahoga por culpa de la arpía de su hermanastra.

—¿Te lo pasaste bien bañándote en la piscina? —me mofo, y ella me mira entornando sus ojos.

—Estuvo muy divertido hasta que llegaste tú.

—Nos hubiésemos desnudado para bañarnos juntos. —Le guiño un ojo y ella bufa—. Oye, ¿no ligaste con ningún tío?

—¡Pues no! —exclama de pronto, como si ligar con alguien fuera algo malo.

—Me lo temía —digo, y suelto una carcajada—. Como tu hermanita va

diciendo por ahí que eres una mojigata...

Ari me observa como si estuviera planeando mi asesinato.

—Me voy, estúpido —suelta como si fuera una niña pequeña. Alba, que tiene cinco años, es más madura que ella. Luego se levanta de un salto y yo la imito.

—Yo sólo te he informado de lo que dicen. Si te lo quieres tomar como un insulto, tú sabrás.

Ari aprieta los labios con fuerza.

—¿Por qué me salvaste ayer?

Buena pregunta, pero no tengo ni idea de la respuesta.

—No lo sé.

Ari se vuelve a sentar en las escaleras y suspira.

—¿Qué haces? ¿No te ibas? —pregunto volviéndome a sentar.

—¿Qué te pasa conmigo? ¿Por qué me tratas bien y luego me insultas? —Me mira muy seria y yo pienso que de verdad le ha sentado mal lo que Mónica va diciendo de ella.

—No te he insultado.

Me parece que esta niña sólo escucha lo que quiere y luego lo adorna a su manera.

—Ya, claro. —Su voz desprende ironía—. ¿Y por qué algunas veces te vas a la parte de atrás del instituto a esconderte y te pones a mirar el móvil muy triste, sin que nadie te vea?

Estoy flipando. ¿Me ha estado espiando la semana que llevo aquí?

—No eres nadie para preguntar eso y meterte en mi vida —le respondo de mala gana.

—No creas que te vigilo. Sólo me impresiona que un chico como tú, que parece tan seguro de sí mismo, haga eso.

Además de observadora, es muy lista.

—No me conoces.

—Eres transparente, Álvaro.

—¿Y tú qué? —contraataco—. No pienses que me crea esa pinta de niña buena que tienes.

Me está cabreando, y cuando lo hago, digo barbaridades de las que luego me arrepiento.

—¿Dónde está la ropa que te presté ayer? —quiero saber.

—La tiene Sandra. Luego te la devolverá.

—¿Has entrado en ella? ¿O has estado a punto de explotar?

Me estoy pasando, lo sé.

—Que te den, Álvaro. No se puede hablar contigo.

Ari se levanta y empieza a andar como si le estuviera persiguiendo un

asesino en serie por detrás. Además de ser una fan loca, también quiere que le cuente mis problemas con esa carita de no haber roto un plato en su vida.

Salgo a la calle y me encamino hacia el parque de al lado de mi casa, pero al llegar, me encuentro con John y otro tipo más peleándose con alguien y me acerco a ellos.

—¿Qué hacéis? —inquiero, y observo al tío con el que se están peleando. Es el amigo de Ari y le está saliendo sangre de la nariz. ¿Chris era su nombre?

—Estamos dándole su merecido a este maricón —explica el otro, que lo he visto un par de veces por el insti. Agarra a Chris de la camiseta y le propina un puñetazo en la mandíbula, que hace tirarlo al suelo. John observa la escena sin hacer nada.

—Me parece que ya ha tenido suficiente —intervengo antes de que le haga nada más.

—Vámonos, tío —le dice John al otro. Se despiden de mí con la cabeza y se marchan.

Ayudo a Chris a levantarse del suelo.

—¿Estás bien?

—Sí —me contesta acariciándose la mandíbula.

—Joder, ayer salvé a tu amiga de la piscina y hoy a ti de esos idiotas. Voy a convertirme en un superhéroe como siga así.

—Una lástima que seas tan gilipollas. —Y con esas últimas palabras se va, sin siquiera darme las gracias.

Joder, cómo está el patio.

Regreso a mi casa y suena la melodía de mi teléfono. Lo saco de mi bolsillo y veo que es un número desconocido.

—¿Quién es?

—Hola, hijo.

Dos veces en el mismo día. ¿Pero qué cojones quiere llamando tanto?

—¿Qué quieres otra vez?

Oigo a mi no-padre suspirar a través del teléfono.

—Hablar contigo.

—Si no tiene nada que ver con Alba, mejor será que no me llames —le espeto.

—¡Espera! No me cuelgues. Sé que me he portado muy mal contigo...

Corto la llamada.

Menudo cabrón. ¿Qué se piensa? ¿Que por hacer llamaditas y darme dinero lo va a arreglar todo? Si me está costando la vida reconciliarme con mi madre, menos lo voy a hacer con él.

Desearía haber nacido en otra familia.

* * *

Hace un año...

—Parece un dinosaurio.

—¿Pero qué dices? Es una teta, ¿no la ves? —dije señalando una nube.

—En serio, Álvaro, sólo piensas en guarradas —me reprochó Mimi.

Estábamos tumbados en el césped de un parque mirando al cielo y fumando porros. Me incorporé y me puse a mirar toda la porquería que teníamos esparcida alrededor de nosotros.

—Me muero de hambre. ¿No queda nada de comer? —pregunté buscando algo comestible entre todo el basurero. Mimi, pasando de mí, echó el humo del porro haciendo una «O» y yo me reí por culpa de estar colocado—. Voy a por comida a alguna tienda. No te muevas de aquí.

—Tranquilo, Alvarito, que cuidaré de nuestro vertedero.

Me levanté y entré en la tienda más cercana que había. Era pequeña, con lo cual me iba a costar una barbaridad robar algo. Me abroché la cremallera de mi chupa de cuero y la mujer que había atendiendo a la gente en la cinta transportadora, se me quedó mirando. Esperaba que no se me notara demasiado que había estado fumando marihuana.

—Buenas tardes —la saludé con mi cara de niño bueno, y reprimí una risita.

—Buenas tardes —me respondió la señora.

Observé la tienda con detenimiento y me fui hacia la estantería donde se encontraban los dulces. Agarré cuatro tabletas de chocolate negro y me las metí dentro de la chupa con disimulo. ¿Venderían condones en este sitio? Me hacían falta.

Después de que me hube paseado por toda la tienda buscándolos, los encontré. Eso ya era más difícil. Cogí una de las cajas, haciendo todo lo posible para que nadie me viera, la abrí, saqué todos los preservativos que había, me los metí en los calzoncillos y volví a poner la caja en su sitio, pero vacía.

En esa tienda me parecía que eran todos retrasados.

Me encaminé hacia la salida, silbando, y me dirigí hacia el parque donde estaba sentada Mimi, esperándome.

—No has tardado nada.

—Ha sido fácil.

Me senté en el césped, me desabroché la chaqueta y saqué todas las compras.

—¡Chocolate! —exclamó ella al verlo todo, y frunció el ceño al ver los preservativos—. ¿Condomes?

—Son para mí. Tú eres muy pequeña todavía para usar estas cosas —bromeé guardándomelos en los bolsillos de los vaqueros. No pensaba darle ni uno.

—Tenemos la misma edad, idiota. —Me golpeó con su puño en el hombro—. Y sabes que no soy virgen.

—Me da lo mismo.

Mimi soltó un bufido.

—Dame uno, porfi —me pidió haciendo pucheritos.

—Ni hablar, porque sé que los vas a usar con el tal Dani.

Ese tipo era su novio y me caía como el puto culo.

—¡No te vuelvas tan sobreprotector! Los usaré con quien me dé la gana.

—Si alguna vez te hace daño ese desgraciado, se las tendrá que ver con estos dos colegas que tengo aquí. —Le enseñé mis puños y ella puso los ojos en blanco.

—Eres un envidioso, Álvaro.

—¿Yo? Venga ya. —Solté una carcajada.

—Te da envidia que yo tenga a alguien que me quiera y tú no —dijo mirándome fijamente con sus ojos castaños.

—La monogamia no es lo mío —repliqué sonriendo.

—Cuando te quedas tan pillado por una tía y no puedas ni dormir por las noches, me reiré de ti hasta quedarme sin oxígeno en los pulmones. Y cuando me vengas llorando porque te has peleado con ella, también me reiré.

Me entró un ataque de risa.

—Esa mierda nunca me pasará a mí.

—Eso le pasa a todo el mundo por lo menos una vez en la vida. Yo sólo te estoy advirtiendo. —Parecía bastante convencida.

—Si me pasa, me pegas un tiro.

—Ojalá te ocurra pronto y pueda presenciar toda la escena desde primera fila.

Jamás me pasaría eso. Nunca había estado tan seguro de algo en toda mi vida.

Capítulo 11

Ari

—Ariadna, no has probado la cena. ¿Te ocurre algo? —pregunta mi madre con su voz fría mientras cenamos.

Estoy dándole vueltas a los trozos de tortilla de espinacas con el tenedor, intentando disimular un poco. Lo peor de todo es que la arpía de Mónica se ha quedado a cenar.

—Es que me duele la barriga —miento.

—Pues vete a tu habitación y descansa, que mañana tienes clase.

Sólo le importa el maldito instituto, que apruebe el curso para estar un poco más cerca de la universidad y estudiar su querida carrera de Derecho. Lo que me pase a mí por dentro le da exactamente igual.

Me levanto, tiro las sobras a la basura y coloco mi plato en el fregadero.

—¿No quieres comer, cerdita? —me susurra Mónica, que se ha levantado después de mí.

La ignoro.

—Hasta mañana —les digo a los demás, y me marcho a mi habitación.

A veces pienso si de verdad no seré adoptada. Mi madre es alta y delgada, toda una modelo para ser exactos, y mi padre era más de lo mismo. Mi hermano ha salido a ellos dos y yo no tengo ni idea de a quién me parezco.

Suspiro, tumbada en mi cama, contemplando el techo, y decido mirar páginas de dietas en Internet.

Cuando pierdo un cuarto de hora de mi tiempo, llego a la conclusión de que todo lo que pone es lo mismo: «Pierde diez kilos en tres días», «Come tal alimento y estarás delgada en una semana», «Bebe agua y haz mucho ejercicio para estar perfecta en menos de dos semanas». ¿De verdad hay gente que se cree estas barbaridades? Me pongo a leer los comentarios de otra página diferente.

«Lo mejor es pasar hambre. Aunque al principio cueste, tu cuerpo se va acostumbrando poco a poco. Yo empecé comiendo poca cantidad, hasta ahora que no como prácticamente nada».

«Yo me provoqué el vómito después de cada comida. Me está funcionando.

No me siento tan pesada y parece que voy perdiendo kilos. Así nadie sospecha de mí».

Yo jamás sería capaz de hacer algo así. Aunque estoy pensando en hacer una tontería...

Atravieso el pasillo hasta el baño, cierro con pestillo y me coloco de rodillas, mirando la taza del váter. A continuación, me introduzco los dedos en la garganta y me provocho una arcada.

No puedo. No funciona. Esto es otro timo.

Se me empiezan a saltar las lágrimas. ¿Qué estoy haciendo? No puedo hacer esto por cuatro insultos que me dicen los gilipollas de siempre. Tengo que ser fuerte; siempre lo he sido, pero siento que me estoy debilitando. Hasta ahora no me había afectado tanto la opinión de la gente por mi peso, siempre he hecho oídos sordos.

A partir de mañana sí que voy a ir al gimnasio y empezaré a comer sano. Lo prometo.

* * *

—¡Menuda cara de zombie que tienes hoy! —exclama Chris al verme al día siguiente.

—No he dormido bien.

Llegamos al instituto y lo primero que me encuentro es a la Barbie Poligonera con sus dos amiguitas cuchicheando en la puerta de la entrada. Pasamos por delante de ellas y siento sus miradas sobre mí mientras se ríen como pavas.

—Pasa de ellas —me susurra mi amigo.

—Lo hago, pero es que me ponen de los nervios.

Subiendo las escaleras, me choco con Don Chulito sin darme cuenta.

—Joder, niña. ¿Siempre vas así de empanada?

—Normal, Alvarito. Si lo ocupa todo —comenta Víctor, que está junto a él; luego se echan a reír como auténticos descerebrados.

Lo odio. Bueno, odio a los dos, pero a Don Chulito más. Es un falso de mierda.

En un acto reflejo, le pego a Álvaro un empujón, que por poco lo tiro al suelo, y me encamino hacia mi clase con Chris, sin decirles ni pío.

—¡Tú! ¡Enana! —grita Don Chulito detrás de mí. Parece que lo he cabreado —. ¡No te escapes!

Alguien me levanta por los aires y me carga a su espalda como si yo fuera un

saco de patatas. Sale corriendo escaleras abajo, conmigo colgando, y yo pienso que debe tener una fuerza sobrehumana para hacer algo así con lo mucho que peso.

—¡Suéltame, gilipollas! —Le doy tortazos en la espalda.

Segundos después, me baja de su espalda y yo me quedo estudiando el sitio. Es el baño de chicos. Álvaro cierra con cerrojo la puerta y me contempla de brazos cruzados, pero con expresión divertida.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —exijo saber.

—Pídeme perdón.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Déjame salir!

—Me da igual. No te pienso dejar libre hasta que no me pidas perdón. —Se saca una caja de tabaco del bolsillo de sus vaqueros, agarra un cigarrillo y lo enciende con el mechero.

—Voy a gritar.

—Tienes todas las de perder. Estás en el baño de tíos. Te castigarían — responde.

—Déjame salir. —Lo miro cabreada y él sonrío de medio lado.

—Dime la palabra mágica. —Da una calada y llena todo el habitáculo de humo, que hace que me ponga a toser. Odio el olor del tabaco.

—¡Gilipollas! —exclamo, y le doy manotazos en el pecho.

—Esa no es. —Me sujeta los brazos y me mira sin dejar de sonreír; entonces suena el timbre y me sobresalto.

—Álvaro, tengo clase. Déjame salir —le suplico. Me estoy poniendo muy nerviosa.

—¿De verdad te apetece ir a clase estando los dos encerrados aquí? — inquiera esbozando una sonrisa socarrona.

—Álvaro, voy a gritar.

—No eres capaz.

Pero en cuanto hago el intento de pegar un grito, él me tapa la boca con su mano, que apesta a tabaco.

—Vale, Heidi. Has ganado esta vez. —Me mira con ojos de loco y después quita el cerrojo y abre la puerta—. La próxima vez no te vas a ir de rositas tan fácil. —Me guiña un ojo y se marcha; yo suelto el aire que he estado aguantando todo el tiempo.

En serio, este tío parece un loco.

Cuando llego a mi clase, me siento con Chris en la penúltima fila y la Barbie Poligonera ha plantado su culo plano en el pupitre que hay detrás de nosotros.

Hola, muerte.

—¿Te gustó el baño del sábado, hermanita? —me pregunta en la oreja, y

suelta una carcajada que retumba en todo mi ser. Tengo ganas de tirarle de los pelos para ver si se le quita toda la tontería de encima—. Tendría que haberte grabado. Si lo hubiera subido a YouTube, sería millonaria.

—Ni caso, Ari —me susurra Chris a mi lado.

Respiro hondo. Me imagino a Mónica calva, después de haberle echado crema depilatoria en la cabeza, pero sé que jamás sería capaz de hacer algo así. Soy una cobarde.

El profesor aparece y nos quedamos todos callados, menos la Barbie, que se pone a parlotear con una de sus lameculos.

—El sábado me lié con el nuevo, tía —le cuenta a su amiga.

Pongo los ojos en blanco y preparo mi sentido del oído tan desarrollado para escuchar mejor la conversación.

—Le voy a pedir que salgamos juntos.

Vale, una cosa es que se hayan liado y otra muy distinta es que se hagan novios. Álvaro es inteligente, aunque parezca lo contrario por la única neurona que le queda viva. No va a rebajarse de esa forma saliendo con esta tía que sólo usa la cabeza para peinarse.

—Las del fondo, silencio —ordena el profesor.

Pongo a descansar a mi cotilla interior y cojo apuntes como una posesa.

* * *

En la siguiente hora toca el suplicio de Educación Física y el profesor nos ordena correr diez minutos. Justo lo que yo quería. Y encima están Álvaro y Víctor saltándose las clases, sentados en un banco.

—¡Más rápido, Ariadna! —me grita el profesor mientras corro.

«¡Joder, hazlo tú!».

Sandra y Chris van más adelantados que yo y no tengo ni idea de cuántas vueltas llevan ya. Yo creo que voy por la primera todavía.

—¡La foquita no puede correr! —exclama Víctor desde el banco cuando paso por delante de ellos.

Yo hago oídos sordos y me concentro en «intentar correr más deprisa».

Qué diez minutos más lentos.

Me doy cuenta de que Álvaro y Víctor se han levantado y están animando a todos los que corren, tocando palmadas. Cuando voy acercándome a ellos, Víctor le da un codazo a Álvaro y me señala, empezándose a reír. No me creo que estos trogloditas estén en segundo de bachillerato.

Y es entonces cuando me tropiezo con algo y me caigo al suelo.

—Si miraras por donde vas, no te caerías —suelta la odiosa voz de Álvaro.

Me ha hecho la zancadilla. ¿Qué estamos, en parvulitos? Me levanto de un salto y voy hacia él hecha una furia.

—¡¿Pero qué haces, imbécil?! —vocifero, y le pego un empujón. Mónica está cotilleando la escena.

—Hostias, tío, que has cabreado a la ballenita —se mofa Víctor.

—Tranquilita, eh —me dice Don Chulito cogiéndome de los brazos y mirándome fijamente, con los ojos más oscuros de lo normal.

Siento un nudo agolparse en mi garganta. Mierda, no quiero llorar delante de todos.

—Eres un desgraciado —le espeto con voz quebrada. Se me escapan las primeras lágrimas y Álvaro me suelta los brazos mientras descifro la forma en la que me está mirando.

Víctor y la Barbie siguen desternillándose como los idiotas que son.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí? ¿Cuántos años tenéis? —nos riñe el profesor.

Chris y Sandra dejan de correr y vienen a mi lado.

—¿Qué te ha pasado, Ari? —me pregunta mi amiga.

—Me he caído —contesto enjugándome las lágrimas.

—Tienes sangre en la rodilla —señala Chris.

—Vete a curar eso —me ordena el profesor, y observo que Álvaro y Víctor se vuelven a sentar en el banco.

En cuanto me encierro en uno de los baños, me siento en el suelo y empiezo a llorar como una magdalena. ¿Qué me pasa? ¿Por qué me estoy sintiendo como una mierda últimamente? Pensaba que era una chica fuerte, pero me estoy dando cuenta de que la debilidad se está apoderando de mí sin saberlo. Ya son bastantes años aguantando los insultos de todo el mundo, incluidos los de mi madre: «Ariadna, no te comas esa tableta de chocolate si no quieres engordar más», me decía cuando era pequeña.

Se acabó. No pienso aguantar ni uno más. Me arrodillo en el suelo, delante del váter, y me introduzco los dedos en la garganta.

Una arcada.

«Vamos, gorda, un poco más».

Otra arcada.

Los vuelvo a introducir más y es entonces cuando lo expulso todo, acompañándolo de un mar de lágrimas descendiendo por mis mejillas.

Capítulo 12

Álvaro

—¿Has visto cómo se ha puesto la gorda cuando le has hecho la zancadilla, Mónica? —inquire Víctor entre risas.

—Y cuando se ha puesto a llorar —añade ella, y se le escapa una carcajada.

—Yo creo que te has pasado un poco con ella —intervengo. No se ha pasado un poco; se ha pasado tres pueblos.

—Eso lo dices porque te ha echado las culpas a ti —responde Víctor.

—Esa idiota se lo tiene bien merecido —dice Mónica, y se sienta a mi lado —. Álvaro, no me contestaste al mensaje de ayer.

—Estaba sin batería.

«No me salía de los huevos contestarte, pesada».

—Bueno, te perdono, pero no lo vuelvas a hacer, ¿eh? —Me mira aleteando sus pestañas llenas de rímel—. ¿Te apetece quedar esta tarde? Damos un paseo, si quieres.

Sí, claro. Como una parejita feliz.

—Estoy ocupado.

—Sólo un ratito —insiste, y me soba el brazo—. ¿No puedes?

—Te he dicho que no.

—Pero otro día sí, eh. —Me da un fugaz beso en la mejilla y vuelve a su clase de Educación Física.

Como vuelva a hacerme eso, le pongo cinta adhesiva en los labios. No sé ni para qué me lié con ella el sábado. Ahora tengo que aguantarla acosándome por todo el instituto.

Al acabar la hora, me acerco a Ari, que está bebiendo agua en uno de los bancos.

—¡Hey! ¿Qué tal tu pierna?

Me doy cuenta de que lleva puesta una tiritita en la rodilla.

—Vete a la mierda —me espeta metiendo la botella de agua en su mochila, sin mirarme.

—Ya veo que no estás de buen humor.

No me contesta; sólo se concentra en volver a sacar su botella.

—Ya lo creo que no estoy de buen humor —dice quitando el tapón de ella.

En un impulso, me tira el agua a la cara y yo me quedo parado, como un tonto y flipando en colores.

A mí sí que es capaz de plantarme cara, pero cuando su hermanita la molesta, se caga.

—Escúchame, niña. —Me acerco a su rostro con las gotas de agua cayéndose del mío—. Como sigas vacilándome...

—¿Qué vas a hacerme? ¿Me vas a pegar? —me interrumpe clavando sus ojos verdosos en los míos; yo esbozo una media sonrisa.

—Yo no pego a niñas.

—Yi ni pigui i niñis —me imita con voz de pito, divertida, y yo me quedo sin palabras. Después coge su mochila, se la cuelga al hombro y se pira.

¿Pero cuántos años tiene?

—¡Álvaro! —me llama Mónica—. Qué bien que estés aquí. Necesito hablar contigo, no puedo esperar. —Se queda mirando mi camiseta y mi cara empapadas—. ¿Por qué estás mojado?

—Tu hermanita me acaba de dar un baño.

—¡Será zorra! —exclama, impresionada—. Luego me encargaré de ella. Ahora quiero que me escuches.

—No le vayas a volver a hacer nada, Mónica —le advierto señalándola con el dedo.

No voy a permitir que nadie se meta con ella, excepto yo.

—¿Por qué? ¿Te gusta? ¿Por eso la sacaste de la piscina?

—No te montes películas —replico.

—Bueno, no me interesa competir contra esa gordinflona, porque sé que no tiene nada que hacer contra mí —dice sonriendo, y me mira poniendo morritos—. ¿Quieres ser mi novio?

Al escucharla, me entra un ataque de risa. Es lo mejor que he oído hoy.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes? —inquieta con el semblante lleno de confusión.

Me recupero del ataque y miro sus ojos grises.

—¿Me ves con pinta de querer tener novia?

—¿Por qué no, Álvaro? Te gusto, me gustas, nos gustamos...

Joder, lo que tengo que aguantar. Esta es la peor parte de ser irresistible, que algunas se obsesionan conmigo.

—Grábatelo en la cabeza. —Coloco mi dedo en su frente, haciendo presión—. No. Quiero. Novias. Punto.

Y me marchó del insti a toda hostia, antes de que me secuestre o algo parecido. Sin embargo, cuando estoy fuera, me encuentro con mi moto tirada en el suelo.

Mierda, mi preciosa Cassie.

Voy corriendo hacia ella, la levanto y me doy cuenta de que hay un *post-it* rosa pegado en el sillín.

«A tu amor le he hecho lo mismo que me has hecho tú antes. Que sepas que yo también soy vengativa.

Firma: La gorda del insti»

—Buena jugada, Heidi —murmuro mirando el papelito y sonriendo como un gilipollas.

* * *

Estoy viendo si está Heidi conectada a su Facebook. No sé por qué estoy acosándola por aquí, pero me parece que me estoy sintiendo mal por haberla tratado mal hoy, aunque ella también se ha pasado tirándome la moto al suelo y bañándome con agua. Como me resfríe por su culpa, se va a enterar de quién es Álvaro. Aunque ella se ha llevado la peor parte...

Vale, genial. ¿Desde cuándo tengo remordimientos? Me estoy volviendo loco. Esa niña está consiguiendo que me ablande y no se lo voy a seguir permitiendo.

Necesito dar una maldita vuelta para liberarme de sus jodidos ojos verdes.

Voy hasta mi preciosa Cassie, la arranco y conduzco hacia el Puerto de Málaga. Nunca he estado en este lugar, pero recuerdo que de pequeño venía a esta ciudad con mis padres y con Mimi en verano; teníamos una casa para pasar las vacaciones (y la seguimos teniendo), aunque mi madre no la quiere pisar y prefiere estar viviendo de mala manera en ese pisucho.

Me pongo las gafas de sol y camino por un paseo lleno de gente y palmeras. Este sitio está bien para venir a tocar la guitarra, así que puede que un día me anime. Me siento en uno de los bancos y observo la playa. Diviso a una pareja abrazada y a mí me están entrando ganas de vomitar arcoíris al presenciar esa escena tan patética. Bufo y me levanto. Sigo andando por el paseo hasta que mis oídos escuchan una melodía. Me paro en seco e intento adivinar de dónde proviene la música. Miro a mi derecha y veo una especie de parque pequeño con columpios. Una niña está saltando encima de algo que hace que suene esa música cuando lo pisas.

Yo quiero hacer eso.

De hecho, lo pienso hacer, y me da igual si la mocosa se va llorando y avisa a sus padres de que la he echado de esa mierda.

Me acerco y la niña me sonríe.

—¿Quieres probar? —me pregunta.

Hago el intento de sonreír y de parecer buena persona. Odio a los críos.

La niña se aparta y yo coloco mis pies en la especie de plataforma. Empiezo a darle pisadas, haciendo que suene música, y me río de mí mismo. La niña me mira sonriente.

Hostia puta. Parece que tengo tres años.

Alzo la vista a mi alrededor, por si acaso alguien se está riendo de mí, y mis ojos se encuentran a Heidi sentada en un banco del fondo, mirándome y negando con la cabeza. Qué casualidad.

Pero es mi oportunidad. Me aproximo hasta donde está, me coloco las gafas de sol sobre la cabeza y me siento a su lado.

—Hola, Heidi.

Pasa de mí y se pone a leer un libro cutre.

¿Qué hará aquí? ¿Le gustará estar sola? No es que me importe, pero a mí también me gusta estar solo algunas veces para poder pensar en mis cosas.

—¿Qué lees?

—Déjame tranquila —dice sin apartar la vista del libro.

Le coloco un mechón de pelo detrás de la oreja, pero ella ni se inmuta. ¿Por qué ya no moja las bragas cuando me acerco? Está muy rara.

—Perdona lo de hoy —me disculpo.

¿Álvaro disculpándose? ¿Quién soy? ¿Tengo sentimientos? ¿A qué huelen las nubes?

Heidi suelta una carcajada como si le hubiera hecho gracia lo que he dicho.

—Eres un petardo. —Continúa sin mirarme y yo me estoy poniendo nervioso presenciando esa indiferencia hacia mí.

—Te gusto y te estás intentando hacer la dura, pero no cuela. Por eso has tirado mi moto, para llamar mi atención.

Sonríe, cierra su libro y levanta su mirada haciendo que sus hipnóticos ojos me hagan sentir una presión en el estómago. Son demasiado verdes. Me gustan. Joder, ¿qué demonios estoy pensando?

Por una vez me siento pequeño ante la mirada de alguien.

Continúa callada, pero con sus ojos observándome con atención. A continuación, se muerde el labio inferior y me entra una oleada de calor por todo el cuerpo. ¡Pero si no me gusta! ¡Ni siquiera me atrae! ¿Por qué tengo ganas de probar esos labios tan carnosos?

Acerca su rostro al mío y su boca está a un centímetro de la mía. No voy a ceder. Mi corazón está palpitando con fuerza y me estoy asustando. La boca se me está secando y me cuesta tragar saliva.

A tomar por culo. Quiero que tenga el privilegio de probar mi deliciosa lengua.

Cuando estoy a punto de rozar mis labios con los suyos, me hace la maldita cobra y mi ego cava un agujero en el suelo para después esconderse y que no lo vea nadie.

Heidi me mira, orgullosa de lo que acaba de hacer.

—Te ibas a besar con una gorda —dice.

Mierda. ¿Ahora cómo se supone que arreglo esto para que mi ego vuelva conmigo?

Ya está.

—Sólo quería hacerte el favor de morrearte por primera vez con alguien.

—Ya, claro. —Sigue sonriendo de oreja a oreja. Maldita niña.

—No te creas que soy de los que caen demasiado bajo. Tú nunca podrías estar con alguien tan fabuloso como yo. Tengo dignidad como para rebajarme de esa forma.

Álvaro 1, Heidi 0.

—Eres un capullo —me espeta.

—Y para que te enteres, yo no te he hecho la zancadilla esta mañana. Ha sido Mónica.

Entrecierra los ojos, desconfiando de mí.

—Ari, ¿nos vamos ya? —nos interrumpe la voz de un tipo.

Heidi alza su vista hacia él y yo lo contemplo. No es muy alto, tiene el pelo corto y repeinado, de un tono castaño claro, y los ojos grandes y verdes. Viste una camisa de cuadros azul y blanca, y unos vaqueros. Me doy cuenta de que es el mismo tío que le preguntó en el tren si quería cambiarle el sitio.

—Voy. —Heidi se levanta, se despide de mí con una sonrisa socarrona y se va con ese tipo.

¿Quién cojones era ese? ¿Su novio? No puede ser. Heidi no tiene novio. No puede tener novio. ¿O sí? No puede estar saliendo con ese tipo con pinta de ricachón que le acaba de lamer una vaca en el pelo. ¿Y por qué me interesa tanto si tiene novio o no?

Joder, me importa una mierda todo lo que tenga que ver con esa idiota.

Capítulo 13

Ari

—¿Quién era ese chico? —me pregunta mi hermano mientras conduce.

—Un gilipollas.

—Pues le gustas.

Lo miro como si le hubiese salido un árbol de la cabeza.

—¿A ese retrasado? No lo creo.

—¿Te has dado cuenta de cómo te mira? —inquieta sin apartar la vista de la carretera.

Por favor, no quiero hablar con Pablo de ese idiota. Quiero salir de aquí.

—Cierra el pico y conduce.

Mi hermano suelta una carcajada y pone la radio, donde suena *Applause*, de Lady Gaga.

—¿A dónde te llevo?

—Al gimnasio.

—¿Qué te ha dado ahora por ir a ese sitio? —quiere saber.

—Me apetece ir —respondo muy seca. No le pienso contar los problemas que tengo con mi peso.

Al final se calla y continúa conduciendo en silencio, pillando la indirecta de que no me apetece hablar.

Mi cabeza se pone a pensar en lo que ha pasado antes con Don Chulito y sonrío, mirando por la ventana. Ahora mismo estará reconciliándose con su ego y cagándose en todo. Luego dice que soy yo la que le persigue por todos lados, y es él el que aparece de la nada en el mismo sitio en el que yo estoy.

Da igual, paso de ese idiota enamorado de sí mismo.

Mi hermano aparca en doble fila en cuanto llegamos al gimnasio y yo me apeo del coche.

—No llegues tarde, que mamá se enfada.

Le saco la lengua y entro en el establecimiento. Echo un vistazo por todos los rincones y no diviso a Don Chulito por ningún lado, y es algo que agradezco. Me voy a los vestuarios para vestirme con unos *leggings* y una camiseta de tirantes, y después me subo en la cinta andadora hasta que ya no me queden fuerzas de hacer ejercicio y me duela todo el cuerpo.

* * *

Cuando termino de cenar la ensalada César que ha preparado mi madre, recojo mi plato de la mesa y lo llevo al fregadero.

Me siento llena. Ahora me arrepiento de haber comido tanto. Estoy segura de que habré engordado tres kilos más por los dichosos trozos de pollo y por la salsa.

Subo las escaleras, pero antes de dirigirme a mi habitación, me meto en el baño para vomitar toda la cena.

Ya está.

Tiro de la cadena, me lavo los dientes y echo ambientador por todo el baño para que se vaya el olor a vómito. ¿Adelgazaré si hago esto todos los días? Es de locos, pero...

No, ni loca. Me tengo que quitar este pensamiento de la cabeza ahora mismo. Aunque si quiero, puedo controlarme. Sólo para quitarme esos kilos de más que me estorban. No creo que me ponga tan enferma como las chicas con trastornos alimentarios que salen por las noticias. Las cosas malas sólo les pasan a los demás. Yo sólo quiero sentirme mejor conmigo misma.

Ya en mi cama, con el portátil sobre las piernas, me conecto al Facebook y descubro que tengo un mensaje en el chat.

ÁLVARO: «No soy de esas personas que se disculpan con los demás, pero sé cuándo me he portado fatal con alguien. Así que si estás esperando que te pida perdón, no lo pienso hacer, pero reconozco que hoy me he pasado un poco contigo. No me gusta que me rechacen»

YO: «Déjame en paz. Ni se te ocurra dirigirme la palabra ni una vez más»

Mientras me río, no tarda en llegar su respuesta.

ÁLVARO: «¿Quién era el chico con el que te has ido hoy?»

YO: «Mi hermano, ¿por qué?»

ÁLVARO: «Ahhh, ya decía yo que se parecía a ti. Por cierto, estabas muy sexy hoy en la cinta andadora»

No me puedo creer que haya estado espíandome, el muy desgraciado. ¡Y

encima se está cachondeando de mí con lo de sexy!

Me desconecto y apago el portátil, cabreada y pasando olímpicamente de él. Me pongo música e intento quedarme dormida escuchando *Quién*, de Pablo Alborán.

* * *

Tras una larga noche sin pegar ojo, me levanto con un dolor de cabeza insoportable y tengo los ojos tan cansados que parece que he salido de la serie *The walking dead*.

—Buenos días, Ariadna —me saluda mi madre, que se está bebiendo su café mañanero, cuando entro en la cocina.

Me bebo un Cola-Cao y meto unas galletas en la mochila para «almorzar» en el recreo.

—Me voy al instituto —digo.

—Estudia mucho.

Hoy Chris no me está esperando para que vayamos juntos a clase porque tiene que llevar a su hermana al colegio. Su madre tiene turno en el hospital y su padre estará durmiendo la mona después de haberse tirado toda la noche empinando el codo.

Voy caminando con tranquilidad hacia el instituto, cuando escucho el claxon de una moto, que justo se detiene en la acera, delante de mí, interrumpiéndome el paso.

—Te van a poner una multa por aparcar en la acera —le digo a Don Chulito mientras se quita el casco y se baja de la moto con poses de modelo.

—¿A dónde vas? —me pregunta.

—¿Tú qué crees? —contesto de mala gana. Estoy todavía muy dormida como para responderle algo coherente.

—¿Te llevo?

—Aparta, que voy a llegar tarde por tu culpa. —Lo empujo, apartándolo de en medio, y continúo con mi camino.

—¡Qué mal genio tienes por las mañanas!

Oigo cómo arranca la moto y me vuelve a pitar cuando me alcanza, pero esta vez no se detiene y sigue conduciendo a toda pastilla.

Ojalá le pongan una multa.

* * *

Llevo toda la mañana sin enterarme de nada de lo que han explicado los

profesores por culpa del maldito dolor de cabeza. Me arrepiento de no haberme tomado una pastilla antes de venir. Al dirigirme con Chris y Sandra a nuestro sitio de siempre a la hora del recreo, cruzamos por delante de Mónica y de sus amigas, que están apoyadas en la pared, y la Barbie me hace la zancadilla, pero esta vez no me caigo, sino que le doy un pisotón en el pie.

—¡Ya me has partido los dedos del pie con los doscientos kilos que pesas! —exclama haciendo una mueca de dolor, y las descerebradas de sus lameculos se ríen. Luego mi enemiga se acerca a mí, sin que me dé tiempo a huir, y me empuja, con tan mala suerte de que me tira al suelo.

—¿Estás loca? —le espeta Sandra a Mónica, y le empieza a pegar manotazos.

Yo sigo humillada sobre el asfalto con la cabeza dándome vueltas.

—¿Te encuentras bien, Ari? —Chris viene para ayudarme mientras las otras dos se pelean a tirones de pelo—. Levántate.

No me levanto y se forma un círculo de personas alrededor de nosotros, en el que la mayoría animan a la Barbie, hasta que vienen dos profesores a separarlas.

—¡Al despacho del director! —les ordena uno de ellos.

Las dos refunfuñan y se lanzan miradas asesinas antes de marcharse con ellos.

—A Sandra le va a caer una buena por mi culpa —le digo a Chris todavía sentada en el suelo.

—No ha sido tu culpa —me contesta.

Álvaro pasa por delante de mí y me mira esbozando una sonrisa, el muy idiota. Después, continúa su paso hacia delante, pero para mi sorpresa, se da media vuelta y se acerca a mí.

—¿Es que no sabes levantarte, Heidi? —inquire, y me tiende su mano.

Yo me agarro a él y me levanto como puedo, pero al hacerlo, se me nubla la vista y me aferro al brazo de Álvaro para no caerme.

—Ari, ¿qué te pasa? —me pregunta Chris, alarmado.

—Estoy bien.

—Lo que le pasa es que me quiere para ella sola —interviene Don Chulito, y suelta una carcajada—. Por eso se ha agarrado a mi sensual brazo.

Me suelto como si me hubiera pinchado con él.

—Tienes un ego demasiado grande.

—No es lo único que tengo grande —dice dedicándome una media sonrisa, y se marcha caminando como si estuviera en una pasarela.

Me pongo de todas las tonalidades de rojo. ¡Qué idiota!

—Vamos, Ari. Tienes que comer algo. Estás muy pálida —me dice mi amigo haciendo caso omiso a lo que acaba de pasar con Don Queguaposo.

En cuanto suena el timbre que da por finalizado el recreo, me coloco la mochila sobre la espalda y le digo a Chris que tengo que ir al baño. Entro en uno de los compartimentos individuales y vomito todas las galletas que me he comido.

«Bien hecho, gorda».

* * *

No tengo muchas ganas de entrar en clase a última hora, así que decido irme al patio, ya que al ser menor de edad, no puedo fugarme. Me encamino hacia la parte de atrás del instituto y diviso a Don Chulito sentado en el suelo y con la espalda apoyada en la pared. Adiós, libertad. Parece que nos hemos puesto de acuerdo en venir. Me voy acercando con sigilo, pero él no se da cuenta, porque está con su móvil y llorando.

Un momento, ¿Álvaro está llorando? No me lo puedo creer. Con lo duro que parece... Siento curiosidad por saber el motivo, aunque está claro que no me lo va a contar. Sin embargo, lo voy a intentar.

Dios, soy patética. Voy en busca de mi acosador porque estoy preocupada. Esto es de locos.

Mientras me voy acercando poco a poco, él alza su vista, se da cuenta de mi presencia y se seca las lágrimas con la manga de su chaqueta.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—No te importa. Vete. —Tiene la voz ronca.

Me siento a su lado y lo miro, pero él aparta su mirada y finge entretenerse con su móvil.

—¿Qué te pasa?

—Joder, ¿no te han enseñado nunca a no meterte donde no te llaman? —me espeta, y una lágrima desciende por su mejilla; yo acerco mi mano a su rostro y la atrapo, mientras Álvaro no deja de mirarme con ojos vidriosos—. Vete, por favor.

No pienso irme. Sé que le pasa algo y que necesita soltarlo.

Mi mano continúa en su mejilla. Álvaro no la aparta y me sigue mirando. Va a acabar insultándome para que me vaya, lo sé.

—Vete —insiste, y yo niego con la cabeza—. Ari, vete.

—No.

Aparta mi mano de su rostro con suavidad, suspirando.

—¿Por qué te interesa tanto meterte en mi vida? —inquire.

—No sé —contesto, y trago saliva. Tengo su cara demasiado cerca y puedo sentir su aliento en mi piel. El corazón me late deprisa.

Segundos después, me sigue mirando. No tengo ni idea de lo que significa esa forma de mirarme, pero sé que no me va a traer nada bueno. No le tengo miedo, pero estoy inquieta. Acerca su mano a mi mejilla y la acaricia con suavidad, como si creyese que me voy a romper de un momento a otro. Contempla mis ojos, luego observa mis labios y yo estoy a punto de que me dé un ataque al corazón ahora mismo.

Hoy no puedo apartarme de él, mi cabeza y mi corazón me lo impiden.

Acerca sus labios a los míos, pero cuando están a punto de tocarse, retrocede.

Parece que se ha arrepentido. O eso, o ha estado haciendo el paripé para hacerme la cobra, como le hice ayer.

Estoy segura de que es la segunda opción.

Capítulo 14

Álvaro

Ari permanece mirándome con los ojos como platos. La iba a besar, sí. No sé por qué, pero me apetecía hacerlo, como me pasó ayer y en el incidente del ascensor. Sé que me odia y no tengo ni idea de por qué está aquí viendo lo hundido que estoy. No me gusta que me vean así. Y menos ella.

—Vete —le vuelvo a ordenar.

Esta vez sí que se dispone a levantarse, pero yo la agarro del brazo, impidiendo que me deje solo, y ella vuelve a mirarme como si me faltara un tornillo.

Que me faltan varios, lo sé.

—¿Qué haces? —me espeta.

—Quédate. —Ha sonado más como una súplica y quería que sonara como una orden.

Ari me mira con la boca abierta y yo temo que se le meta una mosca. Quiero que se quede conmigo. Creo que le preocupo, aunque no quiero que sienta pena por mí. No me gusta dar lástima. Ya haré que me odie otro día, pero hoy la necesito cerca.

—¿Que me quede?

Asiento.

—¿Me abrazas? —le pido. Me ha costado un huevo soltarlo.

Los ojos se le van a caer de las órbitas como siga poniéndolos así, y la mandíbula se le va a desprender de la cara de lo abierta que la tiene.

—Eh... Claro.

Se acerca a mí y me rodea con sus brazos temblorosos; yo apoyo mi cabeza en su hombro y me abrazo a ella también, inhalando su aroma. Me encanta su olor a coco. Noto que está nerviosa y respira con dificultad; su corazón late deprisa, pero conforme pasan los minutos, se va calmando. Sonrío y Ari me acaricia el pelo, haciendo que me tranquilice. Ninguno de los dos habla, pero no estamos incómodos. Es un silencio agradable.

Y así nos quedamos hasta que suena la maldita campana de los cojones.

No nos movemos, aunque ella rompe el silencio.

—Álvaro... Hay que irse. Me están esperando.

Carraspeo.

—Claro.

Me separo de ella, me levanto, me pongo las gafas de sol y me cuelgo mi mochila; Ari hace lo mismo y se me queda mirando, esperando algo. ¿Tengo que darle las gracias por haberse quedado conmigo? Pues no pienso hacerlo, así que echo a andar hacia la salida antes que ella, sin decirle nada. Veo a Chris y a mi prima y me encamino hacia mi moto.

No quiero que Ari se compadezca de mí y tampoco la necesito. No entiendo por qué se ha empeñado en mí ni por qué le interesa tanto meterse en mi vida de mierda.

* * *

Si no fuera porque los viernes a última hora le toca Educación Física a Heidi, ya me habría ido a mi casa a tocarme los huevos. Llevo toda la semana molestándola, metiéndome con ella por los pasillos y acosándola por el chat del Facebook cuando la veía conectada, cosa que ha hecho que me borre y que me bloquee de por vida. No ha aparecido por el gimnasio ni un solo día, así que imagino que ya se habrá aburrido.

—Hola, Álvaro —me saluda Mónica.

¿Esta tía nunca se cansa de perseguirme?

—Hey.

—¿Me llevas a casa en tu moto cuando salgamos?

En mi Cassie no dejo que se suba nadie. La única persona que se ha montado conmigo ha sido Mimi. Bueno, y Mel unas cuantas veces me ha robado las llaves, pero ya está. Mi moto es sagrada.

—¡Mónica, venga, que vamos a empezar la clase! —le grita el profesor canoso desde la pista.

—¡Voy! —le responde ella, y me vuelve a mirar—. Luego te veo, guapo. No te vayas sin mí.

John viene de la cafetería con una bolsa de patatas fritas junto a Edu, otro de mi clase; Víctor nos ha dejado tirados hoy antes de tiempo.

Diviso la figura de Ari, que está acompañada de mi prima y de Chris. Se ha hecho una coleta alta, lleva unas mallas negras que le marcan todas las curvas y una camiseta de tirantes azul. Si tuviera unos kilos menos y no una personalidad tan infantil, no se escaparía de mí. Bueno, aunque tampoco está tan mal: es guapa y tiene unas tetas generosas, así que si se dejara...

Mierda.

No me interesa.

No.

Es tonta y antipática.

No aparto mi vista de Heidi durante los diez minutos que lleva corriendo y, de pronto, se tambalea y se detiene. Su amigo deja de correr y se acerca a ella; el profesor canoso hace lo mismo.

¿Qué demonios le pasa?

Observo que el profesor le dice algo a Ari, y ella se marcha hacia los bancos, donde están todas las mochilas.

—Eso le pasa por llevar tanta grasa encima —suelta Edu acompañado de una carcajada; John lo imita.

—Sois gilipollas —les espeto.

—¿Y a ti qué te pasa hoy, tío? —inquire John.

Estoy a punto de soltarle a John que continúe babeando mirando a cierta persona, pero mejor hago oídos sordos, me levanto y me acerco a Ari. No pienso consentir que esos desgraciados se metan con ella. Yo soy su acosador y el único que puede hacerla rabiar. Punto.

—¡Hey! —la saludo, y me siento a su lado. Ella suelta un bufido—. ¿Qué te ha pasado?

—¿A qué has venido? ¿A cachondearte de mí? —Tiene el rostro pálido, con unas ojeras que le llegan hasta el suelo.

—Sólo quiero saber lo que te ha pasado —contesto mirando sus ojos verdes apagados.

—Déjame en paz. —Aparta su mirada de la mía y suspira.

Me aproximo más a ella y rozo mi brazo con el suyo, haciendo que dé un respingo.

—¿No me lo vas a contar? —le pregunto.

—No te importa —responde con la mirada perdida en algún punto de la pista.

—Sí que me importa. Cuéntamelo —insisto, y suelta una risa forzada.

—Cuéntame tú por qué estabas llorando el otro día.

Ni de coña.

—No es asunto tuyo.

Suelta otro suspiro y entonces habla:

—Me ha dado un mareo.

—¿Por qué?

—Porque estoy gorda, ¿no?

No puedo evitar soltar una risita al oír semejante gilipollez.

—Sabía que te ibas a reír de mí —me dice fulminándome con la mirada.

—No me he reído de ti —miento—. Bueno, en realidad me he reído porque lo que has dicho es una tontería.

—Llevas riéndote de mí desde que me conoces.

—Sólo para llamar tu atención y poder liarme contigo de una vez.

—¿Sabes? Ojalá no te hubiera conocido nunca —suelta de repente, y mi corazón finge romperse.

—Yo no me arrepiento. Me lo paso pipa cuando me meto contigo.

En eso tengo razón. Desde que la conozco no he parado ni un minuto en dejar de pensar en ella. Siento la necesidad de meterme con esta chica.

—¿Me dejas que te lleve a tu casa hoy? —me ofrezco—. Por si te mareas otra vez.

—Sí, lo que me faltaba. Morir estampada contra un muro. Gracias, pero no. No puedo evitar sonreír.

—Entonces dame tu número.

Enarca una ceja, sorprendida.

—No pienso dártelo.

—Se lo tendré que pedir a mi prima —comento encogiéndome de hombros.

—Te bloquearé.

Muevo la cabeza de un lado a otro, sonriendo como un puto imbécil. Qué infantil es. ¿Se habrá quedado en los cinco años?

—¿Te gusta mucho bloquear, no?

—A acosadores como tú, sí —responde con una media sonrisa, y yo me echo a reír. A continuación me pongo a jugar con un mechón de su coleta—. No me toques el pelo —replica, y se empieza a hacer la coleta de nuevo, estirándose y haciendo que mi vista se pose en su delantera.

Madre mía.

Se da cuenta de que estoy babeando mirando sus tetas y se las tapa con los brazos, con toda la sangre concentrada en sus mejillas.

—¿Entonces no me vas a dejar llevarte a tu casa? —pregunto rompiendo el momento incómodo.

—No.

Qué cabezota es.

—Está bien —me doy por vencido. Algún día caerá, yo no tiro la toalla tan fácil.

Mientras pasa el tiempo, me quedo observándola con detenimiento. Está concentrada mirando la pista. Mis ojos la recorren entera y se detienen en la mitad de su melena, donde tiene algo extraño pegado.

—Tienes algo en el pelo —digo alcanzando su cabello con mi mano.

Ari me mira, confusa.

—¿Qué es?

Me pongo a palpar la sustancia pastosa.

—Un chicle.

—¿Un chicle? —Se toca el pelo, como si su vida dependiera de ello, y da con el estropicio que le habrá hecho alguien—. ¡Has sido tú!

¿Qué? ¿Cómo puede pensar que he sido yo?

—Te equivocas.

—¿Entonces quién ha sido, eh? —Me mira con expresión cabreada—. Porque eres el único que ha estado manoseando mi pelo ahora mismo.

—¡Que no he sido yo, joder! —le grito.

Suspira y saca de su mochila unas tijeras.

—Eres lo peor.

—Deja que te ayude. —Le quito las tijeras de las manos y agarro el mechón que contiene el chicle.

—¡Ni se te ocurra! —chilla volviendo a secuestrar las tijeras.

—Ari, te lo vas a estropear.

—Vete a la mierda, Álvaro. Ojalá te des cuenta algún día de lo mala persona que eres —dice mirándome como si fuera el ser más despreciable del mundo.

—No te columpies, niña —suelto.

—Vas con esa actitud queriendo ocultar algo de ti, tratas a la mayoría de las personas como si fueran inferiores a ti, no te importa nada lo que pase a tu alrededor y sólo te importa tu maldito ego. —Hace una pausa y toma aire—. Sé que algo te ha pasado, se te nota.

Mis labios dibujan una fina línea.

—Deja de analizarme, porque no tienes ni idea.

Me levanto de un salto y me piro del instituto como una exhalación antes de que le suelte alguna burrada a esa niñata.

* * *

Hace once meses...

—¿Cuánto te queda para la moto? —me preguntó Mimi mientras merendábamos tortitas con Nutella.

—Más de la mitad —contesté soltando un bufido—. Menuda mierda. Estoy por robar la primera que vea en la calle.

—No seas subnormal. —Puso los ojos en blanco—. Además, tengo algo para ti. —Mimi sacó de su mochila un sobre blanco y me lo tendió.

—¿Qué es? ¿Una carta de alguna de mis admiradoras secretas?

—Cállate y ábrelo.

Le hice caso y, al abrirlo, me empecé a reír a carcajadas.

—¿Estás loca? ¿Un vale para una moto? Me estás tomando el maldito pelo.

—¡Ay, Álvaro! Confía en mí una maldita vez en tu vida, por lo menos —respondió echándose la melena rojiza hacia atrás—. Yo confié en ti cuando por poco me envenenas con lejía cuando éramos pequeños.

Sonreí. Eso fue cuando jugábamos a un juego que nos inventamos. Le propuse que bebiera lejía y mis padres me liaron una buena; tuvieron que llevar a Mimi al hospital de inmediato.

—¿Vamos a por la moto o qué? Pero eso sí, me tienes que hacer de chófer siempre que yo quiera.

—Eso habrá que hablarlo.

Salimos de mi casa y nos dirigimos hacia la parada de metro. No me lo creía, por fin iba a tener una moto con la que podría sentirme libre. Cuando llegamos a la tienda, me encontré a mi madre esperándonos en la puerta. ¿Habría sido idea de ella o de Mimi? A mi padre no le iba a hacer demasiada gracia, eso sí.

—Mama, ¿qué...?

—Cállate, hijo —me respondió—. Y entra en la tienda antes de que me arrepienta.

—Dame las gracias a mí —me susurró Mimi.

Atravesé la puerta de la entrada y ahí estaba el amor de mi vida esperándome. Sin pensármelo, fui corriendo hacia ella.

—¡Por fin juntos, amor mío! —exclamé acariciando la moto negra—. ¡No sabes cuánto te he amado en secreto todo este tiempo!

—Álvaro, por favor, deja de hacer el retrasado, que nos están mirando —dijo Mimi cogiéndome del brazo.

Mi madre estaba observándonos con una sonrisa dibujada en sus labios, y un tío calvo con pinta de querer aplastarte con la mirada, se acercó a nosotros.

—¿Os ayudo? —nos preguntó con voz grave.

—Sí, claro, señor, ¿nos podría poner esta moto para llevar, por favor? —le pidió Mimi como si estuviera comprando una hamburguesa en el Mcdonald's.

El tío calvo la miró como si fuera un asesino en serie, pero luego se le suavizó el rostro. Era imposible cabrearse con ella con esa carita que tenía de niña buena.

—Claro, acompañadme. —Nos guió hasta una mesa para preparar todo el rollo del papeleo.

—¡Álvaro, vayamos a mirar los cascos! —exclamó Mimi levantándose de la silla, eufórica.

Fui tras ella, dirigiéndome a la sección de los cascos, mientras mi madre estaba con el gorila preparándolo todo.

—Este amarillo te sentaría genial —comenté vacilando a la pelirroja y

señalando un casco amarillo pollo.

—¿Eres idiota? Me van a confundir con una mensajera de Correos.

—Yo me quedo con este —dije cogiendo un casco negro.

—¡Qué feo! ¡Ese es muy soso!

—¡Qué más da! —exclamé. Siempre hablábamos a voces en cualquier sitio.

Mimi se puso a estudiarlos todos.

—¡Yo quiero este! —gritó cogiendo uno de color rosa con estrellas negras.

—Ese es muy cursi.

—Por lo menos no pareceré una gótica como tú, todo de negro.

—Vete a cagar. —Le saqué el dedo corazón y ella negó con los ojos en blanco.

—¿Comprándote una moto sin mí?

La voz de Mel me sobresaltó y me di la vuelta al instante.

—¡Melody!

Sergio también se encontraba a su lado.

—¡Cariño! —Mimi se abalanzó sobre él y le plantó un beso en los labios.

Me parecía de lo más extraño que esos dos fueran pareja. En cuanto me enteré de la noticia, amenacé a Sergio diciéndole que, como se le ocurriera hacerle daño a Mimi, ya sabía lo que le esperaba. Aunque eso sí, por fin la pelirroja rompió con el idiota de Dani.

—O sea, venís a la tienda de motos de mi hermano y ni siquiera me avisáis. Ya os vale —nos recriminó Mel haciéndose la ofendida.

Me encogí de hombros, mirándola, mientras Sergio y Mimi estaban en plan oso amoroso.

—Ha sido de repente —expliqué.

Cuando mi madre acabó la compra de mi moto, se fue a trabajar a su restaurante, dejándome listo para desvirgar al amor de mi vida.

—¿Estoy sexy o qué? —les pregunté a los tres subido en la moto.

—Buenorro, tú estás sexy siempre —contestó Mel, y Mimi se echó a reír.

—Tonterías —murmuró Sergio, que tenía su brazo alrededor del cuello de Mimi.

—Envidioso —le espeté—. Ya veréis que, cuando pase con esto por delante de las tías, me van a lanzar las bragas a la cara.

—¡Deja ya de echarte flores y dame una vuelta! —exclamó Mimi.

—Espera. —Me bajé de la moto—. Le tenemos que poner un nombre.

Los cuatro nos quedamos pensando durante unos minutos y a Mimi fue la primera a la que se le iluminó la bombilla.

—¡Cassie!

—¿Cassie? —inquirí pensando en ese nombre—. Me gusta mucho.

Después de despedirnos de Mel y Sergio, nos pusimos los cascos y nos subimos en Cassie. Mimi se agarró a mí, rodeándome la cintura con sus brazos, y yo arranqué la moto.

—¡Hostias! —exclamé.

—¡No me estampes por ahí o te cortaré los huevos si salimos vivos! —me amenazó.

Salimos hacia la carretera y pude sentir el viento chocando en todo mi ser. Tenía la sensación de que era libre, como si fuera un pajarillo volando por el cielo.

Y me fascinaba.

Capítulo 15

Ari

Ya estamos a mediados de octubre. Este último mes de instituto lo he pasado tan mal que algunos días no he podido ni salir de la cama. Mi madre, como está tan obsesionada con su maldito trabajo, no se ha preocupado ni un solo segundo por mí. Los únicos a los que les he importado han sido a Chris y a Sandra, que me han estado preguntando cómo estaba cada vez que me veían decaída. A Diego lo tengo angustiado; dice que, como me siga viendo tan desanimada, cogerá el primer tren y vendrá a quitarme el bajón con un ataque de cosquillas.

No le he contado a nadie lo que hago, obviamente, pero tengo que dejar de hacerlo o voy a terminar matándome. Llevo todo el mes con mucha ansiedad, lo que me ha hecho comer a escondidas sin parar, para luego vomitarlo todo porque me sentía demasiado culpable. Y de verdad que no sé lo que estoy haciendo. Yo no soy así.

Por otro lado, tampoco entiendo el comportamiento de Don Chulito. Ha estado todo este tiempo metiéndose conmigo, aunque otras veces empezaba a tirarme la caña como si se pensara que me iba a liar con él, pero imagino que lo habrá estado haciendo para reírse de mí. Cada vez lo estoy odiando más. Se ha metido a todo el instituto en el bolsillo y ahora se cree el rey.

En cuanto a Mónica, no ha parado de hacerme la vida imposible en el instituto, en mi casa y en todos sitios, como ha hecho siempre, y yo cada vez me iba sintiendo peor.

Hoy me he venido a la biblioteca para hacer los deberes y estudiar un poco, ya que es el único sitio donde reina la tranquilidad. O eso creía yo, porque divisó a Don Chulito entrar, acompañado de sus amigos, y enseguida me tenso.

¿Pero qué hacen esos por aquí? ¿No deberían estar fumando porros en algún parque?

Me concentro en mis cosas, pero ellos se sientan en la mesa que hay delante de mí. Me sumerjo en mis apuntes, aunque siento los ojos de Álvaro clavados en mí; yo ni lo miro. Segundos después, una bola de papel me golpea en toda la cabeza y yo doy un respingo. Miro al gilipollas de enfrente, que se está partiendo de risa a costa mía, y desdoble la bola

«Ariadnita sexy, ¿cuándo vas a dejar que me lée contigo?»

Menudo estúpido. Cojo el boli y comienzo a escribir:

«Qué hace un idiota sin cerebro como tú en un sitio como este? ¿Acaso quieres matar a la única neurona que te queda viva?»

Vuelvo a doblar el papel, se lo lanzo y Álvaro lo coge al vuelo. Lo abre, lo lee y sonríe. Escribe algo y me lo vuelve a lanzar, pero con lo torpe que soy, en vez de atraparlo, aterriza en el suelo. ¿Qué somos, niños pequeños o qué? Me levanto, me hago con él y vuelvo a mi sitio.

«Estar bueno lo compensa, preciosa»

No puedo con él y su narcisismo enfermizo. Ya me cansa.

Me encamino hacia el baño para respirar hondo y poder calmarme, antes de que explote de ira en toda la biblioteca por su culpa. No puedo permitir que Álvaro se siga riendo de mí de esa manera. Tengo que dejar de entrar en sus juegos infantiles.

Cuando salgo del baño, me lo encuentro sentado en mi sitio con total tranquilidad.

—Quita de ahí —le ordeno en voz bajita para no molestar a los demás.

—Hasta que no me pidas perdón, no voy a moverme de aquí.

¿Perdón de qué?

—He dicho que te quites —insisto.

Estoy de pie, al lado de él, como una tonta.

—¿Y si no, qué?

Nuestras miradas se cruzan, lanzándose cuchillos la una a la otra. Y, de pronto, siento cómo algo líquido desciende por mi pelo, y Don Chulito se me queda mirando con expresión indescifrable.

—¿Bañándote con Coca-Cola, cerda? —Es la voz de la Barbie, que me acaba de tirar por encima un refresco.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que algunos están observándome y riéndose; otros con la boca abierta, impresionados.

Noto que me falta el aire y lo único que hago es marcharme a toda prisa de la biblioteca para dejar de ser el hazmerreír, mientras todas las miradas de los estudiantes se posan en mí. Unas cuantas lágrimas nacen de mis ojos y respiro con dificultad. Siento la falta de aire en mi organismo, como si tuviera la cabeza metida bajo el agua y alguien no me dejara salir a la superficie.

Entonces comienzo a hiperventilar.

—Eh, Ari, ¿qué coño te pasa?

No, por favor, él no, y menos cuando me está dando un ataque de ansiedad.

—Mírame. —Álvaro me coge del rostro y me mira a los ojos mientras yo sigo hiperventilando—. Tranquilízate y respira conmigo —me dice, y respira con calma sin soltarme la cara para que lo imite.

No sé por qué, pero está consiguiendo calmarme, aunque las lágrimas siguen saliendo de mis ojos a borbotones. Álvaro las atrapa con sus dedos sin apartar su vista de la mía.

—No llores por esa mamarracha —me susurra; después me estrecha entre sus brazos.

Seguimos abrazados durante un rato; él acariciándome la cabeza y yo inhalando su olor tan... de Álvaro: una mezcla entre tabaco y cítricos. Lo odio, pero si soy sincera, estaría así hasta mañana.

Cuando vuelvo a la patética realidad minutos después, decido separarme de él.

—Me voy a casa —suelto en un tono de voz que no sé de dónde ha salido, por lo bajito que ha sonado.

—¿Te llevo?

—Déjame en paz —le espeto, y vuelvo a la biblioteca para recoger mis cosas, con el pelo empapado de Coca-Cola.

De camino al segundo infierno, que es mi casa, estoy dándole vueltas a lo que me acaba de pasar con Álvaro. Cada vez entiendo menos su personalidad de «ahora soy bueno y te trato genial» a «ahora me comporto como el rey de los capullos para que me odies».

En cuanto llego a mi calle, me doy cuenta de que hay una moto aparcada al lado de mi casa, que me resulta familiar.

Y Álvaro sentado en ella. ¿Cómo sabe dónde vivo?

—Hey, pequeña —me saluda con voz tierna cuando me acerco a él.

¿Pequeña?

—¿Qué haces aquí?

Se baja de la moto.

—Quería devolvarte esto —me responde, y se saca del bolsillo de los vaqueros el iPod con los auriculares blancos que perdí «misteriosamente» al volver de Madrid en el AVE.

—¿Qué haces tú con esto?

—Te lo cogí prestado sin permiso en el tren —contesta con una sonrisa burlona, y yo se lo arrebató de las manos de un tirón.

—Eres un gilipollas.

—Por lo menos te lo he devuelto. —Pone morritos—. Y no me gusta la música que escuchas. Es pura porquería.

Le lanzo una mirada asesina. ¿Cómo se le ocurre meterse con mis gustos musicales? Estoy segura de que él se tira el día escuchando *reggaeton*.

—Nadie te ha pedido que la escucharas.

—Te he metido mis favoritas, para que veas lo que es tener buen gusto musical.

Es insoportable.

—No las voy a escuchar. Es más, cuando entre en mi casa, las pienso borrar.

—Ya, por supuesto. —Se queda mirándome con expresión divertida—. Bueno, pequeña, mañana nos vemos. Y dúchate, por favor. Prefiero tu olor a coco antes que el de Coca-Cola.

¿Ahora qué le ha dado en el cerebro para llamarme pequeña? ¿Dónde están sus insultos sobre mi peso? ¿Prefiere mi olor a coco? A este le ha dado algo en la cabeza y su única neurona lo ha abandonado.

—Piérdete. —Pongo los ojos en blanco y me encamino hacia mi casa.

No hay persona que más odie en este mundo que a ese idiota. Bueno, miento. Hay otra persona compitiendo con él para el primer puesto del ser más odioso, y estoy hablando de la bruja de Mónica.

Me meto en el baño para darme una ducha, no sin antes subirme a la báscula, y observo la cifra.

Sesenta y cuatro.

Aún debo bajar muchos kilos para llegar a mi meta.

Para cuando ya estoy duchada, me encierro en mi habitación y me tumbo en la cama para cotillear las canciones de mi iPod. Suena una con el título *See you again*, de un tal Wiz Khalifa con Charlie Puth, que no está nada mal, y me paso el resto de la noche escuchando las canciones que ha metido Álvaro hasta que el sueño empieza a vencerme.

* * *

—¿Que Mónica te tiró una Coca-Cola por la cabeza? —Chris está flipando—. Le pienso cantar las cuarenta en cuanto la vea.

—Esa bruja no va a cambiar.

Llegamos al instituto y nos dirigimos hacia la clase de Historia, donde la profesora todavía no ha aparecido. Como no me ponga las pilas este año, voy a suspender todas las asignaturas y mi madre me va a decapitar como hacían en la Revolución Francesa.

—Voy un momento al baño —le digo a Chris al notarme un poco mareada

por culpa de no haber desayunado.

Bajo hasta los baños de la planta baja, como un zombie, y me echo agua por la cara para despejarme un poco. Al salir, subo las escaleras, pero se me empieza a nublar la vista. Ya estamos con los malditos mareos. Me detengo, me sujeto a la barandilla para no caerme e intento que se me pase, respirando hondo.

—Ari, ¿estás bien? —inquire una voz demasiado familiar que he acabado odiando.

—No te importa —contesto con voz apagada y con la vista fija en la escalera.

—A ver, mírame. —Álvaro me coge de la barbilla y hace que sus ojos castaños se encuentren con los míos—. Tienes muy mala cara, eh.

—Estoy bien —susurro apartando mi mirada de la suya.

—Vámonos de aquí. —Me agarra el abrazo con suavidad y nos disponemos a bajar las escaleras.

—¿A dónde me llevas?

—Fuera del insti.

—No puedo salir porque soy menor. Además, no sé saltar la verja —respondo.

—Nos escapamos por la puerta sin que se den cuenta. El conserje no está.

Todas las veces que he intentado esfumarme del instituto por la puerta, me ha pillado el conserje y me ha obligado a meterme otra vez.

Sin embargo, la suerte no está de nuestro favor, porque en el momento de cruzar la puerta, el maldito conserje llama nuestra atención.

—¡Tú, muchacha! No puedes salir del centro.

—¿Y eso quién lo dice? —le espeta Álvaro plantándole cara.

—Las normas del instituto —contesta el otro con los brazos en jarras.

—¿Quieres saber por dónde me paso yo las normas?

El conserje lo contempla con tranquilidad y después me mira a mí.

—Métete en el centro o llamo al director —me ordena haciendo caso omiso a Álvaro.

Asiento, con la mirada fija en el suelo, y vuelvo a entrar en el instituto, con el conserje detrás de mí, haciendo un ruido insoportable con el kilo de llaves que lleva colgando del pantalón.

—¡Espera, Ari! —grita Álvaro viniendo hacia mí.

El conserje se queda en la puerta, vigilando para que no volvamos a salir.

—¿Qué?

—Vamos al patio.

Caminamos hasta la parte de atrás del instituto, justo donde Álvaro viene cuando le apetece estar solo y donde lo pillé llorando, y nos sentamos sobre el asfalto, dejando nuestras mochilas en él.

Sí, también he estado espiando a Don Chulito durante este mes, y tengo que confesar que me muero de curiosidad por saber el motivo de su tristeza.

—Estás muy rara —me dice fingiendo preocupación—. Ya no te enfadas cuando me meto contigo.

—¿Eso es lo que te preocupa? ¿Que no te preste atención mientras te ríes de mí? —respondo con los ojos muy abiertos, sorprendida—. Esto es increíble. —Niego con la cabeza de un lado a otro.

—Mi prima me ha contado que te comportas de una manera muy extraña y que te ve un poco más delgada. Y tiene razón.

—Álvaro, eso no es asunto tuyo. Igual que tú no quieres que me meta en tu vida, tú tampoco te tienes por qué meter en la mía.

—¿Cómo que no? Mírate. No tienes color en la cara y te estás mareando cada dos por tres —señala mirándome directamente a los ojos.

¿Ahora es él el que me analiza? ¿Y desde cuándo se preocupa por mí?

—¿A ti qué más te da?

—Joder, Ari —masculla, y se pasa las manos por el pelo, inquieto—. Yo... Lo siento.

—¿Qué sientes?

—Todo. —Suspira—. ¿Has comido algo hoy?

Niego con la cabeza.

No he tenido tiempo de desayunar nada porque iba a llegar tarde y Chris me estaba esperando fuera, pero aunque hubiera tenido todo el tiempo del mundo, no lo habría hecho. Llevo todo el mes saltándome el desayuno; sé que eso está mal, pero lo compenso en las demás comidas para que mi madre no me riña, aunque luego se vaya todo al tirar de la cadena.

—Toma. —Álvaro saca de su mochila una palmera de chocolate—. Cómétela ahora mismo. Y no me digas que no.

—Álvaro, no puedo.

Se está portando demasiado bien conmigo, algo que me parece raro en él. ¿Tendrá la palmera, en vez de chocolate, veneno?

—Come —insiste tendiéndome la palmera para que la coja.

—La mitad para cada uno —suelto, pensando en que la tendré que echar luego, porque si no, se me va a ir todo al culo, o peor aún, a la barriga de gorda.

—Trato hecho.

Parte la palmera por la mitad y me da el trozo más grande. Seguro que lo ha hecho a propósito.

—El mío es más grande —replico.

—Porque aún tienes que pegar el estirón —responde con una media sonrisa de engreído—. No seas tonta y come.

—¿A qué viene tanta preocupación por mí? —le pregunto, y me como un trocito.

—Ni puta idea. Me estaré ablandando —contesta sin dejar de sonreír, y yo lo miro con cara de boba.

Tras un largo silencio, nos terminamos de comer nuestros respectivos trozos y me vibra el bolsillo de los vaqueros. Saco el móvil y leo el mensaje que me acaba de llegar.

CHRIS: «¿Te has colado por el váter? La profe ha venido hace un buen rato y ha pasado lista»

YO: «Estoy en el patio. No me apetecía entrar»

El cotilla de Álvaro se aproxima a mí, intentando leer lo que pone.

—¿Qué miras?

—¿Quién es? ¿Tu novio? —quiere saber, curioso.

—No, es Chris.

—¿Y te gusta? Me han chivado que es gay.

—¡No me gusta! —exclamo—. Es mi mejor amigo. Nos conocemos desde pequeños.

—¿Entonces quién te gusta? Porque alguien tiene que estar metido en tu cabeza.

¿Por qué me hace estas preguntas?

—¡Nadie! —Noto que mis mejillas se van poniendo del color del ketchup.

—Ah. ¿Y por qué estás tan roja? —Arquea una ceja.

—¡Porque yo me pongo roja siempre!

—Cuando estoy yo cerca. —Sonríe de medio lado—. Eso es porque te gusto.

—Más quisieras.

Suena el timbre, salvándome de la red de Don Queguaposoy.

—¿Tienes ganas de entrar? —me pregunta.

—No, pero tengo que hacerlo, si no, suspenderé. Y tú deberías hacer lo mismo.

—Te acompaño hasta tu clase —se ofrece, y yo me quedo pasmada.

—No hace falta.

—Sí, que no quiero que te vuelvas a marear. —Se levanta y se echa su mochila a la espalda; yo hago lo mismo—. ¿Qué te toca?

—Arte.

—¿Te gusta dibujar?

—Un poco sí —contesto sonriendo como una tonta. Estaré pareciendo ahora

mismo una retrasada.

Atravesamos el patio y subimos a la tercera planta, donde Álvaro me acompaña hasta la puerta del aula. Cómo se nota que la profesora no ha llegado aún, porque están mis compañeros armando alboroto.

—Te veo luego —me dice Don Chulito, y me planta un beso en la mejilla, con el que hace que mi corazón comienza a latir con fuerza mientras toda la sangre de mi cuerpo se concentra en mis mejillas.

—A... Adiós —me apodero a decir.

Definitivamente, soy retrasada.

—Adiós, enana. —Sonríe, me tira del moflete y se va.

Atónita, contemplo cómo Álvaro desaparece por el pasillo. ¿Qué acaba de pasar?

—Ari, entra en clase —me ordena la profesora sacándome de mi ensimismamiento.

Le hago caso y tomo asiento en una de las mesas del final. La profe empieza a explicar algo y mi cabeza desconecta, pensando en lo que me acaba de pasar con Don Chulito.

No entiendo nada.

Capítulo 16

Álvaro

La siguiente hora se me pasa demasiado lenta. ¿A mí qué cojones me importa saber francés? No pienso irme a Francia a vivir dentro de unos cuantos años. Y para colmo son patéticos hablando, pronunciando esa erre que parece que se están atragantando con la cabeza de una gamba en mal estado.

—Álvaro, lee —me ordena la profesora.

Y un cojón.

—No —contesto de mala gana.

La profesora suspira.

—Vas muy mal en mi asignatura. Tú verás lo que haces.

Me encojo de hombros con indiferencia. No pienso hacer el ridículo leyendo esta mierda y que todos los de mi clase se rían de mí.

—Me da igual.

—Álvaro, no haces nada para esforzarte con lo inteligente que eres —lamenta la profesora, negando con la cabeza de un lado a otro—. Ana, continúa leyendo.

Es la primera persona que me dice que soy inteligente. Los anteriores profesores que he tenido siempre me decían que iba a acabar buscándome la vida robando y drogándome.

El resto de la hora la dedico mirando por la ventana sin prestar atención. Ahora le toca Educación Física a Ari, así que me saltaré la próxima clase para observarla, como llevo haciendo este último mes para meterme con ella.

Dios, soy patético.

En cuanto suena la sirena, salgo pitando del aula, pero enseguida me detengo al ver a Heidi cerca de la escalera, tecleando como una posesa con sus diminutos dedos en su Blackberry. Mónica permanece a unos cuantos metros de ella, apuntándola con su móvil y haciéndole gestos a alguien de la planta de arriba. Me aproximo para ver a quién demonios le está haciendo señas y diviso a las dos amiguitas de Mónica a punto de tirarle un cubo con alguna sustancia rara a Ari. No me da tiempo a pensar con claridad y me acerco raudo a Heidi. Le pego un empujón para evitar que le caiga nada encima, pero lo que consigo hacer es tirarla al suelo, con tan mala suerte de que su Blackberry sale volando por los

aires.

—¿Qué estás haciendo, imbécil? —chilla Ari.

Mónica ha desaparecido y fulmino con la mirada a las dos arpías de arriba, que acaban de esconder el cubo.

—Lo siento —me disculpo con Ari, y la sujeto de la mano, ayudándola a levantarse.

—Tú no cambias nunca —responde, furiosa.

—Perdona, de verdad.

Cojo su móvil del suelo y se lo doy. Ella intenta encenderlo, pero fracasa.

—No se enciende. Me lo has roto, gilipollas.

—Pero si esa cosa está pidiendo a gritos que la reemplaces por una en condiciones.

Aprieta los labios con fuerza. Sé que tiene ganas de tortearme la cara e insultarme con su voz de pito. Sin embargo, saco de mi mochila dos teléfonos móviles y se los enseño.

—Elige.

Ari me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Cuál es el tuyo? —me pregunta.

Libero del bolsillo de los vaqueros mi iPhone.

—Este —respondo enseñándoselo con una amplia sonrisa.

—¿Traficas con móviles o qué te pasa? —Sonríe, haciendo que se le hinchen los mofletes.

—Algo así. —Me río como si fuera estúpido—. Bueno, ¿vas a elegir uno ya o los guardo y te quedas sin ninguno?

Se queda debatiendo consigo misma un momento y después coge uno.

—En cuanto tenga mi Blackberry arreglada, te lo devuelvo.

—Ni se te ocurra. Te lo regalo —digo, y le guiño un ojo.

—Gracias, Álvaro —dice con las mejillas hirviendo—. Me tengo que ir a Educación Física.

—Te acompaño.

Bajamos hasta el patio y ella se va con su clase, mientras yo me siento en un banco junto con Víctor a mirar las vistas.

—Cada vez me pone más tu prima —comenta comiéndose a Sandra con los ojos.

—Tiene novio, ¿sabes? —contesto, malhumorado—. Además, no pegáis ni con cola.

—¿Cómo que no? Mira con quién está. —Señala con la cabeza al novio, que creo que se llama Hugo—. Ese tío seguro que ya le ha puesto los cuernos más de una vez y la pobre ni se habrá enterado. Y cuando lo haga, yo estaré ahí para

consolarla.

—No sueñes. —Suelto una carcajada—. Mi prima es mucha tía para ti.

—Pero el amor puede hacer milagros —dice con ironía, y nos echamos a reír. Qué cabrón.

—Esa mierda no existe. Se lo han inventado los estúpidos.

—Ya te digo. —Vuelve a reírse—. Por cierto, mira la gorda y el maricón. Vamos a decirles algo.

Diviso a Ari aproximarse corriendo junto con su amigo.

—¡Gorda! ¡Maricón! —les grita Víctor, y Ari ladea la cabeza hacia nosotros, nos fulmina con la mirada y nos levanta el dedo corazón.

—¡Subnormales! —brama, y continúa corriendo.

Mierda. Ahora se va a pensar que me estoy riendo de ella por culpa de este imbécil que no sabe ni insultar; parece sacado de preescolar.

—Tío, no te metas con ella —le digo a Víctor.

—¿Qué dices? Si tú eres el primero que lo hace.

—Por eso. Sólo lo puedo hacer yo.

Se echa a reír.

—¿Te mola o qué?

Resoplo. Me estoy conteniendo las ganas para no partirle la cara de gilipollas y romperle la paleta que le queda viva.

—Deja de decir estupideces —replico.

El resto de la hora la pasamos en silencio. Víctor con su móvil mientras come patatas fritas y yo sin quitarle el ojo a Ari.

* * *

Entro al gimnasio y diviso a Heidi al fondo, subida en una bicicleta estática, una situación que me parece rarísima, porque imaginaba que se había quitado al no verla por aquí desde hace días.

Voy junto a David, un colega que he hecho, y hago pesas con él mientras miro a la Tomatita, que creo que ni se ha dado cuenta de que he entrado. Viste su atuendo particular para hacer deporte: unas mallas negras, una camiseta de tirantes morada y una coleta, y está escuchando música con el iPod que le devolví. ¿Habrá borrado las canciones que le metí?

—No dejas de mirar a esa chica. —David me saca de mis pensamientos.

—¿Eh? —Ladeo la cabeza hacia él.

—Que no dejas de mirar a esa chica. Mira el charco de babas que estás dejando. —Señala con la cabeza el suelo.

—¿Pero qué dices? Sólo la conozco porque va a mi instituto. Vive en su

mundo de piruletas y arcoíris —contesto, y él suelta una carcajada.

—Es guapa.

Me entra un ataque de risa.

—Ya te digo. Voy a molestarla.

Dejo la pesa en su sitio y me acerco a Ari con sigilo para que no me vea. Le doy con el dedo en la tripa y ella da un respingo que por poco se cae de culo de la bicicleta.

Me echo a reír como un jodido desgraciado.

—¿Pero tú eres tonto? —me espeta roja de rabia, al quitarse los auriculares. Yo estoy a punto de mearme encima del ataque de risa que estoy sufriendo—. Yo no le veo la gracia, idiota.

—Porque no te has visto —contesto secándome las lágrimas por la risa—. Sigue con tu bici, venga, que no te molesto.

Me mira como si estuviera a punto de cortarme la cabeza con una sierra.

—Ya no. Contigo aquí es imposible —dice, y pega un saltito, bajándose de la bici.

—¿Por qué? ¿Acaso te pongo nerviosa? ¿O te pongo de otras formas? —Muevo las cejas de arriba abajo, mirándola, y ella pone los ojos en blanco a la vez que se le colorean las mejillas de rojo.

—¿A ti qué mosca te ha picado ahora conmigo? ¿No estabas haciéndome la vida imposible? Venga, métete conmigo. Ya estás tardando.

—No me apetece. Hoy quiero llevarme bien contigo —digo con sinceridad, y Ari ríe con ironía.

—¿Y mañana otra vez a insultarme?

—No lo sé. Depende de cómo me levante —bromeo sonriendo de oreja a oreja—. Bueno, no me distraigas, que tengo que hacer ejercicio, que este cuerpazo hay que trabajarlo. —Le guiño un ojo y me subo a la bici que hay al lado.

Prefiero hacer otro tipo de ejercicio; la bici es un coñazo, pero quiero estar cerca de ella.

Ari niega mirando al techo y se sube a la suya. Se vuelve a poner los cascos y comienza a pedalear a paso de tortuga. Mientras hago lo mismo, pero a más velocidad, no alejo mi vista de ella, que de vez en cuando se vuelve para mirarme, le sonrío, aparta la mirada poniéndose colorada y continúa con su movimiento de piernas. Al cabo de cuarenta minutos, se baja de la bici.

—¿Ya estás cansada? No aguantas nada —comento con la respiración entrecortada sin dejar de pedalear.

—No podía más —me responde a la vez que se estira, y yo la miro embobado—. Me voy a la ducha.

Vuelvo a la realidad y me bajo de un salto.

—Voy contigo.

—¿Cómo? —Me mira como si me hubiesen salido garbanzos por la nariz.

—A la de los tíos, tonta. Aunque si quieres que nos duchemos juntos, no tienes más que pedírmelo. —Le guiño el ojo por milésima vez.

—Dios, eres insoportable —escupe con las mejillas como dos manzanas gigantes—. Y de verdad te aconsejo que vayas al médico por lo de tu tic en el ojo.

—Pero te gusto. Lo sé desde que me diste cinco euros en el Retiro.

Ari empieza a pronunciar cosas extrañas, que dudo mucho que sean palabras, y se encamina hacia los vestuarios como si se hubiera metido un cohete por el culo. Esta tía es demasiado rara.

Al salir de quitarme todo el olor a cerdo en la ducha, decido esperar a Heidi en la puerta de los vestuarios de las chicas, con la espalda apoyada en la pared. Segundos después, se abre la puerta y aparece con su mochila y el pelo húmedo. Su olor a coco inunda mis fosas nasales.

—Creía que te habías ido ya —admite.

—Estaba esperándote.

—Ah.

Nos quedamos mirándonos sin saber muy bien cómo continuar con la conversación.

—Esto... Me voy a casa —suelta.

—Y yo.

Abandonamos el gimnasio y me acerco a mi moto. Ari se detiene a un metro de distancia.

—Sube.

Observa a Cassie como si fuera a atacarla en cualquier momento.

—Mejor voy caminando.

Suelto una carcajada.

—¿Qué tienes? ¿*Motofobia*? —me burlo. No sé si existe esa palabra.

—Contigo como conductor, sí.

—¡Venga ya! Si a las tías os mola que os lleven en moto, y más si conduce un buenorro como yo.

—Es que yo no soy como todas —replica.

Ya lo creo que no es como las demás chicas. Y eso me flipa.

—Ya caerás algún día.

—Nunca —me asegura, convencida—. Me voy a mi casa. Hasta mañana, Don Chulit... —Sacude la cabeza—. Quiero decir, Álvaro.

Me acerco a ella y le doy un beso en su mejilla, que está más caliente que un

horno.

—Adiós, enana.

Sonríe, se da media vuelta y se marcha andando demasiado deprisa, como si se creyera que voy a salir corriendo detrás de ella y atarla con una cuerda a mi moto.

Ari no es rara. Es lo siguiente de lo siguiente de rara.

* * *

En el recreo, me largo de donde estoy siempre y me dirijo hacia el banco en el que se encuentra sentada Ari con sus amigos.

—Hey —los saludo, y me siento en el suelo con las piernas cruzadas.

—¿Cómo tú por aquí, primo? ¿Dónde te has dejado a tus nuevos amigos? —me pregunta mi prima.

—Por ahí —contesto sin apartar la vista de Ari—. ¿Qué tal tú?

—Bien, aquí —contesta con indiferencia.

—Ari, déjame los deberes de Francés, que ayer no pude hacerlos —le pide Chris.

—Claro. —Heidi saca de su mochila un libro y se lo tiende a su amigo.

—¡Ari! ¡Déjamelos, que quiero corregir los míos! —interviene Sandra—. Siempre los tienes perfectos.

Qué conversaciones más aburridas tienen. Heidi tiene pinta de ser una empollona.

—¿Te gusta esa asignatura o qué? —le pregunto a Ari intentando aportar algo a la conversación.

—Se me da bien.

—¿Que se te da bien? Tía, tienes a la profe comiendo de tu mano —le dice mi prima.

—Pues yo soy un cateto con ese idioma. La profe me tiene manía —cuento, y Ari me dedica una sonrisa—. Necesito ayuda con esa asignatura, o un milagro.

—Ari, ¿y por qué no le das clases particulares? —sugiere mi prima, y los tres la miramos como si le hubiera desaparecido un ojo.

—¿Qué? —inquire la aludida.

—A ver, se te da bien y mi primo necesita ayuda. ¿Por qué no?

En cuanto pille a Sandra, voy a arrancarle la cabeza y se la voy a echar a los perros callejeros, aunque la idea no me parezca del todo mala.

—Si quieres... A mí me da exactamente igual —le digo a Ari encogiéndome de hombros.

—Vale, te daré clases.

—¿Cuándo te viene bien? —quiero saber.

—Cuando quieras.

—¿Hoy a las cuatro y media en mi casa?

—¿Cómo en tu casa?

—Ese sitio donde vivo... —Esbozo una media sonrisa.

Espero que mi madre tenga turno en el bar, porque si no, le va a hacer un interrogatorio y la va a hacer sentir incómoda.

—Está bien.

—Cuando termines, te vienes a mi casa. —Mi prima cotilla le da con el codo e intercambia una mirada con ella.

Tendré que ordenar un poco la pelea de perros de mi habitación para que Ari no se asuste y salga corriendo, porque seguro que ella es de las típicas que tienen la suya reluciente.

* * *

—¿Qué haces ordenando tu cuarto? —me pregunta mi madre, pasmada, al asomarse por la puerta.

—Nada —respondo—. ¿No te tienes que ir al bar?

—Entro a las cinco. ¿Por qué lo preguntas?.

—Por nada —contesto guardando en el armario la ropa que tengo tirada por el suelo. Espero que a Ari no se le ocurra abrirlo, porque si no, se le caería todo encima y moriría ahogada entre trapos.

—¿Has invitado a alguien a casa?

—Sí. Y vete, que tengo que ordenar esto.

Mi madre sonrío.

—Te está sentando bien cambiar de aires. —Y desaparece por el pasillo.

No sé cómo definir mi relación con ella últimamente. Nos llevamos bien, pero no consigue ser la madre de antes.

Miro el reloj del móvil. Son las cuatro en punto y queda media hora para que venga Ari.

Por una vez en mi vida hago la cama y barro la habitación. Madre mía. ¡Cuánta mierda se acumula en un metro de cuarto! A quien le diga que estoy haciendo de chacha no se lo cree. El piso compartido en el que vivía en Madrid con Mel y Sergio parecía un basurero: cajas de pizzas tiradas por el suelo, latas de cerveza vacías, colillas por toda la casa... No sé cómo no nos comían las ratas en aquella pocilga.

Me quedo debatiendo conmigo mismo durante un momento. ¿Dónde querrá ponerse Ari? ¿En el escritorio o en la cama? No tengo ni idea, así que preparo

dos sillas delante del escritorio, por si acaso.

Miro otra vez el móvil. Las cuatro y veintinueve. Suena el timbre. Encima puntual. Lo tiene todo esta niña.

Corro por el pasillo, dirigiéndome hacia la puerta de la entrada, donde me encuentro a mi madre con la intención de abrir.

—¡Quieta! —exclamo, y ella da un respingo, quitando su mano del picaporte—. Abro yo.

—¡Dios mío! ¡Tú no eres mi hijo! —bromea.

—Aire —le digo haciéndole un gesto con la mano para que se vaya, pero en vez de eso, se acerca a mi oído.

—La he visto por la mirilla —me susurra—. Es muy mona.

—Desaparece —le espeto a mi madre, pero antes de que se marche, me tira del moflete.

Capítulo 17

Ari

Pienso descuartizar a Sandra en cuanto salga de aquí. Álvaro no me cae nada bien y estoy segura de que estará toda la tarde metiéndose conmigo.

Tras haber tocado el timbre dos veces, alguien me abre la puerta.

—Hey, Ari —me saluda Álvaro con una media sonrisa.

—Hola —respondo con timidez.

¡Qué vergüenza!

—Pasa.

—¿No me vas a presentar a esta chica tan mona? —pregunta una mujer cuando entro, que ha aparecido de repente. Imagino que será su madre.

Álvaro pone los ojos en blanco.

—Ari, esta es mi madre.

—Encantada de conocerla, señora.

Es un poco más alta que yo y tiene pinta de rondar los cuarenta y tantos años. Lleva el pelo castaño ondulado, que le llega hasta la cintura, y viste una camisa blanca y una falda y medias negras; creo que será su uniforme de trabajo.

—Por favor, no me llames señora, que haces que me sienta vieja —responde ella soltando una risita—. Puedes llamarme Virginia. —Y me da dos besos.

—Es que eres vieja, mamá —interviene Álvaro.

—Si necesitas cualquier cosa, sólo tienes que decirlo. Estás en tu casa —me dice Virginia sonriendo e ignorando a Don Chulito, y yo asiento con la cabeza. Me parece una mujer muy simpática. Me pregunto a quién habrá salido su hijo.

—Vamos a mi habitación. No molestes, mamá.

Abandono la puerta de la entrada y atravesamos el largo pasillo, con unos muebles un poco pasados de moda. Por lo que veo, es una casa muy pequeña, pero para dos personas está bien. ¿O vivirá alguien más con ellos? ¿Quizá su padre? ¿O algún hermano? Tampoco me importa mucho, pero siento curiosidad.

Álvaro me lleva hasta la puerta del fondo, que la abre y me invita a pasar a mí primero. Él entra detrás de mí y yo me quedo echándole un vistazo a la habitación. A la izquierda de la puerta, se encuentra una cama individual, justo debajo de la ventana. Enfrente, hay una mesa de escritorio de madera con un portátil y varias cosas más. Sin embargo, hay algo que me llama muchísimo la

atención al lado del escritorio: un teclado de piano y una guitarra. Ya conocía la guitarra, pero... ¿el teclado? No sabía que también lo supiera tocar.

Me acerco, ilusionada.

—¿Tocas? —pregunto con expresión de sorpresa, mientras acaricio cada una de las teclas. Me gustaría aprender a tocarlo algún día, aunque sé que se me daría fatal. Yo no he nacido con ningún don impresionante.

—Sí.

—Vaya...

—¿Qué pasa? ¿No te lo esperabas?

—No te pega nada —respondo sin saber qué decir.

—¿Por qué? —inquiere dibujando una sonrisa en su rostro.

—Porque tienes pinta de ser otro tipo de persona.

—¿Como cuál?

—Pues... Un macarra. —Me muerdo la lengua al decir eso, y él enarca una ceja.

—No estás tan equivocada —dice fijando su mirada en la mía, y yo miro hacia otro lado—. ¿Quieres que toque algo?

—Vale —contesto con un hilillo de voz.

Álvaro coge el par de sillas que hay junto al escritorio y las acerca hacia donde estoy.

—Siéntate y disfruta de este privilegio —dice con orgullo.

No lo soporto cuando se pone así de creído.

Dejo la mochila en el suelo y me siento en una de las sillas. A continuación, él hace lo mismo y posa sus manos sobre el teclado. Toma aire y empieza a acariciar las teclas, haciendo sonar una melodía que me suena bastante. Hago memoria para saber de qué canción se trata.

¡Ya lo tengo! ¡Es *Stay with me*, de Sam Smith! ¡Me encanta esa canción! Es una de las pocas que tenemos en común.

Lo miro, atónita. De vez en cuando cierra los ojos mientras la música sale de sus dedos con tanta delicadeza que hace que se me ponga la piel de gallina. Madre mía. ¡Qué bien toca! Seguramente habrá aprendido de pequeño.

Cuando termina de tocar la canción, lo aplaudo, emocionada.

—Se te da bien —lo halago observando su rostro, y percibo un brillo especial en sus ojos.

—No exageres, que tampoco es para tanto. —Me mira y me dedica una sonrisa que hace que se le arruguen las comisuras de los ojos.

Siento un cosquilleo en la tripa. Nunca lo había visto sonreír de esa manera; es una sonrisa limpia y sincera.

¡Oh, por Dios, quiero que desaparezca esta sensación tan desagradable que

está sintiendo mi cuerpo ahora mismo!

—Lo digo en serio, Álvaro. Se te da bastante bien —consigo decir—. Además, es una de mis canciones favoritas. Me ha sorprendido mucho que supieras tocarla.

—Para que veas que no sólo soy un macarra. —Se levanta—. Vamos a empezar con la clase ya, que nos van a dar las tantas.

Acercamos las sillas al escritorio y Álvaro tira su libro de francés sobre la mesa.

—¿Qué estás dando? —pregunto.

—Ni idea.

—Me parece que eso no está en el temario.

—Qué graciosa. —Apoya su codo en la mesa y la mano en su barbilla, mirándome, con expresión de aburrimiento. Yo abro su libro, echándole un vistazo al primer tema, y me encuentro con muchas claves de sol dibujadas por todos lados—. ¿Desde cuándo das francés?

—Desde primero de la secundaria, aunque mi padre era francés y me ha enseñado el idioma —le cuento sin apartar la vista del libro y sin dejar que las emociones me invadan al mencionar a mi padre.

—¿Era? —inquire en tono de sorpresa.

Mierda.

—Ajá —suelto, y sigo concentrada en lo mío.

Álvaro parece que ha comprendido mi expresión porque no me hace más preguntas. Continúo mirando las páginas, donde aparecen los pronombres relativos y el presente del subjuntivo.

—Te advierto desde ya que no sé nada de este maldito idioma, aparte de unas cuantas palabras mal dichas —confiesa.

—Tengo paciencia.

Y energía de sobra para soportarlo. Aparte de que me he propuesto no volver a vomitar más. Hoy, sin ir más lejos, me he comido todo lo que ha preparado mi madre para el almuerzo y, para mi sorpresa, no me he sentido culpable al terminar.

—¿Te sabes el presente del subjuntivo? —lo interrogo.

—Pues no.

—¿Y el del indicativo?

—Pues va a ser que tampoco.

Esto me va a costar la vida. Con lo mal que se me da hacer de profesora...

Comienzo a explicarle el presente simple y todas las terminaciones de los verbos, y no entiendo cómo no se lo sabe si está en un curso superior al mío. Álvaro me mira con atención, como si de verdad su única neurona estuviera

entendiendo lo que estoy diciendo.

—Conjuga el verbo *avoir* —le ordeno señalando un folio en blanco.

—¿El qué? —Suelta una carcajada.

—¿De qué te ríes?

—Que es una pronunciación muy patética.

—*C'est la plus belle langue du monde* —replico en francés, diciéndole que es la lengua más bonita del mundo.

Álvaro se me queda mirando sin comprender, mordisqueando su bolígrafo.

—¿Qué? —inquiero—. ¿No lo has entendido?

—Me acabo de poner cachondo.

Me doy cabezazos imaginarios contra la pared y me pongo más roja que un tomate.

—Déjate de tonterías y escribe lo que te he dicho —le vuelvo a ordenar, ignorándolo.

—A sus órdenes, profe.

No puedo evitar soltar una risa de tonta.

Mientras está concentrado escribiendo, aprovecho para observarlo embobada. Detrás de la oreja atisbo una marquita de nacimiento, algo que me parece bastante curioso.

—Ya está —dice.

Cojo el folio y me doy cuenta de que lo ha escrito bien, sin ningún fallo.

—Muy bien —lo felicito.

—¿Cuándo vas a venir otra vez?

«Nunca. Me caes mal».

—Cuando quieras —contesto.

—¿Pasado mañana te parece bien?

—Vale.

Los dos nos levantamos a la vez, cojo mi mochila del suelo y me la cuelgo a la espalda. Salimos de la habitación y me acompaña hasta la puerta.

—¿Adónde vas ahora? —me pregunta.

—A casa de Sandra.

—Ah, guay —dice encogiéndose de hombros—. Cuando acabes de contarle que no nos hemos liado y que te mueres de ganas, te llevo a tu casa.

—No vamos a hablar de eso —replico esbozando una sonrisa al oírlo, y él se acerca y me da un beso en la mejilla, que me deja trastornada de la cabeza.

—Pero tengo razón —me susurra al oído, y yo doy un respingo al sentir su aliento en mi oreja. ¿Qué me está pasando con este imbécil?

—Me voy.

—Luego te llevo.

—Sí, en tus sueños —le digo dirigiéndome a la puerta de al lado, donde vive mi amiga.

—En mis sueños hacemos otras cosas.

Bufo. ¿Me quito una de mis Converse y se la lanzo a la cabeza?

—Cállate, idiota —le espeto, y toco el timbre de la casa de Sandra.

—Ya me callarás tú algún día.

Me pongo tan roja que se podría freír un huevo en mis mejillas y me armo de valor para quitarme un zapato, para después lanzárselo, pero él lo atrapa al vuelo.

—¿Qué estáis haciendo? —Sandra ha abierto la puerta y ha presenciado toda la escena tan absurda.

—Tienes un primo muy insoportable.

—Y a ti te huelen los pies —interviene Don Chulito oliendo mi Converse y fingiendo una mueca de asco.

—Devuélvemela. —Me acerco a él.

—Ni hablar. —Se mete en su casa como una bala y cierra la puerta.

—¡Abre, imbécil! —grito, y aporreo la puerta.

—¡No! —exclama Álvaro desde dentro—. Hasta que no te subas a mi moto, no te la devuelvo.

Aprieto los labios con fuerza.

—¡Dame mi puñetera zapatilla!

Ya no se oyen sus risas. Será gilipollas. Como me tenga que ir descalza a mi casa, lo mato.

—Ari, entra y cuéntamelo todo. Luego le das una patada en los huevos —me dice Sandra.

Suspiro, dándome por vencida.

—Está bien.

Y entro en la casa de mi amiga con un pie descalzo.

Ese tío me las pagará.

* * *

Después de haber estado merendando magdalenas que ha hecho la madre de Sandra, estamos viendo a la gente pasar, asomadas a la terraza.

—Se te cae la baba cada vez que hablas de mi primo.

—¡Pues no! —exclamo.

—Se te nota un montón. Llevas toda la tarde mencionándolo.

Bueno, vale que me haya pasado hablando de él toda la tarde, pero es que Sandra quería todos y cada uno de los detalles de las cosas que hemos hecho. ¡Y

se ha sorprendido cuando le he contado que no me he enrollado con él!

—Lo raro es que está muy amable. Hoy no me ha insultado ni se ha metido conmigo.

—Ten cuidado con él, que está un poco loco.

—Sé cuidar de mí misma. —Miro la hora en mi móvil—. Qué tarde se ha hecho.

Son las nueve y media de la noche. Debería haber estado en casa hace media hora.

—Dile a mi primo que te lleve —murmura Sandra señalando con la cabeza a Álvaro, que justo cruza la carretera para entrar en el portal con mi Converse en su mano. ¿Se ha estado paseando por la calle con ella? Se le ha pirado la chaveta.

—¡Claro que no! Recuperaré mi zapato y ya está.

—¡Primo! —grita Sandra antes de que él entre en el portal, haciendo caso omiso a lo que le he dicho.

—¡Prima! —vocifera el otro desde abajo y con la vista alzada hacia el balcón.

—¡Ari tiene que irse a casa y necesita su zapato y alguien que la lleve!

Le doy un puntapié a mi amiga.

—¡Ay! —se queja ella. La gente que pasea por la calle nos mira como si estuviéramos locos.

—¡Ya sabes, enana! —exclama Álvaro, ilusionado.

—Te voy a matar —le susurro a Sandra.

—Ya me lo agradecerás.

Cojo mi mochila y bajo las escaleras del edificio a toda prisa hasta llegar a la puerta del portal, donde aguarda Álvaro con una sonrisa desafiante.

—Al final no te has podido resistir.

—Necesito mi zapatilla.

—Te la doy, si te subes a mi moto. Si no, irás descalza y pisarás las cagadas de los perros.

Suelto un bufido.

—Venga, tú ganas.

Don Chulito me lleva hasta la moto, que se encuentra aparcada al lado del portal, y me devuelve mi Converse.

—Póntela, Cenicienta.

Se la quito de un tirón y la sacudo para comprobar que no ha metido nada raro.

—¿Qué haces, loca?

—Viendo si has metido una cucaracha muerta o algo peor.

Se empieza a reír.

—¿Por quién me tomas?

—Por Álvaro, el que se cree el rey del planeta.

—No es que me lo crea, es que lo soy.

Imbécil.

Después de comprobar que no hay nada en mi zapatilla, me la pongo.

—Te presento a Cassie —dice señalando la moto.

—¿Cassie? ¿Le has puesto nombre?

A este tío se le va mucho la olla. Poniéndole un nombre a su moto... ¡Ni que fuera una persona!

—¿Y qué? Es el amor de mi vida. Tenía que ponerle uno.

—Menudo chalado.

Se ríe; después saca dos cascos y me tiende uno de color rosa con estrellitas negras.

—¿De dónde has robado eso? —inquiero.

—De por ahí —contesta sin expresión alguna—. Póntelo.

—Nunca he subido en una moto —confieso, y él se vuelve a mear de risa. Me alegro de que le esté pareciendo tan divertida.

—Siempre hay una primera vez para todo. —Sonríe, asomando su perfecta dentadura.

Me arden las mejillas. ¿Siempre tiene que tener una respuesta para todo o qué?

Se acerca a mí y me coloca el casco mientras a mí está a punto de darme un ataque al corazón al sentir su tacto.

—Sube, anda —dice, y se pone un casco negro.

Vuelvo a la realidad y me subo en «Cassie» con torpeza a la vez que Álvaro me observa con paciencia sin dejar de sonreír; después se sube a la moto y yo no sé qué hacer ahora mismo.

—Agárrate.

—¿A dónde? —pregunto.

Me quedo parada como una estatua. Él agarra mis brazos y rodea su cintura con ellos, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. La sangre ya ha dejado de pasar por mi cerebro y ahora está concentrada en mi corazón, que late deprisa.

—No te sueltes si no quieres caerte a la carretera —me dice.

—Claro —respondo con un hilillo de voz.

Arranca la moto y salimos disparados hacia la carretera.

Vale, va muy rápido. Creo que, si no muero estampada contra un muro, lo haré de un ataque al corazón. Me agarro fuerte, cerrando los ojos y deseando que pase rápido este calvario. Minutos después, nos paramos en un semáforo.

—¿Te está gustando el paseo? —me pregunta, divertido.

—Vas muy deprisa —respondo sin riego en el cerebro y con las manos asquerosamente sudadas.

—¡Si quieres voy despacio, así disfrutas más! —exclama, y suelta una carcajada escandalosa; yo me pongo como un tomate y hundo la cabeza en su espalda.

—¡Cállate, idiota, que nos han mirado las personas de los coches! —le grito. Cuando el semáforo se pone en verde, me abrazo más fuerte a él y es la sensación más agradable del mundo, pero a la vez la más terrorífica.

—Pues ya está —anuncia aparcando al lado de mi casa.

¿Ya hemos llegado? Qué rápido se me ha pasado el trayecto.

Se baja de la moto con sus tan características poses de modelo, se quita el casco y lo coloca sobre un manillar. Yo doy un saltito para bajarme y Álvaro suelta una carcajada.

—Eres muy bajita, Ari. ¿Es que no comías *petit-suisse* cuando eras pequeña? Ya se está metiendo conmigo.

—Eres tan gracioso que no entiendo por qué no estás haciendo humor en la tele —le digo haciéndole una mueca de burla. Él me quita el casco sonriendo y me mira como si tuviera un moco en la nariz.

—Estás despeinada.

—¿Qué? —Me toco el pelo para comprobar lo que me acaba de decir y me lo intento arreglar como puedo—. ¿Ya está bien?

—No, espera. —Acerca su mano a mi melena y la revuelve con sus largos dedos.

—¿Qué haces? —le espeto.

Otra vez le entra el ataque de risa.

—Arreglarte el pelo.

—Eso no es arreglarlo. —Le intento lanzar una mirada asesina, pero fracaso y se me escapa una sonrisa.

—Estás más guapa así, ¿sabes?

Me miro en el espejo retrovisor de la moto y consigo arreglarme el estropicio.

—¿Estás enfadada?

—Sí —contesto mordiéndome el labio y conteniendo la risa, al posar mi vista en él.

—¿Entonces por qué tienes cara de querer echarte a reír en cualquier momento?

—No es cierto —replico—. Bueno, que me voy ya, si no, mi madre me va a arrancar la cabeza.

—Corre, que tu mami te va a castigar sin salir de fiesta —se burla poniendo voz de pito.

—Adiós, estúpido —me despido fulminándolo con la mirada, y me dirijo hacia la puerta de mi casa.

—¡Adiós, Heidi!

Cuando entro en mi casa, me quedo un rato apoyada en la puerta tocándome los mofletes, que están ardiendo, y sonriendo como si me acabara de esnifar veinte kilos de azúcar.

Capítulo 18

Álvaro

De puta madre. Ya he conseguido subir a Ari a mi moto; lo próximo será liarme con ella, aunque lo veo más complicado. Me atrae, no sé por qué, pero lo hace. Jamás me he interesado por una tía así y no tengo ni idea de lo que está pasando dentro de mí al pensar en ella. Mientras me estaba explicando esas cosas raras de francés, me quedaba embobado mirando sus ojos tan preciosos y sus labios carnosos. Me pregunto cómo sería besarlos. Y cuando se ha agarrado a mí mientras la llevaba en mi moto me ha vuelto loco. Es una sensación demasiado rara; quizá sea porque nunca he llevado a ninguna tía en Cassie.

Ahora estoy en mi habitación viendo la tele, después de haberme presentado en la casa de mi prima para pedirle el número de Heidi. He conseguido que me lo dé tras estar rogándole de rodillas durante un buen rato. Aunque no me he librado de sus bromas...

Me conecto al WhatsApp y sonrío como un gilipollas al ver a Ari en línea.

YO: «Hola, enana, ¿a que no sabes quién soy?»

Empieza a escribir. Pasa un siglo y sigue escribiendo.

Joder, parece mi madre cuando me pide por mensajes que compre el pan.

ENANA: «Eres bárbaro»

¿Qué coño dice?

YO: «¿Te has drogado?»

Se tira otro siglo escribiendo.

ENANA: «Es el corrector. Todavía no entiendo muy bien este móvil»

YO: «Si quieres, te doy unas clasicillas, pero me tienes que dar algo a cambio»

ENANA: «Cállate, idioma»

ENANA: «Idiota*»

YO: «¿Te parece bien cambiar el día y venir mañana?»

ENANA: «No puedo. Tengo que ir al cementerio»

YO: «Vaya, menuda pena. Y yo que tenía ganas de estudiar... Pero si quieres, te acompaño»

ENANA: «No hace falta, sé ir yo sola. Bueno, me tengo que ir a dormir ya. Adiós, bárbaro»

YO: «Soy Álvaro, pero también soy un bárbaro en la cama ;)»

Seguro que se habrá puesto colorada.

ENANA: «¡Joder, no me interesa tu vida sexual!»

Eso lo ha escrito muy rápido y sin equivocarse.

YO: «Ya te interesará. Buenas noches, bella»

Se desconecta y yo me quedo mirando la pantalla como un imbécil. ¿Qué cojones tendrá que hacer mañana en el cementerio tan importante en vez de venirse y estar derritiéndose por mí?

* * *

Después de estar conduciendo más de un cuarto de hora, aparco la moto en el primer sitio libre que hay y entro en el cementerio. Como Ari me diga que le gusta venir a un lugar así, me doy cabezazos contra la pared. Camino despacio para que no se escuchen mis pisadas y mi mente me recuerda que no venía a un sitio como este desde aquel horrible día. Finalmente, diviso a Ari frente a una tumba y yo, como soy tan buena persona, quiero pegarle un susto.

Me acerco poco a poco a ella y...

—¡Bu! —exclamo posando mis manos en sus hombros.

Ari da un respingo y pega un chillido que creo que se ha escuchado hasta en la luna. Se da la vuelta con el rostro como si hubiera visto un fantasma y me empieza a dar manotazos en el pecho. A mí me entra un ataque de risa.

—¿¿¿¿Eres tonto o qué te pasa???! —brama con la cara roja de rabia. Deja de golpearme y me abraza, aterrada.

—Joder, no sabía que fueras una miedica —digo rodeándola con mis brazos.

No la he abrazado de esta forma desde el día en que me pilló llorando en la parte de atrás del instituto. Y me encanta.

—¡Este no es el sitio más indicado para pegar sustos, estúpido! —exclama al separarse de mí, y yo continúo riéndome escandalosamente—. ¡Y deja de reírte!

—Perdona, vaya que vengan los zombies y me coman el cerebro.

—¿Pero tú tienes cerebro? —se burla.

—Ja, ja —ríe de manera irónica—. ¿Y qué hacías aquí, enana? No me digas que te gusta pasar las tardes en un cementerio.

—Vengo a visitar a mi padre —contesta borrando todo signo de expresión en su rostro.

—Ah, vaya. Lo siento, yo no sabía que...

—No pasa nada, Álvaro —me interrumpe, y me señala la tumba de su padre, donde acaba de colocar una rosa amarilla.

«Bastien LeBlanc. 1968 - 2013»

Falleció bastante joven.

Contemplo la foto con su cara y me doy cuenta de que tiene la piel igual de blanca que Ari, sus mismos ojos verdes y su sonrisa.

—Se parece a ti —digo.

—Lo echo mucho de menos. —Suspira con el semblante entristecido y se sienta en el suelo; yo hago lo mismo—. Desde que murió vengo un día al mes. Es todo muy difícil. En cambio, mi madre parece que ya se ha olvidado de él.

Observo que una lágrima desciende por su mejilla y yo la atrapo con mi dedo, acariciándole el rostro. No sé si le contará su vida a toda la gente o es que a mí me tiene mucha confianza. Nadie me cuenta nada y no soy muy bueno escuchando las mierdas de los demás, pero con Heidi me da igual. Quiero saber todo de ella.

—Ven aquí. —La atraigo hacia mí, haciendo que apoye su cabeza en mi hombro.

Nos tiramos de esta manera un buen rato hasta que me cuenta casi toda su vida. Su padre murió de un cáncer hace dos años y Ari lo pasó fatal. Su madre es una abogada obsesionada con su trabajo y que no le hace ni puto caso a su hija.

También tiene un hermano de veinte años que está estudiando Derecho y es el típico empollón de la clase y ojito derecho de su madre. Tenemos en común la familia disfuncional y la pérdida de alguien importante, pero yo no le pienso relatar nada de mi vida.

Me ha contado que cuando era pequeña, su padre le leía cuentos todas las noches antes de irse a dormir y le compraba de todo, convirtiéndola en una niña mimada, algo que no me extraña. La han llevado a Disneylandia un par de veces, pero ya no piensa ir más porque su padre no está y le recordaría mucho a él.

—Te habré aburrido con mi vida, ¿no?

—Qué va. Ha estado guay —respondo esbozando mi sonrisa encantadora de mojabragas.

Ari sonrío y se queda mirando mis labios.

—Esto... —balbucea—. Creo que nos tenemos que ir. Se ha hecho tarde.

—Claro, que te va a regañar tu mami.

—Menudo subnormal...

Parecemos dos putos críos de preescolar.

Me levanto del suelo y agarro a Ari de las manos, ayudándola a levantarse. A continuación, se sacude sus vaqueros.

—Vamos —dice frotándose los brazos con las manos.

—¿Tienes frío?

—Un poco. Será por este sitio, que es muy siniestro.

—Ten. —Me quito la chupa de cuero y la ayudo a ponérsela; después la miro—. Te queda bien.

—Gracias.

Comenzamos a caminar por el cementerio, dirigiéndonos a la salida con todo muy silencioso y con la compañía del ruido de nuestras pisadas. Siento que Ari se agarra a mi brazo y yo no puedo evitar soltar una carcajada.

—Estás cagada de miedo, ¿eh?

—¡Pues no! —responde sin soltarse.

—Lo que quieres es estar pegadita a mí, ¿no?

—Cállate —me ordena. Llegamos hasta Cassie y Ari la contempla como si tuviera dinamita—. Esto... Yo me voy andando.

—¿Lo dices en serio, Ariadna? Tú te vas a subir en mi moto como que yo me llamo Álvaro. Además, te encantó el paseíto de ayer —le contesto dedicándole mi perfecta sonrisa.

—No quiero morir estampada contra un muro por tu culpa. Ayer casi me da un infarto.

—Ya, pero bien que te abrazaste a mí tan fuerte que por poco me dejas sin respiración.

—Eres insoportable. —Niega poniendo los ojos en blanco.

Saco los cascos y le tiendo uno a Ari, que lo coge refunfuñando y se lo pone. Luego se sube a la moto y yo hago lo mismo.

—¿No te agarras? —le pregunto.

—No.

—Muy bien. Tú lo has querido.

Arranco y salimos hacia la carretera. Empiezo a ir lo más rápido posible hasta que siento cómo sus brazos me rodean la cintura y se me escapa una sonora carcajada.

—¡Idiota! —exclama.

Cuando llegamos a su casa unos minutos después, Ari me devuelve mi chaqueta.

—Gracias —me dice con un hilillo de voz.

—De nada —respondo con voz cantarina.

Me apetece ponerla nerviosa, así que me acerco a su rostro y le planto un beso en la mejilla, a un centímetro de los labios. El próximo será en la boca.

—Yo... Adiós —contesta con la cara a punto de explotarle, y se mete en su casa.

Hago un esfuerzo por no reírme yo solo en mitad de la calle.

* * *

Salgo del insti como cuando a un niño le dan un caramelo. No tengo ni idea de por qué... O puede que sí, pero no quiero admitirlo. Esta vez agradezco que mi madre no esté en casa porque ya me ha acosado con varios interrogatorios acerca de Ari: «¿Quién era esa chica? ¿Te gusta? ¿Va a tu instituto? ¿Dónde vive? ¿Cuántos años tiene?», quería saber, y yo he hecho caso omiso a cada una de las preguntas que salían de su boca.

Suena el timbre y corro a abrirla la puerta. Ahí está ella, con su larga melena castaña cayéndole por los hombros y su mirada verdosa que me está empezando a volver loco, mientras siento un cosquilleo por todo el cuerpo. ¿Qué demonios me está pasando?

—Ho... Hola —pronuncia mi boca, al fin.

Yo nunca saludo de esta manera.

—Hola —me saluda ella con una sonrisa, y yo siento el estómago revolve en mi interior.

—Eh... Vayamos a mi cuarto.

Cuando terminamos la clase una hora después, seguimos sentados cada uno en una silla del escritorio. Me ha explicado bastante bien las cosas y creo que

con ella entiendo mejor el francés, e incluso será capaz de ayudarme a sacar muy buena nota.

La melodía de mi móvil nos interrumpe y observo en la pantalla quién es al que le ha apetecido darme el coñazo; entonces rechazo la llamada.

—¿No lo coges? —pregunta Ari, extrañada.

—No —contesto, y suspiro—. Era mi padre.

—¿No te llevas bien con él?

—No.

—¿Por qué?

«¿Y a ti qué te importa?», pienso, pero no voy a ser un borde y mejor me contengo.

—Porque es un cabrón —respondo sin mirarla y jugueteando con el bolígrafo.

—¿Y vives solo con tu madre?

—Sí.

—Por eso viniste aquí —murmura, y me parece que en su cabecita se están formando conclusiones precipitadas.

—Mejor cambiemos de tema —le digo.

—Claro, perdona.

—No pasa nada. No me gusta hablar de mi familia. —Finjo una sonrisa—. Y menos de mi no-padre.

—Sólo déjame decirte una cosa, Álvaro. No sé lo que te habrá pasado con tu padre para que estés así con él, pero seguro que lo podéis solucionar antes de que sea demasiado tarde. Es tu padre...

—¿Pero qué tonterías me estás diciendo? —la corto, y ella da un brinco—. No tienes ni idea. Tú, como has sido la típica niña mimada, te crees que todos los padres son como lo era el tuyo.

Parece que mi comentario la ha ofendido porque aprieta los labios con demasiada fuerza, convirtiéndose en una fina línea.

Mierda. Ya estaba tardando muy poco en cagarla con ella.

—No menciones a mi padre —dice con la voz apagada. Ahora me siento la peor persona del mundo.

—Lo siento. —Acercó mi mano a su rostro y le acaricio la suave piel de su mejilla; después la miro a los ojos, que me hipnotizan de lo verdes que son.

«Álvaro, deja de pensar en ñoñeces y sé el mismo tipo duro de siempre con el corazón de piedra», me ordena mi cabeza.

No sé lo que estoy haciendo. Está claro que esta chica no es para mí. Si me lío con ella, es capaz de quedarse bastante pillada de mí.

—Me voy —suelta, y aparta mi mano de su mejilla.

—¿Quieres que te lleve? —le pregunto, aunque ya sé lo que me va a contestar.

—No hace falta. —Se levanta y recoge sus cosas con rapidez. Ya se ha enfadado—. Adiós. —Se marcha de mi habitación como si fuera una exhalación y yo voy corriendo detrás de ella por el pasillo.

—Espera. —La agarro del brazo, justo antes de que cruce la puerta, y la obligo a mirarme—. Perdona, ¿vale? Soy un gilipollas y me pongo de mala leche cuando tengo que hablar de mi no-padre.

—No pasa nada —responde con una vocecilla dulce y forzando una sonrisa.

Poso mis manos en su rostro y la miro a los ojos.

—Déjame que te lleve, por lo menos —susurro.

Estamos demasiado cerca. Permanezco mirando sus labios mientras debato conmigo mismo si besarlos o no.

Esta es mi oportunidad.

Me voy acercando poco a poco a ellos y...

—¿Qué hacéis con la puerta abierta?

Damos un respingo y nos separamos de inmediato. Mi madre acaba de aparecer en la puerta y nos está mirando con cara de pasmada.

A tomar por culo el casi beso.

Capítulo 19

Ari

—Hola, Virginia —saludo a la madre de Álvaro con mis mejillas más calientes que la lava de un volcán.

—Hola, bonita. Qué bien verte por aquí otra vez.

Álvaro nos contempla con expresión molesta.

¿Qué acaba de pasar? ¿Me iba a besar? ¿Álvaro? ¿Otra vez?

—Me voy a casa —anuncio, incómoda.

—Y yo la voy a llevar con la moto —interviene Álvaro.

—Claro, espero verte pronto —me dice Virginia sonriendo, y le dedica a su hijo una mirada, que parece que es de complicidad.

A ver si se piensa que Álvaro y yo... Sacudo la cabeza ante esa idea tan estúpida.

—Que sí, que sí, mamá —murmura Álvaro, arrastrándome hasta la puerta para deshacernos de esta situación tan embarazosa.

—Adiós —me despido, y salimos del apartamento.

Nos encontramos en silencio esperando el ascensor, mirando a cualquier lado menos a la persona que tenemos al lado. ¿Ahora qué se supone que tengo que decir? Tras unos largos segundos que parecen horas, aparece el ascensor y Álvaro pulsa el botón de la planta baja.

«Sólo son cinco pisos, aguanta, Ari», me digo a mí misma.

Álvaro tiene las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros y sus ojos miran el techo; yo lo estoy observando de reojo. Lo único que oigo son los latidos de mi corazón. Nos encaminamos hacia su moto y me doy cuenta de que el idiota se está riendo mientras avanzamos.

—¿Qué se supone que te hace tanta gracia? —inquiero.

—¿Eh? Nada —responde, el muy imbécil—. Bueno, tú.

—¿Por qué?

—Porque has estado a punto de caer en mis redes otra vez.

—Que te den —le espeto.

—Ay, Ari, que te mueres de ganas por probar estos labios tan deliciosos —dice señalando sus labios a la vez que le da besos al aire. ¿Cómo puede ser tan narcisista?

—Qué asco... —murmuro con toda la sangre concentrada en mi cara.

—Muchas no dicen eso. —Mueve las cejas de arriba abajo.

Como siga así, juro que le arranco la cabeza.

—¿Me llevas o qué?

—¿No decías que no querías que te llevara?

—Pero como eres el tipo más pesado del mundo, no puedo decirte que no. —

Finjo una sonrisa.

—Vamos a hacer una cosa: te llevo, si me das un beso.

—¡Ni hablar! —exclamo negando con la cabeza.

—Entonces no hay trato.

—Pues me voy andando, imbécil.

—¿Pero cuántas veces me has insultado ya? He perdido la cuenta —dice, y suelta una carcajada; yo me quedo mirándolo con los brazos cruzados—. Anda, te llevo. Lo del beso lo dejamos para más adelante. No vayamos tan rápido.

No puedo con este idiota; me saca de quicio. Y lo más gracioso es que no sé lo que estoy empezando a sentir por él. Le conté casi toda mi vida en el cementerio y no sé ni por qué lo hice, porque yo no le cuento mis cosas a desconocidos.

En cuanto llegamos a la puerta de mi casa, Álvaro se fuma un cigarro sentado en su moto y yo me quedo de pie, mirándolo. Qué guapo es. Como siga alimentando su ego babeando delante de él, estoy acabada.

«No me gusta, no me gusta, no me gusta».

—¿Qué miras? —pregunta al expulsar el humo por la boca.

—Nada.

Chris pronuncia mi nombre y se acerca a nosotros, agarrando de la mano a su hermana.

—Chris —lo saludo.

Álvaro y Chris se saludan con la cabeza.

—¿Qué hacéis aquí? —nos pregunta mi amigo.

—Iba a entrar en casa. Álvaro me ha traído.

—Ah —contesta Chris, y enarca una ceja, como sorprendido.

—Yo ya me voy, gente —interviene Álvaro, y tira la colilla al suelo—. Nos vemos mañana, enana.

—Hasta mañana.

Álvaro se coloca el casco, arranca la moto y desaparece.

—Carol, entra en casa, que ahora voy yo —le pide Chris a su hermana, y la pequeña sale disparada hacia su casa, dejándonos solos; luego mi amigo me mira frunciendo el ceño—. ¿Te ha traído en su moto? ¿Estás loca?

—¿Qué pasa? Tampoco es algo malo —replico—. Me lleva trayendo tres

días seguidos. Le estoy dando clases, por si te habías olvidado.

—Ari, escúchame. Ese tío no me cae bien. Lleva riéndose de ti desde el primer día junto con los demás que siempre se han metido con nosotros.

—Chris, no todas las personas son iguales.

—Sabes que llevo razón. Como al final te quedas pillada por él y te haga daño... —No continúa la frase.

—¿Qué dices? Yo no me quedo pillada de nadie.

—Yo sólo quiero que no sufras. Eres mi mejor amiga —dice mirándome directamente a los ojos, preocupado.

—Tranquilo. Ya sabes que soy inmune a todos los tíos, exceptuando a Ian Somerhalder.

—Si Álvaro te hace algo, me avisas, que le canto las cuarenta.

No puedo evitar soltar una risita. En una pelea entre Chris y Álvaro, está claro que ganaría este último. Aunque mi amigo sea un poco más bajito que él, no está en plena forma.

—No quiero verme en el hospital haciéndote una visita.

—A lo mejor la visita se la haces a él —responde.

—Gracias, Chris, eres un cielo, pero no me va a pasar nada. Me voy, que mi madre me va a echar la bronca.

—Vale, pero recuerda que Ian Somerhalder es mío.

Me río.

—¡De eso nada! ¡Tú estás enamorado de Matthew Daddario!

—Es una elección muy difícil. Creo que lo consultaré con la almohada.

Entro en casa con una sonrisilla de boba y mi madre sale del salón como una bala.

—Te parecerá bonito venir a estas horas de la noche teniendo mañana clase —me riñe con su voz de sargento y los brazos en jarras—. Llevas tres días saltándote la hora de llegada.

—Son sólo las diez, no dramatices.

—¿Que no dramatice? —Arquea las cejas perfectamente depiladas, asombrada por mi contestación—. ¿Mi hija se tira hasta las tantas con un gamberro, que a saber lo que quiere, y yo me tengo que quedar tan tranquila?

Me quedo con la boca abierta, patidifusa.

—¿Me has estado espiando?

Seguro que ha estado con la cabeza asomada a la ventana o la Barbie Poligonera se lo habrá contado todo.

—Esa no es la cuestión. ¿Qué hacías con ese chico delante de casa?

—Se me hizo tarde en casa de Sandra, y como él es su primo y vive al lado, pues se ofreció a traerme —miento.

No le he contado nada de lo de las clases particulares, y tampoco lo iba a hacer porque se llevaría las manos a la cabeza y le entraría el exorcismo.

—No quiero que vuelvas a ver a ese delincuente —sentencia mi madre señalándome con su delgado dedo índice.

—¡Pero si sólo es un amigo!

—¡Con malas intenciones para ti! —exclama alzando las manos por los aires, como si estuviera mal de la cabeza. Que lo está, las cosas como son.

—¡Soy mayorcita para saber lo que hago! —le grito.

—¿Mayorcita? Por favor, no me hagas reír, Ariadna. Tienes dieciséis años. Eres una niña y no sabes nada de la vida.

—¿Y tú sí? —escupo.

Esta conversación no tiene sentido. Mi madre alza la mano para intentar darme una bofetada, pero se contiene tomando aire.

—Dame tu móvil.

—No te lo pienso dar. ¡Lo necesito!

Estoy empezando a sentirme nerviosa y percibo una opresión en el pecho que hace que me cueste respirar.

—¡He dicho que me des tu móvil! —brama.

Suspiro, sacando el móvil del bolsillo, que lo apago y se lo doy.

—Muy bien. Estás castigada —dice orgullosa de sí misma por ir castigando de forma injusta a su hija—. Ahora, vete a tu cuarto.

La odio. Es la peor madre del mundo.

Subo a mi habitación, saco la bolsa de chucherías de mi mochila y me las como para calmar mi ansiedad. Al terminarla entera, entro en el baño y lloro como una magdalena delante del espejo. Mientras cada lágrima va bañando mis mejillas, me acerco al váter y me pongo de rodillas. Contemplo durante un minuto el fondo de la taza y me dispongo a hacer lo que hace varios días he estado evitando.

Capítulo 20

Álvaro

Cuando llego a casa, me preparo mis cereales favoritos con leche para cenar, como hago siempre, y me voy a mi habitación.

Me pregunto si estará Ari conectada ahora. Abro el WhatsApp y me doy cuenta de que ella no lo hace desde el mediodía. Qué raro que no esté, si siempre está enganchada al móvil. ¿Con quién hablará tanto a todas horas?

Decido mandarle un mensaje.

YO: «Enana»

Pero su respuesta no llega. Ni cuando pasan cinco minutos ni cuando pasa una hora. A lo mejor se ha ido a dormir ya... Tenía ganas de hablar con ella hasta que me entrara sueño.

Me pongo a pensar en lo que ha pasado hoy, o más bien en lo que iba a pasar. Si no llega a venir mi madre, la habría besado, estoy seguro, porque Heidi no hacía nada para apartarse.

Abro Spotify en el portátil y lo pongo en modo aleatorio. La primera canción que suena es *Emocional*, de Dani Martín, y escucho la letra con atención. Qué pastelosa. Recuerdo que la cantaba con la guitarra en el Retiro y siempre se acercaban grupitos de niñas adolescentes con las hormonas revolucionadas para mirar lo perfecto que soy. Algún día la cantaré delante de Ari.

Suena mi móvil y leo en la pantalla el nombre de Mel.

—¿Quién tiene el privilegio de hablar conmigo ahora?

—¡No seas subnormal! —exclama—. ¿Cómo te va por allí?

—Bien, bien. No puedo quejarme. He encontrado curro para los fines de semana en un McDonald's.

Algo tenía que hacer para ganar pasta, porque el dinero de mi no-padre no lo toco ni aunque me estuviera muriendo de hambre, y a mi madre no pienso pedirle nada. Soy muy orgulloso en ese sentido.

—¿Con tu madre bien? —quiere saber.

—Casi. ¿Y vosotros qué?

—Por aquí no ha cambiado nada, sólo te echamos un pelín de menos. ¡A ver

si vienes algún día a hacernos una visita! —vocifera, y creo que me ha dejado sordo.

—Ya iré algún día por sorpresa.

—¿Y con los ligues cómo vas? —me pregunta, inquisitiva.

—Igual que siempre, Melody. ¿Cuándo se me ha resistido a mí alguna? —
Sonríó como un imbécil al pensar en la que últimamente no se va de mi cabeza.

—Lo has dicho de una manera un poco extraña, Buenorro.

Esta Mel me conoce demasiado.

—Hay una que me lo está poniendo muy difícil —admito.

—¿Qué? —Creo que a Mel se le acaba de caer la mandíbula al suelo—.
¿Existe esa tía? ¿Y no pasas de ella?

—Melody —pronuncio su nombre en tono de advertencia.

—Ten mucho cuidado, a ver si vas a acabar enamorándote..

Suelto una carcajada. ¿Enamorarme? ¿Eso qué es? ¿Se come?

—Cállate, que a mí no me va a pasar eso nunca.

—No, claro. Si eres de piedra... —dice con sorna.

—Que te den, Melody.

—Me piro al curro, Buenorro. Me tienes que presentar a esa tía. ¡Y vente un día, si no, te traigo a rastras! —Y tras esa amenaza, cuelga.

Todavía me estoy riendo de lo que ha dicho. Yo jamás caeré en esa gilipollez a la que llaman «amor».

* * *

Al día siguiente a la hora del recreo, espero a Ari en la planta baja del instituto y la veo bajar las escaleras acompañada de mi prima y de la lapa de Chris. Llevo todo el día encontrándomela por los pasillos con mala cara y ni siquiera me ha saludado.

—¿Puedo hablar contigo un momento? —le pido.

—Claro —me contesta, y mira a sus amigos—. Id vosotros al patio.

Ellos asienten y se marchan.

—Ven. —Cojo a Ari de la mano y me la llevo a la parte de atrás del insti. ¿Se puede saber qué demonios hago dándole la mano? Se la suelto de inmediato—.
¿Qué te pasa? Estás rara.

Suelta un profundo suspiro.

—Nada.

—Cuéntamelo —insisto.

Vuelve a suspirar, pero esta vez con más ganas.

—Mi madre se enfadó porque llegué muy tarde anoche y me quitó el móvil.

Claro, por eso no me ha contestado a los mensajes.

—¿Tarde? ¿A las diez de la noche?

Yo nunca he tenido reglas sobre la hora de llegar a casa. Me tiraba hasta las tantas de la noche en la calle con los colegas. Aunque claro, con unos padres pasando de mí como de la mierda, es normal.

—Ajá —responde Ari, y baja la mirada.

Hay algo más. En el poco tiempo que llevo conociéndola, sé cuándo le pasa algo.

—¿Y te ha castigado por alguna otra cosa?

Se pone nerviosa quitándose las pielecillas de sus uñas; después me sonrío con timidez, pero no me responde. Este sería un buen momento para darle un beso, así que me acerco a sus labios. Sin embargo, ella coloca la palma de su mano en mi boca, impidiendo que la bese. Esbozo una sonrisa sobre su mano y ella me mira abriendo mucho los ojos. Sonrío aún con su palma en mi boca y paseo mi lengua por ella.

—¡Puaj! —Quita la mano rápidamente—. ¡Qué asco! —Y se la limpia en mi camiseta.

Me empiezo a mear de la risa.

—No intentes evitar lo inevitable —le digo.

—No pienso morrearame contigo ni aunque fueras el último tío del mundo.

—Eso habría que verlo, ¿no crees? Tendríamos que evitar que la especie humana se extinguiera.

—¡Dios mío, cállate!

—¡Eh, tío! —la voz de Víctor nos interrumpe, que se acerca con John y Mónica—. Te estábamos buscando. Vamos a irnos las tres últimas horas por ahí a fumarnos algo. ¿Te vienes?

Mónica ya está mirando a Ari con desprecio.

—No, prefiero quedarme y no perder clases —contesto, pero no me lo creo ni yo.

—¿Qué tienes que hacer que es más importante? ¿Estar con esta gorda perdedora y patética? —Mónica mira de arriba abajo a Ari con una mueca de asco.

—Pues tú te lo pierdes. Que te lo pases de la hostia con tu novia —me dice Víctor.

Los tres se van directos a saltar la valla y me vuelvo hacia Ari, que tiene los ojos vidriosos.

—Ari...

—Déjame —me espeta con voz quebrada.

—Ven. —La rodeo con mis brazos y comienza a llorar desconsoladamente—.

Lo siento. Debería haberles callado la boca a esos capullos, sobre todo a Mónica.
Ella se aparta de mí y se seca las lágrimas.

—No pasa nada —responde con un hilillo de voz.

—Ari... —Le acaricio la mejilla, secando una lágrima que estaba descendiendo por ella.

—No me toques —susurra, y aparta mi mano de su rostro; luego se va corriendo como si estuviera huyendo de mí.

Me odia.

Me paso las manos por el pelo, nervioso.

Voy a arreglar esto.

La persigo y me doy cuenta de que entra en el servicio de las chicas, donde me cuelo y cierro la puerta. Ari se acaba de encerrar en uno de los baños individuales y yo me acerco a la puerta en la que se ha metido y oigo arcadas.

¿Está vomitando? Joder.

Cuando pasan unos minutos, se oye el ruido de la cisterna y Ari abre la puerta. Se queda mirándome, atónita, y con sus preciosos ojos enrojecidos.

—¿Qué haces en el baño de chicas? —exige saber.

—¿Por qué coño has vomitado? —inquiero mirándola a sus ojos vidriosos. En cambio, ella me aparta la mirada.

—No... No he vomitado —miente, y se acerca al lavabo para echarse agua por la cara.

De repente, nos interrumpen dos chicas entrando en el baño, riéndose de una manera escandalosa, pero se callan cuando sus ojos se detienen en mí.

—Vete, Álvaro —me ordena Ari, pero la ignoro.

—¿Desde cuándo estás haciendo eso? —le pregunto en un susurro para que las otras dos no me oigan, que se han puesto a arreglarse el pelo y no dejan de mirarnos mientras cuchichean entre ellas. Creo que rondarán los trece años.

—No puedes estar aquí. Es el baño de chicas —salta una de ellas.

—Me importa una mierda —le espeto, y vuelvo a posar mi vista en Ari—. Ari, por favor...

Pero me mira con indiferencia y se larga del baño justo cuando suena el timbre.

Capítulo 21

Ari

Las siguientes tres horas las paso mirando por la ventana de clase, pensando en lo felices que parecen algunas personas comparadas conmigo. Me siento muy desanimada; hoy no tengo ganas de hacer nada. En cuanto llegue a casa, pienso encerrarme en mi cuarto con la manta echada por encima, abrazando a Moon y con la música tan alta hasta que me exploten los tímpanos.

Suspiro, viendo cómo caen las hojas de los árboles en pleno otoño.

Me gustaría ser una hoja para no sentir nada y poder ser libre volando por el cielo, ayudada por el viento, hasta que viniera un barrendero y acabase conmigo tirándome a la basura.

—¿En qué piensas? —me pregunta Chris sentado a mi lado. Sandra está a unas cuantas mesas más adelante con su novio.

—En que me gustaría ser una hoja —respondo con el lápiz entre los labios, y mi amigo sonrío.

—Se te ha ido la cabeza.

Para cuando suena el timbre, salgo del aula junto con mis dos amigos, y me cruzo con Álvaro por el pasillo, que fija sus ojos en mí y decide acercarse hacia donde estoy.

Genial. No conozco a un tío tan pesado como él.

—Ari —me llama cogiéndome del brazo. Odio que invada mi espacio personal agarrándome de esa forma.

Me giro y me intento soltar, pero no consigo hacerlo.

—Tengo prisa. Suéltame —le ruego.

—Está bien. —Me hace caso y desaparezco lo más deprisa que puedo de su vista.

No tengo ganas de hablar ni con mis amigos, así que decido mantener la boca cerrada durante todo el camino. Cuando llego a mi casa, dejo mi mochila en mi habitación y voy a la cocina para comer con el novio de mi madre y mi hermano.

—¿Hoy no viene mamá? —les pregunto.

—Tiene mucho trabajo —responde Alfonso, y coloca mi móvil sobre la mesa —. Toma, pero no le digas a tu madre que te lo he dado.

—Gracias —le digo a Alfonso.

Se creará que por darme mi móvil lo voy a tratar como si fuera un padre. Que siga soñando.

Termino de comer, dejando la mitad de lo que me he echado, y salgo de la cocina. Antes de entrar en mi habitación, me dirijo hacia el baño y hago lo de siempre. Luego me voy a mi cuarto, me tiro en la cama y enciendo el móvil. Tengo dos conversaciones de WhatsApp abiertas: una del señorito innombrable y la otra de Diego. Abro la primera.

DON CHULITO: «Enana»

Ese fue un mensaje de ayer por la noche, un rato después de que me despidiera de él en la puerta de mi casa. Esta mañana me ha vuelto a enviar otro:

DON CHULITO: «No sé por qué te has enfadado conmigo si no te he hecho nada»

Como quien oye llover, cambio de conversación. No quiero que me pregunte si vomito. No tiene por qué saberlo. ¿Por qué diablos me ha tenido que seguir hasta el baño y espiarme?

Abro el otro mensaje.

DIEGO: «¡Ari! ¿Ya no quieres cuentas conmigo o qué?»

Tiene razón, últimamente no le he hecho mucho caso porque me he concentrado demasiado en Álvaro y en mis idas de olla en cuanto a mi peso.

YO: «Perdona, es que he estado muy ocupada. Ya sabes, exámenes»

DIEGO: «¿Te puedo llamar ahora?»

Le respondo que sí y no tarda ni cinco segundos en llamarme.

—Hola —contesto con un tono de voz casi inaudible.

—¡Ari! Te noto decaída, ¿qué te ocurre? —me pregunta mi amigo con su energía tan característica.

—Nada, estoy cansada por los estudios.

—¿Sólo eso? No me lo creo.

—Te estoy diciendo la verdad —respondo, y creo que he sonado muy hostil.

—Vale, te creo —dice, y decide cambiar de tema—. ¿Cuándo me vas a hacer una visita? Natty está deseando conocerte.

—No lo sé, tengo mucho lío ahora mismo. Puede que en las vacaciones, si convenzo a la sargento de mi madre.

—Me puedo morir esperando —comenta, y oigo que se ríe.

—¿Y por qué no vienes tú a visitarme? Hay el mismo camino.

—Ojalá fuera tan fácil, Ari.

Nos tiramos varias horas hablando por el móvil hasta que llega el momento de despedirnos.

Me ha sentado muy bien hablar con Diego; lo echaba mucho de menos. Le he contado todas mis penurias con Don Chulito y me ha sugerido que deje de hacerle caso porque seguro que me utiliza para liarse conmigo. Intentaré seguir el consejo. ¡Y le he tenido que repetir mil veces que no me gusta! Sin embargo, me he despedido de él con la sensación de que no se lo ha creído. También me ha estado hablando de su relación con Natty, que les va superbien. Qué suerte tienen ellos de estar juntos. Se nota que se quieren muchísimo. Qué envidia. Ojalá Álvaro...

¿En serio? ¿Cómo soy capaz de estar pensando en eso? Si ese tío no me importa en absoluto. Tengo que quitármelo de la cabeza ahora mismo.

«No me gusta, no me gusta, no me gusta», me repito a mí misma como hago siempre, pero me interrumpe el sonido del WhatsApp.

DON CHULITO: «Sé que estás conectada. Por favor, háblame»

No contesto.

DON CHULITO: «Sé que has visto mis mensajes, se ha puesto la raya azul»

¿Cuál era el número de la policía para decirles que hay un psicópata acosándome a mensajes?

Decido apagar el móvil. Aunque me muera de ganas por contestarle, no pienso hacerlo. Que se aguante.

Estoy ansiosa y tengo hambre. Salgo de mi habitación y bajo hasta la cocina. Busco por todos los armarios algo para comer, pero no encuentro nada interesante. Refunfuño y me dirijo hasta el cuarto de mi madre. Rebusco entre sus cosas algo de dinero y doy con un billete de cincuenta euros. Seguro que no se da cuenta porque tiene un montón; está obsesionada.

Me marcho de casa y me encamino hacia la primera tienda que veo para comprar todas las porquerías que me encuentro: patatas fritas, tabletas de chocolate, cuñas, palmeras, galletas, cereales y chucherías. Vuelvo a casa y me

tiro toda la tarde eligiendo un capítulo de alguna serie mientras me como todo lo que acabo de comprar.

Primero pongo *Crónicas Vampíricas*, pero Damon me recuerda demasiado a Álvaro y lo quito. Después, *Pequeñas Mentirosas*, pero también lo quito por la historia amorosa entre Ezra y Aria. Finalmente me decanto por ver vídeos en YouTube.

* * *

No he visto a Álvaro por el instituto esta mañana, ni siquiera me ha vuelto a mandar mensajes. Me siento mareada y no aguanto ni un minuto más aquí metida. Si fuera tan fácil escaparse...

Suena el timbre de la siguiente clase, recojo mis cosas y me marchó del aula, dirigiéndome hacia el patio. Voy a la parte de atrás y me quedo mirando la verja. Tampoco será tan complicado saltar, todo el mundo lo hace. Pero, claro, yo no soy todo el mundo. Yo soy una gorda lo bastante torpe como para abrirme la cabeza.

Me armo de valor y me arriesgo, lanzando la mochila al otro lado.

«Venga, yo puedo».

Me agarro a la verja y empiezo a treparla mientras siento cada pálpito de mi corazón. No pienso mirar abajo. Llego hasta arriba y, al intentar pasar al otro lado, pongo el pie en mal sitio, las manos no me hacen caso porque están demasiado sudadas y me estampo contra el suelo.

Mierda. Sabía que esto iba a pasar.

Siento un escozor en el brazo, me echo la manga hacia arriba con miedo y observo la profunda herida, que va desde la muñeca hasta el codo, y la sangre saliendo a borbotones. Saco el pañuelo que tengo guardado en la mochila y me vendo el brazo como puedo.

—¿Qué haces ahí tirada?

¿De dónde sale este tío? ¿Siempre tiene que aparecer en el momento más oportuno? Necesito llamar a la policía. Ahora en serio, esto ya es acoso y no me hace ninguna gracia. ¿Qué le ha dado por perseguirme?

—Vete —le ruego a Álvaro, que me está mirando con la ceja enarcada.

—¿Has saltado por la verja?

—¿Es que acaso estás ciego? —le espeto, y sonrío.

—¿Te has hecho daño?

—No —miento. Si le enseño el brazo, es capaz de llevarme a rastras hasta el hospital.

Me levanto del suelo de un salto, porque me siento patética hablando con el

tarambana de esta manera.

—¿Sigues enfadada conmigo?

—Desaparece de mi vista —respondo sin expresión alguna.

—Lo siento, ¿vale? Si alguien se vuelve a meter contigo, me lo dices.

—¡No estoy enfadada contigo por eso! —grito, y Álvaro se sobresalta. Se me está yendo la cabeza demasiado—. ¡Eres un falso de mierda!

De pronto, siento la cabeza y los pies muy pesados y se me nubla la vista. No puedo mantener el equilibrio y mis piernas se convierten en gelatina.

—¡Ari!

Capítulo 22

Álvaro

—¡Ari! —exclamo de nuevo, y me da un vuelco al corazón. Me acerco a ella, deprisa, y la agarro para que no se caiga al suelo. Abre los ojos, confundida—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. No me pasa nada —susurra.

—Vamos a sentarnos. —La sujeto con fuerza, porque me da miedo que se maree otra vez, y caminamos hasta uno de los bancos que hay fuera del instituto. La ayudo a sentarse y me coloco a su lado—. Tú no estás bien, eh.

—Sí, no pasa nada —dice tocándose la frente con la mano e intentando respirar con normalidad.

—Estás muy pálida. ¿Has comido algo?

«¿O has vomitado lo que te has comido?».

Suelta un largo suspiro.

—No hagas como que te preocupas por mí porque no es verdad —suelta de repente, con sus ojos verdes a punto de estallar en un mar de lágrimas.

—Ari... Claro que me preocupo por ti. —Le acaricio la mejilla, pero ella no me mira siquiera.

—No me toques...

Y es entonces cuando empieza a llorar. Yo la abrazo y la intento calmar, acariciándole la cabeza.

—Tranquila, enana.

Observo que se le cae algo al suelo. Me agacho y, al cogerlo, me doy cuenta de que es un pañuelo con una mancha de sangre.

—¿Y esto? —Lo señalo, pero ella no responde. Percibo que su brazo tiene una herida en carne viva—. ¿Cómo te has hecho eso? Te voy a llevar al hospital.

—¡Ni se te ocurra!

—Me da igual lo que digas.

—Álvaro... —susurra, asustada—. No me lleves, por favor.

Me tapo las orejas con las manos para no escucharla, pero cede, refunfuñando, y nos dirigimos hacia la moto.

—Agárrate —le ordeno cuando estamos subidos.

En realidad le digo que se agarre para que me rodee con sus cálidos brazos

durante todo el trayecto. Me gusta sentirlos alrededor de mi cuerpo. Y probar sus labios sería la hostia, pero no me deja. ¿La podré besar algún día? Creo que me estoy obsesionando demasiado con ella.

Para cuando llegamos al hospital, esperamos un buen rato en la sala de urgencias, que está a rebosar. Odio estos sitios.

—No me tendrías que haber traído —suelta Ari mirando el suelo, angustiada.

—No estás bien —le respondo. La atraigo hacia mí y ella posa su cabeza en mi hombro.

—Sí que estoy bien —insiste.

—¡Ariadna LeBlanc López, pase por consulta dos! —la voz fría de una mujer la llama por el altavoz.

—Entro contigo, ¿vale? —le digo a Ari cuando se levanta del asiento.

—No.

Pero le hago caso omiso y la sigo hasta la consulta.

—Hola, Lily —saluda a la doctora.

—Ari, ¿qué haces aquí? —pregunta la mujer algo alarmada.

Decido echarle a Heidi la manga hacia arriba, ya que ella no tenía intención de hacerlo, y le enseño la herida a la mujer. La tal Lily estudia el corte y comenta que necesita puntos. La expresión de Ari es de terror ahora mismo.

—Se ha mareado también —suelto, y Ari me taladra con su mirada.

—Salgo un momento. No tardo —nos informa la doctora, y se marcha de la consulta.

—¿La conoces? —le pregunto a Ari.

—Es la madre de Chris.

—Ah.

—No hacía falta que le contaras que me he mareado —dice.

—¿Por qué no?

—¡Porque no, joder! —exclama, alterada—. ¡Ahora se va a enterar mi madre de todo! ¿Es que no lo entiendes?

—Ari, ya está. Te voy a ayudar —le prometo, y la obligo a mirarme, agarrándola del mentón. Su rostro está tan cerca del mío que puedo sentir su aliento en mi cara.

Ahora sí que sí. Acercó mis labios a los suyos, pero antes de que se junten, la doctora abre la puerta y yo me cago en todo. ¿Quién está escribiendo el guión de mi vida?

Ari carraspea, se aparta de mí y se recompone.

Y yo necesito un cigarro.

—Te espero fuera —le digo a Ari.

Después de estar esperando más de un cuarto de hora, fumándome un

cigarrillo, diviso a una mujer y a un hombre dirigirse hacia mí, atacados.

—¿Dónde está Ariadna? —exige saber ella.

Es la misma mujer que llamó a Ari cuando rescaté el Kinder Bueno de la máquina expendedora al llegar de Madrid. Lleva un traje negro, el pelo suelto perfectamente peinado y no tardo en averiguar que es rubia de bote. El hombre tiene el pelo corto y castaño, más alto que yo y viste un traje de oficina grisáceo.

—En la consulta —le contesto a la mujer, que no tarda en mirarme con altanería.

—Todo esto es culpa tuya —me reprocha señalándome con el dedo.

—Cálmate, Isabel —le susurra el hombre.

Miro a la madre de Ari con desdén y después se marchan. Yo aguardo mientras me fumo otro cigarrillo. Cuando pasan dos eternas horas, diviso a Ari junto a su madre y el otro hombre.

—Como vuelvas a hacer eso, te juro que te ingreso en un manicomio —la riñe su madre. ¿Cómo le puede decir semejante cosa sabiendo por lo que está pasando?

Me acerco a ellos sin saber muy bien qué decir y la mujer suelta un bufido al verme.

—¿Qué te han dicho, Ari? —inquiero.

—Alfonso, ve a por el coche —le ordena la mujer al pobre hombre, que asiente como un pelele y se larga. A continuación, la madre ladea su cabeza hacia mí—. Tú, niño, seguro que le has metido pájaros en la cabeza a mi hija para que haga lo que está haciendo.

—¿Perdona? —me sorprendo.

—Mamá, cállate —interviene Ari.

—¿Que me calle? —Su madre pone los brazos en jarras con expresión indignada—. ¡Ariadna, vomitas lo que comes! ¡Es probable que tengas bulimia! —Hace aspavientos con las manos y me vuelve a mirar señalándome con su dedo índice—. Todo esto es por tu culpa.

—Señora, yo no...

—Tú sólo quieres aprovecharte de mi hija, como hacen todos los de tu especie —me interrumpe.

Los de mi especie. ¿De dónde cojones ha salido esta mujer?

—Mamá, para.

—¿Que pare? —le espeta Lucifer—. ¡Estás aquí por culpa de este delincuente!

Me muerdo el labio por dentro, respirando hondo para no soltar las barbaridades que estoy pensando. En el fondo tiene razón, yo también tengo parte de culpa en este asunto, pero no tiene ningún derecho de hablarle así a su

hija.

—Mamá, él no tiene la culpa de nada —susurra Ari intentando contenerse las lágrimas.

—¿Pero tú te estás oyendo? ¡Estás ciega! ¿Te crees que porque un día te haya paseado con su moto de chulo ya tiene que estar interesado en ti? ¡Qué inocente eres, hija!

Aprieto los puños con fuerza, conteniendo la rabia. Ari se pone a llorar, tapándose la cara con las manos.

Joder. Que esta chica tenga que soportar semejante madre.

—¡Deja de lloriquear! —brama la mujer, y suena el claxon de un coche—. Vamos a casa, Ariadna.

—No... —susurra ella con voz inaudible y secándose las lágrimas con la manga de su camiseta.

—¡He dicho que vamos a casa! —A la mujer se le nota en el cuello la carótida hinchada por la rabia y a punto de que le explote. Es el puro demonio.

Ari echa a correr, huyendo de aquí.

—¡Ariadna, vuelve aquí! —vocifera Lucifer.

Pero Heidi pasa olímpicamente de su madre, que se ha escapado del mismísimo infierno, y sigue corriendo.

Capítulo 23

Ari

No puedo parar de llorar. Me siento tan vacía por dentro... Cómo me gustaría largarme de aquí, lejos de todos los idiotas del instituto y de mi madre, y no volver jamás.

Me paro en la parte de atrás del hospital y apoyo la espalda en la pared mientras las lágrimas recorren mis mejillas.

—¡Ari! —La voz de Álvaro es lo único que me calma un poco. Se acerca a mí y yo me abalanzo sobre él, rodeándolo con los brazos y llorando en su pecho al mismo tiempo que me acaricia el pelo—. Tranquila. Estás conmigo, no te voy a dejar sola.

Sus palabras hacen que me sienta mejor, pero sigo hecha una mierda. Cuando estoy más calmada, me separo de él y lo miro.

—Gracias —intento decir, pero mi voz suena muy ronca.

Álvaro sonrío con ternura y me da un beso en la frente.

—Te voy a llevar a un sitio, ¿vale?

—¿Adónde? —pregunto.

—Ya lo verás.

Entrelazamos nuestras manos y Álvaro me conduce hasta su moto. En cuanto nos ponemos los cascos y nos subimos en Cassie, me abrazo a él con fuerza, apoyando la cabeza en su espalda. No sé por qué, pero con Álvaro me siento genial por primera vez en toda mi vida.

No tengo ni idea de cuánto dura el trayecto, pero se me pasa volando con Álvaro entre mis brazos. Aparca frente a una playa a la que no he venido nunca y nos disponemos a andar por la arena. Al llegar a unas rocas gigantescas, nos detenemos.

—¿Te apetece hacer un poco de escalamiento?

No me lo puedo creer. ¿En serio me va a hacer subir todas esas rocas que son más grandes que yo? Se ha vuelto majareta.

—En realidad no es nada, sólo consiste en pasar todas las rocas sin caerte. ¿Tendrás equilibrio, no?

—No mucho —admito. No puedo ni saltar a la pata coja porque enseguida me estampo contra el suelo.

—No te sueltes de mi mano y pisa donde yo pise.

—¿Me quieres llevar otra vez al hospital o qué?

Lo estoy viendo: moriré desangrada entre estas rocas.

—No seas boba —responde, y me agarra la mano con fuerza.

Sube la primera roca y yo lo imito. Después, pasamos otra tanda más hasta que el cansancio se hace con mi cuerpo y me pregunto si no se van a acabar nunca.

—No puedo más —me quejo.

—Ya queda poco.

Tras atravesar el resto de rocas sin hacerme ningún rasguño, llegamos hasta una pequeña playa alejada del mundo, rodeada de rocas gigantescas y con la marea baja.

—Guau —suelto, sorprendida y con el olor de la sal inundando mis fosas nasales.

—Te has quedado embobada.

—Es precioso. —Ladeo mi cabeza hacia Álvaro con cara de tonta; él me sonrío, me tira del moflete y nos sentamos sobre la arena mirando hacia el horizonte.

Hace un día tranquilo a pesar de todos los acontecimientos ocurridos hace un rato. No estoy muy segura de lo que siento por Álvaro, si odio u otra cosa que no me atrevo a pensar.

—¿Cómo has encontrado este sitio? —le pregunto tras un largo silencio.

—Investigando —me responde—. Estaba aburrido de tirar siempre por los mismos sitios, así que decidí recorrer toda la ciudad con la moto para conocerla un poco mejor. Vi las rocas y empecé a subirme a ellas, caminando por cada una, hasta que encontré este lugar.

—Es muy bonito —logro decir. Me he quedado sin palabras, mirándolo empanada.

Él me dedica una media sonrisa.

—Sí, bonito.

—Seguro que aquí es donde te traes a todos tus ligues.

Suelta una carcajada.

—Tú eres la primera a la que le enseño esto.

—Ya —contesto sin tragármelo—. La primera que no es tu ligue.

Vuelve a reírse y a mí me está poniendo de los nervios.

—La única —insiste, pero yo sigo sin creérmelo—. Y vas a ser mi ligue muy pronto. Prepárate.

—Ni en tus mejores sueños.

Me saca la lengua y yo le dedico una peineta. Después, nos quedamos un rato

en silencio, oyendo el sonido de las olas.

—Enana.

—Dime.

Me encanta cuando me llama así.

Vale, no sé qué acabo de pensar. No me encanta. Es que ni siquiera me gusta. Suena muy patético ese apodo.

¿A quién quiero engañar? Me fascina. Ya está.

Álvaro suspira y clava sus ojos en los míos.

—Lo siento muchísimo —se disculpa, y yo no sé por qué. A continuación, traga saliva y prosigue—: Yo también tengo la culpa de lo que te ocurre.

—Eso no es verdad —replico sin dejar de mirar sus ojos castaños—. Desde que era pequeña siempre se han metido conmigo, sobre todo Mónica, que fue la que empezó.

—Ya, pero yo también lo he hecho.

—Olvídalo.

Nos quedamos mirándonos a los ojos y, por un instante, tengo la sensación de que se para el tiempo. Contemplo sus labios que, minutos atrás han estado a punto de chocarse con los míos otra vez, y me acuerdo de todas las veces que ha intentado besarme: o se lo he impedido yo o nos han interrumpido, como si el destino estuviera cachondeándose de nosotros... Aunque no creo en esas cosas.

Me apetece que Álvaro me bese ahora, pero no sé si será buena idea.

Entonces, como si me hubiera leído el pensamiento, se acerca poco a poco a mi rostro y mira mi boca, haciendo que mi corazón comience a latir con fuerza. Aquí no hay nadie para interrumpirnos y yo no pienso detenerlo, a no ser que aparezca un pajarraco y decida que mi cabeza es un buen sitio para dejar su caca.

Álvaro continúa mirándome. Sé lo que va a venir ahora y no tengo ni idea de cómo hacerlo. Junta sus labios con los míos, por fin, y yo me quedo parada sin saber muy bien cómo reaccionar por si meto la pata. Los mueve con delicadeza sobre los míos, haciendo una pequeña presión, y yo respondo con un movimiento suave. Dios, siento fuegos artificiales en mi estómago ahora mismo. Estoy flipando. Es como si mis labios hubieran sido creados para fundirse con los suyos, complementándose perfectamente. Mi cabeza ha dejado de pensar y mi corazón está a punto de salirse del pecho.

—Joder —masculla al separarse de mí, sin dejar de mirarme.

Mi corazón late demasiado deprisa y mis neuronas han parado de hacer sinapsis. No estoy en condiciones de usar todos mis sentidos, sólo me concentro en mirar sus ojos, que tienen un brillo especial.

—Prométeme que no vas a volver a hacer eso —me dice observando cada una de mis expresiones.

Quiere que no vomite más.

—No... sé —balbuceo todavía aturdida.

—Prométemelo —insiste.

—¿Y si me sienta mal alguna comida o ingiero algo caducado?

Sé que no es momento para hacer bromas, pero no he podido evitarlo.

—Ari —pronuncia mi nombre en tono de advertencia—. Lo que no quiero es que te arruines la vida.

—Está bien. Ya no lo volveré a hacer. Te lo prometo.

—Bien. —Me sonrío y me da un beso en la frente. Aún siento el cosquilleo del beso en los labios.

—Perdona por lo que te ha dicho mi madre. No está muy bien de la cabeza.

—No pasa nada. ¿Cómo está tu brazo?

—Casi me muero cuando me estaban cosiendo los puntos.

Álvaro suelta una carcajada.

—Qué miedica —murmura, y le doy un codazo—. Anda, vamos, que no quiero que tu madre te eche la bronca.

—Me la va a echar de todas formas.

Nos levantamos de la arena y me sacudo la ropa para que no quede rastro de ella.

—¿Lista para volver a pasar por las rocas?

—Qué remedio.

Pasamos por el mismo calvario que antes, pero esta vez en dirección contraria. Quitaría todas las rocas y pondría unas escaleras mecánicas o algo por el estilo. Aunque si hago eso, ya no sería un lugar secreto.

Ya en mi calle, Álvaro procura aparcar en un sitio donde no nos pueda ver mi madre desde las ventanas o la mirilla de la puerta. Nos abrazamos durante un rato más y, al terminar, se acerca a mí y me da un pico que me deja trastornada.

—Al final he conseguido que te subas a mi moto y darte un beso, eh —comenta mirándome con diversión.

—Porque eres demasiado pesado —replico.

—¿Ha sido tu primer beso? —me pregunta, curioso.

¿Ahora qué se supone que le tengo que contestar? A ver, no me he dado un beso así con nadie, pero me acuerdo de que cuando era pequeña (tendría unos seis años o así), un niño, del que no me acuerdo ni de su nombre, me dio un pico en el colegio mientras jugábamos a ser esposos. Así que el beso con Álvaro ha sido mi primer beso serio.

—Pues... —Me pongo colorada y él me mira esperando una respuesta—. Sí.

Sonrío como si le hubieran puesto un alambre en la mandíbula y observo que se le forman unas arruguitas alrededor de los ojos.

—Para ser el primero eres toda una experta.

—Dios, cállate. —Le doy un manotazo en la tripa.

—¿Te puedo dar otro?

—¡Por supuesto que no! —exclamo haciendo aspavientos con las manos como una chiflada.

—Vale, vale —dice en expresión de derrota. Ojalá pudiera quedarme con él durante todo el día—. ¿Por qué no te pasas por el McDonald's luego y te invito a una hamburguesa? O a lo que quieras...

—¿Al McDonald's? —inquiero, extrañada.

—Esta noche empiezo a trabajar allí.

—Pues suerte. —Me río al imaginarme la escena y a Álvaro vestido con uniforme—. No seas tan antipático con los clientes.

—Si agotan mi paciencia, sí.

—¿Y conmigo también lo serás?

—Contigo depende. —Sonríe de medio lado y me da con el dedo en la nariz—. Me piro, enana. Luego vienes, ¿vale? Traete a mi prima y a la lapa de tu amigo, si quieres.

—Si me deja mi madre, a lo mejor voy. No te prometo nada.

—Vendrás. —Me da un beso en la frente, saca su casco, se lo pone y se sube a la moto—. Adiós, pequeña.

Yo sigo flotando en una nube todavía, pero al entrar en casa, me caigo de ella porque mi madre sale del salón como una exhalación y con el exorcismo invadiendo su cuerpo.

—Ariadna.

—Mamá. —Trago saliva.

Aún recuerdo su expresión de demente al entrar en la consulta junto a Alfonso. Sé que Lily ha estado hablando con ella de mí. Me han obligado a hacerme unos análisis en los que no tengo ni idea de lo que habrá salido para que lleguen a la conclusión de que tengo bulimia.

Venga ya, ahora piensan que estoy loca.

—Vamos a hablar —dice con el semblante serio.

—No hay nada de lo que hablar. Ya lo sabes todo. Prefieres hacerle caso a unos análisis y a una doctora que a tu propia hija.

Desde que se ha enterado, he estado negando que me provoqué el vómito.

—No sé quién te habrá metido esas ideas en la cabeza. Bueno, sí, el delincuente con el que te paseas, pero quiero que sepas que eso no está nada bien y te ordeno que no lo vuelvas a hacer más o estarás castigada hasta que cumplas los dieciocho —sentencia con su tono autoritario.

—No estoy haciendo nada.

—¿Pero tú te estás oyendo? Deja de negarlo, Ariadna. Esto es muy serio. Odio cuando se pone en modo madre sargento.

—¿Y ahora te preocupas por mí? —inquiero. Doy un largo suspiro e intento cambiar de tema—. Voy a salir esta noche con mis amigos, ¿puedo o no?

—¿Qué amigos?

—Chris y Sandra.

—¿Y el delincuente? —inquire con la ceja derecha levantada, refiriéndose a Álvaro.

—No.

—Espero que sea verdad, porque a partir de ahora te prohíbo que salgas con ese.

¿Qué le pasa con Álvaro? No la entiendo.

—Vale, mami —respondo con voz de pito para que se calle y demos por finalizada esta conversación tan surrealista.

Subo las escaleras, corriendo y me encierro en mi habitación, dejando a mi madre con la mandíbula desencajada ante mi contestación.

Capítulo 24

Álvaro

Lo he conseguido. No sé de qué cojones me sorprende, pero siempre acabo saliéndome con la mía. No sé explicar la sensación que he sentido al besarla, pero es algo así como cosas en la barriga.

Me estaré poniendo malo.

—¿Has entendido cómo funciona esto? —me pregunta la encargada del McDonald's sacándome de mis pensamientos.

—Pues claro —respondo con desdén.

Encima de que tengo que llevar un ridículo uniforme, me trata como si fuera tonto, la muy gilipollas. Está buena y eso, pero es más mayor que yo; rondará los treinta años.

—Pues ahí tienes a tus primeras clientas —me informa señalando con la cabeza la barra—. Y sonrío.

Le dedico una sonrisa más artificial que las tetas con silicona y me voy a atender a la gente.

—Hola, Alvarito. —Mónica está echada en la barra, apoyando su barbilla en la mano—. ¿Estás trabajando aquí?

Lo que me faltaba. Y para colmo viene con sus dos amiguitas para tocarme las pelotas.

—Estoy de voluntario —le respondo con sarcasmo—. ¿Qué quieres?

—Si yo te contara...

—Venga ya, Mónica, que no tengo todo el día.

He empezado con demasiada simpatía, sí señor.

—Caray, como trates así a todos tus clientes, te van a echar pronto.

Respiro hondo, armándome de una paciencia que no tengo.

—¿Pides o qué?

Espero que la encargada no me esté observando.

—Está bien. Ponme tres hamburguesas con queso, tres fantas de limón y unas patatas.

Mientras preparo las cosas, diviso a Ari ponerse en la cola junto con mi prima y el otro, y sonrío como un subnormal. Al final ha venido.

—¿Sabes cuánto engorda esta comida, cerda? —oigo hablar a Mónica con

arrogancia—. ¿Qué quieres? ¿Salirte del país?

Observo que Ari no le dice nada, sólo la fulmina con la mirada. ¿Por qué no la pone en su sitio? ¿A mí sí que es capaz de insultarme y de pegarme bofetadas y a la otra no? Me estoy muriendo de ganas de echar un escupitajo en la comida de Mónica, pero mejor me contengo, que no quiero ningún lío en el primer día de trabajo.

—Mónica, toma.

Me paga, coge la bandeja, me guiña un ojo y se marcha con sus dos amiguitas, no sin antes quedarse mirando a Ari con desprecio. Ahora me arrepiento de no haberle escupido. ¿Qué clase de guerra tienen entre ellas?

Ari se coloca delante de mí junto con sus amigos.

—Veo que no puedes vivir sin mí —le digo sonriendo como un idiota—. ¿Se ha portado bien tu madre?

—Sí, bueno... —contesta, dudosa.

Mejor no pregunto más con los dos cotillas de sus amigos al lado.

—¿Qué te pongo, guapa? —pregunto, y ella mira los carteles, pensativa—. Yo no estoy en el menú si es lo que estás buscando.

Me mira, aprieta los labios de una manera muy graciosa y se empieza a poner colorada. Mi prima y la lapa se echan a reír.

—Una ensalada y una botella de agua, por favor.

—¿Sólo vas a cenar eso? —inquire mi prima.

—Pídetes algo más, Ari —interviene la lapa.

—No tengo mucha hambre. Con eso tengo suficiente.

—Ni de coña. Tú te vas a comer una hamburguesa así de grande —digo dibujando el tamaño de la hamburguesa en el aire con mis manos.

—No, de verdad —me ruega Ari.

—Me da igual lo que digas —respondo.

—Álvaro, que no...

Hago oídos sordos y le preparo una hamburguesa con patatas. La botella de agua se la dejo.

—Aquí tienes. Y te lo comes todo —le ordeno.

¿Y si lo vomita después? Me tengo que asegurar de que no lo haga, aunque no tengo ni idea de cómo hacerlo.

—Te voy a pedir la hoja de reclamaciones —bromea, y saca su cartera.

—Ni se te ocurra pagarme.

—¿Cómo me vas a invitar? Es tu primer día.

—Cállate, que quiero hacerlo.

—Basta —me corta.

Pero mi esfuerzo es en vano porque al final la cabezota de Ari consigue

pagarme.

—Disfruta de tu cena, gracias —digo esbozando mi hermosa sonrisa de mojabragas.

Ari pone los ojos en blanco y coge su bandeja. Después, atiendo a Sandra y a Chris, y se marchan hacia una mesa.

Cuando estoy ya hasta los putos cojones de estar atendiendo gente, me toca volver a casa. Ari y los otros se han ido hace un buen rato y he visto que no ha dejado nada en la bandeja. Lo que me pregunto es si lo vomitará. Espero que no, joder.

* * *

Me despierta el sonido del timbre. ¿Quién demonios será a estas horas de la madrugada? Bah, ya abrirá mi madre. Cierro los ojos e intento volver a coger el sueño, pero vuelven a llamar un par de veces más, lo que me hace dudar de la hora que es. Miro el reloj y descubro que son las doce del mediodía, así que mi madre se habrá ido a trabajar ya. Anoche salí a las dos de la madrugada del curro, y a las tres de la tarde entro otra vez.

Vuelven a insistir con el timbre.

Mierda.

Me levanto de la cama, me pongo una camiseta y unos pantalones de chándal, y me dirijo hacia la puerta. Al abrirla, un puñetazo aterriza en mi cara, que hace que casi me caiga al suelo.

—¿Qué cojones haces, tío? —le espeto a Chris tocándome la cara.

Joder, está fuerte para lo enclenque que parece.

—Eso por no contarme nada de lo que le pasa a Ari —dice, rabioso.

Creo que me sale sangre de la nariz. Ya me ha desfigurado mi preciosa cara el mamón este.

—¿Contarte el qué? —pregunto, aturdido. Estoy pensando en devolverle el golpe, pero no lo hago por respeto a Ari.

—Lo sabes perfectamente.

Mi prima aparece en el rellano sujetando unas bolsas, con John ayudándola. No tenía ni idea de que ese tipo era tan educado. ¿También ayuda a las abuelitas a cruzar los pasos de peatones?

—¿Qué estáis haciendo? —quiere saber Sandra con voz de sorpresa, y dirige sus ojos hacia mi nariz—. Tienes sangre, Álvaro.

Ay, mi bella cara.

—¿Te ha pegado Chris? —se burla John, y yo le saco el dedo corazón.

—¿Chris? —Sandra mira a la lapa, esperando una respuesta.

—Ari tiene bulimia —le contesta él—. Álvaro lo sabía y no nos ha contado nada, por eso le he golpeado.

—¿Cómo? —Mi prima se queda pasmada al oír eso.

—Ayer fue al hospital porque se cayó saltando la valla del instituto. Mi madre la atendió y me lo contó todo cuando llegó a casa —continúa la lapa.

Sandra se lleva las manos a la boca con los ojos abiertos como platos y John nos mira sin entender nada.

—¿Y por qué no nos dijo nada ayer? —pregunta mi prima mirándome como si yo supiera la respuesta—. Si estaba bien por la noche.

—Ari no quería preocuparos —comento encogiéndome de hombros.

—Tío, como le pase algo... —murmura Chris apretando los dientes y amenazándome con el dedo.

—Eh, cuidado, Hulk —interviene John dándole palmadas en el hombro en tono burlón.

Chris me mira con desprecio y aparta la mano de John.

—Voy a hacerle una visita a Ari —dice mi prima, y mira a Chris—. ¿Te vienes?

La lapa asiente y Sandra le da las gracias a John por haberla ayudado con las bolsas. Luego ella deja las cosas en su casa y se marcha con Chris.

—¿Qué es la bulimia? —inquire John apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados.

—Búscalo en Wikipedia —le espeto.

Me miro en el espejo de la entrada y observo mi nariz sangrando. Mierda. Camino hasta el baño, con John detrás de mí y me limpio el líquido rojo. Voy a estar precioso en el curro.

—Te ha dado fuerte. —John se ríe.

—Ese gilipollas no sabe ni pegar —le respondo, malhumorado—. ¿Te gusta mi prima o qué?

—¿Por qué lo dices?

—Como la estabas ayudando...

—Me gusta ayudar a la gente —admite, y yo enarco una ceja, mirándolo—. ¿Qué?

—Entonces si no te gusta mi prima... Quizá quien te quita el sueño es... —Sonrío, no acabando la frase.

—Borra ese pensamiento de tu cabeza ahora mismo, tío. No mola nada —replica, y se santigua, obligándome a reprimir una carcajada.

—No estoy ciego para no darme cuenta. Se te cae la baba cada vez que se cruza por tu camino.

Se pasa las manos por el pelo, con la cara como un tomate.

—Mejor será que me vaya —dice con nerviosismo—. Pero cállate.

—Mis labios están sellados. —Me paso una cremallera invisible por los labios y la lanzo al aire.

—Te mereces el golpe —me espeta; después se larga de mi casa.

Abandono el baño y cuando entro en mi habitación, suena mi móvil. Leo el apodo que le he puesto a Ari en la pantalla y sonrío sin darme cuenta.

¿Lo cojo? ¿No lo cojo?

Lo cojo.

—Hey, Ari.

—Hola, Álvaro —me responde, y por su tono de voz no parece triste.

—¿Cómo estás?

—Mejor, pero mi madre está como las locas vigilándome todo el tiempo.

—Podría ser peor. —Sonrío al escuchar su dulce voz.

—Esto se va a convertir en una cárcel. Encima quiere llevarme al psicólogo. ¡Cómo si estuviera mal de la cabeza!

—Estás mal de la cabeza, pero en el buen sentido. —Me tumbo en mi cama, mirando al techo.

—¡Subnormal! —exclama—. Además, el psicólogo es amigo de mi madre y estoy segura de que le contará todo lo que le diga.

—Invéntate lo que le vayas a decir.

—No sé mentir. Se me nota enseguida.

—Ya lo sé, te pones roja como un tomate.

—No te metas conmigo —replica entre risas—. Oye, ¿puedo ir a tu casa esta tarde y continuamos con las clases?

—No puedo. Voy a estar ocupado toda la tarde. Trabajo, ya sabes.

—Ah. Bueno, pues otra vez será —dice, desilusionada—. Te tengo que dejar, que van a venir Sandra y Chris.

—Vale. Adiós, enana.

—Luego hablamos.

Y cuelga ella primero.

* * *

—¿Qué te pasa, Alvarito? —me pregunta Mónica, que me la he encontrado por «casualidad» al salir del McDonald's.

—Nada.

Estamos sentados en un banco mientras me fumo un cigarro.

—Qué rancio estás. ¿No será por tu novia?

La miro con una ceja enarcada.

—¿Qué novia?

—Vamos, Álvaro, no te hagas el tonto conmigo.

—No es mi novia —replico.

—Pues bien que la defiendes —me reprocha—. Lo que no entiendo es que, teniendo delante a una chica como yo, te tengas que interesar por esa gorda.

Aprieto los dientes y los nudillos para contener la rabia.

—Cierra el pico. No estoy interesado en ella —le respondo, pero mi subconsciente se mofa de mí. En realidad tengo que sacarme a Ari de la cabeza sea como sea; sólo voy a conseguir hacerle daño—. A mí me interesan otro tipo de chicas.

Mónica sonrío con arrogancia y pasea sus dedos por mi brazo hasta llegar a mi hombro; entonces me acerco a ella y la beso, pero enseguida me arrepiento de haberlo hecho. No tiene comparación con el de Ari. Bueno, ningún beso que he dado hasta ahora han sido iguales al de ella, porque tuve la sensación de que el tiempo se había parado, sintiendo esas cosas extrañas en el estómago mientras saboreaba cada parte de su boca. ¿Serían las mariposas esas que dice la gente que siente cuando se está enamorado? No lo creo. Yo no estoy enamorado. Esa palabra no existe en mi diccionario.

—El sábado Víctor da una fiesta en su casa —comenta Mónica cuando terminamos de besarnos—. ¿Vendrás?

—No lo sé.

—Ya te convenceré.

Creo que me vendría bien salir de fiesta. Sólo espero poder quitarme de la cabeza a esa niña y sus dichosos ojos verdes.

Capítulo 25

Ari

No sé qué mosca le ha picado a Álvaro, pero desde que se enteró de lo que me pasa me ha estado ignorando.

Vale, lo admito. Se ha cansado de jugar conmigo y yo soy una idiota por calentarme la cabeza por culpa de ese estúpido.

—¿Os apetece ir mañana a la fiesta en casa de Víctor? —les propongo a Chris y a Sandra mientras merendamos en el bar de enfrente de donde vive mi amiga, justo en el que trabaja la madre de Álvaro.

—¿Quieres acabar otra vez en la piscina? —me espeta Chris.

—Lo que le pasa a nuestra querida amiga es que se ha pillado por mi primo —interviene Sandra comiéndose un trozo de la tarta de manzana que ha pedido—. Y como pasa de ella, pues quiere llamar su atención.

—No es verdad —replico—. ¡Y no hables con la boca llena!

—Yo no pienso ir esta vez —suelta Chris.

Miro a Sandra, haciéndole pucheritos.

—Está bien, vayamos a esa fiesta —cede sonriéndome con complicidad—. Así paso más tiempo con Hugo.

—Habéis perdido la cabeza —nos dice Chris negando de lado a lado, y sus ojos se concentran en mí—. Ese tío no te va a hacer caso. Un día está con una chica y al día siguiente está con otra.

—Sólo quiero ir para divertirme un rato. ¿Somos jóvenes, no?

He conseguido no vomitar en toda la semana. Bueno, miento. Lo he hecho un par de veces, pero ya está. Lo importante es que voy progresando.

Chris suspira.

—Te has pillado de verdad por ese tío.

—Y tanto —interviene Sandra.

—Es que...

No saben nada del beso que me di con Álvaro y yo necesito soltárselo al alguien cuanto antes.

—¿Es que, qué? Ya lo puedes estar soltando —me ordena mi amiga.

—El día que me llevó al hospital... —empiezo a contar mientras pienso en lo siguiente que voy a decir, jugueteando con la pajita del vaso de mi batido y sin

mirarles—. Nos besamos.

—¿Qué? —Los dos me miran, atónitos.

—Pero no me gusta, eh. El hecho de que nos hayamos besado no significa nada —explico intentando sonar lo más sincera posible, pero ni yo misma me lo creo.

—Ya, ya. Por eso tienes tanto interés en querer hablar con él, estás con esa sonrisa de enamorada en la cara y no te lo quitas de la cabeza, ¿verdad? — comenta mi amiga en tono burlón—. No te preocupes. Mañana vamos un rato y lo buscas, que seguro que estará.

Tengo a la mejor amiga del mundo.

Cuando salimos del bar, la madre de Álvaro se acerca a mí con una tierna sonrisa.

—Bonita, hace ya unos días que no te veo por casa.

—Es que estoy muy ocupada —miento.

—A ver si vienes pronto. Mi hijo está insoportable.

—Ya me pasaré por allí un día de estos.

«Tal vez nunca».

—Siempre serás bienvenida —me dice, sonriente—. Te veo pronto.

—Claro. Hasta luego.

Y nos despedimos con dos besos.

* * *

En cuanto llego a mi casa después de haber estado dando vueltas por la ciudad con mis amigos, siento la necesidad de comer algo. Voy a la cocina, pero no hay nada que pueda calmar mi ansia.

Joder, ahora tengo que salir otra vez a la calle.

Me dirijo a la habitación de mi madre, aprovechando que está en el salón trabajando en su portátil, y rebusco en su cajón donde tiene escondida una caja con dinero.

—¿Qué estás haciendo, hija? —Mi madre me pilla *in fraganti* justo cuando destapo la caja.

Adiós, vida.

Hola, muerte.

Me doy la vuelta, nerviosa.

—Yo... No lo sé. Necesito dinero.

He estado robándole durante toda la semana para comprarme cosas llenas de calorías, ya que con la mísera cantidad que me da, no tengo para nada.

—¿Tú eres la que ha estado cogiéndome dinero estos días? ¡No me lo puedo

creer! —exclama, y se lleva las manos a la cabeza—. ¡Robándole a tu propia madre!

—Mamá... Yo... Lo siento mucho.

—¿Para qué quieres el dinero, eh?

Mis neuronas comienzan a funcionar a toda pastilla, pensando en una excusa creíble.

—Necesitaba comprar unas cosas para el insti.

Genial. No soy la mejor mintiendo.

—¡Pues me lo hubieses pedido! —grita, y se acerca a mí para quitarme la caja de las manos—. ¡Fuera de mi habitación!

Ahora tengo que morirme de hambre por culpa de la sargento.

* * *

Cojo el ascensor para subir a casa de Sandra porque me ha prometido que me va a arreglar para que vayamos a la fiesta. A mi madre le he asegurado que volvería pronto, diciéndole que nos íbamos al cine.

Cuando llego a la planta en la que vive mi amiga, Álvaro sale de su casa y yo me quedo mirándolo entornando los ojos.

—Hey —me saluda mirándome sin expresión alguna, y se mete en el ascensor. Será idiota.

Suspiro y llamo al timbre de la casa de Sandra. Me abre su madre y me voy directa hacia el cuarto de mi amiga.

—Te voy a poner tan guapa que a mi primo se le van a caer los calzoncillos al suelo —me informa enseñándome una brocha de maquillaje.

—¡Sandra! No quiero que me pintes la cara.

—Tú, callate. Sólo te pintaré los ojos y te pondré un poco de colorete para que no estés tan paliducha. Ya me lo agradecerás cuando Álvaro no pare de mirarte mientras forma una piscina de babas. —Coge un delineador negro de su escritorio, yo me siento en la silla y me empieza a pintar la raya del ojo.

—Ten cuidado, a ver si me vas a dejar ciega.

Después es el turno de la máscara de pestañas y del colorete.

—Ya está.

Me miro en el espejo y parece que tengo los ojos más grandes, destacando ante todo el color verde de mi iris. Y estoy segura de que Álvaro se va a burlar de mí llamándome Heidi en cuanto se dé cuenta de los coloretos que adornan mis mejillas.

—Muy guapa —comenta mi amiga, orgullosa de su obra maestra—. Voy a vestirme.

Quince minutos después, Hugo nos recoge en su coche en el portal de Sandra. Cuando llegamos a la fiesta, está todo el mundo haciendo el tonto en cada rincón y no podemos pasar sin antes chocarnos con alguien y tirarle toda la bebida al suelo.

—Esto es un infierno —le digo a Sandra—. Oye, ¿seguro que ha venido Álvaro? No lo veo por ningún sitio.

—Que sí. Me dijo que vendría.

Entramos al salón y mis ojos divisan su silueta. Se encuentra sentado en uno de los sofás, comiéndole la boca a una rubia que no he visto en mi vida. Vale, quiero salir corriendo de aquí. Sandra se ha dado cuenta de mi expresión y me agarra de la mano, llevándome hacia las bebidas.

—¡Olvídate y vamos a pasarlo bien! —Me tiende un vaso con un líquido rojizo—. ¡Bebe!

Tiene razón, me tengo que olvidar.

Asiento, cojo el vaso y le doy un trago que me quema toda la garganta, continuando por el pecho. ¿Cómo a la gente le puede gustar beber semejante asquerosidad?

Observo que Hugo le da un beso a Sandra, sujetándola de la cintura, y después mi amiga se despide de mí y me deja abandonada para irse con su noviecito.

Miro hacia el sitio donde estaba sentado Álvaro, pero no hay ni rastro de él.

—¿Me estabas buscando?! —exclama alguien en mi oído.

Me giro y me encuentro con sus ojos marrones.

—¡No eres el centro del universo! —grito por encima de la música, y él se vuelve a acercar a mi oído.

—Para ti, sí —susurra, y su aliento choca en mi cara.

Vale, no huele a alcohol, pero se nota que ha bebido.

—¡No seas tan creído! —le espeto.

En un impulso, le tiro la bebida a su cara de niño tonto y me voy a otra parte de la casa, orgullosa de lo que acabo de hacer. Que se joda. Le tendría que haber hecho una foto a la cara de pasmado que se le ha quedado.

Capítulo 26

Álvaro

Me cago en mi vida. He intentado secarme lo que Ari me ha tirado encima, que me ha salpicado en la camiseta de marca y en mi chupa de cuero carísima, pero no hay manera, sigo empapado. Ahora estoy sentado en uno de los sofás, sin quitarle los ojos de encima, y he perdido la cuenta del número de copas que se ha bebido. Y para colmo está tonteando con un tío. No me gusta nada esta situación. Me estoy poniendo enfermo.

—¿Me estás haciendo caso, Álvaro? —Mónica lleva un buen rato hablándome y yo he estado sin prestarle atención.

—La verdad es que no —le digo esbozando una encantadora sonrisa.

—Eres como todos los tíos. Sólo te concentras en aumentar tu lista de polvos con chicas diferentes.

Pongo los ojos en blanco. Menuda pesada.

Al volver a centrar mi vista en Ari, la veo morreándose con el gilipollas ese.

Ah, no. Eso sí que no. Me levanto de un salto y me dirijo hacia ella, dejando a Mónica tirada. Les toso a Ari y a su Romeo en la cara, interrumpiéndoles la gran limpieza bucal, y consigo que se separen.

—¿Pero qué estás haciendo, Álvaro? —me espeta ella mientras el tío me asesina con su mirada.

—¿Qué es lo que estás haciendo tú? —le contesto alzando la voz.

—Divirtiéndome, ¿no lo ves? Déjame en paz. —Se da la vuelta y desaparece con el otro entre la multitud.

Cojonudo.

—¿Tu amiguita te ha dejado solo? —me susurra la voz de Mónica en el oído detrás de mí, y yo me giro.

—Me la suda. —Me paso las manos por el pelo, inquieto. Me da igual lo que haga esa Heidi. O no sé, joder.

Vale, rectifico: puede que me importe.

Decido ir en busca de Ari, pero el inoportuno de John me interrumpe el paso.

—¿Qué quieres?

—He visto que han venido a la fiesta Ari y Sandra —dice, ilusionado—. ¿Sabes si también ha venido...?

Me río antes de que pronuncie el nombre de su amor.

—Creo que no. —Pongo mi mano en su hombro en expresión de apoyo—. Pero Mónica está buscando atención.

—¡Payaso! —Me saca el dedo corazón y se marcha, cabreado.

Ahora voy a concentrarme en mi misión, así que me acerco a Sandra, que está bailando con su novio.

—¿Sabes adónde ha ido tu amiga?

—Ni idea —responde arrastrando las palabras y apestando a alcohol.

—Cuidado, no bebas tanto, que no quiero llevarte a urgencias, primita —le digo alborotándole todo el pelo.

—Capullo.

Tras el insulto de mi prima, busco a Ari por toda la planta baja, pero no la encuentro y me largo hacia el piso de arriba. Cuando llego hasta el baño, la puerta está entreabierta. Me asomo y diviso a Heidi echándose agua por la cara. Yo estudio todo el servicio y me doy cuenta de que no hay ni rastro del otro tío.

—¿Puedo entrar? —pregunto dando golpecitos en la puerta, pero antes de que me conteste, entro y cierro, echando el pestillo.

Se gira y me mira, con las mejillas sonrosadas.

—¿Qué haces aquí? —me espeta.

—¿Cuántas llevas? —inquiero poniendo los brazos en jarras.

—No sé... Una, dos —empieza a contar con los dedos soltando carcajadas—. ¡Cinco! Creo...

Está como una puta cuba.

—¿Y tú te crees que una chica como tú, tan responsable, puede emborracharse de esa manera y liarse con el primero que pasa? —Clavo mi mirada en la suya.

—Sí. —Sonríe y se muerde el labio inferior.

—¿Dónde está tu ligue?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Y tampoco me importa. Ya que llevas toda la semana pasando de mí, tendría que llamar tu atención de algún modo.

Me sorprende. Nunca la había visto tan directa. ¿Dónde está su timidez? Si hasta se ha pintando los ojos, esos que tanto me matan y que ahora no puedo dejar de mirar.

—Estás fatal. —Esbozo una media sonrisa.

—¡Eso lo estarás tú, Don Queguaposoy! —exclama—. Me das un beso y al día siguiente empiezas a pasar de mí como si tuviera la peste —murmura arrastrando cada una de las palabras y a mí me entra la risa—. Si un chico como tú nunca se fijaría en alguien como yo, está claro. Teniendo detrás a miles de

chicas babeando por ti...

Se ha vuelto loca de remate. ¿Dónde está la Ari que yo conozco? Todo es por culpa del alcohol, supongo.

—¿Qué dices, enana? Anda, que te llevo a casa —le digo.

Aunque si la llevo a su casa estando en este estado, su madre la matará.

—¡No quiero irme a mi casa! —grita, y le ha faltado poco para dejarme sordo—. Quiero que me beses como lo hiciste el otro día.

—Ari, no voy a besarte. —Le acaricio la mejilla, mirándola fijamente a los ojos.

Ella aparta mi mano de su rostro de un manotazo.

—Pues no me toques —contesta, indignada, como si fuera una niña pequeña a la que le han quitado un caramelo.

No puedo evitar sonreír, negando con la cabeza. ¿Quiere que la bese? Pues muy bien. Sujeto su rostro entre mis manos y la beso, entrelazando su dulce lengua con la mía y saboreando centímetro a centímetro su boca, que sabe a alcohol.

—¿Contenta? —inquiero al separarnos.

Ari sonríe con las mejillas más encendidas que antes y niega con la cabeza. ¿Cómo que no?

—Más.

Sonrío al escucharla, la cojo en brazos y la siento sobre el lavabo. Después, me coloco entre sus piernas y la beso apasionadamente. Bajo hasta su cuello y le doy pequeños besos por él. Siento su corazón acelerado y yo estoy disfrutando mucho con este momento, teniéndola a mi entera disposición.

—Te quiero —susurra con un hilillo de voz.

Se me corta todo el rollo y la miro a los ojos. ¿Eso que acaba de salir de su boca es real o es producto de mi imaginación? Está borracha y cachonda, no sabe lo que dice.

En un acto reflejo, me pega un empujón, apartándome de ella, y vomita, echándolo todo en el suelo del baño. Yo hago una mueca de asco. ¿Para qué bebe si no sabe?

—Caray, sí que te han sentado bien mis besos —me burlo mientras termina de devolverlo todo—. Vamos a echarte agua en la cara. —La agarro y la ayudo a bajar del lavabo.

—Ay, me estoy muriendo —se queja como si estuviera a punto de estirar la pata—. Ve llamando para que me incineren.

—No seas pupas y lávate la cara.

Cuando salimos del baño y bajamos las escaleras, busco a Sandra con la mirada, pero no la encuentro. Mierda. Miro a la chica que hay a mi lado y con la

que tengo la mano entrelazada.

¿Ahora qué se supone que debo hacer con ella?

Abandonamos la casa y la llevo hasta mi moto. Saco los cascos y le coloco el de Mimi.

—Sube —le ordeno.

Ari intenta subirse, pero fracasa porque está demasiado piripi. Lo intenta otra vez y yo la ayudo hasta que por fin lo consigue. Me subo, se agarra a mí y arranco a Cassie. Cuando llegamos a la puerta de su casa, se baja de la moto, me devuelve el casco y rebusca en sus bolsillos algo.

—No tengo llaves —me dice con el semblante lleno de terror.

—Hostia puta. Entonces prepararé tu funeral.

—¡Estúpido! —grita moviendo las manos por el aire.

Yo me río y observo cómo se acerca a su casa, tambaleándose. Toca el timbre de la puerta con miedo y espera a que alguien le abra. Yo me agacho y me escondo detrás de Cassie para que no me vea nadie. Para su maldita suerte, Lucifer es quien le abre y se lleva las manos a la cabeza al darse cuenta de la borrachera que lleva Ari encima.

—¡Ariadna! ¡¿Cómo se te ocurre venir de esta manera?! ¡Pareces una cualquiera!

La madre se calla y Ari dice algo que no logro escuchar. Después, Lucifer sigue gritándole cosas horribles y Ari sale corriendo, huyendo de su madre.

—¡Ariadna, vuelve aquí ahora mismo!

Mierda. Arranco la moto y voy detrás de Ari, que ya se ha alejado una buena distancia. Cuando la alcanzo, me paro frente a ella, que está llorando, y le digo que se suba, tendiéndole el casco. Se sube y me rodea con sus brazos mientras yo conduzco hacia mi casa. Pienso en lo que ha pasado en el baño y sonrío como un subnormal.

—No hagas ruido —le digo en un susurro en cuanto atravesamos la puerta de mi casa.

Más pronto lo digo y más pronto parece que se le olvida porque tropieza con un jarrón que hay en el mueble de la entrada y lo tira al suelo, haciendo un sonido estrepitoso.

—Perdón —se disculpa, y se tapa la boca.

—No pasa nada. Vamos a mi cuarto —susurro, y la guío hasta mi habitación—. Ahora vuelvo, no te muevas de aquí —le digo cuando se sienta sobre mi cama. Salgo de mi habitación y me encuentro a mi madre levantada.

—¿Qué ha sido ese ruido? —quiere saber, y da un bostezo.

—Nada, que me he tropezado con un jarrón.

—Pues recógelos todo y ten cuidado de no dejar ni un trozo en el suelo —me

ordena, y se mete de nuevo en su cuarto.

Cuando regreso a mi dormitorio tras haberlo recogido todo, Ari se ha quedado dormida en mi cama. Sonríó al verla y me acerco a ella. Contemplo su rostro inocente y lo acaricio con delicadeza. Está preciosa cuando duerme. Me aproximo a sus labios y le planto un tierno beso.

Me ha dicho que me quiere. ¿Lo habrá dicho en serio? Dicen que los borrachos y los niños dicen la verdad...

El sonido de su móvil desde el bolsillo de su pantalón provoca que me sobresalte. Lo saco con cuidado y observo que es su madre quien la está llamando. Al cortarse la llamada, decido mandarle un mensaje:

«Mamá, estoy bien. Me voy a quedar en casa de Sandra a dormir, que me lo ha pedido»

Esto no hay quien se lo crea. Sin embargo, le doy a enviar y apago su móvil. Después, miro a Ari y me pregunto si estará cómoda con esa ropa puesta. Le quito las Converse y las dejo en el suelo. Haría lo mismo con su pantalón, pero no quiero que se despierte y me pegue una paliza creyéndose que le estoy haciendo algo raro. Me quito mis vaqueros y mi camiseta, quedándome en bóxer.

¿Ahora dónde se supone que voy a dormir yo? Bufo. ¿En el suelo? Demasiado incómodo. ¿En el sofá? A mi madre le parecería raro. ¿Con Ari? Imposible, porque la cama es muy estrecha.

En el suelo mismo.

Y una mierda. No voy a estar durmiendo en el suelo en mi propia casa mientras la señora marquesa está roncando a pierna suelta en *mi* cama. Ni de coña.

Arrastro a Ari hacia la pared con sumo cuidado, dejando un hueco para mí, y me tumbo. Me da igual si cuando se despierta me corta los huevos con una sierra por haberme metido en *mi* cama con ella.

Capítulo 27

Ari

Cuando estoy medio despierta, tengo la sensación de que estoy en un lugar que no es mi cama. La almohada está muy suave y calentita, y también creo que está respirando.

Un momento... Esto no es una almohada, esto es...

—¡Aaaah! —grito.

Me incorporo, quitándome de donde estoy, y me apoyo todo lo que puedo a la pared, a punto de atravesarla, y mi almohada humana se despierta.

¡Mi cabeza estaba encima de la tripa de Álvaro!

—¿Qué te pasa, enana? —pregunta con voz adormilada, y se frota los ojos.

Me quedo mirándolo con los ojos muy abiertos. Sólo lleva un bóxer azul.

—¿Qu... qué hago aquí? —inquiero como si hubiera visto un fantasma.

—Estabas fatal anoche —responde muy tranquilo.

La cabeza me da pinchazos.

—¿Qué? ¿No habremos...? —Trago saliva.

—¿No te acuerdas? —se sorprende—. Estoy reventado. Toda la noche sin parar...

—¡¿Qué?! —exclamo.

—¿De verdad que no te acuerdas de nada? —me pregunta, ofendido.

—No... —Me arden las mejillas.

Me acuerdo de lo de ayer en el baño de la casa de Víctor: Álvaro me besó y después vomité, luego nos fuimos a algún sitio y ya no me acuerdo de más.

—Pues lo pasamos bastante bien. Eras insaciable, no parabas de pedirme que lo hiciéramos de nuevo.

—Cállate —le espeto, avergonzada y sin dejar de mirar su cuerpo; entonces le entra un ataque de risa.

—Qué inocente eres, Ari —me dice con una sonrisa en los labios—. ¿Por quién me tomas?

Me estaba tomando el pelo. Mira que lo sabía.

—No sé... —contesto—. Como tú estás aquí, casi desnudo, y yo... Metida en tu cama... No sé. Además, con tu reputación y yo estando borracha...

—No soy ese tipo de tíos —responde incorporándose a mi lado, y se me

queda mirando, ofendido de verdad—. No me aprovecho de las chicas que no están en posesión de sus facultades mentales, si es eso lo que crees.

—Perdona —me disculpo.

Álvaro se estira y mi vista lo recorre con detenimiento. Madre mía con esa tableta de chocolate. Mientras lo estudio, mis ojos se paran en un tatuaje de una clave de sol que tiene en el lado derecho del ombligo.

—Qué bonito —contesto pasando los dedos por la tinta negra, y noto que Álvaro se estremece al sentir el contacto de mis dedos en su suave piel—. ¿Por qué te lo hiciste?

—Porque sí. —Se encoge de hombros con indiferencia.

—Esa no es una razón. Tiene que haber algún significado.

—No estoy de acuerdo. Mucha gente se hace tatuajes por estética.

—Porque te gusta la música. Por eso te lo has hecho.

Álvaro esboza una sonrisa.

—No. —Me da con el dedo en la nariz.

—He acertado. No sólo tocas por *hobbie*, sino porque es tu pasión.

—No —repite.

Qué persona más cerrada... Me pone de los nervios.

—¿Por qué me trajiste anoche aquí? —quiero saber.

—Porque estabas muy borracha y huiste de tu madre.

¡Jolín, mi madre! Me llevo las manos a la cabeza al recordar todo lo que pasó en cuanto pulsé el timbre de mi casa.

Ya estoy muerta.

—¡Pásame mi móvil! —le pido a Álvaro a gritos, que ahoga una risita y coge mi móvil de su mesita de noche.

—Tranquila, todo está bajo control. —Me lo entrega y yo lo cojo y lo enciendo.

—¿A qué te refieres?

—Le mandé un mensaje a tu madre diciéndole que te quedabas en casa de mi prima.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre coger mi móvil?

—¿Y que querías que hiciese? Estabas dormida y tu madre llamó. No iba a permitir que pensara que estabas tirada en mitad de la calle.

Lo fulmino con la mirada, pero se me pasa el enojo al pensarlo mejor.

—Bueno, sí, llevas razón —respondo, y decido cambiar de tema—. Y eres un perverso.

—Eso, tú, que ayer no parabas de acosarme.

—Cállate. —Me tapo la cara con la sábana.

—Anoche estabas más divertida, era como si te hubieran cambiado la

personalidad. —Me quita la sábana de encima de un tirón.

—Pues la diversión se ha acabado. Llévame a casa.

—¿Tan pronto? ¿No vas a querer desayunar conmigo? —me pregunta poniendo cara de niño bueno e inocente.

—No.

—Entonces no te llevo.

—Álvaro, me has secuestrado.

—Y menudo secuestrador más sexy —comenta moviendo las cejas de arriba abajo.

—Eres un maldito creído.

—Pero me quieres.

—¿Qué?

La cabeza me va a estallar y creo que todo este rato he estado soñando.

—Ayer me lo dijiste —me recuerda.

¿Lo dije? ¿O me está volviendo a tomar el pelo? Me quedo un momento pensando en la respuesta que tengo que soltarle.

—Lo habrás soñado —respondo haciendo un ademán con la mano, quitándole importancia.

—Ya que me había hecho ilusiones... —contesta, pero sé que está bromeando—. ¿Desayunamos? Me muero de hambre —dice cambiando de tema y tocándose la tripa.

—Claro.

Álvaro se levanta de la cama y yo me quedo contemplándolo, embobada.

—¿Te quieres duchar? —me pregunta sacándome de mi ensimismamiento.

—Eh... No, ya lo haré cuando llegue a casa.

—Vale, como quieras. —Coge una toalla del armario y lo oigo reírse—. No te estoy viendo, pero sé que me estás follando con la mirada. —Se da la vuelta y me guiña un ojo; yo me pongo del color del ketchup—. Ahora vuelvo.

Cuando sale de la habitación, me pongo mis Converse, me siento en la cama a mirar el móvil y descubro que no ha llamado mi madre en toda la noche. ¿Se habrá tragado la pantomima que le escribí Álvaro?

La cabeza no para de darme pinchazos. Ya no pienso beber más. No quiero ni imaginar cómo tendré la cara.

De pronto, mis ojos se van hacia la mesita de noche, donde descansa la cartera de Álvaro. Necesito dinero. La sargento me ha prohibido darme más y yo tengo que calmar mis ganas de comer sea como sea. Pero robarle a Álvaro está mal. Aunque da igual... No lo notará.

Extiendo mi brazo, haciéndome con su cartera y la abro. Tiene una foto suya junto con una chica pelirroja. ¿Quién será? ¿Su novia? Si no es un chico al que

le guste tener novias... Venga, da igual, ya lo investigaré en otro momento. Observo los billetes que tiene: dos de veinte euros. Cojo uno, me lo escondo en el bolsillo del pantalón y vuelvo a colocar la cartera en su sitio.

Estoy nerviosa y sudando la gota gorda.

Al cabo de diez minutos, entra Álvaro en la habitación con una toalla demasiado pequeña tapándole de cintura para abajo. Se me seca la boca y mis ojos no pueden parar de mirarlo.

—Me he dejado la ropa aquí. No te importa que me vista delante de ti, ¿no? —dice fingiendo inocencia.

—¿Qué? —Sigo atontada.

Álvaro se agacha y coge del suelo unos vaqueros, pero al levantarse, se le desprende la toalla del cuerpo y mi vista traicionera se clava en su entrepierna.

—Vaya, parece que la toalla tiene vida propia —murmura, y yo me doy la vuelta rápidamente.

—¡Vístete! —le grito.

—Joder, Heidi. Si sé que te ha encantado ver a la Alvariconda con sus dos amiguitos.

—¡Que te vistas!

Cuando me avisa de que ya se ha vestido, me doy la vuelta y deseo salir lo más rápido posible de aquí.

—¿Desayunamos ya? —inquiere como si no hubiera pasado nada.

—Espera un momento. ¿Cómo tengo la cara?

—Redonda —se burla.

—¡Dímelo en serio!

Me observa el rostro como si estuviera contemplando un cuadro en el museo del Prado.

—Preciosa —dice enseñándome todos los dientes.

—Álvaro.

—La cosa esa que tienes en los ojos un poco esparcida, pero estás muy guapa. No sé, soy un tío, no entiendo de maquillaje.

—¿Y el pelo?

—Como una loca, eso sí. —Esboza una sonrisa y yo le lanzo una mirada asesina.

—¿Puedo ir al baño a arreglarme un poco?

—Venga. Te espero en la cocina con mi madre.

—¡¿Está tu madre?! —chillo, histérica perdida.

—Vive aquí también, ¿recuerdas?

—¡¿Y si le sienta mal que me haya quedado?! —

—Se lo he dicho y no le importa. Le caes muy bien —me contesta—. Y deja

de gritar.

—Yo te mato.

Ya en el baño, me miro en el espejo y me asusto de mi cara al instante. ¡Estoy horrible! Tengo el rímel disperso por cada ojo. ¡Parezco un oso panda! Y el pelo, bueno... ¿Salvaje? Me lo intento peinar como puedo con las manos hasta que está todo en su sitio y me quito los restos de maquillaje con una toallita.

Ya parezco una persona normal, o eso creo.

Capítulo 28

Álvaro

—¿Estás saliendo con esa chica? —me interroga mi madre en la cocina.

—No —respondo con sequedad, sentado a la mesa mientras espero a que Ari salga del baño.

—Pues es una buena chica. ¿Cuándo vas a asentar la cabeza?

—Déjame en paz, mamá.

—Buenos días —saluda Ari con una vocecilla de pito, entrando en la cocina.

—Buenos días, bonita. —Mi madre se acerca a ella y le da dos besos—. Ya me ha dicho mi hijo que has pasado la noche aquí. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias —responde la otra poniéndose como un tomate.

—¿Queréis que os prepare el desayuno antes de irme? —se ofrece mi madre.

—¡No! —exclamo levantándome de la silla como si me hubiera pinchado con una chincheta en el culo—. Ya lo hago yo.

Las dos me miran, anonadadas.

—¿Tú? Si no sabes hacer ni un huevo frito —mi madre me deja en ridículo. Yo la mato.

—Ay, mamá. Vete.

—Está bien —contesta sonriendo—. Hasta luego, Ari.

—Adiós, Virginia —se despide ella, y mi madre desaparece de la cocina.

—Bueno... ¿Qué te apetece? —le pregunto a Ari con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Se me da fatal hacer de anfitrión y parecer un chico educado.

—No sé. —Se encoge de hombros y yo maldigo para mis adentros porque ella tampoco pone nada de su parte para ser una buena invitada.

—¿Café? ¿Cola-Cao? ¿Cereales?

—Cola-Cao.

—¿Quieres tostadas también? O lo que te apetezca...

—Vale, tostadas está bien —responde, y esboza una sonrisa.

—Pues siéntate y espera a que esté todo listo.

Mientras preparo el desayuno, no dejo de observar a Ari, que está sentada a la mesa y con los ojos pegados al móvil con una sonrisa en los labios. ¿Con quién estará hablando tan contenta? Me acerco a la mesa con su Cola-Cao, sus

tostadas con mantequilla y mermelada y mi tazón de cereales. Carraspeo e interrumpo su conversación tan divertida de WhatsApp.

—¿Con quién hablas que estás tan contenta? —inquiero con indiferencia.

—¿Eh? —Alza la vista hacia mí como si no hubiese entendido la pregunta—. Ah... Con nadie. Bueno, con un amigo.

Un amigo.

—¿Chris? —pregunto, y me siento en una silla.

—No, se llama Diego.

Siento algo en mi interior que no sé cómo explicar en cuanto pronuncia ese nombre.

—¿Y es de aquí?

—De Barcelona —contesta sonriendo.

¿Por qué sonrío tanto? ¿Y por qué no se me pasa lo que estoy sintiendo? ¿Y encima el tío ese es catalán? Me aguanto un bufido.

—Entonces guay —le digo, y me como una cucharada de cereales—. ¿Te gusta?

—¿El qué? ¿El desayuno?

—Tu amigo ese.

—¡Claro que no! —exclama.

—Estás más roja que un tomate.

Se toca las mejillas para comprobarlo.

—No me gusta —replica—. ¿Por qué piensas que me tienen que gustar todos los tíos que conozco?

—Porque tienes pinta de enamorarte fácilmente de alguien.

—No me conoces tanto como para saber eso.

—Ya, bueno —contesto. Pero la conoceré—. Come.

Ari coge una tostada y le da un mordisco.

—¿Por qué has estado evitándome toda la semana? —me pregunta de pronto.

—Porque sí. Punto. —Me como otra cucharada y mastico lentamente. En verdad he estado evitándola porque no tenía ganas de estar con nadie; me apetecía estar solo.

Ari se calla y se termina el desayuno en silencio. Me pregunto si luego lo vomitará todo... No sé si será buena idea hablar de esto con ella, porque nunca se me ha dado bien preocuparme por otras personas a las que no considero de mi familia, y menos aún con una cosa tan seria como lo es la bulimia. He estado investigando por Internet de qué va esa mierda y me entraron escalofríos al leer todos los síntomas, incluso algunas personas no logran superar esa enfermedad y acaban muriéndose de lo graves que se encuentran. Lo mismo ocurre con la anorexia. A Ari no puede pasarle eso, y menos ahora que estoy mostrando

interés en conocerla. Quiero que sepa que tiene mi ayuda, pero no sé cómo ofrecérsela.

—Ari —rompo el silencio, y ella me mira antes de darle otro bocado a su tostada. La situación se ha vuelto fría de repente.

—Dime.

—Yo... —Ni siquiera sé qué decir—. Sabes que me tienes aquí para lo que necesites, ¿verdad?

Entorna los ojos sin dejar de mirarme.

—No estoy vomitando, si es eso lo que te preocupa. Pero gracias —contesta en tono borde.

Creo que está mintiendo, aunque no estoy muy seguro.

—No quería decir eso —intento disculparme, pero el timbre nos interrumpe en el mejor momento de la conversación y corro a abrir la puerta.

—¿Dónde está Ari? —me pregunta mi prima entrando como una exhalación.

—En la cocina —respondo con tranquilidad—. Buenos días a ti también, prima querida.

—¡Ariiiii! —grita Sandra con su voz de pito explotando mis tímpanos y dirigiéndose a la cocina; yo la sigo—. ¿Dónde estabas? ¿Qué te ha hecho este imbécil? —Se dirige a mí—. No te la vuelvas a llevar sin decírmelo.

—Estabas por ahí perdida y no tuve otra opción —le digo.

Mi prima me da manotazos en el pecho y Ari se ríe.

—No me hagáis reír, que me duele mucho la cabeza.

—Claro, si no bebieras tanto. —Le guiño un ojo a Ari y agarro a mi prima de las manos para que deje de golpearme en la tableta de chocolate.

—La próxima vez me avisas o te corto los huevos —me amenaza Sandra, y mira a Ari—. Vente conmigo, que tengo que hablar contigo.

—¿Puedo ir yo? —pregunto.

—No, son cosas de chicas —responde Sandra cogiendo a Ari del brazo, y yo le hago una mueca de burla.

—Gracias por el desayuno. —Ari se pone de puntillas y me da un beso en la mejilla—. Ya hablamos.

Mi prima se queda con la boca abierta.

—Adiós, eh —les digo sonriendo como si fuera un niño pequeño con un juguete nuevo.

Cuando se marchan, recojo todos los platos de la mesa y los pongo en el fregadero.

No sé qué coño estoy haciendo con Heidi.

Me entran ganas de fumarme un cigarro, así que voy a mi cuarto, cojo la cartera y miro cuánto me queda. Un billete de veinte euros. Juraría que tenía otro

más. Estoy segurísimo. Yo no pierdo las cosas con facilidad, y menos si se trata de dinero. Esto ha sido mi madre, porque alguien más no ha podido ser.

Salgo de mi casa y bajo hasta el bar.

—Mamá —interrumpo a mi madre, que está atendiendo una mesa.

—Espera un momento, Álvaro.

Me siento en uno de los taburetes de la barra y, al cabo de unos minutos, se acerca a mí.

—¿Qué querías?

—¿Me has robado dinero? —exijo saber, y ella frunce el ceño.

—¿Yo?

—Me faltan veinte euros.

—Yo no te he quitado nada —me responde—. A lo mejor te los has gastado y no te acuerdas.

—No. Estoy seguro de que los tenía. ¿No me los has cogido? No me voy a enfadar contigo.

—De verdad que no te he cogido nada, hijo. No lo necesito. Además, te hubiera avisado.

—Ya.

Esto me parece demasiado raro. En la fiesta de anoche no saqué la cartera en ningún momento y tampoco noté a nadie meterme mano. Soy muy espabilado para esas cosas.

Se me viene a la cabeza Ari. No, ella no ha podido ser. Se le nota que no le hace falta el dinero. No creo que una persona como ella haya hecho algo así.

Bueno, da igual. Por veinte euros no voy a estar calentándome la cabeza.

* * *

Hace dos años...

—Todavía no sé qué cojones estoy haciendo aquí ni cómo demonios has logrado convencerme para hacerme esa mierda de tatuaje —le dije a Mimi entrando en el local de tatuajes.

—Por mis encantos naturales de pelirroja —contestó, y me guiñó un ojo.

—¿En qué puedo ayudaros? —Un hombre tatuado hasta las cejas se acercó a nosotros.

—Hola, señor tatuador —le saludó Mimi. En serio, tenía que dejar de traerla conmigo a los sitios; siempre me dejaba en evidencia. Menos mal que era yo el inteligente de los dos, además del más guapo—. Queríamos hacernos este tatuaje. —Le enseñó una hoja donde aparecía dibujada una clave de sol.

—¿Qué edad tenéis?

—Dieciocho —me adelanté yo.

El tipo nos miró como si no se lo creyera. Vale, al menos yo sí que parecía mayor de edad, pero Mimi, ni de coña.

—Enseñadme vuestro DNI —ordenó el tipo.

—Claro —respondió ella sacando el suyo de su chupa de cuero roja; yo hice lo mismo.

El tío los observó con detenimiento como si se los estuviera aprendiendo de memoria.

—Bien —dijo finalmente, y nos devolvió los carnés.

Eran falsos, claro. Teníamos dieciséis años y necesitábamos autorización de nuestros padres para hacérselo en ese sitio, que era uno de los mejores de la ciudad, y como no nos dejaban, Mel nos consiguió unos carnés falsos.

—Acompañadme. —El hombre nos llevó hasta una pequeña sala decorada con un montón de pósters de tatuajes y, en medio, había una especie de sillón y una mesa repleta de utensilios para tatuar—. ¿Quién de los dos va primero?

Mimi y yo intercambiamos una mirada.

—Las damas primero —dije.

—¡De eso nada! Vamos a echarlo a *Piedra, papel o tijeras*.

—Hecho. El que pierda, va primero.

Ambos nos escondimos las manos detrás de la espalda.

—Piedra, papel o tijeras.

Nos sacamos las manos a la vez. Yo, con el puño cerrado, y Mimi con la mano abierta. Mierda, había perdido. Durante los próximos minutos iba a ser víctima de su *bullying*.

—¡Toma ya! —exclamó Mimi alzando los brazos en expresión de victoria.

—¿Es para hoy, chicos? —El tipo parecía que ya se estaba cansando de nuestras tonterías.

—Voy —respondí, y le di a Mimi con el hombro.

—¿Dónde lo quieres? —me preguntó el hombre.

Me subí la camiseta y señalé el lado derecho de mi tripa, al lado del ombligo.

—Justo aquí.

—Pues tumbate ahí —me ordenó señalando con la cabeza el sillón de sus víctimas, y yo me quité la camiseta y me tumbé.

—¿Nervioso? —quiso saber la pelirroja.

—¡Qué va! Yo soy un tío fuerte —contesté muy seguro de mí mismo.

Vale, estaba cagado. Había leído por Internet que hacerse un tatuaje dolía un montón, que parecía como si te estuvieran picando cientos de avispas a la vez.

El tío terminó de preparar la aguja. Tragué saliva al verla y cerré los ojos.

Mimi soltó una carcajada que casi me dejó sordo.

—Menudo machito —se cachondeó de mí. Si salía vivo de esta, la mataría.

Abrí los ojos y la fulminé con la mirada.

—Cállate, Pipi Langstrump.

Ella hizo una mueca de burla; después el tío empezó a picotear mi piel con la aguja y me estremecí. En verdad no dolía tanto como decían; era un poco molesto, pero se podía soportar.

—¿Duele? —inquirió la pesada.

—Ufff... Muchísimo —le contesté fingiendo una mueca de dolor—. ¡Ay! —exclamé para asustarla.

—¡Oh, voy a morir! —gritó llevándose las manos a la cabeza.

Cuando el tipo acabó su trabajo, me vendó el tatuaje de la clave de sol con papel film. Me quedé observando la obra maestra durante un momento. Me quedaba bien. Me hacía ser más sexy de lo que ya era.

—Siguiente —dijo el tatuador.

A Mimi se lo hizo en el mismo sitio que a mí. Era nuestro acuerdo y nuestra unión por compartir la pasión por la música. No me podía imaginar lo que haría si no estuviera a mi lado. Si algún día me faltara, no sabría cómo seguir adelante. Siempre había sido mi punto de apoyo y la única persona que me había demostrado que le importaba de verdad, aunque a veces nos lleváramos como el perro y el gato.

Capítulo 29

Ari

—¿Puedo saber qué hacías en la casa de mi primo, tía? —quiere saber Sandra, y yo pongo los ojos en blanco. Ya estaba tardando en sacar el tema de Álvaro. Para eso es por lo que me ha secuestrado y ha entrado como una loca en su casa—. ¿Se ha portado bien contigo?

—¿Que si se ha portado bien? Me ha llevado a su casa a dormir. ¡A dormir! —exclamo alzando las manos mientras las muevo como una demente—. ¿Y sabes lo peor? Que hemos dormido juntos. ¡En su cama!

A Sandra le entra un ataque de risa.

—Lo peor hubiera sido que te hubieses despertado desnuda. Si te sirve de consuelo, yo también he dormido muchas veces con él y ronca como un cerdo asqueroso.

—Pero, tía... No es lo mismo porque sois familia. Qué vergüenza he pasado. No es nadie para llevarme a dormir a su casa.

Aunque pensándolo mucho mejor, Álvaro me ha salvado de pasar la noche en la calle, porque no tenía ninguna intención de volver a mi casa después de la bronca que me echó mi madre por llegar borracha.

—¿Y qué? —Sandra vuelve a carcajearse—. Si está coladito por ti. En serio, Ari, nunca lo había visto así por una chica.

—¿Tú crees? —He sonado demasiado ilusionada y no quiero parecerlo porque no me gusta ese gilipollas.

Sandra asiente.

—Tienes que decirle lo que sientes.

—No siento nada por él —miento—. Es un capullo y ni siquiera lo soporto.

—Mi primo es un buen chico. Lo que pasa es que es muy impulsivo y no piensa las cosas antes de hacerlas o decirlas. Ha pasado por una cosa bastante dura —dice, apenada—. Necesita a alguien que le devuelva la felicidad.

Me gustaría saber esa cosa por la que ha pasado. Se le nota que le ha afectado muchísimo.

—Además, no me niegues que no sientes nada por él —añade mi amiga moviendo las cejas de arriba abajo—. Se te ve el plumero. Te estás contradiciendo a ti misma.

—Cállate —le espeto—. Y que sepas que no te perdono que me dejaras tirada anoche.

—Tu interior me está dando las gracias, así que no mientas.

Ya sé a quién ha salido en personalidad: a su querido primo.

Un rato después, me despido de mi amiga y me voy de su casa. Antes de irme a la mía, necesito comprar algo para picar porque me encuentro ansiosa por la guerra que va a estallar entre mi madre y yo en cuestión de minutos. Espero que Don Chulito no se haya dado cuenta de que le acabo de robar veinte euros.

Entro en la primera tienda que veo abierta, ya que al ser domingo está casi todo cerrado y, en cuanto cruzo la puerta de casa, mi madre me interrumpe.

—Ariadna —empieza, y toma aire—. Espero que no se vuelva a repetir lo de anoche, y mucho menos que te vayas corriendo, me dejes con la palabra en la boca y desaparezcas hasta la hora del amanecer.

—Lo siento, mamá. Sandra me pidió que me quedara con ella a dormir —miento. Últimamente no paro de soltarle trolas.

—No estás en condiciones de quedarte fuera de casa a dormir. Estás enferma, Ariadna.

Enferma.

Esa palabra me atraviesa el corazón como si me hubiera clavado un puñal.

—No estoy enferma. Estoy bien.

—Escúchame, hija. Lo que te pasa no es ninguna tontería y tienes que superarlo cuanto antes.

Ahora está haciendo el papel de madre que se preocupa por su hija, que está mal de la cabeza además de «bulímica». Que no soy nada de eso, pero ella se empeña en que sí.

Mi vida es un maldito chiste.

—Estoy bien —vuelvo a insistir, y suelto un largo suspiro.

—El martes empiezas con el psicólogo —me informa con su tono autoritario—. Es muy bueno en su trabajo y te va a ayudar a recuperarte.

Me está llamando trastornada. Esto ya es para salir corriendo y no volver. Me está tratando como si estuviera para encerrarme en un manicomio.

—No pienso ir. Te he dicho que estoy perfectamente, así que no tengo por qué hacerte caso —le contesto con intención de subir a mi habitación.

—¡Ariadna! —brama, acabándosele la paciencia—. ¡Vas a ir porque soy tu madre y mando sobre ti!

Huyo hacia mi cuarto para no escucharla más y cierro con pestillo.

Que manda sobre mí, dice... ¡Ni que fuera una niña pequeña!

Me tiro sobre la cama, con la cabeza todavía palpitándome, y le cuento a Diego por Skype todo lo que ocurrió en la fiesta mientras me zampo todo lo que

acabo de comprar.

* * *

—Pues no lo entiendo. Seré retrasado o tú te explicas como el culo.

—Por lo menos te estoy ayudando a que apruebes —replico continuando con las clases de francés en el cuarto de Álvaro.

—La culpa es tuya, que me distraes con esa irresistible boca pidiéndome a gritos que la bese —dice provocándome un cosquilleo por la espalda.

—¿Qué?

—¿Sabes que tienes unos labios muy sexys?

—Álvaro, para ya de decir tonterías. Vamos a seguir con esto, que no vamos a acabar nunca —le ordeno en un intento de no reírme como una tonta.

—Voy a mear primero. Ahora vuelvo. —Me tira del moflete, se levanta de la silla y se marcha de la habitación.

Hoy está muy pesado, igual que en el instituto. En el recreo me ha llevado hasta la parte de atrás del insti para que nos liáramos.

Suspiro y mis ojos se van hacia su cartera, que está sobre la mesilla de noche. Otra vez.

No puedo. Ya es demasiado. O sí que puedo. Si no me pilló ayer, no creo que lo haga hoy. Que se joda. Esto, por todos los insultos que me ha soltado desde que me conoce.

Antes de convertirme en ladrona de nuevo, mi mente rebobina hasta la escena de cuando me preparó el desayuno, en la que me dijo que podía contar con él para lo que quisiera, pero seguro que lo diría para reírse de mí o porque se siente culpable. Además, los amigos se prestan dinero.

Me levanto y me acerco a la cartera con rapidez. La abro y cojo los diez euros que quedan.

—No sabía que te gustara robar.

Mierda.

Me giro y me encuentro con Álvaro apoyado en el marco de la puerta, de brazos cruzados y mirándome serio.

Bastante serio.

Oh, no, qué vergüenza.

—Yo... —intento decir—. No...

«Vamos, Ari, sal de esta situación con la cabeza bien alta. Insúltalo o tírale algo a su cara de niño engreído».

—¿Y bien?

—Eres un imbécil. No te estaba robando —suelto, aunque suena muy poco

creíble con la cartera y los diez euros en la mano.

Álvaro se acerca a mí y me mira con expresión preocupada.

—¿Necesitas dinero? ¿Estáis pasando por un mal momento en tu casa? —pregunta, y yo no tengo ni idea de qué decir. Parece un anuncio de la tele en los que te incitan a pedir un préstamo—. Ari, dímelo. No pasa nada. Si quieres, te dejo el dinero, pero no me robes más.

Estoy por huir de aquí. Pero en vez de eso, suelto la cartera y el dinero, y le empiezo a pegar tortazos en el pecho a Álvaro.

—¡No te estaba robando! —grito, y él me agarra de los brazos con fuerza, impidiendo que le siga golpeando.

—Ari, tranquila. —Me mira a los ojos y a mí me cuesta mantener la calma. Me ha llamado ladrona en mi propia cara.

—¡Vete a la mierda, Álvaro! —le chillo. Me suelto de su agarre y le doy un empujón.

¿Desde cuándo soy tan agresiva? Yo nunca he sido así.

—¿Qué cojones te pasa conmigo? —exige saber, confundido.

No contesto, sólo agarro mis cosas y salgo pitando de su casa sin mirar atrás.

* * *

Vuelve a pasar de mí; esto es increíble. Bueno, aunque la culpa fue mía por robarle ayer. Pero él no tuvo ningún derecho a llamarme ladrona.

—Álvaro, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pregunto en el recreo con sus amigos alrededor.

—Pídele hora a mi secretaria —me responde con desdén, y los demás se ríen a carcajadas como los retrasados que son.

Fulmino con la mirada a Álvaro y me largo pisando sobre mis talones. ¿Cómo puede comportarse conmigo tan diferente cuando está rodeado de público? No pienso caer tan bajo arrastrándome hacia él cada vez que me trata como una mierda, aunque luego finja preocuparse por mí.

Los chicos como Álvaro nunca cambian. Se comporta de esa manera porque le doy pena.

Cuando acaba el recreo y me dirijo hacia mi próxima clase, alguien me sujeta del brazo en el pasillo.

—Ari, perdóname —susurra Álvaro cuando nos encontramos cara a cara—. No quería decirte eso.

—Ya, porque tenías a tus amiguitos delante, ¿no?

Suspira, pasándose las manos por el pelo.

—No es eso.

—¿Entonces qué es? Cuando no hay nadie, sí que te acercas a hablarme, pero cuando estás rodeado de tus amigos, pasas de mí.

—Eso no es verdad. Lo que pasa es que no quiero que me den la brasa luego. —Aprieta los labios, como si se hubiera arrepentido de decir lo que ha dicho.

—Eres... —Lo señalo con el dedo, mirándolo, pero me doy por vencida—. No te mereces ni que te insulte.

Le iba a pedir perdón, pero se va a quedar con las ganas.

¿Cómo puede ser tan falso? Me da igual por todo lo que haya pasado en su vida. Eso no le da ningún derecho a comportarse como un energúmeno conmigo. Ya me parecía raro eso de que se preocupara por mí.

Entro en el aula y tiro la mochila sobre la mesa, cabreada.

—Caray, ¿qué mosca te ha picado? —quiere saber Chris ante la vena furiosa que me ha dado.

Me siento en la silla y le cuento lo que me ha pasado con Don Chulito. En la versión que le suelto, no menciono nada de mis robos.

—Me da mucha rabia que me trate así.

—Le pienso dar otro puñetazo, tenlo por seguro —dice, convencido, y yo pongo los ojos en blanco.

—No digas tonterías.

Dejamos de hablar y atendemos a la profesora, pero me entran ganas de comer.

Dios, soy una maldita cerda que sólo piensa en zampar. Me estoy volviendo loca. Como siga así, voy a acabar más gorda que una plaza de toros. Y no quiero. Quiero tener un cuerpo perfecto para que a todas las chicas del instituto les dé envidia y que todos los chicos me miren y vengan detrás de mí babeando, aunque luego los rechace.

Soñar es gratis, ¿no?

Capítulo 30

Álvaro

Ahora sí que la he cagado con Ari pero bien. Maldita manía de no pensar las cosas antes de decirlas. Tengo que disculparme con ella. Bueno, aunque también tiene la culpa: me robó y se comportó como una chalada en mi casa.

Cojo mi móvil y empiezo a mandarle mensajes de disculpa.

YO: «Lo siento mucho, Ari. Perdóname. No quería decir lo que he dicho»

Nada.

YO: «No voy a parar hasta que me perdones»

YO: «Perdóname»

YO: «Perdóname»

Y sigo así hasta más de veinte veces. Sé que los está viendo porque está conectada. Finalmente se rinde y decide contestarme:

ENANA: «Psicópataaaaaaaaaaaaa»

YO: «Déjame que te recoja en tu casa y hablamos, por favor»

Pero la cabezona me bloquea.

Si se piensa que me voy a rendir tan fácil, lo lleva claro. Yo no tiro la toalla.

Marco su número y la llamo. No lo coge, así que lo vuelvo a intentar.

«El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura».

Maldito contestador de los cojones.

Necesito un cigarro y dar una vuelta. Salgo de mi casa, voy al primer bar que me encuentre y compro un paquete de tabaco en una máquina. Al salir, en uno

de los bancos de un parque, diviso a Chris sentado junto a un rubio. ¿Será su novio?

Me apetece divertirme un rato, así que me acerco a ellos.

—¡Hey, tío! —lo saludo con un golpecito en el hombro, y él me mira con cara de pocos amigos.

—Hola —responde más seco que una pasa.

Observo al tío con el que está, que me está empezando a comer con los ojos.

—¿No me presentas a tu amigo? —le pregunto en tono jocosos, y a Chris se le suben los colores a la cara; entonces decido presentarme al rubiales—. Soy Álvaro.

—Mateo. —El tío se levanta del banco con demasiado énfasis y me da dos besos en las mejillas, con los que hace que me quede a cuadros—. Encantado.

¿Está intentando ligar conmigo o sólo quiere parecer educado?

—Antes de que te ilusiones, a mí me van las tías —le advierto a Mateo al sentarme al lado de Chris.

—Eso es porque no has probado con ningún hombre —me responde él con orgullo.

Yo le hago caso omiso y miro a Chris, que está fulminándome con la mirada. Su «novio» me acaba de tirar los trastos.

No tengo nada en contra de los homosexuales (mi mejor amiga es lesbiana), pero que se pongan a ligar conmigo, me pone nervioso, aunque también me divierte. Es normal, nadie se puede resistir a este encanto natural con el que he nacido.

—No me mires así, que no te lo voy a levantar —le digo a Chris, y me río a carcajadas—. ¿Qué es? ¿Tu novio?

—No —me contesta de mala gana—. Somos amigos.

El tal Mateo lo mira ofendido al escuchar las dos últimas palabras.

—Álvaro, ¿tú tienes novia? —me pregunta el rubio.

Chris suelta una risita por lo bajo.

—Yo voy por libre, como los pajarillos —respondo.

Quiero darle a Chris un guantazo en la nuca por pensar en lo que está pensando.

Ahora que me doy cuenta, me puede servir de cebo para que Ari me vuelva a hablar.

—Eso está bien —dice Mateo, que no deja de observarme. Me está poniendo muy pero que muy nervioso—. Bueno, me tengo que ir ya, que tengo que entrar a clases ahora. —Se levanta, le da dos besos a Chris y, a continuación, intenta hacer lo mismo conmigo, pero yo le estrecho la mano.

—Nos vemos, guapito —le digo, y él se queda pasmado; después se larga de

mi vista.

—¿A ti te gusta mucho molestar, no? —me pregunta Chris.

—Un poco. —Sonrío de oreja a oreja—. Te gusta el rubio de bote.

—No me gusta.

—Admítelo. —Muevo las cejas de arriba abajo, mirándolo.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

¿Cómo demonios sabe que necesito algo de él?

—Eh... Pues ya que lo mencionas... Quiero que convenzas a tu amiga para que me hable, que se ha enfadado conmigo y no tengo ni idea de por qué.

—Está muy rara últimamente. No creo que quiera hablar con nadie.

—Por favor, Chris —le ruego—. Llámala, dile que se venga, y luego te vas y nos dejáis solos.

—No pienso hacer algo así.

—¿Y si te dejo que me des un beso? Pero sin lengua, eso sí.

Ni de coña voy a morrearle con él.

—No.

—¿Prefieres que te desfigure la cara como tú lo hiciste conmigo? —lo amenazo.

La melodía de su móvil nos interrumpe. Se lo saca del bolsillo y se queda un momento debatiendo consigo mismo si lo coge o no. Me acerco para mirar quién le llama y leo el nombre de Ari.

Mi oportunidad. Le quito el teléfono de las manos, salgo corriendo a toda pastilla y descuelgo.

—Enana —la saludo mirando si viene el tocapelotas detrás.

—¿Álvaro? ¿Qué haces con el móvil de Chris?

—Lo tengo como rehén. Si no me hablas, lo mato.

—Sí, claro.

Chris está cada vez más cerca. Mierda.

—Lo digo en serio, eh. No vas a volver a ver a tu amigo vivo.

—¡Tú, dame mi móvil! —me grita el tocapelotas.

—¡No me está haciendo gracia! ¡Ponme con Chris! —exclama Ari.

Le hago a Chris pucheritos cuando viene hacia mí.

—Ayúdame —le ruego sin que Heidi me oiga; después vuelvo a hablarle a ella—: ¿No te importa tu amigo o qué? Está sufriendo. Lo estoy torturando cada vez que te niegas a hablarme. —Le tiro a Chris un pellizco fuerte en el brazo.

—¡Ahhhhhhhhhhhh! —se queja este de dolor.

—¿Qué le estás haciendo? ¡Déjalo!

—La vida de tu amigo depende de ti.

Le pongo a Chris el móvil en la oreja para que hable y yo le ruego con mi

mirada que me ayude.

—¡Ayuda, Ari, por favor! ¡No dejes que me mate!

No sabe actuar, el muy gilipollas.

Vuelvo a hacerme con el teléfono.

—¿Chris? ¿Me estáis tomando el pelo? —inquire Ari.

—Voy a ir a buscarte a tu casa. Si no sales en quince minutos, llamo a la puerta. Y me da igual si está tu madre o no. —Antes de que diga nada, cuelgo y le devuelvo a Chris su móvil—. Gracias.

—Parecéis críos.

Me despido de Chris, pero antes de ir hasta mi moto, me paro en una tienda donde venden chucherías y compro una bolsa de nubes de gominola, que sé que le gustan a Ari porque a veces la veo comiendo en el instituto. Bueno, siempre la veo comiendo. Y eso me extraña, porque cada vez la estoy viendo más delgada. Pero claro, si come y luego lo vomita todo... Me cuesta entenderlo. Con lo rica que está la comida.

—Sube —le ordeno a Ari al llegar a la puerta de su casa.

—¿Qué quieres? —me espeta.

—Que subas.

Ari me lanza una mirada asesina y se sube, refunfuñando. Yo sonrío y hago lo mismo. Arranco la moto, pero me doy cuenta de que no se está agarrando a mí.

—¿Por qué no te agarras? —le pregunto.

—Porque no quiero.

Sonrío. Sé que lo acabará haciendo.

Salimos hacia la carretera y voy aumentando la velocidad poco a poco. No se agarra. Sé que está cagándose de miedo. Decido ir más deprisa, pero tampoco lo hace. Como me pongan una multa por su culpa, la va a pagar ella. Al final maldigo para mis adentros y me rindo. Maldita niña cabezota.

Aparco al lado de un pequeño parque donde se ven algunos niños jugando en los columpios y nos bajamos de la moto. Ari me devuelve el casco con una sonrisa triunfal.

La despeino.

—¿Qué haces, imbécil? —me espeta, y se arregla el pelo.

—Tu premio por no agarrarte a mí.

Se cruza de brazos, cabreada y muy graciosa. Guardo los cascos, cojo la bolsa de nubes y se la enseño.

—No pienso comerme eso —dice.

—Me da igual lo que opines. Te las vas a comer a la fuerza, así tenga que estar metiéndote en la boca una a una.

Suspira, poniendo los ojos en blanco, y yo la cojo de la mano, pero ella aparta la suya al instante.

—No me toques.

Bufo.

Nos encaminamos hacia el césped y me siento. Doy un golpecito a mi lado para que Ari se siente y se acomoda a mi lado.

—Di.

—¿Que diga qué? —inquiero haciéndome el tonto.

—No sé para qué he venido. Me siento tonta. —Intenta levantarse, pero la agarro del brazo, impidiéndoselo.

—No te vas.

—Porque tú lo digas, ¿no? —Me mira con desprecio—. Que te den.

Pero cuando se vuelve a levantar, suelto la bolsa de nubes, me levanto de un salto, poso mis manos en su rostro y le planto un beso en los labios. Ari intenta apartarse, pero la sujeto bien para que no se me escape, y al final acaba cediendo, entrelazando su lengua con la mía.

Besarla es el puto paraíso.

—Ari —susurro al despegar mis labios.

Sin embargo, alza su mano y me pega una bofetada que se ha escuchado hasta en la luna.

«No me ha dolido, no me ha dolido, no me ha dolido», me repito a mí mismo.

Mentira. Sí que me ha dolido. Menuda fuerza que tiene la niña para el metro y medio que mide.

Me acaricio la mejilla, como si eso me fuera a calmar el dolor, y Ari permanece mirándome sin expresión alguna.

—Joder —mascullo. Tendré la marca de su mano en mi preciosa cara.

Ari dibuja una sonrisa en su rostro.

—Perdona.

Todavía sigo masajeándome la mejilla.

—¿De dónde sacas tanta fuerza? Porque madre mía...

—No lo sé. —Continúa sin dejar de sonreír y me acaricia la mejilla—. De verdad, perdona.

—No me vuelvas a decir que te perdone. Si sé que ha sido una hostia muy merecida.

—Tienes razón, te la merecías.

—¿Me acompañas a acabar con esas nubes antes de que lo hagan las hormigas? —le pregunto señalando la bolsa que he dejado tirada en el césped.

—¡No! ¿Qué quieres? ¿Que no entre por la puerta de mi casa?

Otra vez con eso.

—No digas estupideces —respondo—. ¿O es que no te das cuenta de que me pongo burro cada vez que estás cerca de mí?

—¡Idiota! —exclama, y me da un manotazo en la tripa.

—Venga, vamos a zamparnos las nubes.

Nos volvemos a sentar en el césped y después saco una nube de la bolsa.

—Toma. —Se la acerco a la boca para que le dé un mordisco.

—Puedo comer por mí misma, no soy un bebé. —Me quita la gominola de la mano.

—Pues a veces tienes cada berrinche que me hace dudar —le digo—. Bebé.

—Gilipollas. —Niega, poniendo los ojos en blanco—. Dame otra.

Y así estamos hasta que nos acabamos la bolsa entera.

* * *

Al llegar a la puerta de su casa, nos bajamos de la moto y tengo la impresión de que Ari está un poco decaída. La atraigo hacia mí y la rodeo con los brazos durante un rato.

—Álvaro... —Se le oye la voz quebrada.

—¿Qué te pasa? —Pongo mis manos en sus mejillas y la miro.

—Estoy volviendo a vomitar.

Maldita sea.

—¿Por qué lo sigues haciendo? —La vuelvo a abrazar y le acaricio la cabeza.

—No lo sé. Me siento mal y mi madre está todo el día encima de mí... —solloza en mi pecho.

—Joder, Ari —Sigo rodeándola con los brazos mientras se desahoga—. Te prometo que no pienso volver a dejarte sola.

—Ayúdame, Álvaro...

No puedo verla así. No puedo perder a otra persona.

—Ari, mírame. —La agarro del rostro y observo cómo las lágrimas descienden por sus mejillas—. Tienes que ser fuerte. No puedes derrumbarte a la primera de cambio. Te ha tocado una familia difícil, sí, pero eso no se puede elegir. Yo también lo he pasado mal con mis padres y por muchas más cosas. ¿Y qué hice yo? Pues buscarme la vida, pero siempre con una sonrisa en la cara, aunque por dentro estuviera hecho una mierda.

Es la primera vez que hablo de mis sentimientos con alguien que no sean Mel, Sergio o Mimi.

—¿Qué te pasó con tus padres? —quiere saber sorbiendo por la nariz.

La pregunta del millón.

—Es muy largo de contar. Prefiero no remover todo eso.

—Vale.

—Cuando te sientas mal, me llamas. Nada de vomitar, ¿entendido?

Asiente.

—Mañana mi madre me quiere llevar al psicólogo.

—Tienes que ir. Mira, si quieres, te acompaño para que no vayas sola con esa bruja... —Me muerdo la lengua antes de pronunciar la última palabra.

—Bruja. —Sonríe forzosamente.

—Lo siento. Es tu madre, pero... Joder. —Me paso las manos por el pelo. Aunque sea su madre no puede tratarla como la trata, no está viendo el sufrimiento de Ari—. ¿Entonces te acompaño mañana?

—No lo sé. La sargento quiere venir conmigo.

—Iré.

Con tal de estar con ella y de mostrarle mi apoyo cuando casi nadie lo hace, me da igual.

—Perdona por intentar robarte —se disculpa—. Mañana te doy los veinte euros que te cogí.

—No pasa nada. —Le doy un beso en la cabeza—. Si necesitas dinero o lo que sea, dímelo.

Vuelve a asentir.

—Voy a entrar ya, que estará mi madre como las locas.

Me acerco a sus labios y los beso.

¿Ahora qué se supone que me está haciendo sentir esta niña? Porque estoy empezando a cagarme, lo digo en serio.

Capítulo 31

Ari

Álvaro me tiene la cabeza hecha un lío. Primero pasa de mí y luego se arrepiente y me obliga a hablarle. Encima se compromete a acompañarme mañana al psicólogo. No sé lo que pretende con esto, pero cuanto más tiempo paso con él, más se me nubla la razón y acabo ablandándome como una idiota. Es imposible estar enfadada con él. Cada vez tengo menos claros mis sentimientos hacia él. Y los de él por mí... Mejor lo averiguo en otro momento. Me he convertido en una de esas adolescentes que sólo tienen en la cabeza sus líos amorosos y no se preocupan por otra cosa.

Aunque yo tengo una preocupación mas rondando por mi cabeza.

Me acabo de dar una ducha y estoy en el baño con la báscula a simple vista.

«No te subas», me ordeno a mí misma.

Respiro hondo, me lo pienso mejor y abandono el servicio, orgullosa de mí misma.

* * *

De camino al instituto, le cuento a Chris todo lo que pasó ayer con Álvaro, exceptuando la parte en la que le dije que había vomitado, porque no quiero preocuparlo. Bastante tiene ya con sus problemas en casa.

Don Chulito en cuanto me ve, se acerca a mí.

—Hey, Ari. —Me da un abrazo y me doy cuenta de que sus amigos y Chris se quedan mirándonos con la boca abierta.

Vale, no me gusta ser el centro de atención. Y menos si uno de los chicos más populares del instituto, que tiene a todas las tías unineuronales detrás de él, le da la gana de manifestar sus muestras de afecto en público.

—¿A qué hora tienes que ir al psicólogo? —me pregunta.

—A las siete. Mi madre estará esperándome.

—¿Empiezas hoy con el psicólogo, Ari? —inquieta Chris.

Yo asiento.

—La voy a acompañar yo —interviene Álvaro, dándose un golpecito en el pecho, y Chris alza las cejas, asombrado; después me da un beso fugaz en la

mejilla, se despide y se marcha.

—Qué raro está, ¿no? —comenta mi amigo.

—Estará drogado.

Chris suelta una carcajada y nos dirigimos hacia la primera clase del día.

* * *

El resto del día se me pasa volando. Álvaro se ha venido con nosotros en el recreo, me ha comprado un sándwich de pavo y queso, y me ha obligado a comérmelo. Parece mi guardián. Cuando he ido al baño, me ha perseguido, se ha quedado aguardando en la puerta y, en cuanto he salido, me ha pedido que le echara el aliento, como si hubiera estado fumando porros en el baño a escondidas. Creo que ha perdido la cabeza y su única neurona ya se le ha muerto. Hemos quedado a las seis y media en mi puerta, pero antes tengo que llevarle a Sandra unos apuntes que me ha pedido, porque no ha venido al instituto por estar con la gripe.

—Aquí tienes los apuntes de Historia.

—Muchas gracias, tía. No sé cómo pienso aprobar esta asignatura —me dice con voz nasal.

—Toda la clase está en las mismas —contesto animándola. La verdad es que yo también voy fatal con esta asignatura—. Me tengo que ir, que a las siete tengo que ir al loquero y no quiero que me pegues la gripe.

Sandra suelta una carcajada y me tose en la cara.

—¡Ya me has infectado! —exclamo, y abanico el aire como si haciendo eso fuera a espantar todos los virus.

—¡Qué exagerada!

Me despido de mi amiga y, en el rellano, me detengo frente a la puerta de Álvaro. ¿Estará en casa? Aún es pronto para que sea la hora de quedar. Sin pensármelo, pulso el timbre y, a los pocos segundos, me abre su madre.

—¡Hola, bonita! —exclama con una sonrisa en los labios.

—Hola, Virginia. ¿Está Álvaro?

—Claro. Está en su cuarto. Pasa.

—Gracias.

Caminando hacia su habitación, oigo música desde fuera y me doy cuenta de que la puerta está entreabierta. Me asomo por el pequeño hueco y diviso a Álvaro sentado en su cama, tocando la guitarra y cantando la canción *Want to want me*, de Jason Derulo. Tiene una voz preciosa; hacía mucho que no lo oía cantar.

Decido quedarme en la puerta, a modo de espía, mientras su voz acaricia mis

tímpanos. Cuando acaba, entro en su cuarto, aplaudiendo, y él me mira sonriendo y un poco avergonzado.

—¿Cómo puedes cantar así de bien? —le pregunto, y cierro la puerta tras de mí.

—Tampoco tanto —contesta encogiéndose de hombros.

—Tendrías que presentarte a un concurso de cazatalentos que emiten por la tele. —Me siento a su lado, sobre la cama.

—No exageres.

—Canta otra —le pido.

—No.

—Por favor —insisto poniéndole ojitos—. Que soy tu fan número uno.

Sonríe de medio lado.

—Está bien. Tú ganas —cede, y vuelve a coger su guitarra—. ¿Cuál quieres que cante?

—Sorpréndeme.

Carraspea y acaricia las cuerdas de la guitarra, tocando los primeros acordes. Luego empieza a cantar:

—*Written in these walls are the stories that I can't explain.*

Y enseguida reconozco esa canción: *Story of my life*, de One Direction. Creía que no le gustaba la música que yo escuchaba.

Mientras sigue cantando, lo observo con mucha atención y sonriendo como una imbécil. Álvaro cierra los ojos de vez en cuando, disfrutando de la melodía y de su voz. Se nota mucho que le apasiona la música. Al terminarla, vuelvo a aplaudirle con tanto énfasis que temo que se me rompan los dedos de las manos.

—Mira —digo enseñándole mi brazo—. La piel de gallina.

—Estás como una puta cabra.

—Te lo digo muy en serio, tienes que hacer algo con todo ese talento.

—Y yo también te lo digo en serio: se te ha ido la pinza.

Le doy un golpe en el hombro con cariño y él se ríe y se acerca a mí. Juguetea con mi pelo, enredándose los mechones en el dedo.

—¿Has comido? —quiere saber.

—Sí, un poco —miento.

Vale, me he zampado un plato de macarrones y cuatro tabletas de chocolate con leche.

—¿Un poco? —inquiere enarcando una ceja.

—Mejor poco que nada. Pero, tranquilo, que no lo he vomitado.

Y la ganadora al premio de mejor mentirosa del año es para...

¡Ariadna!

—Me alegro —dice, y vuelve a coger un mechón de mi pelo y se lo acerca a

la nariz—. Me gusta como huele.

Trago saliva. Siento el corazón palpitando como si me fuera a explotar de un momento a otro.

Malditas hormonas de adolescente.

—¿Por qué, de repente, te has vuelto tan bueno conmigo?

—Te lo debo, Ari. Por haberme comportado como un capullo contigo —me contesta mirándome fijamente; sus ojos parecen sinceros—. Además, somos... amigos, ¿no?

Amigos.

—Claro —consigo decir.

—¿Nos vamos ya?

—Claro.

Claro, claro, claro. ¿Es que no sé decir otra cosa? Parezco una retrasada.

Nos marchamos de su casa y llegamos a la dirección que me ha dicho mi madre. Álvaro aparca en la puerta, donde se encuentra la sargento que, al vernos, le lanza una mirada de desprecio a Álvaro, y este le sonrío de oreja a oreja, enseñándole todos los dientes.

—Ariadna, entra. Julián está esperándote —me ordena la sargento.

Julián. Qué nombre más feo, seguro que es un viejo a punto de jubilarse.

—Espero a que salgas —me dice Álvaro mientras mi madre me coge del brazo como si fuera una criminal.

—No hace falta —le contesto.

—¡Ariadna, venga!

Mi madre me lleva hasta la consulta del psicólogo y entramos las dos. ¿Se va a quedar mirando o qué? Yo creía que en estas cosas los padres no participaban.

—Hola, Julián —lo saluda mi madre con dos besos.

—Isabel —El psicólogo me mira—. ¿Qué tal, Ariadna?

Lleva el pelo canoso, gafas de pasta negras y viste una camisa azul y unos vaqueros. Creo que rondará los cuarenta y tantos años. Se inclina hacia mí para darme dos besos, pero me aparto, sentándome en una de las dos sillas que rodean su mesa llena de todo tipo de papeles.

—Ariadna, ¿qué modales son esos? —pregunta mi madre con voz nerviosa, como si yo fuera una niña de cinco años que le acaba de dejar en evidencia.

«Los que tú me has enseñado», pienso.

—Perdónala, Julián. Las jóvenes de hoy en día no tienen educación —agrega en tono de disculpa.

—No te preocupes, Isabel —le dice el loquero—. Ahora, si no te importa, me gustaría que nos dejaras a solas.

Menos mal.

—Por supuesto. Ariadna, pórtate bien.

Y la sargento me deja sola con este señor.

—Bien, Ariadna, ¿verdad? —me pregunta el tipo. Tiene pinta de ser de lo más estirado. Ni siquiera me está cayendo bien por la primera impresión que estoy teniendo de él.

—Ari —lo corrijo, y empiezo a hablar mientras me miro las uñas—: Ya te lo ha contado mi madre todo, ¿verdad? ¿Para qué te lo voy a repetir? ¿Que como para luego vomitarlo todo? ¿Que estoy loca? ¿Que me vais a encerrar en un manicomio? Pues adelante. Me importa un comino.

Julián escribe algo en su libreta, que imagino que será donde tiene apuntados a todos sus pacientes trastornados de la cabeza.

—Nadie te va a encerrar en un manicomio porque yo estoy aquí para ayudarte.

—Pues muy bien. Luego le irás con el cuento a mi madre.

Sé que no se merece que le hable así, pero no pienso contarle nada de lo que me pasa.

Julián se queda en silencio, observándome. O psicoanalizándome. O lo que haga con sus superpoderes de superloquero.

—No se lo voy a contar a tu madre.

Hago un esfuerzo por no echarme a reír.

—Bien por ti. —Me vuelvo a mirar las uñas como si fuera la cosa más entretenida del mundo.

Imagino la cantidad de paciencia que tendrá este hombre para estar tan sereno y no echarme de su consulta de una patada.

Capítulo 32

Álvaro

Mientras espero a Ari, se me viene a la cabeza cuando ha entrado en mi habitación y me ha pillado con la guitarra y cantando. Me he sentido avergonzado y no sé por qué. Yo, que soy un tío que no ha conocido la vergüenza en su vida, voy y me siento de esa manera con una chica, pero no me importa, porque conforme le estaba cantando la canción, me he estado fijando en cómo sonreía. Su sonrisa era verdadera, limpia y sin rastro de tristeza; justo la misma que me dedicó cuando me fijé en ella. La sonrisa de la que estoy enamorado...

No. ¿Eso lo acabo de pensar ahora mismo? Sacudo la cabeza.

El humo del cigarro me está afectando al cerebro. Tengo que dejar de fumar.

Un rato después, veo salir del edificio a Ari acompañada de Lucifer. No me lo pienso dos veces y me acerco a ellas.

—¿Cómo te ha ido?

—Bien —me responde Ari, seca. Su madre está de brazos cruzados, impaciente—. ¿Me llevas a dar una vuelta? —me pide, y yo asiento.

—¡De eso nada, Ariadna! Tenemos que ir a casa —interviene Lucifer.

—Mamá, por favor. Te he hecho caso y he venido, ¿qué más quieres?

—Tienes que descansar —le contesta su madre—. Además, no me gusta que te juntes con cierta gente.

Con lo de «cierta gente» se refiere a mí.

Fulmino a su madre con la mirada.

—¡Me da igual que no te guste! —estalla Ari—. ¡Yo hago lo que me da la gana!

—¡A mí no me hables así, Ariadna! —le grita la otra.

No me gusta presenciar estas discusiones madre-hija.

Ari mira a su madre con los ojos llenos de rabia.

—Tranquila —le susurro dándole la mano, pero ella se suelta e intenta contenerse con su madre.

—Te veo en casa, mamá —suelta lo más calmada posible—. Vámonos —me dice, o más bien me ordena.

—¡Ariadna, que te castigo! —grita Lucifer.

—¡Joder! —exclama, y luego me mira a mí—. Mañana te veo, Álvaro.
Madre mía, la trata como si tuviese cinco años.

* * *

Al día siguiente, toca el timbre del recreo y salgo disparado de la jodida clase de Lengua. Voy caminando por el pasillo, dirigiéndome hacia los baños cuando, de repente, alguien me agarra del brazo con fuerza y me mete en el servicio de chicas.

Oh, un secuestro de una admiradora loca. Me gusta.

Pero al ver de quién se trata, me empiezo a reír a carcajadas.

—No puedes vivir sin mí, eh —digo.

Ari me mira mientras sonrío, divertida.

—Ven. —Me coge de la mano y me lleva hasta uno de los baños individuales. Cierra con pestillo, se quita la mochila y la deja en el suelo. ¿Qué mosca le ha picado?

—Esto es un secuestro, Ariadna.

Me sigue mirando, pero esta vez de una forma pícaro; yo sonrío como un imbécil. Después se pone de puntillas, abrazándose a mi cuello, y comienza a besarme como si la fueran a separar de mi deliciosa boca de un momento a otro. Pongo mis manos en su cintura y dejo que ella lleve el control de los besos.

Joder.

Minutos después, estamos sentados; yo en la taza del váter, y ella a horcajadas sobre mí. Me está volviendo loco besándome por el cuello. Su boca se detiene en mi oreja derecha y besa la mancha de nacimiento que tengo detrás.

—Tiene forma de pera pequeñita —murmura acariciándola con los dedos.

—¿Una pera? Más bien parece un huevo aplastado.

Esboza una sonrisa.

—¿La tiene alguien más de tu familia?

No, ese tema no. Con lo bien que lo estamos pasando...

—No. Sólo la tengo yo.

—Es bonita —comenta. Para ella hasta un gorila sacándose los mocos es bonito.

—Es la única cosa que no me gusta de mí.

—¿Por qué? Si es algo muy curioso.

—No me gusta. Punto.

—Ni mi guisti. Pinti —dice haciendo muecas de burla.

—Pareces una cría de tres años cuando te comportas así.

—Y tú un estúpido cuando te pones en modo antipático.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos, sonriendo. Y otra vez me vuelven a visitar las sensaciones extrañas en el estómago. Voy a tener que pedir cita para el médico, porque creo que estoy enfermado.

—¿Ari? —nos interrumpe la voz de la cotilla de Sandra desde fuera—. ¿Te encuentras bien? Estás tardando mucho.

Ari me tapa la boca con la mano para que no hable.

—Sí, estoy aquí —le contesta a mi prima—. Es que me ha dado un dolor de barriga muy fuerte.

Se me escapa una risa y ella aprieta su mano más fuerte contra mi boca, asesinándome con la mirada.

—Si te encuentras peor, me llamas. Yo me voy al patio con Chris —dice Sandra—. Ah, y dale a mi primo sus gafas de sol, anda. Que se las ha dejado tiradas en el suelo.

—¿Qué? —suelta Ari con cara de espanto.

Aparecen mis gafas de sol patinando por debajo de la puerta y mi prima se marcha del baño riéndose como una loca.

Ari me pega un tortazo flojo en la cara.

—Te mato —me dice; yo me encojo de hombros.

—¿Seguimos con lo que estábamos haciendo o qué?

Nos volvemos a besar, pero esta vez con más tranquilidad, sin prisas.

—A ver si vas a acabar enamorándote de mí, eh —comento mirándola a sus ojos verdes y dedicándole mi sonrisa de mojabragas.

—¿Yo? ¿De ti? —se sorprende—. Si eres un chulo narcisista.

Eso me ha dolido. Lo de chulo narcisista. Lo otro no, ¿verdad? Claro que no.

—A lo mejor eres tú el que se acaba pillando por mí.

—No me van esas moñadas, Ariadna. Yo soy libre.

Ella se me queda mirando como si no se estuviera creyendo lo que le estoy diciendo, y me besa. No me estoy enamorando. Eso es imposible. Yo no sé qué es eso.

El sonido de la campana interrumpe mis pensamientos y nuestros besos.

Joder, qué rápido se me ha pasado.

—Habrá que volver a clase, ¿no? —dice.

—Supongo.

Se levanta, quitándose de encima de mí, y se dispone a abrir la puerta.

—Espera un momento. No abras —la detengo en cuanto me levanto—. No puedo salir así de empalmado.

Ari dirige su mirada hacia el bulto de mi entrepierna y niega con la cabeza, riéndose.

—No tienes remedio.

—La culpa es tuya, que me pones cachondo a cada rato —me defiendo, y se le colorean las mejillas de rojo.

Al cabo de varios minutos en los que ha estado sin mirarme, me pregunta si ya se me ha pasado.

—Sí. Mira si no hay nadie.

Ari se asoma por el hueco de la puerta y observa el baño de las chicas.

—No hay nadie —me informa, y abre de repente.

Nos encontramos con Mónica mirándose en el espejo junto con sus amigas, que se quedan con la boca abierta en cuanto nos ven salir.

¿No decía Ari que no había nadie? Seguro que lo ha hecho a posta, para que nos viera su hermanastra.

—Álvaro, cuando quieras, repetimos —me dice Ari, que se pone de puntillas y me da un beso.

—Claro, enana. —Le guiño un ojo y salgo yo primero del baño de chicas mientras las otras nos miran con la mandíbula desencajada.

* * *

Cuando salgo del instituto, me palpo los bolsillos de los vaqueros, buscando las llaves de la moto, pero no están. Mierda. Espero que no se me hayan perdido, porque la habré cagado pero bien. ¿Dónde cojones las habré dejado?

—¿Qué te pasa, Alvarito?

Doy un respingo y me doy la vuelta.

Maldita sea. Esta niña siempre me pega unos sustos que cualquier día me da un ataque al corazón.

—He perdido las llaves de la moto.

—Qué pena —dice, y se sienta sobre el sillín—. Pues yo tengo unas iguales. —Se saca del bolsillo de sus vaqueros mis llaves y me las enseña.

—¿Cómo me las has robado? —pregunto, pasmado.

—Es secreto. —Sonríe.

Me encanta esta chica. En el instituto hace el papel de no haber roto un plato en su vida, pero cuando está conmigo es totalmente diferente.

—Dámelas, ¿no?

Niega con la cabeza con expresión divertida.

—Te las doy, si me invitas a comer en algún sitio.

No tiene cara ni nada. Pero el plan no me parece del todo malo. Es más, así la vigilo por si lo vomita todo, porque cada vez la estoy viendo más delgada.

—Eso está hecho, enana —le digo, y le quito las llaves de las manos; ella se baja de la moto y yo saco los cascos—. ¿Adónde quieres ir?

—Me apetece pizza.

Capítulo 33

Ari

Con la excusa de las clases de Francés estoy pasando demasiado tiempo con Álvaro, cosa que me asusta, pero que a la vez me encanta. Me está demostrando que, cuando quiere, puede ser una buena persona. Cuando hemos salido del instituto, nos hemos comido una pizza gigantesca cada uno, aunque yo he dejado un trozo, que ha acabado en la barriga de Álvaro, y no sé dónde mete todo lo que se come.

—Lo estás haciendo mal, así no es —le regaño mientras completa un ejercicio que le he puesto.

—Joder, es una mierda. No entiendo nada —se queja, y tira el lápiz encima de la mesa, enfadado.

—Tranquilo. ¿Cuándo tienes el examen?

—No sé. Espera que lo mire. —Coge su agenda y la abre por el día en el que estamos—. Este viernes, y el diecisiete de diciembre tengo el último.

—Bueno, lo podemos conseguir.

Álvaro se encoge de hombros.

—Supongo.

Al volver a poner la agenda en su sitio, se caen unas fotos al suelo. Me agacho, cojo una, pero al intentar coger la otra, Álvaro se me adelanta. Miro la que he atrapado. Sale él mordiéndole la cara a una niña pequeña bastante mona.

Y la foto desaparece de mis manos en un microsegundo.

—¿Tienes una hija secreta y no me he enterado? —le pregunto con expresión divertida.

—No, es mi hermana pequeña —responde mirando la foto con una sonrisa melancólica.

Vaya, no sabía que tenía una hermana.

—¿Y dónde está?

Como me responda que ha muerto o algo así, ya puedo salir corriendo por ser tan torpe preguntando.

—En Madrid. Es hija de mi no-padre y de la guarra que se folló.

—Ah... ¿Y la echas de menos?—inquiero, y asiente—. ¿Y en esa foto qué hay? —Señalo la que no me ha dejado ver.

—Nada. Vamos a seguir con esto. No quiero hablar del tema.

—Álvaro, ¿por qué no me lo cuentas? Siempre es bueno tener a alguien que te escuche.

—Porque no. Punto.

—Está bien —contesto dándome por vencida.

Cuando estamos cansados de tanto estudiar Francés, Álvaro se levanta y se tumba en su cama.

—Joder, estoy rendido. Mi cabeza no aguanta tanto tiempo pensando —dice. Voy hacia él y me siento en el filo.

—Tu única neurona se estará preguntando por qué tiene que trabajar tanto —bromeo.

—¿Me tengo que reír? —inquire mirándome muy serio, pero fracasa en el intento y sonrío.

—En realidad eres muy listo, sólo que eres un poco vago.

—Lo sé. Ven aquí. —Me tira del brazo y caigo encima de él. Temo aplastarlo por culpa de mis kilos.

—¡Oye! —exclamo. Me quito de encima y me tumbo a su lado.

—¿Sabes que mis padres me echaron de casa cuando cumplí los dieciocho? —suelta de repente, mientras contemplamos el techo—. Reconozco que no he sido el mejor hijo del mundo, pero ellos tampoco han sido unos buenos padres.

—No me lo cuentes si no quieres —le digo, y me pongo de lado, mirándolo.

—Lo tengo que soltar, Ari. —Suspira; luego continúa—: No es la primera vez que mis padres se separan. Cuando tenía trece años también lo hicieron. Se pasaban todo el día discutiendo y decidieron dejarlo. Yo me quedé con mi madre. No me iba a ir con mi no-padre con lo mal que me llevaba con él... Y al cabrón le faltó tiempo para irse con otra y tener una hija con ella. Le pusieron Alba de nombre.

—¿Alba?

—No pensaron mucho, eh. —Fuerza una sonrisa.

—¿Y qué pasó después?

—La mujer con la que estaba abandonó a mi no-padre y a mi hermana, porque quería encontrarse a sí misma o una mierda parecida, y poco después, mis padres volvieron a verse y se reconciliaron. Mi no-padre se trajo a su hija a vivir con nosotros, y mi madre le cogió cariño enseguida, pero a mí no me hacía ninguna gracia que el otro volviera, y menos con una hija.

Me quedo sorprendida.

—¿Por qué no? Si es tu padre...

—Digamos que nunca he sido el modelo de hijo perfecto. Me portaba bastante mal, suspendía asignaturas, y hasta una vez le rayé el coche a ese señor,

que no sabía hacer otra cosa excepto echarme la culpa de todo; decía que sólo me comportaba así para llamar la atención, y era verdad. Nunca me ha querido; es más, había veces que me decía que yo no era su hijo, que ojalá nunca hubiera nacido y mierdas así. Pero, ¿sabes qué? —Ladea su cabeza hacia mí—. Que en el fondo me da igual. Cuando me echó de casa, me alegré. Por fin me deshice de ese cabrón. Ahora quiere arreglar las cosas conmigo, ingresándome dinero en el banco y dándome el coñazo por teléfono, pero no le voy a dar ese gusto.

Estoy terminando de asimilar todo lo que me acaba de contar. ¿Cómo es posible que un padre trate así a su hijo y que encima lo eche de casa? Pobre Álvaro.

—Gracias a él me he convertido en el cabrón que soy.

—No digas eso. Tú eres un trozo de pan al lado de ese señor. —Acerco mi mano a su rostro y le acaricio la mejilla—. ¿Y por qué os vinisteis de Madrid?

—Porque lo dejaron. Otra vez. —Niega con la cabeza en desaprobación—. Espero que esta sea la definitiva.

—¿Y a dónde fuiste cuando te echó?

—Con unos colegas. Tenía que pagar alquiler, pero era poco. Dejé el instituto y me puse a trabajar en un bar y a cantar en el Retiro o en el metro para ganar algo de dinero. Mis padres estuvieron casi seis meses sin hablarme. Como si yo no existiera.

—Vaya... ¿Hiciste algo malo para que te echaran?

Me aparta la mirada y permanece en silencio.

Vale, ya se ha vuelto a encerrar en sí mismo y no me lo quiere contar, pero tiene que haber sido algo muy gordo. Lo sé por cómo se ha puesto tan tenso y está intentando tragarse el nudo que se ha formado en su garganta.

—No sabía que habías sufrido tanto —le digo, y apoyo mi cabeza en su pecho.

—Pues ya ves. —Me acaricia el pelo—. Nunca le he contado mis mierdas a nadie.

Alzo la cabeza y me quedo mirándolo. Acerco mis labios a su boca y lo beso.

—Gracias —dice esbozando una sonrisa.

—¿Por qué?

—Por escucharme y portarte tan bien conmigo. —Me acaricia la mejilla y yo le sonrío.

—No tienes que darme las gracias por eso.

Nos volvemos a besar, cada uno perdiéndose en el otro sin prestar atención al tiempo. Álvaro se pega a mí, mete la mano por debajo de mi camiseta, pero yo me aparto con rapidez.

No quiero que descubra mi grasa, y mucho menos que la toque.

No puedo.

—¿Qué te pasa? —inquire, confuso.

—Nada. —Noto las mejillas sonrosadas y los labios hinchados de besarlo.

—Venga ya, ¿por qué te has apartado?

—Porque sí.

—Ari —pronuncia mi nombre, serio.

—Que me da vergüenza que me toques —contesto, y rezo para que la tierra me trague.

Álvaro arquea las cejas.

—¿Por qué?

«Porque estoy muy, pero que muy gorda, te vas a asustar y te vas a reír de mí».

—Déjalo. Me voy a casa —suelto levantándome de la cama.

—Espera. —Se incorpora y me tira del brazo, haciendo que me vuelva a caer sobre el colchón—. No te tienes por qué avergonzar de eso.

—Álvaro, déjalo. Tú estás bueno, yo no.

¿Qué acabo de decir? Ahora alimentaré más su ego sabiendo que me parece atractivo.

—Mira, Ari. No empieces con eso. Tú estás bien. Hay chicas más gordas que tú. —Chasquea la lengua, arrepentido—. Mierda. No quiero decir que estés gorda. Me refiero a que estás bien así como estás —continúa, y lo miro fingiendo una sonrisa—. Creo que la estoy cagando diciéndote todo esto, ¿verdad? Me he explicado como el culo.

—Tranquilo. He entendido lo que me quieres decir.

—Pues eso, que no tienes por qué avergonzarte. Y perdona por haberte tocado. Joder, es que... —Resopla mirando al techo—. Me estabas volviendo loco.

—Ah, qué bien —consigo decir al oír eso, y se me vuelven a encender las mejillas.

—Mañana vienes otra vez, ¿verdad? —inquire, esperanzado.

—Claro. Tienes que aprobar el examen del viernes.

—Uff, eso espero.

—¿Qué vas a hacer cuando termines el bachillerato?

—No sé ni lo que voy a hacer mañana, como para saber lo que haré dentro de un año —dice negando con la cabeza—. ¿Y tú?

—No sé. Mi madre quiere que estudie Derecho —contesto, y suelto un suspiro.

—Y no quieres, ¿verdad?

—No, pero se enfadaría conmigo.

—Pues elige otra carrera. O no estudies nada. Total, la universidad está sobrevalorada.

—¿Cómo no voy a estudiar nada? Yo quiero ser alguien en la vida —replico.

—Pues sé alguien que quieras ser, no lo que quieran otros.

Tiene razón. Pero enfrentarme a la sargento de mi madre hablando de ese tema, va a ser tiempo perdido.

Ella no me escucha, como siempre. Sólo se preocupa por sí misma.

—Ya, pero no sé —murmuro.

—Todavía te quedan dos años para pensarlo. Mira yo, que no tengo ni idea de lo que voy a hacer.

—Tú eres un caso perdido.

—Ya. —Sonríe.

—¿Por qué no pruebas con la música? Se te da bastante bien.

—Es difícil ganarse la vida de esa forma.

—Pero eres bueno tocando y cantas bien. Además, eres muy guapo —digo dedicándole una sonrisa de boba. Sí, ahora se va a volver más narcisista todavía.

—¿Te parezco guapo? —quiere saber sonriendo con cara de engreído.

—Si lo sabes, ¿para qué me lo preguntas?

—Ya, pero oírlo salir de tu boca es una pasada —responde sonriendo de oreja a oreja.

Miro mi móvil y me doy cuenta de que se ha hecho demasiado tarde. Se me pasa el tiempo muy deprisa cuando estoy con Álvaro.

—Tengo que irme ya —le digo.

—Te llevo.

Ya en la puerta de mi casa, me enseña las fotos de Alba en su móvil, que antes no la había visto bien. Tiene el pelo castaño claro, ojos azules, la piel morena y cara de traviesa.

—Es muy guapa, se parece a ti —comento—. Me gustaría mucho conocerla.

—La echo de menos, ¿sabes? Enterarme de la noche a la mañana que tenía una hermana... Un día le regalé un piano de juguete y se puso muy contenta.

—Pues a lo mejor sale a ti.

—Mientras no salga al gilipollas de mi no-padre...

—Seguro que no —respondo—. Bueno, me voy ya. Mañana nos vemos.

No quiero despedirme. ¿Se me nota mucho?

—Me lo he pasado muy bien hoy contigo, Ari —dice mirándome y produciéndome cosquilleos por todo el cuerpo—. Te veo mañana. —Se acerca a mis labios y los besa.

Estoy asustada por lo que estoy empezando a sentir. No quiero sentir nada. No puedo permitírmelo.

Sin embargo, entro en casa con una sonrisilla de tonta en la cara.

Capítulo 34

Álvaro

Estoy bajo la alcachofa de la ducha mientras me va cayendo el agua fría por todo el cuerpo, después del calentón que me ha dejado Heidi. Me estoy volviendo loco. No sé qué cojones me pasa cuando estoy cerca de ella y me estoy asustando de verdad. Igual algo dentro de mí se está enamorando sin que yo lo sepa.

Vale, no sé qué demonios acabo de pensar.

Claro que no me estoy enamorando, joder.

Salgo de la ducha y regreso a mi habitación. Desbloqueo mi móvil y abro Spotify. Pongo mi lista de reproducción en modo aleatorio y suena la canción *Rolling in the deep*, de Adele. Conforme la música suena en mis oídos con los cascos puestos, me voy sumergiéndome en un profundo sueño.

* * *

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es la hora en la pantalla de mi móvil y maldigo para mis adentros. Anoche se me olvidó poner la alarma y me he quedado dormido. Ahora son casi las doce. Bah, para tres horas de clase que quedan, mejor me quedo en la cama un ratito más...

Decido meterme en el WhatsApp, donde Ari me ha escrito un mensaje.

ENANA: «¿Dónde te metes, dormilón?»

Me hago una foto con la cámara del móvil, fingiendo que duermo que, por cierto, salgo demasiado irresistible, y se la envío. Seguro que se la pondrá como fondo de pantalla ahora mismo.

YO: «Roncando como un cerdo»

ENANA: «Más bien como un angelito»

Se me pone sonrisa de gilipollas. Menos mal que no me está viendo nadie

para arruinar mi reputación.

YO: «Salgo precioso. ¿Y tú qué haces?»

ENANA: «Con los ojos medio cerrados en clase de Historia»

YO: «Qué malota. En clase no se puede usar el móvil»

ENANA: «¿Y qué quieres? ¿Que me duerma?»

YO: «Ven y duerme conmigo abrazada. Como en el día de la fiesta...»

ENANA: «¡Me secuestraste!»

YO: «No, te salvé de dormir en un contenedor de basura»

ENANA: «Pero se considera secuestro»

Y así seguimos hasta que acaba su clase de Historia y se despide de mí. Esta tarde la recogeré a la misma hora que ayer.

* * *

Llevo diez minutos esperándola en la puerta de su casa sentado en la moto y aún no comprendo por qué las tías se demoran tanto tiempo en salir. Mimi tardaba como tres horas en arreglarse, aunque sólo fuera para ir al instituto.

—Lo siento, lo siento, lo siento —se disculpa Ari juntando las dos manos como si estuviera rezando, en cuanto sale de su casa. Se ha peinado con una trenza hacia un lado, que la hace parecer más inocente de lo que ya de por sí no es—. Es que he tenido que ayudar a Alfonso con el ordenador.

—No pasa nada, enana. —Me bajo de la moto y le planto un beso en la mejilla—. ¿Vamos?

Asiente y nos subimos en Cassie. Me rodea con sus cálidos brazos y, en cuestión de minutos, ya estamos en mi habitación.

—Mónica se ha peleado con una de sus sombras hoy —me cuenta—. Ha sido porque la Barbie le tiró los trastos al novio de Patri.

Ya sabía que a Ari le gustaba ser una cotilla de pueblo... Cuando me conoció, quería saber hasta los «metros» que me medía la polla.

Vale, quizás estoy siendo demasiado exagerado, pero le faltó poco para

preguntarme eso. Aunque le hubiera respondido con mucho gusto.

—Esa le zorrea hasta a un perro —comento, y Ari suelta una carcajada.

—Te zorrea a ti cada vez que te ve...

—Pero paso de ella, no me interesa —digo, y por una vez en mi vida soy sincero—. Bueno, vamos a dejar ya el salseo y ayúdame a aprobar.

—¿Te has estudiado los verbos? —quiere saber. Esta vez nos sentamos sobre la cama.

—Sí. Algo.

—Bien. Te he traído un examen que me he descargado de Internet. Ya puedes estar haciéndolo. Tienes una hora.

Joder, qué marimandona.

—Vale, profe —le digo—. Oye, ¿por qué no te dedicas a ser maestra? Eres muy mandona.

—No me gustan los niños, y menos los adolescentes llenos de hormonas.

Eso lo dice por mí, seguro.

—Yo no soy un adolescente lleno de hormonas —replico con retintín.

—Tú estás en el grupo de los niños. —Y suelta una risita.

—Últimamente estás muy graciosa.

Me encanta que esté feliz. Se le ilumina la cara completamente y los ojos se le vuelven más brillantes.

«Basta de pensar en ñoñeces, Álvaro».

—Ponte a hacer el examen ya o te suspendo —me vuelve a ordenar poniéndose muy seria, pero fracasa y se ríe de nuevo.

«No me está volviendo loco, no me está volviendo loco, no me está volviendo loco».

Mientras hago el examen, ella estudia Historia, pero de vez en cuando coge su móvil y habla con alguien por WhatsApp a la vez que sonrío. ¿Será ese tal Diego del que me habló? Me imagino sus pintas de niño pijo y repeinado, vestido con una chaqueta de punto, pantalones de pana y gafas de empollón. Seguramente será feo.

No puedo evitar echar un vistazo a su pantalla, acercándome un poco sin que Ari se dé cuenta. Y, efectivamente, se trata de ese tío.

Ari me pilla husmeando y esconde su móvil con rapidez.

—¿Qué haces?

—Es que no entiendo este ejercicio. Explícamelo —miento señalándole la hoja. En realidad es una excusa para que me preste atención.

—A ver... —Suelta un suspiro y le echa un vistazo al examen—. Pero si es muy fácil. Te lo expliqué ayer y lo entendiste.

—Ya, pero se me ha olvidado.

Me lo explica todo otra vez como si fuera tonto y yo no aparto mis ojos de sus labios, que son demasiado sexys cuando se mueven.

—¿Me estás escuchando, Álvaro?

—Eh... Sí, claro —balbuceo.

—A ver, ¿qué he dicho?

—Eh... Vale, no te estaba escuchando —admito, y Ari niega con la cabeza en desaprobación.

Joder, qué seria se pone cuando hace el papel de maestra.

—Si no te lo tomas en serio, no vas a aprobar. Termina, que te quedan quince minutos.

Continúo haciendo el examen y, en cuanto lo acabo, se lo doy para que me lo corrija.

—Sé buena —le pido poniéndole ojitos.

—Cállate.

Me quedo observándola embobado mientras me lo corrige, muy concentrada. Cuando termina, me contempla, seria.

—Has tenido unos cuantos fallos. Te he puesto un siete.

—Joder, menuda notaza. Qué listo soy. Seguro que apruebo por tu culpa.

—¿Por mi culpa? —Se echa a reír—. Si apruebas, me tendrás que invitar a algo.

—No tienes cara ni nada. —Jugueteo con su trenza—. Si quieres, te invito ahora en el bar donde trabaja mi madre.

—Me parece perfecto.

Salimos de mi casa, bajamos en el ascensor y cruzamos hasta el bar. Nos sentamos a una mesa y viene mi madre a atendernos minutos después.

—Hola, chicos —nos saluda—. ¿Qué queréis tomar?

—Un batido de pitufo, por favor —le pide Ari.

¿De pitufo? ¿Qué cojones es eso?

—¿Y tú, hijo? —me pregunta mi madre.

—Lo mismo.

Me pregunto si Ari habrá tenido novio alguna vez. Creo que con el tío ese con el que habla por WhatsApp tiene algo más aparte de amistad. Aunque me dijo que yo era el primero que la besaba... Y me ha encantado haber sido el único en probar sus labios.

—¿Has tenido novio alguna vez? —suelto de repente.

Me mira como si me hubiesen salido tres cabezas.

—¿Por qué lo preguntas? —inquire.

—Por nada. Curiosidad.

Mi madre viene con los batidos, que son azules y tienen una pinta

repugnante.

—Aquí tenéis. ¡Que aproveche!

—Gracias —le contesta Ari en tono educado, y mi madre le sonrío de manera tierna y se vuelve a ir—. Qué buena pinta. —Le da un sorbo a su batido.

—¿Esta mierda a qué sabe?

—A chicle. ¿Nunca lo has probado? —me pregunta, y hago una mueca de asco—. Pruébalo —insiste—. Confía en mí.

Respiro hondo, le doy un sorbo y saboreo. Es verdad, sabe a chicle. No está tan mal.

—¿Te gusta? —me pregunta.

—Sí, está bueno, aunque no tanto como lo estoy yo. —Le guiño un ojo y ella pone los suyos en blanco—. ¿Sabes? Los tíos están ciegos para no fijarse en ti.

Ari se atraganta con el batido y empieza a toser, poniéndose colorada. Temo que le salga el líquido azul por la nariz y me salpique, disfrazándome de pitufo. Le doy palmaditas en la espalda para que se le pase.

—Vuelve a beber, anda.

—Creía que moriría —admite cuando está más calmada.

—Eres preciosa —suelto, y bebo de mi batido.

Ella abre la boca y los ojos como platos, quedándose pasmada. Menos mal que no estaba bebiendo.

—¿Te estás riendo de mí?

—No. Me pareces una chica muy guapa y además tienes unos ojazos impresionantes.

¿Pero qué cursiladas estoy soltando? No me reconozco. Este no soy yo. Se ha metido un oso amoroso en mi cuerpo y está matando poco a poco a mi macho alfa.

—¿Qué le ha pasado de repente a tu neurona?

—¿Te gusta alguien? —le pregunto sin hacerle caso.

—Álvaro, para de decir tonterías —ruega—. No sé qué es lo que te habrás chutado.

—Dímelo.

—Me gustas tú —escupe.

—¿Cómo?

Lo sabía.

—Era broma. No me gustas. No eres mi tipo. Eres demasiado chulito —contesta demasiado nerviosa y sin hacer ninguna pausa entre las palabras.

¿Por qué será que no me lo creo? ¡Si yo le gusto a todo el mundo!

—Pues entonces tienes muy mal gusto —le digo, ofendido.

—Para gustos los colores.

Permanecemos en silencio, terminándonos los batidos.

—¿Entonces por qué nos liamos? —le pregunto rompiendo el silencio.

—Porque somos novios, ¿no?

¿Me está tomando el pelo?

No digo nada, pero ella me mira, esperando una respuesta. Y, de pronto, estalla en risas. Qué cabrona es. La acompaño con mis carcajadas yo también, como si me hubiera fumado cinco porros. No sé lo que estoy haciendo.

—¿De qué os reís tanto? —Sandra interrumpe nuestra batalla de risas.

—¡Hombre, primita! —exclamo.

—¿Qué hacéis? —inquiere, y se sienta en una silla. Parece triste; tiene los ojos hinchados.

—¿Qué te pasa, Sandra? —quiere saber Ari, preocupada, pero todavía con los ojos húmedos de haber estado riéndose. Mi prima sonrío forzosamente.

—¿A quién demonios tengo que pegarle una paliza ya? Ha sido el tal Hugo ese, ¿verdad? —intervengo.

Asiente.

—Me ha dejado. Es un gilipollas. —Mi prima está haciendo un esfuerzo por no llorar—. Sólo me quería para lo que me quería.

—Qué cabrón. Todos los tíos son iguales —opina Ari, y a mí me duelen sus palabras.

Bueno, admito que yo también he sido un mamón con las tías, pero que lo sean con mi prima no me hace ni puta gracia, y con Ari me estoy portando bien.

—Ari, ven a mi casa. Necesito desahogarme —le pide Sandra.

—Claro.

Bien, ahora me dejan solo mientras ellas se van a parlotear por ahí.

—Esto... Álvaro, mañana te veo —dice Ari dedicándome una amplia sonrisa.

—Vale. —Le sonrío y miro a Sandra—. Y tú no estés así por ese subnormal.

Mi prima finge una sonrisa, y luego las dos se van.

* * *

—¿Qué tienes con esa niña? —me pregunta mi madre mientras me preparo un tazón de cereales para cenar. Ya está metiéndose donde no la llaman.

—Nada.

—¿Por qué no la traes a comer un día a casa?

—¿Y por qué iba a hacerlo? No tiene sentido —replico.

—Ay, hijo. A ver cuándo te das cuenta de las cosas —dice poniendo tono de madre comprensiva.

Cojo el tazón y me voy a mi cuarto con tal de no escucharla.

¿Por qué las madres se tienen que meter en todo? La mía no era así. Antes pasaba de mí como de la mierda, y ahora se cree que puede venir a hacer el papel de madre como si de verdad no hubiera pasado nada.

Me termino los cereales, cabreado, al mismo tiempo que veo un capítulo de *Breaking bad*, y me llega un mensaje al WhatsApp.

ENANA: «Creo que me he dejado en tu casa mi agenda. Porfi, mañana me la traes»

Miro a mi alrededor y la encuentro encima de mi cama.

YO: «Sí, está aquí. Y te la devolveré si quiero»

ENANA: «Es importante. Sin ella me siento desorganizada»

YO: «Te la cambio por un morreo»

ENANA: «Tú dámela y punto»

Se habrá puesto colorada al leer mi mensaje, como si la viera.

* * *

—Toma tu agenda —le digo a Ari al día siguiente.

—¡Gracias! ¿La has mirado?

—No soy un cotilla como tú —contesto encogiéndome de hombros, como si de verdad no me importara, y ella suspira aliviada—. ¿Qué escondes?

—Nada. —Sonríe, tímida, y mete la agenda en la mochila.

Debería habérsela visto. Ahora me pica la curiosidad. Igual tiene una foto mía en pelotas.

—¿Y mi morreo qué?

—No te lo voy a dar. —Me da con el dedo índice en el pecho, mirándome divertida—. Me voy a clase. Suerte con el examen.

—Gracias.

Una hora después, termino de hacer el examen de francés y me voy al patio, donde está Ari haciendo Educación Física. Ella, al verme, viene hacia mí sonriendo.

—¿Cómo te ha salido? Tienes buena cara.

—Bien, supongo.

—Seguro que apruebas.

—Pues a ver si es verdad... Me voy a casa para que mi cerebro se eche la siesta.

—Vale. —Ari se acerca a mí con intención de darme un beso en la boca, pero aparto mis labios de inmediato y me lo da en la mejilla. No me gusta que estén todos los de su clase mirando, aunque me muera de ganas por darle un buen morreo.

—Luego hablamos, Ari —suelto, y camino hasta la salida.

Tengo que hablar con ella y decírselo todo.

A la mierda la poligamia.

Capítulo 35

Ari

Estoy tan distraída en mis pensamientos después de lo que acaba de ocurrir con Don Chulito, que no veo venir la pelota de baloncesto hacia mí, y me golpea en toda la cara.

—¡Ay! —chillo.

—Perdona, Ari —se disculpa Chris, y se acerca a mí—. ¿Estás bien?

—Sí, es que estaba pensando en mis cosas.

Sandra también se une a nosotros.

—He visto lo que ha pasado con mi primo ahora.

—Sí, pero da igual. No iba en serio —replico.

—Es un desgraciado —interviene Chris—. Juro que le voy a pegar otro puñetazo.

—Habla con Álvaro de una vez por todas y déjale las cosas claras —me aconseja mi amiga, y la molesta voz de la Barbie Poligonera nos interrumpe.

—¡Uy, pero si está aquí la vaca a la que le acaban de hacer la cobra! —se burla con arrogancia, con sus dos sombras detrás.

—Que te den, Mónica —le espeto. Sus palabras me entran por un oído y me salen por el otro.

Las tres descerebradas se ríen al unísono.

—Das pena —dice la líder mirándome con desprecio.

Respiro hondo para no abalanzarme sobre ella y tirarle de los pelos.

—¿Por qué no te vas al baño para retocarte el pintalabios, bonita? —le dice Sandra antes de que a mí se me vaya la pinza.

—Menudas supernenas más patéticas —murmura Mónica con los brazos cruzados y esbozando una sonrisa de bruja. A continuación, gira sobre sus talones y se marcha, con las otras dos detrás.

—Es una pena que no se tropiece con sus propios pasos, la muy estúpida —comento sin dejar de mirarlas.

Y como si mis palabras fuesen mágicas, Mónica se tropieza con algo y se da de bruces contra el suelo. Sus dos amiguitas chillan del susto, y mis amigos y yo nos empezamos a reír.

—¿Tienes poderes? —inquieta Sandra, y continuamos meándonos de risa.

* * *

En cuanto llego a casa, me siento a la mesa de la cocina y me intento comer sin ganas los macarrones con salsa boloñesa; entonces me doy cuenta de que mi madre no deja de mirarme.

—Ariadna, deja de darle vueltas a los macarrones y cómetelos de una vez —me ordena.

—Sí, mamá.

Mi hermano y Alfonso están concentrados en comerse su plato, y yo tengo la sensación de que va a estallar una guerra entre la sargento y yo en cuestión de segundos por la tensión que se palpa en el ambiente.

—Ariadna —me llama con su voz fría y autoritaria—. Ese chico, el gamberro... ¿Estás saliendo con él?

Pincho un macarrón, me lo meto en la boca y lo mastico lentamente antes de contestarle:

—No.

—¿Entonces qué haces con él delante de mi casa todas las noches?! —me grita. Da un golpe en la mesa con la palma de la mano y los vasos tiemblan de miedo—. ¡Yo no te he educado para que seas una cualquiera!

¿En serio tengo que estar escuchando esto? ¿No tiene otra cosa mejor que hacer, aparte de fisgonear por la ventana cuando escucha la moto?

—¡Contesta, Ariadna! —vuelve a vociferar, pero yo sigo callada, concentrada en mi plato—. Se está aprovechando de tu inocencia y tú le estás siguiendo el juego como una tonta. ¿No te das cuenta de que ese chico no ve nada en ti? Sólo se está riendo de ti. Estoy segura de que ha hecho una apuesta con sus amigotes.

—Isabel, cálmate. —Alfonso intenta tranquilizarla.

La que debería ir al loquero es ella.

No digo nada, me levanto de la mesa con un nudo en la garganta y pongo el plato en el fregadero, pero cuando me dispongo a salir de la cocina, mi madre se levanta corriendo de su silla y me coge del brazo.

—No te quiero ver con esa clase de gentuza, ¿entendido?

—Déjame —le espeto con voz quebrada e intentando soltarme de sus garras.

—Te lo digo por tu bien.

Consigo soltarme, subo pitando las escaleras, dirigiéndome hacia el baño y empiezo a llorar desconsoladamente, apoyándome en el lavabo con las manos.

¿Por qué no se meterá en sus asuntos? Menuda madre que me ha tocado. En vez de apoyarme en todo lo que me pasa, me echa una regañina para que no me

junte con ciertas personas. Estoy harta. Un día de estos juro que me largo. Por un momento envidio a Álvaro cuando sus padres lo echaron de su casa. Una lástima que la mía no haga lo mismo conmigo.

Termino de sollozar y miro la taza del váter.

«Gorda».

Antes de que pueda pensar con claridad, Mía logra convencerme y ya estoy poniéndome de rodillas, observando el agua. Sin pensarlo, me introduzco los dedos en la garganta y vomito.

Hecho.

Hago el ritual de siempre y me encierro en mi cuarto. Me tumbo en mi cama y cojo el móvil. Tengo un mensaje y una llamada perdida de Álvaro.

DON CHULITO: «Llámame, por favor. O contesta mis mensajes. Quiero hablar contigo»

No tengo ganas de hacer nada, y mucho menos hablar con él, así que apago el móvil y veo alguna serie durante toda la tarde.

—Ari, tus amigos han venido a buscarte —me informa mi hermano al cabo de unas horas detrás de la puerta.

Mierda. Tampoco tengo ganas de salir a ningún lado ni de soportar a nadie.

Sandra y Chris abren la puerta y entran sin pedir permiso. Debería haber echado el pestillo.

—¿Dónde se supone que estás metida? —pregunta Sandra, pero no respondo.

—¿Qué te pasa? —Chris se sienta en mi cama.

—Nada —miento, aunque saben que me pasa algo.

—La que tendría que estar mal debería de ser yo; no tú. Así que vamos ahora mismo a dar una vuelta si no quieres que te llevemos a rastras —interviene mi amiga.

Finalmente me convencen para salir, pero no pienso quitar mi cara deprimente.

* * *

Después de recorrer Málaga, obligada por mis amigos, decidimos ir a casa de Sandra para cenar algo y ver una peli. Estamos pasando por el parque que hay cerca de donde vive, en el que hay unos cuantos grupitos de adolescentes sin nada mejor que hacer, y diviso a los amigos de Álvaro sentados en el césped junto con unos cuantos chicos más y las tres Barbies Poligoneras. No veo a Don Chulito por ninguna parte; creo que le toca ir al McDonald's, pero no estoy muy

segura.

—Si buscas a quien yo me sé, está en aquel árbol de allí —me informa Chris señalando el lugar al que se refiere.

Miro hacia donde me ha indicado y lo encuentro, sentado en el césped debajo de un árbol, alejado de todos, con una rubia de bote. Será cabrón. Bueno, no sé por qué pienso eso si no somos nada. Aunque tengo ganas de divertirme y de joderle la cita.

—Esperadme aquí —les digo a mis amigos.

Me dirijo hacia Don Chulito y observo que la otra ya está intentando meterle la lengua hasta la campanilla, pero él parece que no le pone ninguna emoción al beso. Carraspeo escandalosamente y Álvaro se aparta de ella y alza su mirada.

—¿Qué quieres? —me espeta.

Bienvenidos a mi obra de teatro superdramática.

—¿Qué haces con esta tía, Álvaro? ¿Es que estás jugando a dos bandas? No me esperaba esto de ti. —Finjo estar dolida.

Álvaro se levanta del césped, y la chica también, que nos contempla sin comprender nada.

—¿Pero qué estás diciendo? —inquire Don Chulito.

«Vamos, Ari, no te rías».

—Creía que yo era la única... —musito con un hilillo de voz.

A la tía parece que le quedan neuronas vivas porque se le acaba de iluminar la bombilla.

—¿Es tu novia? —le pregunta a Álvaro, indignada—. ¡Me habías dicho que no tenías! ¡Eres un cabrón! —Le propina una bofetada en toda la mejilla y se larga.

Toma ya.

«No te rías, no te rías, no te rías».

Me muerdo el labio por dentro, para aguantarme la risa, y Álvaro me mira, echando chispas por los ojos.

—¿Pero a ti qué cojones te pasa? —brama.

Observo que sus amigotes se acercan para fisgonear, y es mi oportunidad de dejarlo en ridículo.

—¿Ya no me quieres, Álvaro? Prefieres irte con cualquiera antes que estar conmigo... Creía que estabas enamorado de mí.

Álvaro me mira con los ojos como platos. Después, observa su alrededor, notando todas las miradas en él, y es entonces cuando cambia de estar sorprendido a cabreado.

Oh, no, vamos a acabar mal.

—¿Pero qué dices? No te inventes las cosas. Yo nunca estaría con alguien

como tú —dice haciendo una mueca de asco. Sé que se ha referido a mis kilos grasientos.

Todos se ríen.

Menudo cabrón. Ha usado mi punto débil. Sabía que con esas palabras me iba a hundir en lo más hondo.

—¡Eres un gilipollas! —exclamo.

Álvaro se acerca a mí con la expresión de amenazarme de vida o muerte.

—Lo siento —susurra en mi oído sin que nadie lo oiga.

Pero yo, en vez de contestarle, le pego un rodillazo en la entrepierna, que los deja a todos con la boca abierta y vitoreándome.

Y huyo.

—¡Pero no le aplaudáis, imbéciles! —oigo gritar a Álvaro.

* * *

Mis amigos y yo hemos bajado a desayunar a la terraza del bar donde trabaja la madre del innumerable. Anoche nos fuimos a dormir tarde porque estuvimos viendo un montón de capítulos de *Once upon a time* hasta que el sueño nos venció a cada uno, pero yo sigo comiéndome la cabeza por culpa de Don Chulito.

—¿Por qué no pruebas a decirle lo que sientes de una vez por todas y dejas de comerte el tarro? —inquire Sandra.

—Porque no tengo ni idea de lo que siento por ese idiota.

—Te pusiste muy celosa cuando lo viste liándose con esa tía —comenta Chris.

Me están entrando ganas de tirarle a mi amigo el Cola-Cao por la cabeza por haber dicho eso. Pero me contengo y sólo le lanzo una mirada asesina, hasta que la voz del innumerable suena detrás de mí.

—Hey, ¿qué hacéis?

Levanto mi vista hacia él.

—¿Desayunando? ¿O acaso estás ciego? —le espeto, y se sienta en la silla libre que hay a mi lado.

—¿Todavía estás de mal humor?

Entrecierro los ojos sin dejar de mirarle.

—Sólo cuando te veo.

—¿Pero qué cojones te pasa conmigo? —estalla subiendo el tono. La gente de las otras mesas se ha girado para mirarnos.

—Nada —le respondo, y me levanto con la intención de meterme en el baño.

Parece que a Don Chulito no le gusta que lo ignoren.

Capítulo 36

Álvaro

—¿Se puede saber qué mosca le ha picado a vuestra amiga? —les pregunto a Chris y a Sandra cuando Ari se esfuma—. Lleva así desde ayer.

—Parece ser que te quiere sólo para ella —me contesta mi prima, y Chris le da un codazo—. Te voy a decir una cosa, primo. Tienes que hablar con ella, pero en plan serio.

Sin pensármelo dos veces, me levanto de un salto de la silla y me dirijo hacia el baño del bar. Como esté haciendo lo que estoy pensando...

Pego la oreja en la puerta del servicio de las chicas y oigo sollozos.

—¿Ari? —la llamo. Doy un golpe en la puerta, pero no me responde—. Ábreme, que soy yo —insisto, aunque continúa sin hacerme caso—. Ábreme, por favor.

Se oye el sonido del cerrojo y Ari me abre. Se queda con la vista clavada en el suelo y yo observo las lágrimas recorriendo sus mejillas; entonces me meto en el baño con ella, volviendo a cerrar con el pestillo, y la abrazo.

Cuando está más calmada, rompe el silencio.

—He vuelto a vomitar —confiesa sorbiendo por la nariz, y se separa de mí.

Mierda.

—¿No será por mi culpa, no? —le pregunto, y me paso las manos por el pelo, angustiado.

—No —contesta mirando para otro lado.

—¿Y por qué estás así conmigo? —Le sujeto la cara, obligándola a mirarme.

—Da igual, Álvaro —susurra.

—¿No te habrás pillado de mí, no? ¿Es por lo de ayer, verdad? —La miro a sus ojos llorosos. Como me diga que está enamorada de mí, la he fastidiado pero bien—. ¿Ari?

Me vuelve a apartar la mirada.

—No —responde.

En este momento me siento como si fuera una llama de fuego que va quemando todo lo que hay a su alrededor. Ari se ha acercado demasiado a mí y ha acabado quemándose.

—Salgamos de aquí —digo.

—Déjame en paz. —Me mira con rencor, abre la puerta y abandona el servicio.

Me quedo un rato plantado en el baño de tías, mirando a la nada cuando, de repente, oigo el carraspeo de una mujer, que me está fulminando con la mirada desde el marco de la puerta..

—Es el baño de mujeres, muchachito.

—Ya lo sé. No soy retrasado —le espeto. Me largo del servicio para que la mujer pueda cagar a gusto y voy en busca de Ari, otra vez—. ¿Dónde ha ido Ari? —les pregunto a Chris y a mi prima cuando llego a su mesa.

—No sé lo que le has dicho, pero está allí dispuesta a hacer una cosa que te va a volver loco. —Sandra señala hacia donde está aparcada mi moto, y diviso a Ari dirigiéndose hacia ella.

—¿Pero qué...? —Me acerco corriendo a ella. Sin embargo, cuando llego, ya es demasiado tarde—. ¡Eh! ¿Qué demonios estás haciendo, loca? —bramo, y le quito el cuchillo de la mano.

Me cago en todo, joder.

—Creo que a tu querida Cassie le hace falta que le cambies la rueda —dice en tono divertido y con una sonrisa dibujada en sus labios; yo la miro echando chispas por los ojos—. Alvarito... ¿Te has enfadado porque le he pinchado la rueda a tu motito? —Hace muecas de burla.

No pienso consentir que me hable de esa manera por mucha Ari que sea, y menos que me estropee la moto.

—¿Y tú qué? Que te pones a llorar a la primera de cambio por cualquier gilipollez que te dicen —contraataco.

—Eres un estúpido —escupe. Me da un empujón y regresa con sus amigos.

Me agacho y observo la rueda que acaba de pinchar.

—¿Pero qué te ha hecho esa? —le pregunto a mi Cassie, y suelto un suspiro.

* * *

Después de haber salido del McDonald's, que he tenido que ir en autobús oliendo los sobacos sudados de la gente, he llevado mi moto a un taller para cambiarle la rueda, y ahora estoy en la pequeña playa que le enseñé a Ari.

Mientras me fumo un cigarro oyendo el sonido de las olas, le doy vueltas a todo lo que le he dicho esta mañana y lo que le dije ayer delante de todos. Me he pasado bastante con ella. Soy un completo gilipollas, pero no entiendo para nada su comportamiento. Se le va mucho la pinza.

Saco mi móvil del bolsillo y la llamo, pero no contesta y salta el buzón de voz, así que decido dejarle un mensaje de voz.

—Ari, perdóname. Ya sabes que no pienso las cosas que digo cuando estoy enfadado. Por favor, perdóname y llámame cuando escuches esto... O mándame un mensaje. —Y cuelgo.

Ahora que lo pienso, ella también ha tenido la culpa. Que no me hubiese destrozado la rueda de la moto. Yo no sé lo que le he hecho para que se ponga así conmigo. Me estoy rebajando demasiado por una tía.

Suena el WhatsApp y me da un vuelco al corazón.

VÍCTOR: «Botellón en la playa. ¿Te apuntas?»

Joder, creía que era ella.

Sin embargo, respondo que sí al instante. Supongo que me vendrá bien ir para despejarme de todo.

Salgo de mi playa y, en cuanto llego a la que me ha dicho Víctor, Mónica se me pega como si fuera una lapa.

—¿Qué tal, Álvaro?

—Estupendamente. ¿No me ves? —Cojo la botella de ron de una bolsa y me sirvo un poco de líquido en un vaso, mezclándolo con Coca-Cola.

—¿Estás liado con la señorita tocinitos? —quiere saber, inquisitiva, refiriéndose a Ari.

—Que yo sepa tiene nombre.

—O sea, que es verdad. Estáis liados. Por eso salisteis del baño juntos el otro día.

—No —contesto de inmediato, y bebo un sorbo de mi cubata.

Con lo bien que estaba en Madrid, me he tenido que venir a esta puta ciudad para complicarme la vida más de lo que ya la tenía. Y para colmo me encuentro con esa niña, que no se me va de la cabeza ni un minuto.

Estoy empezando a sentir cosas por ella.

Cosas que no debo sentir.

Sacudo la cabeza; me parece que estoy bebiendo demasiado.

No puedo permitirme sentir nada por alguien, sería la ruina para mí. Mi corazón se ha vuelto tan duro como la roca y tan frío como el hielo desde ese horrible día, y espero que siga así por mucho tiempo.

La melodía de mi móvil interrumpe mis pensamientos. Me alejo del grupo, que me importa un pimiento, y le contesto la llamada a Heidi.

—Hey.

—Hola, Álvaro. —Qué vocecilla tan dulce tiene.

—¿Qué quieres?

—Sólo te llamaba para disculparme por lo de tu moto. Siento haberte

pinchado la rueda. No sé lo que me ha pasado —cuenta mientras yo hago un esfuerzo por entender lo que me está diciendo, con mi cabeza dándome vueltas. No ha sido un buen momento para llamarme porque puedo soltar ahora mismo una estupidez de la que me podría arrepentir—. ¿Estás ahí?

—Te quiero —respondo sin haberle ordenado a mis cuerdas vocales decir semejante cosa.

—¿Qué?

—Que te quiero —ríó—. No sé lo que estoy diciendo.

—¿Estás borracho? —Suena sorprendida y su voz de pito se me clava en el cerebro como si fuera un mosquito molestando mi sueño en una noche de verano.

—Un poco.

—Álvaro, como te pase algo... No quiero que hagas ninguna tontería.

—No eres mi madre. Sólo eres una estúpida niña que se ha cruzado en mi camino para amargarme la vida. —Estoy seguro de que mañana, cuando me levante, me voy a arrepentir de todo lo que estoy diciendo—. ¡Que te den! —Me quedo mirando un buen rato la pantalla del móvil cuando cuelgo. No tengo ni idea de lo que le acabo de decir—. Maldita enana.

Al volver a la playa, observo a los chicos por el paseo, que les están gritando ordinarièces a todas las tías que van pasando. Menudos críos más idiotas, parece que tienen trece años con ese comportamiento. Diviso a Mónica y a sus amigas riéndose como si fueran tontas, sentadas en uno de los bancos, y me acerco a ellas.

—Me voy —les digo.

—¿Ya te vas tan pronto? —inquire Mónica con voz melosa, y se levanta—. Pero si no nos ha dado tiempo a hacer nada.

—¿Y?

—¿Así vas a conducir la moto? Te vas a matar.

—Pues mejor —digo, y me largo.

Lo malo va a ser que me pille la policía. Ahí sí que me voy a reír.

Arranco a Cassie y voy derecho a mi casa. Al llegar, tengo la suerte de no haberme encontrado con ningún madero que me multe ni de estamparme contra un muro. Ahora, a dormir la mona hasta que me levante mañana con una taladradora en la cabeza.

* * *

—Álvaro —oigo una voz llamándome en sueños—. Álvaro.

—Mmm... —murmuro sin abrir los ojos y con mi mente en otro planeta—.

Cinco minutos más.

Alguien me acaricia el rostro y yo ronroneo como un gato.

—¡Álvaro! —grita la voz, lo que hace que dé un respingo.

Abro un ojo y me encuentro con la carita de Ari mirándome.

Espera, que creo que estoy soñando.

Me restriego los ojos y los vuelvo a abrir.

Ari es real y está sentada en el filo de mi cama.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto con voz adormilada. La cabeza ya está empezando a darme martillazos.

—He venido a hablar contigo, ya que ayer te pusiste como un loco por teléfono.

—¿Yo? ¿Qué dije?

—Que te estoy amargando la vida —responde, ofendida.

Finjo sorprenderme.

—¿De verdad dije eso?

Sí, lo dije. Me acuerdo perfectamente.

Ella asiente.

También me acuerdo de una cosa más y doy gracias por que no la haya mencionado.

Me desperezco y me incorporo sobre la cama.

—Estaba cabreado y borracho; no es buena combinación —digo mientras mi cabeza sigue palpitando con fuerza.

—Supongo. —Suspira—. Por cierto, te he traído esto. —Saca del bolsillo de sus vaqueros dos billetes de cincuenta—. No sé cuánto cuesta la rueda, pero imagino que será suficiente.

¿De dónde ha sacado esta niña el dinero? ¿Habrá vuelto a robar?

—No hace falta que me pagues nada, así que ya puedes estar guardándote eso.

—Álvaro, cógelo. Fue mi culpa. —Me tiende los billetes.

—No lo cojo. Punto. —Me levanto de la cama, pero el suelo se mueve solo y me tambaleo—. Puta resaca.

Ari me mira de arriba abajo poniéndose como un tomate. Ni que fuera la primera vez que me ve en calzoncillos...

—Me voy a mi casa ya. Sólo he venido a traerte esto —dice, avergonzada y poniendo el dinero en la mesita de noche.

—Quédate y vamos a dar una vuelta si te esperas a que me duche. Si quieres, claro.

Ari se levanta sin mirarme.

—Vale —contesta.

Yo me río y cojo el dinero.

—No quiero que me lo vuelvas dar —digo, y meto el dinero en el bolsillo de sus vaqueros.

—Eres un cabezota.

—En eso nos parecemos.

La intento abrazar, pero ella se aparta.

—Álvaro, ve a ducharte ya —me ordena.

—¿De verdad que no te apetece darme un abrazo?

—Mejor te espero en el salón.

Qué tonta es.

Pero me gusta.

No, no me gusta.

A la mierda todo.

Me encanta.

Capítulo 37

Ari

Cuando salgo de la habitación de Álvaro, me dirijo hacia el salón para esperarlo, y me encuentro con su madre viendo un álbum de fotos, sentada en el sofá. Virginia levanta su vista y me mira sonriendo.

—Ven, bonita.

Me siento a su lado y me enseña fotos de cuando ella era más joven, y me doy cuenta de que siempre ha sido una mujer muy guapa.

Así ha salido su hijo.

—Mira, este es mi marido —me dice señalando a un hombre moreno de ojos azules, también bastante guapo.

—No se parece en nada a Álvaro —comento, y ella suspira.

—Tienes razón. No se parecen en nada. Mi hijo es más bueno que él —responde pasando las páginas.

—¿Este es Álvaro? —Señalo una foto donde sale un niño pequeño mirando a la cámara con sonrisa traviesa.

—Sí. Aquí tendría tres años. No ha cambiado nada, aunque ahora sonrío menos.

—Qué mono —digo.

—¿Y de mayor también te parece mono? —inquire dedicándome una sonrisa pícaro.

Me pongo colorada en un microsegundo.

—Pues...

Virginia coloca su mano sobre la mía, interrumpiendo lo que voy a decir.

—Tranquila —me dice—. Álvaro se dará cuenta.

Seguimos viendo más fotos de él. En casi todas sale con sus padres sonriendo. Se nota que era feliz, aunque luego cambiaran las cosas.

—¿Qué hacéis? —pregunta Álvaro, que ha entrado en el salón con un vaso lleno de zumo. Está guapísimo con una sudadera azul, unos vaqueros negros y el pelo húmedo y revuelto.

—Le estoy enseñando fotos a Ari —le responde su madre.

Álvaro pone los ojos en blanco y le da un sorbo al zumo.

—¿Quién es ella? —quiero saber señalando una foto en la que sale Álvaro

con la misma chica pelirroja que vi en su cartera.

—Es... —intenta responder Virginia, pero Álvaro se acerca raudo a nosotras, cierra el álbum de fotos de golpe y se hace con él. Intercambia una breve mirada con su madre.

—¿Nos vamos o qué? —me pregunta él. Se ha puesto demasiado tenso. Y Virginia también.

—Claro —contesto.

—¿Por qué no te quedas a comer con nosotros? —interviene su madre para suavizar el ambiente—. Voy a preparar alitas de pollo. ¿Te gustan? Es la comida preferida de mi Álvaro.

Pero antes de que yo pueda abrir la boca, Álvaro le contesta malhumorado:

—Tendrá cosas que hacer.

La verdad es que me encantaría quedarme a comer con ellos.

—No tengo nada que hacer. Puedo quedarme.

—¡Qué bien! —exclama Virginia muy contenta, y me dedica una mirada de complicidad—. Voy a preparar las cosas.

—Cojonudo —murmura Álvaro por lo bajo.

¿Qué le pasa ya? ¿Se ha enfadado porque he aceptado la invitación de su madre? Yo flipo con este tío.

Finalmente nos despedimos de su madre y salimos de su casa.

—¿Te apetece ir al rincón secreto? —inquiere con una sonrisa en los labios.

Con el rincón secreto se refiere a la playa donde estuvimos ese día que me llevó al hospital.

—Hace mucho tiempo que no vamos —comento.

Cuando llegamos hasta la moto, que está aparcada al lado del portal, nos encontramos con Sandra.

—Estáis últimamente muy pegados —dice moviendo las cejas de arriba abajo.

—Piérdete —le contesta Álvaro de mala gana.

Yo sonrío.

—Ya me lo contarás después —me susurra mi amiga al oído, y se despide de nosotros—: Adiós, tortolitos.

—Qué tía más pesada —murmura Álvaro cuando Sandra desaparece, y saca los dos cascos.

—¿Le has puesto una rueda nueva? —pregunto refiriéndome a la moto.

—No podía estar sin Cassie después de que una loca la dejara coja.

Ya le obligaré a coger el dinero, que en su casa no están las cosas como para derrochar.

Nos subimos a la moto y Álvaro la arranca. Lo abrazo por la espalda tan

fuerte que creo que lo voy a dejar sin respiración. Ya va empezando a hacer frío, lo que me recuerda que dentro de casi un mes estamos en Navidad y le prometí a Diego que iría a verlo. A ver si convengo a mi madre para ir a Barcelona durante las vacaciones.

—¿En qué piensas? —inquire Álvaro cuando aparca la moto, y comenzamos a caminar hacia las rocas.

Me doy cuenta de que tengo mi mano entrelazada con la suya. Me gusta la sensación.

—En nada.

Llegamos a las rocas del demonio y las vamos pasando una a una. Estoy segura de que alguna vez me caeré y me abriré la cabeza con la mala suerte que tengo y lo torpe que soy.

La playa está igual que la otra vez que vinimos; parece mentira que nadie venga a este sitio. Todavía hace un poco de sol, así que decidimos sentarnos en la arena mirando hacia el horizonte.

Nos quedamos en silencio un rato, mirando las olas chocándose contra la arena. Me encanta venir a la playa, y más aún a una como esta. Me relaja mucho.

—¿A qué huelen las nubes? —inquiero rompiendo el silencio.

—¿Has fumado porros o qué? —Suelta una carcajada.

—¡Contéstame!

Vuelve a reírse.

—Las nubes huelen a lluvia, Ari. ¿O acaso no sabes que están hechas de agua?

—Supongo. —Me encojo de hombros—. ¿Y las estrellas?

Creo que Álvaro quiere salir corriendo de aquí por la forma en la que me está mirando ahora mismo.

—Pues... —Su rostro se adorna con una expresión pensativa—. A mí. Porque yo soy una estrella.

—¡No lo eres! —replico—. Una estrella serías si fueras una persona muy importante.

—Ah, ¿y no lo soy?

—Maldito creído. —Me tumbo en la arena; luego miro a Álvaro, que está apuntándome con la cámara de su móvil para hacerme una foto, pero yo me incorporo y aparto la cara—. No me hagas fotos.

—¿Por qué? Quiero tener una foto tuya —me dice.

—No me gustan.

—¿Vas a quedarte todo el día sin mirarme o qué? Ya he guardado el móvil.

Me dispongo a mirarlo, pero cuando lo hago, suena el sonido de la cámara. Me ha pillado.

—¡Toma ya! —exclama.

—Bórrala ahora mismo —le ordeno.

—No. —Sonríe y mira su móvil—. Si sales muy bien, tonta. Mira. —Me enseña la foto, que por cierto, salgo muy fea con una sonrisa que parezco una lerda.

—Eres un mentiroso. Salgo horrible.

—Sales preciosa.

Levanta el móvil hacia arriba, con la cámara apuntando hacia él, y se hace un *selfie*. A continuación, mira cómo ha salido y me lo enseña.

Qué fotogénico es. Sale guapísimo mirando a la cámara y sonriendo. Se le nota que está muy seguro de sí mismo.

—Guapo, ¿verdad? —me pregunta.

Pongo los ojos en blanco.

—Horrible. Una abominación.

—Eso no te lo crees ni tú, mentirosa —dice fingiendo que le han dolido mis palabras—. Hazte una conmigo.

—Ni hablar.

—¿Por qué?

—Porque no todo el mundo puede presumir de su físico —le respondo en un tono demasiado borde.

—No te pongas así. —Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla—. Además, tú eres perfecta así como eres.

—Deja de vacilarme —murmuro, enfadada.

—No te gusta que te hagan cumplidos, ¿eh? —Álvaro me sonríe con esa sonrisa que me deja atontada; esa en la que se le arrugan las comisuras de los ojos. ¿Por qué no puedo enfadarme con él?

—¡Ay, déjame! —Me tumbo en la arena otra vez, riéndome y con un brazo tapándome los ojos, y él se tumba a mi lado, mirándome.

Lo observo y siento mis mejillas como si fuesen dos tomates achicharrando. Nuestros labios están a punto de rozarse.

—Me gustan tus labios —dice, y su lengua se pasea por mi labio inferior.

Pero antes de que pueda contestarle, pega sus labios a los míos, haciendo que una oleada de calor invada mi cuerpo. Sin embargo, todo se vuelve frío en cuanto suena la melodía de su móvil, y damos un respingo, separando nuestros labios.

—Joder —masculla, y se saca el móvil del bolsillo de los vaqueros.

—No lo cojas —le digo.

Parece que no me ha escuchado porque pasa de mí, sonríe como un idiota al leer el nombre de quien sea que le está llamando, y descuelga.

—¿Qué pasa, Buenorra? —contesta, y a mí se me revuelven las tripas de repente. Álvaro dibuja círculos en mi rodilla con su dedo mientras escucha a la tipa—. Estoy de puta madre en la playa ahora mismo. ¿Te doy envidia? —Pausa, luego se ríe—. No estoy follándome a ninguna, más bien estoy en plan cita romántica, Melody —Se calla, me mira y me guiña un ojo. Esa Melody me cae mal, aunque no sepa quién es—. No lo sé, ahora te lo digo. —Se echa el teléfono a un lado y me pregunta—: ¿Qué talla de sujetador tienes?

—¿Perdona?

Mi cerebro está terminando de procesar la pregunta y Álvaro se vuelve a acercarse al móvil a la oreja.

—No me lo quiere decir —sigue hablándole a la otra; después me estudia la delantera y abro mucho los ojos—. Por lo que veo, creo que una cien.

Abro la boca, sorprendida. ¿Por qué le está diciendo a esa la talla que tengo? Y encima tiene buen ojo, porque la ha acertado a la primera.

—No te la pienso poner, que me la espantas —continúa, y vuelve a hacer círculos en mi rodilla—. Me gusta muchísimo, Melody. —Me mira a los ojos y sonrío—. Te tengo que dejar. Ya iré a visitaros algún día. —Y cuelga.

—¿Quién era?

—Una colega —responde guardándose el móvil.

—¿Qué es lo que te gusta tanto? —inquiero, curiosa.

—Los espaguetis con tomate y salchichas. —Y me dedica una sonrisa, enseñándome todos los dientes.

—Ah. A mí también.

—Te los prepararé algún día. Es mi especialidad, además de las pizzas congeladas.

Me empieza a entrar la risa tonta.

—¿Y lo de mi talla de sujetador?

Hace un ademán con la mano, quitándole importancia.

—Melody es un caso perdido. Pero... ¿He acertado?

—Lo tendrás que averiguar algún día —contesto, y le guiño un ojo.

Oh, Dios, esta no soy yo. Creo que Álvaro me ha pegado su poca vergüenza y yo le he pegado tooooda la mía, porque me está mirando con la mandíbula desencajada.

Traga saliva.

—Esto... —balbucea—. ¿Comemos ya?

Capítulo 38

Álvaro

Por más que me obligue a mí mismo a no sentir nada por Ari, más ganas tengo de estar a su lado. ¿Por qué cojones me está pasando esto? ¿Tendrá algún tipo de poder sobrenatural sobre mí? Porque si no, no me lo explico. Y lo que me ha dicho hoy de que descubra su talla de sujetador... Joder, estoy deseándolo.

—¿Qué te parece si vemos una peli? —le pregunto a Ari.

Hemos estado comiendo con mi madre y me he quedado flipando cuando Ari se ha puesto a comer las alitas de pollo con cuchillo y tenedor, cosa que ha hecho que haya estado metiéndome con ella durante casi toda la comida, diciéndole que no es una persona normal si no se las comía con las manos hasta ponérselas pringosas y luego chuparlas como una auténtica marrana. Por supuesto, mi madre ha sacado la artillería pesada y ha estado soltando algunas de mis vergüenzas de cuando era pequeño. Claro, Ari cachondeándose de mí mientras mi madre me estaba sacando todos los colores.

—Vale, pero espera un momento, que tengo que ir al baño.

—Está bien. No tardes.

Y se marcha de mi habitación.

¿Seguirá vomitando? No creo, confío en ella. Me ha dicho que está bien, aunque nunca se sabe con estas cosas.

La iluminación de un móvil me saca de mis pensamientos. Es el de Ari. Lo cojo de la mesilla de noche y, en cuanto veo quien es la persona que la está llamando, suelto un bufido. ¿Qué tendrá con el soplapollas ese? Vuelvo a dejar el teléfono en su sitio y me tumbo en la cama con el portátil encima de las piernas para esperarla.

—Ya estoy. —Ari entra y se tumba a mi lado.

—¿Cuál quieres ver?

—Elige tú.

—Una de miedo.

—¡No! —exclama con su voz de pito.

—¿Acaso te dan miedo las pelis de miedo? —Me río a carcajadas y ella me fulmina con la mirada—. De eso se trata.

—Mejor elijo yo. —Se mete en la carpeta donde pone «Pelis» y busca alguna

que le guste. Pulsa en la de *El corredor del laberinto*.

—¿La has visto? —le pregunto.

—No, sólo he leído el libro.

Cómo no.

—¿Y por qué no te has esperado a ver la peli?

—Porque no es lo mismo. Las pelis basadas en los libros son muy malas —responde, decidida.

—Pues yo prefiero las pelis. Leer me da pereza.

—Todo te da pereza —murmura.

Mientras vemos la peli, no dejo de observar a Ari. De vez en cuando me pilla mirándola y sonrío; después vuelve a fijar la vista en la pantalla.

Pienso en el ataque de celos que le dio ayer cuando estaba con esa tía. ¿Me querrá de verdad? Si a mí nadie me quiere, ni siquiera mis padres. Aunque yo no puedo quererla como se merece, y tampoco puedo estar alejado de ella. Soy como un imán cuando la veo. Necesito estar pegado a ella.

No me estoy enterando de la película, pero me da igual. Decido rodearle la cintura con mi brazo y ella apoya la cabeza en mi hombro. Nos quedamos así hasta que aparecen los créditos en la pantalla.

—¿Me pasas mi móvil? —me pide incorporándose.

Mierda.

—Claro. —Estiro el brazo hasta la mesilla de noche, lo cojo y se lo doy.

—Qué raro —dice.

Me acerco con disimulo para cotillear la pantalla de su móvil y Ari lo mira preocupada.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

—Es Diego. Me ha llamado tres veces.

—¿Y? —Parezco celoso. ¿Estoy celoso? Por supuesto que no.

—Voy a llamarlo. Es muy raro en él.

No es raro. Le gusta dar por culo.

—Ahora vuelvo. —Sale al pasillo, cerrando la puerta tras de sí para llamar a ese gilipollas.

¿No puede hablar delante de mí o qué? Yo he hablado con Mel delante de ella.

Me levanto y abro un poco la puerta para husmear.

—¿Diego? ¿Por qué me has llamado? —Hace una pausa—. ¿Cómo? —Sueno sorprendida—. Vaya, lo siento mucho. No sé qué decirte. Ojalá estuviera ahí para animarte.

Vale, no debo ni quiero seguir escuchando. Cierro la puerta y vuelvo a sentarme en mi cama. Cuando Ari regresa con el rostro entristecido, me levanto

y me acerco a ella.

—¿Todo bien? —inquiero.

—No.

—¿Qué ha pasado? —La rodeo con mis brazos.

—Que Diego se ha peleado con su novia.

Ah, que tiene novia.

—Pues que se busque otra. Hay muchas chicas —digo, y ella me mira entrecerrando los ojos.

¿Por qué se preocupará tanto por ese idiota? ¿Y más por una tontería así? Menos mal que vive a miles de kilómetros de aquí.

—Igual voy a verlo en vacaciones. Tengo que convencer a mi madre —suelta.

—Ah —consigo decir. Esto sí que no me lo esperaba. Empiezo a sentir como una punzada de algo en mi estómago y no son celos. Bueno, en realidad no sé lo que es, pero me da mucha rabia que vaya a ver a ese tío.

—Tengo que irme a casa.

—Te llevo.

Después de dejarla en su casa, me paro en el parque más cercano a fumarme un cigarro y poner en orden mis pensamientos.

No entiendo cómo me he podido poner así por ese tío. No quiero a Ari, pero tampoco quiero que quiera a nadie más. Soy un puto egoísta. Porque no la quiero, ¿verdad? Sólo me gusta muchísimo, como le he dicho hoy a Mel por teléfono. Además, yo no sé qué significa querer a alguien.

Mi móvil me saca de mis paranoias mentales. Lo saco del bolsillo de los vaqueros y leo en la pantalla: «No coger». ¿Qué cojones querrá ahora el idiota del que dice ser mi padre? Vuelvo a guardar el teléfono y le doy una calada al cigarro. Mi móvil vuelve a sonar y yo estoy a punto de estamparlo contra un árbol. Se para y vuelve a sonar. Así hasta no sé cuántas veces más. Finalmente, lo apago y vuelvo a mi casa.

—Tu padre me ha llamado —me informa mi madre cuando entro—. Me ha dicho que su hija está enferma.

¿Alba? No, joder.

—¿Qué le pasa?

—Tiene meningitis. Está ingresada en el hospital.

¿Meningitis? Me da un vuelco al corazón al oírlo. Eso puede volverse algo muy grave... Tengo que ir a Madrid y estar a su lado. Por muy mal que me lleve con el gilipollas de mi no-padre, se trata de mi hermana pequeña.

—Mañana me voy a Madrid.

* * *

¿Cómo puede ser que haya echado tanto de menos esta ciudad? Estoy en el metro de Madrid, camino del hospital, observando todo el paisaje donde los recuerdos buenos y los no tan buenos, vienen a mi mente. Menos mal que esta mañana en el AVE no se ha sentado nadie a mi lado. Recuerdo cuando Ari se sentó hace unos meses, con esa sonrisa tímida, la cara como un tomate y con un libro más gordo que la Biblia.

Me doy cuenta de que no le he dicho nada de que me he venido. Bah, no importa, ya la llamaré. Aunque me vendrá bien para aclararme las ideas.

Me bajo cerca del hospital, entro por la puerta de la entrada con mi maleta y me dirijo hacia la recepción.

—¿Dónde está Alba González...?

¿Cuál era su otro apellido?

La mujer que hay teclea algo en su ordenador.

—¿Alba González Zambrano? —pregunta.

Yo asiento. Me suena ese apellido, así que supongo que se llamará así.

Salgo pitando sin darle las gracias en cuanto me dice el número de la habitación y espero a que baje el ascensor. Odio los hospitales; huelen a enfermedad. Estoy seguro de que cuando salga de aquí, voy a estar muriéndome de alguna cosa rara que haya pillado. Llego a la habitación de mi hermana, abro la puerta y la veo tumbada en la cama. A su lado está *su* padre.

—Álvaro, has venido. —Mi no-padre viene hacia mí.

Yo le hago caso omiso, suelto la maleta y me acerco a mi hermana, que está dormida.

—Renacuaja, te pondrás bien. —Le acaricio la mejilla y le doy un beso en la frente. Miro a *su* padre—. Esta noche me quedo con ella.

—No hace falta. Puedes ir a casa y quedarte allí. Estarás cansado del viaje —me dice.

—No. Me quedo —insisto.

Antes duermo en lo alto de un árbol en una noche de tormenta que quedarme allí. Además, ya tenía pensado ir a otro sitio en el que se pondrán como locos cuando me vean.

—Hijo... —Mi no-padre se vuelve a acercar a mí—. ¿Hasta cuándo vas a estar enfadado conmigo?

No contesto y me siento en la cama, al lado de Alba. Bastante tengo ya con contenerme viéndole esa cara de gilipollas como para ponerme a discutir con él.

Siento el móvil vibrar en mi bolsillo. Serán Ari o mi madre, así que ya las llamaré luego.

Capítulo 39

Ari

Álvaro no me ha cogido el teléfono.

Ayer vomité, pero no cuando fui a su baño, porque tenía miedo de que me pillara, sino después, cuando llegué a mi casa. Y hoy lo he vuelto a hacer en el recreo y cuando he terminado de almorzar. De hecho, llevo un par de días haciéndolo. Cada vez siento que estoy más gorda. Tengo la sensación de que todos se me quedan mirando y no paro de oír cuchicheos cada vez que paso por delante de alguien, sobre todo de Mónica y de sus amigas. Y encima mañana vuelvo a tener psicólogo, que no sé para qué me sirve, si no me ayuda en nada; sólo quiere que le cuente mi vida. Mi madre está derrochando el dinero tontamente.

Cojo el móvil y vuelvo a llamar a Álvaro, que no lo he visto por el instituto hoy.

—Enana —contesta al fin.

—Álvaro, ¿dónde estás? No te he visto hoy.

—En Madrid.

—¿En Madrid? —repito, sorprendida.

—Es que a mi hermana la han ingresado en el hospital por meningitis.

—Vaya... Lo siento. Seguro que se pondrá bien. Es igual de fuerte que tú.

Quiero estar allí con él para animarlo.

—Ya, eso espero —dice con voz exhausta—. Bueno, te tengo que dejar. Voy a ver cómo está. Más tarde te llamaré.

—Dale un besito de mi parte.

—Lo haré. Adiós, Ari. —Y cuelga.

Qué dura es la vida. Ayer Diego se peleó con su novia, hoy la hermana de Álvaro está en el hospital... ¿Por qué todo tiene que ser tan injusto?

El resto de la tarde la paso muy aburrida preparando el dichoso examen de Historia.

* * *

Son las siete y me va a estallar la cabeza de tanto estudiar. Decido ir un rato al

gimnasio, ya que hace tiempo que no me paso por allí y necesito quemar calorías sea como sea.

Me visto con ropa de deporte, cojo la mochila y me marcho de mi casa. En cuanto llego, me pongo en la cinta andadora, con mi iPod, escuchando *Shake it off*, de Taylor Swift.

Cuando llevo un cuarto de hora haciendo ejercicio, empiezo a sentir las piernas muy pesadas y la cabeza me da vueltas. Me siento en el suelo para esperar a que se me pase el mareo.

—¿Estás bien? —me pregunta la voz de alguien.

Alzo la vista y me encuentro con un tío que he visto varias veces por el gimnasio.

—Sí, gracias —le contesto—. Sólo me he sentido un poco mareada.

—Estás muy pálida. ¿Estás segura de que estás bien?

—Sí, no pasa nada —insisto.

Joder, ¿por qué no sigue haciendo sus pesas y me deja en paz?

—Te habrá dado una bajada de azúcar. Tienes que comer algo.

¿Por qué todo en esta vida tiene que ser comer?

—¡No! —exclamo, y me pongo en pie.

El tipo se sorprende, abriendo mucho sus ojos marrones.

—¿No está tu novio hoy por aquí? —inquire, y yo lo miro entrecerrando los ojos. ¿Es que no me va a dejar que baje las calorías tranquila o qué?

—No es mi novio. Y ahora, si no te importa, déjame, que voy a seguir haciendo ejercicio.

—¡Caray! Álvaro se ha quedado corto contándome lo de tu mal carácter.

Rebobino. ¿Álvaro? ¿Mal carácter yo? ¿Qué?

—¿Perdona? —cuestiono.

Rebobino otra vez y mi cerebro se monta su conclusión: Álvaro le ha dicho a este tipo que me vigile.

El tío se rasca la cabeza, avergonzado. Yo sigo pensando en lo que me ha dicho de mi mal carácter.

—¿Me estás espiando? —le suelto.

—No, para nada. —Seguro que miente. Álvaro se va a enterar cuando me llame.

—Me voy —le digo en tono borde—. Dile a tu querido amigo que me encuentre perfectamente. —Lo miro seria—. ¡Y no tengo mal carácter!

—Vale, vale. —Levanta las manos en expresión de derrota.

Cojo mi mochila y me marcho del gimnasio, cabreada.

Caminando hacia casa, con la furia recorriendo mis venas, me empiezan a pesar los párpados. Suspiro y sigo adelante. La barriga me duele y me siento

agotada. No voy a cenar esta noche, aunque la sargento de mi madre se ponga pesada. Cuando entro en casa, dejo la mochila en mi habitación y me dirijo hacia el baño para darme una ducha, y me entran unas ganas tremendas de subirme a la báscula. La busco en el sitio donde se encuentra, pero no está. Mi madre seguro que la ha escondido para que no caiga en la tentación y me pese. Será idiota. Puedo pesarme en cualquier sitio. Es más, mañana mismo compraré una y la esconderé en mi cuarto.

—Hija, ¿no bajas a cenar? —me pregunta mi madre desde la planta de abajo en cuanto salgo del baño.

—No tengo hambre.

Y antes de que pueda decirme nada, me encierro en mi habitación, echo el pestillo y me pongo los cascos con el volumen al máximo para no escuchar sus gritos de madre demente.

* * *

Ya he hecho el maldito examen de Historia que, por cierto, me ha salido fatal.

—Si luego sacas un ocho —me dice Chris en el recreo, junto con Sandra, comentando mi próximo suspenso mientras nos comemos una bolsa de patatas fritas.

—Pero esta vez va en serio —le contesto—. Voy a llamar a Álvaro. —Me levanto del banco y voy hacia el rincón de detrás del instituto. Marco su número y no tarda en descolgar.

—Enana —me contesta, de nuevo con voz cansada.

—Hola, Álvaro. ¿Cómo sigue tu hermana?

—Igual. —Oigo un bostezo.

—¿Has dormido bien?

—Todo lo bien que se puede dormir en un hospital —me responde—. Por cierto, hoy tienes que ir al psicólogo, ¿verdad?

Mierda. Su única neurona se ha acordado.

—Supongo —murmuro maldiciendo mi vida.

—Tienes que ir, ¿vale? Aunque yo no esté para acompañarte.

Marimandón.

Decido cambiar de tema.

—¿Dónde te vas a quedar estos días? ¿En el hospital?

—Algunas noches, sí. Las demás las pasaré con unos colegas.

—Ah. —Nunca me ha hablado de sus amigos de Madrid y tengo mucha curiosidad por saber de ellos—. ¿Son majos?

—Son mis antiguos compis de piso, aunque tú no encajarías con ellos —oigo

cómo se ríe.

—¿Por qué no?

—Son... —Hace una pausa—. Especiales.

A saber con qué tipo de elementos se juntaba por allí.

—¿Vivías con alguna chica? —Esa pregunta lleva dando vueltas por mi cabeza durante mucho tiempo.

—Sí, con la que hablé por teléfono y me preguntó tu talla de sujetador.

Punzada de celos en toda mi barriga.

—¿Y cómo es? ¿Guapa?

—Está muy buena.

Seguro que se se la ha... Prefiero no pensarlo.

—Ah —digo, y se me viene a la cabeza lo que me pasó ayer en el gimnasio

—. ¿Tengo mal carácter?

—¿Qué?

—Contéstame.

—Claro que no. Eres muy... —Se piensa las palabras muy bien—. Simpática.

—Y suelta una carcajada, el muy idiota.

—¿Has pedido que me vigilen en el gimnasio?

—¿Qué?

—No te hagas el tonto, le has dicho a un chico que siempre va que me vigile.

—Esto... Ari... Lo siento, pero no te oigo bien... —Se oyen ruidos raros, como si estuviera arrugando papel de periódico a posta—. Creo que no tengo cobertura. Luego te llamo. —Y me cuelga. Cómo se nota que lo ha hecho a propósito.

Vuelvo con Chris y Sandra, y les cuento lo que he hablado con Álvaro. Al sonar la campana, me dirijo hacia el baño, me meto en uno individual, me arrodillo y me introduzco los dedos en la garganta, echando las patatas fritas que me acabo de comer.

Perfecto.

Ahora que no está el guardaespaldas de Álvaro detrás de mí, tengo que aprovechar.

* * *

Acabo de venir del instituto y he escondido en el armario la báscula que he comprado en la tienda de chinos que hay cerca de mi casa, y espero que mi madre no se ponga a registrarlo todo. Bajo las escaleras y me como el salmón con verduras que ha preparado Alfonso. Su querida hija se ha venido también, cómo no.

Devoro la comida lo más rápido posible para irme cuanto antes de este infierno de mesa.

—Hija, no comas tan rápido. Te va a sentar mal —me riñe mi madre.

Pues mejor.

Le hago caso omiso y sigo concentrada en terminarme la comida.

—Te vas a hinchar más, como si fueras un pez globo —suelta la Barbie.

—Mónica, ya —intenta regañarla Alfonso.

Continúo sin hacerle caso a nadie y acabo con mi plato. Me levanto, lo pongo en el fregadero y subo corriendo a la planta de arriba, en dirección al baño, pero justo antes de que entre, escucho los pasos de mi madre.

Mierda.

—Ariadna —me llama, y yo me doy la vuelta hacia ella—. ¿A dónde vas tan rápido?

—A hacer pis —miento.

Esto ya parece *Gran hermano* con tanta vigilancia.

—Deja la puerta entornada. No miro.

¿Qué? ¿Lo está diciendo en serio? ¿Y si me entran ganas de hacer de vientre, qué?

—¡Ni hablar! —chillo.

—Pues entonces no entras al baño.

¿Me está prohibiendo mear? ¿Pero esta mujer ha perdido la cabeza del todo?

—No pienso hacerte caso, mamá. ¡Necesito hacer mis necesidades! —exclamo roja de rabia.

—Ariadna, acabas de comer.

—¡Me da igual! ¡Ya ni puedo entrar al baño tranquila! ¡Esto es increíble! —le grito, y me largo de casa, hecha una furia.

«Gorda. Gorda. Gorda».

Capítulo 40

Álvaro

Al salir del hospital, cojo el metro para que me lleve a mi antiguo piso. Esta noche se quedará con Alba *su* padre. Mientras tanto, aprovecho para llamar a Ari, que me siento mal por haberle colgado antes. Vale que le haya dicho a David que le echase un vistazo si se pasaba por el gimnasio, pero tampoco es para que piense que la estoy espiando.

—Álvaro —contesta, seca.

Joder, cómo la echo de menos.

—Hey, enana.

—¿Ya tienes cobertura? ¿O se te va a ir en cualquier momento, como ha pasado antes? —me pregunta en tono reprobatorio.

—Perdona, Ari. Es que necesitaba saber que estabas bien, por eso le dije a David que no te quitara ojo.

—No tienes que contratar guardaespaldas. Sé muy bien lo que hago.

—Lo siento —vuelvo a disculparme—. Bueno, ¿y qué tal con el psicólogo?

—Esto... Bien... Muy bien... Genial... —Reconozco ese tono cuando miente.

—¿Qué te ha dicho?

—Nada —Se ríe, nerviosa—. Cosas de loqueros, ya sabes.

—Ah, claro. Ni siquiera has ido, ¿verdad?

—¡Sí que he ido! —exclama tan alto que casi me deja sordo—. ¿No te fías de mí o qué?

—No es eso, Ari. Sólo quiero que te pongas bien.

Me doy cuenta de que la vieja que hay sentada a mi lado tiene puesta la oreja en mi conversación por cómo me mira de manera descarada. ¿No le han enseñado a no escuchar las conversaciones ajenas?

—Estoy bien, Álvaro. Te lo juro.

—Como te pase algo, me muero —digo, y la vieja me observa con expresión tierna.

—¿Tanto te preocupas por mí? —inquieta Ari, y puedo imaginarme la sonrisa en su cara.

—Pues claro. Somos amigos, ¿no?

O más que eso. No tengo ni idea. Me gustaría averiguar las malditas cosas

extrañas que estoy sintiendo por ella.

Seguimos hablando de tonterías y nos despedimos cuando llego a mi destino: la calle donde está mi antiguo piso-basurero. Salgo del metro y me dirijo hacia el portal, que está abierto. Subo las escaleras hasta la sexta planta, ya que al que construyó este edificio se le debió olvidar poner un ascensor. Toco la puerta «A» y espero a que alguno de los dos subnormales la abran.

—¡Pero mira quién ha venido de visita! —exclama Mel al abrirme, y me mira de arriba abajo con los ojos como platos y con un cigarro entre sus dedos—. ¡Y con maleta y todo!

Lleva ese *piercing* horrible entre los orificios de la nariz y se ha puesto el flequillo recto, con su media melena morena y lacia. Va vestida con un pantalón corto, unas medias de red y, en la parte de arriba, un sujetador rojo. Veo que no ha perdido esa costumbre de pasearse por el piso casi en pelotas.

—¿Qué haces aquí?

—Yo también me alegro de verte —le digo sonriendo y enseñando mis perfectos dientes.

—Ya echaba de menos a mi Buenorro. —Me abraza fugazmente y me da un pico—. Esto sin ti no es lo mismo.

—Lo sé —contesto, y entro en el basurero.

Está todo tal y como me lo imaginaba: latas de cerveza, colillas, comida podrida de a saber cuándo, cajas, ropa sucia... Todo tirado por el suelo. Tengo que pasar dando saltos.

—Tu habitación está ocupada —me informa Mel detrás de mí.

—Qué pronto me habéis reemplazado, ¿no?

Entramos al salón y me encuentro a Sergio jugando a la *play* con un tipo de pelo azul. Los dos ladean sus cabezas hacia mí.

—¡Hostias, tío! —Sergio se levanta como un loco y me da un abrazo—. ¿Tú no estabas en el sur bañándote en la playa con las tías en pelotas? —Hace como si estuviera tocándose las tetas y yo me río. Este tío nunca cambia.

—He venido a haceros una visita —le contesto, y miro al tipo de pelo azul—. ¿Y este quién es?

—Pipo, tu sustituto —contesta Mel, y el Pelopitufo me saluda con la cabeza.

¿Pipo? Si eso parece un nombre de perro.

Mel se sienta en una silla de las que rodean la mesa donde comíamos, Sergio vuelve a su sofá junto con el tal Pipo, y yo me siento en el otro.

—¿Y a qué has venido? —quiere saber Sergio.

—Mi hermana está en el hospital por meningitis.

—Joder, espero que se recupere pronto —dice Mel—. ¿Entonces te quedas aquí esta noche?

—Claro.

—Tu cuarto lo ocupo yo, así que a ti te toca dormir en el sofá —murmura el Pelopitufo, borde.

No me cae bien, así que paso de él.

—¿Tenéis cervezas? —les pregunto, y Mel asiente—. Tráeme una, anda —le pido.

—Te sabes el camino —me espeta.

—Es que tú eres la mujer de la casa —interviene el Pelopitufo, y suelta una carcajada.

A Mel no le sienta nada bien el comentario machista porque le lanza una lata de cerveza a la cabeza.

—Tengo más huevos que tú, imbécil.

—Tranquilos —los calma Sergio preparándose un cigarrillo.

—Te la traigo sólo porque eres nuestro invitado —me dice Mel, y se encamina hacia la cocina.

Yo, mientras tanto, miro en mi móvil la foto que le hice a Ari en la playa. Seguramente que, si viniera aquí, se desmayaría al instante viéndolo todo por medio. Me la imagino en su habitación, pintada de rosa y ordenada, como una niña buena.

—¿Y ese pastelito? —me pregunta Mel con mi cerveza en la mano y sentándose en el brazo del sillón, a mi lado. Yo le quito la lata y le doy un sorbo—. Quiero inspeccionarla. —Me roba el móvil de las manos y observa la foto—. Es mona. Es la chica de la que me hablaste, ¿verdad? La que te gusta muchísimo.

—¿Quién? —quiere saber Sergio al echar todo el humo del cigarro por la nariz.

—Esta niña. —Mel se levanta y le enseña mi móvil a Sergio; el Pelopitufo se acerca también.

—No es mucho de tu estilo, tío —comenta Sergio.

—Parece una niña de papá. Y está gorda —dice el Pelopitufo como si le hubiera pedido opinión.

Me estoy empezando a poner de mala hostia con el tal Popi o Pipo, o como cojones se llame.

—Claro, es que me había olvidado de que vosotros preferís a las tías que tienen más plástico metido en el cuerpo que una muñeca hinchable —interviene Mel—. Por cosas como esta, me alegro de ser bollera.

—A ti lo que te hace falta es un buen polvo —le responde el Pelopitufo, y Mel le lanza otra lata a la cabeza.

—Asco de tíos. —Mi amiga pone los ojos en blanco y vuelve a sentarse en el

brazo del sillón—. Bueno, ¿y cómo conociste al pastelito sureño?

El pastelito sureño. Me hace gracia.

Si les cuento todo, les va a sonar muy cursi, aunque nunca me han juzgado. Siempre me han apoyado en todo.

—Cantando en el Retiro. Se acercó a mí cuando estaba recogiendo las cosas y me dio cinco euros.

—Qué romántico —comenta Mel—. Te gusta de verdad, ¿eh?

—¿Te la has tirado ya? —interviene Sergio.

—No —contesto, y sonrío.

Sergio empieza a toser porque se ha ahogado con el humo del cigarro, al haberse sorprendido de mi respuesta.

—¿Qué hablas, tío? ¿No te la has follado? ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi amigo?

—¡Eso digo yo! —exclama Mel dándome un codazo.

—No quiero cagarla con Ari.

—Así que el pastelito se llama Ari —murmura mi amiga.

—Seguro que sus padres estarán forrados de pasta —vuelve a opinar Popi, que parece que quiere quedarse sin dentadura.

—¿Por qué no cierras la puta boca? —le espeto.

—Tampoco es para ponerse así. —Me mira con desdén y se levanta—. Yo me piro. Venga, que lo paséis bien. —Coge las llaves de encima de la mesa y se marcha del basurero.

—¿De dónde habéis sacado a este tipo? —les pregunto a mis colegas ahora que el Pelopitufo nos ha dejado solos.

—Es un gilipollas. Lo vamos a echar porque no paga. —Mel se lía un porro y me lo enseña—. ¿Te apetece uno? Como en los viejos tiempos.

—Después. Ahora tenía pensado ir a un sitio.

—¿A dónde? —Arquea una ceja—. ¿No irás a...?

—Lo necesito.

—¿Quieres que te lleve?

—Sí, por favor.

Mel deja el porro encima de la mesa, se pone una camiseta y coge su bolso.

—Ese porro es mío —dice dirigiéndose a Sergio—. Como desaparezca, te arranco los huevos.

—Ah, no. Yo me apunto con vosotros.

Salimos del basurero y nos encaminamos hacia la tartana de coche de Mel.

—A ver cuándo lo jubilas —le digo.

—Perdona, guapito, pero todavía le quedan muchas vidas para que la espiche —contesta, dolida, y pone la música a todo trapo antes de salir a la carretera.

—¿Quieres que te acompañemos? —me pregunta Sergio cuando llegamos; antes nos hemos parado en una floristería.

—No, esperadme aquí.

Me apeo del coche con el ramo de margaritas en las manos y me dirijo a paso lento hacia la entrada. Ocho meses después sigue siendo igual de difícil, o incluso más.

Entro, y un escalofrío me recorre todo el cuerpo. No quiero estar aquí. Camino con la mirada puesta en las margaritas y con todo este siniestro sitio en silencio. Sólo se oye el viento soplar.

Llego hasta su tumba e intento tragar saliva, pero se me hace imposible con el nudo que tengo formado en la garganta; después coloco las margaritas y descubro que alguien ha estado viniendo porque el nicho está reluciente y hay flores frescas.

Observo su foto.

—Hola, pequeña. —Me siento en el suelo con las piernas cruzadas y comienzo a hablarle—: No sé por dónde empezar. Quizá, si pudiera volver atrás en el tiempo y parar a ese hijo de puta... Ahora estarías viva. Te necesito, pelirroja. —El nudo de la garganta se me ha hecho más grande y los ojos se me están humedeciendo—. ¿Sabes? He conocido a una chica. No sé lo que me está pasando, pero creo que me estoy pillando muy fuerte por ella. No sé cómo comportarme, me saca de quicio, me insulta... Imagino que te caería bien. —Sonrío y una lágrima amenaza con salir de mis ojos—. Ojalá estuvieras aquí para que me aconsejaras sobre estas cosas, porque yo no tengo ni idea de lo que hacer. Sí, sé que te dije que a mí nunca me iba a pasar esto, pero me equivoqué. Te estarás cachondeando de mí desde donde quiera que estés. —Me quedo en silencio unos cuantos segundos—. Es todo muy difícil. Me haces muchísima falta. —Lágrimas brotan de mis ojos—. Mimi... Te echo de menos... —Y es entonces cuando rompo a llorar, siendo mis llantos los únicos sonidos que se oyen en el cementerio.

Capítulo 41

Ari

—¿Quién coño me despierta a estas horas de la madrugada? —me contesta una voz femenina al teléfono.

—¿Álvaro? ¿Dónde está Álvaro? —pregunto. Los celos se están empezando a apoderar de mí.

—Aquí, a mi lado roncando. ¿Quién eres tú? —Suenan las llaves.

—Soy Ari.

—¿Ari? ¿Que Ari? ¿El pastelito sureño? —Se oye una bocanada de aire—. Hostias, mi cabeza...

—¿Cómo?

—Mira, chica, yo no sé lo que le has hecho a mi Buenorro, porque está muy cambiado —me dice.

¿Su Buenorro? ¿Y por qué me conoce?

—Perdona, pero no sé quién eres y no sé qué estás haciendo con el móvil de Álvaro —respondo de mala gana.

Pues claro que sé lo que está haciendo. Han dormido juntos y a saber lo que han hecho.

—Me llamo Mel, soy colega de Álvaro.

Mel. La misma que se interesó por mi talla de sujetador.

—Ah. ¿Y le puedes decir que se ponga o que lo he llamado, por favor?

—¡Hostias, qué educada eres, chica! A mi Buenorro lo tienes enamorado perdido.

—¿Perdona?

—Mira, pastelito, te voy a ser sincera. Tú le molas a él, y él te mola a ti, pero él no quiere hacerte daño o moñadas por el estilo, ¿entiendes? Así que, tranquila, que lo voy a espabilar para que se dé cuenta de todo y comáis perdices.

—¿Qué? —Suelto una carcajada al oír eso—. ¿Me estás tomando el pelo?

¿Pero esta chica de dónde ha salido? ¿Por qué habla tan raro?

—Pastelito, ya me devolverás el favor.

¿Y por qué me llama pastelito?

—¿Qué cojones haces con mi móvil, Melody? —se oye la voz de Álvaro de fondo.

—Hablando con tu Julieta —responde la otra, y yo no puedo evitar esbozar una sonrisa.

—Estás como una puta cabra. Anda, trae el móvil, que me la vas a asustar —le dice Álvaro—. ¿Ari? ¿Sigues ahí?

—Sí, sigo aquí.

—Perdona a esta imbécil. Le faltan varios tornillos.

—*Love is in the air* —oigo a Mel cantando.

—¡Cállate, Melody! —le grita Álvaro—. Enana, ¿qué te ha contado esta loca?

—¿Has dormido con ella?

He ido directa al grano. Ahí, sin anestesia ni nada.

Álvaro suspira.

—Sí, ¿por?

—Curiosidad.

—No es lo que estás pensando. —Se ríe. Parece que se ha dado cuenta de mi no-simpatía—. Le molan las tías, así que no soy su tipo, pero no me lo creo, porque yo le molo a todo el mundo —me informa, y yo suelto todo el aire que me estaba conteniendo, aliviada.

—Pues me cae bien. A ver si me la presentas algún día.

—Claro, cuando vengas a Madrid.

—¿Para cuándo la boda? —exclama Mel de fondo.

—¡Cierra la boca, gilipollas! —le espeta Álvaro, y se vuelve a poner al teléfono—. Enana, no le hagas caso. Le hace falta pedir cita para entrar en un manicomio.

Estoy sufriendo un ataque de risa en este momento. Se nota que son muy buenos amigos.

—Es muy simpática —comento riéndome a carcajadas.

—Es una almorana en el culo —murmura, y yo sigo desternillándome—. Bueno, pequeña, te dejo, que tengo que ir a ver a mi hermana. Luego hablamos.

—Vale, pastelito —respondo.

—Joder, ya te ha pegado su locura... —dice, y se le escapa una risa—. Adiós, pastelito.

Y colgamos.

Subo hasta mi próxima clase de Arte con una sonrisa de tonta en la cara, pero al atravesar el pasillo, alguien me hace la zancadilla y me caigo al suelo. Oigo risas de descerebradas y alzo la vista.

—¿Es que no sabes andar como las personas normales, albondiguilla? —inquire la jefa de las Barbies Poligoneras.

Me levanto y me monto una conversación conmigo misma, debatiendo si

debo arrancarle la cabeza o irme como una idiota. Me decanto por lo primero.

—Te vas a enterar —le digo. Voy hacia ella y la agarro de los pelos con mis manos.

—¡Mi pelo! —grita Mónica, y se engancha en mi melena, en forma de venganza.

—¿Pero qué estáis haciendo? —Es la voz de la profesora de Historia—. ¡Soltaos!

No le hacemos caso y seguimos en nuestra pelea de «a ver quién le arranca más pelos a la otra». Y unos brazos nos separan. Son los del director. Genial.

—¡A mi despacho! —grita con la vena de la frente a punto de estallar.

La Barbie y yo nos quedamos mirándonos la una a la otra, lanzándonos cuchillos por los ojos.

—¡Ahora! —vuelve a vociferar el director, interrumpiendo nuestra matanza mental.

Mierda. Ya estoy perdida.

La Barbie echa a andar antes que yo, refunfuñando, y yo la sigo. Voy a coger el muñeco más feo que tenga, voy a pensar que es ella y le voy a hacer vudú.

Entramos en el despacho del director.

—Sentaos —nos ordena.

Nos sentamos cada una en una silla de las que rodean su mesa; yo, de brazos cruzados, y Mónica mirándose las uñas pintadas de rosa fosforito.

—Ha empezado ella —suelta la Barbie muy tranquila, señalándome con el dedo.

Puta mentirosa.

—¡Porque tú me has hecho la zancadilla! —le grito.

—No levantes la voz, Ariadna —me ordena el director.

Ahora la culpa la voy a tener yo.

—Ella —vuelve a hablar la Barbie señalándome— no deja de meterse conmigo desde que empezó el curso. Y yo lo estoy pasando muy mal. Me levanto por las mañanas con miedo de que un día se le vaya la cabeza y me amenace con una navaja —dice fingiendo que de un momento a otro se va a poner a llorar.

¿Pero qué está diciendo? Capaz es el maldito director de creerla a ella antes que a mí. Estará ciego para no darse cuenta de que ocurre todo lo contrario. O simplemente se hará el tonto, como pasa en todos los institutos en los que existe el acoso escolar.

—¡Eso es mentira! ¡Es ella la que se mete conmigo! —me defiendo.

El director nos mira con atención, con las palmas de las manos juntas.

—Me da igual la que haya empezado. Estáis expulsadas tres días. Las dos —

nos informa observándonos con el semblante serio—. Y voy a llamar a vuestros padres ahora mismo para que vengan a por vosotras. Esperad fuera.

Mi madre no, por favor. Espero que esté muy ocupada con su preciado trabajo y no pueda venir a por mí.

Salimos del despacho y esperamos en el pasillo. Me apoyo en la pared maldiciendo mi vida, y la otra se sienta en una silla, contemplándome con odio. Al cabo de media hora, aparece mi madre, atacada de los nervios, junto con Alfonso y la madre de Mónica.

—¿Te has vuelto loca? —me grita mi madre en mitad del pasillo mientras me coge del brazo—. ¡El director me acaba de llamar informándome de que mi hija se ha peleado! ¡He tenido que salir de una reunión muy importante para venir a por ti!

Siempre el trabajo. Siempre. ¿Por qué no se ha quedado allí?

—¿Por qué no os lleváis bien? —nos pide Alfonso.

La Barbie Poligonera me mira con desprecio; su madre también, y el director vuelve a aparecer.

—Entrad los tres, por favor.

Nuestros padres lo obedecen y yo me vuelvo a apoyar en la pared.

—Por tu culpa me van a expulsar, gorda de mierda —me espeta la Barbie.

No voy a entrar al trapo otra vez, así que me voy a la otra punta del pasillo a mirar las orlas de los antiguos alumnos. Si todo sale bien, el año que viene será mi último año en este infierno.

—Nos vamos a casa, Ariadna —me ordena mi madre cuando sale del despacho.

Nos marchamos del instituto y nos dirigimos hacia el coche junto con Alfonso. Mónica y su madre se van por otro lado.

—No te reconozco, hija —me recrimina la sargento mientras conduce.

Apoyo la cabeza en la ventana, mirando el paisaje. No pienso escuchar lo que me va a decir. Mejor será que se concentre en la carretera en vez de estar regañándome y tengamos la suerte de que nos estrellemos con un camión, que es lo que deseo en este momento más que nada en el mundo.

—Estás castigada una semana sin salir y sin móvil —sentencia—. Cuando llegue del trabajo, hablaremos. —Aparca el coche en doble fila y Alfonso y yo nos apeamos.—. Vigílala —le ordena a su noviete, y él asiente con la cabeza como un calzonazos.

Genial. Una semana vigilada y lo que me queda. Voy a acabar tirándome por la ventana.

* * *

Estoy removiendo la sopa de algo extraño que ha hecho Alfonso. Mi madre, en cuanto ha llegado, me ha quitado el móvil y ahora no puedo hablar con Álvaro durante una semana y no tengo ni idea de cuándo va a volver a Málaga.

Suspiro, mirando el experimento que hay en mi plato.

—Deja de darle vueltas a la comida, Ariadna —interviene la sargento—. No me pienso mover de aquí hasta que te la acabes.

Por favor, que alguien me saque de esta casa y me lleve lejos.

Sin ganas, y por no estar escuchando a la sargento, me termino la sustancia rara en cinco segundos y pongo el plato en el fregadero.

Mierda. Tampoco puedo vomitar porque mi madre se va a poner detrás de la puerta con la oreja pegada, y tampoco puedo ir al gimnasio porque no puedo salir. ¿Esto qué es? ¿Una cárcel?

Creo que en la cárcel se tiene más libertad.

Bufo y subo a encerrarme en mi habitación, de nuevo. Cojo la báscula y me peso.

Cincuenta y ocho.

Uff, tengo que hacer algo.

Cojo el portátil y busco en YouTube algún vídeo para hacer ejercicio desde casa.

* * *

Después de «cenar», me doy una ducha y aprovecho el ruido del agua para deshacerme de todas las calorías que me han obligado a ingerir durante la cena. Voy a mi habitación y me conecto al Facebook por el ordenador. Decido enviarle un mensaje privado a Álvaro.

YO: «Hola, Álvaro. Mi madre me ha castigado una semana sin móvil, así que tendremos que hablar por aquí»

No tarda en llegar su respuesta. Parece que está todo el día pegado al móvil.

ÁLVARO: «Espera, que le robo el portátil a Mel y te mando una videollamada»

Aguardo, y en menos de cinco minutos, ya estoy admirando su rostro tan encantador en mi pantalla.

—Hey, enana —me saluda sonriendo. Lleva puesta una sudadera negra, que

es lo único que me deja ver la pantalla, por desgracia.

—Hola —digo, y también sonrío, pero como una tonta.

Sé que estoy horrible con mi pijama rosa de osos panda y el pelo hecho un desastre, recién lavado.

—Estás muy guapa con ese conjunto, ¿te vas de fiesta? —se burla.

—Pues me iría ahora mismo, pero mi madre me ha castigado una semana sin salir y sin móvil.

—¿Qué has hecho ya?

Busco las palabras adecuadas.

—Me he peleado con Mónica en el insti y me han expulsado tres días.

Enarca una ceja, como sorprendido.

—¿Me voy yo y ya te vuelves toda una matona? —Suelta una carcajada. Qué imbécil es—. ¿Qué te ha hecho esa petarda?

—Me ha puesto la zancadilla y me ha insultado. Se lo merecía.

—Estoy muy orgulloso de ti, Ari —admite muy contento y sonriente—. Dame un *ciber-beso* o algo, ¿no?

—Sí, claro. Espérate ahí sentado.

Álvaro pone morritos y se acerca a la cámara para darle besos. Lo único que veo son sus deliciosos labios que me estoy muriendo de ganas por besar.

—¿Qué haces besuqueando mi ordenador? —pregunta una voz de chica que enseguida reconozco—. ¿Estás echando un *ciber-polvo* con alguna?

Álvaro da un respingo y deja de hacer el tonto. Yo me estoy aguantando la risa.

—¿No te estabas duchando, Melody?

—¿Es tu pastelito? Preséntala.

Álvaro se niega, pero Mel se hace con el portátil.

—¡Pastelito! —me saluda cuando aparece en la pantalla. Lleva una toalla en la cabeza y un albornoz amarillo, y me doy cuenta de que tiene un *piercing* de aro entre los dos orificios de la nariz.

—Hola.

Mel empieza a estudiarme.

—¡Joder, menudo bombón! —chilla, y ladea su cabeza hacia Álvaro—. Buenorro, si no la quieres tú, me la quedo yo.

—¡Cállate, que no es un tanga de mercadillo! —le espeta el otro, y la aparta de la cámara—. Está loca —susurra mirándome, y a mí me entra otro ataque de risa. Me encanta lo bien que se llevan.

—¡Te he oído! —exclama Mel—. Bueno, os dejo para que habléis de vuestras intimidades de pareja. —Se asoma otra vez a la cámara—. Un gusto conocerte, pastelito.

—Igualmente —le digo.

Mel desaparece y Álvaro se incorpora.

—¿Cuándo vuelves? —le pregunto.

—Nunca —responde, serio, aunque sé que me está engañando—. Me voy a quedar aquí para siempre.

—Me estás tomando el pelo.

Sonríe.

—¿Qué pasa? ¿Que me estás echando de menos, enana?

Mucho.

—Qué va —contesto haciendo un ademán con la mano, quitándole importancia.

De pronto, me interrumpe la conversación de Diego.

DIEGO: «Te he estado hablando por WhatsApp, pero no te has conectado. Mañana voy a verte. Mi madre ha hablado con la tuya y me deja quedarme en tu casa el finde»

—Enana, espero que me estés contemplando a mí con esa cara de concentración que has puesto —escucho a Álvaro, y vuelvo a mirarlo, sonriendo.

—No es eso. Es que Diego me acaba de decir que va a venir mañana.

Noto que se le borra toda expresión del rostro.

—Ah, guay.

—Ojalá estuvieras aquí para conocerlo. Es muy simpático.

—Ya, simpático —dice contemplando la cámara.

—¿Qué te pasa?

—¿A mí? Nada —miente—. Me voy a la cama, que estoy muy cansado por todo lo de mi hermana. Mañana hablamos, si no estás muy ocupada. —Y se desconecta.

¿Alguien me puede explicar lo que acaba de pasar aquí?

* * *

Estoy en la estación de tren esperando a Diego. Mi madre me ha dejado salir mientras esté él en Málaga, pero lo malo de todo esto es que sigo sin móvil.

Ahí sale mi amigo, buscándome por todos lados. En cuanto me encuentra, se acerca a mí.

Me abraza. Lo abrazo. Nos abrazamos.

—Tenía muchas ganas de verte —dice.

—Yo también.

Se separa de mí y sus ojos me escrutan de arriba abajo.

—Estás... Diferente.

Estoy segura de que está pensando que estoy más gorda que la última vez que me vio. No hace falta ni meterse en su cabeza para comprobarlo.

—Tú sigues igual que siempre —respondo sonriendo falsamente—. Vamos, que mi madre está esperando con el coche fuera. —Lo agarro del brazo y lo guío hasta la sargento.

Mi madre se apea del coche y saluda a mi amigo con dos besos. Después, él coloca su maleta en el maletero y mi madre conduce mientras Diego cuenta cómo les va a sus padres por Barcelona. En cuestión de minutos, ya hemos llegado a mi casa.

—Ven, que te voy a enseñar dónde vas a dormir —le digo, y subimos las escaleras hasta la habitación de invitados—. Ponte cómodo y todo eso.

—Necesito darme una ducha.

—Vale. Estaré en mi cuarto. Ven cuando acabes.

Mientras Diego se ducha, entro a Facebook, pero no hay ni rastro de Álvaro. No sé qué mosca le ha picado ahora a ese idiota.

No lo entiendo. No lo soporto. No me gusta.

«Já, eso no te lo crees ni tú, gorda».

Cierro el portátil, cabreada conmigo misma, y me acerco al espejo. Me pongo de lado y observo mi horrible silueta. Madre mía, qué gorda. No adelgazo ni queriendo. No sirvo para nada. Soy un desastre.

«Gorda inútil».

—¿Ari? —Diego irrumpe en mi habitación mientras peleo con mis pensamientos; yo lo miro desde el espejo y se acerca. De repente, me coloca sobre la cabeza un gorro rosa de lana con orejas, que me tapa los ojos—. Un regalo.

Sonrío y me lo coloco bien.

—Gracias. Es muy bonito.

—Sabía que te iba a gustar. —Esboza una sonrisa y aparece su hoyuelo en la barbilla—. ¿Qué hacías?

—Mirándome en el espejo —respondo—. Antes has dicho que estoy diferente. ¿Me ves más delgada? Necesito la opinión de alguien que esté bien de la cabeza, porque nadie me entiende.

Diego se piensa muy bien las palabras antes de decirlas.

—Estás estupenda.

«Miente».

—¿Estupenda en qué sentido? ¿Me ves guapa? ¿Si no me conocieras, intentarías algo conmigo?

Otra vez la reflexión antes de contestar.

—Claro que te veo guapa. Y lo de intentar algo contigo, no lo sé; me tendría que poner en la situación.

—Ponte en la situación.

—Pues... —Hace una pausa—. Supongo que sí.

Suelto una carcajada.

—¿En serio?

—Sí, claro. ¿Por qué no? —contesta, y parece que lo dice de verdad—. ¿Y tú conmigo?

Hago una mueca de asco.

—Yo no.

—Ah, claro. Porque te van más los tíos tipo «Hache» —dice, y yo me río. Conoce todos los detalles de la cosa rara que tengo con Álvaro—. Por cierto, ¿qué tal sigues con el amigo?

—Ni idea.

—Te gusta mucho, ¿verdad?

—¡Ay, no sé! —Me tumbo en mi cama y Diego me imita—. No me puede gustar. Y no quiero que me guste. Yo no sirvo para esas cosas.

—¡Venga ya! ¿Has visto la cara que has puesto? Lánzate, Ari.

—¡Cállate, que no me gusta ese idiota! —Me tapo la cara con la almohada.

Diego me empieza a hacer cosquillas en la barriga y yo pataleo y me río a carcajadas.

—¡Para, por favor! —le pido.

Sin embargo, no me hace caso y sigue haciéndome cosquillas hasta que acabamos con dolor de barriga por estar riéndonos sin parar.

Una lástima que sólo se quede el finde.

Capítulo 42

Álvaro

—¿Por qué te fuiste, hermanito? —me pregunta mi hermana.

—Porque a veces, cuando no te gusta algo, lo tienes que cambiar. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

Ya han pasado dos semanas desde que me vine a Madrid. Mi hermana ya está mejor y le dieron el alta hace unos días, pero todavía tiene que descansar. Está acostada en su cama y la verdad es que no me hace mucha gracia pisar la casa de mi no-padre, pero sólo lo estoy haciendo por Alba.

Me he pasado todos los días hablando por Facebook con Ari hasta las tantas y la estoy echando de menos. Aunque no me hizo ninguna gracia que ese tal Diego fuera a visitarla a su casa mientras yo estaba fuera.

—Llévame contigo —me pide Alba—. No me gusta la otra mujer que viene aquí.

¿Qué otra mujer? ¿Es que mi no-padre ya tiene un nuevo ligue? Esto es increíble. Ojalá me pudiera llevar a Alba lejos de ese cabrón, que seguro que, cuando crezca, la tratará como a mí.

—Si pudiera, lo haría, pero tienes que aguantarte, renacuaja. —Le doy un golpecito con el dedo en la nariz, y ella se ríe.

—Jolines.

—Me tengo que ir ya, que voy a preparar las cosas para volver a Málaga. Mañana, antes de irme, vendré a verte.

—No te vayas.

—Te prometo que pronto volveré para molestarte —le digo, y le doy un beso en la mejilla—. Adiós, renacuaja.

Salgo de la habitación de mi hermana y me quedo mirando la puerta de al lado. No quiero entrar. No puedo entrar. Consigo bajar las escaleras y entro en el salón. Se me iluminan los ojos al ver el gran piano de cola negro en el mismo sitio de siempre; creía que estaría en la basura. Me lo regalaron mis padres cuando cumplí los seis años (bueno, más bien mi madre obligó a mi no-padre).

Me acerco al piano y lo observo, embelesado.

Quiero tocarlo.

Me siento en la banqueta y acaricio las teclas. Joder, qué diferente es tocar

esta maravilla comparado con el teclado que me compré cuando me echaron.

Empiezo a tocar *El lago de los cisnes*, que era la favorita de Mimi, mientras la melodía sale de mis dedos e inunda la casa, llenándola de vida, como cuando vivía aquí. Al acabar, oigo a alguien aplaudir. Me giro y me encuentro a Marga, mi nana de cuando era pequeño, acercándose a mí.

—Veo que tu pasión por la música no ha cambiado —dice, y yo sonrío. Tiene ya cincuenta y cuatro años y parece que el tiempo no pasa para ella, porque está igual que siempre.

—Y nunca cambiará.

Se sienta a mi lado.

—Me acuerdo cuando eras pequeño y no podías dormir, te bajabas hasta el salón y tocabas alguna canción, despertándonos a todos —cuenta.

—Y luego me interrumpía el señor que se suponía que era mi padre y me decía que parara de hacer ruido a las tantas de la madrugada.

—Pero no le hacías caso. Eras un pequeñajo muy rebelde. —Me tira del moflete—. Ahora eres todo un hombre.

—No, por favor. Esa palabra suena muy seria. Yo quiero ser un mocoso otra vez.

Nos tiramos más de una hora sentados en la banqueta del piano, recordando las travesuras que hacía de pequeño y contándole alguna que otra cosa de mi vida en Málaga, sin mencionar a alguien con los ojos verdes, porque Marga es como mi segunda madre y me conoce más que yo a mí mismo; se volvería loca dándome el coñazo con ese tema.

—Tengo que irme ya —digo, y nos damos un abrazo.

—Espero verte pronto.

—Cuida de Alba.

—¿Ya te vas, hijo? —Mi no-padre acaba de irrumpir en el salón.

Marga se disculpa, diciendo que tiene muchas cosas por hacer, y me deja solo con este señor. Menuda traidora.

—¿Por qué no te quedas a comer? —inquire el cabrón—. Te quiero presentar a Elena.

Sonrío con sarcasmo.

—Ni de coña.

—Álvaro. —Mi no-padre pone su mano en mi hombro y se me tensa todo el cuerpo de repente—. Quédate en casa. Con tu hermana y conmigo —me pide, como si de verdad no hubiera pasado nada—. Olvida lo que pasó.

Abro los ojos como platos. Me parece surrealista que después de todo lo que ha ocurrido me esté pidiendo que me quede con él.

—No pienso dejar a mi madre sola y mucho menos para venirme a vivir

contigo. —Aparto su mano de mi hombro de un guantazo y me marcho de esta maldita casa y de este maldito barrio de pijos. Al cruzar la esquina, me choco con un tipo—. Joder —mascullo, y lo miro.

El gilipollas de Dani.

Ya estoy sintiendo la rabia subir por todo mi cuerpo. Nos hemos quedado parados, mirándonos; yo, planeando un asesinato, y él, supongo que cagado de miedo; entonces aparece una chica y le tiende un cucurucho al idiota, pero él no lo coge porque continúa con sus ojos pegados a mí. Después, ella nos observa a los dos sin saber qué decir.

Qué pronto ha reemplazado a Mimi.

«Cálmate, Álvaro», me intento tranquilizar a mí mismo.

Es un asesino, no me pienso calmar.

—Ten cuidado con este tío —le advierto a la pobre chica—. Que es adicto a matar a sus novias.

La chica me mira, no entendiendo lo que acabo de decir.

—Fue un accidente —interviene el idiota.

Mi primer impulso es propinarle un puñetazo en la mandíbula y la chica pega un chillido. Pero no le hago nada más al gilipollas y me largo, antes de acabar matándolo con mis propias manos.

Tengo una mala hostia metida en el cuerpo ahora mismo... Le pego una patada a un contenedor de basura y la gente se queda mirándome como si me hubiera vuelto loco, así que les saco el dedo corazón a todos los mirones.

—¿Álvaro? ¿Eres tú? —oigo una voz familiar detrás de mí, y me doy la vuelta.

Joder, hoy me estoy encontrando con todo el mundo.

—Hey, Michelle —la saludo.

—¿Estás bien?

—Sí, genial. ¿No me ves? —He sonado demasiado borde.

—Dame dos besos, que hace mucho que no nos vemos. —Se acerca y me los da—. Ya no me llamas. ¿Es que te has olvidado de mí?

Michelle es una tía unos cuantos años mayor que yo con la que me liaba casi todos los fines de semana cuando vivía aquí.

—Me he mudado a Málaga —contesto.

Está muy guapa, como siempre. Lleva unos vaqueros de color rosa y una blusa blanca, con el pelo largo y negro cayéndole por los hombros.

—Pero ahora estás aquí, ¿no? Tenemos que quedar para irnos de cañas —dice dándome con el dedo en el hombro.

—Eso está hecho. —Le guiño un ojo—. Pero ahora tengo que irme a mi antiguo piso.

—Te llevo, si quieres. Tengo mi coche aparcado por aquí.

Acepto su invitación y me siento en el asiento del copiloto. Michelle pone a Lana del Rey en la radio y se mete en la carretera, tarareando la canción que suena. Mientras conduce, la observo. Recuerdo que esta chica me volvía loco, pero nunca he sentido por ella nada de lo que siento por Ari. Lo nuestro se basaba sólo en el sexo.

—¿Estás libre esta noche? —pregunta con los ojos puestos en la carretera.

—Sí.

—Vamos a tomar algo. Y no me digas que no.

Llegamos al edificio del basurero y Michelle aparca el coche en doble fila.

—Vale. Esta noche quedamos.

Michelle me dedica una sonrisa, me agarra del cuello y me planta un beso en los labios que me deja a cuadros.

—Te recojo a las diez —me dice.

—Gracias por traerme —le agradezco, y me apeo.

—¡Pero esta noche invitas tú! —exclama.

—¡Claro! ¡Hasta esta noche!

* * *

—¿Cómoooooooooooo? ¿Que has quedado con Michelle?

Puedo imaginar cómo a Mel se le están saliendo los ojos de las órbitas.

—Que sí, joder. ¿Qué querías que hiciera? No podía decirle que no.

Me estoy dando una ducha antes de que venga Michelle a recogerme, y Mel está sentada en la taza del váter, depilándose. Parece que ha quedado también con alguna tía esta noche.

—¿Y qué pasa con el pastelito?

Salgo de la ducha y me coloco una toalla alrededor de la cintura.

—No estoy con ella.

—Aún —responde, y me señala con su cuchilla—. Mira, te voy a dar un consejo: no te traiciones a ti mismo si no quieres que yo misma te dé una paliza.

Pongo los ojos en blanco.

—Estás chalada, Melody.

—No me llames así —replica. Me da un empujón y me quita la toalla—. O esa pequeña que tienes entre las piernas, morirá.

—No mientas, la Alvariconda es enorme. —Le quito la toalla de las manos y me la vuelvo a poner—. Voy a vestirme.

—Álvaro, ten cuidado con esa tipa.

Vuelvo a poner los ojos en blanco y me marcho del baño. Me visto con los

vaqueros negros, una camiseta blanca, mi chupa negra y las *Nike* blancas. Cuando salgo a la calle, Michelle no tarda en llegar.

—Qué guapo —dice al verme entrar en el coche.

—Lo sé.

Se ha puesto un vestido de tirantes negro que le llega más arriba de las rodillas, y apuesto lo que sea a que lleva tacones de medio metro.

Aparca delante de una pizzería a la que ya habíamos venido un par de veces y nos apeamos del coche. La miro de arriba abajo y, efectivamente, se ha puesto unos taconazos de medio metro. Cuando terminamos de cenar, entramos en la discoteca de siempre y nos pedimos unos chupitos.

—Por tu pequeño regreso —dice Michelle levantando el chupito. Yo le sonrío, chocando el mío con el suyo y nos los bebemos.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, he perdido la cuenta de lo que he bebido porque me encuentro bailando en la pista y comiéndole la boca a Michelle. No soy dueño de mis actos y no sé lo que estoy haciendo aquí cuando debería estar gritando a los cuatro vientos que quiero a esa maldita niña con los ojos más preciosos que he visto en toda mi vida.

Porque la quiero, sí. Y me da igual todo.

Me quito a la pesada de Michelle de encima, saco mi móvil y llamo a la futura madre de mis hijos.

* * *

Me despierto con la luz del sol entrando por la ventana. Una ventana que me resulta demasiado familiar. Y una cama en la que he dormido unas cuantas veces.

Tengo a Michelle abrazada a mí, supongo que durmiendo la pea de anoche, y mi cabeza me da martillazos sin parar. No sé cuánto bebí, pero no recuerdo nada de lo que hice ayer ni de cómo coño he llegado hasta aquí.

Me doy cuenta de que tengo el bóxer puesto. Bien, un punto a favor.

Michelle se despierta y se despereza.

—Buenos días —me dice.

De buenos, nada.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —le pregunto, y le dedico un bostezo.

—Ayer estabas fatal. Bebiste demasiado y te traje aquí porque no podías ni contigo mismo.

—¿Hemos follado?

—Te dormiste en cuanto te tiraste en la cama, así que no hemos hecho nada —me explica, y tengo la impresión de que está dolida.

—Ah.

—Pero podemos aprovechar ahora. —Recorre con sus dedos de manera sensual mi pecho.

—Quita. —Aparto su mano de mi cuerpo escultural.

—En la disco llamaste a alguien por teléfono y le dijiste unas cosas muy bonitas. ¿Era tu novia?

—¿Qué?

Cojo el móvil y veo las llamadas de ayer. Hay una que le hice a Ari a las tres de la madrugada.

Mierda. Ya la he cagado.

Capítulo 43

Ari

Todavía sigo dándole vueltas a lo que me dijo Álvaro ayer por teléfono. Parecía tan sincero que hasta me lo creí. ¿Por qué me tiene que decir estas cosas cuando está ebrio? ¿No es capaz de decírmelo cuando está en condiciones de hacerlo?

—¿Álvaro? —contesté lo más bajito posible para no despertar a mi familia.

—Ariadna, escúchame. —Se oía música de fondo—. Si no te lo digo ahora, no me voy a atrever a hacerlo nunca. Te quiero, y me da igual lo que piense todo el mundo. Pero no quiero hacerte daño porque todo lo que toco acabo por romperlo. —Estaba borracho—. Mañana, cuando regrese a Málaga, quiero que estés esperándome con tu sonrisa y que vengas corriendo a darme un beso. Te necesito, pero no merezco tenerte. Creo que eres demasiado buena para estar con un gilipollas como yo.

—Pero, Álvaro... —La sangre casi dejó de circular por mi cerebro.

—No hables. Olvida todo lo que te acabo de decir y olvídame a mí también. —Y colgó.

Ahora estoy en la estación, esperándolo. No sé si he hecho bien viniendo. Estoy segura de que no se acordará de nada o empezará a negarlo absolutamente todo.

Ahí está su tren. ¿Qué cara pongo? ¿Y qué le digo? Dios, me tiemblan hasta las pestañas. Está saliendo con su maleta. Qué guapo está. Cómo se nota que no lo veo desde hace tiempo por cómo mis hormonas están empezando a florecer. Bueno, sí lo he visto, por videollamada, pero no es lo mismo.

Creo que me ha distinguido entre toda la gente, porque viene hacia mí.

—¿Qué estás haciendo aquí, enana? —Álvaro suelta su maleta, se acerca a mí y, como si de un acto reflejo se tratase, sus labios se pegan a los míos, besándome con tanta ansia que temo que me deje sin conocimiento.

—Me dijiste que viniera —le contesto con la voz entrecortada, al separarnos.

—¿Yo? —inquieta señalándose a sí mismo, y yo asiento—. Yo no te dije eso. ¿O sí? —Pone expresión pensativa.

—Será porque estuve borracho y no sabías ni lo que decías, como te pasa siempre.

—Será eso. —Se encoge de hombros; luego me sonrío de forma pícaro—.

¿Me has echado de menos?

—Qué va. No eres tan importante —miento, e intento armarme de valor—. Tengo que hablar contigo.

—Uy, qué sería te has puesto —dice, aunque yo no me he dado cuenta de que lo he dicho tan seria.

Entonces disparo:

—No quiero que nos volvamos a ver.

A Álvaro se le borra toda la expresión del rostro.

—¿Y eso por qué? —inquire, confuso—. ¿He hecho algo que te haya molestado?

«No has hecho nada. Soy yo, que no sirvo para amar a nadie. Nadie me puede querer mientras no me quiera a mí misma».

—¿Ari? —Álvaro me mira con sus penetrantes ojos y con la mandíbula tensa.

No puedo.

—¡Me agobias! —le espeto, y él da un respingo—. Déjame tranquila, por favor.

Decido irme de la estación mientras Álvaro se queda mirándome, anonadado.

Estoy asustada. Muy asustada por todo esto. No quiero cosas serias. No quiero que me haga más daño del que me estoy haciendo a mí misma. No quiero estar con él.

Pero, sobre todo, no quiero hacerle sufrir por mis tonterías.

* * *

Quedan un par de días para las vacaciones de Navidad. Estoy contenta porque por fin he conseguido convencer a mi madre para irnos a Barcelona a visitar a Diego y a sus padres. Tengo muchas ganas de volver a verlo y poder conocer a Natty, que resulta que están juntos de nuevo.

He estado estas últimas semanas pasando de Álvaro. Bueno, en realidad no tanto, porque me pidió que le ayudara para su examen de Francés y me prometió que no iba a hacer nada que me resultara estar incómoda, y claro, me dio un poco de pena no darle clases, así que le dije que sí, aunque he estado superborde con él, incluso le dije que ojalá suspendiera el examen, pero al final sacó un ocho.

He ido al psicólogo un par de veces más, obligada por mi madre, pero no me está solucionando nada y sigue siendo una pérdida de tiempo y de dinero. En una sesión me pidió que le hiciera un dibujo de una persona y yo me reí en toda su jeta, diciéndole que no era una niña pequeña para estar dibujando mierdas.

Entonces apuntó algo en su libretita de trastornados y yo reprimí el impulso de quitársela de un manotazo y leer todo lo que estaba escribiendo de mí, que supongo que no era nada bueno.

—Ariadna, has sacado un tres.

Y ahora la profesora de Historia nos está diciendo la nota del trimestre. Mi madre me va a arrancar la cabeza cuando se entere. Ya me la imagino diciéndome con su voz de sargento: «Ariadna, no vas a ser nadie en la vida, vas a acabar limpiando retretes».

Todo es una mierda. Cuando de verdad me siento bien es vomitando, aunque sé que está mal.

El sonido de la campana me saca de mis pensamientos. Salgo de la clase y, cuando pienso dirigirme hacia el patio, alguien me tapa la boca con su mano y me secuestra, agarrándome fuerte y llevándome a un rincón del pasillo.

Le doy codazos a mi secuestrador, intentando liberarme, pero me tiene aprisionada porque estoy de espaldas a él.

—¿Hasta cuándo vas a estar tan simpática conmigo? —me susurra al oído.

«¿Cómo quieres que te responda si no puedo hablar?».

Le sigo dando codazos.

—Me estás haciendo daño, bruta.

Me libera y me da la vuelta hacia él.

—¿Qué coño haces, Álvaro? —le espeto.

—Ariadna, tu boca se vuelve fea cuando dices palabrotas.

Pongo los ojos en blanco.

—Eres un idiota.

—Oye, ¿vas a dejar de insultarme o quieres que te lave la boca con jabón? —inquire esbozando una perfecta sonrisa.

—Me cansas.

—Pues yo te echo de menos.

Punzada directa al corazón.

—Pues yo a ti no.

Parecemos niños pequeños con esta conversación.

—Eres una inmadura —dice, como si me hubiese leído el pensamiento.

—¡Habló el rey de la guardería! —exclamo moviendo las manos por los aires.

—Ariadnita... —dice mirándome y poniendo morritos.

Esto no tiene sentido.

—Me voy, no pienso seguir discutiendo con la única neurona que te queda.

—Para Navidad te voy a regalar veinte kilos de kiwis, a ver si se te quita la cara de estreñida.

—Y yo a ti veinte galletas en la cara y un sartenazo en la entrepierna —
contraataco.

—Auch —se queja, como si le hubiera dolido en sus partes lo que acabo de decir.

—Adiós, Alvarito —me despido, le lanzo un beso por el aire y me voy.

¿Por qué se me hace tan difícil olvidar a este idiota?

Se acabó. En este mismo momento queda olvidado.

Me he puesto demasiado nerviosa hablando con el gilipollas y me ha entrado muchísima hambre. ¿Qué hago? No tengo dinero para comprar ni un paquete de pipas caducadas.

Voy al patio, me dirijo hacia la parte de atrás y trepo la verja con torpeza, pero intentando tener cuidado para no acabar estampada contra el suelo como me pasó la otra vez. Consigo pasar al otro lado sana y salva, y me encamino hacia algún centro comercial grande donde pueda robar con tranquilidad sin que se den cuenta. Nunca he robado, pero no creo que sea tan difícil; casi todo el mundo lo hace.

Entro en la primera tienda que veo y me voy al pasillo de los chocolates. Observo que hay demasiada gente. No creo que se vayan a dar cuenta.

¿Y ahora cómo se roba? Tendría que haber mirado algún tutorial en Internet antes de venir.

Da igual, voy a intentarlo.

Cojo una tableta, miro para todos lados y, cuando no hay nadie observando, la meto corriendo en la mochila. Hago lo mismo con cinco más. Después, me voy hasta la estantería de la bollería industrial y hago lo mismo con unos cuantos pasteles.

Me tengo que hacer ladrona profesional. Qué subidón de adrenalina. Tengo que hacer esto más veces.

Cuando me dirijo hacia la salida, orgullosa de mí misma, alguien me para en seco, agarrándome del brazo, estando yo de espaldas. Me doy la vuelta y me encuentro con el guardia del supermercado.

—Holita —lo saludo haciéndome la inocente. Sin embargo, él sólo me estudia de brazos cruzados.

Mierda.

A la cárcel de cabeza.

Y mi cabeza me la arrancará la sargento en cuanto se entere.

Adiós, vida.

Capítulo 44

Álvaro

Me vibra el móvil en mitad de la clase. Lo saco del bolsillo y veo que es un número desconocido el que me está llamando. Salgo al pasillo como una bala, sin pedir permiso a la profesora, y descuelgo.

—¿Quién es?

—Álvaro. —Es la voz de Ari y enseguida me preocupo.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué me llamas con este número?

—Estoy en... Comisaría —suelta, y a mí se me cae la mandíbula al suelo al escuchar semejante noticia.

—¿Qué has hecho?

—Nada. ¿Puedes avisar a mi madre para que me saque de aquí? Por favor.

—¿Y por qué no la has llamado a ella en vez de a mí?

—Porque tu número es el único que me sé.

Mi número es el único que se sabe. Eso significa algo. Yo también me sé su número. Eso es amor.

¿Qué cojones estoy pensando?

—Pero... ¿Qué has hecho para que te detengan?

—Me han pillado robando comida en un supermercado. Tengo que colgar, que se me acaba el tiempo y el idiota del policía me está dando miedo. Además, lo he pensado mejor y no quiero que se lo cuentes a mi madre; se va a enterar de todos modos y ya me estoy viendo muerta.. —Y cuelga.

Me estoy descojonando. Menudo lío en el que se ha metido. Aunque no creo que le hagan nada siendo menor, y si no, para eso tiene una madre abogada.

Entro en clase, con todos mis compañeros mirándome, curiosos, y recojo mis cosas.

—Me ha surgido una urgencia —le informo a la profesora de Inglés.

Ari robando. Es que no me lo puedo creer todavía. ¿Para eso me robó dinero? ¿Para comprarse comida? ¿Y para qué se compra comida si luego la vomita? No le veo ningún sentido.

Voy hasta mi moto, me pongo el casco y la arranco. Salgo hacia la carretera, en dirección a donde trabaja la bruja de la madre de Ari y, en cuanto llego, entro al edificio de pijos y me dirijo hacia la recepción, donde hay una chica muy

joven tecleando en un ordenador.

—Hola —la saludo.

La chica me mira y sonrío, poniéndose como un tomate. Es normal que se ponga así al encontrarse con mi belleza.

—¿En qué puedo ayudarle? —me pregunta.

—Busco a...

¿Cómo cojones se llamaba la madre de Ari? Estoy por decirle que busco a Lucifer.

—¿A quién? —La chica no deja de mirarme, aleteando sus pestañas.

—¿Tú qué haces aquí? —exige saber esa voz femenina tan desagradable detrás de mí, y yo me giro.

—Quiero hablar contigo de tu hija.

—¿De mi hija? —Enarca una ceja.

—Es importante.

Frunce el ceño.

—Vamos a mi despacho —dice, y camina con sus tacones de dos metros.

Miro a la chica, que tiene sus ojos castaños puestos en mí mientras babea, le guiño un ojo y voy detrás de la madre de Ari.

—¿Y bien? —Está de brazos cruzados, de pie.

—Han detenido a Ari —le suelto de sopetón.

—¿Cómo dices? —Se queda atónita—. ¿Qué le has obligado a hacer?

Ahora soy yo el culpable de que sea una ladrona.

—Yo, nada. Estaba en el instituto y me ha llamado desde la comisaría.

Se lleva las manos a la cabeza, maldiciendo entre dientes.

—Esta niña va a acabar conmigo. —Coge su bolso y se dirige hacia mí; después me señala con su dedo en tono de amenaza—. Como yo me entere de que le haces algo... —No acaba la frase y se marcha del despacho.

Esto no me lo pierdo.

Me largo pitando del edificio y, cuando me quiero dar cuenta, ya estoy aparcando a Cassie enfrente de comisaría. Diviso a la madre de Ari hablando con uno de los policías. O más bien gritándole.

¿Dónde está *mi* Ari?

Mi Ari. Me río yo solo.

Después, el policía acompaña a Lucifer hasta una sala.

Imagino a Heidi cagada de miedo en este momento pensando lo peor. Como mucho le dirán que haga algún trabajo comunitario o le harán pagar una multa, como hacían conmigo cuando era menor. Aunque siempre estaba mi no-padre sacándome las castañas del fuego con su mierda de trabajo de juez.

Cuando pasa un buen rato, la madre de Ari sale con expresión cabreada, y

veo al amor de mi vida detrás de ella.

El amor de mi vida. Me vuelvo a reír y me acerco a ella.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto, y ella me fulmina con la mirada. Parece que sigue enfadada conmigo.

—No te importa. —Y camina deprisa detrás de su madre.

* * *

Estoy yendo hacia el gimnasio porque necesito sentir la adrenalina en mi cuerpo después de haber estado toda la maldita tarde intentando hablar con Ari, pero no se ha conectado. Imagino que su madre la habrá castigado. O eso, o que no quiere hablar conmigo.

En cuanto entro, diviso a la Tomatita en una bicicleta estática, y voy hacia allí de inmediato.

—Enana —la saludo.

Me ha visto y me está ignorando. No me ha escuchado porque tiene los cascos puestos, pero sabe que estoy aquí.

Decido subirme a la bici de al lado.

David, el amigo al que le pedí que la vigilara en mi ausencia, se acerca a ella y a mí me saluda con la cabeza. Ari se quita los cascos, para de pedalear y habla con él de manera animada.

Están tonteando. Él está babeando por ella, y ella está babeando por él.

No.

Estoy celoso. ¿Estoy celoso? No lo estoy.

Los observo mientras pedaleo con demasiada fuerza que hasta creo que me voy a cargar los pedales de la bici.

Se están riendo. Él le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja a Ari, y ella le sonrío.

Estoy nervioso. Voy a matarlo. Traidor. Se supone que es mi amigo.

Ari le cuenta algo y él se ríe; yo me estoy cagando en todo.

Me bajo de mi bici con muy mala hostia y me acerco a los dos traidores.

—¿Qué es tan gracioso? —inquiero.

—No sabía que tenías un amigo tan simpático —me dice Ari.

—Sobre todo simpático —contesto con ironía, mirando a David con los ojos entornados.

—Le estaba preguntando si quería salir conmigo algún día para tomar algo —me cuenta David.

—No —suelto de repente—. Quiero decir... Mierda.

Mi mente no es capaz de inventarse ninguna excusa en este momento.

—Bueno, yo voy a seguir haciendo pesas... —interviene el otro—. Ya si eso me llamas, Ari.

¿Ya si eso me llamas? ¿Tiene su teléfono? ¿Desde cuándo? ¿Y cómo? ¿Y por qué?

David se aleja de nosotros y Ari se vuelve a poner los cascos. Le quito uno y me acerco a su oído.

—¿A qué estás jugando, pequeña? —le susurro.

Traga saliva sin mirarme.

—Vete —me ordena.

Suelto un bufido, le vuelvo a colocar su casco y me dirijo hacia el traidor.

—Tú, Popeye.

David suelta las pesas.

—¿Qué?

—¿Estabas ligando con Ari?

—No es lo que te piensas —me dice.

—¿Entonces qué coño estabas haciendo?

—Me llevo bien con ella. No te preocupes, es toda tuya. No me va mucho eso de liarme con la chica que le gusta a un amigo.

—¿Qué?

—A por ella —me anima poniendo su mano en mi hombro.

No voy a ir a por ella porque no me la merezco. Punto.

Vale, no voy a ir a por ella porque tengo mucho miedo de todo esto y porque Ari pasa de mí como si fuera el tío más feo del mundo.

—Claro. Sigue con tus pesas, Popeye. —Le doy una palmadita en el hombro.

Vuelvo con Ari y le planto un beso en la mejilla; ella me mira como si le hubiera pegado veneno en la cara con ese beso.

—Qué pesado —murmura negando con la cabeza.

Hago muecas de burla y me vuelvo a subir a la bici de al lado.

Supongo que me quiere. Hombre, no me lo ha dicho de manera seria, pero por cómo se comporta conmigo... No sé. Bueno, sí que me lo dijo una vez, pero no me lo he tomado en serio; pensaba que estaba bromeando. No, no me quiere. A mí nadie me quiere. Nunca nadie me ha querido. Y yo tampoco quiero que me quieran porque yo no sé querer a nadie. No sé. No me sale.

Joder, menudo poeta que estoy hecho y menudo trabalenguas que se acaba de marcar mi neurona...

Ari se baja de su bici y se acerca a mí.

—Tú, Don Chulito —me llama con tono autoritario. ¿Qué modales son esos? —. Voy a darme una ducha. Cuando salga, quiero que me estés esperando con tu moto porque tienes que llevarme a mi casa. Punto —dice imitándome a mí en la

última palabra. ¿Me está obligando a que la lleve?

—Te llevaré, si quiero —le respondo, y ella sonrío.

—Me llevarás. —Y se encamina hacia los vestuarios.

A veces me saca de quicio. Bueno, a veces no, siempre.

Cuando me ducho yo también, me quedo esperando a la marquesa en la puerta de los vestuarios de las chicas hasta que sale.

—Venga —dice.

Obedezco y, mientras nos dirigimos a mi moto, noto que Ari se agarra a mi brazo, débil, y me paro en seco.

—¿Qué te pasa? —La miro.

Menuda pregunta más tonta le acabo de hacer. Sé lo que le pasa. Sigue vomitando y por eso se acaba de marear.

—No... Nada. —Está más pálida que mi abuela cuando se echa un kilo de maquillaje en la cara.

—Ari, deja de tomarme por tonto —le contesto de mala gana—. ¿Es que no entiendes que te estás matando?

—¡No me empieces a dar la chapa! —exclama, de pronto, levantando la voz; yo me sobresalto—. ¡No eres nadie para decirme lo que tengo que hacer!

No me está gritando, ¿verdad? No lo está haciendo. Tienen que ser mis oídos, que están muy sensibles.

—Ari, por favor —la calmo posando mis manos en su rostro—. Tranquila.

—Llévame a casa —me pide, y se deshace de mis manos.

Asiento. Saco los cascos, nos los ponemos y nos subimos a la moto. Ari se abraza a mí, fuerte, y recuesta su cabeza en mi espalda. Al llegar a la puerta de su casa, me da las gracias y se va. Corriendo. Como si la fuera a secuestrar de un momento a otro.

Cuando entro en mi casa, paso por delante de la puerta de la habitación de mi madre, que está entreabierta, y la oigo llorar.

Sé el motivo y no puedo entrar y derrumbarme con ella yo también. Simplemente, no.

Capítulo 45

Ari

—¡Otra vez! ¡Que no quiero cenar! ¡Dejadme en paz todos!

—Pero, hija...

Acabo de llegar a casa y lo primero que hace la sargento de mi madre es obligarme a cenar. ¿Es que no me pueden dejar tranquila? ¡Estoy harta! Me ha estado gritando desde que ha ido a buscarme a la comisaría. Se ha puesto como las locas diciendo que la he dejado en ridículo robando en un supermercado.

Subo las escaleras y me encierro en mi habitación. No puedo más con este calvario. Todos están en mi contra. Quiero desaparecer. Estoy segura de que algún día lo haré. Rompo a llorar, con la cabeza escondida en la almohada, porque no quiero que me oigan.

El sonido de una videollamada desde mi portátil me interrumpe, aunque la ignoro; entonces el pesado de Diego me envía un mensaje.

DIEGO: «Ari, ¿puedes hablar ahora?»

No, no puedo ni quiero hablar.

YO: «Espera un momento»

Me enjugo las lágrimas, me miro en el espejo y me coloco la máscara de la felicidad para que mi amigo no sospeche nada. Vuelvo con el portátil y le mando una videollamada, que no tarda en aceptarla.

—¿Estás bien, Ari? —pregunta en cuento me ve. Su expresión de incredulidad lo dice todo; se me nota bastante que he estado llorando.

—Sí.

—Pareces... Triste —responde, afligido.

Suspiro. No quiero preocuparlo con mis problemas.

—En serio, no es nada —insisto con un nudo en la garganta.

No quiero llorar. No delante de él.

—Ari. —Mira a la cámara con expresión inquieta.

Mis lágrimas empiezan a salir, una tras otra, y los llantos son difíciles de

controlar. Me tapo la cara con las manos porque no soporto que me vea de esta forma.

—Ari... —susurra.

No sé cuánto tiempo me tiro llorando delante de él, pero cuando estoy un poco más calmada, me sueno los mocos y vuelvo a la normalidad.

—Lo siento —me disculpo.

Ha estado durante todo el rato diciéndome que me tranquilizara y observando cómo me he estado derrumbando.

—No lo sientas, Ari. Ojalá estuviera ahí para consolarte, sea lo que sea lo que te esté pasando. —Sonríe con ternura.

—Gracias, Diego —contesto todavía con la voz ronca.

—Prométeme que no estarás mal, ¿vale?

—Prometido —respondo no muy convencida.

—Quedan sólo unos días para que estés aquí. Tengo muchas ganas de verte —cuenta esbozando una sonrisa.

—Yo también.

Diego se tira toda la noche intentando animarme hasta que nos tenemos que ir a dormir. Álvaro me ha hablado por mensajes, pero no le he contestado.

* * *

Notas igual a muerte. Estoy con mi madre en el pasillo del instituto, esperando a entrar en el aula para que mi tutora nos dé las notas. He tenido que venir obligada, como siempre. No quiero ni imaginarme cómo se pondrá la sargento cuando se entere de que he suspendido Historia. Mejor voy a ir llamando a un exorcista, por si acaso.

—Vamos, Ariadna —me ordena mi madre.

Entramos en el aula y nos acercamos a la tutora.

—Buenos días —nos saluda, y nos sentamos frente a ella.

«Venga, danos ya el dichoso boletín, que tengo que acabar con todo esto cuanto antes».

—Bien, Ariadna. —La tutora busca el papel con el que mi madre se pondrá como una loca. Por un momento deseo que lo haya perdido o que se lo haya comido el conserje. Sin embargo, lo encuentra—. Sólo has suspendido Historia. Las demás calificaciones están bien, pero han bajado considerablemente.

Puedo sentir la tensión de mi madre desde aquí y sin mirarla.

—A ver, deja que las vea. —Mi madre le quita las notas de las manos a la tutora, las observa y ladea la cabeza hacia mí—. Si no tuvieras tantos pájaros en la cabeza, hija.

Bien, ya estamos con los pájaros en la cabeza. No se da cuenta de que lo estoy pasando mal y lo único que le importa es mi nota media.

—Es normal —salta la tutora, y yo se lo agradezco mentalmente—. Es un curso difícil, pero tiene unas notas muy buenas.

Que no siga por ahí, que la sargento no sabe escuchar.

Yo permanezco callada.

—Entiendo —miente mi madre. No, no lo entiende. En cuanto lleguemos a casa, se pondrá hecha un ogro y me castigará sin móvil y sin salir doscientos años—. Nos vamos.

Mi madre se levanta, se mete las notas en su bolso, arrugadas, y se despide de la tutora.

Durante todo el trayecto de camino a casa, está callada.

Vale, cuanto más callada está, más me regañará. Adiós a mi libertad. Adiós al móvil. Adiós a salir. Adiós a todo.

* * *

—Presiento que va a morir alguien —dice Chris.

—Que no. ¿Estás loco?

Estoy en casa de Chris viendo un capítulo de *Teen wolf*. He pasado la tarde aquí porque no sabía lo que hacer en mi habitación. Hemos cenado una pizza y ahora estamos comiendo palomitas. Al final no he tenido que llamar a ningún exorcista para que vaya a quitarle la locura a mi madre, porque ni siquiera me ha castigado.

—Mira, ahora las criaturas esas matan a alguien —comenta mi amigo.

—¡Cállate! —le espeto.

Pero tiene razón y uno de los seres extraños pilla distraída a la chica y le clava un puñal. Ella se cae. No puede ser. Me tapo la boca con la mano, impresionada.

—¿Ves?

—¡Ahora se cura! ¡No puede morirse! —contraataco.

—No, Ari. Mírala, es su final. Y está en los brazos de su primer amor. Asúmelo.

Ella le susurra cosas a él y, segundos después, muere. Esto no está pasando. Tiene que revivir. Se me escapa una lágrima traicionera. Estoy sufriendo. Voy a matar a los guionistas.

—Vaya mierda —murmuro—. Vamos a empezar la siguiente temporada, quiero saber cómo continúa sin ella.

Y seguimos viendo capítulos hasta que son más de las doce y me mentalizo

para regresar a mi casa.

—Me voy ya, Chris. Mañana te veo.

—Vale, ten cuidado por el camino.

—¡Si vivo enfrente! —exclamo.

—Da igual, puede que venga un ser extraño y te mate, como le ha pasado a...

—¡No lo digas! En las próximas temporadas tiene que revivir, si no, se cargan la serie.

Me voy de casa de Chris y cruzo hasta la mía. Introduzco la llave en la cerradura y entro. Está todo en silencio, así que imagino que estarán dormidos. Voy a aprovechar el momento. Subo las escaleras y me meto en el baño. Echo por el váter todo lo que he cenado y hago el ritual de siempre. Cuando salgo, me sobresalto al encontrarme con una figura terrorífica.

Mi madre está de pie, mirándome de brazos cruzados.

—Ma... Mamá.

—Has vomitado.

—No... No he vomitado —miento.

Sé que me ha oído. Estoy segura de que ha estado esperando a que volviera a casa para continuar con su vigilancia tan patética.

—Ariadna.

La miro cagada de miedo. Me arrepiento de no haber llamado al exorcista.

Y es entonces cuando estalla.

—¡No puedes seguir haciendo eso! ¿Qué te crees? ¿Que es sano? —me riñe. Como siga levantando la voz así, la vena de la frente le va a explotar—. ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo!

—¡Yo hago lo que me da la gana! ¡Soy mayorcita y no necesito que estén encima de mí todo el rato! —exclamo con un nudo en la garganta y con las mejillas ardiendo por la furia.

—¡No me levantes la voz, que soy tu madre! —grita, y Alfonso sale de su habitación para ver qué está pasando.

—¡Es mi vida y hago lo que quiera con ella! ¡Tú no tienes por qué meterte! —continúo chillando; entonces pronuncio las peores palabras de toda mi vida—: ¡Y papá se fue porque no te aguantaba más!

Mi madre me cruza la cara. El sonido de la bofetada se ha escuchado hasta en el Pacífico.

Me siento patética.

Bajo a toda prisa las escaleras y me largo de mi casa llorando. No pienso volver a ese maldito infierno. Comienza a diluviar y mis lágrimas se mezclan con las gotas de lluvia mientras corro lo más deprisa que puedo hacia ningún lado.

Media hora después, me meto en la estación de autobuses y saco mi móvil del bolsillo, haciendo un esfuerzo sobrenatural para que no se me escurra de las manos, que se han convertido en gelatina.

Y llamo a la persona que más necesito en este momento.

Capítulo 46

Álvaro

¿Quién cojones me está llamando ahora y cree que tiene el maldito derecho de interrumpir mi sueño? Estiro el brazo hacia la mesita de noche para coger mi móvil, que me acaba de despertar. Con lo a gustito que estaba durmiendo... ¡Ya puede ser importante! Al darme cuenta de quién es, descuelgo.

—¿Enana?

—Álvaro... —susurra con voz quebrada—. ¿Te he despertado?

—¿Qué te pasa?

—Nada... —responde, y sorbe por la nariz. Se oye lluvia de fondo. Tiene que estar en la calle.

—Dime dónde estás, que voy a ir a buscarte.

—No hace falta que...

—¡Que me lo digas! —la interrumpo.

—En... —Hace una pausa—. La estación de autobuses.

¿Qué coño hace allí a la una de la madrugada y lloviendo?

—Ni se te ocurra moverte de ahí —le ordeno, y cuelgo.

Salgo de la cama de un salto y me pongo las *Nike*, una sudadera y los vaqueros que hay tirados en el suelo. Busco las llaves de la moto, pero no las encuentro. Puto desastre de habitación. ¿Dónde las habré dejado? Rebusco entre la montaña de ropa que hay encima de la silla del escritorio, tirándolo todo al suelo, y tampoco están. Me cago en todo. Meto las manos en los bolsillos del pantalón y doy con ellas. Vale, soy retrasado.

Me marcho de mi habitación silenciosamente para que mi madre no se levante y cruzo corriendo el pasillo. Abro la puerta de la entrada y la cierro con sigilo. Bajo las escaleras del bloque a toda prisa y llego al portal. Continúa lloviendo. Mierda. Me cubro la cabeza con la capucha de la sudadera, que yo no sé para qué, si me voy a mojar igual, y me dirijo hacia la moto.

¿Qué cojones estará haciendo allí? ¿Y por qué habrá llorado? Habrá tenido una bronca con su madre, seguro.

Me detengo en un semáforo en rojo y me pongo de los nervios.

«Puto semáforo, ponte ya en verde».

Verde... Como el color de los ojos de Ari.

Mierda, otra vez pensando en ñoñeces.

Por fin el semáforo se pone en verde y continúo conduciendo. Queda poco camino y me estoy poniendo chorreando. Como coja una pulmonía, será culpa de ella. Llego a la estación y dejo la moto aparcada en la acera, al lado de la entrada. Espero que Ari no se haya movido de aquí. Cuando entro, la veo sentada en el banco que hay al lado de la puerta. En cuanto me ve, se levanta y se acerca.

—Hey.

Se lanza a mis brazos y me achucha fuerte contra ella.

Está empapada.

—Perdona por haberte despertado —dice al mismo tiempo que se aparta de mí.

—No te disculpes. —Le acaricio la mejilla, mirándola. Tiene los ojos hinchados y enrojecidos—. ¿Qué te ha pasado?

—No tengo ganas de hablar de eso ahora.

—Está bien. —La atraigo hacia mí y nos volvemos a abrazar. Y tengo la sensación de que se para el tiempo durante unos minutos—. Vámonos de aquí.

—Agarro a Ari de la mano, llevándola hacia Cassie.

—¿A dónde vamos?

—A mi casa. —Cojo los cascos y le doy uno.

—¿Qué? Es muy tarde y no quiero molestar.

—¿Qué dices? Si tú no molestas. Además, no es la primera vez que vienes a dormir.

Me acuerdo de la primera y única vez que la llevé a mi casa a dormir. Fue el día que Víctor celebró una de sus fiestas y ella tuvo una bronca con su madre por llegar a su casa más borracha que una cuba.

—Pero eso fue en contra de mi voluntad —me reprocha—. No estaba en posesión de mis facultades mentales.

—Lo sé —contesto sonriendo—. Vámonos, que nos estamos poniendo perdidos.

Se pone el casco y se sube a la moto; yo me coloco el mío y la arranco. Ari se agarra a mí, pasando sus brazos por mi cintura. Si no fuera porque está lloviendo y es muy tarde, habría dado un recorrido mucho más largo sólo para no dejar de sentir sus brazos rodeándome.

—Ya hemos llegado —anuncio cuando aparco cerca de mi portal, y me bajo de la moto; ella hace lo mismo.

Entramos en el edificio y nos dirigimos hacia el ascensor, de donde aparece la vecina loca del segundo con su perro que parece una rata.

¿A estas horas se va a pasear a la rata y lloviendo? La gente hace cosas muy

raras.

—Buenas noches —nos saluda.

—Buenas noches —le responde Ari, educada; yo paso de saludar.

Nos subimos al ascensor y pulso el botón de mi planta. Miro a Ari mientras nos elevamos y me doy cuenta de que tiene la expresión entristecida. Pongo mi mano en su mejilla.

—¿Estás bien? —le pregunto acariciándole el rostro.

—Sí... —miente.

Le doy un beso en uno de sus mofletes y se abre el ascensor. Abro la puerta de mi casa con cuidado para no hacer ruido y atravesamos el pasillo en silencio hasta llegar a mi cuarto.

—Está hecho un desastre. Espero que no te importe.

—Pues como siempre —contesta haciendo un esfuerzo por sonreír.

—Ahora me vas a decir lo que te ha pasado —le digo, y me siento en la cama. Doy una palmadita a mi lado—. Ven, siéntate.

Me obedece y suelta un largo suspiro antes de empezar a hablar.

—Mi madre, siempre igual.

—¿Qué te ha pasado con ella? ¿Es por las notas?

—No... Es otra cosa. —Se le ha formado un nudo en la garganta porque noto cómo le cuesta tragar saliva.

La agarro del mentón, obligándola a mirarme.

—Cuéntamelo —insisto, y borro con mi dedo una lágrima que estaba descendiendo por su rostro.

—Pues... —Toma aire—. Me ha pillado vomitando.

Joder, otra vez no.

—¿Qué? ¿Por qué lo has vuelto a hacer?

Me están entrando ganas de echarle un pedazo de bronca, pero me contengo, que bastante tiene con la que le ha echado Lucifer. Atraigo a Ari hacia mí y la abrazo fuerte, dejando que se desahogue llorando.

—Eres una tía de puta madre, lo sabes, ¿verdad?

Sin embargo, mis palabras no funcionan y sigue llorando. Se me parte el corazón cuando la veo así. No puedo evitar sentirme culpable por cómo me he comportado con ella desde que la conozco, aunque su madre tenga algo de culpa también por presionarla tanto, y por la gente del instituto.

Ya está. Soy un capullo y nunca cambiaré, por eso debo alejarme de ella antes de que la cague más. Aunque ahora lo único que me apetece hacer es besarla, así que la cojo del rostro, me acerco despacio a su boca y estampo mis labios con los suyos, abriendo paso para que nuestras lenguas se junten y perdernos el uno en el otro.

—Bueno, pues habrá que irse a dormir ¿no? —le digo cuando separo mi boca de la suya, contemplando sus ojos, y le acerco un pantalón de pijama gris y mi sudadera azul—. Toma, ponte esto y dame tu ropa, que la voy a poner en la secadora.

—Vale, pero vete de la habitación para que pueda cambiarme.

—¿Me estás echando de mi cuarto? —inquiero en tono divertido—. Me doy la vuelta y ya está, que tampoco te voy a ver nada, por muchas ganas que tenga.

Se pone colorada.

—Al pasillo —me ordena esbozando una sonrisa.

—Está bien. —Pongo los ojos en blanco y me marcho al pasillo.

Al cabo de unos minutos, Ari abre la puerta.

—Ya he terminado.

Vuelvo a entrar y me quedo mirándola de arriba abajo. Hago una mueca de burla.

—Qué graciosa estás con mis pantalones.

Los lleva arrastrando por el suelo de lo pequeña que es; parece una babosa.

—Cállate y llévate esto —me ordena tendiéndome su ropa.

—Espera que me ponga cómodo yo también, enana —digo guiñándole un ojo, y ella se da la vuelta—. No me importa que mires. Ya conoces a la Alvariconda.

No contesta, pero sé que está sonriendo, y aprovecho para quitarme la sudadera y los vaqueros empapados, quedándome en bóxer.

—Ya te puedes dar la vuelta.

Lo hace, pero en cuento me ve, sus mejillas se vuelven a teñir de rojo y yo me echo a reír.

—Toma. —Me lanza su ropa, evitando mirarme.

Cuando coloco la ropa en la secadora y regreso a mi habitación, me encuentro a Ari tumbada en mi cama, con sus ojos puestos en el techo, y con la estufa encendida. Me acerco a la cama y me tumbo junto a ella. Al rozar mi brazo con el suyo, se estremece.

—¿No tienes frío con eso puesto? —me pregunta sin dejar de contemplar el techo, que parece más interesante que mi cuerpo escultural.

—Estoy acostumbrado. —Me pongo de lado para mirarla.

—Ah, claro —dice, y nos quedamos en silencio un momento hasta que lo rompe—. Vamos a dormir ya. —Coge el edredón y nos lo echa por encima para taparnos; yo la atraigo hacia mí, rodeándola con el brazo, y ella posa su cabeza en mi pecho, recostándose sobre él—. Buenas noches.

—Buenas noches, enana. —Le doy un beso en la cabeza y apago la lámpara.

Me quedo un rato dándole vueltas a esto tan intenso que estoy empezando a

sentir por esta chica y que nunca había sentido por nadie. Sigo dudando de que sea alguna enfermedad gastrointestinal, por las cosas que siento en la barriga.

Y me quedo dormido, oyendo la lluvia de fondo y con Ari abrazándome.

* * *

Hace diez años...

Estaba temblando, metido en mi cama, tapado hasta la cabeza. No me gustaba dormir solo cuando hacía tormenta. Sonó un relámpago y se iluminó la habitación entera, a pesar de estar las persianas bajadas y las ventanas cerradas.

—Álvaro, ¿estás despierto? —me preguntó Mimi en un susurro mientras asomaba la cabeza por mi puerta.

—No puedo dormir —le contesté tiritando.

—Yo tampoco.

—Ven aquí, pelirroja. —Dí palmaditas en mi cama para que se acostara a mi lado.

Mimi se acercó, se tumbó conmigo y se abrazó a mí.

—Tengo miedo —susurró.

—Estoy aquí para protegerte, ¿recuerdas? Jamás dejaría que te pasara nada —le dije acariciándole su pelo rojizo.

—¿Nos protegeremos siempre?

—Siempre.

Sonó un relámpago y los dos dimos un respingo.

—Duérmete, pequeña —le susurré.

—Te quiero mucho.

—Yo también.

Capítulo 47

Ari

Me despierto a mitad de la noche, sobresaltada por el ruido de los truenos.

¿Estarán preocupados por mí en casa? No lo creo. Tengo el móvil apagado para que no me moleste nadie. No quiero oír los berridos de mi madre a través del teléfono; sólo quiero estar cerca de Álvaro y no me apetece ninguna otra cosa más.

Estoy en su casa, dentro de su cama y durmiendo con él. Lo tengo abrazado a mí, con su cabeza apoyada en mi barriga. Me doy cuenta de que está sudando y temblando a la vez, y se inquieta cada vez que suena un trueno, así que decido acariciarle el pelo para intentar tranquilizarlo. Detrás de esa fachada de chico duro se esconde una persona completamente diferente. No sé por qué se empeña en parecer todo lo contrario.

De pronto, oigo sollozos. Imagino que estará teniendo una pesadilla.

—¿Álvaro? ¿Estás bien? —Intento acercarme a la lámpara, pero mi brazo no alcanza para encenderla, y vuelvo a acariciarle a Álvaro el pelo.

—Mimi... —susurra.

¿Mimi? ¿Quién es Mimi? Creo que una patada en la barriga me hubiera dolido menos.

Continúo acariciándole el pelo con ese nombre clavado en mi cabeza mientras se va calmando poco a poco.

Mañana lo interrogaré.

* * *

Son las diez de la mañana y Álvaro sigue durmiendo, tumbado boca abajo, con los brazos escondidos debajo de la almohada, destapado por completo y con la cara vuelta hacia mi lado. Parece un niño bueno y todo. Aprovecho el momento para mirar su cuerpo casi desnudo, excepto por el bóxer, y alargo mi brazo para acariciarle la espalda. Espero no despertarlo. Recorro con mi mano su piel y noto que es muy cálida y suave.

Babeo.

—¿Te diviertes? —me interrumpe su voz al cabo de un rato.

Me sobresalto y quito la mano de inmediato, como si me hubiera quemado con una llama. Dirijo mi vista hacia él y me doy cuenta de que está sonriendo y observándome con malicia.

—¿Cuánto tiempo llevas despierto? —pregunto, avergonzada.

—Un rato.

—Ah. Qué bien.

—Pero sigue, que no te interrumpo más.

—Sí, claro. Para que te guste —respondo, y le sacó la lengua.

Me dedica una sonrisa y se da la vuelta. Yo estoy sentada con las piernas cruzadas.

—Bueno... ¿Y cómo has dormido, señorita? —inquire.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Quitando las partes en las que no dejabas de roncar, pues he dormido bien también.

—¿Qué dices? Si yo no ronco.

—Porque tú estás durmiendo y no te oyes, pero roncas un montón.

—Lo que tú digas —digo cruzándome de brazos, enfadada, como si fuera una niña pequeña.

—No te piques, tonta. —Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, a un milímetro de los labios.

—No me pico.

Por favor, que alguien me quite esta sonrisa de pánfila.

—Claro, claro.

—No me des la razón como a los tontos. —Cojo la almohada y se la estampo en la cara.

—¡No, en la cara no! Que me la desfiguras y ya no sería tan guapo. —Me quita la almohada y me golpea con ella en el brazo.

—¡Ay! —exclamo fingiendo que me ha hecho daño—. Eres la persona más creída que he conocido en mi vida.

—Lo sé. Esta belleza que la naturaleza me ha regalado tengo que mantenerla durante muchos años —dice acariciándose la barba de dos días que tan bien le queda.

—Sabes que cuando seas viejo no vas a ser así, ¿verdad?

—¿Cómo que no? Yo voy a ser un abuelete sexy.

Suelto una carcajada. Habría que verlo con ochenta años.

—De los que babeen viendo a las jovencitas, ¿no? —comento.

—¿Para qué están los ojos?

Pongo los ojos en blanco y mis tripas sueltan un rugido. Mierda. Llevo desde ayer por la noche sin comer nada.

—¿Tienes hambre? —me pregunta Álvaro, que al parecer se ha dado cuenta de mis tripas traicioneras.

—No.

—Espera a que me duche y preparo el desayuno.

¿Para qué diré nada?

Se levanta, coge del suelo una camiseta blanca y unos vaqueros, y saca del armario una toalla.

—¿Quieres ducharte?

—¿Contigo? ¡No! —Se me suben los colores a la cara y él suelta una risa escandalosa.

—No te he preguntado si te apetece ducharte conmigo. Lo que te he preguntado ha sido si quieres ducharte a secas —me contesta sin dejar de sonreír—. Apesta a vagabunda.

—No apesto a vagabunda —replico—. ¿Está tu madre?

—Está trabajando. —Vuelve a abrir el armario, coge otra toalla y me la lanza; yo la intento coger, pero se cae al suelo—. Tienes que tener mejores reflejos.

—Idiota, tráeme mi ropa, por lo menos.

—Voy. —Se marcha del dormitorio y, al cabo de cinco segundos, regresa con mis vaqueros y mi jersey fucsia—. Toma. Voy a ducharme yo primero, luego te metes tú.

—Vale.

Y vuelve a salir de la habitación.

Mientras espero a que se duche, enciendo mi móvil y descubro doce llamadas perdidas de mi casa. Mi madre tiene que estar hecha una furia. Como se me ocurra aparecer por allí, estoy muerta. Tengo también dos conversaciones abiertas en el WhatsApp y abro primero la de mi hermano.

PABLO: «Mamá está muy enfadada contigo, más te vale volver a casa cuanto antes»

Ese mensaje me lo envió ayer por la noche, justo después de llamar a Álvaro. Pero hay otro de esta mañana.

PABLO: «¿Dónde te metes? Estamos preocupados. Llevas toda la noche desaparecida»

Paso de contestarle.

Chris también me ha mandado un mensaje y está en línea.

CHRIS: «Ari, ¿dónde estás? Tu madre ha venido a mi casa pensando que estabas aquí. Contéstame cuando leas esto, por favor»

YO: «Estoy bien, Chris. No te preocupes. Ya te contaré»

CHRIS: «¿Estás con Álvaro, verdad?»

No puedo mentirle; me conoce bastante bien.

YO: «Sí. Luego hablamos. Un besito :)»

CHRIS: «Ten cuidado»

Cuando regresa Álvaro de la ducha, vestido y con el pelo mojado y alborotado, algo que hace que mis hormonas se despierten, vuelvo a apagar el móvil. Después me meto en la ducha y, cuando salgo, me dirijo hacia la cocina, donde Álvaro está preparando el desayuno.

—¿Tortitas? —pregunto, incrédula.

—¿Qué pasa? ¿No quieres?

—¡Por supuesto que sí! Sólo estoy impresionada. No sabía que cocinaras.

—Tampoco cocino tanto. Que de los espaguetis y de la pizza no salgo, ya lo sabes —dice poniendo la última tortita en el plato.

—Y las tortitas.

Sonríe.

—Pero si te enveneno no es mi culpa. Tú decides comerlas o no.

—Me arriesgaré —contesto, decidida. Él me guiña un ojo y se queda mirando su sudadera azul, que la llevo puesta.

—Te queda bien.

—Gracias, pero a ti te queda mejor.

Qué bien se me da alimentar su ego.

—Eso no lo dudo, pero creo que quedamos en empate —dice sonriendo de medio lado—. Venga, vamos a zampar ya.

Nos acercamos a la mesa y observo que me ha preparado un Cola-Cao.

—¿Qué prefieres con las tortitas? —me pregunta señalando lo que hay sobre la mesa.

Paseo la vista por todo lo que ha sacado: *Nutella*, sirope de arce, un par de mermeladas de varios sabores y nata de montar. Elijo la *Nutella* y la nata, por supuesto.

—Buena elección —dice, y yo sonrío como una lela.

Unto la *Nutella* en las tortitas y le pongo nata por encima. Esto debe tener muchas calorías, así que cuando este pesado no esté con los ojos puestos en mí, lo echaré todo.

Álvaro le da un sorbo a su Cola-Cao y yo empiezo a comerme las tortitas, que están deliciosas.

—¿Están buenas?

—Riquísimas —le contesto con la boca llena.

—Si te entra diarrea, a mí no me eches la culpa.

Ojalá todos los días fueran así. Es como estar paseando por encima de una nube todo el rato. Cuanto más tiempo paso con él, más se me disparan los sentimientos. Anoche se portó genial conmigo; era la única persona a la que podía acudir para que mi madre no me encontrara.

—¿En qué piensas? —quiere saber alejándome de mis pensamientos. Se ha terminado ya su desayuno y a mí me queda todavía media taza de Cola-Cao.

—En mi madre, que estará cabreadísima.

—Tranquila, ya se le pasará. Las madres son así.

—¿Te puedo hacer una pregunta un poco personal?

—Dime —me responde.

—¿Te dan miedo los truenos?

Se carcajea.

—No —contesta riéndose de mí—. ¿De dónde has sacado esa gilipollez?

—Porque anoche estabas temblando y te asustabas cada vez que sonaba uno. Vuelve a reírse, pero esta vez nervioso.

—Lo habrás soñado. Yo soy un tío fuerte que no le tiene miedo a nada.

—No lo he soñado. Estoy segurísima.

—Deja de drogarte —dice.

—Yo no me drogo.

—Pues entonces llama a tu psicólogo para que te haga una terapia, porque tener alucinaciones no es lo normal en una persona.

Se está cachondeando de mí, el muy gilipollas, y me está sacando de quicio; entonces suelto la pregunta que lleva rondando por mi cabeza toda la noche:

—¿Quién es Mimi?

Álvaro se tensa, me aparta la mirada y tamborilea con los dedos en la mesa.

—¿Me respondes o qué? —insisto, y él suelta un largo suspiro; después me mira.

—Nadie —responde sin ninguna expresión. Coge la caja de tabaco y se enciende un cigarro; yo decido abandonar el tema de la misteriosa Mimi.

—¿Tu madre te deja fumar aquí dentro?

—No, pero paso. Luego echo ambientador y solucionado.

Vaya idiota.

—¿Cómo puedes fumar con la peste que echa eso? —Arrugo la nariz.

—Porque me relaja. ¿Quieres probar? —pregunta acercándome el cigarrillo a la cara.

—Me da asco. —Aparto su mano de mi cara—. Se te van a poner los pulmones negros y te vas a quedar estéril.

—Me da igual. No pienso tener hijos.

—¿Por qué? —inquiero con curiosidad.

—Porque dan mucho la lata. Sólo sirven para comer y cagar.

No puedo evitar soltar una risa escandalosa. Yo tampoco pienso tener hijos.

—Vamos a dejar de hablar de esto —dice, y apaga la colilla en el cenicero que hay sobre la mesa.

Arrima su silla a la mía, y yo me estremezco. Va acercando poco a poco sus labios a los míos, pero no me besa. Tengo la sensación de que mi corazón se me va a salir del pecho en cualquier momento.

«¡Bésame, idiota!».

Me mira con una sonrisa dibujada en su cara.

—¿Sabes? Me muero de ganas por comerte la boca ahora mismo, pero no lo voy a hacer. —Se aparta de mí.

¿Por qué no? Si lo hace cuando le da la gana.

—Ah —murmuro con expresión desilusionada—. Pues yo sí.

Lo cojo de la cara con mis manos, desprevenido, y le planto un beso en los labios. Álvaro no me lo rechaza y me agarra por la espalda, pegándome contra él, sintiendo su cálida boca sobre la mía mientras que nuestras lenguas se rozan al compás. Mis mejillas se ruborizan y nuestras respiraciones empiezan a entrecortarse, haciendo que se le escape un jadeo. Nuestros labios se separan y Álvaro coloca sus manos sobre mis mejillas sonrojadas y las acaricia.

—Joder —masculla—. Voy a recoger todo esto, porque como siga así, no voy a ser dueño de mis actos.

Me río a carcajadas, dándome golpes en la tripa.

—Y encima te ríes de mí. —Me mira haciéndose el dolido, llevándose la mano al corazón y negando con la cabeza. Después recoge todo lo que hay en la mesa mientras lo observo.

—¿Te ayudo? —me ofrezco.

—Pues claro que no. —Se dirige hacia el fregadero y se pone a fregar los platos.

Me entretengo mirando mi móvil cuando, de repente, caigo en la cuenta de que esta es mi oportunidad para deshacerme de todo lo que he comido. Álvaro

está concentrado fregando los platos y no creo que se dé cuenta, así que me guardo el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—Voy a por mi móvil a tu cuarto —miento.

—Vale.

Salgo de la cocina como una exhalación y entro en el baño. Cierro con pestillo, abro la taza del váter y lo echo todo. Cada vez me cuesta menos hacer esto.

Oh, mierda. El ruido de la cadena. No creo que con el sonido del grifo de la cocina se escuche. Pulso el botón para que todo se vaya por el desagüe y me enjuago la boca, pero al abrir la puerta, me quedo petrificada.

Mierda.

—Creo que has confundido mi habitación con el baño. —Álvaro está parado frente a mí, de brazos cruzados y mirándome.

—¿Ah, sí? Pues no me he dado cuenta —respondo posando mi vista en los azulejos, y salgo, pero antes de dar un paso, Álvaro me agarra del brazo y lo observo furiosa—. ¿Qué pasa? ¿Que también me vas a dar el coñazo como mi madre?

Me contempla con sus penetrantes ojos castaños.

—No, Ari. Déjame ayudarte.

—¡No necesito ayuda de nadie! —exclamo—. ¡No me entendéis! ¡Queréis hacerme engordar más de lo que estoy y no lo pienso permitir!

—Pero, Ari...

—¡Cállate! —lo interrumpo—. ¡No me entiendes! ¡Eres como mi madre! ¡Creía que eras la única persona a la que podía acudir, pero ya me estoy dando cuenta de que me he equivocado!

—Cálmate —dice intentando domarme como si yo fuera un tigre a punto de comerse su pierna, y hace que me cabree aún más.

—¡Eres un idiota! —le grito mientras él me mira demasiado tranquilo. Se me está formando un nudo muy grande en la garganta. No quiero llorar, por favor. Estoy harta—. No sé cómo he podido enamorarme de ti...

—¿Qué? —inquire, sorprendido.

¿Qué acabo de decir?

—Yo... —musito intentando averiguar la expresión que adorna su rostro.

De susto. De terror. De miedo. De haberse encontrado de repente con las hermanas de *El Resplandor*.

Álvaro se pasa una mano por el pelo.

—Repite eso —suelta sin apartar sus ojos de los míos.

Sin embargo, me quedo callada.

Capítulo 48

Álvaro

Estoy soñando. Ari y yo paseamos agarrados de la mano por un parque mientras nos comemos un cucurucho con tres bolas azules. A ella se le está empezando a derretir, y las gotas resbalan por sus delicados dedos hasta llegar a su mano. Yo me río, agarro su brazo y le limpio las gotas con mi lengua. Después me besa y seguimos caminando, enamorados; ella sin sus problemas con la comida y yo más feliz que nunca.

Pero esto no va a pasar jamás.

Sigo mirándola, asimilando las palabras que me acaba de decir.

«No sé cómo he podido enamorarme de ti».

—Yo... Debo irme —suelta con voz temblorosa y con la vista clavada en el suelo.

La cojo del brazo.

—No te vas.

—¡Déjame! —Libera su brazo de un tirón—. ¡Deja de vigilarme de una vez y métete en tus asuntos de gilipollas! —grita. Atraviesa corriendo el pasillo y oigo el portazo que da cuando se marcha de mi casa.

Continúo parado en la puerta del baño y mi cabeza no para de imaginarse a Ari susurrándome esas palabras. ¿Cómo se va a enamorar de mí?

Tendría que haber salido corriendo detrás de ella.

Pero soy un cobarde.

Un gilipollas.

Un mamón.

Un estúpido.

Un cagado.

Una mierda.

Media hora después, necesito salir a tomar el aire y sudar como un cerdo, así que me pongo un chándal, cojo mis cosas y me piro de mi casa en dirección al gimnasio. Y, cómo no, en cuanto entro, ya está David con sus queridas pesas. En serio, este tío no tiene vida más allá del gimnasio.

—Hey, capullo —lo saludo.

Deja su pesa y me mira, sorprendido.

—Hombre, ¿cómo tú por aquí a estas horas?

—Pues ya ves. Tenía ganas de venir.

—¿Dónde te has dejado a tu chica hoy?

Ya estamos.

Doy un largo suspiro.

—No es mi chica. Aún —digo.

—Pues yo no sé a lo que estás esperando.

No quiero hablar con este tío de ese tema. Ni con nadie.

—A perderla —respondo encogiéndome de hombros—. Voy a pegarle una paliza a un saco. —Le doy una palmada en el hombro a David y me dirijo hacia los sacos de boxeo.

Necesito pegar puñetazos. Me quito la camiseta y me coloco los guantes de boxeo. Me pongo enfrente del saco y pienso en quién puede ser mientras descargo la rabia. Ya está. El gilipollas de Dani. A ese se la tengo jurada desde hace tiempo; lástima que no esté en Madrid para partirle los dientes y matarlo a puñetazos. O más bien me imagino que es el tal Diego. No sé cómo será físicamente, pero me da igual. Al final decido hacer una mezcla de los dos.

Casi una hora después, me encuentro sudando y con la adrenalina recorriendo por todo mi cuerpo. Me siento mejor, pero no del todo. Me quito los guantes y bebo de mi botella de Aquarius. Me detengo al divisar a John peleándose con un saco con demasiada mala leche y me acerco a él.

—¿Qué te ha hecho el pobre saco?

Para de darle golpes y me mira, respirando entrecortadamente.

—Me imagino que es un gilipollas.

—Te reto a una pelea —le propongo.

Este tío está fuerte, pero no más que yo, así que no me será muy complicado ganarle.

—No quiero romperte nada. Además, tampoco tengo mucho ánimo. Estoy cansado ya —se intenta escaquear porque sabe que tiene las de perder.

—Ah, bueno. Pues otra vez será.

—¿Es verdad lo que dicen en el insti? —quiere saber, curioso.

—¿Y qué es lo que dicen en el insti?

—Que te estás follando a la de mi clase... —Hace una pausa y frunce el ceño—. ¿Cómo se llamaba? ¿Adriana?

Menuda hostia en la cara que se va a llevar.

—Ari —lo corrijo—. ¿Y si me la estoy follando qué pasa?

—Que me parece muy raro. ¿Por qué lo estás haciendo?

Estoy por volverme a poner los guantes y pegarle una paliza a este subnormal.

—¿Y a ti qué cojones te importa? ¿Te pregunto yo algo sobre tu amor imposible?

John se ríe.

—Mejor no —dice, y cambia de tema—. ¿Alguna vez has hecho algo que nunca creías ser capaz?

¿Y a qué viene esa pregunta? Me quedo un momento haciendo pensar a la neurona.

Muchas cosas. Una de ellas fue aprobar la ESO cuando todos me decían que no servía para estudiar, y otra, cantar en la calle delante de toda la gente. Pero la más importante y la que no me esperaba hacer es la de enamorarme de Ari.

—Sí, claro —contesto.

—¿Y te has arrepentido?

—No. ¿Pero a qué viene esa pregunta?

—Por nada. Me voy a mi casa. Ya nos veremos. —Recoge sus cosas con rapidez.

—¿No te duchas?

—Lo hago en casa.

—Ah, ya entiendo. —Muevo las cejas de arriba abajo, divertido—. No vaya a ser que te pongas cachondo.

Y tras esas palabras, se santigua, horrorizado, y se marcha corriendo. Qué tío más raro. Aunque me ha dejado con las ganas de pegarle una buena paliza...

—¡Hola!

De repente, se pone delante de mí una chica rubia, vestida con un sujetador deportivo azul y unas mallas rojas. Sí, claro. Una tía con los colores del Barça.

—Hola.

—¿Cómo te llamas? Es que te veo siempre por aquí y tengo esa curiosidad. Yo soy Raquel. —Me mira de arriba abajo y me da dos besos—. ¡Ay! Me has manchado la cara de sudor. —Se limpia con sus manos la cara.

«Te has manchado tú solita acercándote a mí para invadir mi espacio personal».

—Pepe —le contesto sonriendo y enseñándole todos mis dientes.

—Oh, Pepe. Qué nombre más... bonito. —Sonríe y vuelve a pasear sus ojos por mi perfecto torso desnudo—. Podemos quedar algún día para tomar algo y conocernos mejor.

Ja, ja, ja.

—Soy gay y el que se acaba de ir es mi novio, que por cierto, es muy celoso —digo intentando no reírme, y ella abre los ojos como platos.

—Vaya, no lo sabía. Qué tonta. Perdona. Como siempre te veo con una chica bajita y hoy no... Pensé que... Bueno, da igual —balbucea. Parece un puto loro.

No se calla—. Me alegro de conocerte, Pepe. —Me vuelve a dar dos besos—. Una lástima que seas gay. —Y se marcha hacia donde se encuentran más tías, que imagino que serán sus amigas.

Joder, yo rechazando a una tía. No me reconozco.
Maldita Heidi.

* * *

No me tendría que haber venido a esta puta ciudad a vivir con mi madre. Con lo bien que estaría ahora mismo en Madrid con mis colegas bebiendo en un parque y fumando todo el día.

Ahora estoy en mi habitación, tumbado en mi cama y mirando al techo, aburrido, con la tele encendida, pero sin prestarle atención, con mi cabeza dándome la brasa todo el rato pensando en esa niña de ojos verdes que ha puesto mi vida patas arriba, mientras espero a que sea la hora de entrar a trabajar.

Un día de estos voy a coger la maleta, me voy a pirar a Madrid y me olvidaré de ella. O no...

Dirijo la vista hacia el escritorio y mis ojos se encuentran con su jersey, que se lo ha dejado aquí para ponerse mi sudadera; entonces me levanto y lo huelo. Me encanta su olor a coco.

Y creo que estoy perdiendo la cabeza.

Me interrumpe el sonido del WhatsApp y mi corazón empieza a latir. Ari lleva todo el día desaparecida; no sé dónde se ha metido y no me contesta ni a las llamadas ni a los mensajes. No la estaba vigilando, joder. Sólo quería que no hiciera la mierda que está haciendo; quería que, por lo menos conmigo, se sintiera bien.

Pero mi ilusión se desvanece al ver el nombre de Mónica en la pantalla.

MÓNICA: «Hola, guapo. Hace días que no quedamos. Esta noche Víctor monta una fiesta en su casa para celebrar que han terminado las clases. ¿Vendrás?»

Puf... No me apetece nada, pero será bueno despejarme un poco, aunque sólo sea por unas horas.

YO: «No lo sé, igual me paso»

MÓNICA: «Vas a venirte sí o sí, si no, te saco de tu casa a rastras. Me recoges a las nueve en mi portal. No llegues tarde»

YO: «No pienso ir a recogerte»

MÓNICA: «Venga ya, no seas soso. Con lo bien que lo pasamos juntos».

Paso de ella, tiro el móvil a la cama y decido ponerme a tocar en el teclado la canción *El mundo*, de Pablo López.

* * *

—Me has dado el cambio mal —me dice una mocosa—. Me has dado dos euros de menos.

—Perdona. —Miro su cambio y le doy lo que me pide. Llevo, desde que he llegado, con la cabeza en otra parte.

Se acerca un chico.

—Se te ha olvidado ponerme la hamburguesa.

Joder, como siga así, me van a echar.

—Perdona —repito de nuevo, y cojo una hamburguesa y se la doy.

—Álvaro —me llama Susana, mi jefa—. ¿Qué te pasa hoy? Estás muy distraído.

—Lo siento. —No sé cuántas veces me he disculpado hoy.

—Tranquilo, no pasa nada. —Me mira, preocupada—. Tienes mala cara. ¿Por qué no te marchas a tu casa a descansar?

—¿En serio?

—Sí, claro. No quiero que me espantes a los clientes.

—Gracias —le digo.

—De gracias, nada. Algún día me tendrás que invitar a algo para compensarlo, ¿no? —Me guiña un ojo.

No le respondo nada; sólo le sonrío. Luego cojo mis cosas, salgo del McDonald's y voy hacia mi moto.

¿Estaba ligando conmigo esa tía? Otra más. Ya van dos en el mismo día.

Capítulo 49

Ari

¿Has tenido alguna vez esa sensación en la que parece que te has roto por dentro? Es algo así como cuando se te cae una caja llena de platos al suelo. Por fuera, la caja está impecable, sin ningún rasguño. Sin embargo, por dentro están todos los platos hechos pedacitos. Pues yo soy la caja, y los trozos de mi corazón son los trozos de los platos rotos.

Ahora estoy paseando, con la vista fija en el suelo y con un nudo en el estómago todo el rato. Ya me he tropezado varias veces con la multitud por estar pensando en todo lo que me ha pasado en estas últimas veinticuatro horas.

La gente pasea feliz con su familia escuchando la música navideña que sale de los establecimientos, otros están terminando de comprar regalos y yo deambulo entre ellos con la mirada perdida.

No sé hacia dónde dirigirme.

Cuanto más lo pienso, más arrepentida estoy de haber confiado en Álvaro. Sabía que era como todos. Sabía que quería vigilarme como si fuera una niña de tres años que no sabe comer sola. Sabía que era como la sargento de mi madre.

A la mierda todo. Paso de mis sentimientos, de Álvaro y de todo lo que tenga que ver con él.

Saco mi móvil, ignorando las llamadas perdidas y miro la hora. Son las seis de la tarde. No hay rastro de ninguna patrulla de policía buscándome, así que imagino que Chris le habrá dicho a mi madre que estoy bien. Cuando decido regresar a mi casa, saco las llaves y abro la puerta. Echo un vistazo a la sala de estar y luego a la cocina, donde se encuentran Mónica y sus dos amiguitas riéndose como las tres pavas que son.

—¡Pero si está aquí la gorda fugitiva! —exclama la Barbie Poligonera en cuanto me ve, y las otras dos se empiezan a carcajear.

Las ignoro y subo las escaleras, pero antes de encerrarme en mi guarida, se abre la puerta de la habitación de Pablo.

Mierda.

—¡Ari! —exclama mi hermano en tono de enfado—. ¿Se puede saber dónde has estado? ¿Tú crees que está bien lo que has hecho?

—¡Déjame en paz! —le grito.

Me meto corriendo en mi habitación y cierro de un portazo. Pero cuando paseo mi vista por mi cuarto, observo que las paredes y mi cama están repletas de *post-its*. Mi gata se acerca a mí y me doy cuenta de que tiene unos cuantos papelitos pegados en su pelaje negro. Le arranco uno con cuidado y leo.

«Eres una gorda asquerosa»

Arrugo el papel y lo tiro al suelo; después hago lo mismo con todos los demás, que ponen cosas peores. En la pared, me encuentro con una foto donde sale el cuerpo de un cerdo, y donde debería estar su cabeza, está mi cara. La rompo y me percató de que las lágrimas ya están paseándose por mis mejillas.

—¿Te ha gustado el regalito? —oigo la voz de la Barbie.

La miro. Está sonriendo, la muy zorra, junto con sus dos lameculos. Sin pensármelo, me acerco a ella y le pego un empujón, que hace que se caiga al suelo de manera dramática.

—¿Estás loca? —suelta Patri, una de las dos sombras, que se abalanza sobre mí y se engancha en mi pelo. La otra descerebrada también se une a ella mientras la jefa de las poligoneras se ha quedado petrificada en el suelo, fingiendo que está dolida, al mismo tiempo que idea un plan de matanza hacia mí.

—¿Pero qué estáis haciendo? —cuestiona mi hermano.

Doy gracias por que haya venido a mi rescate y separa a las dos lagartas de mí. No sé lo que les dice para que se vayan, porque no oigo nada y me está dando un ataque de ansiedad; sólo me concentro en poder llenar mis pulmones de aire, pero me es demasiado difícil.

—No pasa nada —dice Pablo abrazándome.

Quiero irme. Necesito irme. No quiero estar aquí. Ni en ningún lugar. Quiero desaparecer.

En mi habitación, más calmada, mi hermano permanece conmigo en la cama mientras me bebo un vaso de agua.

—¿Estás mejor? —me pregunta, y yo asiento—. ¿Quieres algo más?

Niego con la cabeza. Pablo suspira.

—Vete —le pido contemplando el vaso.

—Está bien. —Se levanta y me mira con pena. No quiero dar pena—. Si necesitas algo...

—¡Fuera ya! —chillo.

Mi hermano da un respingo, me vuelve a mirar con lástima y se marcha.

Por fin.

Dejo el vaso sobre la mesita, saco mi móvil del bolsillo de la sudadera de

Álvaro y abro la conversación de Chris.

Última vez hoy a las 17:59

YO: «Hola, Chris»

Se conecta de inmediato.

CHRIS: «Ariiii»

YO: «Necesito tu ayuda. Tienes que colarte en mi jardín, coger las escaleras que hay y ponerlas para que baje por mi ventana. No se aceptan preguntas»

CHRIS: «Miedo me das»

Antes de que venga, salgo de mi habitación y bajo las escaleras a toda prisa. Ya no hay ni rastro de las subnormales de antes, pero está mi hermano comiéndose un sándwich en la cocina.

Mierda.

—¿A dónde vas? —me pregunta.

—A... Coger algo de comer.

Rebusco por los armarios fingiendo que busco algo y, cuando mi hermano está concentrado en su móvil, cojo lo que necesito para mi plan y me lo guardo en el bolsillo de la sudadera. Me hago con una manzana para disimular y vuelvo a mi habitación. Agarro mi mochila del instituto y saco todos los libros. Meto una manta rosa y una linterna. No creo que necesite ninguna otra cosa más. Recorro mi dormitorio con mi vista, pensando en algo más que me pueda hacer falta. Ah, sí, mi iPod y mis auriculares. Los cojo y los meto en el bolsillo pequeño junto con lo que he robado de la cocina.

Ahora sí.

Me cuelgo la mochila al hombro, cierro con cerrojo la puerta, me despido de Moon y me asomo a la ventana. Diviso a Chris con la escalera preparada. Con sumo cuidado, salgo por la ventana y apoyo los pies en el tejadillo y bajo por las escaleras poco a poco.

—Explica —exige mi amigo cuando ya estoy abajo.

—No puedo. —Cojo la escalera y la pongo en su sitio.

Salimos del jardín y nos vamos a un sitio donde mi hermano no me pueda ver.

—¿Me lo vas a explicar o qué?

—Me voy, Chris. Necesito estar sola —le digo.

Mi amigo me mira frunciendo el ceño.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo Álvaro?

—No —contesto de inmediato, y doy un largo suspiro. No es por Álvaro, sino por todo lo que me está pasando desde que tengo uso de razón—. Tengo que irme. Lo siento.

—Dime por lo menos a dónde te vas. Te van a buscar. —Se le nota preocupado.

—Tranquilo, luego te llamo para decirte que estoy bien. —Le doy un abrazo—. Gracias por todo.

—Ten cuidado.

Nos despedimos, me encamino hacia la primera parada de autobús urbano que veo y me subo a uno que me lleva hasta la playa. Está todo abarrotado de gente, así que me toca estar de pie. Mientras tanto, me distraigo en Facebook y me encuentro con que Álvaro ha escrito algo en su muro.

«La vida es una puta mierda»

¿Se referirá a mí? No lo creo. No soy tan importante para él.

Ni para nadie.

Me quedo mirando su foto de perfil como una boba. Es de cuando estábamos en nuestro rinconcito secreto. Sale él haciéndose un *selfie* tumbado en la arena, sonriendo con ojos inocentes.

Suspiro, guardo el móvil y me bajo del autobús.

Me tengo que acordar de llamar a Chris más tarde para que no se alarmen todos, pero me queda poca batería, así que apago el móvil para que no se me gaste antes de tiempo.

Llego hasta las rocas y las paso con cuidado para intentar no caerme y acabar rompiéndome la cabeza, pero tengo la sensación de que voy a perder el equilibrio en cualquier momento. Es lo que tiene pesar una tonelada. Cuando pego un salto desde la última roca, por poco me caigo de boca contra las piedrecitas y la arena.

¿Vendrá alguien raro por aquí? Me debería de haber traído un *spray* antivioladores por si las moscas, aunque tampoco me serviría de mucho, porque no tengo escapatoria, salvo irme nadando.

Me siento en la arena y rememoro todo lo que me ha pasado desde que era una niña. Todos los insultos, las burlas, las risas... Pero ya se acabó. No pienso seguir así. Soy demasiado cobarde.

Saco del bolsillo pequeño de la mochila el bote y lo observo durante unos segundos.

«Es fácil. Sólo tienes que tragarlas y todo habrá terminado», me digo a mí misma.

Lo abro y saco una pastilla.

No puedo.

«Sí puedes».

No puedo.

«Sí puedes».

No.

«Hazlo, gorda inútil».

Me meto la pastilla en la boca, cojo mi botella de agua y le doy un sorbo.

«Bien hecho».

Capítulo 50

Álvaro

—Siento haberme portado como un estúpido antes. Quiero que sepas que eres muy importante para mí y no quiero que te pase nada. Porque te quiero, Ari.

Demasiado cursi. Parezco retrasado hablando conmigo mismo delante del espejo. Llevo un buen rato pensando en las palabras adecuadas que le voy a decir en cuanto la vea.

Pero sé que cuando llegue la hora de la verdad, me acojonaré.

—¿Por qué no pruebas a decírselo a la cara? —me interrumpe mi madre, que está mirándome y sonriendo, apoyada en el marco de la puerta del baño.

Hostia puta. Ojalá existiera un botón imaginario que me hiciera desaparecer en cualquier momento.

—¿Qué coño haces espiándome?

—No te estaba espiando —replica—. Sólo me he preocupado de que mi hijo se haya vuelto loco hablando solo.

Doy un suspiro.

—No cuela.

—¿Sabes? He visto esta mañana a Ari saliendo del portal llorando. Llevaba una de tus sudaderas puesta.

Joder, cómo se fija en los detalles.

—¿Te... Te ha dicho algo? —Miro a mi madre, esperanzado.

—No. La pobre ha salido corriendo. ¿Qué le ha pasado?

Toda ilusión se borra de mi rostro.

—No te importa.

—Me importa si hace que mi hijo tenga cara de muerto todo el día.

—Mamá... —digo, y me paso una mano por el pelo—. No pienso hablar de esta mierda contigo. —Me piro del baño, pero ella me detiene alzando su voz unos cuantos decibelios.

—¡Álvaro Aitor!

No me llamaba así desde que me pilló marihuana en uno de los vaqueros cuando tenía quince años porque iba a poner una lavadora. Y cuando me llama así, más me vale pararme y asentir con la cabeza, aguantando la reprimenda.

—No me llames así.

—Pues no dejes la tapa del váter levantada —me riñe—. Y no dejes gotas en la taza.

—Joder. —Vuelvo a entrar en el baño, limpio la taza y bajo la tapa del váter—. ¿Contenta?

Mi madre se me queda mirando, anonadada.

—¿Desde cuándo me haces caso? —inquiérese—. Eso que dicen de que el amor hace milagros es verdad.

—No estoy enamorado —le espeto, y quiero sonar creíble, pero no surte efecto—. Y deja de darme la brasa.

* * *

No llevo ni quince minutos en la fiesta de Víctor y ya están todos cocidos.

—Mira quién está aquí. El que me ha dejado tirada en casa.

No hace falta ni que me gire para saber de quién se trata. Le doy un sorbo a mi cubata mientras mis ojos están concentrados en un cuadro, y hago como que no la oigo.

—¡Tú! ¿Me has oído? —Mónica se planta delante de mí.

—No estoy sordo.

Se ha puesto un vestido amarillo pollo que me deslumbra con sólo verlo.

—Pues ya podrías haber venido a recogerme a mi casa.

—Tenía cosas más importantes que hacer.

—¿Como cuáles? —pregunta, inquisitiva.

—¿A ti qué más te da?

—Oye, a mí no me hables así, que venía dispuesta a pasar un ratito contigo.

—Se echa su melena rubia hacia atrás, enseñándome todo el escote.

Joder, qué tía más insoportable.

—¡Álvaro! —me llama Víctor desde el sofá—. ¡Ven a fumarte un porro con nosotros!

Me dispongo a ir hacia él con tal de quitarme de encima a esta tía, pero un tirón en el brazo me detiene.

—Creía que te ibas a quedar conmigo —me dice Mónica poniendo morritos.

—Vete a calentarle la polla a otro.

Se queda con la boca abierta de la impresión.

—Vete a la mierda, Álvaro. —Y se va, dando pisadas con sus tacones de medio metro.

Me siento en el sofá con Víctor y todos los demás, que están partiéndose de risa. Me preparo un porro y le doy una calada.

—He visto a Mónica buscándote antes. La tienes chorreando por ti —me

cuenta Víctor riéndose como un auténtico retrasado.

—Como todas las tías del insti —interviene John—. Tío, no sé qué les das.

Pasando el rato con esta gentuza, ya casi ni me acuerdo de...

Mierda, ya me he acordado. ¿Qué estará haciendo ahora?

Salgo a la terraza, saco mi móvil y me pongo a mirar mi galería. Qué egocéntrico soy, sólo tengo fotos mías. Sin embargo, me encuentro con la que le hice a Ari sin que se diera cuenta. Aparece sentada en la arena con la mirada fija en el mar y su larga melena castaña brillando por la luz del sol. Me encanta esta foto. No entiendo por qué no quiere que se las haga si es preciosa.

El sonido de los tanques de Mónica me saca de mis pensamientos.

—¿Qué haces aquí tan solito? —Por cómo está arrastrando las palabras, se nota que ha bebido demasiado.

—Nada —contesto dándole una calada al porro.

—Desde que has llegado estás con esa cara de muermo. Cuéntame lo que te pasa, cariño.

Suelto una carcajada al oír esa palabra y ella intenta acariciarme la cara, pero aparto su brazo en un acto reflejo.

—Piérdete —le espeto, y le echo el humo del porro en la cara.

—Álvaro, aunque no te lo creas, sé escuchar a la gente.

Joder, ¿no me va a dejar en paz nunca? Al final voy a tener que ponerle una orden de alejamiento o algo a esta tía.

—¿Por qué no nos vamos al piso de arriba y nos relajamos un poquito? —Se muerde el labio, mirándome con ojos hambrientos a través de sus largas pestañas llenas de potingue.

Me echo a reír en toda su cara.

—Anda, déjame en paz y no te rebajes tanto.

Niega con la cabeza, riéndose. Cómo apesta a alcohol. Estoy seguro de que ni se ha enterado de lo que le he dicho.

—Volvamos dentro, que tienes que dormir la mona —le digo. Tiro lo que queda de porro al suelo y agarro a Mónica del brazo.

—¡No quiero entrar! —grita intentando deshacerse de mi agarre—. Prefiero hacer esto. —Me tira del brazo y después aprisiona mi rostro entre sus manos para estampar su boca contra la mía; yo me aparto y me quito sus manos de la cara—. ¿Pero qué haces, Álvaro? —gruñe.

La melodía de mi móvil comienza a sonar y doy gracias a quien sea que me esté llamando. Lo saco del bolsillo de los vaqueros y veo que es mi prima.

—¿Qué quieres?

—Álvaro, ¿Ari está contigo? —Suena preocupada.

—Pues va a ser que no. ¿Por?

—Porque no ha aparecido en todo el día. Estoy en mi casa con Chris intentando llamarla, pero no da señal. A su casa tampoco ha ido desde esta tarde. Ya se ha vuelto a escapar.

—Voy a tu casa ahora mismo. —Y cuelgo.

—¿A dónde vas? —pregunta Mónica.

Pero no le respondo y me largo de la fiesta. En menos de lo que canta un gallo, ya estoy llamando al timbre de casa de Sandra quinientas veces seguidas.

—¡Que ya te hemos oído! —exclama, y me abre la puerta.

—¿Dónde está? —pregunto mirándola a ella, y luego a Chris.

—No lo sabemos. Sólo se ha escapado —contesta él desde la barra americana de la cocina, y Sandra y yo nos sentamos en dos taburetes alrededor de esta.

—Pues llamadla.

—Ya lo hemos hecho y no contesta —me informa mi prima—. Creíamos que estaba contigo.

—Pues ya has visto que no.

—Llámalas, a ver si te lo coge a ti —interviene Chris.

—¿Y por qué me lo iba a coger a mí?

—Es evidente —contesta Sandra con dramatismo, y yo la miro con ojos asesinos.

De pronto, Chris da un respingo.

—Chicos, me está llamando —Nos enseña su móvil vibrando con el nombre de Ari en la pantalla.

—¡Cógelo, retrasado! —le grito.

—Ponlo en manos libres —susurra Sandra.

Chris descuelga y coloca el móvil encima de la barra.

—¿Ari?

—Hola, Chris —responde ella.

—¿Dónde estás?

—No te preocupes. Estoy bien. Sólo necesitaba estar un rato sola.

—Pero, Ari, que es de noche...

—Tranquilo, que no me va a pasar nada.

—Escúchame, señorita —interviene mi prima—. O te vienes ahora mismo o juro que cuando aparezcas, te mato.

Yo continúo callado, escuchando la conversación.

—Que no os preocupéis —insiste Ari—. Cuidaos mucho. Y... Gracias por ser mis amigos.

¿Qué mierda está diciendo? Los tres intercambiamos una mirada, extrañados. Cojo el móvil de Chris, le quito el manos libres y salgo de la casa para hablar en

el rellano con Ari con más intimidad.

—Ariadna, ¿se puede saber qué mosca, verde y asquerosa, te ha picado?

—¿Álvaro?

—¿Te has vuelto a fugar? —exijo saber—. ¿Ha sido por mi culpa?

—¿Tú qué harías si una Barbie Poligonera empapela tu habitación con *post-its* llenos de insultos y fotos de tu cara con el cuerpo de un cerdo?

—¿Te ha hecho eso Mónica?

No sé de qué me sorprende. Tengo que pararle los pies a esa idiota.

—Yo no puedo más, Álvaro. —Se le quiebra la voz—. Lo siento. Ojalá encuentres a alguien que te merezca y que os queráis mucho, de verdad. Tienes un corazón muy grande, aunque pienses lo contrario. Gracias por estar a mi lado e intentar ayudarme. Pero sobre todo, gracias por haberme hecho sentir lo que siento por ti. —Hace una pausa y escucho sollozos—. Lo siento muchísimo.

—Ari, ¿qué cojones me estás contando?

—Adiós. —Y me cuelga.

Necesito ir a buscarla antes de que haga alguna estupidez.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Chris cuando vuelvo a entrar en casa de mi prima.

—Voy a por ella —digo, y le devuelvo el móvil.

—¿Dónde está? —inquire Sandra—. Llévanos ahora mismo.

—Está un poco lejos y los cuatro no cabemos en la moto si la tengo que traer de vuelta.

Si no me equivoco, tiene que estar ahí; es el único sitio donde nadie la encontraría, salvo yo.

—Ve a por ella ya —me ordena el tocapelotas de Chris.

—Me vais a tener que pagar un sueldo por ser el chófer de vuestra amiga —bromeo sonriendo; Sandra me da un codazo y Chris me mira con cara de pocos amigos—. Que sí, que ya me piro.

* * *

Esta niña va a acabar conmigo. Espero que no se le haya ocurrido hacer ninguna gilipollez, porque me he cagado vivo cuando me ha dicho esas cosas por teléfono. ¿No se estaría despidiendo, verdad?

Mientras atravieso las rocas con la linterna del móvil encendida, voy pensando en todo lo que le voy a decir cuando la vea. Por más que quiera estar lejos de ella, más me doy cuenta de cuánto la necesito a mi lado. Ella es la única persona que no me hace sentir como una mierda. Cuando llego a nuestra playa, la veo acostada sobre la arena, tapada con una manta y usando su mochila como

almohada.

La de noches que habré pasado aquí, yo solo, huyendo de todo el mundo como está haciendo ahora mismo ella.

Me acerco.

—Enana —susurro dándole un golpecito en el hombro y sentándome a su lado.

Está dormida con los auriculares puestos. Alumbro alrededor de nosotros y mis ojos se encuentran con un bote de tranquilizantes tirado en la arena. Me da un vuelco al corazón y empiezo a zarandear a Ari.

—¡Ari, despiértate! —le grito, alarmado, pero no me oye—. ¡Ari, joder, te quiero! ¡No me hagas esto! —La sigo zarandeando mientras las lágrimas recorren mis mejillas sin que yo les haya dado permiso de salir.

Ari se remueve y se despierta, asustada. Después me mira con los ojos muy abiertos.

—¡¡¿¿Pero qué haces, idiota? —me chilla, y se incorpora rápidamente; yo soy el tío más feliz del mundo ahora mismo—. ¡¡¿Y por qué lloras?!!

Sonrío al oír sus berridos, pero sigo llorando, mirándola.

—Joder —mascullo, y me abalanzo sobre ella para abrazarla, pero se queda tensa—. Me has asustado.

—¿Estás drogado? —pregunta con su voz de pito.

Hablando de drogas... Me separo de ella y le enseño el bote.

—¿Qué es esto?

—Un bote de pastillas —responde como si nada.

—¿De dónde las has sacado?

—No son mías. Son de mi madre.

—¿Has tomado alguna?

—No... —Me aparta la mirada para posarla sobre la arena.

No habrá tomado ninguna, si no, ya estaría más que roncando, pero sé que iba a hacerlo; se iba a meter el bote entero. Estoy seguro.

—Dime la verdad.

—¡No he tomado ninguna! —exclama.

—Ibas a hacerlo, ¿verdad? Por eso me has dicho esas cosas por teléfono.

Suspira, y con eso me confirma que llevo razón. Acercó mi mano a su mejilla y la acaricio, contemplándola con ternura.

—¿Por qué, Ari?

No me mira.

—Estoy cansada de todo —suelta—. Estoy harta de soportar que todos me traten mal y se rían de mí. —Me mira y yo la escucho con atención con una presión en el pecho—. No podía más. Quería irme, pero no he tenido el valor

suficiente para hacerlo.

Me da mucha rabia que haya pensado en quitarse la vida por unos gilipollas que no valen nada.

—Has sido valiente no haciéndolo —le digo, y me acurruco junto a ella. No sé qué decirle en estos momentos; tengo miedo de soltar alguna burrada y cagarla, como hago siempre—. Eres muy fuerte. No tienes que hacerles caso a esas idiotas que sólo sirven para criticar a los demás. —Le sujeto la barbilla, obligándola a mirarme—. No vayas a volver a pensar en hacer algo así, ¿vale?

Asiente, mirándome con sus ojos verdes y apagados.

«Cobarde, dile que la quieres y que quieres estar con ella», me riñe la voz de mi cabeza.

—¿Nos vamos? —le pregunto.

Ari vuelve a asentir. La agarro de la mano para ayudarla a levantarse, y se sacude la arena de la ropa. A continuación, meto todas sus cosas en la mochila, exceptuando la linterna que se ha traído.

—Ahora, ten cuidado, no vayas a caerte —le digo, y nos alejamos poco a poco de nuestro sitio.

Cuando logramos pasar todas las rocas sin habernos partido la crisma, llegamos a la moto.

—Álvaro —pronuncia mi nombre, y a mí me entra un cosquilleo por todo el cuerpo.

—¿Qué?

—¿Por qué has venido?

«Porque necesitaba saber que estabas bien, porque soy un imbécil egocéntrico que no sabe tratar a las personas más importantes como se merecen».

—Porque sí —respondo, y la rodeo con mis brazos.

—No se lo vayas a decir a nadie, ¿vale? —me pide, pero no respondo nada; luego nos separamos—. Vámonos ya.

Nos ponemos los cascos, nos subimos a la moto y nos dirigimos a casa de Sandra.

* * *

Me miro por enésima vez en el espejo del baño, viendo si se me ha movido algún pelo de sitio. Hago muecas de ligar conmigo mismo delante del espejo, y me voy a casa de mi prima. Llamo al timbre una vez y espero a que me abra alguien. El tocapelotas de Chris aparece.

—Hey —lo saludo, y él pone los ojos en blanco. Entro y echo un vistazo al

salón y a la cocina, pero sólo veo a Sandra sentada en un taburete comiendo cereales—. ¿Dónde está Ari?

—En la ducha —contesta dando un bostezo, y me siento en un taburete a esperarla.

Un par de minutos después, se escucha la puerta del baño y Ari viene a la cocina.

—Hola —me saluda posando su vista verdosa en mí.

Lleva el pelo mojado y alborotado, cayéndole por los hombros, y mi sudadera azul puesta. Yo le sonrío. Se sienta en el taburete que tengo a mi lado, que es más grande que ella, coge un tazón y se echa leche con cereales.

—¿Qué vais a hacer mañana por la noche? —inquire Chris.

—¿Qué se supone que hay mañana por la noche? —pregunto.

—Nochebuena —contesta Ari, y se lleva la cuchara llena de cereales a la boca.

Hostias, ¿mañana es Nochebuena ya? Qué rápido se me pasa el tiempo.

Me sirvo leche en el tazón y echo los cereales.

—Ari ¿tú te vas con tu familia a Barcelona, no? —quiere saber mi prima.

—¡¿Cómo?! —exclamo.

Ari da un respingo al oírme y los otros dos me miran como si tuviera tres ojos.

—Supongo —responde ella—. Pero me da miedo volver a casa a enfrentarme con mi madre.

—Tarde o temprano tendrás que hacerlo —le dice el tocapelotas.

A mí se me ha quedado una duda revoloteando por mi cabeza.

—¿Y cuánto tiempo te vas?

Espero que no diga mucho, que se me va hacer eterno estar sin verla.

—No lo sé. Semana y media, creo.

¿Semana y media? Joder, ¿y qué voy a hacer durante ese tiempo?

—Buen viaje —le digo con desdén, y termino de comerme los cereales, enfurruñado.

Ari me contempla con el semblante serio.

—No le hagas caso —le susurra el tocapelotas. Se creará que no lo he oído.

Ari asiente con la cabeza.

Vamos, lo que me faltaba por ver. Encima le hace caso al mamón de su amigo. Me está costando la vida no levantarme y estamparle la cara a Chris contra la encimera hasta que se le rompan todos los dientes.

—¿Y vosotros qué vais a hacer? —inquire Ari.

—Aún no lo sé —contesta Chris, que se empieza a comer las uñas.

—Yo, con mi madre y con este —cuenta mi prima señalándome con la

cabeza—. Álvaro, ¿te ha dicho tu madre que viene la abuela a visitarnos?

¿Mi abuela? ¿La madre de mi no-padre? ¿La que también me dio la espalda?
¡Venga ya!

—Pues no.

—Estoy muy contenta. Hace mucho que no la veo —dice dando palmaditas como una niña pequeña—. ¿Tú no, primo?

—Sí, vamos. No quepo en mí de la emoción —respondo con sarcasmo.

De pronto, nos interrumpe el móvil de Ari.

—Es mi hermano —dice echándole un vistazo a la pantalla.

—¿No lo coges? —pregunta Chris.

Ari suspira y descuelga.

—¿Qué quieres, Pablo? —contesta a la llamada—. En casa de Sandra.
—Tamborilea con sus pequeños dedos en la mesa—. Sí. Ahora iré. Adiós. —Y cuelga.

—¿Qué quería? —pregunto.

—Nada. Que dónde estaba y si iba a ir a comer, que tengo que hacer la maleta. Me ha dicho que mi madre está más calmada.

—Eso es buena señal ¿no? —interviene mi prima.

—No creo. Cuando llegue, me asesinarán, lo más seguro.

—No exageres —dice Chris.

—Es la verdad. —Ari se levanta del taburete—. Voy a por mis cosas.

—Mira qué ojos de enamoradito se le ponen —le susurra mi prima a Chris cuando Ari desaparece por el pasillo.

Chris suelta una carcajada y a mí me están entrando ganas de asesinar a los dos.

—Cállate, prima —le espeto, y se me escapa una sonrisa.

Ari regresa con su mochila y su chaqueta.

—Pues yo me voy ya.

—Te acompaño —le dice el tocapelotas.

—Si quieres, te llevo yo en la moto, más rápido —me ofrezco.

—No hace falta. Si Chris vive al lado.

—Como quieras.

—Espera, tía, que no te voy a ver en muchos días. —Sandra se abalanza sobre ella y le da un abrazo.

—Me estás aplastando —se queja Ari haciendo una mueca de dolor.

Cuando se separan, Ari me mira esperando a que diga algo.

—Que lo pases bien —le digo.

—Gracias —responde con expresión indescifrable—. ¿Nos vamos? —le pregunta a Chris, que asiente; después se marchan.

Sandra se me queda mirando.

—Eres un cobarde —me dice dirigiéndose a la cocina para recoger los cacharros de la encimera.

—¿Por qué? —Voy detrás de ella.

—Porque no le dices lo que sientes.

—No siento nada —miento.

—Venga ya, Álvaro. Deja de comportarte como un imbécil de una vez y sé sincero.

Suspiro.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Tú lo has dicho, soy un imbécil —respondo encogiéndome de hombros.

—¿Y no puedes intentar dejar de serlo?

—No.

—Como venga con algún catalán de novio, te vas a arrepentir de todo —dice sonriendo—. Con lo que te gustan a ti los culés.

Ah, no. Eso sí que no. Un culé, ni de coña. Tengo que preguntarle a Ari de qué equipo es.

—Deja de tocarme los cojones, primita —le espeto—. Me voy, que tengo que trabajar.

Y me piro de la casa antes de que mi prima me siga poniendo de los nervios.

Capítulo 51

Ari

Después de haberme despedido de Chris en la puerta de mi casa, estoy decidiendo si debo entrar o no a la mía. Aunque mi hermano me haya dicho por teléfono que ya no está mi madre tan enfadada conmigo, sé, que si entro por esa puerta, va a empezar a gritarme con su habitual exorcismo.

«Vamos, Ariadna, ten valor y entra», me digo a mí misma.

Le hago caso a mi voz interior y meto la llave en la cerradura; enseguida aparece mi madre como una loca en el pasillo y se acerca corriendo a mí; Alfonso la sigue como el calzonazos que es.

—¿Pero, niña, tú estás bien de la cabeza?! —grita la demente, casi dejándome sorda por los dos oídos.

Comienzo a ponerme tensa.

—Isabel, ¿qué es lo que hemos hablado? —Alfonso la intenta tranquilizar. Sin embargo, mi madre toma aire.

—¿Dónde has estado? —pregunta en un tono más calmado, o casi más calmado.

—Con Sandra y Chris.

—¿Y tú te crees que esa es la manera de solucionar las cosas? ¿Fugándote? —brama. Estar tranquila no es lo suyo—. ¡Eres una niñata caprichosa!

Yo me quedo callada esperando a que se le pase el exorcismo.

—Isabel, cálmate —vuelve a intervenir el calzonazos.

—¿Que me calme?! —Mi madre se echa las manos a la cabeza y me mira—. ¿Tú sabes lo preocupados que estábamos por ti? Cómo lo vas a saber, si eres tan egoísta que eres capaz de hacer sufrir a tu familia con tal de llamar la atención.

Lo que me faltaba por oír. ¡La única que sufre en este planeta soy yo! ¿Es que no se dan cuenta de lo mal que me siento por todos sus comentarios inútiles cada día y de sus regañinas sin sentido? Aparte del *bullying* que sufro por la estúpida hija del pelele que se ha echado por novio.

Se me está formando un nudo en la garganta que me impide tragar.

—¡Dejadme en paz, no tenéis ni idea! —grito, y estallo a llorar delante de ellos.

—Mira lo que has conseguido, mamá. —Mi hermano ha salido de no sé

dónde para salvarme de la demente. Viene hacia mí y me rodea con sus brazos.

—¡Ahora la mala seré yo! —chilla mi madre con sarcasmo y con los brazos en jarras; sus ojos permanecen muy abiertos, contemplándonos.

—Dijiste que no la ibas a regañar cuando volviese —contraataca mi hermano; Alfonso está callado.

—¿Y qué querías que hiciera, Pablo? Es una niña.

—¡No soy ninguna niña! —grito apartándome de mi hermano.

—¿Qué hemos hecho mal contigo? Dímelo, Ariadna.

—¡Me voy a mi cuarto!

Subo las escaleras lo más rápido posible para encerrarme en mi mundo y desahogarme hasta quedarme sin lágrimas.

* * *

Mi madre me despierta llamando a la puerta de mi habitación; yo estoy tumbada en mi cama y abrazando la almohada con Moon a mi lado.

—Ariadna, ¿puedo entrar?

Me froto los ojos y me desperezo.

—Entra —contesto incorporándome sobre la cama.

Mi madre pasa y se sienta a mi lado. Presiento que ha venido para echarme otra regañina.

—Tranquila, que sólo he venido a hablar contigo —dice mirándome a través de sus ojos marrones, con sus pestañas llenas de rímel—. Hija, sé que la otra noche no me porté bien contigo. En vez de intentar apoyarte con tu problema, lo que hice fue echarte la culpa. He estado muy preocupada por ti, pensando en que podrías hacer cualquier tontería... —continúa. Baja la vista hacia el suelo, suspira y vuelve a mirarme—. Dime, ¿es por algún chico? ¿Se mete contigo por tu físico y por eso haces lo que haces?

Por favor, que no vaya por ese camino.

—No, mamá.

No pienso hablar con mi madre de los problemas que tengo.

—¿Entonces? —inquire—. Me lo puedes contar. Estoy aquí para eso.

—No es nada.

—Hija, aunque no lo creas, me preocupo por ti. Soy tu madre.

Tengo que hacer un esfuerzo por no echarme a reír.

—Ya, preocuparte.

—No puedes seguir haciendo eso. Ya perdí a tu padre. No hagas que te pierda a ti también —dice, afligida—. Tienes que salir de ese infierno.

No es un infierno, me siento bien haciéndolo. Lo que pasa es que nadie me

entiende.

—¿Y cómo?

Mi madre sonríe y me da un abrazo.

—Lo primero de todo, tampoco estás tan mal. Nadie es perfecto. Además, a los chicos les gustan las chicas con curvas.

Sí, claro. Todo tiene que girar alrededor de los tíos, ¿no? Lo que no sabe ella es que yo hago lo que hago porque quiero sentirme mejor conmigo misma y para que me pueda ver en el espejo con un cuerpo perfecto. No se le da nada bien animarme, así que mejor ser a que se calle y que se largue de mi habitación antes de que empiece a gritarle.

—Lo segundo, y esto es lo que creo que es el motivo, si es por algún chico, no pierdas el tiempo. Si le gustas, le dar a igual cómo seas, y si no, él se lo pierde.

Otra vez con los tíos.

Que se calle.

—Ya, mamá.

Menudo suplicio estoy pasando.

—Es el chico de la moto, ¿no?

—No es por ningún chico —replico.

—¿Y la sudadera que llevas puesta? Porque no es de tu estilo.

Me miro la sudadera. Mierda.

—Es de Chris —miento.

—Está bien. Ya he comprendido que no quieres hablar de chicos con tu madre. —Suspira—. Pero me tienes que prometer que no vas a hacer eso ni una vez más.

—Sí, mamá. Te lo prometo.

«Ariadna, mentirosa, hazte actriz».

—Eso espero, Ariadna. —Se levanta—. Prepara la maleta, que nos vamos mañana temprano.

—Ahora la haré —le digo—. Y perdona por lo que te dije de papá.

—Tranquila. —Mi madre me da un beso en la frente y se marcha de la habitación.

Conclusión de Lucifer: la vida problemática de una adolescente tiene que girar alrededor de un tío.

Flipante.

* * *

Después de estar toda la tarde preparando la maleta, por fin la termino. Me

tumbo en la cama mirando al techo y mi cabeza me da la brasa con ese chico que irrumpió en mi vida hace tres meses. Voy a tirarme más de una semana sin verlo; lo suficiente como para poder aclararme las ideas. Cuando regrese, pienso hablar con él y que me diga lo que piensa. Sé que no es muy hablador en lo que a sus sentimientos se refiere, pero necesito que diga algo. Yo no quiero ninguna relación ahora mismo, quiero centrarme en mí misma. Además, no sé lo que hago pensando en relaciones si ese idiota no sabe nada de eso.

El sonido del WhatsApp interrumpe mis idas de olla.

DON CHULITO: «Asómate»

Mi corazón empieza a latir con fuerza al leer ese mensaje. Me asomo a la ventana y mis ojos se encuentran con Álvaro, que está abajo, sentado en su moto y saludándome con la mano. Yo lo saludo también, sonriendo como una tonta. No me lo pienso dos veces, salgo de mi habitación y bajo las escaleras como si estuviera corriendo una maratón.

Pero mi madre me interrumpe.

—¿A dónde vas corriendo?

—Ahora vuelvo. —Abandono mi casa, dejando la puerta entornada, y me acerco a Álvaro—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Se baja de la moto.

—He venido a traerte esto. —Me tiende mi jersey fucsia y yo lo cojo—. Pensé que te haría falta.

—Gracias, Álvaro. Pero no tenías por qué molestarte en venir.

—No me importa, enana. —Me sonrío, haciendo aparecer esas arruguillas alrededor de sus ojos, y yo casi me derrito—. Veo que sigues con mi sudadera puesta —comenta señalando su sudadera con la cabeza.

—¿Quieres que te la devuelva? Pero antes la tengo que lavar.

—No te preocupes. Ya me la devolverás —contesta sin borrar esa sonrisa que tanto me gusta—. ¿Has hecho ya la maleta?

—Sí.

—¿Y te ha regañado mucho tu madre?

—Se ha portado muy bien conmigo.

Álvaro arquea una ceja, extrañado.

—¿De verdad? Qué raro en ella.

—Pues sí.

Y se hace el silencio.

—Bueno... —murmura—. Pues ya nos veremos después de las vacaciones.

—Que pases buena Navidad.

—Tú también —contesta, y se muerde el labio inferior, nervioso.

Mi cabeza está planeando si quedarme aquí la Navidad entera sólo para poder verlo, o abalanzarme sobre él y abrazarlo hasta derretirme en sus brazos como despedida.

—Ven aquí —digo, y lo rodeo con mis brazos.

Él me aprieta contra sí con bastante fuerza, como si pensara que me voy a ir corriendo de un momento a otro.

—Enana... —susurra en mi oído, y yo me estremezco al sentir su aliento.

—¿Sí?

Me están entrando ganas de coger a Álvaro y meterlo en mi maleta.

Ya está. Decidido. Me lo llevo.

—Te molestaré con mis mensajes y mis llamadas todos los días —dice separándose de mí.

Yo sonrío.

—Álvaro, ¿a qué has venido?

Frunce el ceño.

—A traerte el jersey.

—¿Sólo eso?

—Y a despedirme de ti —prosigue—. Y, bueno... —Desvía su mirada hacia la nada y yo me quedo esperando a que diga algo más; a continuación posa sus ojos en mí—. ¿De qué equipo eres?

Espera que tengo que rebobinar. ¿Me acaba de preguntar de qué equipo soy?

—No me gusta el fútbol —respondo, pasmada.

—¿Qué dices? —Abre los ojos como platos—. No sabes lo que te pierdes.

—Para estar viendo a cuatro tontos corriendo detrás de un balón, mejor aprovecho el tiempo en otra cosa.

Álvaro suelta una carcajada.

—Pero si tuvieras que elegir uno, ¿cuál sería? ¿El Madrid o el Barça?

¿Qué le ha dado con el fútbol ahora? ¿Su neurona ya está en las últimas?

—No lo sé. Creo que el Madrid.

La sonrisa que acaba de iluminar su rostro ha hecho que se le arruguen las comisuras de los ojos de una forma muy exagerada. Se droga. No es normal que me pregunte esto cuando podría estar hablando de otras cosas más importantes en las últimas horas que me quedan aquí.

—El Madrid es la hostia —suelta—. Tenlo en cuenta estos días. No te dejes engañar por el Barça. —Me da un beso en la mejilla—. Me tengo que ir ya. Que tengas buen viaje, enana.

«¡No te vayas!».

—Adiós, Álvaro.

Se coloca el casco y arranca la moto. Yo me quedo mirando cómo va desapareciendo poco a poco por la carretera.

¿Qué conversación de mierda acabamos de tener?

* * *

A la mañana siguiente, no sé lo que pinta la Barbie Poligonera con nosotros yendo a Barcelona. Me quiero tirar en plancha a la carretera y que me atropelle un camión. No la aguanto. Se está retocando los veinte kilos de maquillaje y lo está poniendo todo perdido con los polvitos. Bueno, como el coche es de su padre, me da absolutamente igual. Pero hay una cosa que no entiendo... ¿por qué se tiene que maquillar para pasar tropecientos horas metida en un coche? Menudas navidades voy a pasar. Menos mal que mi hermano está sentado en medio de las dos en el asiento trasero.

Se ilumina la pantalla de mi móvil; Álvaro me está llamando. Ahora mismo no se lo pienso coger delante de todos, así que decido mandarle un mensaje.

YO: «Ahora no puedo hablar. En cuanto llegue a Barcelona, te llamo, que nos quedan pocas horas»

Su respuesta no tarda en llegar.

DON CHULITO: «Está bien, preciosa. Espero que me estés echando de menos»

¿Qué mosca le ha picado para decirme esas cosas?

Me coloco los auriculares, enciendo el iPod y me pongo a escuchar *True love*, de Pink y Lilly Allen.

* * *

—¡Ari! —me saluda Diego cuando nos encontramos en la puerta de su casa, y nos damos un abrazo tan fuerte que por poco nos rompemos las costillas el uno al otro; después me mira de arriba abajo—. ¡Qué guapa estás!

Le va a crecer la nariz por ser tan Pinocho.

—Tú tampoco estás nada mal —le digo dándole un golpe en el hombro de manera cariñosa. Luego saludo a sus padres con dos besos a cada uno.

—Mira, Ari, esta es Natty —me dice Diego presentándome a su novia.

—Encantada. —Le doy dos besos.

—Igualmente.

Es una chica alta y guapa, con el pelo moreno, liso y muy largo, y con los ojos castaños y grandes. Viste un jersey azul con una chaqueta y pantalones vaqueros.

—Yo soy Mónica. —La Barbie Poligonera me da un empujón y le da dos besos a Diego, que se queda atónito sin saber cómo reaccionar—. Espero que Ari te haya hablado maravillas de mí.

Natty y yo la contemplamos con cara de pocos amigos. ¿Cómo puede estar tirándole los trastos con su novia delante?

—Eh... Sí... Claro —le contesta Diego.

Pobrecillo, lo que tiene que aguantar.

—Bueno, enséñame tu casa, ¿no? —La Barbie agarra a Diego del brazo, para que no se le escape.

Natty la observa echando chispas por los ojos y Diego me mira pidiéndome ayuda. No se por qué, pero me hace muchísima gracia esta situación.

—¡Mónica, que te tienes que tomar la medicación! —suelto, y la separo de mi amigo.

—¡¿Qué estás hablando, pedazo de gorda?! —me espeta.

Vale, no tomará medicación, pero falta le hace, porque muy bien de la cabeza no está para hacer las tonterías que hace.

—Eh... Vamos, pasad —interviene Diego.

Entramos en su casa y ya está el olor a pavo esparcido por toda la casa.

No me gusta la Navidad. Siempre acabo engordando veinte kilos más, pero este año va a ser diferente. No puedo permitirme estar más gorda de lo que ya estoy.

Capítulo 52

Álvaro

—Enana —contesto al descolgar el teléfono. Por fin Ari me llama; me ha pillado subiendo las escaleras de mi bloque, así que me siento en una de ellas para hablar con más tranquilidad—. ¿Ya has llegado?

—Sí. Estoy ya en casa de Diego. Sus padres están terminando de preparar la cena.

Diego, Diego, Diego y Diego. Estoy que echo humo por la cabeza.

—Qué bien —respondo con desdén.

Me cuenta que se le ha hecho el viaje demasiado largo, que está deseando venirse ya para ver a mi prima y a Chris, pero que a mí no (esto último lo ha dicho muy nerviosa), y que su querida hermanastra se ha intentado ligar al soplapollas de Diego.

—Pues yo no sé lo que haré esta noche —digo.

—¿No cenas con tu madre y con tu prima?

—Supongo. —Me encojo de hombros; yo no sé para qué, si no me está viendo.

Me levanto de las escaleras y subo a mi casa mientras la sigo escuchando parlotear por el teléfono. Esta niña no se calla nunca, pero me gusta oírla.

—¡Hermanito! —Alba se acerca corriendo a mí y se abraza a mis piernas en cuanto abro la puerta.

Espera, ¿qué está pasando aquí? ¿Alba? Eso quiere decir que...

—Hola, Álvaro.

¿Qué coño hace este imbécil en *mi* casa? Mi cabeza está intentando procesar lo que mis ojos están viendo.

—¿Álvaro? ¿Sigues ahí? —me pregunta Ari, que se me ha olvidado que estaba al teléfono al encontrarme en esta situación tan estúpida.

—Enana, luego te llamo. Que lo pases bien —me despido; luego le cuelgo.

—¡Pero bueno! ¡Qué grande estás! —Mi abuela paterna se acerca a mí y me llena la mejilla de besos.

—Abuela, ya —la detengo.

—¡Pero qué guapo estás! Aunque te veo más delgado. ¿Comes bien?

Hace meses que no la veo. La última vez que la vi fue en... Bueno, da igual.

Busco a mi madre con la mirada y la diviso de pie, al lado de ese señor que dice ser mi padre.

¡No me jodas que van a quedarse a cenar!

—Mamá, ¿qué coño hace esta gente aquí? —inquiero señalando a la persona que hay a su lado.

—Vamos a cenar —me contesta muy sonriente.

¿Pero qué cojones dice? A mi madre no le riega bien el cerebro. O eso, o ya tengo muy claro que es masoquista.

—Conmigo no cuentas. —Y me vuelvo a marchar de la casa, cerrando de un portazo.

¿Cómo se atreve mi madre a invitar a ese imbécil a cenar después de todo? Siempre he odiado la Navidad, y ahora la odio más que nunca desde que Mimi se fue. A ella le encantaban estas fechas, y a mí me gustaban por ella. Pero, ahora... Ahora todo se ha convertido en una gran mierda.

Arranco mi moto y conduzco hasta el único sitio donde sobra la tranquilidad.

* * *

Después de tirarme toda la tarde en la playa, me interrumpe mi móvil.

—¿Qué quieres? —le contesto a la pesada de mi prima.

—Primo, ¿no vas a venir a cenar? Estamos todos en tu casa.

—No —respondo de mala gana.

—Alba quiere que vengas.

No me pienso ablandar.

—Me da igual —digo en un tono de lo más indiferente.

—Hermanito. —Alba se pone al teléfono y yo tengo muchas ganas de asesinarlos a todos—. Ven, porfi.

Mierda, no puedo con su vocecilla.

—Alba... Yo... No puedo ir. Lo siento.

—Ven... —susurra.

Menuda mocosa que siempre acaba saliéndose con la suya. En eso ha salido a mí.

Doy un largo suspiro.

—Está bien. Iré. Pero sólo por ti, renacuaja.

Oigo que Alba se pone muy contenta. Soy un puto calzonazos. Las mujeres hacen conmigo lo que les da la gana. Al final, la maldita Heidi ha conseguido que pierda la cabeza por ella. Joder, si siempre ha sido al revés: las tías han tenido que hacer cola para estar conmigo. En cambio, ahora soy yo el que está pillado hasta los huesos por una de ellas. Aunque Ari no se parece, ni por asomo,

a ninguna de las tías con las que he estado; ella es... Ari, la chica que es capaz de sacarme de quicio hasta lo inexplicable. Y cuando vuelva de Barcelona, pienso soltárselo todo, y esta vez estoy hablando muy en serio.

Tan en serio que hasta me doy miedo.

* * *

—¿Y la novia, Alvarito? —me pregunta mi abuela durante la cena. Ya empezamos con el interrogatorio de siempre.

—En Barcelona —suelta Sandra riéndose, y yo le doy un puntapié por debajo de la mesa.

Mi madre me mira sonriendo. Sé en quién está pensando.

—¿Tienes novia, hijo? —inquire mi no-padre, sorprendido. Menos mal que se ha sentado a veinte kilómetros de mí, así no tengo que aguantar su cara de gilipollas.

No contesto y me concentro en comerme mi plato.

—¿Quién es? —vuelve a preguntar mi abuela—. ¿Por qué no te la has traído?

¿Pero esto qué es? ¿No pueden preguntar otra cosa? Se me están hinchando los huevos demasiado rápido. Encima de que he venido obligado por la mocosa de mi hermana, también tengo que aguantar un puto interrogatorio.

—Se llama Ari y es amiga mía —interviene mi «querida primita».

Hoy no sale viva de aquí.

—¿Podéis hablar de otra cosa? —les espeto.

Por favor, quiero que se acabe la noche ya. Necesito irme de fiesta y emborracharme hasta que no exista alcohol en el planeta.

—¿Has hablado con ella? —me susurra Sandra sin que los demás se enteren; yo asiento—. ¿Le has dicho que la echas de menos ya o no? —Se está cachondeando de mí y me están entrando ganas de clavarle el tenedor.

—Cállate.

Me pongo a entretenerme con el móvil mientras los demás hablan de gilipolleces. Me meto en el Facebook y la primera foto que me sale es la de Ari con un tío. La aumento y estudio al soplapollas que sale con ella. Será el tal Diego. Vale, no tiene comparación conmigo; yo soy mucho más guapo, pero tiene cara de enterado y de pijo. Ari debería estar echándome de menos. Decido poner un comentario en la foto porque me sale de los huevos.

Álvaro González Buenorro: «¡Sales preciosa, enana! Tengo muchas ganas de verte. Espero que me estés echando mucho de menos, como yo a ti :)»

Pues ya está. Enviado. No sé lo que estoy haciendo, pero no estoy celoso. Sólo quiero asegurarme de que sus sentimientos por mí no cambien y de que este partido lo gane el Madrid.

Al poco rato, me llega la notificación de que me ha contestado.

Ari LeBlanc López: «Dios, tu única neurona te ha vuelto a dejar tirado»

Será estúpida. ¿Eso es una contestación para el chico del que se está enamorada? Vale que lo vea todo el mundo por aquí, pero no me ha escrito ni un simple: «Te echo de menos yo también».

A los cinco segundos sale otro comentario.

Diego Olivares Moreno: «jeje :)»

Este tío es retrasado.

—Alvarito, deja ya la maquinita esa —me ordena mi abuela detrás de mí, con su mano puesta en mi hombro—. Toma. —Me da un billete de cien euros como si estuviera traficando con drogas.

—Gracias, abuela.

* * *

Menuda Nochebuena más marchosa. Cuando hemos acabado de cenar, me he puesto con Alba y con mi prima a jugar al parchís. A quien le cuente esto, no se lo cree. Aunque lo que más me ha gustado de la noche ha sido no cruzar ni una palabra con ese señor que puso los espermatozoides para que naciera yo.

—Álvaro, ¿podemos hablar?

He hablado demasiado pronto. Mi no-padre me acaba de poner de mala hostia con su tono de voz autoritario.

—No —le contesto.

—Alba, vamos a comer un poco de turrón —le dice mi prima a mi hermana. Se levantan y me dejan tirado. Traidoras.

El señor extraño se sienta en la silla que hay a mi lado. Mi madre se encuentra en la cocina hablando con su exsuegra y con la madre de Sandra.

Socorro. Voy a estallar. Lo sé.

—Hijo.

Ya empezamos. Por favor, que venga alguien rápido o tiro a este tipo por el balcón.

Mejor me tiro yo.

—No soy tu hijo. Dejaste de ser mi padre hace tiempo. Nueve meses, por si no te acuerdas —digo jugueteando con un dado en la mesa.

—Mira, sé que me odias, pero quiero que sepas que me arrepiento por todo lo que te he hecho.

Tengo ganas de reírme y escupirle en toda la cara de mamón.

—Habértelo pensado antes de echarme de casa. Bastante tengo ya con sentirme culpable cada puto día por lo que pasó. Así que no tengo por qué estar escuchando tus estupideces.

—No digas eso, Álvaro. No fue tu culpa ni la de nadie.

Vuelvo a entretenerme con el dadito mientras hablo.

—Me disteis la espalda cuando más necesitaba a mi familia. Eso no se hace, joder. No me vengas ahora con que quieres arreglar las cosas conmigo, porque no cuela.

Es la conversación más larga que estamos teniendo desde que tengo uso de razón.

—¿Y por qué a tu madre si la has perdonado y a mí no?

—Porque ella no es como tú. Y no sé qué coño le habrás contado para que os llevéis tan bien después de todo.

Tengo un nudo en la garganta. No me gusta recordar todo lo que pasó. Decido levantarme de la silla y me largo como una exhalación, dando un fuerte portazo.

Necesito hablar con Ari y oír su voz, así que me siento en las escaleras del bloque y la llamo, pero no contesta. Me cago en todo. La llamo otra vez y sí que me lo coge.

—Dime, Álvaro. —Qué seca ha sonado.

—Hey, ¿qué haces? ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí, mucho —oigo cómo se ríe—. Estoy aquí con Diego.

De repente, siento la necesidad de coger el primer tren a Barcelona y romperle los huevos a ese culé soplapollas que está intentando meter los goles en *mi* portería.

—Ari, estoy deseando que vuelvas. Te necesito —le digo. No sé si es porque está con ese tío o porque de verdad la necesito. Creo que un poco de las dos cosas.

—Pues ya me verás dentro de unos días. Mientras tanto no puedo hacer nada.

¿Se está cachondeando de mí? Esta tarde estaba bien, no sé por qué ha cambiado de personalidad. Será por el tal Diego, que le moja las bragas contándole sus pijadas de niño de papá.

—¿Qué cojones te pasa conmigo? —le espeto.

—Nada, Álvaro. Necesito pensar. —Suelta un largo suspiro y me cuelga.

¿De verdad me acaba de colgar? ¿A mí? Aprieto los puños con fuerza hasta que los nudillos se me tornan blancos.

Cuanto más necesito hablar con ella, más pasa de mí.

Increíble.

Pero no me pienso rendir tan fácil.

* * *

Estoy en el centro comercial con Alba, que he decidido comprarle alguna tontería. Ayer estuve molestando a Ari con mensajes, que los leía y me contestaba con un simple: «Ok». Aunque le dijera que era tonta, ella me contestaba siempre lo mismo; parecía una maldita máquina automática.

—Venga, elige ya algo, renacuaja —le digo a mi hermana mientras sigo incordiando a Heidi.

YO: «Estoy sufriendo. Si mañana sale en las noticias algo de que un joven guaperas que estaba para mojar pan se ha cortado su gran polla con una cuchara sopera, recaerá sobre tu conciencia»

No tarda en contestarme.

ENANA: «Ok»

Bufo.

Estoy tan concentrado en mi móvil que no me he dado cuenta de que Alba ha desaparecido de mi vista.

—¿Alba? —la llamo en mitad de la tienda.

De pronto, aparece y se acerca corriendo a mí, riéndose con expresión traviesa. Algo ha hecho.

—Quiero esto. —Me enseña un perro naranja de peluche.

Lo cojo y observo que no lleva el precio puesto.

—¿De dónde lo has cogido? —le pregunto mientras ella me mira como si no hubiera roto un plato en su vida.

—De un sitio. —Se cruza de brazos muy seria.

Noto que alguien me da con el dedo en el hombro. Me giro y me encuentro a Chris con su hermana pegando berridos de mocosa inaguantable.

—Hey, tío —lo saludo.

—Creo que eso que llevas en la mano es de mi hermana —me indica.

Miro a Alba, que está conteniéndose la risa mirando para otro lado.

—¿Se lo has robado? —quiero saber, y ella no contesta. La otra niña está llorando a moco tendido y me acerco para devolverle el muñeco—. Toma.

—¿Es tu hermana? —inquiére Chris.

—Sí. Perdona por lo que ha hecho. Es que ha salido a mí.

—Ya me he dado cuenta.

Miro a Alba.

—Renacuaja, pídele perdón a esta niña.

—No quiero. Es tonta —contesta, indignada.

Chris sonrío mientras que la otra niña, que ya ha parado de llorar, está agarrada a su mano.

—Alba, o le pides perdón o no te compro nada.

Mi hermana pone morritos.

—Jo. —Se acerca a la otra niña—. Perdón.

Joder, no aguanto a los niños pequeños.

—Ahora os dais un abrazo —les dice Chris.

Las dos niñas obedecen y se abrazan.

—Muy bien, Alba. Ahora ve y elige algo —le digo, y ella se va a rebuscar por toda la tienda con la otra niña. Qué pronto se hacen amigas.

—¿Qué tal con Ari? —me pregunta Chris.

—No lo sé. Está rara conmigo —le cuento—. ¿Tú sabes lo que le pasa?

—Ah, no sé. Tú sabrás. —Suena irónico.

—¿De qué hablas? —inquiéro haciéndome el tonto. No pienso hablar con este tío de mis sentimientos por Heidi—. Yo no le he hecho nada.

Él se echa a reír a carcajadas. Porque está su hermana delante, si no, le pegaría un guantazo aquí mismo.

—Todavía no me explico lo que ha visto en ti —murmura.

—Pues muchas cosas. Como por ejemplo, un cuerpazo que flipas.

Chris pone los ojos en blanco.

—No digas estupideces —contesta.

—La verdad es que no lo sé. Pero yo sí sé lo que he visto en ella.

—¿Y qué has visto?

—Es la única persona que me entiende. Se ha portado genial conmigo a pesar de lo mal que me he portado yo con ella, y me mira como si fuese alguien espe...

—Hago una pausa y vuelvo a la realidad—. No sé por qué te estoy contando esto si me caes fatal.

Chris está esperando a que le entre una mosca en la boca de lo pasmado que se ha quedado.

—Porque supongo que tenías que desahogarte de una vez con alguien, aunque ese alguien te caiga mal —responde al fin.

—Ya. —Me pongo a mirar un gato de peluche—. Tengo miedo de hacerle daño. Si se junta conmigo, que soy todo lo contrario a ella, lo más seguro es que acabe por romperla en pedazos.

—¿Sabes lo que pienso? Que tienes miedo al amor y a todo lo que ello conlleva.

Este tipo ha salido de Disneylandia. ¿No hay una persona normal con la que hablar que no haya salido del mundo de la piruleta?

—¿Sabes lo que yo creo? Que eres un tocapelotas —le espeto.

—Seré lo que quieras, pero razón no me falta.

No pienso darle la razón. Antes me corto una pierna.

—Lo que tú digas —replico.

—Estás pillado hasta los huesos —dice riéndose.

—Deja de decir esas gilipolleces si no quieres que te rompa la cabeza en dos. Se empieza a reír a carcajadas y la gente que pasa por nuestro lado nos mira.

—Si lo haces, Ari no te hablará en la vida.

—Ya, pero me quedo a gusto con un tocapelotas menos.

—Y sin Ari —añade.

—No creo. Estaría de acuerdo conmigo en matarte.

—Soy como un hermano para ella. Eso le gana a cualquier cosa.

—Ya, claro. ¿No será que estás coladito por ella?

Chris arquea una ceja.

—Yo tengo otros gustos. —Se ríe, nervioso.

—Prefieres torsos peludos y sudorosos.

Abre los ojos como si fuesen a salirse de las órbitas.

—¡No! —exclama.

—Ya. Luego me dices que sea sincero con Ari mientras tú estás escondido en un armario.

—¡No soy gay!

—¿Qué significa gay? —pregunta Alba, que ha salido de repente de no sé dónde, con la hermana de Chris a su lado.

—Que te gustan los chicos —le explico.

—Entonces yo soy gay —me contesta.

—Yo también —interviene la otra.

Chris y yo nos echamos a reír.

—Como Chris —suelto yo, y Chris me lanza una mirada asesina.

—Tío, para —dice el aludido.

—Vale, vale.

—¿Y tú eres gay? —me pregunta la renacuaja dos.

—Yo no. A mí me gustan las chicas.

—¿Entonces quieres ser mi novio? —La mocosa me mira con sus ojos azules, iguales que los de su hermano. Mi hermana está concentrada con una muñeca cabezona que ha cogido.

—¡Carol! —exclama Chris tirándole del brazo.

Me agacho hacia la renacuaja dos.

—Eres muy pequeña para mí. Tal vez cuando seas más mayor —le digo, y le doy un golpecito en la nariz con mi dedo índice.

Su hermano me mira entornando los ojos.

—¿Tú eres el que le gusta a Ari, pero ella no te gusta a ti? —quiere saber Carol, y Chris le da otro tirón del brazo. A este paso la va a dejar manca.

Me levanto de un salto. No pienso ponerme a hablar de mis sentimientos con una mocosa de parvulitos.

—Hermanito, cómprame esto. —Alba me tiende la muñeca cabezona, que tiene unos morros bastante grandes. Menudas muñecas tan feas las que hacen hoy en día.

—Nosotros nos vamos ya —anuncia Chris, y me vuelvo hacia él.

—Espera, tío, ¿qué puedo hacer para llamar la atención de Ari y que no se vaya con el culé?

—¿El culé? —inquieta, extrañado.

—Su amigo de Barcelona.

—Ah, Diego. —Parece que se le ha encendido una bombilla en el cerebro—. Es majo ese tío. ¿Estás celoso de él? —Enarca una ceja, divertido.

—No, no. —Niego con la cabeza.

—Ya. —Sonríe con socarronería—. No merece la pena que estés celoso de Diego. Son muy amigos, pero ya está.

—¿Tú crees?

—Claro. Pero si te quieres quedar más tranquilo, ve a hacerle una visita a Barcelona.

Hostia puta.

—¡Eeeeeeh, qué buena idea! —exclamo, y agarro a mi hermana de la mano—. ¡Adiós, tío!

—¡Lo decía de broma! —grita Chris mientras nos vamos alejando de él.

Capítulo 53

Ari

El último mensaje que me ha enviado Álvaro ha sido el de cortarse su aparato reproductor con una cuchara sopera, y desde hace un buen rato no me ha mandado ninguno más. No sé si estoy haciendo bien pasando olímpicamente de él, pero me está haciendo mucha gracia.

—¿Te está volviendo a dar por saco? —quiere saber Diego.

—Hace rato que ha parado.

Estamos dando una vuelta por el centro de Barcelona junto con Natty y la Barbie Poligonera. Esta última no sé por qué se ha empeñado en venir con nosotros, pero por lo menos está concentrada metiéndose por todas las tiendas de ropa choni que se va encontrando y no nos molesta.

—Está pillado por ti —comenta Natty, que me está cayendo muy bien; es igual de positiva que Diego. Me alegro de que se hagan felices el uno al otro.

Les acabo de contar todo lo que me ha pasado con Álvaro desde que lo conozco.

—¿Tú crees? —le pregunto a Natty.

—Por supuesto. Se quiere hacer el duro, pero se nota un montonazo que siente algo por ti. Me he dado cuenta yo, que vivo a trepecientos kilómetros de Málaga... —dice ella.

—Pues yo pienso que es un gilipollas. No me fío mucho de él —interviene Diego.

—Es muy bueno conmigo —defiendo a Álvaro.

—No se trata de ser bueno contigo o no —contraataca mi amigo—. Se trata de tener el valor suficiente para decirte las cosas claras y no estar mareándote con palabras falsas.

Natty y yo nos quedamos mirándolo, atónitas, y me interrumpe la vibración de mi móvil.

DON CHULITO: «Mira con quien estoy»

Y me manda una foto suya con Chris.

Un momento... ¿Chris? ¿Qué se supone que hacen juntos?

Me llega otro mensaje.

DON CHULITO: «Si quieres que tu amigo siga vivo, háblame»

Le respondo lo de siempre y guardo el móvil.

—Cerdi, llévame las bolsas —me ordena la Barbie Poligonera con las manos cargadas.

—¿Y por qué no las llevas tú que son tuyas? —le espeto. Si se piensa que voy a hacerle de criada, lo lleva claro.

—Deberías sentirte afortunada. Es lo más cerca que vas a estar de ropa como esta. —Suelta una carcajada ante sus palabras cargadas de odio y yo estoy por arrancarle las extensiones rubias de un tirón. Ha venido para amargarme la Navidad.

—Calmaos, chicas —interviene Diego; después se dirige hacia Mónica—. Te ayudo a llevarlas. —Coge un par de bolsas.

—Gracias —le contesta la bruja—. Es que no puedo llevar tanto peso.

—¿Pero qué haces, Diego? —brama Natty, que se lleva las manos a la cabeza—. ¡Deja que las lleve ella sola!

—No me importa llevarlas —responde él.

«Calzonazos».

Natty lo mira con expresión cabreada. Yo también me pondría así, o incluso peor.

—Ya hablaremos —añade ella en tono de amenaza, y empieza a andar, alejándose de su novio.

—Cariño, no te enfades. Si sólo son unas bolsas. —Diego la persigue por la calle con las bolsas en las manos. No quiero presenciar la disputa entre estos dos.

—Cerdi, mueve tu culo gordinflón, que te quedas atrás —me dice la Barbie Poligonera echando a andar.

No va a volver viva a Málaga.

De repente, me vibra el móvil otra vez.

DON CHULITO: «Te quiero, Ariadna»

Esta vez no le contesto.

* * *

Estoy tumbada en la cama del hotel después de haber estado todo el día visitando Barcelona. Mi madre, Alfonso, la Barbie y mi hermano se han ido a la piscina

climatizada. Yo me sentía agotada para irme con ellos, así que me he quedado en la habitación. Bueno, y para qué me voy a engañar: no he ido porque no me apetecía enseñar mi cuerpo lleno de grasa.

Un golpe en la puerta interrumpe mis pensamientos y me levanto para abrir.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, sorprendida, al encontrarme con Diego.

—Puff. He discutido con Natty. ¿Puedo pasar?

—Claro.

Entra y se tumba en mi cama, mirando al techo; yo lo imito.

—Eres un calzonazos —suelto.

—¿Por qué?

—Por llevarle las bolsas a la bruja. Entiendo que Natty se haya enfadado contigo.

—Se le pasará. Además, he hecho eso porque pensaba que os ibais a matar.

—No sería la primera vez —respondo recordando todas nuestras peleas.

Diego ladea su cabeza hacia mí.

—¿Por qué dejas que te trate así?

—Porque si le hago algo, va a ir con el cuento a mi madre para que me castigue —contesto encogiéndome de hombros.

—Pero eres su hija, Ari.

—¿Y qué? Si las dos son tal para cual.

Suena mi móvil y doy un largo suspiro.

—Es él, ¿verdad? —inquire mi amigo.

—¿Tú qué crees? —respondo mirando el WhatsApp.

DON CHULITO: «Gracias por dejarme en visto»

—Este tío es idiota —murmuro negando con la cabeza y contemplando la pantalla.

—¿Qué te ha dicho esta vez? —me pregunta Diego.

—Que me quiere.

—¡Madre mía! —exclama—. No es capaz de decírtelo en persona o sin estar borracho y te lo dice por mensaje. Menudo cobarde. Si yo fuera él, gritaría que te quiero por todas las calles hasta quedarme sin voz.

Suelto una carcajada y Diego hace un intento de sonreír. Se le nota que está decaído por lo de su novia.

Decido acercarme al espejo de cuerpo entero que hay colgado en la pared y me palpo el flotador lleno de grasa que tengo en la barriga.

«Gorda».

Diego se incorpora sobre la cama y me observa.

—¿Qué haces, Ari?

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Asiente y yo me doy la vuelta para mirarlo.

—¿Me ves más gorda?

Se queda callado. No sabe lo que decir. Bueno, sí. Piensa que soy una vaca gigante de quinientos kilos, como lo piensan todos, pero no se atreve a decírmelo.

Finalmente se levanta, se acerca a mí, apoya sus manos en mis hombros, me mira a los ojos y decide contestar:

—Estás bien —dice con sus ojos marrones verdosos clavados en los míos—. Siempre has estado bien. No sé lo que te ha dado con ese tema ahora.

Pinocho.

—Ah —suelto tragándome sus mentiras—. ¿Te apetece beber algo? —le pregunto cambiando de tema, y me dirijo hacia el mini-bar de la habitación para hacerme con una botella de whisky.

—Estás loca. —Sonríe, asomando su hoyuelo de la barbilla. Yo cojo dos vasos y los lleno hasta lo alto—. ¿A dónde vas con tanto?

—Un día es un día. Para olvidar las penas. —Me siento en la cama y le doy uno de los vasos—. Por nosotros —digo alzando el mío.

—Por nosotros —repite él chocando el suyo, y damos un trago.

Dios, me quema toda la garganta.

Una hora después, estamos riéndonos como dos tontos al habernos bebido media botella. Como entren mi hermano y la Barbie, no sé qué voy a hacer. De estar tumbados en la cama hemos pasado a estarlo en el suelo. Me ha contado que su novia está un poco pirada y le ha dicho que le caigo mal.

—Vamos a hacer una cosa —le propongo a mi amigo.

—¿Qué cosa? Ari, que tengo novia —contesta riéndose.

—¡Cállate! —Me pongo colorada. No sé si es por el alcohol que llevo encima o por lo que acaba de decir. Cojo el teléfono y abro la cámara—. Pon la botella para que se vea. —Alzo el móvil, apuntando hacia nosotros, y pulso para que se haga la foto.

—¿Qué vas a hacer con eso? —inquire.

—Mandársela a Don Queguaposoy.

YO: «Me lo estoy pasando muy bien con Diego»

Envío la foto y Álvaro no tarda en contestar.

DON CHULITO: «Voy a llamarte. Cógelo»

No tarda en sonar mi tono de llamada.

—Cógelo y nos divertimos un rato —me anima mi amigo sin dejar de sonreír.

Respiro profundamente y descuelgo.

—¿Sí? —Qué voz de pito me ha salido.

—Ari —oigo cómo Álvaro suspira—. Dime que no estás borracha y que la botella que sale en la foto venía vacía de fábrica.

—No estoy borracha y la botella que sale en la foto venía vacía de fábrica —repito como un loro.

—Ahora la verdad.

—Estoy borracha, muy borracha —digo arrastrando las palabras.

—¿Con ese tío?

Suena muy, pero que muy celoso, y a mí me hace gracia.

—¿Y a ti qué te importa? —Y suelto una carcajada.

—¿Por qué me estás haciendo esto, Ari? ¿Ya te has desenamorado de mí o qué? Me lo dijiste y huiste como una cobarde, ¿recuerdas?

¿Cómo puede pensar que ya no estoy enamorada de él? Tengo ganas de darle sartenazos en la cabeza y matar a su neurona.

—¡Me agobias! —le chillo.

Diego me mira y levanta su dedo pulgar, indicándome que estoy tratando a Álvaro como se merece.

—¿Sabes que no me creo lo que estás diciendo? —inquieta Don Chulito.

—Pues no te lo creas. Adiós, que tengo que seguir divirtiéndome. —Y le cuelgo.

Menudo idiota. Ya me ha puesto de mala leche.

—Me acaba de mandar una petición de amistad al Facebook. ¿Lo acepto? —me informa Diego con los ojos pegados a su móvil.

—Haz lo que quieras.

Le da a aceptar y se ríe.

—Me está hablando por el chat —me dice.

—¿Qué te dice? —le pregunto, curiosa.

—*Como Ari haga alguna gilipollez, te las verás conmigo, así que más te vale tratarla bien* —lee, y los dos soltamos una carcajada.

—No le contestes. Déjalo en visto —respondo entre risas, y decido cambiar de tema—. ¿Te apetece ir a la disco del hotel?

—¿Pero podemos entrar? Somos menores.

—Me parece que puede entrar todo el mundo. La Barbie fue ayer.

Por no hablar de que vino a la habitación a las cuatro de la mañana, borracha

y con la cara como la de un mapache.

Salimos de la habitación y bajamos hasta la disco, que está atestada de gente. Nos acercamos a la barra y Diego pide dos cubatas. No ha tenido que dar el DNI, pero no sé si es porque a todo el mundo le sirven alcohol o porque Diego aparenta más de dieciocho. Entre la botella de whisky y esto, voy a acabar abrazada a una farola en mitad de la calle, o peor aún: en el hospital por un coma etílico. Pero me da igual, he venido a divertirme.

—Ari, ¿bailamos?

—¿Qué dices? Yo no sé bailar. Qué vergüenza —contesto, y le doy un sorbo a mi cubata.

—Yo tampoco sé. —Se ríe—. Pero vamos. —Me coge del brazo y me lleva hasta la pista sin que me dé tiempo a protestar.

Está sonando *Cheap thrills*, de Sia. Diego empieza a bailar como si fuera un pato mareado y a mí me está dando vergüenza ajena, pero me estoy meando de risa viéndolo.

—¡Venga, Ari! —me anima.

Comienzo a moverme al ritmo de la música. No sé lo que pareceré ahora mismo, pero el alcohol me ha afectado al cerebro haciendo que me ponga en evidencia delante de tanta gente. Gente que está peor que yo y que estará pensado qué hace una gorda como yo sacando a bailar a sus lorzas.

—¡Tampoco lo haces tan mal! —exclama Diego riéndose de mí.

Le saco el dedo corazón y nos reímos como dos subnormales. Termina la canción de Sia y empieza a sonar una lenta.

Venga ya, ¿una canción lenta en un sitio así? El DJ debe tener un retraso. Ha puesto la de Titanic.

—¿Me concedes este baile, señorita? —Diego me tiende su mano, y yo pienso que ha perdido la cabeza del todo.

Suelto una carcajada y le doy mi mano. Noto que la suya es áspera. Me gustan más las manos de Álvaro; son más suaves por haber estado tocando el piano durante años.

Mierda. Ya estoy pensando en él. Sacudo la cabeza y me pego a Diego, apoyando mi cabeza en su pecho. Él posa sus manos en mi cintura y nos balanceamos lento mientras suena *My heart will go on*, de Celine Dion. Se me hace bastante raro estar de esta forma con Diego, pero, por otra parte, me siento muy cómoda. Me doy cuenta de que en la pista sólo hay parejitas bailando y levanto la cabeza para mirar a Diego.

—Mira todas las parejas ñoñas que hay alrededor de nosotros bailando —le digo alzando la voz.

—Sí, qué romántico —murmura sonriendo.

De repente, acerca su rostro al mío, con intenciones de darme un beso, pero yo, en un acto reflejo, me aparto haciéndole la cobra.

Espera un momento que tengo que rebobinar. ¿Qué iba a pasar?

—¿Me ibas a besar, Diego?! —exclamo, y me tapo la boca de la impresión.

Él sonríe, marcando el hoyuelo de su barbilla.

—Habrá sido culpa del alcohol y de la canción —responde encogiéndose de hombros.

—Estás muy mal, eh.

—Olvidalo —dice haciendo un ademán con la mano.

La cabeza me está empezando a dar vueltas.

—Necesito sentarme —suelto.

Veinte minutos después, estamos sentados en uno de los sofás de la disco con otra copa entre las manos. Yo, llorando a moco tendido contándole mis penas a mi amigo.

—Ya está, Ari. Él se lo pierde. —Diego me acaricia la cabeza mientras permanezco abrazada a él.

—¡Lo odio! ¡Sólo existe para hacerme sufrir!

Nos tiramos de esta manera durante un buen rato hasta que comienzan a cerrármeme los ojos.

—Ari, venga, que te voy a acompañar a tu habitación. Necesitas dormir.

—No. Lo necesito a él —susurro.

—Vamos. —Diego se levanta y espera a que yo lo haga también.

Pero al ponerme en pie, siento que las piernas me flaquean y que los párpados me pesan demasiado, haciendo que todo me dé vueltas y que mi cuerpo se tambalee. Un brazo me agarra antes de que me caiga.

—¿Estás bien? —me pregunta Diego—. Vuelve a sentarte.

Le hago caso.

—Habrá sido el alcohol, ya sabes —miento sintiendo que algo va subiendo por mis entrañas.

—Te has puesto muy pálida, ¿quieres que te traiga agua o una Coca-Cola?

—No, cállate —le espeto. Me quedo un momento quieta esperando que se me pase, pero de manera involuntaria, devuelvo todo lo que he bebido sobre las zapatillas de Diego.

Mi amigo se levanta como si tuviera un muelle saltarín en el trasero.

—Joder, mis zapatillas —masculla, y las contempla con asco y lástima. Yo no sé por qué, pero me río.

—Lo siento. —Pongo carita de corderito y él me mira con una sonrisa tierna.

—No pasa nada. Mejor será que te acompañe a tu habitación para que descanses. —Me agarra de la mano y yo me pongo en pie, riéndome de nuevo.

—Álvaro es tonto del culo —murmuro.

—Venga, a dormir ya.

Salimos de la disco y Diego me acompaña hasta la puerta de mi habitación.

—¿Quieres que me quede contigo? —me pregunta con el semblante preocupado.

—Estaré bien, de verdad. No te preocupes.

—Cualquier cosa, me llamas. —Me da un abrazo y después un beso en la mejilla—. Me lo he pasado muy bien contigo.

Sonrío.

—Yo también. Pero lo siento por tus zapatillas.

—No pasa nada. —Se queda mirándome con intención de decir algo más—. Bueno, me voy ya. Descansa.

—Tú también.

Cuando se va, entro en mi habitación y me tiro en plancha en la cama, quedándome dormida en cuestión de segundos.

* * *

Alguien me despierta aporreando la puerta y mi cabeza me está pidiendo a gritos que los lance por la ventana, a ella y al aporreador de puertas. Me froto los ojos y me doy cuenta de que mi hermano y la Barbie no están. Recuerdo que hace unas horas me han despertado preguntándome si quería recorrer con ellos la ciudad, a lo que he contestado cosas incoherentes. Luego he vuelto a coger el sueño hasta ahora, que me ha despertado un loco dando golpes.

Me levanto de la cama y me pongo las zapatillas. Ayer por la noche ni siquiera me cambié de ropa, así que quien sea que esté tocando, se va a asustar en cuanto me vea.

Me dirijo hacia la puerta y la abro.

Y tengo que parpadear varias veces para saber que lo que estoy viendo es real.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo también me alegro de verte, enana —contesta la sorpresa sonriendo de oreja a oreja.

Capítulo 54

Álvaro

Ari está horrible; se nota que ayer bebió hasta las tantas. Pero hasta así de horrible está preciosa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —vuelve a preguntar.

Joder, parece un maldito disco rayado.

—¿Me vas a dejar pasar o qué? No veas el pastón que me he gastado en el puto billete —me quejo. Menudo timo viajar de un sitio a otro; la próxima vez robo un coche.

—Vuelvo a repetir: ¿Qué estás haciendo aquí?

—Joder, enana. Déjame pasar y te lo cuento.

Niega, poniendo los ojos en blanco.

—Imbécil.

Se echa a un lado y entro en la habitación de este hotel de ricachones. Cuando la recepcionista estirada me ha visto, me ha mirado de arriba abajo como si yo fuera un puñetero delincuente.

—¿Cuál es la tuya? —pregunto mirando las tres camas.

—Aquella —contesta señalando la de la izquierda, debajo de la ventana, y yo, sin pensármelo dos veces, voy y me tiro en plancha.

Dulce placer de los dioses.

—¿Me vas a contestar ya o tengo que esperar a que te eches la siesta? —inquire mirándome, con los brazos en jarras.

—¿No llamas para que te traigan el desayuno? ¿Habrà servicio de habitaciones, no? —Cojo el teléfono que hay sobre la mesita de noche.

—¿Desayunar? ¿A las tres de la tarde?

—Menuda tontería ponerle nombres a las comidas. —Me pongo el auricular en la oreja y pulso uno de los botones.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarle? —me habla una voz de mujer al otro lado.

—Quiero dos Cola-Caos, tortitas con *Nutella*, dos zumos de naranja naturales recién exprimidos, fresas con nata... ¿Qué mas? —Miro a Ari, que permanece observándome de brazos cruzados, y caigo en la cuenta—. Y un ibuprofeno. No tardéis mucho, si no, pido la hoja de reclamaciones. —Y cuelgo.

—No pienso comerme todo eso —responde mi amor con su simpatía de nacimiento.

—Me da igual. Vas a comer, que seguro que llevas desde que has venido sin echarle nada a tu estómago.

O si lo ha hecho, lo ha vomitado.

—Eso es mentira —replica. Se sienta en la cama, a mi lado, mientras yo continúo tumbado—. ¿Por qué has venido?

—Quería verte y darte una sorpresa —le contesto mirando sus preciosos ojos verdes.

—¿Cómo sabías que estaba en este hotel?

—Por el soplapollas de tu amigo. Me ha ayudado.

No me ha hecho falta amenazarle a ese tal Diego para que me dijera dónde se alojaba Ari. Creo que es un buen tío, porque ha estado guardándome el secreto desde que le hablé por Facebook ayer por la tarde.

—¿Diego? —Parece sorprendida. Yo asiento—. Estás loco.

Nos interrumpe alguien llamando a la puerta; Ari se levanta y le abre a una camarera, que trae nuestro desayuno en una mesa de ruedas.

—Gracias —le dice Ari.

—Buen provecho —contesta la otra; después se larga.

Yo me levanto de un salto y arrastro la mesa hasta la cama. Enseguida me rugen las tripas al verlo y olerlo todo. Qué hambre.

—Come —le digo a Ari cuando le pego un mordisco a una tortita, y ella bufa, pero finalmente cede.

Mientras desayunamos, no hay ni rastro de su enfado. Le cuento que pasé la Nochebuena de cena familiar con mi madre, Sandra, su madre, mi no-padre, mi abuela y Alba, y lo incómoda que me parecía esa situación. Ella me cuenta que, después de haberse bebido la botella de whisky, se fue con Diego a la disco del hotel y estuvieron bailando. No he podido evitar sentir una punzada en mi interior. ¿Habrá pasado algo entre ellos?

—Pusieron la canción de Titanic —me cuenta sonriendo.

—¿Y?

—Bailamos abrazados —confiesa.

Me muerdo la lengua para evitar soltar una burrada. Si está intentando ponerme celoso, lo está consiguiendo.

—Vamos a verlo a su casa. Es muy majo —me propone con el semblante lleno de ilusión—. Te va a caer bien.

Tan bien como una patada en los huevos.

Veinte minutos después, estamos plantados frente a la puerta de la casa del pijo, y Ari pulsa el timbre.

—Te va a caer bien —insiste, y yo finjo una sonrisa.

Una mujer bastante blanca de piel y con el pelo ondulado y moreno nos abre la puerta.

—Hola, Blanca, ¿está Diego? —le pregunta Ari.

—Está en el salón. —La tal Blanca me mira y sonrío. Yo paso de ser educado—. ¿No me presentas a este chico?

—Es Álvaro, un... amigo.

Ari se ha pensado la última palabra. Esto es increíble. Yo no soy su puto amigo; yo soy su... Ni idea.

—Encantada, Álvaro. —La mujer me da dos besos. Huele a vainilla.

—Igualmente —le respondo fingiendo ser simpático.

—Pasad.

Atravesamos el pasillo hasta llegar al salón, donde se encuentra el tal Diego sentado en un sofá con los ojos pegados a su móvil. En cuanto nos ve, se levanta y se acerca.

—¡Ari! —exclama con una energía que me quedo flipando.

Ari hace las debidas presentaciones y el tal Diego me saluda con la cabeza, pero yo ni le hago caso y me quedo mirándolo con los ojos entornados. Es un maldito pijo, como me imaginaba. Es igual de alto que yo, o incluso más, con los ojos marrones verdosos, la piel más morena, y tampoco nada del otro mundo. Yo estoy mucho más bueno que este Caracartón.

—El famoso Álvaro —dice el gilipollas.

—Vaya, no sabía que fuera famoso —respondo con aires de superioridad.

El soplapollas sonrío.

—Sentaos —nos dice señalando el sofá. No pienso quedarme toda la tarde soportando a este tío.

Ari me coge del brazo y me obliga a sentarme.

—¿Hasta cuándo te quedas, Álvaro? —me pregunta el culé.

—No lo sé. Supongo que mañana me iré —le contesto encogiéndome de hombros.

—¿Tan pronto? Quédate más —me pide mi amor.

—No me he traído nada. He venido con lo puesto.

—¿A quién se le ocurre? —murmura negando con la cabeza—. ¿Y dónde te quedas?

Bien, no había pensado en eso. Es lo que tiene salir de casa sin tener las ideas claras.

—Ya buscaré algún hostel barato o algo.

—Te puedes quedar en el sofá —suelta la madre de Diego, que no sé de dónde cojones acaba de salir.

—No creo que sea buena idea —digo. No me apetece soportar a Diego durante un día.

—No pasa nada. Quédate hasta mañana —interviene el soplapollas.

Ari me mira haciendo pucheritos y yo me cago en mi vida.

—Está bien, me quedaré.

* * *

—¿Ya os habéis reconciliado? —le pregunta Ari a la parejita feliz de Natty y Diego. Según tengo entendido, estaban peleados porque él le llevó las bolsas de la compra a Mónica como un perrito.

Ahora estamos dando una vuelta por la ciudad porque Ari me ha obligado a salir con estos dos. Me hubiera gustado pasar tiempo con ella a solas, pero parece que no está por la labor. Diego y su novia pasean agarrados de la mano y demasiado encariñados. Como sigan así, voy a acabar vomitando arcoíris.

—Enana, ¿por qué haces que tenga que aguantar a estos dos? —le susurro.

Ella sonrío, hinchando sus mofletes.

—Porque son muy monos —dice.

¿Eso es una respuesta? ¿Qué está esperando? ¿Que yo le haga cariñitos en mitad de la calle? Ah, no, que la agobiaría.

—Monos de los que hay en el zoo —murmuro, y ella me da un codazo.

—¿Qué os parece si cenamos en un chino y luego nos vamos de fiesta? —propone la tal Natty.

No. Ni de coña.

—Me parece bien —contesta Ari.

Voy a acabar odiándola como he acabado queriéndola, lo sé. Maldita enana. Y yo como un imbécil voy detrás de ella.

Nos metemos en un restaurante chino y, dos eternas horas después, terminamos de cenar y Ari se levanta para ir al baño.

—Ahora vuelvo.

Me pongo tenso. Sé que no va precisamente a hacer pis. Al cabo de cinco largos minutos que he estado soportando a estos dos empalagosos, Ari regresa y nos largamos del chino. La agarro del brazo y nos alejamos de la parejita de osos amorosos.

—¿Qué has hecho en el baño? —inquiero.

—Las cosas que se hacen en un baño —responde en tono burlón.

—Ari. —Clavo mi mirada en la suya.

—Álvaro, déjame en paz. No eres mi madre para estar vigilándome todo el tiempo. ¿Por eso has venido, no? Eres un idiota. —Me mira con desprecio y

echa a andar con los otros dos.

Joder, sólo me preocupo por ella.

Los sigo hasta alcanzarlos.

—Lo siento —le susurro a Ari.

—No importa. —Me sonrío.

Entramos en un pub lleno de jóvenes bailando y bebiendo, y las luces de neón me dejan ciego. Me dirijo hacia la barra junto con Ari mientras la parejita feliz se pierde por la pista.

—¿Quieres algo? —le pregunto—. Yo te invito.

—No, bastante tuve con lo de ayer —me contesta entre risas.

—Ah, vale. Así que con Diego sí te emborrachas y conmigo no. Muy bien —digo haciéndome el dolido.

—Eres tonto.

La camarera se acerca y le pido un ron con cola.

—Enséñame tu DNI.

¿Acaso tengo pinta de un crío de diez años? Me saco la cartera del bolsillo y le enseño mi vergüenza a la camarera, que asiente y se va a preparar mi copa. De repente, Ari me quita el DNI y lo observa, echándose a reír como una chalada.

—No sales muy favorecido en esta foto.

—¡Tenía quince años! —exclamo, y ella sigue estudiándolo.

—¿Álvaro Aitor? —Le da otro ataque de risa—. ¿Qué nombre es ese?

Le quito el DNI de las manos y lo guardo.

—Ya sabes que mis padres no me querían mucho —contesto. Ahora me va a estar haciendo bromas con mi dichoso segundo nombre.

La camarera coloca encima de la barra mi copa y se la pago.

—Álvaro Aitor. —Heidi sigue riéndose demasiado colorada y yo me quedo mirándola muy serio.

—Como sigas diciendo ese nombre, te baño con la copa.

—Vale. —Levanta las manos en posición de derrota—. Álvaro Aitor, ¿puedo beber un trago?

Pero antes de que pueda responderle, me quita la copa de las manos y se bebe casi la mitad. Se le ha pirado la pinza. No me extraña que se le suba tan deprisa a la cabeza si se lo bebe demasiado rápido.

—Gracias. —Sonrío y me devuelve mi bebida.

—Ariadna, ya me puedes estar pagando lo que me ha costado —bromeo, y doy un sorbo.

Suelta una carcajada.

—No. —Se acerca a mí, poniéndose de puntillas, y me da un beso en los labios.

—¿Qué haces? —Sonrío como un tonto, mirándola.

¿No la estaba agobiando?

—Darte un beso. —Me rodea el cuello con sus brazos, mirándome con sus dos esmeraldas que tiene por ojos. Luego junta otra vez sus labios con los míos, pegándose más a mí, haciendo desaparecer el espacio entre los dos. La agarro de la espalda y saboreo su dulce y cálida boca, perdiéndome en sus besos mientras suena *Electric*, de Auryn.

Después de estar toda la noche compartiendo besos con Ari, la acompaño a su habitación del hotel mientras Diego me espera fuera para irnos a su maldita casa.

—Mañana te vengo a buscar, que quiero estar contigo antes de irme —le digo a mi amor.

—Vale, Aitor.

—Deja de llamarme así.

—Vale, Aitor —repite.

He estado aguantando toda la noche sus bromitas sobre mi segundo nombre, pero me lo he pasado de puta madre.

—Me piro, Adriana —digo chinchándola, y me lanza una mirada asesina.

—Eres un idiota, Álvaro Aitor. —Se hace la enfadada.

Esbozo una sonrisa de estúpido, me acerco a ella y la vuelvo a besar.

—Adiós, enana.

No sé si debo decirle lo que siento. Sé que nunca sería capaz de hacerme daño porque es demasiado buena, pero tengo miedo. Soy muy inseguro en cuanto a mis sentimientos. No estoy acostumbrado a que la gente me quiera. Siempre me he sentido traicionado por los que me importaban, menos por una persona a la que yo sí que traicioné y no hay ni un solo segundo en el que no me sienta culpable.

* * *

—¿Qué tal en casa de Diego? ¿Te han tratado bien? —pregunta Ari mientras paseamos por un parque después de haber estado desayunando en el Starbucks.

—Sus padres han estado muy simpáticos conmigo, sobre todo la madre, que creo que se ha enamorado de mí o algo, porque no ha parado de mirarme.

Ari se echa a reír.

—Álvaro, no te montes películas. No todo el mundo que te mira se siente atraído por ti.

—Te lo juro. Esa mujer me echa miraditas muy raras.

—¿Existirá ese día en el que no te creas el ombligo del mundo?

—Es que a veces me siento acosado por las mujeres. —La contemplo a través de mis gafas de sol.

—Ya, claro —murmura poniendo los ojos en blanco.

Pasamos por delante de una morena que está haciendo estiramientos y yo me quedo mirándola con disimulo. Mientras contemplo el culo de la tía, me doy cuenta de la cantidad de días que llevo sin follar. Estoy perdiendo facultades.

—¿Quieres un babero? —La voz de Ari me saca de mis pensamientos.

—¿Eh? —Ladeo mi cabeza hacia ella.

—Todos los tíos sois iguales.

—Joder, es que está muy buena —suelto, y creo que acabo de meter la pata.

—Sólo os importa el físico —comenta en tono reprobatorio.

—¿Es que tú no miras a los tíos o qué?

—No.

—¿No? Mira esos que vienen por ahí haciendo *footing* —digo señalando con la cabeza a dos tíos sin camiseta que están corriendo. Ari los mira y se pone colorada.

—Idiota. —Me da un tortazo en la barriga.

—Aunque tienes que admitir que yo estoy mucho más bueno que esos dos.

—Cállate —me espeta, y me entra un ataque de risa. Me divierto mucho sacándole los colores—. Vamos a sentarnos allí. —Señala uno de los bancos del parque y caminamos hasta él para sentarnos—. ¿Por qué no te quedas más días?

—No puedo. Tengo que aprovechar que mi hermana está en Málaga para estar con ella —respondo.

—Vaya.

La miro sonriendo. Está muy guapa y graciosa con ese gorrito rosa con orejas. Me apetece besarla, así que me acerco a ella para intentar darle un beso, pero, para mi sorpresa, se aparta de mí antes de que nuestros labios se choquen.

—No, Álvaro.

—¿Por qué? —Me pongo las gafas de sol sobre la cabeza y me quedo mirándola sin comprender lo que le ha dado en el cerebro.

Ah, sí, que ya se siente agobiada.

Permanece un rato en silencio, pensativa.

—No quiero que nos volvamos a liar —escupe—. Ahora en serio. Quiero que seamos amigos.

Que alguien me tire un cubo de agua fría porque creo que no estoy escuchando bien.

—¿Qué?

—Amigos, Álvaro.

¿Qué cojones me está contando?

Me vuelvo a poner las gafas de sol y trago saliva.

—Claro —digo forzando una sonrisa—. Amigos. Ya está.

—No sabes lo difícil que se me ha hecho pensar en esto, pero tenía que decírtelo. Es lo mejor para los dos. —Clava sus ojos verdes en los míos, que se esconden tras las *Ray-Ban* como cobardes.

—Ya. Te entiendo. —Saco un cigarro de la caja que guardo en el bolsillo de la cazadora y lo enciendo.

Nos quedamos en silencio durante el tiempo que me acabo el cigarro. Un silencio demasiado incómodo desde que la conozco.

Soy un puto cobarde con ella.

—Me voy ya a la estación —suelto.

Quiero irme cuanto antes de este lugar, encerrarme en mi mundo y no salir hasta que me salgan canas.

—Está bien.

—Pero antes tengo que despedirme de los padres de Diego. Se han portado muy bien conmigo y no quiero hacerles el feo.

—Claro. —Intenta sonreír.

¿Por qué se me hace tan difícil esta situación? ¿Cómo no se da cuenta de que no sólo me lío con ella por diversión? Se supone que las tías pillan esas cosas antes que los tíos. Debería adivinarlo.

«Quiero que seamos amigos».

Capítulo 55

Ari

No sé cómo me siento ahora mismo. Álvaro y yo estamos yendo hacia la casa de Diego en un silencio de funeral. Es una situación demasiado incómoda, pero he hecho bien. No podía seguir con esta farsa. Me va a costar olvidarme de él, pero a él le va a ser muy fácil sustituirme por otra.

Subimos las escaleras del portal y nos paramos frente a la puerta. Estoy a punto de tocar el timbre cuando escucho voces que provienen de dentro. Creo que Diego está discutiendo con su madre, aunque no se oye muy bien lo que están diciendo, pero a mí me da mucha vergüenza interrumpirlos.

—¿Qué hacemos? —le pregunto a Álvaro.

—Pulsa —me contesta encogiéndose de hombros.

—Me da reparo.

Álvaro pone los ojos en blanco y pulsa el timbre sin pensárselo siquiera. Las voces paran y se abre la puerta. Diego aparece con los ojos llorosos.

—Hola —nos saluda con voz ronca.

—Diego, ¿estás bien? —inquiero, preocupada.

—Sí, no me pasa nada.

—Yo venía a despedirme de tus padres —interviene Álvaro, y entra sin ninguna vergüenza, como si estuviera en su casa, mientras Diego y yo lo seguimos hasta el salón, donde se encuentra Blanca—. Hey, Blanca. Venía a despedirme.

Nunca lo había visto tan educado.

A Blanca se le enternece el rostro.

—Una pena que no te quedes más días, Álvaro. —Le da un abrazo—. Ven siempre que quieras. Estás en tu casa.

—Gracias —le contesta él.

Qué escena tan bonita. Álvaro tenía razón; Blanca lo trata con demasiado cariño para ser un extraño al que conoce desde hace menos de un día. Pero la verdad es que ella siempre ha sido muy buena con todo el mundo. A mí me trató genial cuando la conocí.

—Os acompaño a la estación, ¿vale? —se ofrece Diego.

Yo asiento y Álvaro lo mira lanzando cuchillos por los ojos.

—¿Nos vamos? —suelto antes de que se maten.

* * *

Estamos esperando a que salga el tren de Álvaro; faltan aún treinta minutos para que se vaya.

—¿Qué te ha pasado antes? —le pregunto a Diego; Álvaro se fuma un cigarro sin cruzar palabra con nosotros.

—Mi madre... —contesta mi amigo soltando un largo suspiro—. No sé qué mosca le ha picado. Quiere mudarse a Málaga.

—¿En serio? —me sorprendo—. ¿Y por qué?

—No lo sé, pero yo no quiero irme, Ari. Tengo aquí a Natty y a mis amigos; he crecido en Barcelona. No me gusta empezar de nuevo en otro sitio que no conozco.

—Pues quédate. Ya ves tú qué problema —contesta Álvaro con desdén, y yo lo miro matándolo con mi expresión.

—No es tan fácil, tío —contesta Diego.

—Allí me vas a tener a mí —le digo a mi amigo—. Además, puedes hacer nuevos amigos, y por lo de Natty no te preocupes, si te quiere, lo entenderá y podéis llevar una relación a distancia, aunque sea difícil.

Álvaro suelta una carcajada.

—No vais a durar ni una semana —suelta. Qué imbécil.

—¿Por qué no te callas? —le espeto.

Álvaro le da una última calada al cigarro y lo tira al suelo.

—Porque es la verdad. Alguno de los dos le pondrá los cuernos al otro, ¿qué te apuestas?

—Todos no somos como tú —le responde Diego.

Quiero desaparecer de aquí. Estoy segura de que, en algún momento, alguno de los dos se abalanzará sobre el otro y ocurrirá una masacre. Ojalá se abra un agujero en el suelo y me pueda esconder dentro hasta que acabe la matanza de titanes.

—Por eso mismo paso de los compromisos. Se está mucho mejor solo —dice Álvaro esbozando una sonrisa socarrona, y después me mira a mí con rencor.

Vale, no quiero meterme en un agujero. Quiero salir corriendo a lo Forrest Gump hasta que mis piernas no puedan más y muera deshidratada y desnutrida.

—No me creo esa fachada tuya, tío —interviene Diego.

Álvaro sonrío.

—No tengo por qué estar hablando con un soplapollas como tú sobre lo patéticas que son las relaciones.

Parece que por ahora no se van a matar, así que suspiro de alivio.

—Pequeña, me tengo que ir ya. —Álvaro se acerca a mí—. Te veré dentro de unos días. —Me da un beso en la mejilla y yo me abrazo a él.

—Adiós —me despido; después se dirige hacia su tren.

—No lo soporto, de verdad —murmura Diego.

Yo me río y empezamos a caminar hacia la salida.

—Tranquilo, no eres el único. Yo también le tiraré con una zapatilla en la cabeza. De hecho, se la tiré una vez.

—Ari, es que no me explico por qué te deja escapar así como así, siendo una chica tan maravillosa —dice negando con la cabeza, indignado; yo me pongo colorada al oírlo—. Es un egoísta. Yo, si fuera él, no me pensaría dos veces lo de estar contigo.

Me siento muy extraña intentando asimilar lo que me acaba de decir. No estoy acostumbrada a que nadie me diga cumplidos. Lo que no sabe Diego es que la maldita egoísta soy yo.

—¿Sabes? Estaría bien mudarse a Málaga y pegarle varios tortazos a ese tarambana.

—¿Sí? —Me pongo muy contenta, aunque lo de golpear a Álvaro no me ha gustado nada—. Eso es genial. Pero... ¿Y Natty?

—Hablaré con ella. Además, si nos queremos, qué más dará la distancia. Pero lo que me parece más raro es que mi madre haya decidido tan de repente mudarse.

—Seguro que ya lo tenía hablado con tu padre —comento—. Y me he dado cuenta de que tu madre le ha cogido mucho cariño a Álvaro.

—¿A que sí? Cuando volvimos ayer por la noche, mi madre nos preparó un Cola-Cao con galletas a cada uno, ¿te lo puedes creer? En la vida me ha preparado nada cuando he vuelto de fiesta. Y encima le quería dar dinero para el billete.

Me echo a reír.

—Creo que quería ser educada. Tu madre es muy buena.

Ojalá pudiera cambiarle la madre a Diego. O a quien sea, me da igual. Todas las madres son mejores menos la mía, que encima me ha castigado por beberme la botella de whisky de la habitación del hotel por culpa de la Barbie Poligonera, que se lo contó todo.

Menuda familia.

* * *

Me he comido a la fuerza todo lo que ha preparado Blanca para la cena de

Nochevieja y me siento bastante hinchada, pero no he querido parecer una maleducada dejándolo todo en el plato y que se piense que no me gusta la comida que ha hecho. En cuanto me coma las uvas y estén todos un poco distraídos, iré al baño antes de que se me vaya todo a la barriga o al culo.

Álvaro no me ha llamado ni me ha mandado mensajes desde que regresó a Málaga y me da igual. Ya se habrá buscado a otra con la que hacer más cosas aparte de morrearse.

—¿Has hablado con Natty? —le pregunto a Diego, que está sentado a mi lado. Se supone que le iba a soltar la bomba de que se va a Málaga.

—Sí —me contesta—. Y se ha enfadado.

—Ya se le pasará, no te preocupes —lo intento animar mientras le quito las pepitas a las uvas con un cuchillo con mucha concentración.

—Parece que estás haciendo una operación a corazón abierto —dice mi amigo contemplando cómo abro las uvas en canal.

—Es que si no le quito las pepitas, seguro que me atraganto, como me pasó una vez cuando era pequeña.

Diego se ríe.

—Me hubiera gustado verte.

—Pues no he cambiado mucho. Cuando estés en Málaga, te voy a enseñar mi álbum de fotos tan vergonzoso, pero me tienes que prometer que no te reirás. — Lo miro, seria, señalándolo con el cuchillo.

—Prometido.

Por fin le quito la pepita a la última uva y las cuento otra vez.

—¿Por qué las cuentas tanto?

—Por si desaparece alguna —le respondo.

—No sabía que tuvieran patas para andar solas —bromea.

En realidad es una costumbre que tengo desde siempre. Tengo que contarlas más de veinte veces, por si acaso. Aunque no sé ni para qué me las tomo, si todos los años es la misma mierda.

—¡Venga, que empieza ya! —grita mi madre.

Todos estamos preparados mirando la tele y, cuando suena la primera campanada, empezamos a comernos las uvas.

«Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, once, doce».

De repente, me llega un mensaje al móvil y lo cojo con la boca llena de uvas, como si fuera la de un hámster.

DON CHULITO: «¡Feliz año, enana!. ¿Has pedido tus doce deseos?»

Sonrío como una boba, no sé por qué.

—Feliz año, Ari —me dice Diego interrumpiendo mi momento de lela.

—Feliz año —le contesto, y le doy un abrazo.

Después de felicitarle el año a los demás, excepto a la Barbie, le respondo a Álvaro.

YO: «Sí, pero no creo que se cumplan. ¡Feliz año, Álvaro Aitor!»

Ya lo creo que no se van a cumplir. Los doce deseos son tener un cuerpo perfecto.

DON CHULITO: «Seguro que se cumplen, ya lo verás. Ah, y no me llames así, amiga»

Qué estúpido llamándome de esa manera.

—Voy a llamar a Natty. Ahora vuelvo —me informa Diego, y yo asiento.

Es mi oportunidad; están todos distraídos. Me levanto y voy corriendo hacia el baño. Cierro con pestillo, me arrodillo sobre la taza del váter y me introduzco los dedos en la garganta. Una arcada.

«Vamos, gorda asquerosa, más rápido».

Sigo intentándolo hasta que por fin lo echo todo.

—¿Ari? ¿Eres tú? —oigo la voz de Diego a través de la puerta.

¿Pero no estaba hablando con su novia? Joder.

—Sí, ya salgo.

Tiro de la cadena, me enjuago la boca y echo ambientador. Abro la puerta y me encuentro a Diego mirándome con expresión preocupada.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Sí, claro. ¿Por qué no iba a estarlo?

—¿Has vomitado?

—No —miento.

Mónica aparece.

—Quita, cerdi, que tengo que retocarme el maquillaje. —Me empuja hacia un lado de la puerta y entra en el baño.

—Ari, te he escuchado —susurra mi amigo.

¿Otro que me espía? ¿Pero qué les ha dado ahora a todos por intentar preocuparse por mí?

—¡Que no he vomitado, hostias! —exclamo en un tono demasiado alto, y Diego da un respingo, mirándome impresionado. Nunca le he gritado a nadie de esa forma, exceptuando a mi madre y a Álvaro alguna vez, y ahora me siento un poco mal por haberlo hecho con Diego—. Lo siento.

—¿Has vuelto a vomitar, cerdi? —quiere saber la Barbie cuando sale del baño—. Por mucho que vomites, nunca conseguirás un cuerpo como el mío, lo sabes, ¿verdad?

Zorra.

—Ari, ven. —Diego me coge del brazo y me lleva hasta su habitación, que es algo pequeña pero acogedora. Lo único que tiene es un escritorio, una cama individual y un par de estanterías con libros—. Siéntate —dice señalando su cama.

Interrogatorio no, por favor.

—No he vomitado, de verdad —insisto, y me siento en su cama.

—Álvaro me ha contado lo que te pasa. —Se acomoda a mi lado y me mira, afligido—. Tienes que dejar de hacerlo, Ari.

Ya tengo otro motivo más para no hablarle a Don Chulito. ¿Por qué se lo ha contado? No quería que Diego se enterara, y menos por él.

—¿Y le vas a creer a él antes que a mí? —inquiero haciéndome la ofendida.

—Sí.

Patada en la barriga. Ten amigos para esto.

—Pues muy bien, ya veo lo que confías en mí. —Me levanto con intención de irme, pero Diego me coge del brazo y hace que me vuelva a sentar.

—Ari.

—Joder, Diego. Sólo lo hago para perder unos kilos. ¿Por qué os alarmáis tanto? No me entendéis.

—Porque luego querrás perder más hasta que no lo puedas controlar.

—Eso no va a pasarme. Sé lo que hago —intento sonar convencida.

—Ari, no lo hagas más, por favor. Eres muy importante para mí. Álvaro también me ha contado lo de... —Hace una pausa; luego suspira—. Lo que intentaste hacer con las pastillas.

¿Qué? No, no, no, por favor. Eso no. A Diego no.

Me entra el bajón y se me forma un nudo en la garganta muy pesado que me impide tragar con normalidad.

—No quiero estar gorda. —Se me escapa una lágrima.

—No estás gorda —dice atrapando la lágrima de mi mejilla.

Sin embargo, empiezo a llorar como una gilipollas y Diego me estrecha entre sus brazos.

«Gorda, nadie te quiere».

«Cerde grasienta, todo el mundo te desprecia. Son unos falsos. Se ríen de ti. Quieren que te conviertas en una ballena de veinte mil toneladas. Ni caso».

* * *

Me despierto con la luz del sol entrando por la ventana. No recuerdo haberme quedado dormida. Sólo me acuerdo de que estuve llorando hasta las tantas con Diego, que por cierto, estoy en su habitación. Me froto los ojos y me levanto de la cama. Un escalofrío me recorre todo el cuerpo y salgo del cuarto para dirigirme a la cocina, donde se encuentra Diego desayunando un tazón de cereales.

—Buenos días —lo saludo.

—Hola, Ari. —Me mira y sonrío—. ¿Has dormido bien?

—Sí —respondo. Me siento un poco rara aquí—. ¿Dónde has dormido tú?

—En el sofá.

—Lo siento —me disculpo.

—¿Por qué?

—Por haberme quedado dormida en tu cama. Me tendrías que haber despertado cuando mi madre se fue.

Diego sonrío.

—Me daba pena despertarte.

—¿Y tus padres?

—Durmiendo. Anoche salieron todos hasta tarde y yo me quedé contigo — responde, y se lleva a la boca una cucharada de cereales—. ¿Quieres desayunar?

—No me apetece.

Pero Diego me ignora, se levanta, coge un tazón, lo llena de leche y lo planta encima de la mesa; después echa cereales.

—Come, si no quieres que Álvaro me corte las pelotas —dice.

—¿Qué?

—Antes de que se fuera, me pidió que te vigilara mientras estuvieras en Barcelona. Bueno, más bien me amenazó diciéndome que me cortaría las pelotas si no lo hacía.

Suelto una carcajada.

—Está loco.

Ahora en vez soportar a un guardián, tengo que soportar a dos. ¡Menudo estrés!

Mi móvil empieza a vibrar encima de la mesa. Es Don Chulito.

—Ahora vuelvo —le digo a Diego, y me dirijo a la terraza—. Hola, Álvaro —contesto al descolgar.

—Hey, amiga —responde haciendo énfasis en la segunda palabra. Menudo idiota; se ha tomado muy a pecho lo que le dije—. ¿Cómo estás?

—Genial. He amanecido en la cama de Diego. —Sonrío, imaginando cómo se habrá puesto al oírme.

Silencio durante diez segundos.

—Qué. Me. Estás. Contando. Ariadna —dice haciendo una pausa en cada palabra.

—Lo. Que. Has. Oído. Aitor —le contesto imitándolo.

—¿Me estás vacilando? —Puedo sentir el humo que está echando por su cabeza—. ¿Has dormido con ese pagafantas?

—Ajá.

—¿Qué? —oigo cómo da un suspiro—. Pues yo acabo de venir de fiesta. Estoy reventado. He perdido la cuenta de las tías a las que me he tirado.

Sus palabras acaban de clavarse en lo más profundo de mi corazón, pero sé que lo está diciendo para hacerme rabiar.

—Me alegro de que te haya cundido la noche. —Y cuelgo.

¿Por qué me tiene que contar estas cosas? No me interesan. Por mí como si se lía con una mona y tiene hijos con ella.

Vuelvo a entrar en la cocina.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Diego, que se ha dado cuenta de mi buen genio.

No le hago caso y me empiezo a comer los cereales sin cruzar una palabra con él, a punto de explotar de ira.

Capítulo 56

Álvaro

—¿Se puede saber a qué demonios estás esperando? —inquire Mel por videollamada.

—Estoy cagado.

Hace dos semanas que Ari volvió de Barcelona y no he sido capaz de acercarme a ella. En el insti, cada vez que la veía, me hacía el tonto disimulando con el móvil. No sé a qué cojones estoy jugando.

—¿Quieres que se te adelante el pijo ese?

—Por lo menos la trataría mejor que yo. Mira, si le digo lo que siento, lo más probable es que acabe haciéndole daño —contesto mirando a la pantalla—. ¡Joder, si no para de decir que la estoy agobiando!

—Buenorro, cambia ya el disco, que lo tienes rayado —dice poniendo los ojos en blanco—. Escúchame, tú eres un trozo de pan. No serías capaz de hacerle daño ni a una mosca, así que deja de contarme tonterías porque se me están hinchando mucho los ovarios y estoy con mi prima, la roja.

Uff, Mel con la regla. Mejor no alterarla mucho.

—Ay, Melody. —Sonrío como un idiota.

—Estás encoñadito por ese pastelito, eh. —Se acerca a la cámara y me mira fijamente—. Ya puedes estar yendo a por ella o te despides de tu pequeña cosita. —Coge unas tijeras y me las enseña, haciendo cortes en el aire con sonrisa diabólica.

—No es pequeña —replico—. Si lo fuera, las tías no querrían repetir conmigo, Melody.

Se oye una carcajada de alguien detrás de ella. Es Sergio acercándose a la cámara.

—Eso no te lo crees ni tú, chaval.

—¿Cómo que no, cabrón? Si quieres, comparamos —le reto.

—¡Oh, por favor, batalla de discutir quién la tiene más grande no! —exclama Mel alzando las manos por los aires.

Los tres nos echamos a reír.

—Cómo os echo de menos, pedazo de inútiles —les digo.

—Cuidado, que se nos pone cursi el niño —murmura Sergio.

—Cállate. —Mel le da un empujón y vuelve a mirar a la cámara. Parecen un dúo cómico—. Nosotros a ti también. A ver cuándo vuelves, pero esta vez para presentarnos a tu pastelito.

—De eso nada porque seguro que la asustáis. Ah, y para que la agobiéis también —digo con sarcasmo—. Bueno, familia, me voy. A ver si pilló a Ari en su casa, porque no me contesta al mensaje que le he enviado.

—Mucha mierda —dicen los dos al unísono.

—Ya os contaré.

Finalizo la videollamada y cierro el portátil.

Tengo unas ganas impresionantes de verla y decirle todo lo que me llevo guardando dentro. ¿Ella seguirá sintiendo lo mismo por mí? ¿Y si se ha enamorado de otro? O peor aún, ¿y si se ha enamorado de ese Caracartón? ¿Y si me rechaza? ¿Y si dice que la estoy volviendo a agobiar. Quedamos como amigos, sí, pero yo no estoy dispuesto a quedarme en la *friendzone* por culpa de mi orgullo y de sus movidas que se le pasan por la cabeza. Aunque a lo mejor estas vacaciones le han servido para recapacitar, darse cuenta de que no soy bueno para ella y me da la patada en el culo. Estoy hecho un lío. Voy a dejar de pensar, que me estoy volviendo loco.

Me dirijo hacia el baño y me doy una ducha para no oler a perros muertos y que se espante de mí. A continuación, voy a mi cuarto a vestirme.

¿Y qué me pongo yo ahora? Saco un bóxer nuevo del cajón y me lo pongo. ¿Se puede saber qué coño estoy haciendo estrenando ropa interior nueva? ¡Ni que me la fuera a follar! Que ganas no me faltan, pero... Quiero hacer las cosas bien con Ari.

Cojo una camiseta blanca, los vaqueros de siempre, la chaqueta de cuero, mis *Nike* blancas, y me termino de vestir. Voy al baño de nuevo y me peino como siempre. Me miro al espejo y me enamoro de mí mismo al verme.

Vale, se me olvida algo. Los dientes. Me los cepillo ochocientas veces para que el olor a menta se esparza hasta los huesos.

Pues ya está. Irresistible.

* * *

Toco el timbre de la casa de Ari y espero a que alguien me abra. Como aparezca la sargento de su madre, estoy perdido.

Se abre la puerta y, para mi maldita suerte, la mujer se me queda mirando de arriba abajo, con aversión.

—¿Qué quieres? —me espeta cruzándose de brazos.

—¿Está su hija en casa? —le pregunto con una sonrisa de oreja a oreja.

—No. Ha salido.

¿Esta mujer no sonrío nunca o qué?

—¿Le puedes decir que he venido y que necesito hablar con ella, por favor?

Estoy impresionado conmigo mismo por ser tan educado con esta mujer.

—Sí, ¿y qué más? —Ha sonado irónica.

—Que sonrío un poco, mujer, que no se le va a poner la cara como una pasa —le aconsejo sin dejar de enseñar los dientes.

La sargento me fulmina con la mirada y me cierra la puerta en las narices. Menudo genio que tiene mi futura suegra.

Decido hacerle una visita a Chris mientras Ari regresa.

—¿Quién es? —inquire la hermana de Chris detrás de la puerta, tras haber tocado el timbre.

—El bute —contesto.

—No sé quién eres.

«Joder, abre ya, mocosa de las narices».

—¡Carol, abre la puerta! —exclama Chris desde dentro.

La renacuaja me abre.

—Hey, mocosa.

La niña corretea detrás de mí hasta llegar al salón, donde se encuentra Chris sentado en uno de los sofás con su portátil sobre las piernas y rodeado de apuntes.

—Hola, mariquita —lo saludo.

—El día que te pille, te vas a enterar de quién es el mariquita aquí —me intenta amenazar esbozando una sonrisa de estúpido.

—Tú, por supuesto —digo, y me siento en un sofá.

—No me tientes. —Me lanza un beso a través del aire y yo finjo una mueca de asco.

Al final nos hemos hecho colegas. Desde que me vine de Barcelona hemos estado quedando junto con mi prima casi todos los días. Es buen tío, aunque yo me creía que era un antipático de mierda cuando lo conocí.

—¿Por qué le dices mariquita a mi hermanito? —quiere saber la niña.

—Porque lo es —respondo.

—Álvaro. —Chris me lanza una mirada de advertencia—. Que luego mi padre pregunta de dónde ha sacado esas palabras.

—Pues del colegio. Si los niños de hoy en día están muy espabilados.

—¿Quieres que te haga un tatuaje? —me pregunta la mocosa, que ha sacado sus ceras y rotuladores.

Pongo los ojos en blanco. Qué pesada.

—Vale.

Así estará entretenida un rato y no molestará tanto.

—Miedo me da de lo que te vaya a hacer —interviene Chris.

—Quítate esto —me ordena Carol señalando mi chaqueta con su dedo—. Y dame tu brazo.

Le hago caso y le extiendo mi brazo.

—Dibújame algo bonito, eh —le digo.

Ella se ríe y empieza a pintarme el brazo.

—Pero no mires.

—Vale. No miro.

—¿No has hablado con tu amada? —se cachondea Chris.

—Iba a hacerlo, pero no está en su casa. —Siento cosquillas en el brazo y miro a la niña—. Me estás haciendo cosquillas

—Pues te aguantas. ¡Y deja de mirar!

¡Qué niña! Menos mal que no pienso tener hijos nunca. A la única mocosa que soporto es a Alba.

—Le has caído bien a mi hermana —dice Chris.

—¡Ya he terminado! —grita la niña—. ¡Mira!

Dirijo mi vista hacia mi brazo y veo escrito con letra de niña pequeña y con un corazón a cada lado: «ARI Y ALBARO».

Álvaro con B y sin tilde, por supuesto.

Chris se echa a reír a carcajadas en cuanto lo ve.

—¿Te ha gustado? —quiere saber la niña.

—Mucho —contesto con ironía, y ella se ríe. Menudo bicho.

—¿Sabes a dónde ha ido? —le pregunto a Chris refiriéndome a Ari.

—Me parece que está en la biblioteca. Mañana tenemos recuperación de Historia.

—Pues la esperaré aquí mientras tanto —digo. La mocosa se ha puesto a jugar con sus muñecas—. ¿Echamos una partida a la *play*?

—Vale. —Chris se encoge de hombros.

—¿Preparado para perder?

—Lo dirás por ti —me reta dedicándome su estúpida sonrisa.

Capítulo 57

Ari

Llevo toda la tarde estudiando sin parar y la cabeza me va a estallar con tanta Revolución Francesa. Me estiro en mitad de la biblioteca y me conecto al Wi-Fi. Tengo un mensaje y abro los ojos como platos al descubrir que Álvaro me ha hablado.

DON CHULITO: «Ari, ¿puedo recogerte en tu casa? Tengo que decirte algo»

Desde que volví, lleva ignorándome todo el tiempo, ¿y ahora me manda un mensaje diciéndome de quedar? Este tío es un idiota. Desde que le dije lo de ser amigos, se ha estado comportando muy raro conmigo.

Decido no contestarle y pongo el móvil sobre la mesa.

—Yo no puedo más, tía. Voy a acabar majareta —le susurro a Sandra.

—Es un coñazo de asignatura. Espero aprobarla —dice.

—Yo me voy a casa. Necesito dormir. —Suelto un bostezo.

—Yo me quedo un poco más.

—Entonces mañana te veo. —Recojo mis cosas, le doy un beso en la mejilla a mi amiga y me marcho de la biblioteca.

Cuando llego a casa, mi madre aparece en cuanto me pilla subiendo las escaleras.

—Ariadna, tu amigo, el delincuente, ha venido preguntando por ti.

Me paro en seco. ¿Mi amigo, el delincuente?

—¿Álvaro? —pregunto, extrañada.

—Vaya, si tiene nombre y todo —murmura, y resopla.

—¿A qué ha venido?

—¡Y yo qué sé, hija! —exclama haciendo aspavientos con las manos, y se mete en el salón.

Subo unos cuantos escalones más hasta que me interrumpe el timbre y oigo que mi madre abre.

—¿Otra vez tú? —espetta ella.

—¿Ha venido Ari ya?

Sonrío como una gilipollas al escuchar esa voz y me doy la vuelta. Mi madre suspira.

—¡Ariadna, el *quinqui*!

¿El *quinqui*?

Mi madre no se corta ni un pelo y Álvaro la está mirando entornando los ojos y con las manos metidas en los bolsillos; entonces bajo las escaleras con rapidez antes de que se maten.

—Hola, Álvaro —lo saludo, y él me dedica una sonrisa. Mi madre permanece de brazos cruzados, observándonos.

—¿Puedo hablar contigo? —me pregunta él, incómodo.

—Vale —respondo, y ladeo la cabeza en dirección a mi madre, diciéndole con la mirada que se vaya.

—Ya sabes lo que opino, Ariadna. —Y la sargento vuelve a desaparecer.

—A ver, ¿qué quieres? —inquiero cruzándome de brazos y con la vista fija en Álvaro.

—¿Podemos hablar fuera?

—No.

—Por favor —me pide—. Sólo un momento. Te lo prometo.

—No quiero hablar contigo. Vete. —Me doy la vuelta y empiezo a subir las escaleras otra vez. Esto es un buen ejercicio para bajar calorías.

—Ari, no. Espera. —Álvaro sube detrás de mí y me agarra del brazo tan bruscamente que por poco me caigo rodando; después me coge del rostro y me planta un beso en los labios.

Me aparto.

—No... —digo.

—Te quiero —susurra con la frente pegada a la mía—. Te quiero mucho.

Abro la boca para decir algo, pero no se me ocurre nada. Su aliento chocando contra mi cara me está mareando.

«Miente».

—Ariadna —mi madre nos interrumpe—. Creo que ya has tenido tiempo suficiente para hablar con este.

Álvaro me suelta la cara y yo miro a mi madre.

—Vamos fuera —me susurra él.

Asiento y bajamos las escaleras.

—Ahora vuelvo, mamá.

—¡Ariadna, ni se te ocurra! ¡Es muy tarde!

Pero antes de que siga berreando como una loca, cojo a Álvaro del brazo y lo saco de mi casa.

—Joder, qué bien le caigo —murmura.

Nos acercamos a su moto y yo me siento sobre ella.

—No le hagas caso —respondo comenzando a temblar.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

«Ni se te ocurra darme tu chaqueta».

—Toma. —Se quita su chaqueta de cuero negra y me la tiende por encima.

Qué calentita está y qué bien huele.

Me fijo en algo que hay dibujado en el brazo de Álvaro.

«ARI Y ALBARO».

—¿Y esto? —inquiero señalándolo.

—La hermana de Chris, que es un poco... mocososa.

Suelto una carcajada y él sonrío con esa sonrisa que tanto me gusta para después ponerse serio.

—Ariadna —pronuncia mi nombre completo, mirándome, y a mí me entra miedo—. Joder, qué difícil es decir esto... —Vuelve a bajar la mirada.

—Álvaro...

—Cállate, no hables hasta que termine. —Me coloca el dedo índice sobre los labios y me contempla, inquieto—. Ari, no sé lo que me está pasando. —Suspira, agarrándome las dos manos con fuerza, y yo temo que me deje sin circulación en los dedos—. Desde que te conozco no soy el mismo tío que era antes. No sé lo que me has hecho, pero me has cambiado completamente. Sé que me he portado como un imbécil contigo, pero era porque no quería admitir que estaba empezando a sentir algo por ti. —Clava su mirada en la mía—. Cuando me metía contigo era para estar cerca de ti.

No me puedo creer lo que me está diciendo.

«Miente. No le hagas caso. Se está riendo de ti por gorda, niña tonta».

—Y cuando me enteré de lo que te ocurría, no pude evitar sentirme culpable. No era mi intención hacerte daño —continúa sin dejar de mirarme y sin soltarme las manos—. Por eso no entiendo qué es lo que has visto en mí para llegar a enamorarte. —Baja la mirada de nuevo, negando con la cabeza—. Joder, sé que la he cagado contigo, pero... —Hace una pausa y se esfuerza por mirarme a los ojos—. Pero me gustaría que me dieras una oportunidad para estar contigo.

«Todo mentira. No te fíes de este idiota».

—Di algo ¿no? —inquiere con voz y manos temblorosas.

«Gorda».

—Yo... —baluceo—. No lo sé.

Álvaro sonrío con ternura.

—Creía que nunca iba a decir esto, pero me he enamorado de ti —dice.

Lo miro con la boca abierta y él me acaricia la mejilla como si tuviera

párkinson.

«Que es mentira. No le creas. Estás gorda. Es imposible que alguien se enamore de ti».

—Estás temblando —susurro haciendo caso omiso a mis pensamientos, y le doy un beso en la mano.

—Normal —responde—. No todos los días le declaro mis sentimientos a la gente. ¿Entonces, qué? —Pone cara de niño bueno; luego me coge las manos y las besa. En algún momento se me va a salir el corazón del pecho. No sé si lo que me está diciendo es verdad.

—¿Es una de tus bromas? —le pregunto.

—¿Te parece que estoy de broma? —se sorprende—. ¿No me digas que te estoy agobiando ahora?

—No sé. Es que... es muy raro.

«Pues claro que es raro. Le das pena».

—Creo que estás confundido. —prosigo—. Tú no me quieres, sólo te doy pena, Álvaro. Es imposible. Lo siento, pero no sé si será buena idea.

¿Por qué estoy diciendo esto?

—¿Pero de qué estás hablando, Ari? Claro que te quiero.

«Mentiras y más mentiras».

—No lo sé —admito.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú también me quieres a mí.

—No quiero hacerte daño —le digo—. Vengo con problemas y no quiero que tú te sientas obligado a lidiar con ellos por mi culpa.

—Sabes que me da igual lo que tengas. Esto que siento por ti es real. —Se lleva la mano al corazón mientras me mira—. Nunca he sentido esto por nadie. Estoy dispuesto a ayudarte y a apoyarte. Sé que puedo hacerte olvidar esa mierda.

Se me empieza a formar un nudo en la garganta.

—No confundas los cuentos con la realidad. No eres el príncipe azul que salva a la princesa de sus problemas. Vengo rota de fábrica. No puedo querer a nadie siendo de hielo, y menos quererme a mí misma.

—Eso que estás diciendo no tiene sentido. Si puedo quererte yo, tú puedes hacerlo también. Yo te puedo querer por parte de los dos; es suficiente. —Se le están humedeciendo los ojos—. Por favor, Ari, danos una oportunidad.

No puedo.

—¿Quién es Mimi? —suelto de repente, y se pone tenso.

—No puedo decírtelo. —Aparta sus ojos de los míos.

—¿Por qué no, Álvaro? Tienes que demostrarme que puedo confiar en ti.

—No, Ari. —Suelta un largo suspiro—. Simplemente no puedo.

—Entonces nada.

—Te lo contaré, pero no ahora.

—¡Tú lo sabes todo sobre mí! —exclamo—. ¡Haz tú lo mismo! ¡Si quieres que estemos juntos, tienes que ser sincero conmigo!

—Ari, yo... Lo siento.

Pongo mi mano en su barbilla y lo obligo a mirarme. Observo sus ojos vidriosos a punto de soltar lágrimas. Jamás lo había visto así de vulnerable.

—Álvaro... —digo en un susurro.

Sé que está haciendo un esfuerzo por no echarse a llorar delante de mí. Lo abrazo aún sentada en la moto y él posa su cabeza en mi hombro y me estrecha fuerte contra sí. No sé lo que le habrá pasado para que se haya puesto así al obligarlo a hablar de Mimi, pero me siento la peor persona del mundo ahora mismo. Por eso no puedo estar con él.

—Te quiero —susurra escondido en mi hombro, y a mí me da un vuelco al corazón.

«Gorda, miente. Él es guapo; tú una ballena grasienta».

Basta.

Pongo mis pensamientos en modo *off* y nos tiramos un buen rato abrazados hasta que Álvaro se incorpora y me contempla.

—No quiero agobiarte, pero... ¿si te demuestro que quiero estar contigo, me darás una oportunidad?

—¿Qué vas a hacer?

—Ya pensaré en algo chulo. —Se encoge de hombros y hace un intento por sonreír.

—No voy a cambiar de opinión hagas lo que hagas.

—¿Me estás tomando el pelo, no? —inquiere—. Niña, que sepas que estás hablando con uno de los tíos más deseados de Madrid, y de todo el mundo, ya que estamos.

Niego, poniendo los ojos en blanco. Me parece increíble cómo ha pasado de estar tan decaído a estar tan alegre. Así es Álvaro.

—No voy a tener en cuenta tu guapura a la hora de tomar mi decisión, que lo sepas —le advierto.

—Eso es imposible. —Esboza su sonrisa arrogante—. No puedes dejar esta carita de lado —dice señalando su rostro.

—Me imaginaré que eres feo.

Suelta una carcajada.

Tengo muchas ganas de besarlo. O de pegarle una patada en los huevos. No lo sé.

—Toma tu chaqueta, subnormal. —Me bajo de la moto, me quito la cazadora

y se la tiendo.

—¡Ari! —nos interrumpe una voz detrás de mí.

Me giro con rapidez y, al darme cuenta de quién se trata, las comisuras de mis labios se curvan hacia arriba, que hasta temo que se me parta la cara en dos mitades.

Capítulo 58

Álvaro

¿Dónde está la cámara oculta aquí?

—¡Ari! —vuelve a exclamar el otro.

—¿Por qué no me has dicho que ibas a venir hoy? —inquiere Heidi demasiado eufórica y colorada.

—Era una sorpresa. —El Caracartón me mira y yo lo taladro con mi mirada—. Hola, Álvaro.

Le dedico una sonrisa falsa y le paso a Ari mi brazo por el cuello.

—¿Estáis saliendo y no me lo habéis contado? —quiere saber el pijo en cuanto se da cuenta de mi comportamiento.

—Sí —me adelanto.

Ari me mira como si me hubiese salido un ojo de más.

—No —responde ella—. Somos amigos.

«Por poco tiempo, preciosa», pienso.

—Ah. —El Caracartón parece aliviado. Este tío seguro que quiere algo con ella, no hay más que verle la cara, y más ahora que está aquí.

—¿Y por dónde vives? —le pregunta Ari.

—Justo allí —contesta él señalando una de las casas que hay cerca de la de Ari.

Sí, venga ya. Esto ya es un puto cachondeo. Miro a mi alrededor por si hay una cámara oculta escondida por algún sitio, pero no veo nada. Creo que en algún momento va a aparecer un presentador de la tele y me va a decir: «Álvaro, pringado, te lo has creído». Y los mandaré a tomar por culo a todos.

—¿Somos vecinos?

—Pues parece ser que sí —le responde el otro esbozando una estúpida sonrisa de idiota—. Tu madre le dijo a la mía que había una casa cerca de la vuestra a muy buen precio.

«Sobras, culé. Este partido está ganado por Álvaro González Buenorro, no por Diego Pijo».

Carraspeo para hacerme notar.

—Bueno, pues me voy a casa. Ya nos veremos, vecina —se despide el rey de las almorranas, y le da dos besos a mi amor.

«No estoy celoso, no estoy celoso, no estoy celoso».

Estar celoso no me va a ayudar en nada.

—Adiós, Diego —se despide Ari.

Y por fin, el Caracartón nos deja a solas.

—Te gusta —le suelto a Ari, que me observa con cara de estar escuchando un chiste malo.

—Álvaro, es sólo un amigo.

—Como yo —murmuro—. ¿O no?

Ari suspira.

—No.

—Pues sal conmigo.

—No puedo.

—¿Quién es más guapo él o yo? —le pregunto de repente, y se le escapa una carcajada.

—Estás celoso.

—¡Claro que no! Pero respóndeme.

—La verdad es que os dais un aire —bromea

—¿Yo? ¿Y ese? ¡Venga ya! Yo soy más guapo. Además, es un pijo catalán.

Vuelve a soltar una carcajada.

—¿Qué es ese olor? —Finge oler el aire—. Ah, sí, tus celos.

—No estoy celoso —replico haciendo una mueca de burla; después dibujo una sonrisa de oreja a oreja y le susurro—: Te quiero.

Ari sonrío, se pone de puntillas y se acerca a mi oído.

—Me tengo que ir. —Y me da un beso en la mejilla.

—¿Y ya está? ¿No me vas a decir que me quieres ni nada?

—Álvaro, por favor, no sigas con eso. Te estoy haciendo el favor de no estar con una chalada como yo.

—No estás chalada, cariño —le digo—. Bueno, un poco sí, pero en el buen sentido.

—No me llames cariño —me espeta señalándome con el dedo—. Y tienes de plazo hasta mi cumple.

Todavía me parece mentira que me haya rechazado. El amor es una jodida mierda, y más si te dan calabazas cuando le abres el corazón a una persona para que haga con él lo que le da la gana.

—Pues para tu cumple vas a flipar —le prometo—. Que, por cierto... ¿Cuándo es?

Levanta las cejas, sorprendida.

Sé que es el sábado.

—Deberías saberlo.

—Y lo sé, sólo estaba poniéndote a prueba para ver lo que decías. Vas a caer rendida a mis pies.

Vale, no tengo ni idea de lo que voy a hacer, pero para eso tengo a Chris: para que me eche una mano.

—No voy a ceder —insiste—. Me voy a casa.

Le cojo la mano y se la beso.

—Hasta mañana, princesa.

—¿En serio? ¿Princesa? ¿No había otra cosa más empalagosa? —se cachondea de mí.

—Joder, enana. Encima de que intento ser romántico, vas y te ríes.

—Es que no te pega nada...

—Soy demasiado *quinqui*, ¿verdad? —digo recordando el mote que me ha puesto su madre, y ella se ríe.

—No le hagas caso a la sargento. Tú eres tú —dice riéndose—. No me entretengas más, que estará echando humo a través de la puerta.

—Vale. Salúdala de mi parte.

Se vuelve a carcajear y yo le doy un beso en la cabeza.

—Adiós, idiota. —Y se encamina hacia su casa.

Joder, tengo el corazón roto en mil pedazos ahora mismo. No sé lo que le ha dado con lo de que me va a hacer daño. No me importa lo que tenga, ya se lo he dejado bastante claro. Es difícil que salga de eso, pero por lo menos voy a intentar ayudarla y hacer que se le olvide mientras decide estar conmigo.

* * *

—¿Y qué le vas a hacer? —me pregunta Chris, que lo he secuestrado en el recreo para que me ayude con la sorpresa de Ari.

—No tengo ni idea. Ayúdame tú, que la conoces. Como eres casi una chica...

—Fingiré que no he oído lo último —dice dándome con el puño en el hombro, y yo simulo una mueca de dolor—. Tendrías que conocerla y saber sus gustos.

—Y la conozco, pero no sé. Vaya que la cague...

—Llévala al cine, a cenar, regálale un libro... Hay miles de cosas.

Pasta. Pasta. Pasta. Y más pasta.

—Lo que me va a costar tener novia. Yo no sé por qué la gente se empeña tanto en eso, con lo bien que se está soltero.

—Yo no te he aconsejado que te gastes dinero.

—¿Entonces, qué? Mira, yo no entiendo nada —me quejo, y a Chris le empieza a dar un ataque de risa—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —responde con diversión—. Que vienes a mí a pedirme ayuda.

—¿Y a quién quieres que se la pida? ¿A su madre?

—Mira, Ari es una chica a la que le gustan mucho los detalles románticos. Piensa en algo así. Yo no te lo voy a dar todo hecho.

Cursiladas.

Pero creo que ya sé qué es lo que le puedo hacer.

—Se me acaba de ocurrir una idea brillante.

Y con la que se va a quedar flipando.

—¿Qué hacéis aquí tan escondidos? —John aparece detrás de mí y nos contempla, curioso.

—Nada que te importe —le espeto.

—¿Sois pareja? No te pega nada ser mariquita, Álvaro —me dice el muy gilipollas. Como siga así de estúpido, va a conseguir que lo deje en ridículo.

—¿Y a ti te pega ser hetero? —le contesto con sorna, y sus ojos azules me suplican que no diga nada.

Chris pasa de nosotros y teclea algo en su móvil con una sonrisa en los labios y cara de baboso. Seguro que estará hablando con el tal Mateo.

—¿Es tu Mateo? —le pregunto, y él alza su vista hacia mí en cuanto pronuncio el nombre de su noviecito.

—Eh... Sí.

John ladea su cabeza hacia Chris sin entender nada.

—¿Tienes novio? —quiere saber.

—No es de tu incumbencia —le contesta Chris; yo permanezco de brazos cruzados, disfrutando de la escena.

—Tampoco es que me importe si tienes o no —se defiende John.

Chris lo mira y sus ojos se van hacia el pelo negro del pesado de John.

—Espera. —Acerca la mano al cabello de John y se lo sacude, quitándole algo—. ¿Dónde te has metido? Tienes ramitas.

John se queda más tieso que el palo de una fregona mientras Chris le manosea el pelo. Logro evitar reírme.

—Qué romántico —comento.

Chris me observa entornando los ojos, me dice que me espera con los demás y se marcha.

—Señor, perdóname —susurra John mirando al cielo.

Vale, ahora sí que me río de verdad.

—Tío. —Coloco mi mano en su hombro en expresión de apoyo—. Si te sirve de consuelo, tú me caes mejor para tu amor platónico.

Capítulo 59

Ari

—¿Has hecho amigos en tu primer día? —le pregunto a Diego, que se ha venido con nosotros al patio.

—Bueno, me han caído bien unos cuantos.

Esta mañana le he mandado un mensaje para que se viniera con Chris y conmigo de camino al insti, y nos ha tocado juntos en algunas clases.

—Ya te acostumbrarás. Aunque a algunos hay que darles cuatro hostias bien dadas —comenta Sandra.

—¿Y Natty? ¿Cómo está? —inquiero.

—Bien, pero la estoy echando mucho de menos.

—Las relaciones a distancia son jodidas —dice Sandra.

—Que se venga algún día y quedamos todos para que los demás la conozcan —sugiero.

—Va a ser difícil. —Diego se encoge de hombros—. Está muy liada por allí.

—Qué pena. Yo quiero conocerla —interviene Sandra; después me mira—. Por cierto, señorita rompecorazones, ya me ha contado mi primo que le has dado calabazas.

Ya estaba tardando en salir el temita.

—No son calabazas —replico.

—Imagino a mi primo comiéndose la cabeza en este momento... —comenta mi amiga.

¿Qué estará haciendo Álvaro con Chris? Hace un rato que se han marchado.

Y, como si me hubiesen leído la mente, aparecen los dos.

—¡Hey! —nos saluda Álvaro, y se sienta a mi lado en el banco, junto a Sandra. Chris se sienta con Diego en el suelo—. ¿Cómo estás, preciosa? —me pregunta susurrándome al oído, y yo sonrío como una tonta.

—Genial.

Me doy cuenta de que Diego nos está mirando con atención y me sonrojo. Todavía me acuerdo de los ataques de celos que le dan a Álvaro cuando mi amigo está cerca.

Cuando nos interrumpe la campana, me levanto del banco y Álvaro me detiene un momento mientras los demás siguen adelante.

—Le gustas —me dice.

—Estás mal.

—Lo digo en serio. He visto cómo te mira. A ese tío le gustas —contesta muy convencido.

—Tiene novia —le recuerdo poniendo los ojos en blanco.

—¿Y qué? Yo sólo digo que le gustaría meterse en tus bragas.

—¡Álvaro! —exclamo.

—Ari... —susurra cogiéndome del rostro—. Es que él parece buena persona y te trataría mejor que yo.

¿Y por qué piensa ahora eso? ¿Se le ha ido la maldita pinza?

—No digas eso. —Me pongo de puntillas y le planto un beso en la mejilla; él sonrío y me revuelve el pelo.

—¿Vamos a clase? —suelta, y yo doy un profundo un suspiro.

—No hay otra opción.

—Escaparnos.

—Tú, como puedes salir sin que te digan nada... —replico.

—Y tú. Por la valla.

—Sí, como la otra vez, que por poco me mato.

—Yo te ayudo a saltar. ¿Nos vamos? —pregunta, ilusionado.

—Si me mato, apareceré mientras estás durmiendo y te asustaré —le advierto.

—Trato hecho. —Entrelaza su mano con la mía y me lleva hacia la parte de atrás del patio—. Venga, sube tú primero.

Hoy muero. Me agarro a la verja y voy trepando muy despacio. Me empiezan a sudar las manos y me entran los nervios.

—Álvaro, me voy a caer.

—No te caes. Si vas muy bien.

Continúo subiendo con mi torpeza innata y consigo llegar hasta arriba.

—Quédate ahí —me ordena, y lanza las dos mochilas fuera del insti. A continuación, sube como si fuera Spiderman y, al llegar arriba, pega un salto hacia el otro lado que me deja con la boca abierta—. ¡Venga, baja!

—¡Ya sé que soy baja, pero tampoco hace falta que me lo recuerdes!

Álvaro se echa a reír.

—¡Venga, taponcito, baja ya!

—¡Te vas a enterar cuando te pille, idiota! —Lo asesino con la mirada desde lo alto.

Hago lo mismo que antes, pero esta vez trepando con cuidado hacia abajo, y doy un pequeño saltito. Me pongo delante de él y me cruzo de brazos, intentando mirarlo con seriedad.

—Uy, qué miedo. Mira cómo tiemblo —me dice, a la vez que me enseña su mano fingiendo temblores.

—Has perdido puntos. —Lo sigo mirando en mi intento de parecer seria.

—¡No, por favor! —Se arrodilla ante mí y junta las manos como si estuviera rezando—. ¡Perdóname! ¡No me quites puntos!

—No hagas el tonto y levántate —le ordeno.

—Hasta que no me los devuelvas, no me levanto.

—Entonces me voy yo sola.

—¡No! —exclama, asustado—. ¿Cuántos puntos me quedan?

—Tres.

—¿Qué? ¿Cuántos he gastado?

—Siete.

—Eso no vale, Ari.

—Es lo que hay —le digo, y Álvaro bufaba—. Bueno, ¿adónde vamos a ir?

—Adonde nos lleve la moto.

Minutos después, Álvaro aparca cerca del centro comercial Málaga Plaza, donde se encuentra el Fnac. Me apetece ir a mirar los libros que han salido nuevos, pero mi acompañante se va a aburrir un montón.

—¿Quieres entrar? —me pregunta al darse cuenta de que me he quedado mirando el edificio.

—Es que si entro, no voy a querer salir.

—Te sacaré a rastras. —Me agarra de la mano y me obliga a entrar.

Subimos por las escaleras mecánicas a la planta de arriba y entramos. Decidida, me dirijo hacia la sección juvenil y cotilleo cada libro que me llama la atención. Diviso a Álvaro desde donde estoy y lo veo en la sección de erótica.

—¡Mira, léete *Cincuenta Sombras de Grey!* —exclama en mitad de la tienda, enseñándome un ejemplar.

Me pongo colorada y Álvaro coloca el libro en su sitio y se acerca a mí, riéndose.

—¿Qué pasa, enana? ¿Te da vergüenza leer esas cosas?

—Para tu información, ya me lo he leído —le contesto, y él enarca una ceja, perplejo.

—¿Tú? Pero si eso es porno.

—Pues no —replico—. Además, no opines porque no te lo has leído.

—Ni falta que me hace. Yo ya sé lo que tengo que saber sobre follar.

Se me vuelven a encender las mejillas y él se acerca a mi oído sonriendo.

—Me gusta cuando te pones así.

—¿Así cómo?

—Roja.

—Cállate —le espeto, y continúo mirando los libros.

Al cabo de no sé cuánto tiempo, que lo he pasado sumergida en los libros, me doy cuenta de que Álvaro ha desaparecido de mi vista. ¿Se habrá cansado de esperar y se habrá marchado sin mí?

—¿Álvaro? —lo llamo en mitad de la tienda, buscándolo.

De repente, alguien me tapa los ojos desde detrás.

—¿Me buscabas?

Me da la vuelta hacía él.

—No vuelvas a desaparecer, creía que me habías dejado sola.

—Nunca te dejaría sola, enana. Es que estaba mirando la sección de instrumentos. Hay una guitarra eléctrica megaguapa. —Finge tocar una guitarra invisible de manera muy exagerada.

—Estás chalado.

—Como tú con esas cosas con letras por dentro —dice refiriéndose al libro que llevo en la mano.

—Se llaman libros.

—¿Te lo vas a comprar?

—Ahora no.

—Déjame verlo. —Me quita el ejemplar de las manos y lo observa como si fuera un espécimen raro—. Muy bonito. —Y me lo devuelve.

Dejo el libro en su estantería y salimos del establecimiento. A continuación, nos dirigimos hacia un paseo, donde hay un muchacho moreno cantando *Recovery*, de James Arthur, acompañado de su guitarra y rodeado de gente.

—Es muy bueno el chico —comento.

—No te creas. Desafina un poco.

—Qué malo. Encima de que se intenta ganar la vida tocando en la calle, como hacías tú cuando te conocí... —le digo. Todavía me acuerdo de que me puse como un tomate cuando me acerqué a él y le di cinco euros.

—Porque yo era y sigo siendo un crack. Tenía a todas las tías babeando por mí.

—Ya me di cuenta.

—Me acuerdo de que no te salían las palabras cuando te acercaste y la cara te estaba a punto de explotar. —Sonríe al recordarlo—. ¿Ahí fue donde te enamoraste de mí?

—Fue amor a primera vista —bromeo—. ¿Por qué no tocas por Málaga? Estaría superguay.

—No lo sé. Algún día lo haré.

—¿Y por qué empezaste a tocar en la calle?

Se queda un momento pensando, en silencio.

—Porque necesitaba pasta. Mis padres no me daban nada, así que un día decidí irme al Retiro y empecé a tocar la guitarra allí mismo. Además, cuando me echó mi no-padre de casa fue el único sitio donde me sentía bien y se me olvidaba la mierda de vida que tenía, aunque sólo fuera durante un rato.

Pobrecito. Ni me imagino por lo que pudo pasar.

—¿Por qué te echó tu padre? No me lo has contado.

Bufa.

—Porque sí, Ari. No hay más que hablar.

—Anda, ven.

Nos paramos y lo rodeo con los brazos.

—Te portas muy bien conmigo a pesar de todo lo que te he hecho —dice, y me da un beso en la frente.

—Olvida eso.

Me gusta la sensación de estar abrazada a él.

—Ari, ¿qué haces que no estás en el insti? —La voz de mi hermano nos sobresalta a los dos, y me separo con brusquedad de Álvaro.

—Eh... —intento buscar una excusa creíble—. No ha venido el profe. ¿Y tú no tienes clases o cosas que estudiar?

—Estaba estudiando, pero quería dar una vuelta. —Pablo dirige su vista hacia Álvaro—. ¿Y este quién es?

—Es Álvaro, un amigo.

Los dos se saludan con la cabeza. Ahora Pablo seguro que le irá con el cuento a mi madre, y no sólo le dirá que me he saltado las clases, no, sino que le contará que me ha visto con un chico abrazada. Y resulta que ese mismo chico le cae como el culo.

—Pablo, no le digas a mamá nada —le suplico.

—¿Te refieres a que no le diga que te has echado novio? —pregunta esbozando una sonrisa.

—No somos novios —respondo, ruborizada, y Álvaro ahoga una risita—. No le digas que me has visto.

—Ya me devolverás el favor algún día. Os dejo solos. —Y se marcha.

—Es simpático —comenta Álvaro.

¿Simpático? Cómo se nota que no lo conoce.

—Si tú lo dices... —contesto.

—Se parece a ti.

Lo miro, atónita.

—Ponte gafas.

—Ya llevo las de sol, que me hacen ser más sexy de lo que ya soy —me dice, y yo pongo los ojos en blanco, por enésima vez desde que lo conozco.

—¿No te cansas de ser un creído? Eres inaguantable.

—Pero me quieres, aunque lo estés negando a todas horas.

—Cállate ya, por Dios.

Álvaro me mira con expresión divertida.

—¿Te puedo dar un beso? —me pregunta.

—No.

Se acerca a mi oído.

—*Yo sólo quiero darte un beso y regalarte mis mañanas* —susurra cantando.

Esa canción la he escuchado en algún sitio.

—¿Tienes una canción para todo o qué?

—Claro. Mi cerebro es como un MP3. —Esboza una dulce sonrisa y mira algo por encima de mi hombro—. Hostia puta. Mira quién se ha saltado las clases también.

Me giro y me encuentro a Chris sentado en un banco con un chico rubio, demasiado acaramelados.

Me quedo anonadada porque no tenía ni idea de que se estaba viendo con alguien. Ni siquiera ha sido capaz de contármelo y se supone que soy su mejor amiga.

Capítulo 60

Álvaro

—¿Vamos a molestarlos un rato? —le pregunto a Ari, que se ha quedado pasmada mirando a los dos *tontolitos*.

—No, Álvaro, que te vas a meter con ellos.

¿Pero quién se cree que soy?

—No soy tan malo, a mí me la suda lo que hagan en la intimidad —digo, y suelto una carcajada—. Además, yo ya sabía que eran novios.

—¿En serio? ¿Te lo cuenta a ti y a mí no, que soy su mejor amiga? —Parece ofendida.

—Tú estabas en Barcelona.

—Pero debería habérmelo contado... Aunque sea por llamada.

—Le daría vergüenza o algo al chaval.

—Ya hablaré con él.

Y justo cuando Ari dice eso, Chris alza la vista hacia donde estamos nosotros y nos mira con expresión de desconcierto. Seguro que antes, en el recreo, le estaba diciendo a Mateo que se iba a saltar las clases.

—Parece que le hemos cortado el rollo. Mira la cara de susto que se le ha quedado a tu amigo —le susurro a Ari, aún resentida. Los otros dos se acercan a nosotros, ruborizados.

—Ari —la saluda Chris cuando se planta frente a ella, rojo como un tomate—. Te presento a Mateo, un amigo. —Pone cara de gilipollas cuando pronuncia la última palabra.

—Encantada. —Ari le da dos besos a Mateo.

—Y, bueno, vosotros ya os conocéis —dice Chris refiriéndose a Mateo y a mí.

—¿Es tu novio? —salta Ari de repente, inquisitiva.

—Sí... Bueno —balbucea Chris rascándose la nuca.

Supongo que estará arrepentido por no habérselo contado a su amiga en su momento.

—¿Por qué no nos vamos a comer a algún lado? —sugiere Mateo cambiando de tema—. Así os conozco mejor.

Ni de coña.

—Me parece bien —contesta Ari, pero se le nota que continúa disgustada.

—Vale —interviene Chris.

Ari me lanza una mirada de súplica.

—Está bien —cedo finalmente.

—Vamos a una pizzería que hay cerca de aquí —propone Mateo.

A todos nos parece bien y nos dirigimos hacia allí. Al llegar, nos sentamos en una mesa del fondo; yo, al lado de Ari, y los otros dos enfrente de nosotros. Luego nos ponemos a mirar la carta.

—Yo quiero una pizza cuatro quesos. Es mi favorita —me dice Ari—. Son grandes, así que una para los dos, ¿vale?

Que lleve demasiado queso no me hace mucha gracia, pero si a Ari le gusta, no pienso decirle que no. Además, así me aseguro de que come.

—¿Han elegido ya? —nos pregunta la camarera cuando viene a nuestra mesa.

—Nosotros queremos una pizza cuatro quesos, y para beber una Coca-Cola y un Nестea —le pido.

Los otros dos se piden una pizza de jamón y queso, y la camarera lo apunta todo y se marcha.

—Ya me lo puedes estar contando todo, Chris —exige Ari en tono autoritario—. ¿Desde cuándo estáis juntos?

—Unas tres semanas —se adelanta Mateo.

—¡Tres semanas! —exclama ella moviendo las manos—. ¿Por qué no me has contado nada? —pregunta mirando a Chris.

Joder, cómo se pone por que no le haya contado eso.

—Te lo iba a contar, pero estabas de viaje y preferiría que fuera en persona —se defiende Chris.

Cuando la camarera nos trae las pizzas, yo cojo un trozo y lo devoro como si no hubiese comido en una semana.

—No se lo contéis a nadie, ¿vale? —nos pide Chris.

—¿Por qué? Si es algo normal —comento, y Ari me da la razón.

—Porque mis padres no se lo tomarían muy bien. Sobre todo mi padre —añade Chris, y comienza a comerse las uñas.

—Algún día tendrás que decírselo —suelto yo.

Mientras terminamos de comer, nos cuentan que se conocieron por Internet, en una página que hay para ligar con gente, y que una vez coincidieron en una de las fiestas que ha montado Víctor en su casa.

—Si en esas páginas sólo hay salidos —intervengo.

—No siempre —me contesta Mateo.

Aprovecho para darle a Ari la mano por debajo de la mesa, pero ella la aparta

de inmediato y me guiña un ojo, sonriéndome.

—¿Qué os pasa a vosotros con tanto secretismo? —inquire Chris.

—Tu amiga, que me está acosando —le respondo.

Ari me da un puntapié.

—Qué mentiroso.

Le hago una mueca de burla y llamo a la camarera para que nos traiga la cuenta. Ari saca de su mochila la cartera.

—Guarda eso —le ordeno—. Te invito yo.

—Álvaro, no quiero que me invites.

—Y yo quiero invitarte.

La camarera nos trae la cuenta y pago la parte de Ari y la mía. Los otros dos se pagan cada uno la suya y salimos de la pizzería. Detengo a Chris un momento mientras los otros dos charlan de tonterías.

—¿Tienes algo que hacer por la tarde? —le pregunto.

—No. ¿Quieres que te ayude con su regalo? —inquire, y yo asiento, ilusionado—. ¿Qué tienes pensado?

Le explico en cinco segundos lo que tengo planeado para que Ari caiga rendida a mis pies, y Chris se queda pasmado.

—Le va a encantar. Te dejo mi cámara, si quieres.

—Vente luego a mi casa y me enseñas a usarla.

Mateo y Ari se acercan a nosotros.

—Ahora los de los secretos sois vosotros —dice mi amor.

—¿Me tengo que poner celoso? —pregunta Mateo esbozando una sonrisa.

—Tranquilo, es todo tuyo. Sé que está coladito por mí, pero a mí me van más las almejas —contesto empujando a Chris hacia él, y a Ari le entra un ataque de risa.

—No te montes películas, anda, que eres tú el que me pone ojitos —replica Chris, y me lanza un beso por el aire.

—Ya te gustaría a ti.

—Una pregunta antes de que sigáis tonteando delante de nuestras narices —interviene Ari, divertida—. ¿Nos podemos ir ya, por favor?

—Vale, pero no estábamos tonteando —respondo.

Nos despedimos de los dos *tontolitos* y nos encaminamos hacia Cassie.

* * *

Después de llevar a Ari a su casa y de hacer unas cuantas cosas pendientes con respecto a su regalo, Chris se presenta en mi piso con su cámara.

—Joder, esto tiene que hacer unas fotos y unos vídeos de puta madre —

comento observando la cámara réflex como si fuera de oro—. Tiene que costar un pastón.

—No me la rompas, si no, ya sabes lo que hay —me advierte señalándome con su dedo índice.

—Regálamela, tío. Si seguro que no la usas.

—No te flipes.

Chris me empieza a enseñar cómo se usa y me sugiere algún que otro plano con la cámara colocada en el trípode.

Vamos, lo que se conoce como unas clases particulares de cómo usar una cámara profesional sin romperla con sólo mirarla.

—¿Te ha quedado claro todo? —me pregunta.

—Supongo. —Me encojo de hombros—. ¿Sabes? Cuando te conocí creía que estabas pillado por Ari, como siempre ibas a todos lados con ella y la defendías tanto... —admito, y él se echa a reír.

—Es como una hermana para mí, es normal que me preocupe por ella, así que ya la puedes tratar como se merece de una vez por todas.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —inquiero, y él asiente—. A ti que te ponen los tíos... ¿Te parezco guapo?

Chris suelta una carcajada escandalosa.

—No estás mal. Tienes buen culo, pero no te ilusiones, que no eres mi tipo.

—Pues tu novio me lanza unas miraditas... —murmuro.

—Me he dado cuenta.

—¿Y no te pones celoso?

—Qué va. No soy como tú, que te pones celoso de Diego.

¿Cómo demonios se ha dado cuenta? Además, no son celos, sólo no me cae bien.

—No estoy celoso de ese tipo.

—Los celos dan asco, Álvaro. Ten cuidado con eso —me aconseja mirándome con el semblante serio.

—No soy celoso —me defiendo, y creo que he sonado convencido.

¿Quién no se ha sentido celoso por lo menos una vez en la vida? Quien haya estado libre de sentirse así, que lance la primera piedra.

Hostias, al pensar en esa frasecita tan salida de la Biblia me he acordado de una cosa.

—Y otra pregunta, Cristiano... —empiezo otra vez, y tengo que hacer un tremendo esfuerzo para no reírme—. ¿Qué opinas de John?

Frunce el ceño.

—¿John?

—El del insti. ¿También te parece guapo?

—Es guapillo, pero no me cae muy bien —admite; después cambia de tema —. ¿Me vas a preguntar por todos los chicos del insti o qué?

—No tengo tiempo para hacer algo así —le espeto, y sigo estudiando la cámara—. Pírate ya, que tengo que familiarizarme con esta cosa.

—Si tienes cualquier duda, me mandas un mensaje.

—Que sí.

—Se te olvida una cosa —dice esbozando una estúpida sonrisa de superioridad.

—¿El qué? —quiero saber; entonces caigo en la cuenta—. Ah, gracias, y eso.

—De nada —responde dándome una palmada en el hombro.

—Fuera de mi casa ya, Cristiano.

Pone los ojos en blanco y se levanta del sofá.

—No soy cristiano. Soy más ateo que todos los no creyentes juntos.

—Guau —me sorprende. A cierta persona religiosa no le va a gustar nada esto.

—Adiós, Alvarito.

—Que Dios te acompañe —me despido burlándome de él.

Chris me saca el dedo corazón y se pira de mi casa.

Ahora tengo que ponerme a pensar en cómo voy a utilizar esta cosa a la que llaman cámara para impresionar a Ari, y estoy seguro de que se va a quedar sin palabras.

Capítulo 61

Ari

—¡Ariadna, mira quiénes acaban de venir! —exclama mi madre desde abajo.

Estoy acabando de leer *Eleanor y Park* y esta mujer me interrumpe porque tenemos visita. Con lo interesante que se estaba poniendo la historia de amor entre los dos protagonistas la tengo que dejar a medias.

Suelto el libro sobre la cama y bajo para saludar a los invitados, que son nada más y nada menos que Diego y sus padres.

—¡Hola! —los saludo, y les doy dos besos mientras mi madre está preparando café en la cocina—. Ya me ha contado Diego que os habéis venido a vivir a Málaga.

—Sí, teníamos muchas ganas de cambiar de aires —cuenta Blanca muy sonriente.

—Me alegro. Espero que os guste mucho la ciudad —les digo.

—Me la tienes que seguir enseñando —interviene Diego, y yo asiento.

—Aquí está el café. —Mi madre entra en el salón con una bandeja con tazas y galletitas.

—Ven, Diego. Vamos a mi habitación.

Guío a mi amigo por las escaleras hasta llegar a mi cuarto y, cuando entramos, se queda pasmado mirando mi estantería.

—¡Guau! ¡Pero si la has ordenado como los colores del arcoíris! —exclama; después coge el ejemplar de *Te daría el mundo* y lo hojea.

—¿Lo has leído?

—Aún no he tenido la oportunidad.

—Te lo presto. Estoy segura de que te gustará —le aseguro.

Lo que nos unió a Diego y a mí fue nuestra pasión por la lectura. Cuando nos conocimos, nos dimos cuenta de que a los dos nos encantaba leer. Recuerdo cuando le dije que no me había leído *Harry Potter* y por poco me mata en ese mismo momento.

—¿Cómo que no te has leído *Harry Potter*? No me lo puedo creer. ¿Estás loca, Ari? No sabes lo que te pierdes —me dijo.

Y desde ese momento está insistiendo en que me lea esa saga, y ahora que vivimos al lado, estoy segura de que acabará por apuntarme con una pistola en la

cabeza para convencerme.

—Te veo mucho mejor —dice intentando sacar el tema prohibido con delicadeza.

—Gracias. —Sonrío de manera falsa—. Ya ni siquiera me preocupo de si estoy gorda o no.

«Mentirosa».

—¡Eso es genial, Ari! —exclama con toda su energía, y me da un abrazo—. ¡Me alegro un montón!

—Lo malo es que mi madre quiere seguir llevándome al psicólogo porque no se fía de mí.

—Es normal. Está preocupada.

—Supongo —contesto. Cómo se nota que no la conoce tanto—. ¿Te apetece dar una vuelta? Todavía no has conocido mucho la ciudad.

Mi amigo asiente. Bajamos al salón y les decimos a nuestros padres que nos vamos.

Decido enseñarle a Diego la tienda a la que me ha llevado Álvaro esta mañana, para ver si todavía está el libro que quiero para comprármelo. Pero justo cuando vamos a entrar, diviso a Álvaro enfrente con su moto; yo lo saludo con la mano y él se dirige hacia nosotros cuando se da cuenta de nuestra presencia.

Me río para mis adentros. Esto va a ser divertido.

—¿Qué hacéis aquí vosotros dos juntos? —inquire remarcando las dos últimas palabras y lanzándole una mirada de pocos amigos a Diego.

—Paseando —respondo como quien no quiere la cosa.

—¿Y? ¿No puede pasear él solo?

Pongo los ojos en blanco.

—¿Y adónde ibas tú? —le pregunto cambiando de tema.

—Yo... Me iba a casa —contesta, nervioso, y rascándose la nuca.

—¿Y por qué no entras con nosotros en la tienda? —le sugiere Diego con simpatía.

—No me van esas cosas —contesta Álvaro con desdén—. Me piro. Que os divirtáis, y eso.

Está muy raro. No le pega nada ser amable.

Álvaro se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y me susurra al oído:

—No olvides que te quiero.

Sonrío y me pongo de puntillas acercándome a su oído. Después, pego un soplido en su oreja que hace que Álvaro dé un respingo. Me echo a reír y él me tira del moflete.

—Nos vemos mañana, enana —dice dándome con el dedo en la nariz, y se va.

—Parece que no le caigo muy bien a Álvaro —comenta Diego cuando entramos en la tienda.

—No le cae bien nadie.

—Tú sí.

—Antes nos odiábamos.

—Y mira ahora. —Mueve las cejas de arriba abajo.

Voy a la sección juvenil para buscar el libro que he visto esta mañana, pero no hay ni rastro de él.

—¿Qué buscas?

—Un libro, pero no lo encuentro —respondo.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo del título, pero tiene la portada azul. —Intento hacer memoria del título, pero ahora mismo no se me viene a la cabeza—. Sólo quedaba un ejemplar.

—Pues se lo habrán llevado ya.

—Jolines —mascullo, desilusionada.

—Ya lo traerán otro día.

Después del chasco y de mi ilusión tirada a la basura, nos pasamos casi toda la tarde comentando los libros que vemos por la tienda. Yo le recomiendo a Diego unos cuantos y él hace lo mismo conmigo, pero siempre tiene a *Harry Potter* en la boca.

* * *

Cuando llego a clase la primera junto con Chris, me encuentro en mi pupitre un regalo.

—¿Tienes un admirador secreto? —me pregunta mi amigo.

Seguro que se han equivocado.

Cojo el regalo, que está envuelto en papel de *Hello Kitty*, y descubro mi nombre escrito en él. Reconozco la letra de Álvaro de inmediato y abro el envoltorio con cuidado porque me da lástima romper el papel tan bonito.

No puede ser. ¡Es el libro *Todo todo!* ¡El que estaba buscando como una loca por toda la librería! Ya entiendo lo que estaba haciendo Álvaro ayer que estaba tan raro... Abro el ejemplar por la primera página, donde hay escrita una dedicatoria para mí.

«*Para la persona que ha conseguido robarme el corazón*»

Y firma con una A.

Sonríó como una boba. Está como una cabra.

—¿De quién es? —inquire Chris sacándome de mi ensimismamiento.

—De Álvaro —contesto con una sonrisa en los labios.

Chris me dice con su expresión que ya lo sabía.

Pues claro, ¿no lo iba a saber? Con tantos secretos entre ellos, que parecen noviecitos...

Cuando llega la profesora de Historia, entran los demás alumnos y nosotros nos sentamos cada uno en nuestro sitio. Mientras explica el siguiente tema, yo empiezo a leer el libro que me ha regalado Álvaro. Como estoy sentada en la última fila, la profesora no se da cuenta.

Al sonar la sirena, salgo de la clase y me encuentro en el pasillo a Álvaro. Corro como una loca hacia él, le rodeo el cuello con los brazos y le planto un beso en toda la boca. No he podido controlarme. Me da igual todo. Siento las miradas de todo el mundo sobre nosotros y me dan igual también.

—Hostia puta. Qué efusiva te has levantado hoy, ¿no? —me dice al separar nuestros labios.

Lo miro, esbozando una sonrisa.

—Gracias por el libro —le susurro.

—Tengo más sorpresas, pero te vas a tener que esperar al sábado.

—Estás loco.

—Por ti —responde haciéndose el romántico—. Me voy a clase. —Me da un beso en la mejilla y se marcha.

No puedo esperar al sábado. ¿Qué tendrá preparado?

Me dirijo hacia mi próxima clase y Mónica se me queda mirando como si estuviera planeando mi asesinato.

Que se joda la envidiosa.

* * *

Por fin es viernes y sólo quedan unas cuantas horas para mi cumple. Durante el resto de la semana, Álvaro ha estado pillándome por los pasillos y demasiado cariñoso conmigo delante de todos. También hemos estado yendo al gimnasio juntos y siempre aparecía con una rosa en la mano, el muy tonto. La Barbie Poligonera ha estado cuchicheando cada vez que me veía y lanzándome miradas asesinas junto con sus dos perritos falderos.

—No le interesas, ¿sabes? —me dice Mónica, que se ha puesto a correr a mi lado en clase de Educación Física—. No eres su tipo.

Menuda bruja envidiosa. Estoy por tirarle de la coleta de caballo y

arrancársela.

—Tú qué sabrás —le espeto.

—Porque he estado con él, y créeme, sé cómo le gustan las tías. Así que tú, bonita, no tienes nada que hacer. —Y me adelanta, contoneando su culo plano.

No puedo evitar sentir una punzada de celos. Sé que Álvaro habrá estado con muchas chicas, pero lo que no me explico es lo que pudo ver en esa bruja para liarse con ella.

Sigo corriendo mientras pienso en lo que me ha dicho la víbora. ¿Y si tiene razón? ¿Y si se cansa de mí antes de tiempo? ¿Y si se lía con otras chicas mientras esté conmigo? Ahora no pienso que la que le voy a hacer daño soy yo. Estoy en un mar de dudas ahora mismo. Esta mañana me he levantado con una respuesta clara, pero no me he parado a pensar en las consecuencias que sufriría si él no es como parece ser. Me está demostrando que me quiere, sí, pero la bruja me ha dejado descolocada.

«No te quiere. Le das pena. Estás como una foca».

Bufo.

Cuando termina la clase de Educación Física, me acerco a mi mochila y me encuentro con una rosa roja encima de ella. Cojo la tarjeta que tiene y la leo.

«¿Te gustaría venir al cine conmigo esta tarde, enana? Te recojo a las 5 con mi calabaza mágica»

Y firma con una A.

Sonrío. Me recuerda a la serie *Pequeñas Mentirosas* firmando así.

«Que no te quiere, ilusa. Que siente lástima por ti».

«Gorda».

Capítulo 62

Álvaro

—¿Desde cuándo estás tan interesado en esa gorda? —quiere saber Mónica a la salida del insti, sentada en mi Cassie.

—Quita tu culo de ahí —le espeto.

—¿Por qué no me das una vuelta en tu moto? Nunca lo has hecho.

«Y nunca lo haré».

—Aparta, Mónica.

—Llévame a casa.

—Ni de coña. Quítate de ahí.

Me está empezando a tocar las narices. Como Ari me pille con esta tipa aquí subida, se va a pensar lo que no es.

—No quiero —responde Mónica poniendo morritos.

—Bájate de mi moto si no quieres que lo haga yo —la amenazo. Nunca sería capaz de pegar a una tía, pero me está tocando mucho los cojones.

—Tranquilito, Álvaro, que tampoco es para tanto —dice bajándose de la moto, y alza su mano para tocarme la cara, pero yo la aparto de un manotazo—. Qué genio tienes, chico.

—Que te den.

Sonríe con malicia.

—A tu noviecita no le vas a dar mucho con lo mojigata que es. —Se acerca a mi oído—. Conmigo no tendrías ese problema.

«Álvaro, respira hondo», me ordena la voz de mi cabeza.

—Que pases buen fin de semana —digo dedicándole una sonrisa más falsa que las extensiones que lleva.

Me subo a la moto, la arranco y me piro.

* * *

Me miro al espejo por enésima vez. Vale, estoy irresistible, como siempre. Pero me veo con un brillo especial en los ojos, será por culpa de Heidi.

Cojo las llaves de la moto y salgo de casa para ir a buscar al amor de mi vida a la suya. Al llegar, está esperándome con una sonrisa en los labios y más

hermosa que nunca; lleva su pelo ondulado cayéndole por los hombros, aunque me he dado cuenta de que últimamente está perdiendo brillo y volumen.

—¿Esta es tu carroza mágica? —me pregunta refiriéndose a la moto.

—Claro. Lo que pasa es que a medianoche se convertirá en calabaza — contesto esbozando una sonrisa de gilipollas enamorado.

—Qué tonto eres.

—Ven. —La rodeo con los brazos e inhalo su exquisito olor a coco—. Me quedaría así todo el día.

—Y yo, pero hay una peli esperándonos, ¿no? —Se aparta de mí—. Y hoy me toca pagar a mí.

—De eso nada.

—Álvaro, por favor. Tú pagaste el otro día en la pizzería y me has regalado el libro. Deja que pague yo algo, ¿no? No seas antiguo.

—A callar y a subirse en Cassie. Venga —le ordeno, y ella me obedece, refunfuñando.

Cuando llegamos a los Multicines, dejo que Ari me sorprenda eligiendo la película.

—¿Puedo elegir una de las ñoñas? —me pide con su voz de pito.

—Pero que no sea muy empalagosa, si no, me va a dar una sobredosis de azúcar y no vas a tener otro remedio que llevarme al hospital.

Ari suelta una carcajada y contempla los carteles.

—*El viaje más largo*.

Estudio el cartel, donde aparece una pareja mirándose a los ojos. Demasiado cursi.

—¿Y no prefieres ver a esos muñequitos amarillos? —Señalo el cartel de *Los minions*.

—No.

—Está bien —cedo—. Toca vomitar arcoíris.

Compro las entradas y nos vamos a pillar algo para picar.

—¿Qué quieren? —nos pregunta la dependienta.

—Un cubo grande de palomitas, una Coca-Cola y un Nестea —le responde Ari; después ladea su cabeza hacia mí—. Pago yo y te callas.

—Vaaaaale.

Entramos en la sala de cine y nos acomodamos en la última fila, donde nos ha tocado, justo donde todas las parejas hacen manitas. Aún quedan unos minutos para que comience la película, así que no hay mucha gente.

—Deja algo para cuando empiece, ¿no? —digo al darme cuenta de que Ari ha empezado a comerse las palomitas.

—Yo vengo al cine para comer palomitas, me da igual si ha empezado la peli

o no —contesta, y se mete otra palomita en la boca.

—Me gusta verte así.

—¿Así cómo?

—Tan contenta.

Ari sonrío y yo me quedo mirándola, embobado, mientras la sala se va llenando de personas. A continuación, cojo un puñado de palomitas y me las como.

—Ya empieza la ñoñez de película —murmuro cuando apagan las luces y aparecen los anuncios.

—Como te guste, te doy un beso —me susurra al oído.

—No vale —me quejo, y Ari se encoge de hombros.

—Si seguro que te encantan estas películas en secreto.

—Qué va —miento. La verdad es que alguna que otra sí que me ha gustado, pero tampoco para tirar cohetes—. Ya nos hemos comido casi la mitad del cubo.

—Tú, que te las comes a puñados como si fueras un mendigo hambriento —me dice, y mira al frente—. Bueno, cállate, que empieza.

Mientras vemos la peli, miro de reajo a Ari, que está concentrada en la pantalla y comiendo palomitas. De vez en cuando cojo un puñado y me las como. Cuando la peli va casi por la mitad, pillo a Ari mirándome y yo le sonrío.

—Se han acabado —dice enseñándome el cubo.

—Qué pena.

Ari coloca el cubo en el suelo, se acomoda en la butaca y yo paso mi brazo por alrededor de su cuello, lo típico que se hace en el cine con las chicas, aunque nunca he venido en plan oso amoroso.

—No somos novios para que hagas eso —me riñe.

—Perdón. —Quito inmediatamente el brazo y ella se echa a reír.

Se está descojonando en mi puta cara.

—Chissssst —se queja alguien de la fila de delante.

—No te rías así, que nos van a echar —le digo a Ari.

—Lo siento, es que me haces mucha gracia.

Enarco una ceja.

—¿Te estás riendo de mí? —le pregunto muy serio, o en un intento de parecer serio.

—Sí —contesta, decidida.

—Chissssssssst —se quejan otra vez.

—Joder —murmuro, y le pego una patada a la butaca que hay delante de mí.

—¡Álvaro! —me llama Ari en voz bajita—. Que nos van a echar por tu culpa.

—A mí nadie me manda a callar.

—Cállate —me ordena ella soltando una risita.

Al final me callo y veo lo que queda de película, en silencio. Ari entrelaza su mano con la mía, cosa que me pilla por sorpresa, y me llevo su mano a los labios y se la beso.

—¿Te ha gustado? —me pregunta cuando salimos de la sala.

—Bueno, no ha estado mal.

—Te ha encantado.

—Sí, vale. Me ha gustado —admito, porque quiero mi premio—. ¿Y ese beso?

Ari se acerca a mí y se pone de cuclillas, rodeándome el cuello con sus brazos. Yo coloco mis manos en su cintura y me besa. Se le ha quedado el sabor salado de las palomitas. Mientras saboreo su boca salada, le acaricio la espalda con delicadeza.

¿Me dirá que sí? ¿Y si me dice que no? Como me diga que no, me voy a volver loco.

—¿Me puedes dar alguna pista de lo que me vas a responder? —le pregunto.

—No.

Chasqueo la lengua.

—No puedo esperar —confieso.

—Te aguantas.

Nos dirigimos hacia la moto y ella se sienta sobre el sillín.

—¿Qué hacía esta mañana la bruja sentada en tu Cassie?

Mierda. La ha visto.

—Cotillear.

—¿Sobre qué?

—Sobre lo que somos.

—Ah. —Frunce los labios—. Es que hoy se ha puesto a hablar conmigo en clase de gimnasia de ti.

—¿De mí? —inquiero, sorprendido; ella asiente—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que no soy tu tipo y que no estás interesado en mí. —Baja su mirada verdosa—. Y, bueno, también me ha contado que ella y tú, ya sabes...

—¿Ella y yo qué?

—Que os habéis acostado —suelta, y a mí me entra un ataque de risa al oír semejante gilipollez.

—Eso es mentira. Yo no me he follado a esa pesada.

—Pues ella me lo ha dicho.

—¿Y la vas a creer? —cuestiono, asombrado.

—No, pero... ¿Y si te cansas de mí y te vas con otra?

No me puedo creer que esté dudando de mí.

—Eso no va a pasar —le aseguro—. Nunca había sentido esto por nadie. ¿Sabes lo que me entra por el cuerpo cada vez que te veo? No sé muy bien cómo explicarlo, pero sé que es algo muy fuerte.

Ari suspira.

—No sé, Álvaro.

—Escúchame, Ari. —La cojo del rostro y la miro a los ojos—. Piénsatelo, pero hazlo bien. No tomes la decisión equivocada sólo porque Mónica te haya soltado mierdas de mí que no son verdad. Te estoy demostrando que quiero estar contigo. —Sonrío de medio lado—. Además, todavía queda la sorpresa más importante.

Finge una sonrisa, no muy convencida.

—¿Y cuál es?

—Ya la verás esta noche a las doce.

—Dame una pista.

—A las doce lo sabrás —le informo—. Si no me das una pista tú de tu respuesta, yo tampoco te la voy a dar sobre mi sorpresa.

* * *

—Se le van a caer las bragas cuando lo vea —me dice Mel por Skype tras enseñarle uno de los regalos de Ari.

—¿Tú crees? Mira que si hago el ridículo...

—¿Tú eres tonto? —me interrumpe alzando la voz—. Le va a encantar. Me has enamorado hasta a mí, y eso que soy bollera.

—No cuela, Melody. No cuela.

A ella le gustan más las tías que a un tonto un lápiz.

—¿Cómo que no? —Me enseña su brazo—. La piel de gallina, guapito.

Sonrío a la cámara.

—Bueno, Melody, te dejo, que voy a llegar tarde.

—Recuerda echarte perfume de mojabragas, pero no demasiado.

—Que sí. —Cierro sesión y apago el portátil.

Ya lo tengo todo preparado. Sólo queda media hora para las doce y estoy un poco acojonado. Cuando me he despedido de Ari en la puerta de su casa, me he venido a la mía y me he puesto a tocar la guitarra para despejarme y que se me pasara el tiempo más rápido, hasta ahora que he estado hablando con Mel.

Todavía no me puedo creer que Ari esté dudando de mí. Aunque si yo fuera ella, tampoco me fiaría de alguien como yo. Joder, pero yo la quiero. Jamás le haría daño, y mucho menos con otra.

Miro el reloj. Las doce menos veinte. Me meto en el baño, me echo el

perfume de mojabragas que me ha recomendado mi amiga, cojo las llaves y salgo. Cuando llego a la casa de Ari, levanto mi vista hacia su ventana, y veo la luz encendida. Bien. Ahora toca subir hasta allí sin que me pille nadie. Como lo consiga, dejo el tabaco.

Entro en su jardín a hurtadillas y miro al tejadillo que da a su habitación, que no está muy alto y no me romperé la cabeza. O eso creo. Hay una escalera en el fondo, así que la cojo y la pongo dando a su ventana. Las subo poco a poco y logro llegar al tejadillo. Camino con cuidado para no resbalarme y, al llegar a su ventana, doy un golpe. Al cabo de unos segundos, Ari la abre y se queda pasmada mirándome, con un pijama amarillo de ositos.

¿He dicho que iba a dejar el tabaco? Tampoco era para sacrificarse tanto.

—¿Qué estás haciendo aquí? —quiere saber con los ojos como platos.

—Yo también me alegro de verte, enana —le respondo esbozando una amplia y sexy sonrisa—. ¿No me vas a invitar a entrar?

—Eh... Claro. Pasa —contesta todavía atónita.

Entro en su habitación y observo cada rincón. Las paredes están pintadas de un azul pastel que combina con su personalidad. En el centro se encuentra la cama individual, repleta de peluches de todos los tamaños y de todos los colores. En el otro extremo, hay una estantería gigantesca llena de libros, cómo no. Y a la derecha hay un escritorio de madera con un portátil encima. Todo perfectamente ordenado. Parece una habitación de niña de papá, tal y como me la imaginaba.

—¿Cómo has subido hasta aquí?

—Porque soy un ninja —contesto.

—Pero qué idiota.

Me saco la cajita del bolsillo, con las manos temblorosas, y se la tiendo.

—Feliz cumple, enana.

Ella abre la boca para decir algo, pero yo coloco mi dedo en sus labios para impedir que hable.

—Ábrelo.

—Pero, Álvaro, no tenías por qué —dice cuando aparto mi dedo, y abre la cajita con delicadeza.

—Es una tontería —comento haciendo un ademán con la mano, quitándole importancia.

En realidad me ha costado una pasta, para qué negarlo, pero va a merecer la pena por la cara de felicidad que se le va a quedar.

—¿Es un anillo de compromiso? —inquiere sonriendo.

—Ábrelo.

Cuando por fin abre la cajita y ve la pulsera, la mandíbula está a punto de caérsele al suelo.

—Álvaro... —La coge y la observa, embelesada. Es una pulsera de plata, con un corazón y una A a cada lado—. Es preciosa —susurra mirándome con sus hipnóticos ojos verdes.

—No tanto como tú —le digo sin despegar su mirada de la mía y sonriendo como un idiota.

Me cago en la puta, ¿desde cuándo me he vuelto tan cursi? Siento lástima por mi macho alfa interior.

—Póntela.

Ari asiente y rodea su muñeca con la pulsera.

—Me encanta —admite con una sonrisa de niña pequeña.

—Te queda bien.

De repente, se abalanza sobre mí, rodeando mi cuello con sus brazos y junta su boca con la mía, besándome con tanta pasión que hace que se pare el tiempo y sólo existamos ella y yo.

Joder, la quiero.

Capítulo 63

Ari

—Todavía queda una cosa —me susurra Álvaro con voz dulce.

—¿Más?

Lo mato como se haya gastado más dinero en mí.

—Es la gilipollez más grande que he hecho, pero me siento muy orgulloso de ello.

Se dirige a mi cama, pero justo cuando se sienta, se oye un ruido parecido a como si hubiera pisado una rata. Álvaro da un respingo, se levanta de inmediato y mi gata salta de la cama y se esconde debajo del escritorio, asustada.

—¿Qué cojones es eso? —exclama Álvaro.

—Te has sentado encima de ella —le recrimino, y me acerco a mi gata. La cojo en brazos y la acaricio. Pobrecita, está aterrada de ver a un extraño en su territorio, y encima ese mismo extraño la aplasta con su culo—. Y no grites.

—Joder, me creía que era un peluche.

Sonrío y me acerco a él con Moon en brazos.

—Pídele perdón —le digo a Álvaro.

—¿Estás de coña? No pienso disculparme con una bola de pulgas.

—Te queda un punto. Si no le pides perdón a mi hija, no salgo contigo.

Los otros dos puntos que le quedaban los gastó hace dos días cuando me echó el humo del cigarro en toda la cara «sin querer».

—Está bien. —Resopla y mira a la gata.—. Perdóname, bicho.

—Se llama Moon y no es un bicho; es mi hija. Vuelve a repetirlo.

—Perdóname, futura hijastra Moon. —Álvaro le acaricia la cabecita. Sin embargo, la gata, en un acto reflejo, le araña en la mano y él se retuerce de dolor—. Maldito bicho.

Me empieza a dar un ataque de risa.

—Parece que no le has caído bien.

—Tiene la simpatía de su dueña.

Le doy un manotazo en la tripa.

—¿No me ibas a dar otro regalo? —le pregunto, y dejo a Moon en el suelo.

—Ah, sí. Ven. —Álvaro se vuelve a sentar en mi cama y coge mi portátil.

Ay, Dios mío.

Me siento a su lado con las piernas estiradas y observo que se mete en

YouTube.

—No mires —dice moviendo el ordenador a un lado para que no lo vea.

—Vale, vale. —Me tapo los ojos con las manos.

Teclea algo y me pasa el portátil.

—Ya.

Abro los ojos y lo primero que me llama la atención es el título del vídeo:

«Felicidades, enana»

Le doy al *play* y aparece Álvaro sentado en su cama, sujetando su guitarra. A continuación, comienza a tocar los primeros acordes, para después unirse su dulce y maravillosa voz cantando la canción *Emocional*, de Dani Martín.

—*Y te quiero más, que este tiempo atrás, quiero cubrir tu cuerpo entero...*

Me tapo la boca con las manos, sonriendo, sin despegar mi vista del vídeo, y escuchándolo cantar. Se me escapa una lagrimilla de la emoción. Cuando acaba la canción, empieza a cantar una versión del *Cumpleaños feliz*, acompañado de la guitarra también.

—*Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, te deseo, Ari, cumpleaños feliz.*

Luego suelta su guitarra y le habla a la cámara. O a mí, en este caso.

—*Ari, desde que te vi por primera vez en el Retiro me hechizaste con tu mirada y tu sonrisa inocente. Sé que somos muy diferentes, pero hay quien dice que los polos opuestos se atraen; yo soy el polo negativo y, hasta ahora, no he encontrado un polo positivo que se complementa conmigo.* —Sonríe tímidamente a la cámara—. *¿Te gustaría ser mi polo positivo?*

Y con esa pregunta acaba el vídeo. Me he quedado de piedra. Sólo se oyen los latidos de mi corazón.

«Todo mentira, gorda».

—¿Ari? —Álvaro posa su mano en mi barbilla y me obliga a mirarle.

—Yo... Ehh... El vídeo... Tú... —balbuceo, conmocionada. Se me ha olvidado cómo se forma una frase coherente.

Álvaro me observa con expresión divertida y me acaricia el rostro.

—Te quiero —susurra mirándome con sus penetrantes ojos castaños llenos de sinceridad.

Si tenía alguna duda acerca de lo que siente por mí, se acaba de esfumar. Acerca su rostro lentamente al mío, llevando su vista de mis ojos a mi boca, y de mi boca a mis ojos, y posa sus dulces labios sobre los míos, fundiéndose en un cálido beso. Lo quiero. Me ha demostrado todo lo que me quiere y lo que es capaz de hacer por mí. Lo necesito a mi lado y él me necesita a mí. Estamos unidos por un imán en el que, como él dice, yo ocupo el polo positivo, y él el

negativo.

—Entonces, ¿quieres ser mi polo positivo? —me pregunta al separar sus labios de los míos, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Está bien. Tú ganas. Saldré contigo —le respondo sin dejar de mirarle.

—Sabes que yo no sé mucho de relaciones, pero me encantaría aprender.

—Yo tampoco sé mucho, así que estamos en las mismas —le digo mientras esbozo una sonrisa de boba.

—Pues entonces estamos hechos el uno para el otro.

—No sabía que fueras tan romántico.

Suelta una carcajada.

—Es que tú haces que haga cursiladas.

—Qué tonto eres.

—Te quiero —susurra.

—Te quiero —le respondo.

Álvaro sonrío y vuelve a besarme, esta vez con más pasión. Después, me tumba sobre la cama y se coloca encima de mí sin apartar su boca de la mía. Mis labios se abren paso para que nuestras lenguas se junten y empiece a saborear cada parte de su deliciosa boca. Minutos después, separa sus labios de los míos y me observa.

—¿Qué?

—Nada —contesta—. ¿Es que no puedo mirarte?

—No me gusta que me miren —confieso. Tenerlo encima me está despertando todas las terminaciones nerviosas.

—¿Por qué? —pregunta bajando a mi cuello y comenzado a darme besos en él, haciendo que se me olvide hasta de cómo me llamo.

—¿Cuál era la pregunta?

Suelta una risa y siento su cálido aliento chocar en mi cuello.

—¿Por qué no te gusta que te miren? —quiere saber mirándome de nuevo.

—Porque no.

—Pues me da igual. Yo pienso mirarte todo lo que quiera. Para eso eres mi novia.

—¿Novia?

Qué raro ha sonado eso.

—Sí, novia —repite, orgulloso.

—Creo que no me voy a acostumbrar nunca.

—Yo tampoco —admite—. Pero me gusta como suena.

Me da un pico y se tumba a mi lado, mirando al techo; yo apoyo mi cabeza en su pecho y me acaricia el pelo.

—Ari —susurra—. ¿Por qué me quieres?

—Pues porque estás bueno.

—¿Perdona?

—Es broma. Te quiero porque detrás de esa fachada de chico malote, se esconde uno totalmente diferente —le digo mirándolo a los ojos—. Más sensible, más divertido, más romántico...

—Vale, vale —me interrumpe—. Que al final me vas a sacar los colores.

Suelto una carcajada escandalosa y me tapo la boca con la mano, rezando para que no me haya oído mi familia.

—¿Se me ha escuchado mucho?

—Un poco. Tu madre va a pensar que estás loca. —Se ríe.

—Habló el que graba una declaración de amor y la sube a YouTube.

—Bueno, eso es otra cosa. Pero sé que te ha gustado.

—No ha estado mal.

—Te ha encantado. Tu cara me lo ha dicho todo.

—Si tú lo dices... —Ahogo mi cabeza en su cuello, inhalando ese olor que tanto me gusta. Olor a Álvaro—. Quédate a dormir conmigo —le pido.

—¿Aquí? ¿En tu cama? —pregunta, asombrado—. ¿Y si alguien de tu familia me pillan? Ya sabes que a tu madre no le caigo muy bien.

—No tienen por qué enterarse. Además, se van mañana temprano.

—No sé, enana.

—Venga, porfa. —Hago pucheritos. Me gustaría mucho que se quedara esta noche conmigo.

—Está bien. Me quedo —desiste por fin.

—Bieeeeeen. —Doy palmaditas en silencio y Álvaro sonrío y me besa.

—Por cierto, bonito pijama.

Me lo miro, avergonzada.

—Si hubieras avisado de que venías, me habría puesto otra cosa más decente —replico.

—Estás preciosa hasta con un saco de patatas.

—Qué tipo más mentiroso.

Tiro todos los peluches al suelo y Álvaro se quita su chupa de cuero tirándola también. Después, apago la lámpara y me tumbo junto a él, abrazándolo. Él me pasa su brazo alrededor del cuello.

—Buenas noches —susurro.

—Buenas noches, enana.

Y me quedo dormida pensando en que el mejor regalo de cumpleaños que puedo tener es a Álvaro.

«Gorda ilusa».

Capítulo 64

Álvaro

Cuando me despierto, mis brazos buscan a Ari por la cama, pero abro los ojos y me doy cuenta de que ha desaparecido. Echo un vistazo a la habitación y tampoco la veo. Supongo que habrá ido al baño. Vuelvo a cerrar los ojos para seguir durmiendo, pero alguien entra y me sobresalto.

Es Ari. Suspiro de alivio.

—Buenos días —dice con una sonrisa en los labios. Trae una bandeja llena de cosas para desayunar.

Me incorporo, desperezándome, y ella se sienta a mi lado, colocando la bandeja sobre la cama.

—¿El desayuno en la cama? —inquiero, divertido, y le doy un beso en los labios.

Ha traído dos tazas de Cola-Cao, un paquete de galletas, tostadas y donuts.

—Claro, como en las películas —responde más contenta que unas castañuelas.

—En las ñoñas. —Cojo una galleta de la bandeja y le doy un mordisco—. Por cierto, ¿qué piensas hacer hoy?

—No lo sé. —Se encoge de hombros y se enreda un mechón de su pelo en el dedo.

—Es tu cumple. Tendrás que montar una fiesta.

—Sabes que no soporto las fiestas. —Se hace con una tostada y se la empieza a comer—. No me gusta celebrar mi cumpleaños.

—¿Y conmigo no? —le pregunto poniéndole ojitos.

—Tampoco.

—Eso ya lo veremos. —Le guiño un ojo y ella pone los suyos en blanco.

—Álvaro, no quiero hacer nada, de verdad —insiste.

—Chist. —Me acerco a ella y le muerdo el lóbulo de la oreja; luego le doy besos desde la oreja hasta su cuello.

—Álvaro... —susurra mientras sigo concentrado en su cuello. Después, subo hasta sus labios y los junto con los míos, perdiéndome en cada parte de su boca. Nos caemos sobre la cama, quedando yo encima de ella sin despegar nuestros labios. Ari mete sus manos por debajo de mi camiseta y me acaricia la espalda.

Se me escapa un jadeo al sentir sus cálidas manos recorriendo mi cuerpo.

Joder.

—Ojalá todas las mañanas me despertara así —le susurro.

—Te quiero —me dice con la respiración entrecortada y mirándome con sus preciosos ojos verdes.

—Te quiero —le respondo, y nos volvemos a besar—. Habrá que acabarse el desayuno, ¿no?

—Prefiero desayunarte a ti.

Noto que toda mi sangre se concentra en una parte de mi cuerpo al escuchar eso.

—No me digas eso, que me pongo cachondo.

—¡Álvaro! —exclama, y me pega un manotazo en la barriga que me hace reír.

Nos terminamos el desayuno en silencio y me doy cuenta de que tiene el libro que le regalé en la mesita de noche.

—¿Te lo has leído ya?

—Sí. Es una historia muy bonita —responde esbozando una sonrisa—. Voy a darme una ducha. ¿Me esperas aquí? Coge mi portátil para entretenerte porque suelo tardar bastante.

—Vale, pero procura acabar pronto. A ver si va a venir tu madre o tu hermano.

—Tranquilo. —Me da un beso y se marcha, dejándome solo en la habitación con la única compañía de la gata, que está roncando en una alfombra.

Me levanto de la cama y cotilleo cada rincón de la habitación. En el escritorio hay una foto de Ari de cuando era un bebé. Qué graciosa. En la silla se encuentra mi sudadera azul que le dejé antes de Navidad, perfectamente doblada; la cojo y me la pongo por encima de la camiseta. Huele a ella. Sigo cotilleando y me paro en la mesita de noche. Tiene el libro que le regalé lleno de *post-its*. Cojo su agenda, que está debajo, y me siento en la cama para hojearla. Tiene un montón de frases escritas, imagino que serán de libros o canciones. Sigo pasando páginas y me encuentro con un par de dibujos de animales que parecen de verdad y me quedo fascinado. ¿Esto lo ha hecho Ari? Pues sí que se le da bastante bien dibujar. Paso más páginas y hay más dibujos de personajes de alguna serie y de algún que otro paisaje. Joder, menuda mano que tiene. Paso otra página y me encuentro con un folio doblado por la mitad; lo desdoble y me quedo sorprendido. Es un dibujo de mí, de una de las fotos que tengo subidas a Facebook. La observo con detenimiento. Madre mía, si parezco yo de verdad. ¿Cómo puede ser que dibuje tan bien y no me haya dicho nada? Me voy a las páginas del final, donde hay números escritos; algunos están tachados.

70
69
68
67
66
...
55
54
53
52
...
META: 50 45

¿Qué mierda es todo esto?

De repente, se abre la puerta de la habitación y cierro la agenda de golpe.

—Ya estoy —dice Ari. Lleva su melena larga suelta y mojada, y se ha puesto unos vaqueros con un jersey verde a juego con sus ojos—. ¿Qué hacías?

—Nada —contesto, nervioso, y con la agenda todavía entre mis manos.

—¿Me has cotilleado la agenda? —inquire con los brazos en jarras.

—No... Bueno, un poco sí. Lo siento.

Ari sonrío.

—No pasa nada. ¿Has visto algo raro? —Se sienta en mi regazo y me quita la agenda.

—Sólo tonterías. —Le coloco un mechón húmedo detrás de la oreja.

Ella busca algo en su agenda y da con el folio donde estoy dibujado yo.

—Mira. —Lo desdobra y me lo enseña—. ¿Lo has visto?

—Sí. Es un tío muy guapo. —Esbozo una media sonrisa—. ¿Por qué no me has dicho que dibujabas tan bien?

—No sé, no salió el tema.

—Eres una artista —le digo, sincero.

—Vámonos, antes de que venga alguien. —Se levanta de mi regazo, coge su cepillo y se pone delante del espejo a peinarse; luego se mira de arriba abajo para luego soltar un suspiro.

Todavía sigue con esa gilipollez del peso.

—Guapa —le susurro al oído mientras la abrazo por detrás.

Los dos sonreímos delante del espejo. Ari se da la vuelta y me besa, rodeándome el cuello con los brazos.

—Vamos —dice.

—Yo me voy por la ventana.

—¿Qué? ¡Ni hablar! Tú bajas por las escaleras, como hacen las personas normales.

—Soy un ninja, ¿recuerdas?

—Cállate.

Cuando intento coger mi chaqueta de cuero que dejé tirada en el suelo anoche, veo al maldito gato tumbado en ella.

—¡Quita, bicho! —le espeto. El gato me gruñe y se va corriendo. Cojo mi chaqueta y la sacudo—. Qué asco. Ya me la ha llenado de pelos.

Bajamos las escaleras y nos detenemos en el recibidor. Por lo poco que he visto de la casa, está muy bien decorada; seguro que será cosa de la sargento.

—Uy, pero si está aquí la parejita del año —murmura Mónica, con una sonrisa socarrona, que no sé de dónde cojones acaba de salir.

Ari la mira lanzándole cuchillos afilados por los ojos.

—Piérdete —le espeto a Mónica.

—Le voy a decir a tu mami que te traes chicos a casa mientras no está y te los subes a tu habitación —dice la bruja mirando a Ari con arrogancia.

—Me da absolutamente igual lo que hagas —le contesta mi novia; después ladea su cabeza hacia mí—. Vamos, Álvaro. —Se pone de puntillas y me da un pico.

—¡Puaj! —exclama la otra—. ¡Dais bastante grima!

Le hacemos caso omiso a Mónica, Ari coge su abrigo y nos marchamos de la casa, pero antes de llegar a Cassie, nos encontramos con la mayor almorraña del mundo.

—¡Ari, muchas felicidades! —exclama, y la achucha entre sus brazos, tan fuerte que hasta creo que la ha dejado sin respiración.

—Muchas gracias —le contesta la otra demasiado sonriente.

—Ten. Esto es para ti. —Diego le tiende una bolsa con un regalo dentro.

—Gracias, pero no tenías por qué.

Mientras Ari abre el paquete, miro al Caracartón con cara de pocos amigos y él esboza una estúpida sonrisa de subnormal.

—¿En serio? ¿*Harry Potter y la piedra filosofal*? —Mi amor se ríe.

—Así empiezas a leértelo de una vez —le contesta la almorraña. Menudo friki.

—Muchas gracias.

¿Cuántas veces le ha dicho gracias? Estoy echando chispas por cada poro de mi piel y quiero lanzar a este tío a otro planeta montado en un cohete.

—¿Nos vamos o qué? —los interrumpo mirando a Ari.

—Sí, pero espera un momento, que tengo que dejar el libro en mi casa.

—¿Vas a hacer algo por tu cumple? —le pregunta Diego.

—No —salto yo, y el gilipollas me mira como si me hubiese vuelto loco—. Ari, venga ya.

—Voy, voy. —Y entra en su casa, dejándome con este tío aquí.

Genial.

—Deja de babear por ella. Está conmigo, así que tú no pintas nada aquí —le digo, y él arquea las cejas, pasmado.

—Ari es sólo mi amiga —contesta muy tranquilo, y yo le dedico una sonrisa irónica—. Yo sólo quiero que sea feliz, aunque sea contigo.

Pero antes de que pueda responderle sacándole el dedo corazón, Ari regresa y Diego y yo nos quedamos en silencio; después nos despedimos del pesado y nos marchamos.

* * *

—Quiero quedarme así toda la vida —dice Ari contemplando el cielo y tumbada en la arena, con la cabeza apoyada en mis piernas; yo le estoy acariciando el pelo.

Estamos en nuestra playa tomando el sol (o el frío, mejor dicho). Nos hemos venido después de haberme dado una ducha en mi casa y de haber estado paseando toda la mañana por Málaga.

—Nos podemos montar aquí una mini-casa y vivir alejados de todo el mundo. Solos tu y yo —propongo.

—No cabe una casa aquí, tendría que ser muy pequeña y cuando subiera la marea, se la llevaría por delante.

—Da igual. La pegamos con pegamento y así no se va.

Ari se echa a reír.

—Dios, cada vez flipo más con tu neurona.

La miro y acaricio su mejilla con ternura; ella cierra los ojos.

—Y yo cada vez flipo más con lo preciosa que eres.

—Maldito cursi —suelta sonriendo; luego me mira, ilusionada—. Oye, ¿tienes algo que hacer esta tarde?

—Tengo que trabajar —miento.

—¿Y cuando salgas? Podemos ir a algún sitio y avisamos a todos.

—No sé a qué hora saldré. Es sábado y habrá mucha gente —intento sonar creíble. Me va a crecer la nariz.

—Vaya... —musita, apenada—. Entonces, cuando salgas ven a verme.

—¿Y si estás dormida?

—Pues te acuestas conmigo.

Suelto una carcajada y ella se da cuenta de lo que acaba de decir, poniéndose colorada al instante.

—Sabes que eso ha sonado bastante mal, ¿verdad? —inquiero, divertido—. Aunque si me lo pides de esa manera, no voy a decirte que no.

Alza su mano hasta mi cara y me da un tortazo flojo.

—Imbécil.

Miro la hora en el móvil. Falta poco para que vengan estos, pero no me apetece despedirme de Ari.

—Enana, no quiero irme, pero el deber me llama.

—No vayas. Pídetes el día libre por asuntos personales —dice haciendo pucheros.

—No puedo, que ya la jefa me tiene bastante manía.

Ari se levanta de la arena y se sacude los vaqueros. Yo hago lo mismo y nos disponemos a pasar por las rocas. Cuando la dejo en su casa, me voy a unas cuantas calles más, lejos de la suya, y le mando un mensaje a Chris.

YO: «Ven conmigo a un sitio. Trae una navaja y no preguntes»

Se conecta, lee el mensaje y se vuelve a desconectar. En diez minutos ya está aquí.

—¿Para qué quieres la navaja? ¿Ya vas a descuartizar a alguien?

—¿Qué te he dicho? Que no preguntes —le espeto, y él pone los ojos en blanco. Saco los dos cascos y le tiendo el de Mimi.

—¿Te estás riendo de mí? —inquiere mirando el casco con estrellas.

—Póntelo o te quedas en tierra.

Obedece, soltando un bufido, y nos subimos a la moto.

—Ni se te ocurra agarrarte a mí o te juro que te tiro a la carretera —lo amenazo.

—Pero si lo estás deseando —contesta riéndose, y me sopla en la nuca. Qué puto asco.

—¿Quieres quedarte sin huevos?

—Vale, vale. Venga, arranca.

Y arranco, pero en cuanto lo hago, se agarra a mí.

—¡Jodido gilipollas! —exclamo, y él se ríe a carcajadas abrazándome más fuerte.

En cuanto llegamos a nuestro destino, nos bajamos de Cassie y Chris se queda mirando el sitio, preguntándose dónde lo acabo de traer.

—¿Vamos a asaltar una casa?

—No vamos a asaltar nada porque no vive nadie. Está abandonada. O eso

creo.

—¿O eso crees?! —brama, atacado de los nervios—. Yo me voy, no quiero hacer nada ilegal.

Lo cojo del brazo.

—Tú te quedas, que me tienes que ayudar. Además, estamos lejos; no puedes irte tan fácilmente.

Chris resopla.

—Todo sea por Ari.

Nos acercamos a la casa, que está sucia, estropeada y con el jardín repleto de malas hierbas, y nos paramos frente a la puerta.

—Dame la navaja.

—Como nos pillen, no quiero saber nada. —Chris me da la navaja y yo la cojo.

—Cállate, agonías.

Forcejeo la cerradura hasta que consigo abrir la puerta. Soy un experto en estas cosas, así que no me ha costado mucho.

—Si nos encontramos un cadáver, yo no quiero saber nada.

—Deja ya de decir estupideces.

Entramos en la casa (yo primero, por supuesto), y nos quedamos observándola. Misteriosamente, está todo limpio a pesar de que por fuera está que da asco. Nos adentramos en el pasillo y nos metemos en el salón. Los muebles están cubiertos por mantas para que no se ensucien de polvo. Se nota que ha venido alguien aquí.

—Estamos allanando una casa que no es nuestra. Como venga alguien, yo no quiero saber nada.

—Como no te calles, yo sí que no voy a querer saber nada de tu misteriosa muerte esta noche —le suelto.

Yo no sé para qué lo he avisado.

Salgo del salón y cotilleo cada rincón de la casa con Chris detrás de mí cagándose por los pantalones. En la planta baja, además del salón, están la cocina y un baño. Al subir las escaleras, nos encontramos con cuatro habitaciones y un baño más.

—¿Estás seguro de que aquí quieres celebrar el cumple de Ari? —me interrumpe Chris mientras yo cotilleo por los armarios, llenándome de recuerdos.

—Que sí.

Me apetece divertirme un rato, así que abro otro armario.

—¡Un muerto! —exclamo fingiendo estar asustado.

—¡¡¿¿Qué??!! —grita mi acompañante—. ¡Yo me voy! ¡No quiero que me culpen de asesinato! —Y se marcha, corriendo, escaleras abajo como si fuera

una exhalación.

Me empieza a dar un ataque de risa que temo atragantarme con mi propia saliva. Menudo cagón. Lo persigo y me mira como si quisiera asesinarme y esconder mi cuerpo en uno de los armarios.

—Menudo gilipollas —murmura.

Yo sigo riéndome como una foca asmática hasta que consigo que me entre dolor de barriga.

—Anda, avisa a todos.

Media hora después, aparece David, el del gimnasio, con su coche, acompañado de mi prima y el novio de Chris.

—¿Qué se supone que es todo esto? —inquire Sandra.

—No preguntéis y preparad las cosas —les ordeno.

—¿Tú no vas a hacer nada? —me pregunta Chris.

—Tengo que ir a la estación. Después vuelvo.

—¿Nos metes en este lío y te escaqueas? —me espeta Sandra, y yo me encojo de hombros con indiferencia.

Viene otro coche. Es el hermano de Ari, con Diego y una chica que no conozco.

—Vosotros tres —los llamo—. A ayudar también. —Me dirijo a David—. Tú, llévame a la estación en tu coche.

—Como no vengáis, os corto los huevos a los dos —nos amenaza mi prima.

—Claro, primita —le contesto sonriendo de oreja a oreja—. Vigílad a mi fabulosa Cassie.

* * *

—¡Maldita vieja! ¡Como te vea otra vez, te vas a enterar! —grita Mel saliendo del AVE junto con Sergio. Yo me echo a reír en cuanto la oigo.

—¿Qué te ha pasado ya? —inquiero al llegar a ella.

—¡Una vieja! ¡Que me ha empujado en mitad del tren porque quería salir antes que yo! —exclama, y todos los pasajeros se nos quedan mirando.

—Luego se quejan de los jóvenes —interviene Sergio.

—Bueno, ya —digo para que se callen—. Vamos, que tenemos muchas cosas que hacer.

Los he invitado al cumple de Ari. De hecho, les he tenido que pagar el billete para que vengan, aunque Mel me ha amenazado con cortarme «mi pequeño tesoro» si se lo pagaba, pero al final he ganado yo. Tengo muchas ganas de que la conozcan, pero tengo la impresión de que cuando se la presente, Ari saldrá corriendo.

—Por fin conoceremos a tu pastelito —dice Mel moviendo las cejas de arriba abajo—. A la tía que le ha robado el corazón a mi Buenorro. —Se lleva las manos al corazón, riéndose.

—Se te ha ido la cabeza con esa tía, ¿eh? —murmura Sergio.

—¿La cabeza sólo? —interviene Mel—. ¿Pero tú has visto su cara de felicidad? ¡Si parece que está drogado de la sonrisa de pánfilo que tiene!

—Dejad de hablar de mí como si no estuviera —les digo, y los miro señalándolos con el dedo—. Y otra cosa más: ni se os ocurra asustarla u os mando de vuelta a Madrid de una patada en el culo.

—Vale, vale. La trataremos como si fuera la mejor lata de cerveza del mundo —comenta Sergio.

¿Está comparando a Ari con una cerveza?

—Me tomaré eso como que la trataréis bien.

Capítulo 65

Ari

¿Pero dónde se supone que están todos metidos hoy? He ido a casa de Chris porque me aburría en la mía y su madre me ha dicho que había salido; después he ido a la de Diego y tampoco estaba; Sandra no se conecta al WhatsApp; Álvaro, trabajando... Menudo cumpleaños sola.

¿Y si voy a visitar a Álvaro al McDonald's? Estoy segura de que le hará ilusión, o eso creo. Aún no tengo asimilado que estamos juntos. Ya me acostumbraré poco a poco. Pero, ¿y si se molesta si voy a su trabajo? No quiero que piense que soy la típica novia lapa... Sí, voy a ir. No hago nada aquí metida y me estoy volviendo loca entre estas cuatro paredes.

Cojo mi iPod, para ir escuchando música por el camino y aprovechar para perder unas cuantas calorías, y bajo las escaleras.

—¿Vas a salir? —me pregunta mi madre.

—Sí, luego vuelvo.

Me coloco los auriculares y camino al ritmo de *I could be the one*, de Avicii y Nicky Romero. En menos de media hora ya estoy en la puerta del McDonald's. Entro y busco a Álvaro con la mirada entre los que se encuentran atendiendo a la gente. No está. Miro por todo el establecimiento, pero tampoco doy con él. ¿Dónde estará? Decido acercarme a una compañera suya que hay limpiando una mesa.

—Perdona. —Le doy con mi dedo índice en el hombro y ella deja de limpiar y se gira hacia mí—. ¿Sabes dónde está Álvaro?

—Se ha pedido el día libre hoy.

¿El día libre? ¡Pero si me ha dicho que trabajaba!

Me ha mentado.

—Ah. Gracias. —Y me marcho como una exhalación.

«Te lo dije, gorda».

No llevamos ni un día juntos y ya está empezando a mentir. Yo no sé ni para qué le doy mi confianza, si está claro que nunca va a cambiar. Siempre va a ser el mismo tío. ¡Pues estoy harta! Me siento engañada y patética. Si está jugando conmigo, no pienso dejar que se divierta a mi costa.

«No le importas. Nunca se ha preocupado por ti. Siente lástima. ¿Quién va a

querer a una gorda inútil como tú?».

Permanezco tan sumergida en mis pensamientos que ni me he dado cuenta de que las lágrimas han surgido de mis ojos. Ya ha aparecido Ariadna Miss Llorona otra vez. ¿Algún día se me acabarán las lágrimas?

Basta ya. No quiero lloriquear más. No por un tío al que no le importo nada. Le he dado mi corazón y se está divirtiendo pisoteándolo. No lo pienso permitir.

Sin embargo, lloro más.

Estoy tirando por un camino donde no hay tanta gente, y los pocos que me ven se me quedan mirando. ¿Qué pasa? ¿Que nunca han visto a nadie llorar o qué? Llego a casa y me meto en el baño, aprovechando que no hay nadie.

¿Qué he comido hoy? El desayuno con Álvaro esta mañana, y al mediodía, lasaña que ha preparado mi madre por ser mi cumpleaños. Pues se va a ir todo por el retrete. Me introduzco los dedos en la garganta y lo echo todo. Lo hago otra vez y sale más. Así hasta que ya no haya nada en mi estómago que me haga engordar.

Me han dejado sola. Todos.

* * *

Siento que alguien me acaricia el pelo en sueños. O puede que no esté soñando y sea real. Pero me gusta. No quiero abrir los ojos. Su olor tan exquisito acapara mis fosas nasales y, por un momento, me derrito.

Álvaro está aquí. Abro los ojos y lo veo, sentado en mi cama y acariciando mi cabeza.

—Hola —susurra.

Un ogro quiere salir de mi cuerpo en cuanto lo oigo. Cabrón.

—¿Ya has salido de trabajar? —le pregunto en un tono que parece el de una psicópata cuando tiene secuestrada a una víctima. Sin embargo, él no se da cuenta de mi humor.

—Sí, al final he salido pronto.

Mentiroso. Patético. Imbécil.

Me incorporo.

—Fíjate si habrás salido pronto que he ido a hacerte una visita y no estabas —le suelto, seria.

Se pasa una mano por el pelo.

—Tiene una explicación —dice, y yo me echo a reír, levantándome de la cama.

—Una explicación —repito de brazos cruzados y mirándolo.

—¿Estás enfadada? —Sus ojos parecen confusos.

—¿Qué explicación? —estallo, y él da un respingo—. ¡Me has mentido y te has reído de mí! ¡No hay ninguna explicación! —Se me forma un nudo en la garganta—. Eres un mentiroso. Esta semana has estado haciendo el paripé de que te importaba... —Se me quiebra la voz. No quiero volver a llorar—. Pero ya veo que sigues siendo igual... —Las lágrimas quieren salir, pero no pienso dejarlas.

Álvaro se levanta, fingiendo estar preocupado, y se acerca a mí.

—Oye, Ari —dice, y me coge del rostro, haciendo que lo mire—. No es lo que piensas. Hay una buena razón detrás de todo.

«No le creas, estúpida».

Mi corazón quiere creerlo, pero mi cabeza se niega.

—¡Me estás mintiendo! —grito, y aparto sus manos de mi cara.

—Ari, tranquila.

¿Que me tranquilice? ¿Qué se cree? ¿Un domador de ogros?

Un golpe en la puerta nos interrumpe y los dos nos sobresaltamos. Menos mal que he echado el pestillo.

—¿Ariadna? —me llama mi madre—. ¿Qué son esos gritos?

—Nada, mamá. Es Moon, que me ha destrozado una camiseta y me he enfadado con ella —miento.

Oigo a mi madre suspirar tras la puerta.

—Esa bola de pulgas... —Y se va, taconeando como si estuviera en un tablao flamenco.

—Ari. —Álvaro me vuelve a sujetar la cara—. Ven conmigo y te lo explico todo. Aquí no podemos estar. Tu madre me va a pillar.

—No pienso ir a ningún sitio contigo.

—Por favor —suplica. Sus ojos parecen sinceros. O eso creo. O eso quiere que crea. Soy demasiado buena. O demasiado tonta.

—Vale —cedo—. Espero que seas un buen actor para contarme la excusa que tienes preparada.

Álvaro sonrío.

—Te espero abajo. —Se acerca para darme un beso, pero me aparto al instante.

—No quiero tus besos.

Suspira, mirando al techo.

—No tardes, enana. —Y huye por la ventana.

Ojalá se rompa la cabeza. No, la cabeza no, que me quedo sin él. Mejor un brazo. No, un brazo tampoco, que necesito sus abrazos. Una pestaña. Sí, una pestaña sí.

Pero baja las escaleras sano y salvo. Menudo chasco.

Me peino el desastre de pelo que tengo y salgo de mi habitación. Bajo las escaleras a paso de tortuga, a propósito. para que Álvaro se quede esperando más tiempo, se canse y se largue.

—¿Vuelves a salir? —inquire mi madre.

—No tardaré en llegar.

—Hoy no tienes hora de llegada. Así que diviértete —dice, y me da un beso en la cabeza.

¿Qué le pasa hoy a la sargento? Mejor ni pregunto.

Cuando salgo de casa, me dirijo hacia Don Chulito, que ya tiene el casco de estrellas preparado.

—Antes me lo explicas —digo.

Pero no me hace caso y me pone el casco.

—Sube —me ordena.

—No.

—Ari, sube. —Creo que se le está acabando la paciencia.

—No.

—¿Qué te crees? ¿Que no puedo cogerte y subirte a la moto?

Se rompería la espalda.

Estoy de brazos cruzados con mis ojos clavados en una piedra que hay en el suelo. Podría tirársela. No, mejor no. Me denunciaría por malos tratos.

—Sube —repite.

No obstante, sigo quieta. Álvaro se acerca a mí e intenta cogermme en brazos. De hecho, lo consigue y me sube en la moto.

—Estate quietecita o te ato con una cuerda —me advierte, el muy estúpido.

Bufo, y él se monta. No me agarro. Que se joda. Aunque me da miedo, porque cuando me niego a agarrarme, va más deprisa de lo normal. Finalmente decido hacerlo, aunque continúo enfadada. Arranca a Cassie y nos vamos a saber dónde.

Cuando pasa no sé cuánto tiempo, aparca delante de una casa abandonada. Creo que estamos en las afueras de la ciudad, pero no estoy muy segura.

—¿A dónde me has traído? —pregunto—. ¿De quién es esta casa?

—Ni idea, pero acompáñame. —Entrelaza su mano con la mía y nos encaminamos hacia la casa.

—Sigo enfadada.

—No por mucho tiempo. —Me guiña un ojo y abre la puerta.

Entramos y todo está muy oscuro. Me da miedo. Temo que algún bicho raro se enrede en mi pelo. ¿Por qué me ha traído a este sitio tan feo? Como Álvaro sea un asesino en serie y se dedique a descuartizar a las chicas y luego esconder los trozos en esta casa, ya me puedo ir despidiendo del mundo. ¿Y por qué estoy

pensando en eso? Dios, estoy mal de la cabeza.

Me agarro a su brazo fuerte y seguimos andando por el pasillo. Nos paramos frente a una puerta y Álvaro la abre con cuidado.

—¡Felicidades! —gritan todos, y yo doy un respingo.

¿Todos? Observo atónita a cada una de las personas que se encuentran en la sala y que las velas iluminan muy bien: Sandra, Diego, Chris, Mateo, David, John (que no tengo ni idea de lo que pinta aquí porque siempre se ha juntado con los que me insultan en el insti, aunque sea amigo de Álvaro), mi hermano con una chica agarrado de la mano... Espera, espera. ¿Mi hermano con una chica? Luego lo interrogaré. También diviso a un chico y a una chica que no conozco. La chica lleva unas medias de red con unos *shorts*, unas botas negras muy altas y una camiseta del mismo color con una calavera dibujada; lleva el pelo oscuro, los ojos azules muy pintados y un *piercing* de aro en la nariz, que hace que ya recuerde de quién se trata. El chico es demasiado alto y viste una camiseta negra también, con el dibujo de una cruz, y unos vaqueros; tiene el pelo alborotado y castaño, ojos verdes, y un tatuaje de un ancla en el brazo derecho. Parecen un poco siniestros.

Todos vienen a felicitarme, a abrazarme y a llenarme de besos. Yo me siento un poco tonta por haber desconfiado de Álvaro. En cuanto me quite de encima a todos, le pediré disculpas.

—Ari. —Mi hermano se acerca con su... Amiga—. Te presento a Almudena, mi novia.

¿Novia? Abro los ojos como platos, pasmada. ¿Desde cuándo el Don Perfecto de mi hermano pierde su preciado tiempo con una novia?

—En... Encantada —logro decir, y ella me da dos besos.

—Igualmente, cuñada. —Me sonrío. Es muy guapa y parece simpática.

Mi hermano se dirige a Álvaro, que permanece a mi lado.

—Ya puedes tratarla bien, porque si no, te las verás conmigo. —Pablo le da una palmadita en el hombro y Álvaro sonrío; después mi hermano y Almudena se marchan hacia las bebidas.

Miro a mi novio.

—Lo siento por lo de antes —me disculpo—. Soy una tonta.

Álvaro sonrío y me abraza.

—Lo que eres es una cabezona —dice susurrando en mi oído, y me besa. Me voy derritiendo poco a poco hasta que la voz de alguien nos interrumpe.

—¡Parejita! —Es la chica siniestra junto con el otro chico—. ¿No nos presentas, Álvaro?

—Claro. —Álvaro me mira sonriendo y los señala—. Ari, estos dos subnormales son Mel y Sergio. Me apetecía que los conocieras.

¿Han venido de Madrid sólo para conocerme? No me lo creo.

—Por fin te conozco en persona, pastelito. —Mel me da dos besos—. Me alegro mucho de que estéis juntos. No veas el calentamiento de cabeza que tenía mi Buenorro contigo, nada más que dándome la tabarra.

Álvaro la mira como si se estuviera comunicando con ella con la mente, y a mí se me escapa una risita. Esta chica me cae muy bien.

—¡Quita, pesada, que ahora me toca a mí! —Sergio aparta de en medio a Mel—. Hola, nena. —Me da dos besos. ¿Nena? A continuación, me estudia de arriba abajo—. Qué bajita, ¿no? Aunque tienes buenas tet...

Álvaro lo interrumpe dándole un empujón y yo me pongo colorada.

—Suficiente, que me la estáis asustando demasiado.

Me echo a reír. Se nota que son amigos suyos.

Sergio se vuelve a dirigir a mí.

—Cuidado con este tío —me advierte señalando a Álvaro—. Que la tiene como un cacahuete.

Álvaro lo vuelve a empujar y yo me pongo aún más roja. Creo que se podría freír un huevo en mis mejillas ahora mismo.

—Ya te gustaría a ti que te midiera lo que me mide a mí —le espeta Álvaro.

Mel los mira poniendo los ojos en blanco y yo me siento rara presenciando esta conversación.

—Tranquila. —Mel me coge del brazo—. Son así. Ya te acostumbrarás a este par de críos. —Me guía hacia la mesa de las bebidas mientras los otros dos se revuelcan en el suelo, jugando a matarse. Mel tiene razón: son críos—. Cuando vivíamos juntos no paraban de chincharse con el tamaño de sus pollas. Me daban hasta dolor de cabeza; yo parecía su madre.

Me río. Pobrecita, tener que soportar a esos dos.

Mel mezcla en un vaso de tubo, ron con Coca-Cola, y me lo tiende.

—¿Y cómo los aguantabas?

—Porque he nacido con el don de la paciencia. —Se sirve una copa y me mira—. Cuídalo, por favor. Sé que lo puedes hacer feliz porque eres buena chica y él se merece lo mejor. Todavía tiene un vacío muy grande dentro, pero aunque tú no lo consigas llenar, puedes intentarlo.

¿Un vacío dentro?

—Lo cuidaré —le aseguro.

Aún Álvaro me tiene que contar muchas cosas, pero no lo voy a presionar.

* * *

—¿Por qué no jugamos a la botella? —propone Mel.

Estamos todos sentados en el suelo formando un círculo. No sé cuánto tiempo llevamos aquí, pero hay unos cuantos borrachos ya, Álvaro entre ellos, que no sé de lo que me ha estado hablando durante el rato que he estado con él, pero decía algo de que los monos comen flores y de que soy un ángel caído del cielo para salvarlo a él de la oscuridad. También me ha intentado meter mano, pero se lo he impedido dándole un manotazo en el brazo. Yo sólo he bebido una copa y tengo las mejillas sonrosadas, aunque me siento un poco mareada.

—Eso es de niños pequeños —dice David.

—Sólo es para divertirnos un rato —contesta Mel—. Empiezo yo. —Pone una botella de cerveza en medio de todos, que la gira y se para en Sandra.

—¡Que haya carne! —exclama Álvaro, y todos le ríen la gracia. Qué tonto es.

—Venga, rubita —le dice Mel a Sandra. Se acercan y se dan un pico.

El siguiente es David, que le toca con la novia de mi hermano, y este los mira entornando los ojos, celoso.

Cuando es el turno de Álvaro, le toca con Chris.

—¡Ah, no! ¡Ni de coña! —exclama Álvaro negando con la cabeza y arrastrando cada una de las palabras—. ¡No soy mariquita!

—¡Tienes que hacerlo, son las reglas del juego! —le ordena Mel.

—¡No! —Mi novio mueve la cabeza de lado a lado—. Salgo desnudo a la calle si hace falta, pero no me morreo con ningún tío.

Está muy gracioso. Me estoy meando de risa con Álvaro así.

—¡Beso, beso, beso! —empiezan a animar todos.

Álvaro me mira pidiéndome ayuda, pero yo me encojo de hombros, sonriéndole.

—¡Está bieeeeeen! —desiste por fin—. ¡Ven aquí, Maripili!

Chris sonrío y se acerca a Álvaro. Se dan un pico, pero Chris lo agarra de la nuca, para que no se le escape, y le da un beso en condiciones.

—¡Puaj! —exclama Álvaro cuando se aparta—. ¡Qué asco! ¡Me has metido la lengua! ¿Alguien tiene desinfe... desinfestan... desinfenetante...? ¡Cojones!

Lo voy a tener que poner a dormir ya mismo como siga así.

Mi turno. Giro la botella y se detiene en Álvaro. Qué casualidad. Todos se echan a reír.

—Venga, enanaaaa. —Álvaro le da besos al aire esperando el mío. Yo sonrío y lo beso. Sabe a alcohol.

—¡Venga, dejad eso para luego en la planta de arriba en la intimidad! —interviene Sergio.

—Eres mi princesita —me susurra mi novio.

Ay, Dios, definitivamente tiene que dormir la mona.

El turno de Diego. Gira la botella y, para mi sorpresa, se detiene en mí.

—¡Ah, noooooooooo! —exclama Álvaro como un loco—. ¡Eso sí que no! ¡No pienso permitir que le plantes tus morros a mi novia. Has hecho trampa. Tira otra vez —dice mirando a Diego. Parece que se le ha pasado la borrachera de repente.

Suelto una carcajada.

—¡Álvaro, son las reglas! —le espeta Mel.

—¡Me da igual!

—Álvaro, no importa —le digo.

—¡No, no, no! —Niega con la cabeza—. Como le des un beso, me voy.

Suspiro. Diego nos está mirando con expresión divertida, al igual que todos.

—Tú le has dado un beso a Chris y yo no te he dicho nada.

—Me ha obligado, que no es lo mismo. Además, a mí no me gustan los tíos.

—Álvaro. —Le lanzo una mirada de advertencia.

Todos están presenciando nuestra disputa. Sólo les faltan los cubos de palomitas.

—Vale, pero poneos la mano en medio.

Se empiezan a oír carcajadas que retumban por toda la casa. Pongo los ojos en blanco y miro a Diego, que está sonriendo. Le hago una seña para que se acerque, y Álvaro nos mira con atención. Pongo mi mano entre la boca de Diego y la mía, y nos «besamos».

—¡Trampa! —nos abuchean todos.

—¡Pues os jodéis! —les espeta Álvaro, y luego me mira asesinándome con sus ojos. Voy a tener que encerrarlo en el baño para que no se le vaya la pinza.

Y así seguimos toda la noche hasta que vamos cayendo como moscas a dormir la mona.

Capítulo 66

Álvaro

Ari parece un angelito cuando duerme. Le acaricio el rostro con delicadeza porque temo despertarla.

Estamos durmiendo en el suelo del salón con los demás, con mantas y edredones que hemos traído de nuestras casas. Se escuchan los ronquidos de algunos como si fueran cerdos a punto de parir. Yo me acabo de despertar hace un rato y estoy con el codo apoyado en el suelo mirando a Ari dormir. Me ha costado, pero por fin la tengo a mi lado.

Se lo ha pasado bien hoy, y eso me alegra. Ha estado tan contenta desde que la he traído que hasta he llegado a pensar si se había drogado o algo antes de venir. Pero no. Ha estado feliz gracias a mí, que he reunido a todos los que son importantes para ella para celebrar su cumpleaños, aunque haya tenido que invitar a la almorra de Diego.

Y ahora estoy aquí, contemplándola como un imbécil mientras todos duermen la borrachera.

Soy un jodido enamorado.

Tengo ganas de fumarme un cigarro. Me levanto con cuidado para no despertar a ningún zombie, cojo una manta y salgo a la calle. Me siento en las escalerillas del porche, me tapo y me enciendo el cigarro.

Sonrío yo solo.

—¿Te apetece compartir el cigarro? —La voz de Mel hace que dé un respingo. Se sienta a mi lado y nos acurrucamos en la manta—. ¿No puedes dormir?

—Imposible. Con todos roncando ahí dentro, ni aunque estuviera sordo.

Se echa a reír.

—Sí, la verdad es que parecen monas pariendo. —Se sopla el flequillo y me mira—. Te veo feliz, y me alegro mucho. Te lo mereces.

Le doy una calada al cigarro.

—Pero siempre me faltará algo —digo.

Mel apoya su cabeza en mi hombro.

—Lo sé, pero ella puede hacer que te falte un poco menos.

—¿Qué me dices de Ari? ¿Te cae bien? —inquiero cambiando de tema.

—Claro. Hemos estado criticándote un buen rato.

—¿Qué le has contado ya de mí?

Mi amiga pone expresión pensativa.

—Que eres muy cabezota, que eres un puerco tirándote pedos cuando crees que nadie te está prestando atención, que nunca limpias tu cuarto a no ser que estén pasando elefantes por él...

—¿Y tú para qué le cuentas esas cosas? Ahora se va a asustar de mí.

—Por eso mismo, para que sepa con quién ha acabado saliendo. —Suelta una carcajada y me roba el cigarro—. Cuídala. —Da una calada—. Cuidaos los dos. Dais una envidia...

—Todavía no sé qué cojones habrá visto en mí sin contar mi belleza.

—Pues que eres un solete. —Me da un beso en la mejilla, tira la colilla al suelo y se levanta—. Anda, volvamos dentro, que querrás ser lo primero que vea al despertarse.

—Ay, Melody. Estás como una puta cabra.

Cuando Mel abre la puerta para volver a entrar, John sale de la casa, malhumorado.

—¿A dónde vas? —le pregunto, y Mel me indica con su mirada que se va a roncar, dejándonos solos.

—A mi casa —me responde John—. No aguanto más. Están muy encariñados y me estoy poniendo enfermo.

Bufo.

—¿Para eso te invito? ¿Para que ni siquiera te acerques y le digas algo?

—No puedo, Álvaro. Todo esto está mal —contesta, afligido.

—Está mal porque te han criado pensando de esa forma, pero ya te digo yo que tu educación ha sido una puta mierda.

John me mira entornando los ojos.

—Creo que voy a pedirle a Mónica que salgamos —suelta, y yo pienso que he escuchado mal—. Le gusto.

—¿A Mónica? —Suelto una carcajada—. De acuerdo. Sigue engañándote a ti mismo.

—No estoy engañándome a mí mismo —replica—. Es lo correcto.

Continúo descojonándome y decido hacerle sentir incómodo.

—¿Sabes? Tu amorcito besa de puta madre. Es una lástima que te estés perdiendo algo así y lo esté disfrutando otra persona.

John se pone colorado.

—Que te den, Álvaro. —Me saca el dedo corazón y se pira con paso firme.

Cuando entro en la casa, me tumbo al lado de Ari, que sigue dormida, y le planto un beso en la frente que hace que abra los ojos.

—Hola, niña —la saludo, y sonrío, mirándome.

—Hola. —Bosteza.

—¿Has dormido bien? —le pregunto, y ella asiente todavía con cara de dormida. Me acerco a su rostro y la beso en los labios.

Me duele la cabeza y después tengo que entrar a trabajar. No sé si voy a estar en condiciones.

—¿Están todos dormidos todavía? —Se incorpora para mirarlos. Algunos están viciados al móvil, otros hablando entre ellos y los demás roncando. Ari sonrío y se vuelve a tumbar—. ¿De quién es esta casa?

—De alguien será.

—¿Os habéis colado así sin más? —inquire, perpleja; yo asiento—. Ha sido cosa tuya, ¿verdad?

Vuelvo a asentir, orgulloso de mi fabulosa idea.

—Quería sorprenderte.

—Estás mal de la cabeza —murmura.

—Pero... ¿A que te has divertido?

—Ha sido el mejor cumple que he tenido.

Esbozo una sonrisa de gilipollas y nos besamos con cuidado para no hacer ruido y que todos sean presentes de una peli porno.

* * *

Después de haber dejado a Ari en su casa y de haberme despedido de Mel y Sergio en la estación, he entrado a trabajar más contento que un niño cuando se levanta para ver sus regalos el día de Reyes. A mi jefa le ha extrañado que estuviera sonriendo tanto, ya que siempre tenía la expresión de estar cabreado con el mundo. Por la tarde, ha venido Ari a merendar junto con Chris, Sandra y el estúpido de Diego. A este último lo voy matar. Seguro que hizo trampa para que le tocara besar a mi novia. No me hace mucha gracia verlo, pero no quiero parecer que estoy celoso, porque de verdad que no lo estoy. Además, Ari se enfadaría conmigo si le hago algo a ese Caracartón. De todos modos, son amigos y me tengo que aguantar, pero como él intente algo con ella más allá de la amistad, le van a faltar piernas para correr.

—Te han salido muchas fans cibernéticas —me dice Ari con su portátil sobre las piernas.

Estamos en su habitación, que me he venido al terminar mi turno del McDonald's, y me ha confesado que no ha parado de ver mi vídeo, que resulta que la jodida Mel lo ha compartido por todas sus redes sociales, en las que la sigue mucha gente.

—¿Ah, sí? Deja que lo vea. —Le arrebato a Ari el portátil y leo los comentarios de la gente. Casi todos de chicas piropeándome.

«Qué guapo y qué bien canta»

«¡Por Dios, qué bueno estás! ¡Quiero un hijo tuyo!»

«Espero que esa tal Ari le diga que no, porque yo lo quiero para mí»

«Me acabo de enamorar de este muchacho. Espero que haga algo con todo ese talento que tiene».

«A este chico lo veía por Madrid cantando y siempre me quedaba embobada escuchándolo»

Me echo a reír al leerlos todos, aunque también hay algunos comentarios que me ponen a parir.

«Este se cree otro Justin Bieber»

«Qué creído. Se cree que por tener una cara bonita ya va a triunfar. Pues tampoco canta tan bien»

«Mi pájaro canta mejor que este cantamañanas»

«Todas las que comentáis aquí sois unas niñas con las hormonas revolucionadas»

Envidiosos. Ya me gustaría verlos grabar un vídeo de una declaración de amor y subirlo a YouTube para que lo vea todo el mundo.

—A lo mejor te haces famoso. —Ari me saca de mi ensimismamiento.

—No exageres. Es sólo un vídeo.

—Si te haces famoso, ¿te olvidarás de mí?

Contemplo sus ojos verdes.

—Si por un caso yo me hiciera famoso, que no creo, nunca me separaría de ti. Ni por todo el oro del mundo. Además, ¿por qué estamos hablando de esto por un simple vídeo? No tiene sentido.

—Por soñar... —Se encoge de hombros—. Puedes seguir subiendo vídeos. Mucha gente lo hace y algunos cantantes famosos han salido de ahí.

—Ni hablar. No pienso hacer eso. Me da mucha vergüenza.

¿Desde cuándo a mí algo me ha dado vergüenza?

—Pero si tú nunca has conocido lo que es la vergüenza —dice como si me hubiera leído el pensamiento.

—Ay, no sé. —Suspiro y sonrío.

Cuando llega la hora de que me vaya, Ari me suplica que me quede a vivir en su habitación, que ella me trae comida a escondidas de su familia y un cubo para que haga mis necesidades, como si fuera su maldito gato o gata, o lo que sea esa jodida bola de pelo.

—Yo me quedaría encantado, pero tu madre me pillaría algún día.

—Es que no puedo esperar a verte mañana.

—Pues tendrás que hacerlo, enana. Así tendrás más ganas de verme.

¿Sobredosis de azúcar, dónde?

Que en paz descanse mi querido macho alfa interior.

—Jolines —masculla, y yo me río al escucharla.

—Jolines —la imito con su vocecilla de pito.

—Imbécil.

—Jolines, me voy ya, que mi mami no me va a dejar entrar en casa —la sigo imitando, y ella me mira con los ojos entornados.

—No me imites.

Sonrío y nos besamos por última vez.

—Hasta mañana, enana.

—Adiós, idiota.

Salgo por la ventana y bajo por las escaleras con cuidado. Ari permanece observándome por si me abro la cabeza. La miro y le mando un beso por el aire; ella sonrío poniendo los ojos en blanco y se despide de mí con la mano. Me dirijo hacia mi moto, que la tengo aparcada a unas cuantas calles más para que su madre no sospeche, pero por el camino me encuentro a Mónica llorando a moco tendido.

Paso de largo. Como si no la hubiera visto.

Mierda. Ahora me pica la curiosidad, así que decido acercarme a ella. Si es que de bueno soy tonto.

—¿Estás bien, Mónica?

—No —contesta sollozando.

—¿Qué te pasa?

—Mi madre se quiere ir de la ciudad —me cuenta, y sorbe por la nariz—. Y yo no quiero irme con ella. Me gusta este sitio.

No sé qué decirle. No me da ninguna lástima. Bueno, puede que un poco, pero ya está. Que se vaya, así Ari no tendrá que aguantar sus putos insultos.

—Tampoco es tan malo mudarse —la intento consolar.

—Si mi padre no se hubiera fijado en la madre de esa estúpida, ahora seríamos una familia feliz.

—No llares estúpida a Ari.

—¿Cómo quieres que no la llame estúpida? Por culpa de su familia, ahora la mía está rota —me espeta, y se vuelve a echar a llorar.

Así que por eso odia tanto a Ari... Pero mi novia no tiene la culpa de que el padre de Mónica se haya ido con la sargento.

—No es culpa de ella —defiendo a mi amor.

—Pero me cae mal. No la soporto. —Se enjuga las lágrimas.

Nunca la había visto tan mal. En el fondo puede que hasta me dé pena. No sé para qué me he parado.

—Necesito un abrazo de alguien —confiesa.

No, mío no. Sé que lo ha dicho para que le dé uno.

—Tengo prisa, Mónica.

—Álvaro, te consideraba un amigo...

¿Amigo? ¿Yo? ¿De ella? Ja, ja, ja.

—Me voy.

—De todas formas, gracias por escucharme... —dice con la voz rota.

—De nada.

Y me marchó hacia Cassie.

* * *

—Me estás haciendo cosquillas, enana. Como se me escape algo y nos pille tu madre, verás que gracia te va a hacer.

—Me da igual. —Continúa comiéndome la oreja; después, pasa al cuello y toda la sangre de mi cuerpo se concentra en mi entrepierna.

Me está volviendo loco.

Llevamos toda la semana así. En el instituto ya lo sabe todo el mundo, y cada vez que pasamos por delante de la gente, creo que le dan una sobredosis de azúcar. Sandra me ha dicho que esto de parecer unos osos amorosos es normal en las primeras semanas de una relación, que luego se pasa. Pero yo no quiero que pase. Quiero estar así con Ari siempre. Porque por una vez en mi vida soy feliz.

Ahora estamos en su habitación. Cada día de los que llevamos juntos la traigo a su casa a las nueve para que su madre no la regañe, y mientras está cenando, me cuelo en su ventana y la espero en su cuarto con su maldito gato, al que no le caigo muy bien porque me ha arañado el brazo y parece que me he

pasado un rastrillo por él. Cuando Ari vuelve de cenar, nos ponemos a ver una peli o una serie, que he descubierto que es adicta a ellas y que está enganchada a una de vampiros. Aunque a mí no me gusten esa clase de cosas, me lo paso pipa viéndolas con ella, porque le pelea a la pantalla en voz bajita como si le escucharan los actores. Y los días que no tenemos ganas de ver nada, simplemente disfrutamos de nosotros mismos con nuestros besos.

—Ahora me toca a mí —le digo, y empiezo a besar su cuello notando cómo se le entrecorta la respiración—. No hagas ruido. —Me río chocando mi aliento en su cuello y a ella se le escapa un jadeo.

—Ups. —Se tapa la boca con la mano—. ¿Se me ha escuchado mucho?

—Te he dicho que no hagas ruido —le digo más feliz que un perro bailando—. Tu madre nos va a pillar algún día.

—Lo raro es que no nos haya pillado ya, porque siempre está fisgoneando por alguna ventana o por la mirilla de la puerta.

Sonrío y me pongo a observar sus manos.

—Qué pequeñas. —Miro sus dedos y me llaman la atención las uñas. Recuerdo que antes las tenía un poco largas, ahora parece como si se las estuviera comiendo todo el rato, y nunca la he visto hacer eso; están destrozadas, y los nudillos de sus manos tienen unas marcas muy raras.

Trago saliva.

Lo sigue haciendo. Entre esto, los números tachados de su agenda y su pelo cada vez más estropeado, me queda muy claro que sigue matándose.

—¿Por qué miras tanto mis manos? —me pregunta.

Hago un intento por sonreír.

—Me gustan mucho.

Me mira con expresión extrañada y aparta sus manos con brusquedad. Sabe que lo sé.

—¿Ari? —la voz de su hermano nos interrumpe desde fuera y los dos nos sobresaltamos—. ¿Puedo entrar un momento?

—¡Espera! —exclama ella; después me susurra—: Escóndete en el armario.

Le hago caso y me meto en el armario. Esto es de locos; ni que fuera cierta persona escondiendo su orientación sexual.

Ari abre la puerta.

—¿Qué quieres?

—¿Tienes folios? Es que estoy estudiando y se me han acabado —dice Pablo.

—Sí, espera. —Ari suspira y oigo que se pone a rebuscar entre sus cosas—. Aquí tienes. ¿Algo más?

—¿Qué hacías?

—Esto... —Su voz suena nerviosa—. Nada, ¿por?

—Por nada —contesta el otro—. Ah, y dile a tu novio con complejo de Romeo que la próxima vez no se esconda. Que baje a saludar, por lo menos.

Nos han pillado. Seguro que Ari se habrá puesto colorada.

—No sé de qué me hablas.

—Tranquila, que creo que mamá no se ha enterado todavía —le cuenta Pablo, y creo que se ha ido, porque se cierra la puerta.

Ari vuelve a suspirar y abre el armario.

—Me iba a dar algo, te lo juro —confiesa.

—Tu hermano es buena gente, no creo que se chive a tu madre.

—Eso espero, porque si no, lo mato.

—Bueno, pequeña, me voy ya. —Le doy un beso en la cabeza—. Que sueñes con el sexy Álvaro.

—Siempre lo hago.

Necesito saber si continúa provocándose el vómito.

Capítulo 67

Ari

Lo sabe. Me ha estado mirando las manos. Sabe que sigo vomitando. Tengo que evitar que piense eso de mí antes de que se ponga muy pesado. No quiero preocuparlo. No me pasa nada y tampoco creo que esté haciendo nada malo. No obstante, tengo que asegurarme de que deje de pensar que lo sigo haciendo.

Busco mis pintauñas en el cajón que nunca toco y doy con uno de color rosa, que creo que me servirá para ocultar mi secreto. Contemplo las uñas con detenimiento. La verdad es que están un poco estropeadas, pero eso no quiere decir que siga vomitando, aunque lo esté haciendo. Puede ser por otras cosas.

Comienzo a pintármelas una a una con cuidado hasta que quedan presentables.

«Gorda».

Me tengo que pesar. Esta semana he estado yendo todos los días al gimnasio con Álvaro. Él va porque dice que «su cuerpazo no se trabaja solo, que hay que darle caña para que me enamore aún más de él», y a mí me sigue poniendo de los nervios que sea tan pedante, aunque por otro lado, me encanta que sea así.

Soy feliz.

Pero no del todo.

Cojo la báscula del armario y me subo encima.

Cincuenta kilos.

Sigo como una maldita foca. Cuando pese cuarenta y cinco, me detendré.

* * *

—Vente hoy a comer a mi casa —me pide Álvaro. Bueno, más bien ha sonado como una orden porque sabe perfectamente que en su casa me va a tener vigilada. De todos los tíos que hay sobre la faz de la tierra, me he tenido que ir con el más listo y pesado. Y yo que creía que tenía una única neurona...

—No sé, Álvaro. No me parece buena idea.

Estamos en un rincón del pasillo del instituto esperando a que vengan nuestros profesores. En el recreo, el muy idiota ha estado vigilándome. Sospecha de mí.

—Me hace ilusión prepararte algo. —Hace pucheritos—. No me digas que no.

—No quiero morir envenenada.

—Venga, enana. No pienso parar hasta convencerte. Y me da igual si te pierdes tu queridísima clase de Arte por mi culpa.

Maldito niño que me vuelve loca hasta ciertos límites.

—Está bien, iré. Pero me tienes que preparar algo rico, si no, no voy —digo sonriendo como una tonta.

—Ari, yo no puedo cocinarme a mí mismo, así que te vas a tener que conformar con comida normal.

—Tu narcisismo es ya enfermizo. Míratelo.

—Joder, ¿no puedo piropearme a mí mismo o qué?

—Pero qué idiota eres —murmuro, y le doy un manotazo en la tripa; después me pongo de puntillas, me agarro a su cuello y lo beso. Noto que sonrío contra mis labios.

—Siento interrumpiros —oímos a mi profesora de Arte, y nosotros ladeamos nuestras cabezas hacia ella—. Ariadna, ¿te vas a quedar aquí o vas a entrar en clase? Llevas ya diez minutos de retraso.

¿Diez minutos? ¿Pero cuándo han entrado todos en el aula? Álvaro se está convirtiendo en una mala influencia.

—Lo siento. —Me sonrojo—. Ahora entro.

La profesora nos mira con expresión tierna y entra en el aula.

—Venga, entra, que no te entretengo más. —Álvaro me besa la frente y entro en clase.

* * *

—¿Pero sabes cocinar? ¿O saldremos ardiendo?

Álvaro echa los espaguetis en una olla hirviendo. Me va a preparar sus famosos espaguetis con salchichas.

—Ya te gustaría a ti salir ardiendo de otra forma —responde, y mi sangre comienza a concentrarse en mis mejillas al oírlo. Me mira y le entra un ataque de risa. Cabrón—. Podría freír las salchichas en tu cara ahora mismo.

—Cállate y concéntrate en hacerme de comer. —Me siento para esperar a que termine y me entretengo con el móvil.

Tengo una notificación de una foto etiquetada en Facebook. Me doy cuenta de que es la que Álvaro me hizo en la playa *in fraganti*. Será estúpido. ¿Para qué la ha subido? Y para colmo tiene ya varios «Me gusta». Lo mato. Voy a ahorcarlo con un espagueti cuando venga.

—Hecho —anuncia poniéndome un plato delante—. Y no quiero ver ni un espagueti, así que te lo comes todo.

—Me has echado demasiado. Yo no como tanto.

—Pero hoy te lo vas a comer todo. Punto. —Se sienta a la mesa y empieza a enredar sus espaguetis en un tenedor. Quiere hacerme engordar como una maldita vaca más de lo que ya estoy. No se lo pienso permitir—. Come.

Lo miro, refunfuño y me meto los primeros espaguetis en la boca. Mastico. Saboreo. Asimilo el sabor. Trago.

Álvaro me observa, esperando una opinión.

—¿Y bien?

Me como otra tanda de espaguetis. Qué ricos, aunque los hubiera disfrutado más en otras circunstancias. Ahora sólo pienso en que se van a convertir en grasa asquerosa en mi barriga.

«¿Sabes cuántas calorías tiene lo que te estás comiendo?».

—Deliciosos —contesto con la boca llena, y él sonrío.

—Joder, me estoy poniendo un poco celoso de esos espaguetis. Espero que cuando me pruebes a mí, te pongas igual de cachonda.

Me atraganto y comienzo a toser. Álvaro me da palmadas en la espalda mientras se parte el culo de risa.

—Tranquila, enana. Ya habrá tiempo para hacer eso. No te precipites —dice haciéndose el gracioso.

Quiero divertirme un rato.

—Álvaro... —pronuncio su nombre con una vocecita de pito cuando acabo de toser—. Esto no te lo he dicho antes, pero... —me detengo para añadirle intriga al asunto.

—¿Pero qué?

—Bueno... No sé si voy a hacer nada contigo... Porque tengo que llegar virgen al matrimonio.

«No te rías. No te rías. No te rías».

—¿Qué? —Su expresión es de puro espanto; yo lo miro intentando no reírme.

—Lo siento. Yo... Si quieres dejarme... Lo entenderé.

—¿Qué? —repite.

Ay, por favor. No puedo. Me voy a reír.

—Bueno... —musita—. No pasa nada. ¿Nos casamos o qué?

—¿Qué? —Ahora la impresionada soy yo.

—Que te estoy diciendo que te cases conmigo ahora mismo —contesta como si yo fuera tonta—. Voy a amenazar a un cura para que venga. Espérame aquí. — Se levanta de la silla.

—Espera. —Lo cojo del brazo—. ¿Qué dices?

—Hostia, Ari. ¿Tú te has visto la cara de chiste que has puesto cuando me has contado eso? No se te da nada bien ser actriz, eh.

—¿No te lo has creído?

—¡Ajá! —exclama—. Así que era mentira. Pero qué mala persona eres asustándome así. —Niega con la cabeza, indignado, y se vuelve a sentar.

—Qué idiota.

—Acábate mis deliciosos espaguetis, venga.

En cuanto terminamos de comer, ponemos los platos en el fregadero.

—Te ayudo a fregarlos, ¿vale? —me ofrezco.

—De eso nada. Tú te estás quietecita.

—Álvaro, deja que lo haga yo. Tú me has preparado de comer. No es justo que lo hagas tú todo, aunque sea tu casa.

—Me da igual. Tú eres mi invitada y te callas.

Empieza a fregarlos y yo lo miro con atención. De repente, me tira una bola de espuma a la cara. Me parece que este tío quiere morir hoy. Me limpio lo que me ha tirado con la mano, cojo espuma del fregadero y también se la lanzo.

—No vale —replica, y me empapa el pelo de agua. Nos hemos quedado en los cinco años.

—¡Mi pelo no! —chillo—. Te vas a enterar. —Me lleno las manos de agua y le salpico con ella en la cara para luego bañarlo con espuma.

Esto se va a convertir en la fiesta de la espuma.

—Esto no se hace, Ari —me dice muy serio, o en un intento de parecer serio, lleno de espuma y chorreando. Después me coge en brazos y me sienta en la encimera; yo me meo de risa.

¿Cómo puede conmigo con todo lo que peso? ¿Será Hulk? Me contempla de brazos cruzados mientras continúo desternillándome.

—No me hace gracia. Puedo coger una pulmonía por tu culpa. Mira cómo me has puesto la camiseta. ¿Ahora qué hago yo?

Me encojo de hombros. No le pega hacerse el enfadado.

—Me la tendré que quitar. —Sonríe de medio lado y se la quita. Babeo. Se acerca a mí y me besa; yo rodeo su cuello con mis brazos y nuestras lenguas bailan entre ellas. Luego paseo mis manos por su torso desnudo, dejando mis huellas con mi tacto, y noto que se me seca la boca—. Como me sigas mirando con esa cara de perversa, voy a tener que hacer algo al respecto.

Sonrío como idiota y se acerca a mis labios, volviéndolos a besar.

Oímos a alguien carraspear y nos separamos de inmediato. Es su madre y nos está observando con una sonrisa en los labios, apoyada en el marco de la puerta de la cocina.

—¡Mamá! —exclama Álvaro, nervioso—. ¿Ya has salido de trabajar?

Pego un salto y me bajo de la encimera. Mis mejillas están ardiendo. Qué incomodidad.

—He salido pronto —contesta Virginia, y le echa un vistazo a la cocina, que está patas arriba, llena de espuma y con charcos de agua por el suelo. Posa su vista en mí y sonrío—. ¿Has comido aquí, bonita?

No logro articular palabra, así que sólo digo que sí con la cabeza y Álvaro habla por mí.

—La he invitado. —Se rasca la nuca. Se nota que está incómodo—. He hecho espaguetis.

—¿Tú, cocinando? —Virginia se queda pasmada y después me vuelve a mirar—. ¿Qué es lo que le has hecho a mi hijo?

—Mamá, ya —interviene Álvaro; yo quiero que se abra un agujero en el suelo para escaparme.

—Está bien, os dejo solos —dice ella sonriendo—. Pero arreglad la cocina. —Y desaparece por el pasillo.

Álvaro suspira.

—Pues ya es oficial. Ahora sólo falta que se entere la tuya.

—Eso va a tener que esperar muuuucho tiempo —contesto.

—Anda, vamos a limpiar el estropicio que has montado.

—Menudo morro echándome las culpas a mí.

* * *

—Ahora subes —le digo a Álvaro.

Estamos en la puerta de mi casa (bueno, a unas cuantas calles más), y hemos estado toda la tarde en su habitación. Aunque nos hayamos estado besando y yo paseando mis manos por toda su tableta, yo no le he permitido que haga lo mismo conmigo. No quiero que me vea sin camiseta aunque esté deseando que me acaricie. Temo que, si me ve como soy, se horrorice.

«Gorda. Gorda. Gorda».

Tengo miedo de que haya engordado con los espaguetis que me he comido, ya que no he podido vomitar en todo el día por si Álvaro me pillaba. Ahora lo haré en cuanto haga el paripé de cenar.

—No tardes mucho —me pide, y me da un beso dulce.

En cuanto entro en casa, ya viene mi madre preguntando si voy a cenar.

—He hecho pizza, como a ti te gusta —me informa.

¿Pizza? Si a ella no le gusta la pizza porque dice que no es comida... Deduzco que aquí hay algo raro.

Nos encaminamos hacia la cocina y veo a Alfonso y a mi hermano sentados a la mesa. Me siento y mi madre saca dos pizzas del horno.

—¿Qué se celebra hoy? —pregunto.

O mejor dicho, ¿qué es lo que están tramando?

Todos empiezan a cenar menos yo, que los miro esperando una respuesta. Mi madre es la que rompe el hielo.

—Ariadna, ¿qué te parecería si alguien se viniera a vivir con nosotros?

¿Alguien? Creo que me estoy perdiendo.

—No entiendo la pregunta.

Mi madre suspira.

—Esto no va a salir bien —le dice a su noviete, y después dirige su mirada hacia mí—. Mónica se va a mudar a esta casa.

Me quedo a cuadros. Esto tiene que ser una broma.

—¿Estáis de coña, no? —Ladeo mi cabeza hacia mi hermano para que diga algo, pero se encoge de hombros. Traidor.

—No, hija —responde la sargento.

Esto no puede estar pasándome a mí. Me quieren matar entre todos. Esta vida no puede ser real. Se quieren deshacer de mí.

—No se va a venir —sentencio.

—Hija, te tienes que aguantar. Somos familia —prosigue esa mujer que dice ser mi madre, en tono tranquilizador.

—¡Que no se puede venir! —chillo—. ¡No puedes meterla en casa! ¡Me va a hacer la vida imposible!

—No grites, Ariadna.

—¡Si se viene esa idiota aquí a vivir, te juro que no me vas a volver a ver el pelo en tu vida!

Me levanto y subo corriendo a la planta de arriba. Me encierro en el baño y vomito todo lo que he ingerido durante el día. Hago el ritual de siempre y me dirijo a mi habitación. Y ahora es cuando me doy cuenta de que estoy llorando. Abro la puerta y cierro de un portazo. En cuanto Álvaro se da cuenta de mi estado, se levanta de mi cama y me acuna entre sus brazos. Hundo mi cabeza en su pecho y lloro.

—Tranquila —me susurra acariciándome el pelo. Soy una puñetera llorona—. Ven. —Me lleva hasta mi cama y nos tumbamos. Me abrazo a él como si temiera que se va a escapar en cualquier momento.

—Me quiero ir de aquí —digo con la voz rota—. Llévame lejos.

—Algún día te sacaré de aquí. Te lo prometo. —Me acaricia la cabeza.

—Quiero irme ahora...

—No puedes, Ari. Te buscarían y a mí se me caería el pelo con tu madre de

abogada.

Alzo mi mirada hacia él.

—No quiero estar aquí, Álvaro. La Barbie se va a venir a vivir a mi casa y no me va a dejar en paz. Por favor, sácame de aquí.

Me observa con expresión afligida y posa sus manos en mi rostro.

—Ari, mientras esté yo aquí, no te va a pasar nada.

Me abrazo a él más fuerte.

—Quédate a dormir hoy —le pido.

—Claro, pequeña. —Me besa la cabeza y oigo el sonido de sus tripas.

—¿Tienes hambre?

No lo puedo retener mientras se está muriendo de inanición.

—Mis tripas acaban de hablar por mí —dice sonriendo.

—¿Quieres que te suba algo? Yo no sé cocinar, pero puedo prepararte alguna tontería.

—Con un sándwich hecho con cariño soy feliz.

—Ahora vuelvo. —Le doy un beso fugaz y salgo de mi habitación. Bajo hasta la cocina y ya viene mi madre detrás de mí para soltar su reprimenda.

—Ariadna, no vuelvas a comportarte de esa manera —me advierte con su dedo índice levantado.

Pongo los ojos en blanco y saco el pan de molde. ¿Qué le gustará a Álvaro? ¿Chorizo? ¿Salchichón? ¿Jamón? Me decido por este último. Meto tres lonchas entre dos rebanadas de pan y cojo una Coca-Cola de la nevera.

—¿Adónde vas con eso?

—A cenar a mi habitación. ¿Qué pasa? ¿No puedo? —le espeto a la sargento, y me marcho antes de que pueda decir algo más.

Entro en mi cuarto, cierro con pestillo y le tiendo a Álvaro su cena.

—Espero que te guste el jamón. No sabía qué echarte.

Sonríe al ver el plato.

—Me encanta —dice, y lo devora como si no hubiera comido en años.

—Respira, que te vas a atragantar.

—Eres la mejor cocinera del mundo.

—Si sólo es un sándwich mal hecho —replico.

—Da igual, para mí eres la mejor y punto.

Niego con la cabeza y observo cómo termina de comer.

—Gracias, cocinera —dice al terminar, y me da un beso. A continuación, pone el plato y la lata vacía en la mesita de noche y nos tumbamos.

—Te quiero mucho —susurro.

—No me hagas ser cursi diciendo que yo más, por favor.

Suelto una carcajada. Apago la lámpara y nos echo la manta por encima. Me

acurruco junto a él, en esta cama tan estrecha, y espero a que el sueño me venza mientras inhalo su olor y oigo su respiración.

Capítulo 68

Álvaro

Suena el despertador de Ari y abro los ojos. Ella se queja abrazada a mí y el maldito cacharro continúa molestando.

—Calla a ese trasto —me ordena con la voz adormilada.

Yo sonrío. Alzo mi mano hasta la mesilla de noche y lo apago.

—Venga, Ari, a levantarse. —Le doy un beso en la cabeza.

—No quiero. —Me abraza más fuerte para que no me escape.

—Ariadna, venga —insisto.

Me quedaría así todo el día, pero tengo que pasar por mi casa para darme una ducha y cambiarme de ropa. No voy a ir oliendo a perros muertos al instituto. Pero antes de hacer todo eso, tengo que mear.

Ari refunfuña y se incorpora sobre la cama. Se estira como si fuera un elástico y da un bostezo que temo que se le raje la cara de abrir tanto la boca. Me quedo embobado contemplándola.

—No me gusta que me veas recién levantada —dice.

—Pero si estás muy sexy.

Ari me mira entornando los ojos.

—Mentiroso.

Hago muecas de burla y ella me pega un manotazo en la tripa.

—Auch —me quejo.

Mi amor se levanta de la cama y busca en su armario la ropa que se va a poner; yo me estiro y me levanto de un salto.

—Enana, me voy a casa a ponerme irresistible. —La abrazo por detrás mientras rebusca entre sus cosas. Noto cómo sonrío y se da la vuelta. Me rodea el cuello con sus brazos y me besa—. Te veo en el insti.

—Ten cuidado —me dice.

Salgo de la ventana y observo toda la calle por si hay moros en la costa. No hay nadie. Me subo a las escaleras y, cuando llego abajo, le sonrío a Ari, que está asomada con los pelos revueltos, y me encamino hacia mi moto.

Ya en casa, mi madre sale de la cocina con una taza de café humeante entre sus manos.

—¿Ahora vienes? —inquire, sorprendida de que no llegue borracho ni con

los ojos inyectados en sangre.

—Pues sí.

Paso de largo, me meto en mi habitación, cojo los vaqueros negros que hay tirados en el suelo, una camiseta blanca y un bóxer negro. Voy al cuarto de baño y me meto en la ducha. Mientras me va cayendo el agua caliente, mi mente se pone a pensar en Ari. Sé que sigue vomitando y quiero ayudarla, pero no sé cómo. Suelto un suspiro, agobiado. No sé por qué hace eso; sabe que se está matando y sigue haciéndose daño a sí misma y a todos los que le rodean.

Termino de ducharme, me visto y me dirijo hacia la cocina para prepararme mis cereales. Mi madre vuelve a atosigarme, seguramente para bombardearme a preguntas de cuando nos vio a Ari y a mí en la fiesta de la espuma que montamos en la cocina.

—Esa chica y tú... —comenta sonriendo, esperando a que yo acabe la frase.

Qué pesada.

—Mamá. —Le lanzo una mirada de advertencia.

—Está bien, se lo preguntaré a ella cuando la vea. —Levanta las manos en posición de derrota y yo suelto un bufido.

—Estamos juntos —suelto para que no le haga ningún interrogatorio a Ari.

Mi madre esboza una amplia sonrisa de orgullo.

—Sabía que te gustaba desde el primer día que entró por la puerta de esta casa.

Por favor, que se vaya y me deje solo. Me siento muy incómodo hablando de mi vida amorosa con esta mujer.

—Deja de molestarme —le digo, y me termino de comer mis cereales.

* * *

Justo cuando aparco a Cassie en la puerta del instituto, me encuentro con un montón de gente reunida.

—¡Pelea, pelea!

A ver si adivino... ¿Una pelea de imbéciles de la ESO que se creen superiores a todos? ¿O quizá sea una matanza de gatas que van vestidas de la misma forma? Me acerco para comprobarlo.

Mierda.

Son Ari y Mónica tirándose de los pelos. Otra vez. Y todos mirando y no las separan. Menuda panda de subnormales hay en este insti. Les pego empujones a los mirones para llegar más rápido a ellas y me encuentro a Diego intentando detener a Ari. Ese gilipollas tiene que estar en todos lados, vaya. Siempre que estamos Ari y yo juntos, no para de mirarnos. Algún día le romperé los dientes.

Dejo de pensar y aparto al Caracartón de un empujón. Separo a Ari de la arpia de su hermanastra, no sin antes llevarme unos cuantos codazos.

—Ya. Se acabó —digo agarrando a Ari con fuerza. Mónica nos mira con desprecio.

¿Qué cojones le han dado ahora por pelearse tanto?

—Gorda —la insulta Mónica, y yo tengo que hacer un esfuerzo por no arrancarle la lengua de un tirón.

Ari la contempla con rabia y la otra se aleja, taconeando con demasiada fuerza, que creo que va a provocar un terremoto.

—¿Qué te ha hecho? —le pregunto a mi novia, y le arreglo el pelo; ella respira con dificultad.

—Nada.

La almorrana se acerca.

—¿Estás bien, Ari?

«Sobras».

—¡No, no estoy bien! —grita ella, roja de furia—. ¡Y dejadme en paz todos de una vez! —Y se mete en el insti corriendo.

Va al baño. La conozco.

Joder.

Hago el intento de salir detrás de ella, pero Diego me coge del brazo, impidiéndome que lo haga.

—Será mejor que la dejes desahogarse sola —me aconseja.

—¿Pero tú eres retrasado o qué? —le espeto—. ¿Es que no sabes lo que va a hacer?

Quiero darle a este tío un guantazo en la cara de mamón.

—No sigue vomitando. Me lo ha dicho.

—Pues para ser su amigo veo que no la conoces tan bien —le contesto. No pienso seguir perdiendo mi preciado tiempo discutiendo con este imbécil mientras Ari tira su vida por el desagüe, así que me piro a buscarla.

Al llegar a la puerta de los baños de las chicas, Ari sale, se me queda mirando sin decir nada e intenta irse, pero yo se lo impido agarrándola del brazo.

—¡Suéltame, Álvaro!

—Quieres acabar conmigo. Es eso, ¿no? —le digo sin soltarla.

—¡Deja de hacerme de niñera! —ladra.

No sé qué cojones le pasa hoy, pero esta no es la Ari que yo conozco. Bueno, a veces tiene mal genio, pero esto ya es demasiado.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Me voy a clase —dice, y huye por las escaleras.

¿Quién me mandaría a mí a meterme en una relación?

* * *

—¿Dónde está Ari? —les pregunto a Sandra, a Chris y a Diego en el recreo.

—Se ha ido a la parte de atrás —me informa mi prima—. Ha estado toda la mañana a la defensiva con nosotros.

Joder.

—¿Tú sabes qué le pasa? —quiere saber Diego, preocupado.

—Ni puta idea. Voy con ella.

Me encamino hacia la parte de atrás del instituto. Ahí está, sentada en el suelo y dibujando en su agenda. Me acerco y me siento a su lado. Ni me mira. ¿Se habrá enfadado conmigo por algo? No le he dado motivos, aunque no hay quien la entienda.

—¿Cómo estás? —le pregunto.

—Estupendamente. —Ha sonado a ironía. Arranca la hoja en la que estaba dibujando y la rompe.

—¿Qué te pasa?

—Que estoy harta de todo. —Suelta su agenda en el suelo y esconde su cabeza entre sus rodillas—. Mi madre me ha vuelto a pillar vomitando. —Levanta su mirada—. Lo sigo haciendo, ¿vale? Y me ha regañado. Estaba la Barbie delante, y cuando he llegado al instituto ha empezado a insultarme diciéndome que voy a acabar en un manicomio. —Se le quiebra la voz y a mí me da un vuelco al corazón—. No puedo con ella, Álvaro. Me ha llamado loca bulímica delante de todos. No puedo más.

La acuno entre mis brazos y se echa a llorar. No sé por qué, pero siempre que venimos a este sitio alguno de los dos acaba así.

—Tranquila, mi pequeña —la calmo acariciándole la cabeza.

Esa Mónica se va a enterar.

Cuando acaba el recreo, dejo que Ari se vaya a clase con sus amigos y me acerco a Mónica y a sus dos lameculos.

—¿Qué quieres, Álvaro? Tengo clase.

—Hablar un momento contigo.

Nos alejamos de sus amigas, que se quedan mirándonos mientras cuchichean.

—¿Y bien? —Mónica se mira las uñas con indiferencia.

—No te hagas la tonta. Deja de molestar a Ari o...

—¿O qué, Álvaro? ¿Me vas a pegar? —me interrumpe soltando una risa sarcástica—. Yo creía que eras de otra forma y te estás convirtiendo en un pelele que sólo va detrás de ella como si fuera tu dueña. Si me dan arcadas cada vez que os veo juntos con esas caras de panolis que ponéis.

Aprieto los puños con fuerza al escuchar sus asquerosas palabras.

«Álvaro, tranquilízate».

—Lo que tú opines me lo paso por la punta de la polla —le espeto—. Quiero que la dejes tranquila, porque como le pase algo por tu culpa, el que te va a hacer la vida imposible voy a ser yo.

Suelta una carcajada.

—Pero mírate. Te tiene domado esa gordinflona, ¿eh?

Respiro hondo.

—Yo sólo te he avisado.

Las tres siguientes horas se me pasan demasiado lentas. Quiero llevarme a Ari lejos de aquí. Me da igual que sea menor y que su madre sea abogada.

—¿Me llevas a tu casa? —me pide Ari a la salida con su vocecita de pito.

—Claro. —Poso mis manos en su rostro y la beso con dulzura. Me doy cuenta de que la arpía de Mónica nos está mirando y haciendo como que tiene arcadas—. Vámonos.

Nos subimos a la moto y la arranco. Me detengo en un paso de peatones y espero a que pasen Mónica y sus esbirros. ¿Las atropello? Sería una buena idea, si no fuera porque me metería en un buen lío.

—Atropéllalas —me susurra Ari como si me hubiese leído el pensamiento, y yo me río.

Cuando las tres cruzan, sigo conduciendo y noto cómo Ari me abraza más fuerte y recuesta su cabeza en mi espalda.

Me encanta tenerla así.

* * *

Cuando hemos terminado de comer arroz tres delicias con rollitos de primavera congelados (hechos por mí, claro), nos hemos venido a mi habitación y estoy más caliente que el fuego de un incendio. Ari me está volviendo loco tumbada sobre mí y besándome por todos lados. Ahora está concentrada en mi tatuaje de la clave de sol que tengo en el lado derecho de la tripa y sé que le pone mucho.

—Me encanta —dice, y lo acaricia con los dedos.

—Ari... —susurro. Toda la sangre de mi cuerpo está concentrada en mi polla.

No es justo que ella pueda disfrutar de mi cuerpo escultural y yo del suyo no. No entiendo por qué no quiere que la acaricie, y mucho menos que la vea en ropa interior. Necesito verla en directo para saber cómo tiene la piel: si está suave, si la tiene igual de blanca que la del rostro... Pero no... Tengo que hacer uso de mi imaginación porque a la señorita le da vergüenza.

Me incorporo y la siento a horcajadas sobre mí. Está notando mi erección y

yo estoy a punto de perder la razón. La beso con desesperación. Necesito sentirla, pero sé que aún no es el momento.

—Álvaro —susurra mirándome con sus hermosos ojos.

Que pronuncie mi nombre de esa forma mientras estoy yo en este estado, hace que se me vaya la cabeza. La vuelvo a besar, esta vez con más calma y disfrutando de ella. Quiero acariciarla. De hecho, voy a intentarlo.

Mientras la beso, cuelo mis manos por debajo de su jersey y, para mi sorpresa, no las aparta, sino que se estremece al sentir mi tacto. Tiene la piel cálida y suave. Recorro las curvas de sus caderas con delicadeza y noto que se le acelera la respiración, al igual que a mí.

—Deja que te vea —le pido con voz ronca.

Ari me observa con sus hipnóticos ojos verdes y traga saliva. Finalmente asiente.

¿De verdad ha asentido? No me lo puedo creer. Voy a comprobar si es la Ari con la que mi cabeza fantasea todas las noches.

La ayudo a quitarse el jersey y lo lanzo al suelo. Lo primero que ven mis ojos son sus tetas. Bueno, tiene un sujetador negro puesto, pero es imposible no fijarse en ellas. Se me seca la boca. Sabía que eran grandes, pero verlas de manera real es la hostia. Observo su piel, tan blanca como si fuera de porcelana. Esta Ari es mejor que la de mis sueños. Joder, ¿por qué cojones se avergüenza si es preciosa? Poso mi mirada en ella y descubro que me está observando con una sonrisa tímida y las mejillas más coloradas de lo normal. Le sonrío embobado. Tengo que tener una cara de salido ahora mismo...

—Te quiero —digo mirándola a los ojos.

—Yo también te quiero.

Paseo mis manos por toda su piel y noto cómo se le va acelerando la respiración. Mis dedos recorren el contorno de su sujetador, haciendo que me ponga como una moto.

Joder, necesito sellar todo su cuerpo con mi lengua y mi polla está pidiendo a gritos hundirse en ella.

Capítulo 69

Ari

—Ari, me estás volviendo loco.

Sonrío viendo cómo Álvaro me observa con detenimiento. Me siento bien. Por fin me he quitado este peso de encima y me ha visto. No sé lo que se le estará pasando por la cabeza, pero por lo que leo en sus expresiones, creo que está pensando barbaridades.

«Está pensando en que eres una gorda».

Ignoro mis pensamientos y apoyo mis manos en su torso, notando cómo le late el corazón. Tan deprisa que hasta me asusta. También aprecio cómo va creciendo su erección conforme me recorre con sus manos. No puedo imaginarme que yo le haga sentir de esa forma.

—Eres preciosa —susurra.

Sonrío como una estúpida y beso sus labios. Mi lengua acaricia la suya lentamente mientras nos caemos sobre la cama. Álvaro se pone encima de mí y empieza a besarme y a acariciarme por todo el cuerpo. ¿Cómo será sentirlo? Yo no tengo prisa y sé que a él no le importa esperar hasta que decida dar ese paso, pero ahora mismo lo que menos necesito es pensar, así que mi mente se concentra en sus labios sobre mi piel.

Ya habrá tiempo más adelante.

* * *

Entro en casa con una sonrisa como si me hubiera esnifado veinte kilos de azúcar. Cada vez quiero a Álvaro más. La gente dice que no nos separamos ni para ir al baño, y a mí me da absolutamente igual lo que opinen.

—Hola —saludo a todos en la cocina.

Me da igual que esté la Barbie Poligonera sentada a la mesa con su expresión de estar oliendo a pedo y que se haya traído sus cosas para instalarse en la habitación de invitados. Hoy nadie me va a amargar lo que me queda de día.

—Hija, ¿qué contenta vienes, no? —A mi madre se le van a salir los ojos de las órbitas.

¿Tan raro es que esté feliz?

Me siento a la mesa con todos mientras mi madre y Alfonso terminan de hacer la cena.

—¿Habrás usado protección, no? —inquire el gilipollas de mi hermano en un susurro; yo lo taladro con mi mirada.

—Imbécil —mascullo.

Mi madre coloca un plato con un filete de pollo y verduras delante de mis narices y empezamos a cenar. Noto que la Barbie tiene su mirada diabólica clavada en mí. No va a conseguir sacarme de quicio.

—¿Y tu novio? —inquire, la muy estúpida—. ¿Está esperándote en tu habitación? ¿O ya se ha ido a su casa? Que tenga cuidado al subirse a las escaleras, vaya que se caiga y se quede en el sitio.

Zorra.

—No sé de qué estás hablando —le contesto haciéndome la tonta, y me como un trozo de zanahoria.

Miro de reojo a mi madre, que está comiendo muy callada. Imagino que va a creer a la Barbie Poligonera y a mí me va a echar la bronca del siglo. Adiós a Álvaro y adiós a mis visitas nocturnas.

—Dais una grima juntos... —murmura la Barbie.

—Mónica —le advierte su padre.

Al terminar de cenar, tengo la intención de dirigirme a mi habitación, pero mi madre me pillá por sorpresa y me impide que suba a la planta de arriba.

—¿Qué?

—Hija, siento mucho que tengas que soportar a esa niña, pero no nos queda otra opción. ¿Lo entiendes, verdad?

Estoy oliendo una regañina que se va aproximando cada vez más.

—Claro —respondo con una sonrisa falsa.

—Y otra cosa más... Llevo días haciéndome la tonta viendo a un chico subir a tu habitación.

¿Un chico? ¿Desde cuándo mi madre llama a Álvaro así? ¿No era «el delincuente» o «el *quinqui*»?

—Sí, y ahora me vas a echar la bronca.

¿Para qué voy a molestarte en inventarme una mentira?

—No, hija. Sólo quiero decirte que en vez de entrar por la ventana, que lo haga por la puerta de casa como hacen todas las personas —dice, y yo me quedo pasmada ante su amabilidad—. No me voy a meter en vuestra relación o lo que tengáis entre vosotros, pero me gustaría conocerlo más.

Creo que no he oído bien. Esto es surrealista.

—Pero si no lo soportas.

—Puedo hacer el esfuerzo. —Se encoge de hombros y me da un beso en la

frente—. Salúdalo cuando subas y no hagáis nada raro. —Me señala con el dedo como señal de advertencia antes de volver a la cocina.

Estoy flipando en colores. ¡Mi madre es toda una moderna!

Subo al baño como una bala, hago lo de siempre y me encamino hacia mi habitación con la cara de póker aún.

—¿Y esa cara? —pregunta Álvaro acariciando a Moon en mi cama, algo que también me parece extraño porque se llevan muy mal.

—Mi madre sabe que estás aquí —le informo. Me siento a su lado y Álvaro abre los ojos como platos—. Dice que te salude de su parte y que no hagamos nada raro.

—¿Qué hablas, Ari? Va a venir a echarme en cualquier momento. No me fío de ella, así que antes de que me corte la polla sin haberla usado contigo, será mejor que me vaya.

Al oírlo se me calientan las mejillas.

—No creo que te eche. No parecía enfadada. Es más, me ha dicho que quiere conocerte mejor.

Álvaro me mira como si le estuviera contando un chiste horrible.

—Estás de coña.

—No. O no sé. ¿Vemos algún capítulo de algo?

—Pues venga, pero no pongas los vampiros cutres de siempre —me dice refiriéndose a *Crónicas Vampíricas*.

—No son cutres —replico, y cojo mi portátil. Busco alguna serie que le pueda gustar y decido poner *New Girl*.

—¿Y esa de qué va?

—No la he visto aún, pero trata sobre una chica que rompe con su novio y se va a vivir con tres tíos.

—¿Y se montan una orgía?

Pongo los ojos en blanco. Menuda mente más calenturienta que tiene.

—No. Cállate.

Pincho en el primer capítulo y nos da tiempo a ver unos cuantos más hasta que se se marcha a su casa.

* * *

Salgo del instituto y me encamino hacia mi casa con Chris y Diego; la Barbie nos sigue por detrás. Ahora tengo que soportar su asquerosa presencia durante el camino todos los días. A pesar de que Álvaro me haya pedido casi de rodillas que me vaya a comer otra vez a su casa, le he respondido que no. Me parece ya abusar. A Diego lo he visto un poco decaído durante el día, así que luego le haré

una visita a su casa para que me cuente lo que le pasa.

Nos despedimos y entramos cada uno a nuestra casa. Dejo la puerta abierta para que pase la reina de las poligoneras, subo las escaleras y dejo la mochila en mi habitación. Bajo a hacer el intento de comer el experimento extraño que ha hecho el noviete de mi madre, que se trata de una sustancia verde demasiado pastosa. Qué asco. ¿Cómo quieren que coma si me preparan esta porquería? Sin embargo, no protesto y lo engullo sin levantar sospechas como si fuera el mejor plato del mundo. Al terminar, hago mi ritual y me meto en mi cuarto para pesarme.

Cuarenta y nueve.

Ya me queda menos. Tengo la sensación de que estoy menos hinchada, pero me sigo viendo igual de gorda.

Decido ir a casa de Diego. Cruzo la carretera, me planto en su puerta y toco el timbre.

—Hola, Ari —me saluda Blanca muy sonriente, que la han contratado en el instituto para dar Historia, ya que la profe amargada que había se ha ido, algo que me parece genial porque creo que me costará menos aprobar.

—Hola, Blanca. ¿Dónde está Diego?

—Está en su cuarto. Pasa.

Entro y subo hasta la habitación de mi amigo.

—¿Diego? ¿Puedo pasar? —pregunto. Abro la puerta y lo encuentro tirado en su cama, mirando al techo y con los ojos rojos. Cierro tras de mí—. ¿Qué te pasa? —Me tumbo a su lado. Tiene en la mano la pelota antiestrés que me dejó en el avión cuando nos fuimos de vacaciones.

—Natty me ha dejado. Dice que no puede estar con alguien que vive a kilómetros de ella.

—Vaya... Lo siento mucho. —No sé qué decirle—. Con lo bien que os iba... ¿No podéis arreglarlo de alguna forma?

—No lo sé, Ari. —Suelta un suspiro.

De repente, me llega un mensaje al móvil.

DON CHULITO: «Enana, ¿te apetece ir a algún sitio hoy? Como no has querido venirte a comer conmigo, pues estoy muy aburrido. Te recojo ahora»

Mierda. ¿Ahora qué le digo?

—Es Álvaro, ¿verdad? —Diego me mira y yo asiento con la cabeza. No lo puedo dejar solo con su mal de amores; debo estar con él.

YO: «No puedo. Diego lo está pasando mal y necesita que esté con él. No te importa, ¿verdad?»

Se va a poner hecho una furia.

Tarda en responder. Lo ha visto, pero no escribe nada. Creo que ha revoleado el móvil por la ventana. O eso, o se ha enfadado y no quiere contestarme.

Escribiendo...

DON CHULITO: «Claro, Ariadna. ¿Cómo me va a importar? ¿Te parece bien que llame a tu querida hermanastra y me entretenga un rato con ella mientras tú estás entreteniéndote con ese tío?»

Esto es increíble. La furia se apodera de mí y apago el móvil sin contestarle. Que se joda. No tiene por qué ponerse de esa manera cuando simplemente estoy animando a un amigo. Menudo capullo. Y encima intenta ponerme celosa con la Barbie.

Bufo.

—¿Qué te pasa, Ari?

—Nada, que mi novio es imbécil. Eso es lo que pasa.

Diego sonrío sin ganas.

—¿Se ha enfadado porque te has quedado conmigo? Yo no quiero ser una molestia.

—¿Pero qué dices? Si tú eres mi amigo. Tiene que entenderlo —le digo, y le quito la pelota amarilla para estrujarla—. Yo quiero una.

La verdad es que me deja más tranquila al apretarla. Esto me podría servir contra la ansiedad y mis ataques de paranoias que me dan a veces.

Diego abre el cajón de su mesita de noche y saca una pelota exactamente igual que la que tengo yo entre las manos.

—Para ti. —Me la tiende; yo le devuelvo la suya y cojo mi nuevo juguete.

—Gracias. —Sonrío como una niña pequeña con una piruleta y abrazo a mi amigo. Noto que Diego se pone tenso, pero enseguida se relaja.

—Gracias a ti por ser mi mejor amiga —susurra.

¿En serio me está diciendo «gracias» por ser su amiga? Qué mono.

—Ahora a animarse —digo, y me separo de él—. Vamos a visitar sitios, que todavía te tengo que enseñar muchas cosas de Málaga.

Diego sonrío, resaltando su hoyuelo de la barbilla.

—Está bien.

Me levanto de su cama y lo obligo a hacer lo mismo, arrastrándolo de los

brazos. Se ríe.

—No puedo contigo, pesas mucho y yo no tengo fuerzas para levantarte.

—Porque eres muy pequeñita —contesta sonriendo.

Nos marchamos de su casa para recorrer toda la ciudad y rezo para no encontrarme a Álvaro por el camino, porque estoy muy enfadada con él por su patético ataque de celos.

* * *

Después de haber estado todo el día con Diego, me encuentro en mi habitación, leyendo tumbada en mi cama. He conseguido animarlo, aunque haya sido sólo un poco. No he encendido el teléfono en todo el día. Álvaro estará como loco, pero me da igual; no tiene ningún derecho a enfadarse. He cerrado la ventana entera porque no quiero que me moleste. Que se joda.

Poso mi vista sobre el reloj de la mesita de noche, que marca las nueve y media. No creo que Don Chulito aparezca por aquí, pero si lo hace, no le pienso abrir.

Después de quince minutos leyendo, oigo golpes en la ventana.

—Ari —me llama, y vuelve a tocar la ventana—. Ábreme, por favor.

Ni hablar. Por mí como si está toda la noche aporreando el cristal. Agarro la pelota de Diego y empiezo a apretarla.

Estoy nerviosa.

Capítulo 70

Álvaro

Ari no me abre, aunque la entiendo. No tendría que haberme puesto de esa manera cuando se ha tenido que quedar con la almorana. Soy un capullo. Me merezco que me haga el vacío, pero no puedo soportarlo. Me estoy volviendo loco.

Estoy sentado en su tejado fumándome un cigarro porque estoy nervioso. Quiero que me abra y sé que no lo va a hacer ni aunque estuviera cayendo una tormenta. Siempre la cago con todas las personas que me importan. Soy un estúpido que va a acabar solo por los putos celos y el orgullo.

Y no quiero acabar así. Quiero que ella esté conmigo. Es más, necesito que esté conmigo.

Doy otra calada.

¿Qué estará haciendo? ¿Estará dormida ya? No creo. Se acuesta muy tarde porque no puede dejar un capítulo de un libro a medias. Estoy seguro de que me comparará con los protagonistas superperfectos que tratan a sus novias como auténticas princesas. Yo no soy así, ni por asomo, pero puedo intentarlo.

El sonido de la ventana interrumpe mi monólogo interior. Me doy la vuelta y veo a Ari asomada.

—Anda, entra —me dice.

Lanzo la colilla y me cuelo en su habitación. Permanece en pie con los brazos cruzados, contemplándome, y yo estoy intentando descifrar su expresión. No me queda ninguna duda de que está cabreada.

—Lo siento —logro decir, pero sigue sin articular palabra, así que me acerco a ella—. Perdóname, enana. —Poso mis manos en su rostro y miro sus preciosos ojos—. Soy un imbécil. Siento mucho lo de antes.

Aparta mis manos de su cara.

—No, Álvaro. Tienes que entender que Diego es mi amigo. No te puedes poner a la defensiva cada vez que estoy con él. No comprendo la manía que le tienes.

«Que es un estúpido y babea por ti», pienso, pero me lo callo.

—Perdóname. Intentaré no ponerme de los nervios cada vez que lo vea. —La miro fijamente, pero no sé si me cree—. Me llevaré bien con él por ti.

—Es que... Joder —masculla—. Si Mel te necesitara a ti, yo dejaría que estuvieras con ella.

—Lo siento, Ari —vuelvo a disculparme—. No soporto que estés enfadada conmigo. Te necesito. Por favor, perdóname.

Ari me sigue observando, pero cada vez se le va suavizando más la expresión.

—Está bien, te perdono. Y ahora, bésame.

Sonrío de medio lado, me acerco a ella y planto mis labios en los suyos mientras nos abrazamos.

—Te quiero mucho —susurro.

—Te quiero yo más —dice, y yo suelto una carcajada.

—Sobredosis de azúcar no, por favor.

* * *

Después de haber estado un rato en la habitación de Ari, toca irme a mi casa, pero para mi sorpresa, las escaleras han desaparecido de su ventana. Mierda. ¿Ahora qué hago?

—Pues te vas a tener que ir por la puerta —me dice mi amor.

—Ni de coña. —Diviso un árbol que hay al lado del tejadillo y lo señalo—. Voy a bajar por ahí.

—Ni se te ocurra, Álvaro. Te vas a matar.

—Las malas hierbas nunca mueren. —Le doy un beso—. Te quiero, enana.

Me piro de su habitación y camino por el tejadillo. Me subo al árbol y, conforme voy bajándolo, distingo entre la oscuridad a una figura observándome desde el porche.

Hostia puta. La madre de Ari.

Mis manos no me obedecen y me suelto del árbol por el susto.

Joder, si no muero desangrado, moriré descuartizado por esa mujer y le echaré mis trozos a los perros callejeros. O peor aún, los quemará y los tirará por ahí. ¿Tantas cosas me da tiempo a pensar mientras mi delicioso culo se estampa contra el suelo?

—Auch —me quejo al sentir el porrazo en mi trasero, que creo que me lo he roto. Alzo mi vista hacia la ventana de Ari y no la encuentro.

Menuda traidora. Me ha dejado solo ante el peligro de la sargento, que se está acercando a mí.

Me levanto del césped, con mi culito de bebé doliéndome un huevo.

—Esto... —balbuceo mientras la mujer me mira de arriba abajo con animadversión—. Hace buena noche, ¿verdad? Yo me voy a mi casa, que mi

madre estará preocupadísima por mí.

Esta mierda no hay quien se la crea.

Pero Lucifer no permite que me vaya, sino que me agarra de la oreja como si fuera su niño pequeño que le acaba de romper el jarrón más caro del salón. La muy bruta me hace daño y me está clavando las uñas.

—No tan rápido, muchachito —me dice, y suelta mi preciosa oreja—. ¿Qué te crees? ¿Que no me doy cuenta de que vas a visitar a mi hija todas las noches?

Trago saliva. Adiós al romanticismo de la relación.

—Me gusta asaltar casas —respondo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Y por qué no entras por la puerta? ¿Qué quieres? ¿Darle un disgusto a mi hija si te caes y te das en la cabeza?

No entiendo a esta mujer y sus cambios de personalidad.

—Lo controlo, señora.

—Mañana te vienes a cenar a casa. Quiero saber si eres bueno para ella —dice, o más bien, me lo ordena.

—Claro —contesto con un hilillo de voz, y ella me vuelve a coger de la oreja. Encima de que las tengo grandes, ahora con sus tirones voy a parecer un elfo.

—Y como le hagas daño, olvídate de tu pequeño tesoro que tienes entre las piernas —me amenaza con ojos terroríficos.

¿Mi pequeño tesoro? Cómo se nota que no me la ha visto dura.

—Eh... Claro —vuelvo a decir.

Me suelta la oreja.

—Buenas noches —se despide de mí y entra en su casa.

¿Esta mujer está bien de la cabeza? Ya sé a quien ha salido Ari en el carácter.

Mientras me dirijo a mi moto, maldigo el dolor que me ha dejado en la oreja. Joder, un poco más y se queda con ella en la mano.

* * *

—Canta otra.

—Me voy a quedar afónico por tu culpa y no voy a poder enseñarle al universo entero mi talento y mi carita tan mona.

Ari sonrío poniendo los ojos en blanco.

Estamos en nuestra pequeña playa, donde nos hemos venido después del instituto y de comer cada uno en su respectiva casa. Le he pedido que se viniera a la mía, pero otra vez no ha querido, la muy tozuda, y esta noche me toca el interrogatorio de su madre. Ari se ha quedado flipando cuando se lo he contado y me ha sugerido que responda con tranquilidad y educación, como si yo supiera

lo que es eso.

—¿Desde cuándo tocas la guitarra? —me pregunta, curiosa.

—Desde los quince.

—¿Y aprendiste tú solo o fuiste a clases particulares?

—Yo solo. —Sonrío, dándome golpecitos en el pecho, orgulloso de mí mismo.

—¿En serio? ¿Y el piano también?

—Eso fue de los cinco a los once. Mi madre me apuntó a clases porque me vio embobado mirando uno en una tienda de instrumentos, aunque al imbécil de mi no-padre no le hacía mucha gracia.

—Qué guay —dice—. ¿Y luego te quitaste?

Joder, qué preguntona.

—Sí, ya sabes. La adolescencia. —Sonrío—. Aunque en mi casa de Madrid tenemos un piano de cola y siempre lo tocaba.

Ari se queda atónita.

—¿En serio? ¡Pero si eso es carísimo!

—Ya —contesto, y decido cambiar de tema—: Bueno, venga, ¿cuál quieres que cante?

Me he aprendido todas sus canciones favoritas de memoria. Son unas cursiladas, pero si a ella le gustan, no me importa cantárselas... Aunque hay algunas que, si te paras a pensar en la letra, están bastante bien.

—¿Te sabes la de *The one that got away*, de Katy Perry?

Joder, sí que me la sé. Incluso antes de enterarme de que era su favorita de esa cantante. La descubrí en mis meses de oscuridad cuando pasó lo de Mimi. La letra me hace sentirme como una puta mierda y no sé si voy a poder cantársela.

—¿Álvaro? —Ari me contempla, esperando una respuesta.

Agarro mi guitarra y toco los primeros acordes de la versión lenta. Ya me está costando. Empiezo a cantarla, acompañado de la melodía de la guitarra y del sonido de las olas mientras Ari me mira con atención. Cuando llego al estribillo, se me forma un nudo en la garganta, pero sigo cantando. Esta canción me trae demasiados recuerdos. Se me escapa una maldita lágrima, y luego otra, pero no me detengo hasta que la acabo.

Ari se acerca a mí y atrapa mis lágrimas.

—Te has emocionado —comenta, y yo intento sonreír.

—Es que... Joder. Es la puta letra. —Suspiro y me froto los ojos.

—Me ha encantado, Álvaro. Me has hecho sentir mogollón de cosas por dentro, y encima la cantas de esa forma... Uff. —Se sube la manga de su camiseta y me enseña su brazo—. Los pelos de punta.

Esbozo una sonrisa. Siempre me dice que se le ponen los pelos de punta

cuando me escucha. Y a mí me encanta.

—¿Vamos al interrogatorio? —me pregunta.

—Qué remedio. —Me encojo de hombros. Si tengo que ser sincero, estoy cagado—. Pero antes voy a dejar a uno de los amores de mi vida en mi casa.

—¿Qué?

—La guitarra, Ari.

Suelta una carcajada.

—¿Y tienes más amores?

—Claro. Mi guitarra, mi piano, mi moto y mi polla.

—¡Imbécil! —exclama, y me da un manotazo en la barriga—. ¿Y yo qué?

—¡Hostias! —Me doy una palmada en la frente como si se me hubiera olvidado.

—¿Hostias, qué?

La miro a los ojos.

—Voy a ponerme cursi por ti —digo—. Tú, además del amor de mi vida, eres mi vida entera.

Se ríe. Ha sonado más cursi de lo que esperaba. Puta sobredosis de azúcar.

—Qué bonito. Pero es muy empalagoso.

—Es tu culpa.

Se acerca a mí y me besa con ternura.

Estoy preparado para el interrogatorio de Lucifer. O no...

Capítulo 71

Ari

Nos miramos, respiramos hondo y nos empezamos a reír como dos idiotas frente a la puerta de mi casa. Álvaro está sudando la gota gorda y me dice que no está nervioso, pero no me lo creo. Le da pánico estar con la sargento de mi madre en un mismo sitio.

—¿Habrá envenenado la comida? —me pregunta, y yo me echo a reír.

—No es tan mala, pero si te entra diarrea después de esta noche, tendré que cambiar mi opinión acerca de ella.

La expresión de Álvaro es de puro espanto.

—No me jodas, Ariadna LeBlanc.

—No me jodas, Álvaro Aitor.

—No me llames así. —Hunde su dedo en mi moflete.

—Vamos a entrar ya, Don Cagón —le digo, y entrelazo mi mano con la suya mientras nos dirigimos a la puerta—. ¿Te habrás traído unos calzoncillos de repuesto, no?

—Ja, ja, ja —ríe con ironía, y yo le saco la lengua.

Abro la puerta y entramos en mi casa.

—Mamá, ya estamos aquí —anuncio. Huele a pollo al horno.

Mi madre sale de la cocina como una exhalación.

—Hola, chicos —nos saluda muy simpática, y le da dos besos a Álvaro, que se queda de piedra sin saber qué hacer.

—Hola, señora —logra decir, y yo ahogo una risita porque no le pega nada ser educado.

—Venid a la cocina, que está todo listo.

—Creo que no se ha tomado la medicación hoy —le susurro a Álvaro sin que la sargento me oiga, encaminándonos hacia la cocina.

Vemos a mi hermano con su novia, a Alfonso y a la Barbie Poligonera con John, sentados a la mesa. ¿Qué pinta John aquí?

—Sentaos —nos ordena mi madre.

Miro a Álvaro y tengo la sensación de que quiere salir corriendo de aquí, pero en lugar de eso, se sienta en una silla, al lado de mi hermano, respirando hondo. Yo me coloco a su lado y mi madre preside la mesa. Estoy un poco

cagada yo también.

Comenzamos a comer y mi madre rompe el fabuloso silencio.

—¿Te gusta el pollo, Álvaro?

Álvaro. Qué raro oírle llamarlo por su nombre.

—Está muy rico —dice él sonriendo de oreja a oreja, aunque nervioso. Pobrecito.

—Y, cuéntame, ¿qué vas a hacer cuando acabes el instituto?

Ya empieza el interrogatorio. Espero que Álvaro le mienta diciendo que va a estudiar una carrera. O mejor no, que sea sincero.

—Todavía no lo he pensado —contesta muy tranquilo, y se come un trozo de pollo.

—Le gusta la música —suelto yo, y todos me miran, incluido Álvaro, con expresión indescifrable.

—¿La música? —Mi madre enarca una ceja, sorprendida.

—Bueno, sí —interviene Álvaro sintiéndose presionado—. Igual estudio algo relacionado con ello, pero no lo tengo decidido.

Sé que a mi madre no le gusta esa contestación por cómo lo está juzgando con la mirada. Los demás nos estudian con atención mientras comen. Estoy por traerles un cubo de palomitas.

Álvaro continúa comiendo con tranquilidad y yo me estoy inquietando.

—¿Y tus padres? ¿A qué se dedican?

Oh, no, esa pregunta no.

—Mi madre trabaja de camarera en un bar.

Esto sí que no le va a gustar nada a la sargento.

—Camarera —repite ella, asqueada—. ¿Y tu padre?

Mierda.

—No tengo padre —responde Álvaro muy, pero que muy sereno, y yo entrelazo mi mano con la suya bajo la mesa. Sé que no le gusta hablar de su vida personal, y menos delante de extraños, pero está haciendo un esfuerzo muy grande por mantener la compostura.

—Ah —musita mi madre—. ¿Y tienes hermanos?

Álvaro se pone bastante tenso.

—Una hermana. De cinco años. —Le ha costado decirlo y me está apretando la mano con fuerza.

La Barbie se mete en la conversación.

—¿Qué se supone que has visto en esta para ir en serio con ella? —cuestiona señalándome con su cabeza.

Zorra.

Álvaro dirige su mirada hacia ella, como si estuviera planeando

descuartizarla con el cuchillo que sostiene su mano.

—Mónica, compórtate —la riñe su padre.

Quiero salir de aquí.

—Contesta, Álvaro —interviene mi madre—. ¿Qué has visto en mi hija?

Seguro que estará compinchada con la reina de las poligoneras. Sin embargo, siento curiosidad por su contestación. ¿Qué habrá visto Álvaro en mí?

Mi mano continúa entrelazada con la suya a la vez que lo miro con atención.

—Es la mejor chica que he conocido en mi vida, ¿te parece poco? —dice mirando a la Barbie, y luego a mi madre—. Es la única que me entiende, que me apoya y que me hace feliz. Cuando estoy con ella, se me olvida la mierda de vida que he tenido desde que nací.

Me derrito en este mismo momento. Puedo oír los suspiros de todos alrededor de nosotros y puedo ver unicornios de color rosa volando por los aires. Mi madre lo mira, atónita, y Álvaro le enseña todos los dientes, orgulloso de sus palabras. La Barbie finge que le dan arcadas junto con John, que creo que está liado con ella, por eso ha venido.

—Vaya —logra decir la sargento. Toma ya, la ha dejado sin palabras.

Alfonso interrumpe la incomodidad que se acaba de formar.

—Álvaro, eres de Madrid, ¿verdad? ¿Cómo es vivir por allí?

Suspiro de alivio y Álvaro nos cuenta cómo es Madrid, diciendo que la echa de menos, que es muy grande, que es una ciudad en la que nunca te aburres...

Al final no está yendo del todo mal la cena. Y yo que me creía que íbamos a morir lenta y dolorosamente...

* * *

—A mi madre te la has camelado —digo.

Álvaro y yo nos hemos venido fuera y estamos sentados en los escalones del porche, mientras se fuma un cigarro para mitigar su acumulada ansiedad de la cena. Mi madre, aunque le haya costado lo suyo, lo ha aceptado. Incluso le ha dicho que si alguna vez necesita una abogada, que la llame, que no le cobra honorarios. Qué fuerte, con lo obsesionada que está con el dinero.

—Porque soy demasiado adorable —me responde Álvaro, y le da una calada a su cigarro.

—Me iba a morir cuando te ha preguntado eso la Barbie.

Suelta una carcajada.

—Pero te has derretido con lo que le he contestado.

—Ha sido muy bonito. —Apoyo mi cabeza en su hombro, esperando a que se termine su cigarro.

—Pues es la verdad. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Ari.

Lo miro y acerco su rostro al mío. Después, junto mis labios con los suyos y me pierdo en su boca.

—Detesto que sepas a tabaco cuando te beso —le digo al separarme, y Álvaro sonrío.

—Te aguantas. Necesito fumar como el comer.

—Eres tonto —murmuro, y él tira la colilla al suelo—. No la tires ahí, que mi madre se va a volver loca.

—Perdona, es la costumbre. —Coge el cigarro y se levanta; yo hago lo mismo—. Me voy ya, enana.

—No conduzcas muy rápido. —Me abrazo a su cuello y lo beso.

—Mañana te veo en el insti.

—Hasta mañana.

Se dirige a su moto, la arranca, se pone el casco, me sonrío y se va.

* * *

Me duele la barriga, la cabeza y todo me da vueltas. Me siento mareada y me arde la garganta. Anoche, cuando Álvaro se fue, vomité toda la cena. En cuanto llegue a los cuarenta y cinco kilos, paro de hacer esto. Lo prometo.

Me levanto de la cama, preparo mi ropa y me meto en la ducha. Al acabar, me visto y me miro al espejo. Cada vez tengo más ojeras. Cojo el corrector de mi madre y me lo paso por debajo de los ojos, haciéndolas desaparecer. Nunca me he echado maquillaje, pero es que si no lo hago en estos momentos, voy a parecer un zombie.

Me despido rápidamente de mi madre para que no me regañe por no haber desayunado, y me encuentro con Diego y Chris, que están esperándome.

—Hola —los saludo, sonriente, con la pelota amarilla en la mano.

—¿El interrogatorio de anoche fue bien? —quiere saber Chris, dirigiéndonos hacia el insti.

—Genial, no terminamos en una matanza —les cuento, y miro a Diego—. ¿Has vuelto a hablar con Natty?

—Sigue en las mismas.

Continúo contándoles cómo fue la cena de anoche hasta que llegamos al matadero.

—¡Maricón! —escuchamos gritar a alguien cuando atravesamos el patio, y noto que Chris se pone tenso porque se lo han dicho a él.

Nos giramos hacia los culpables y vemos a John junto con otros dos niños, riéndose. Menuda panda de inmaduros. Me acerco a ellos, decidida, para

defender a mi amigo.

—¿Vosotros os creéis muy graciosos, no? —les espeto mirándolos con rabia y apretando la pelota antiestrés con fuerza.

Los niños se sorprenden ante mi comportamiento.

—¡Cuidado con esta, que desde que se ha echado novio se cree muy chulita! —exclama el que creo que es el más gracioso de los tres. Chris, Diego y Sandra se acercan a mí.

—Ari, déjalos —me susurra Chris.

—¡No voy a consentir que os metáis con mi amigo! —les chillo a los niños señalándolos con el dedo, y se echan a reír como retrasados. Noto que un brazo me rodea los hombros. Es Álvaro y les está dedicando una mirada de advertencia.

—¿Qué te pasa con estos, enana? —me pregunta mi novio sin apartar su vista de los tres.

—Nada, Álvaro.

No quiero que se pelee, así que me suelto de él y me voy con mis amigos. Álvaro les lanza una última mirada y viene a mi lado.

—Ari, no tenías por qué defenderme —me dice Chris—. Si aquí todos los días son iguales. Cuando no se meten contigo, se meten conmigo, y cuando no, le dan por otros. Así son.

—Es que me da mucha rabia —le contesto.

—Venga ya, Doña Peleona —interviene Álvaro, que me rodea la cintura con su brazo—. Que no quiero que te expulsen otra vez.

Suena la campana, me despido de Álvaro con un beso y entro en clase con mis amigos.

* * *

No tengo ganas de hacer Educación Física hoy. Ya iré esta tarde al gimnasio, que hace ya muchos días que no me presento. Le he dicho al profesor que tenía la regla, cosa que es mentira porque me falta todavía una semana, y ahora estoy tumbada en uno de los bancos del patio, tomando el sol con la pelota de Diego en mi mano y la cabeza recostada en los muslos de Álvaro, que se ha saltado la clase que tenía.

—¿Qué usas? ¿Tapones o pañales? —me pregunta mirándome a través de sus *Ray-Ban* de imitación, y yo me pongo colorada.

¿Y a él qué le importa?

—No es de tu incumbencia.

—Claro que sí. Imagínate que un día te la meto sin querer y me encuentro

con algo por el camino.

—¡¡¿Qué?!! —exclamo, y me incorporo; él empieza a sufrir un ataque de risa.

¿Pero por qué tiene que soltarme esas burradas? ¿Este tío está bien de la cabeza?

—Tranquila, enana. No te pongas así. Que lo haré cuando me des permiso, mientras, no.

No puedo con él. Es un imbécil, un arrogante, un estúpido... Pero también es demasiado adorable y lo quiero mucho.

—No tienes remedio. —Niego, poniendo los ojos en blanco.

—Ay, mi Heidi. —Me acerca a él y me llena de besos la mejilla; yo sonrío como una gilipollas—. ¿Y esa pelota? Llevas todo el día con ella.

Uy, ¿y ahora qué le digo?

—Me la ha regalado Diego. Es para que no me ponga nerviosa. —Lo contemplo para descifrar su reacción y me doy cuenta de que está apretando los labios.

—Ah, qué majo, ¿no? —comenta.

—Sí, majo.

Parece sereno.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer hoy? —pregunta cambiando de tema.

—Igual voy al cine con todos esta noche. ¿Te apuntas cuando salgas de trabajar? Empieza a las diez.

—Contigo me apunto hasta para ir a ver una competición de monos cagando. Hago una mueca de asco; entonces decido soltar la bomba.

—Esta tarde voy a ir al gimnasio.

Me mira, serio.

—No vas a ir.

—¿Cómo?

—Que no vas a ir.

Venga ya, ahora me va a decir lo que tengo que hacer.

—¿Me lo dices en serio, Álvaro? —Se me está hinchando la vena diabólica.

—Sí.

Respiro hondo. No es nadie para prohibirme nada.

—¿Y por qué no puedo ir?

—Porque no, Ari. No quiero que te pase nada.

Esto es increíble.

—¡No eres nadie para controlarme! —estallo. No me he podido resistir—. ¡Si quiero ir al gimnasio, pues voy! ¡Y tú no tienes por qué impedírmelo! —Estoy apretando tan fuerte la pelota que creo que la voy a dejar plana.

—Ari, cálmate —dice como si yo estuviera loca—. No te estoy controlando. Sólo me preocupo por ti.

—¡Venga ya! ¡Eres un posesivo de mierda! —Lo miro, echándole cuchillos por los ojos. Me da igual si nos están mirando los compañeros de clase—. ¡Yo hago lo que me da la gana! —Me levanto del banco y me voy corriendo a algún lado del instituto donde Álvaro no pueda encontrarme hasta la hora de la salida.

Me quiere controlar. Esto ya es para reírse. ¿Pero quién se ha creído que es? Menudo estúpido. Me encierro en uno de los baños individuales y aprieto la pelota con fuerza. Como se le ocurra venir, lo mato.

Cuando pasan los veinte minutos que quedan, sigo en el baño. No ha venido a buscarme ni a pedirme perdón. Mejor, porque no lo necesito. Bueno, sí lo necesito, y me habría gustado que hubiera venido detrás de mí, pero no lo ha hecho y me siento como una mierda.

Aunque no haya comido nada en todo el día, intento vomitar, pero no sale nada y espero a que esté el instituto vacío para salir del baño y no encontrarme con nadie.

Capítulo 72

Álvaro

Me siento como una jodida mierda. Yo sólo quería ayudar a Ari; mis ojos no quieren asimilar que cada vez la están viendo más delgada. No quiero que le pase nada. Me da miedo que se desmaye mientras está haciendo ejercicio, porque sé que no tiene nada en el cuerpo que le dé energía. Debería haber salido corriendo detrás de ella, pero en lugar de eso, me he salido del instituto, cabreado y dolido, porque no sé lo que puedo hacer para sacarla de esa mierda.

Ahora estoy en el trabajo y con la cabeza en otra parte, como me pasa siempre. No sé nada de ella. La he llamado para intentar disculparme, pero me ha saltado el buzón de voz. Y lo peor de todo es que me ha llamado «posesivo».

No soy posesivo, joder. Sólo la quiero cuidar y que esté bien de una maldita vez.

Hay demasiados clientes y yo tengo ganas de mandarlos a todos a tomar por culo, pero me aguanto, fingiendo la mejor de mis sonrisas.

Cuando termina mi turno, cojo mis cosas, pero primero tengo que mirar el móvil.

—Álvaro, ¿te puedes quedar una hora más? —me interrumpe mi jefa—. Hay mucha gente hoy y me faltan manos.

No le hago caso y descubro veinte llamadas perdidas. Qué raro. También tengo varios mensajes, y me da un vuelco al corazón cuando en todos pone lo mismo.

«Ari está en el hospital»

Se me escurre el móvil de las manos, el corazón amenaza con salirse de mi pecho y me cuesta respirar.

—Álvaro, ¿estás bien? —Mi jefa se agacha y coge mi móvil del suelo.

—Tengo que irme. —Agarro mi teléfono y me marcho pitando del McDonald's.

Me falta el aire.

«No le ha pasado nada», «No le ha pasado nada», «No le ha pasado nada», me repito a mí mismo caminando hacia mi moto.

Apoyo las manos en el sillín e intento respirar con normalidad. Estar nervioso no me va a facilitar las cosas. Tengo que llegar lo más rápido posible y asegurarme de que está bien. Quiero que esté bien. Tiene que estar bien. Me coloco el casco y arranco a Cassie. Conduzco sobrepasando el límite de velocidad y rezo para que no me pille ningún policia.

Tengo que llegar.

«Ari está bien», «Ari está bien», «Ari está bien».

Llego al hospital, aparco la moto en un abrir y cerrar de ojos y entro como un cohete. Por el camino me encuentro a Diego.

—¿Dónde está? —le pregunto, atacado de los nervios y con lágrimas en los ojos.

—En la tercera planta. Está bien —me asegura, y consigue aliviarme un poco.

Subo, acompañado de Diego, y veo a la familia de Ari, a mi prima, a Chris y a David.

—¿Qué le ha pasado?

David es el que lo explica todo.

—Se ha desmayado. Estaba en el gimnasio haciendo bici estática y, de repente, la he visto tirada en el suelo, inconsciente.

Me paso las manos por el pelo, inquieto.

—Pero está bien, Álvaro. —Sandra coloca su mano en mi hombro—. Ahora está descansando.

—No está bien... —digo, y mi prima me abraza.

La madre de Ari sale de la habitación.

—Chicos, os tenéis que ir a casa, vuestros padres estarán preocupados. Venid mañana, cuando mi hija esté despierta.

Todos asienten menos yo.

—¿Puedo verla? —le pregunto a su madre.

—Sólo un poco, pero no la despiertes. Tiene que dormir.

Entro en la habitación, y ahí está mi amor, tumbada en la cama profundamente dormida. Me acerco a ella y le beso la frente.

—Te quiero —le susurro, aunque no me oiga.

* * *

—Álvaro. —Alguien está intentando despertarme, dándome con su mano en el hombro—. Álvaro.

Abro los ojos y veo la cara de la madre de Ari.

No quería irme a mi casa, así que me he quedado toda la noche en el hospital

y supongo que habré dormido dos horas, en una silla de lo más incómoda de la sala de espera y oliendo a enfermedad.

—¿Se ha despertado? —inquiero, soñoliento, y me froto los ojos.

—Sí, y me ha preguntado por ti. Entra a verla.

Me levanto de la silla y me estiro, haciendo crujir todos mis huesos; después entro en la habitación de Ari.

—Hola, enana.

Me mira esbozando una bonita sonrisa y me acerco a ella.

—Lo siento —se disculpa.

—No ha sido culpa tuya. —Le beso la frente.

—Túmbate conmigo. —Se echa a un lado de la cama y yo hago lo que me dice para acunarla entre mis brazos—. Lo siento mucho por hablarte de esa forma ayer.

—No pasa nada.

Me coge del mentón y hace que la mire. Sus ojos verdes lucen apagados y no me gusta verlos así.

—Tienes mala cara —dice; luego suspira—. Es por mi culpa.

—Ari, deja de decir eso, por favor.

—Álvaro... No sé lo que hago, y no quiero hacértelo pasar mal. Ni a ti ni a nadie. —Me contempla con los ojos vidriosos a punto de soltar lágrimas.

Joder, no quiero que llore.

—Saldrás de esta —le aseguro, y recuesto su cabeza en mi pecho.

Una enfermera nos interrumpe, trayendo el desayuno de Ari, y se lo coloca con una bandeja encima de la cama.

—Que se lo coma todo —me ordena la tipa con voz firme y cara de antipática, antes de irse.

Observo lo que le ha traído: un vaso con leche achicharrando, un sobre de Cola-Cao y unas tostadas con paquetes de mermelada de fresa y mantequilla.

Ari hace una mueca de asco.

—Qué asco, no me pienso beber eso quemando.

Sonrío y echo los polvos de Cola-Cao en la leche. Lo remuevo todo con la cucharilla hasta que no quedan grumos. Ari lo sigue estudiando con cara de estar oliendo heces de perro.

—Está muy blanco y tiene nata —protesta—. Da asco.

—Te lo vas a tener que beber.

—Puaj.

Cojo una tostada y le unto mantequilla y mermelada; después hago lo mismo con la otra.

—Su desayuno, señorita.

—Voy a morir de diarrea. Seguro que le han echado drogas anti-locas.
No puedo evitar soltar una risa.

—Come. —Agarro una tostada y se la acerco a la boca. Ella la huele como si fuera un perro policía intentando pillarle la droga a algún delincuente—. Muerde.

Ari me obedece y le da un mordisco pequeño. Mastica con calma y pone la misma cara que yo ponía cuando era pequeño y mi madre preparaba coliflor. Recuerdo que un día me la tiró por la cabeza porque no me la comía, mi no-padre se cabreó conmigo y me pegó un tortazo en la cara.

Cuando Ari termina de comerse las dos tostadas, compruebo si el Cola-Cao está más frío.

—Se me van a salir las entrañas por el culo —dice, y a mí me entra un ataque de risa.

—Bébetelo, que no quema. —Le acerco el vaso a los labios.

—Se va a derramar.

—Bebe.

Le da un sorbo y hace un esfuerzo por tragarlo. Está muy graciosa, por cierto.

—¿Está rico? —inquiero.

—Uy, sí. Un manjar caído del cielo. Pruébalo.

—¡No! —exclamo. Antes meto la lengua en el culo de un mono—. Bébetelo entero.

Ari bufa y se lo bebe como si le costara la vida.

—Si muero hoy de un dolor fuerte de barriga, cuida de Moon.

—Sí, con lo bien que me llevo con esa bola de pulgas. —Le enseño mi brazo donde tengo el araño que me hizo la última vez.

—Pero si es muy cariñosa, sólo que tú le caes un poco mal.

De pronto, se abre la puerta y Chris, Diego, Sandra y David irrumpen en la habitación.

—¡Menudo susto que nos has dado! —exclama mi prima, y abraza a Ari.

—¿Cómo estás? —le pregunta el Caracartón, preocupado.

—Mejor. —Ari sonrío.

Nos quedamos molestándola hasta que viene la enfermera y nos echa a patadas, literalmente, porque estamos formando mucho escándalo y Ari tiene que descansar. Además, yo debo ir al curro.

* * *

En cuanto salgo de trabajar, aparco la moto al lado de la casa de Ari, que ya le han dado el alta, y toco la puerta como hacen las personas normales. Me gustaría

colarme por la ventana de su dormitorio para darle un toque romántico a la situación, pero su madre me arrancaría la cabeza. O las orejas, mejor dicho.

—Hey —saludo a Pablo, que es quien me abre la puerta.

Entro, saludo a su madre, que se encuentra en el salón, y subo hasta la habitación de Ari. No llamo y abro la puerta en silencio. Está tumbada en su cama, bocabajo y leyendo. Cierro tras de mí sin hacer ruido y me acerco a ella pasito a pasito; está tan concentrada que no siente mi presencia.

—¡Bu! —exclamo agarrándola de los hombros, y ella da un respingo, asustada.

—¡Te voy a matar, Álvaro! —grita. Cierra el libro, se da la vuelta, me agarra de las manos y me tira encima de ella.

—¿Cómo estás, mi pequeña?

—Bien, hasta que un idiota me ha asustado.

—¿Ah, sí? ¿Y ese idiota está bueno? —inquiero sonriendo como un estúpido.

—Es un bombón narcisista. De hecho, lo tengo ahora mismo aplastándome las costillas.

—Pues no se piensa quitar. —Empiezo a recorrer su cuello con mis labios.

—No vale, Álvaro. Me tienes apresada.

Cuando le muerdo el lóbulo de la oreja, suelta un jadeo. Recorro la línea de su mandíbula con mis besos hasta llegar a su boca. Sonríe y le lamo el labio inferior. Luego, aprieto mis labios contra los suyos y jugueteo con su lengua. La ayudo a deshacerme de mi chaqueta de cuero y la revoleo por los aires.

Me quedo mirando a Ari a los ojos.

—¿Qué? —Tiene las mejillas encendidas.

—Ayer lo pasé muy mal —confieso sin dejar de mirarla—. No quiero perderte, Ari. Eres lo mejor que tengo ahora mismo. Me volvería loco si te pasara algo.

—Estoy bien, Álvaro. Se acabó lo de vomitar. Ya no pienso hacerlo más. De verdad.

No sé por qué, pero esta vez sí que la creo. Parece que por fin se ha dado cuenta de que lo que le pasa no es ninguna tontería.

—Además, mi madre le ha vuelto a pedir cita al psicólogo. Quiero estar bien.

—Me alegro mucho, enana. —La vuelvo a besar y mis manos se pierden por todo su cuerpo, haciendo que disfrute de cada parte de ella.

* * *

—Álvaro —un susurro en mi oreja hace que se me despierten todos los sentidos—. Despierta, dormilón.

Suelto un bufido y abro los ojos para encontrarme con el hermoso rostro de Ari.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media.

Me he quedado dormido viendo la peli que hemos puesto después de habernos puesto tan cachondos como monos. A mi polla le estoy dando falsas esperanzas, porque algún día va a coger sus maletas y me va a abandonar, aunque en mi casa le dé los cariños que necesita.

Necesito sentir a Ari a mi alrededor. Tiene que ser como pisar las nubes o las estrellas, o incluso mejor.

Creo que voy a dejar de pensar en esto, que se me está empalmando y Ari me está mirando.

Disimulo un bostezo.

—¿Quieres quedarte a cenar? —me pregunta.

—Vale.

Le doy un beso y nos levantamos de la cama. Me acerco al espejo y miro si estoy presentable, haciendo muecas raras como si estuviera ligando conmigo mismo.

Vale, estoy precioso.

Ari se da un golpe en la frente con la palma de su mano.

—Por Dios, deja de ser tan así —me riñe.

—¿Tan así?

—Tan creído. A veces me haces pensar que estás enamorado de ti mismo.

Me acerco a ella y le rodeo la cintura con mis brazos.

—No te pongas celosa, que tengo hueco para ti también.

Ari pone los ojos en blanco y me agarra de la mano para bajar hasta la cocina, donde se encuentra la sargento con la madre de Diego.

—Mamá, ¿se puede quedar Álvaro a cenar?

—Claro. —Isabel sonrío—. He preparado con Blanca una cena para chuparse los dedos —comenta mirando a Blanca; después se acerca a mí y me coge del brazo—. Por cierto, ¿has visto qué yerno más guapo tengo?

¿A esta mujer se le ha ido la cabeza?

Yo me río y a Ari se le colorean las mejillas de todas las tonalidades de rojo.

—Sí, muy guapo —contesta Blanca, sonriente.

Cada vez tengo más claro que esa mujer moja las bragas cuando me ve.

—Nos vamos al salón mientras tanto —dice Ari, y me agarra del brazo, arrastrándome—. No les hagan caso. Son así cuando están juntas y beben vino.

Suelto una carcajada y, cuando entramos en el salón, nos encontramos con Diego sentado en el sofá con su móvil. ¿Se va a quedar la jodida almorrana a

cenar? No me jodas.

—Diego, ¿qué haces? —Ari se sienta a su lado, dejándome a mí de pie y no haciéndome ni puto caso.

—Hablando con Natty, que me está poniendo histérico.

El pijito tiene mal de amores. Vaya, con lo perfecto que parece.

—¿Te ha puesto los cuernos ya o no? —intervengo, y me siento en el otro sofá.

—Álvaro. —Ari me lanza una mirada de advertencia y el otro me fulmina con la suya.

—Vale, vale. —Alzo las manos en posición de derrota—. Me porto bien, como los niños buenos.

—¡Ariadna, ven a ayudarme a poner la mesa! —grita Isabel desde la cocina.

—¡Voy!

Cojonudo. Ahora me deja solo con Don Pijín.

—¿Qué te ha pasado con tu novia? —le pregunto haciéndome el simpático.

—No es asunto tuyo —contesta con los ojos pegados al móvil y poniendo cara de mala leche. La tal Natty le debe estar montando una buena. ¿Y si ha sido él el que le ha puesto los cuernos a ella? Aunque no creo, porque Don Perfecto nunca haría eso. O sí, porque en ocasiones, las apariencias engañan.

—Y yo que quería llevarme bien contigo... —murmuro fingiendo estar desilusionado.

—Chicos, la cena está lista —nos informa Ari desde la puerta del salón.

* * *

La cena ha ido bien, exceptuando las miraditas que me echaba Mónica y a la madre de Diego preguntándome hasta de qué color llevo los calzoncillos (bueno, vale, quizá no me ha preguntado eso exactamente, pero poco le ha faltado). No entiendo a esa mujer, pero me resulta familiar.

En cuanto al pijo, ha estado con el móvil todo el rato y la vena del cuello a punto de estallarle. Ari le ha tenido que quitar el aparato de las manos porque la estaba poniendo muy nerviosa. Ahora estamos jugando a la Wii en el salón. Yo he jugado varias partidas contra ellos dos, pero me parece un coñazo. Ari está jugando contra Diego a una partida de tenis mientras yo babeo mirando el culo de mi novia contonearse cada vez que tira. Como lleva puestos unos *leggings*, se le marca todo, y yo me estoy poniendo cachondo.

—¡Toma! ¡Te he ganado! —exclama Ari.

—Te he dejado ganar —le contesta el otro.

—Ya, claro. —Ari se viene conmigo y se sienta en mi regazo—. ¿Has visto

eso, Álvaro? Le he ganado quince a seis.

—Enhorabuena.

—Ari, yo me voy ya a casa —interviene la almorrana—. ¿Me devuelves el móvil?

—Claro. —Mi novia se levanta y coge el dichoso móvil, que está guardado en el cajón de un mueble para dárselo al idiota—. Y no hables con Natty si no es para solucionar las cosas.

—Vale. —Diego le sonrío y Ari le da un beso en la mejilla.

La almorrana es verdaderamente insoportable, pero me aguanto. Bastante he tenido ya con soportarlo toda la noche con sus pijadas de Don Señorito.

Se despide de mí con un gesto de la cabeza, pero yo no le hago ni caso, y Ari decide acompañarlo hasta la puerta. ¿Es que no sabe ir solo o qué? Vaya que se pierda por el pasillo y se lo trague la moqueta.

«Respira hondo, Álvaro».

Segundos después, Ari regresa.

—¿Te lo has pasado bien? —me pregunta volviéndose a sentar sobre mi regazo; yo asiento y la beso.

—Yo me voy también, que mañana tengo que currar pronto y tú tienes que descansar —digo, y ella hace pucheritos.

—Vale.

—Voy a por mi chaqueta. —Le doy con el dedo en la nariz y subimos a su habitación. Cojo mi chupa del suelo y noto que está mojada—. ¿Pero qué cojones...?

La huelo.

Pis.

Miro a la bola de pulgas que se está lamiendo sus partes en el suelo.

—¿Qué te pasa, Álvaro?

—Tu querida gata se ha meado en mi chupa de cuero de marca —le respondo, y Ari pone su mano en su boca, aguantando la risa—. No te rías. Es muy serio.

Y es cuando estalla en carcajadas.

—Ari, que ahora no voy a ser sexy sin mi chupa —replico, molesto—. Si me la pongo, voy a oler a pis de gato.

—No te preocupes, te compro otra.

—No quiero que me compres nada.

Ari hace muecas de burla y yo suspiro.

—Me piro, enana.

Me acompaña hasta la salida, nos besamos y me marcho a mi casa con la chaqueta hecha un puto desastre. Esa gata es el diablo.

Bufo mientras conduzco y mi cabeza se pone a pensar en que dentro de pocas semanas es mi cumpleaños. No pienso hacer nada ese maldito día, y tampoco quiero que me feliciten. No me apetece recordar nada, así que desapareceré hasta el día siguiente.

Capítulo 73

Ari

Estoy en mi dormitorio, pensando en que quedan unos días para el cumple de Álvaro y no sé qué regalarle. ¿Y si le hago un dibujo? ¿Y si no le gusta? ¿Y si se limpia el culo con él? Ay, no sé. Yo se lo voy a hacer, y si no le gusta, que se aguante. Lo importante es la intención.

Saco mis pinturas, mis pinceles y un lienzo, y los coloco en el suelo, encima de una alfombra vieja. Me pongo una sudadera de hace mil años y busco alguna foto en el portátil que pueda dibujar. Doy con una en la que salimos los dos juntos haciéndonos un *selfie*, sonriendo a la cámara en nuestra playa. Álvaro dice que es su favorita y la tiene puesta como foto de perfil en Facebook y en WhatsApp. No sé si voy a dibujarla bien, pero lo voy a intentar.

Cuando estoy tan concentrada, me interrumpe el *Reggaeton* de la Barbie Poligonera, que se escucha desde su cuarto. Mierda. Esto lo hace para joderme. Salgo de mi habitación y me encamino hacia la suya. Abro la puerta sin llamar y la veo delante de su espejo cantando, con su cepillo haciendo de micrófono, una canción que dice algo de un arroz con habichuelas.

—¡¡¿¿Puedes quitar esa música??!! —chillo.

La Barbie se da la vuelta.

—¿Y a ti quién te ha dicho que entres en mi cuarto, cerda?

—¡Baja la música, que no me concentro!

—¡Pues te aguantas!

Se me hincha la vena diabólica, arranco sus altavoces de un tirón y los estampo contra el suelo.

—¡¡¿¿Se te ha ido la cabeza, loca??!! —ladra llevándose las manos a la cabeza—. ¡¡¿¿Por qué no te vas a vomitar como haces siempre??!!

Quiero cogerla de los pelos y revolearla por la ventana. Sin embargo, me contengo, me largo de su habitación, cerrando de un portazo, y vuelvo a la mía.

Ya no vomito tanto como lo hacía antes, aunque algunas veces mis pensamientos me juegan una mala pasada y me da el bajón. Además, me estoy tomando en serio lo de ir al psicólogo. No pienso hacer sufrir a nadie por mi culpa.

Me concentro en el dibujo toda la tarde hasta que lo acabo y lo comparo con

la foto original.

Vale, no se parece en nada. Creo. Aunque no lo sé, porque siempre pienso que hago las cosas mal cuando están perfectas.

Decido pedir opiniones y, en menos de media hora, ya están Diego, Chris y Sandra en mi habitación contemplando mi creación con la boca abierta.

—Podéis opinar —interrumpo, y me bombardean a preguntas.

—¿Lo has hecho tú?

—¿Lo has calcado?

—¿Cómo dibujas tan bien?

—Ya, chicos —los detengo—. Decidme si se parece.

—¡Es idéntico, Ari! —exclama Diego—. No sabía que tuvieras tanto talento dibujando.

—Pero ni tú ni nadie —le dice Chris—. Que yo la conozco desde que éramos pequeños y no se ha dignado a contármelo.

—Encima de que somos tus amigos... —Sandra permanece de brazos cruzados, indignada.

—¿Os parece un buen regalo para Álvaro? ¿O es demasiado empalagoso?

—¿Estás hablando de empalagoso cuando os paseáis por todos sitios como si estuvieseis pegados por un imán y comiéndoos la boca como si se fuera a acabar el mundo? —interviene Sandra—. Perdona, bonita, pero a empalagosos no os gana nada ni nadie.

—Es un detalle muy bonito —dice Chris—. Lo vas a volver loco.

—Mira, en cuanto se lo des, lo vas a poner tan cachondo que no te va a dejar escapar en toda la noche, y al día siguiente vas a tener que caminar despatarrada —comenta Sandra.

—¡Pero, Sandra! —Me pongo más roja que el ketchup y los otros dos se mean de la risa. Cómo se nota que Sandra es prima de Álvaro.

—¿Todavía no lo habéis hecho? —Sandra se sorprende.

Los tres me observan, pero no contesto, aunque con la mirada lo estoy diciendo todo.

—Te lo dije, Sandra. Todavía nada —le responde Chris—. Me debes diez euros.

¿Han apostando sobre mi vida no sexual?

Diego los contempla como si estuvieran pirados. Menos mal que él es una persona normal y no hace estas cosas.

—Tú. —Sandra señala a Diego—. No estés tan callado, que también pensabas que lo habían hecho.

—Pero no aposté nada. A mí no me metáis.

Están hablando de mí como si no estuviera. Vaya amigos que tengo.

—Os recuerdo que sigo aquí, eh —intervengo—. Y para que os quede claro, que sepáis que no tengo prisa.

—Di que sí, Ari —Diego me da la razón.

—Pues entonces mi primo tiene que estar subiéndose por las paredes y matándose a pajas.

—Así tiene esos brazos... —murmura Chris.

Me entra la risa tonta. Los voy a echar a patadas como sigan así.

—Callaos, por favor —les pido.

Cuando se van, pongo el dibujo debajo de la ventana para que se seque. Estamos a domingo, así que creo que para el miércoles estará listo.

* * *

—Es una pena que no estemos juntos en clase, así nos sentaríamos en la última fila y te metería mano todo el día.

Mis mejillas se ponen coloradas al oír esas palabras. Estoy con Álvaro en la puerta del insti, esperando para entrar.

—Nos echarían. —Sonrío como una imbécil.

—No creo. Yo disimulo muy bien.

—Anda, cállate.

Suena la sirena. Hora de entrar al matadero.

—Por cierto, ¿qué vas a hacer el miércoles? —le pregunto antes de entrar.

—¿Y qué día se supone que es el miércoles?

Se está haciendo el tonto.

—Álvaro, lo sabes a la perfección.

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. ¿Que llevamos casi cincuenta días juntos? Bueno, cuarenta y ocho, para ser exactos.

¿Cuenta los días que llevamos?

—No me refiero a eso —digo.

—¿Entonces?

—Tu cumple, idiota.

—¿Mi cumple? Yo no tengo de eso —contesta muy tranquilo—. ¿Sabes? No quiero llegar tarde a clase, así que me voy.

—Espera. —Lo agarro del brazo antes de que se vaya—. ¿Por qué dices que no tienes de eso?

—Porque no. Punto. —Y echa a andar hacia la entrada sin esperarme. Será idiota.

Suspiro, y cuando llego a clase de Lengua junto con mis amigos, me doy cuenta de que todos están riéndose y mirándome mientras cuchichean.

—¿Y a estos qué les pasa hoy? —inquire Chris.

Nos sentamos en la última fila, y Diego y Sandra delante de nosotros. Mis ojos se detienen en la pizarra, donde diviso mi nombre en letras demasiado grandes:

«Ariadna, gorda estúpida, estás loca, vete a pedir cita para entrar en un manicomio y así desapareces. Un consejo: sigue vomitando. Te iba bien. No entiendo por qué lo dejaste»

Observo que Sandra y Diego han salido corriendo para borrar lo que hay escrito. Cojo la pelota antiestrés y la aprieto. Me falta el aire. No puedo respirar. Necesito salir de aquí. Quiero estar bien. Respiro hondo. Aprieto la pelota con más fuerza. No funciona. Me cuesta respirar. Siento un nudo en la garganta. Quiero salir de este infierno.

—Ari, tranquila. —Chris me coge la mano libre.

Sandra y Diego me miran preocupados cuando vuelven.

—Ha sido tu hermanastra. Mira cómo se ríe la hija de puta —interviene mi amiga señalando a la Barbie con la cabeza.

Ni me molesto en mirarla.

—No le hagas caso —dice Diego—. No dejes que te hunda.

Pero mi cabeza no escucha a nadie. Sólo rebobina las palabras escritas en la pizarra.

«Gorda estúpida».

«Manicomio».

«Sigue vomitando».

Necesito salir.

—No le contéis nada a Álvaro —les pido a mis amigos.

Me levanto, cojo mis cosas y salgo de la clase. Al llegar a la parte de atrás del patio, me siento en el suelo y me intento calmar. No me puedo poner así por esa gilipollas.

Pero lo hago y lloro.

* * *

En cuanto llego a casa, me dispongo a subir las escaleras cuando escucho la voz de Álvaro proveniente del salón.

Con mi madre y Alfonso.

Me acerco para oír mejor.

Creo que Álvaro no se ha enterado de nada de lo que ha ocurrido esta

mañana con Mónica.

—No es normal lo que le está haciendo a Ari. Lleva mucho tiempo haciéndole la vida imposible. Tenéis que hacer algo con Mónica. No pienso permitir que la destroce —oigo a Álvaro.

—Alfonso, te dije que esto no iba a funcionar —interviene mi madre.

—Son cosas de chiquillas. Se les pasará.

De chiquillas. Ese tío es un idiota.

—Haced algo con Mónica, si no, no voy a ser responsable de mis actos — sentencia Álvaro; después sale del salón y se detiene frente a mí. Tiene un ojo morado—. Enana. —Me da un abrazo y me besa en los labios. No quiero que sienta pena por mí—. Hemos puesto a esa bruja en su sitio, no te preocupes.

¿Hemos?

—Álvaro, ¿qué has hecho?

—Pregúntaselo a ella. O mejor dicho, míralo con tus propios ojos cuando subas.

—¿Qué? ¿Y por qué tienes el ojo así?

—Me piro a casa. Luego te vengo a recoger. —Y huye sin darme ninguna explicación.

Pero me pica la curiosidad y subo hasta la habitación de la Barbie. Abro la puerta poco a poco y la encuentro enfrente del espejo, llorando y arreglándose el pelo, que por cierto, lo tiene enmarañado y pegado con cola. Es una lástima que lleve extensiones y no sea su cabello natural.

Antes de que me dé un ataque de risa, me voy a mi cuarto y me desahogo riéndome hasta que me duele la barriga.

* * *

—Ahora me vas a explicar lo que ha pasado con la Barbie.

Álvaro da un sorbo a su batido de chocolate mientras piensa, en el bar donde trabaja Virginia.

—¿Te acuerdas de que se ha escaqueado de la clase de Educación Física? — me pregunta; yo asiento. Claro que me acuerdo: la Barbie ha desaparecido de la faz de la tierra y no la he vuelto a ver en todo el día—. Bueno, pues le he dicho que se viniera conmigo al baño, poniéndole mi sonrisa de mojabragas.

—¿Al baño? ¿Contigo? ¡Álvaro! —El cabreo está naciendo en mi interior.

—Antes de que me eches la bronca, te voy a decir que ha sido idea de mi prima.

—¡¿Qué has hecho con esa?! —lo interrumpo gritándole—. ¡¿Te la has tirado en el baño?!

—Tranquila, Ari, que no he hecho nada con esa. ¿Por quién me tomas? —Se ríe y yo lo miro seria y decido creerlo; entonces continúa—: Mónica y yo hemos entrado al baño, donde ya estaban mi prima y Chris preparados con un bote de cola; luego Chris y yo hemos sujetado a Mónica para que no se escapara, y mi prima ha empezado a destrozarle el pelo. No veas los chillidos que soltaba.

Abro los ojos como platos, impresionada, por la maldad de mis amigos y de mi novio.

—Álvaro, a veces me dais miedo. En serio.

—Yo, por defender a mi enana hago lo que sea. Además, dime que no va a ser gracioso verla calva por el insti.

—Si no fuera porque eran extensiones, sí.

—La próxima vez le pintamos el pelo de verde.

—Te vas a meter en un lío. —Me termino de beber lo que me queda de mi batido de pitufo.

—Me la suda.

—¿Y el ojo morado?

—Ah, sí. —Se le ilumina la bombilla—. Pues que yo también he recibido palos. —Sonríe—. John me ha pillado por banda y nos hemos peleado. Pero yo he ganado, aunque él me ha dejado hecho una mierda. Se le ha ido un poco la pinza defendiendo a su noviecita. Mira. —Se levanta la camiseta y observo varios moratones por su torso.

Hago una mueca de dolor.

—Joder, ¿te duele mucho? —Acerco mi mano y acaricio los moratones.

—Ya menos.

Virginia pasa por delante de nosotros y se queda mirando a Álvaro, negando con la cabeza.

—Este niño siempre metiéndose en problemas —murmura. Le da un tortazo en la nuca a su hijo y se va.

Mi novio y yo nos reímos.

—Lo siento —digo.

—No sientas nada.

Lo observo como una boba mientras se termina su batido y pienso en que mañana tengo que ir a comprarle dos regalos que le van a encantar, aparte de mi cuadro, claro. No puedo esperar a la cara que se le va a quedar cuando lo vea. Si fuera por mí, se lo daría ahora mismo, pero tengo que aguantarme y esperar hasta pasado mañana.

Capítulo 74

Álvaro

Quiero que pase ya este día de mierda. Todavía no he salido de la cama y ya estoy deseando que termine rápido. Cada vez me arrepiento más de no haber sido yo el que desapareció hace un año. Lo recuerdo y no parece real que haya ocurrido. Tengo la sensación de que este último año he estado viviendo en una pesadilla de la que no soy capaz de despertar. Lo único bueno que me ha pasado ha sido conocer a Ari, y todavía estoy impresionado de que se haya enamorado de un gilipollas como yo.

Pero hoy no quiero ver a nadie, y mucho menos que me feliciten. ¿Qué voy a celebrar? ¿Que hace justo un año perdí una parte de mí que jamás va a volver? No tengo nada que celebrar. Por eso pienso pasar este puto día desaparecido.

Me levanto de la cama y voy hacia la ducha. Me miro en el espejo y observo mis ojos hinchados y enrojecidos de haber estado llorando toda la noche. Al salir, no me molesto ni en peinarme y me pongo una sudadera vieja y los vaqueros gastados. Estoy hecho un desastre.

Ahora toca lo peor.

—Buenos días, hijo —me saluda mi madre en cuanto entro al salón. Está igual de hecha mierda que yo y encima está viendo el álbum de fotos que ha tenido guardado bajo llave con todas las malditas fotos.

—Me voy —digo. Me pongo las gafas de sol y salgo de mi casa.

Qué mierda de vida.

Llego hasta mi moto, me coloco el casco y conduzco hacia algún lugar lejos de todo.

* * *

Llevo todo el día con el móvil apagado. He huido y me he venido al sitio más tranquilo de la ciudad. Ari tiene que estar como las locas buscándome, pero me da igual. Sé que ella lo hace todo con buena intención, pero no soporto que me vea débil.

Doy otra calada al cigarro mientras observo la foto.

No me creo que se haya ido. Ojalá apareciera ahora y me dijera que no se ha

marchado, que sigue viva, como ocurre en las películas. Pero sé que no va a pasar; yo mismo la vi con mis propios ojos y estuve abrazándola y llorando hasta que se la llevaron.

Otra vez las lágrimas están brotando de mis ojos. Esto es una jodida agonía.

Se oyen pasos. Los reconozco: son los de Ari. Sabía que me estaba buscando y que me encontraría en nuestra playa. Lo sabía.

Doy la última calada al cigarro y tiro la colilla mientras se acerca y se sienta a mi lado. No quiero mirarla.

—Álvaro, has estado desaparecido durante todo el día —dice, y me coge de la barbilla, obligándome a que la mire. Se le nota preocupada—. ¿Estás bien?

«No, no estoy bien».

Ni siquiera puedo hablar. La estoy mirando conteniendo el llanto, que amenaza con salir de nuevo.

—Álvaro... —susurra, y me acuna entre sus brazos.

Rompo a llorar. ¿Es que no se me van a acabar nunca las jodidas lágrimas o qué?

Un rato después, mis llantos cesan, pero sigo abrazado a Ari. Me siento como un niño pequeño que busca el consuelo de su madre cuando le pasa algo malo. Y no quiero sentirme así.

Voy a contárselo.

Me separo de ella, me froto los ojos y le enseño la foto en la que salgo con Mimi. Ari la coge y la estudia con detenimiento.

—¿Quién es esta chica? —pregunta, y me mira esperando una respuesta.

Tardo unos segundos en contestar.

—Es Mimi. —Doy un largo suspiro—. Era... Mi hermana melliza.

* * *

Hace un año...

Entré en la habitación de Mimi sin llamar mientras leía cada una de las felicitaciones en Facebook; había tenido más que el año pasado.

—Álvaro, te he dicho mil veces que llames a la puerta —me riñó desde su escritorio, pero yo le hice caso omiso.

Me senté en su cama y seguí revisando las felicitaciones. La mayoría eran de tías que no había visto en mi vida, o puede que sí. No tenía tanta memoria para recordar a cada una de las que se habían abalanzado sobre mí en los últimos años.

—¿Qué haces? —quise saber sin apartar la vista del móvil.

—Estoy escribiendo una carta.

Solté mi teléfono y me acerqué a ella. Me resultaba extraño que estuviera escribiendo una carta. Ya nadie hacía eso. Además, siempre escribía historias ñoñas en su portátil, que me las enseñaba después para que opinara.

—¿A quién le escribes una carta? ¿A tu amor secreto? —me burlé.

—No es de tu incumbencia, hermanito.

Me puse a hacerle muecas de burla.

—¿Preparada para la fiesta de esta noche? —le pregunté cogiendo un mechón de su pelo rojizo y enredándomelo en el dedo. No sabía a quién había salido con ese pelo. Si no hubiera sido porque los dos teníamos la misma mancha de nacimiento detrás de la oreja, habría pensado que era adoptada.

—¿Para qué? ¿Para venir a la misma hora de siempre? Papá no me va a dejar.

—Cumplimos dieciocho, no diez. Te tiene que dejar, y si no, ya me encargaré yo de que te deje. —Le enseñé mi puño y ella puso los ojos en blanco.

—No me va a dejar. Sabes que me trata como si fuera una monja de clausura.

—No le hagas caso. Eres mayor de edad, aunque sigas siendo mi pequeña.

A pesar de ser hermanos, nos llevábamos bastante bien. Éramos inseparables, aunque de pequeño sentía mucha envidia porque nuestros padres la trataban mejor que a mí. Yo era la oveja negra de la familia; ella, el ojito derecho.

—Acompáñame abajo para intentar convencerlo —me pidió, y bajamos hasta el salón donde estaba el imbécil de mi padre trabajando en su portátil.

A mí no me iba a hacer caso, así que me senté en una silla a escuchar la discusión que estaba viniendo en camino.

—Papi —lo llamó Mimi con su vocecita de niña buena—. ¿Puedo venir esta noche más tarde?

—No —contestó él sin molestarse en apartar la vista de la pantalla.

Mimi me miró pidiéndome ayuda, pero me encogí de hombros. No podía hacer nada, y lo sabía.

—Papi, por favor, que es mi cumpleaños y soy mayor de edad.

No iba a funcionar.

—No —volvió a contestar el imbécil, y Mimi se quedó mirándolo con rabia.

—¿Y por qué Álvaro si puede venir a la hora que quiera y yo no? —le espetó; yo seguía observándolos en silencio—. ¿Qué pasa? ¿Que me van a dejar embarazada? ¡Que acabo de cumplir los dieciocho! ¡No pretendas que regrese temprano en mi cumpleaños!

Mi padre se levantó, echando humo por la cabeza.

—¡Deja de hablarme así, Miriam! —le gritó—. ¡Vas a venir a la hora que se te diga y punto!

—Por favor, papá, ¿qué te cuesta dejarme llegar más tarde? Álvaro me va a

cuidar... —A mi hermana estaban a punto de salirse las lágrimas.

—¿Que tu hermano te va a cuidar? —Mi padre reía con ironía mirándome a mí.

—Pues sí, y mejor que tú —intervine. Siempre la cuidaba.

—¡Pero si no sabes ni cuidarte a ti mismo! —exclamó él—. Si eres un inútil que sólo sirve para darnos disgustos a tu madre y a mí.

«Álvaro, respira hondo», me dije. Estaba a punto de pegarle un puñetazo en esa cara de gilipollas.

—Papá, por favor —le suplicó Mimi.

—¡He dicho que no! —A mi padre le estaba palpitando la sien.

—¡Eres un machista de mierda! —Mimi se fue corriendo por el pasillo hecha un mar de lágrimas.

Le dirigí a mi padre una mirada de desprecio y me largué para consolar a mi hermana.

—Tonta —llamé a Mimi, que estaba sentada en las escaleras del porche, llorando—. Deja de llorar por ese gilipollas. No merece la pena. —Me puse a su lado y la atraje hacia mí para darle un abrazo.

—Es que... Joder, me trata como una puta cría —dijo sorbiendo por la nariz.

—¿Qué te parece si nos vamos ya a la fiesta? No vengas a la hora de siempre y ya está.

—Quiero irme de esta casa ya. No aguanto más.

—Nos iremos —le prometí, y le di un beso en la cabeza—. Ahora, vamos, pequeña.

Volvimos a entrar en casa para terminarnos de arreglar y nos fuimos hacia la disco en la moto. Mel se había encargado de cerrarla para celebrar nuestro cumpleaños.

Cuando llevábamos tres horas en la fiesta, Mimi se acercó a mí mientras me estaba liando con una tía.

—Álvaro. —Mi hermana me dio con el dedo en el hombro, interrumpiendo la limpieza bucal que le estaba haciendo a la morena—. ¡Álvaro!

Bufé y me separé de la tía, que no sabía ni cómo se llamaba.

—Espérame, preciosa —le dije. Las llamaba a todas con ese apodo por si alguna vez me confundía de nombre. Me di la vuelta hacia mi hermana—. ¿Qué quieres?

—Me voy.

—¿Que te vas? ¿Adónde?

—Dani me va a llevar a dar una vuelta con su coche —me informó, y por su expresión parecía que estaba esperando una regañina de mi parte.

—No vas a ir.

—No te estoy pidiendo permiso, te estoy informando.

—Y yo te he dicho que no vas a ir. Punto —insistí mirándola a los ojos. Era cinco centímetros más bajita que yo.

—¿Sabes, Álvaro? Tanto te quejas de papá y eres igual que él. ¡Un puto machista! —exclamó con la mirada cargada de rabia—. Creía que eras diferente.

No era machista. Sólo me daba miedo que le pasara algo. Era mi hermana pequeña (sí, mi madre nos contó que yo nací cinco minutos antes), y tenía que protegerla.

—Me da igual lo que digas. No me gusta que vayas con ese tío.

No entendía por qué había vuelto con el tal Dani después de que le hubiese puesto los cuernos con una tía. Y tampoco entendía por qué había dejado a Sergio para volver con ese. Simplemente no me cabía en la cabeza. Cuando lo dejaron, me puse del bando de mi amigo y estuve sin hablarle a mi hermana durante tres días. Y ahora no pensaba poner la vida de Mimi en manos del mequetrefe de Dani.

—¡Te odio! —gritó Mimi pataleando en el suelo como una niña pequeña, y se fue corriendo.

No me iba a hacer caso; lo sabía. Nunca lo hacía y yo siempre acababa sacándola de los problemas en los que se metía. Yo era el que se llevaba las regañinas por ella.

Quince minutos después de haberse ido Mimi, le volví a hacer caso a la morena y le eché un polvo en el baño. Mientras me abrochaba el cinturón de los vaqueros, saliendo del servicio, me di cuenta de que Mel se acercaba a mí, hecha un manojo de nervios.

—¡Álvaro, tienes que venir a la salida! —Me miraba asustada y con las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

—¿Qué te ha pasado, Melody? —La contemplé, preocupado.

A mi amiga le costaba pronunciar las palabras.

—Es tu hermana. Ha tenido un accidente con Dani.

No quería asimilar lo que me estaba diciendo; sólo me concentré en salir lo más rápido posible de la disco y asegurarme de que Mimi estuviera bien. Al cruzar la esquina, divisé el coche de Dani, que se había chocado contra un camión. Fui corriendo hacia allí y aparté a toda la gente que había alrededor, que estaban intentando sacar a mi hermana y al otro.

—¡Quitaos, joder!

A Dani lo habían sacado ya e intentaban hacer lo mismo con Mimi. Aparté a todos de un empujón y conseguí sacar a mi hermana.

—Mimi —pronuncié su nombre agarrando su rostro con mis manos temblorosas. Estaba desangrándose por la cabeza y tenía cristales incrustados

por todos sitios. Por suerte, seguía viva.

—Álvaro... —susurró. Noté que le costaba hablar y respirar.

—Tranquila, no hables. Te vas a poner bien —le aseguré. Se tenía que poner bien.

—Álvaro... —Me miraba intentando decirme algo—. So... mos...

Pero justo en ese instante, dejó de hablar y cerró los ojos.

—¡Mimi! —La zarandé, pero nada. No me había dado cuenta de que había comenzado a llorar. Eso no estaba pasando—. ¡Miriam, joder! —Le tomé el pulso y comprobé si respiraba, pero no lo hacía—. ¡Despiértate, hostias! ¡No me dejes solo! —La abracé mientras mis llantos cada vez se iban volviendo más intensos.

Eso no era real. Eso no podía estar pasando. Tenía que ser una pesadilla.

Todos se acercaban a mí, pero no les hacía caso. Sólo quería que mi hermana despertara. Me quedé con ella en brazos hasta que vino la ambulancia. Después, me la arrebataron de las manos e hicieron lo mismo que había hecho yo minutos atrás. Tenía la esperanza de que dijeran que estaba viva, pero en vez de eso, no los escuché y observé cómo la cubrían con esa tela dorada horrible que sólo había visto en las películas.

Eso no estaba pasando.

Mel me acunó entre sus brazos, dejando que me desahogara.

Al día siguiente, en el tanatorio, estaba en estado de *shock*, con las gafas de sol puestas y mirando a un punto fijo. No me quedaban más lágrimas que derramar. La gente venía a darme el pésame, pero los ignoraba. No quería que nadie sintiera pena por mí. Mis padres estaban hechos una mierda y no me dirigían la palabra. Alba estaba a mi lado y no entendía lo que estaba pasando. Me preguntó qué es lo que hacía Mimi metida en esa caja durmiendo; yo no contesté.

Me sentía como una mierda. Si la hubiera vigilado, ahora estaría viva.

En el cementerio, más de lo mismo. No aguantaba más. Quería salir de ese puto infierno. La culpa fue mía y no me lo iba a perdonar nunca.

Al enterrarla, me fui con la moto hacia algún sitio para estar solo. Llevaba dos días sin pasar por casa y no tenía fuerzas para entrar y ver su habitación vacía.

Entré en un bar. Estuve bebiendo hasta tarde y después me armé de valor y me dispuse a ir a mi casa, pero por el camino, la moto me dejó tirado quedándose sin gasolina y me tocó volver andando. Cuando llegué, vi a mi padre sacando cosas en la entrada. Me acerqué y comprobé que eran maletas. Mi guitarra y todas mis cosas estaban fuera.

—¿Qué coño haces? —le pregunté a ese hombre.

—No vas a volver a pisar esta casa.

—¿Qué? —exclamé. No entendía nada.

Mi madre apareció por la puerta con las lágrimas recorriendo sus mejillas.

—No queremos volver a verte —continuó mi padre—. Por tu culpa mi hija no está aquí.

Joder, sabía que era mi culpa, pero no me podían hacer esto. No tenía adónde ir.

—Mamá, di algo, ¿no? —le dije esperando que me defendiera, pero no lo hizo.

—Vete —me ordenó ese hombre, que ahora era un desconocido.

—¡No me podéis echar! ¡Sois mis padres! —exclamé con voz rota.

—¡No somos tus padres! —gritó el idiota; mi madre seguía callada—. ¡Así que fuera! —Y me cerró la puerta en las narices.

Eso era una pesadilla. Quería despertar de una puta vez. Me senté en el escalón del porche mientras pensaba adónde ir. Cogí mi móvil y marqué el número de Mel.

—Dime, Álvaro.

—Mel... —Suspiré. No tenía fuerzas ni para hablar—. ¿Puedes venir a recogerme con tu coche a mi casa? Mis padres me acaban de echar.

—¿Qué me estás contando? ¡Qué hijos de puta! —bramó—. Ahora mismo voy.

Días después continuaba sin comer. No salía del apartamento de Mel y no era yo mismo. Me enteré de que el cabrón de Dani estaba vivo, aunque seguía en el hospital.

Pensaba acabar con él.

Me armé de valor, me vestí, salí del apartamento y cogí mi moto. Me dirigía al hospital para destrozar a ese subnormal. Juré que lo haría. Entré en su habitación diciéndole a una enfermera que era «un amigo» y me quedé mirándolo. Estaba durmiendo. Qué asco de tío. Debería haberse muerto en el accidente.

Estaba ideando el plan de matanza cuando, de pronto, se despertó.

—¿Qué haces aquí, tío? —inquirió; parecía asustado.

Al oír su asquerosa voz me entró la rabia en el cuerpo y no era dueño de mis actos. Lo agarré del cuello impidiendo que pudiera respirar y así matarlo con mis propias manos.

—¡Has matado a mi hermana, hijo de puta!

—¿Pero qué está haciendo? —La misma enfermera de antes entró en la habitación junto con los padres de Dani, y me apartaron de él.

—¡Fuera de aquí! —gritó el padre echándome a empujones de ese sitio.

Algún día tendría que acabar con él.

Meses después, me encerré en mí mismo. Dejé de ir al instituto, me iba de fiesta en fiesta todas las noches, emborrachándome hasta acabar durmiendo abrazado a una farola y me distraía tirándome a cada tía que pasaba por mi lado.

Echaba de menos a mi hermana melliza.

Capítulo 75

Ari

Estoy acabando de asimilarlo todo. O sea, ¿Mimi era su hermana melliza? Aún estoy sorprendida. Pobre Álvaro. Ahora entiendo todo el dolor que intentaba esconder siempre. La vida es injusta y no se merecía pasar por algo como eso. Pero lo que sí que no logro entender es lo de sus padres. ¿Lo echan de casa porque pensaron que fue culpa de Álvaro? ¿Cómo pueden existir unos padres así? Ahora comprendo el odio que le tiene a ese hombre.

—No fue tu culpa —digo tumbada junto a él, sobre la arena.

—¿Entonces de quién fue? Si me hubiera quedado con ella insistiendo en que no se fuera, nada le habría ocurrido.

—Escúchame, Álvaro. —Lo agarro de la barbilla y hago que me mire. Aún tiene los ojos hinchados de la llorera que ha tenido mientras me lo estaba contando todo—. Deja de pensar que fue tu culpa porque no es verdad. Fue un accidente. —Le acaricio la mejilla—. Yo estoy contigo. Nunca me iré de tu lado, a no ser que quieras que lo haga. Cuando te derrumbes, me tendrás contigo e intentaré sacarte una sonrisa.

—Tengo mucha suerte de haberte encontrado —dice mirándome a los ojos, y hace un intento por sonreír—. Mimi me dijo que, si un día me enamoraba, se iba a reír de mí porque yo siempre le decía que no me iba a ocurrir nunca. Y mira ahora, enamorado hasta los huesos como un imbécil de una chica a la que he tratado como el culo desde que la conozco, y lo más gracioso es que ella también lo está de mí. O eso me dice.

Sonríó como una estúpida.

—¿O eso te dice? —Enarco una ceja—. ¡Pues claro que lo está! —Me acerco a sus labios y los beso.

—Te quiero, Ari.

—Te quiero, idiota.

Lo vuelvo a besar y sonrío contra mis labios. Después, se sube encima de mí y me acorrala entre sus brazos mientras me besa con ternura. Meto mis manos por debajo de su sudadera y recorro su espalda con ellas. Me empieza a besar el cuello y a recorrerlo con su cálida lengua. Estoy sintiendo fuegos artificiales por todo el cuerpo. Le quito la sudadera y la tiro en la arena. Se me seca la boca y

paseo mis manos por sus abdominales. Álvaro sonrío con los ojos brillantes y vuelve a apropiarse de mi boca.

—Me estás matando, Ari.

Sonrío y ahora me toca a mí ponerme encima de él. Sello con mis besos su torso, notando cómo respira de manera entrecortada, y su erección va creciendo. Se deshace de mi camiseta en un segundo y me observa los pechos con ojos ansiosos.

—¿Puedo quitártelo? —me pregunta refiriéndose al sujetador.

Asiento con el corazón a mil por hora. Se incorpora y me lo desabrocha en un abrir y cerrar de ojos. A continuación, me lo quita y lo lanza por ahí. Mira mis tetas y coloca sus manos sobre ellas para masajearlas. Estoy sin sangre en el cerebro ahora mismo, mi cuerpo sólo le hace caso a sus caricias. Me vuelve a tumbar sobre la arena y coloca su cuerpo encima del mío. Se concentra en uno de mis pechos, mordiéndome un pezón mientras que con la otra mano me acaricia el otro.

Y en este momento mi mente deja de pensar con normalidad.

Necesito sentirlo.

Ya.

—Álvaro... —susurro.

Deja lo que está haciendo y me contempla con fuego en su mirada.

—Ari, no sabes cuánto te necesito.

—Álvaro... Quiero... Hacerlo.

Continúa mirándome y las comisuras de sus labios se tuercen hacia arriba.

—¿Estás segura? —inquire; yo trago saliva y asiento—. ¿De verdad?

—Que sí, segurísima —logro decir, y su sonrisa se ensancha más. Luego me besa y mis labios se abren paso para entrelazar su lengua con la mía.

Álvaro se deshace de mis vaqueros junto con mis bragas, y sus ojos recorren mi cuerpo, hambrientos. Se quita la ropa que le queda, dejando al descubierto todo, y me quedo mirándolo, fascinada.

—¿Te gusta la Alvariconda o qué? —me pregunta sonriendo.

—Es mona —digo con una sonrisa.

—Mona, eh. —No para de mirarme, divertido—. Pues es toda para ti. —Me besa y después busca algo en los bolsillos de los vaqueros.

Observo cómo rasga el envoltorio del condón. Se lo pone con destreza y se coloca sobre mí, mirándome fijamente.

Estoy temblando.

—¿Segura? —vuelve a preguntar, y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Quieres que te mate?

Sonríe, arrugando los contornos de sus ojos.

—Intentaré tener cuidado —dice—. Si te hago daño, me dices que pare, ¿vale?

Asiento.

Álvaro separa mis piernas y entra en mí con lentitud sin dejar de mirarme, estudiando todas y cada una de mis expresiones. Suelta un gemido y yo hago una mueca de dolor.

—Joder, ¿estás bien? —inquire observándome; yo asiento.

—Sigue.

Me besa mientras se empieza a mover dentro de mí. El dolor se va calmando poco a poco. Es una sensación muy rara que no sé cómo explicar, pero me encanta estar sintiendo a Álvaro.

—Te quiero, Ari —susurra con la voz entrecortada.

—Te quiero, Álvaro.

Y nos perdemos el uno en el otro con el sonido de las olas de fondo y la luz del atardecer iluminándonos.

* * *

—¿Te acuerdas de cuando me preguntaste a qué olían las nubes y las estrellas?

—inquire.

Estamos vestidos, abrazados y tumbados en la playa, después de haber hecho el amor.

—Sí, y me respondiste que olían a agua.

—Pues he cambiado de opinión. Ahora huelen a nosotros, porque consigues hacer que esté todo el día en las nubes y alcance cada estrella que haya en el cielo.

Sonrío, derritiéndome por dentro.

—Eres muy cursi —le contesto, pero me encanta que sea así—. ¿Te has apuntado a algún curso de cómo impresionar a tu novia siendo un cursi?

—Me sale solo. —Me dedica una dulce sonrisa—. ¿Y de quién es la culpa de que sea así?

—Tuya, por supuesto.

Suelta una carcajada.

—Enana, los dos sabemos que tienes algo que ver.

Hundo mi cabeza en su cuello, sonriendo.

—Estás muy tontita, Ari. ¿Quieres que te folle...? —Se muerde la lengua—. No, mejor voy a ser un caballero. ¿Quieres que te haga el amor otra vez?

Le doy un golpe en la tripa y me río.

—Cállate, salido.

—Ya eres mía en todos los sentidos. —Me da un beso en la cabeza.

—A callar ya.

Y estamos así hasta que llega la hora de que me vaya a mi casa.

—Entra, que te tengo que dar algo —le digo cuando estamos frente a la puerta.

—¿El qué? —quiere saber, impaciente.

—Ven conmigo. —Lo agarro de la mano y lo guío hasta mi habitación. Cojo la bolsa con sus regalos y se la tiendo.

—Ari, no tenías por qué comprarme nada. Si con el regalo que me has hecho hoy ya soy muy feliz.

—Cállate y ábrelo. —Sonrío con cara de tonta.

Álvaro coge la bolsa y saca uno de los dos regalos. Rompe el papel sin ningún cuidado y lo tira al suelo, quedándose con la chupa de cuero negra en la mano. La observa con una sonrisa en los labios.

—Ay, Ari, Ari.

—Ahora el otro.

Busca dentro de la bolsa y saca el pequeño. Vuelve a hacer lo mismo que con el anterior y abre el estuche de unas *Ray-Ban* verdaderas. Hace una mueca de sorpresa mientras las estudia y yo me quedo embobada mirándolo.

—Pruébate las dos cosas —le pido.

Nos acercamos al espejo y se pone la chaqueta, que le queda perfecta. Bueno, todo le queda perfecto a este adonis caído del cielo. Después se coloca las gafas de sol y empieza a hacer esas muecas de creído que tanto me ponen nerviosa, pero que también adoro.

—¿Estoy sexy?

Pongo los ojos en blanco.

—Tú estás sexy hasta con un traje de astronauta —contesto, y suelta una carcajada—. Espera, que tengo que darte otra cosa más. —Me acerco a la cama, me agacho y saco de debajo de ella el dibujo que le hice. Se lo tiendo a Álvaro por la cara en la que no hay nada.

—¿Qué es? ¿Un dibujo de la sensual Ariadna en pelotas?

—¡Imbécil! —exclamo—. Dale la vuelta.

Se la da y se queda con la boca abierta. Tengo que mover mi mano por delante de su cara para que reaccione.

—Esto... —balbucea—. Esto es... Esto es una obra de arte.

—No seas exagerado.

—Joder, me encanta. —Sigue mirándolo impresionado y yo me vuelvo a derretir—. Muchas gracias. Eres genial. —Suelta el cuadro sobre mi cama, me coge de la cintura y me levanta.

—¡Bajame! —Le doy manotazos en los hombros—. ¡Me vas a tirar!

—No te caes, te tengo bien sujeta. —Y me besa.

Cuando Álvaro tiene que volver a su casa, bajamos a la planta de abajo y mi madre lo felicita. Nos dirigimos hacia donde ha aparcado la moto y coloca sus regalos en ella.

—Eres genial, Ari, en serio. —Me vuelve a besar.

Llevo con sonrisa de tonta todo el rato.

—Ten cuidado con la mot... —intento decir, y me interrumpe con un pico—. Que no quiero... —Otro pico—. Que te... —Otro—. Mates... —Otro—. Álvaro.

Para de darme picos y nos reímos como dos imbéciles. Me achucha fuerte contra él y yo hago lo mismo.

—¿Te puedo recoger mañana para llevarte al insti?

—Vale —contesto, y nos volvemos a besar.

—Hasta mañana. —Me guiña el ojo, se pone el casco y se sube a la moto; después arranca y se va.

Qué mono es.

Yo me meto en casa sin borrar la sonrisa de boba de la cara.

Capítulo 76

Álvaro

Si tuviera que elegir un sitio donde pasar toda mi vida, sería dentro de Ari. Joder, ha sido... No tengo palabras para describirlo, pero ha sido genial. La sensación más maravillosa del mundo.

¿Maravillosa? ¿En serio pienso de manera tan cursi? Sacudo la cabeza.

Ha sido la puta hostia. Punto.

Entro en casa con una sonrisa como si hubiera estado emporrado y voy al salón para saludar a mi madre, que está tumbada en el sofá viendo la tele (o más bien durmiendo). En la mesa descansan un bote de helado de chocolate vacío, pañuelos usados y el álbum de fotos. Cojo el mando y apago la tele.

—Mamá —la llamo acercándome a ella—. A la cama.

Se despierta y se incorpora, desperezándose.

—¿Acabas de venir?

—Sí, he estado con Ari —contesto, y me siento a su lado—. ¿Cómo estás?

—Bueno... —Me mira con expresión triste.

Está mal y yo no quiero ponerme mal. Ahora no. Quiero dormirme con la imagen de Ari en mi cabeza.

—Acuéstate —le sugiero, y le doy un abrazo. Ella se queda petrificada, pero también hace lo mismo. No sé desde cuándo no le doy un abrazo a mi madre, pero sé que cuando era muy pequeño, se los daba.

—Mi niño —dice, y por un momento creo que vuelvo a tener cinco años—. Lo siento mucho.

La miro. No quiero que remueva toda la mierda.

—Mamá, no. Eso ya está olvidado. Ahora te voy a enseñar lo que me ha regalado Ari. —Cojo el dibujo que me ha hecho mi novia para mostrárselo—. Mira, lo ha dibujado ella.

Se queda perpleja.

—Es precioso. Esa niña tiene mucho talento.

Sonrío, orgulloso de mi novia.

—Es la mejor.

—Me alegro de que te haga feliz, hijo. —Mi madre me da un beso en la mejilla.

Le enseño las demás cosas que me ha regalado Ari y me encierro en mi habitación.

Creo que la relación con mi madre cada vez está yendo mejor.

Me suena el móvil y veo que es mi no-padre. Con este es con quien sí que no pienso arreglar nada. Que le den por culo. Sin embargo, descuelgo la llamada por si es Alba la que quiere decirme algo.

—¿Qué? —contesto en tono seco.

—Hola, hijo.

Cabrón.

—¿Qué quieres?

—Quería felicitarte. Te he ingresado dinero en la cuenta.

Ja, ja, ja. Esa cuenta que no uso y que estará llena de telarañas.

—Muy bien, ¿algo más?

—Alba quiere hablar contigo.

—Pues ponla al teléfono —respondo con desdén.

—¡Hermanito! —chilla ella a los pocos segundos, y creo que me deja sordo —. Felicidades por tu cumple.

—Muchas gracias, renacuaja. —Sonrío. La echo muchísimo de menos.

—Ya eres más grande. De mayor quiero ser como tú.

—¿Ah, sí? Pues tendrás que comer muchos *petit-suisse* para ser tan grande como yo.

Se ríe.

—¿Cuándo vas a venir a verme?

—Si te portas bien, iré pronto, renacuaja.

Igual voy con Ari cuando acabe el curso, que está deseando conocerla.

Se lo tengo que decir; seguro que le encantará la idea.

—Vale, me portaré bien. Lo prometo —dice mi hermana.

Me despido de ella, le mando a Ari un mensaje de buenas noches y me meto en la cama con la imagen de sus ojos verdes en mi cabeza.

* * *

Llego a casa de Ari y la espero sentado en la moto. Sigo con la misma cara de tonto desde ayer en la playa. En serio, parece que me he drogado con algodón de azúcar. ¿Estará Ari igual que yo? Se abre la puerta y ahí está ella, tan preciosa como siempre. Mientras se acerca, no para de mirarme y de sonreír. Sí, está igual de drogada que yo y lleva puesta mi sudadera azul.

—Buenos días, enana —la saludo con una sonrisa.

—Hola. —Sonríe, tímida y como un tomate.

¿Ahora le da vergüenza? No me jodas. ¿La he visto como su madre la trajo al mundo y ahora está avergonzada? Aunque me está poniendo como se pone mi moto cuando supero el límite de velocidad.

«Deja de pensar», me ordena mi cabeza haciendo referencia al calor que me está entrando por mi sexy cuerpo ahora mismo.

Me bajo de Cassie y beso a Ari. ¿Cómo puedo querer tanto a esta chica? A veces pienso que he perdido la cabeza, pero merece la pena.

—Estás preciosa —le susurro, y ella se ríe.

—Anda, deja de ser tan cursi, que vamos a llegar tarde.

Saco su casco y se lo coloco. Nos subimos a la moto, se abraza a mí y arranco. En cuestión de minutos ya hemos llegado al insti.

—¿Por qué estáis tan contentos hoy? —inquire la cotilla de mi prima cuando nos acercamos, y Ari se sonroja al instante mientras le entra la risa tonta.

—¿Y tú por qué estás tan cotilla hoy? —le contesto a Sandra.

—Ella siempre es así —interviene Chris. Diego está a su lado, mirándonos. ¿Qué mira tanto? Cada vez me cae peor esa almorrana.

Suena el timbre y todos entramos en nuestra clase.

* * *

Estoy ideando algún plan ñoño mientras atiendo a la gente en el trabajo. No me reconozco; últimamente estoy flipando conmigo mismo.

—Son siete con cincuenta, por favor —le digo a una clienta que sujeta a un mocosito que no para de llorar.

La mujer me da el dinero justo, coge su bandeja y se larga. Me podría dar alguna propinilla, digo yo. Encima de que le he puesto la mejor de mis sonrisas mientras estaba escuchando los berridos del crío...

Cuando termina mi turno en el McDonald's, le mando un mensaje a Ari.

YO: «Enana, en diez minutos estoy en tu puerta. Si tardas, me voy»

Seguro que estará en pijama leyendo algún libro cursi o viendo la serie esa de vampiros.

Su contestación no tarda en llegar.

ENANA: «Espera, espera, que me tengo que vestir y peinar. En veinte minutos estaré lista. Creo»

Sonrío como un tonto en mitad de la calle, mirando la pantalla. Si es que soy

adivino.

De camino a su casa, me paro para comprar dos kebabs con patatas fritas para cenar. Ari me va a matar cuando los vea porque siempre dice que esa comida es una bomba para su estómago, pero yo tengo ganas de comer esa mierda. Y la pienso obligar, aunque me tire con una piedra en la cabeza.

Media hora después, Ari sale de su casa.

—Ya era hora. Un poco más y te encuentras a mi esqueleto esperándote —le digo.

—¿Qué dices? No he tardado tanto —replica poniendo cara de niña pequeña, y le doy un beso—. ¿Adónde vamos?

—Es una sorpresa. —Le guiño un ojo y ella pone los suyos en blanco.

Nos subimos a la moto y conduzco hasta la «casa abandonada» donde celebramos su cumpleaños. Como es sábado, su madre le permite salir hasta las doce, como si fuera Cenicienta.

—¿Se te ha ido la cabeza, Álvaro? No pienso entrar en esa casa —dice mi amor bajándose de Cassie—. Nos van a pillar.

—Calla, niña. —Saco la bolsa con la cena de debajo del asiento y agarro a Ari de la mano, dirigiéndonos a la entrada.

—Álvaro, te lo digo en serio... Nos van a pillar.

No le hago caso y saco mi navaja del bolsillo de los vaqueros. Ari me observa con los ojos como platos y yo abro la puerta al instante.

—Dios, mi madre tiene razón: estoy saliendo con un delincuente. Has hecho esto más veces, ¿verdad?

—Claro, el día de tu cumple.

—No, más veces. No es tan fácil abrir la puerta de esa manera. Seguramente asaltabas casas en Madrid.

—Alguna que otra vez —le contesto con orgullo, y Ari se da un golpe en la frente con su mano—. Vamos.

Nos encaminamos hacia el salón y saco de un pequeño armario unas mantas que dejamos y unas cuantas velas para iluminarnos. Me doy cuenta de que está todo igual que el último día que estuvimos aquí, o incluso más limpio.

Ari pasea su vista por todo, como la cotilla miedosa que es.

—Si viene alguien, diré que me has secuestrado y que me tienes aquí en contra de mi voluntad —dice, y yo suelto una carcajada.

Estiro las mantas en el suelo, enciendo las velas con el mechero y las coloco alrededor de nosotros.

—¿Has visto qué romántico?

Ari sonrío.

—¿Qué has comprado para cenar? —pregunta sentándose sobre las mantas y

sacando lo que hay en la bolsa; yo me acomodo a su lado—. ¿Kebabs? ¿Estás loco? ¿Sabes cuánto engorda esta cosa? ¿Quieres matarme?

—Pero está rico y sé que te mueres de ganas por comerte uno. —Cojo uno y lo desenvuelvo del papel de aluminio; se lo acerco a la cara y su expresión es de estar oliendo heces de perro—. Estás deseando probarlo. Venga.

—Pero sólo por hoy, porque me da pena tirarlo —dice, y le da un mordisco—. Mmm... —Se mancha la cara con la salsa y yo la miro, divertido.

—Me estás poniendo cachondo.

Me tira una patata a la cara.

—Cállate, idiota.

Para cuando terminamos de cenar, dejamos toda la basura tirada por el suelo y nos tumbamos en la manta. Atraigo a Ari hacia mí y la beso.

—Este sería un buen sitio, ¿no crees? —le susurro. Acercó mi mano a su mejilla y la acaricio.

—¿Y si viene alguien?

—¿Y si no viene nadie?

—¿Y si sí? —insiste.

—¿Y si te callas y dejas de pensar?

Esboza una sonrisa.

—Está bien. Por lo menos no acabaré con arena metida en todos sitios.

Suelto una carcajada y ella me da un tortazo en la tripa.

Minutos después, ya estamos completamente desnudos y deseando juntar nuestros cuerpos como si fueran uno.

No puedo esperar más.

Y mi polla tampoco.

Y Ari me está mirando suplicante.

Y yo me estoy volviendo loco.

Me pongo el condón, me coloco encima de ella y le abro las piernas. La observo; está más que lista. Me hundo en ella y mi mente deja de pensar con claridad.

Joder, es el puto paraíso.

Me muevo dentro de ella a la vez que voy acelerando el ritmo poco a poco. Ari coloca sus manos en mi espalda y me araña; yo contemplo su cara, que está pidiendo a gritos que se lo haga más deprisa.

Maldita sea. Como siga así, me voy a correr rápido.

—Álvaro... —susurra.

Y al escucharla, los dos estallamos, sintiendo fuegos artificiales por todo nuestro ser.

Capítulo 77

Ari

A mis ojos no les apetece abrirse y mis brazos no quieren separarse de Álvaro.

Un momento... ¿Es de día? Abro los ojos de repente y la luz del amanecer se asoma por la ventana del salón de la casa abandonada. Mierda. Me separo de Álvaro y cojo mi móvil. Son las siete de la mañana y tengo veinte llamadas perdidas de mi querida madre.

Estoy muerta.

—¡Álvaro, despierta! —Lo zarandeo con mi mano, pero él sólo se queja.

—¿Qué te ha dado en la cabeza, enana?

—¡Mira! —Le enseño mi móvil y lo mira con cara de dormido.

—Qué guapo el tío de la foto esa, ¿no?

—¡No te estoy diciendo que mires la foto! ¡Mira la hora que es! —exclamo, y vuelve a hacer lo mismo.

—Qué temprano —comenta, y suelta un bostezo—. ¿Seguimos durmiendo?

—¡Álvaro!

—Joder, qué carácter tienes recién levantada. —Se incorpora sobre las mantas y se estira.

—Mi madre me va a matar. —Me levanto y agarro mis cosas; Álvaro se vuelve a tumbar—. ¡Pero levántate y vístete!

—Si ya llegas demasiado tarde. Qué más da.

—¡Álvaro! —grito. Me acerco a él y lo intento levantar, pero no se deja y se empieza a reír—. ¡Álvaro, me estás hartando! ¡Levántate!

Parece un niño pequeño que no quiere ir al colegio.

—Joder con Heidi —protesta, y por fin se digna a levantarse.

De repente, nos interrumpe el sonido de unas llaves y los pasos de alguien cada vez más cercanos. Álvaro y yo nos miramos, alarmados.

—Detrás del sofá —me susurra.

Recogemos todas las cosas del suelo, me tapo con la sábana y nos escondemos tras el sofá. Se encienden las luces y alguien entra en el salón.

A la cárcel.

—¿Hay alguien? —pregunta una voz de mujer que me resulta familiar.

—¿Tu madre? —susurro mirando a Álvaro, que se encoge de hombros.

¿Qué hace su madre en esta casa? ¿Es que acaso es de ellos?

—¿Álvaro? —lo llama Virginia—. He visto tu moto fuera.

Claro, Cassie nos ha delatado.

Mi novio resopla y se levanta, vestido sólo con los calzoncillos, dejándome escondida.

—Mamá.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has entrado sin llave?

—Entrando. —Álvaro se encoge de hombros, nervioso.

—¿Estás solo?

—Claro.

—Ah... Pues no sabía que te gustara usar ropa interior de mujer —comenta Virginia.

Al oír eso, echo un vistazo a todas las cosas que tengo entre las manos y mi sujetador no aparece. Álvaro se rasca la nuca, con expresión de estar aguantándose la risa.

—Me gusta vestirme así de vez en cuando, pero no se lo digas a Ari, que es capaz de dejarme —le dice a su madre.

Por favor, me gustaría ver la cara de Virginia ahora mismo; pagaría por ello.

—Ya, ahora resulta que eres un travestie.

Estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no reírme a carcajadas, pero finalmente no puedo aguantar y estallo en risas. Álvaro ladea su cabeza hacia mí, esbozando una sonrisa, y luego a su madre.

—Toma el sujetador de tu novia, anda —le dice Virginia, y yo veo cómo le cae a Álvaro la prenda en la cara—. Me marchó. Cerrad la puerta cuando salgáis. Se oyen pasos y después la puerta de la calle cerrarse.

—Pillados *in fraganti* —murmura Álvaro.

Salgo de mi escondite, todavía riéndome, y le quito mi sujetador de la cara.

—Así que eres travestie, ¿no? —lo chincho.

—Claro, en mis noches oscuras me visto de mujer —bromea.

Me entra un ataque de risa.

—¿Es vuestra casa?

—Algo así —contesta—. ¿No tenías prisa?

Mi madre.

Nos vestimos y lo recogemos todo, dejando la casa impoluta. Por el camino, me mentalizo de mi muerte lenta y dolorosa. Cuando llegamos, me despido de Álvaro y respiro hondo, acercándome a la puerta, que la abro con sigilo y entro. Parece que están todos dormidos. Subo las escaleras con cuidado, pero al llegar al último peldaño, me encuentro a mi madre contemplándome de brazos cruzados.

Mierda. Mejor voy llamando para que traigan mi ataúd.

—Hola, mamá. —Qué voz de pito me ha salido.

—¿Qué horas son estas de venir? —Respira hondo—. Y sin avisar. ¿Dónde has estado, Ariadna?

—Con... Sandra. Durmiendo —miento—. Se me hizo tarde... Y me quedé dormida en su casa... Y no pude avisarte... Porque me quedé sin batería...

—¿Con Sandra? —inquire, cabreada—. ¿Por qué me engañas, Ariadna? ¡La llamé y me dijo que no estaba contigo! ¡Deja de mentirme! ¿Dónde has estado?

¿Que la llamó? Eso es mentira. Sandra me habría avisado.

—Te lo he dicho... —insisto con una vocecilla inaudible.

—¡Has pasado toda la noche con tu novio, el delincuente! ¡A mí no me engañas! —brama. Ya empieza su exorcismo—. ¡He hecho el esfuerzo por intentar aceptar a ese chico y me lo estás poniendo muy difícil! ¡Que mi hija se tire hasta las tantas de la mañana con un macarra como ese no me hace ninguna gracia!

Pero qué falsa es esta mujer. Con Álvaro delante finge que es la mejor madre del mundo.

—¡Deja de insultarle! —estallo—. ¡Soy mayorcita para saber lo que hago!

—¡No sabes lo que haces! ¡Tienes diecisiete años! —continúa ladrando. Por favor, que alguien se la lleve—. Estás castigada sin salir dos semanas, y también sin que te visite ese *quinqui* —sentencia remarcando la última palabra.

—Pero, mamá...

No me hace caso y se encierra en su habitación.

Estoy nerviosa. Necesito comer algo.

Bajo hasta la cocina y me hago con todo lo que puedo: bolsas de patatas fritas, chucherías, tabletas de chocolate, galletas, bollos y unos macarrones de ayer que sobraron. Me da igual si engordo. Ya me da igual todo. Me meto en mi cuarto y empiezo a comérmelo todo. Me llega un mensaje; imagino que será Álvaro, así que decido contestarle luego.

Sigo comiendo con demasiada ansiedad hasta que no puedo más y me siento exhausta.

Mierda, ¿qué acabo de hacer? Suspiro y me tumbo en la cama. Diez minutos después, comienza a dolerme la barriga y a sentirme culpable.

No.

«Sí».

No.

«Gorda».

Por una vez más no me va a pasar nada. La última de mi vida; lo prometo. Sólo esta vez.

Mientras aprovecho que todos continúan dormidos, me encierro en el baño, me arrodillo frente a la taza del váter y me quedo unos segundos contemplando el agua. Trago saliva, no me lo vuelvo a pensar y me introduzco los dedos en la garganta.

A la mierda todo.

* * *

Ayer le conté por teléfono a Álvaro lo que me pasó con la sargento de mi madre, incluyendo que me ha castigado dos semanas sin salir y sin verlo. Mi novio se puso de muy mal humor, pero no puede hacer nada para que mi madre entre en razón.

Estoy en clase de Historia, sentada al lado de Diego y entreteniéndome mirando las puntas de mi pelo, pensando que debo cortármelas ya mismo porque las tengo abiertas. Encima, cada vez que me peino, descubro más mechones en el cepillo. Me voy a quedar calva.

Detrás de mí, se encuentra sentada la Barbie riéndose con una de sus sombras.

—¿Qué te pasa, Ari? —me pregunta Diego.

—Nada, déjame.

Me mira con expresión afligida y vuelve a atender a la profesora que, por cierto, es su madre. Si la mía hubiera sido maestra de este centro, ya me habría tirado por un puente. Pero Blanca es un amor de persona. Qué suerte tiene Diego de tener esa madre. Bueno, todas las madres son mejores que la mía.

Continúo oyendo risitas desde atrás, que consiguen ponerme nerviosa. Diego se da la vuelta y mira a las unineuronales.

—¿Qué estáis haciendo? —les espeta en un tono demasiado alto, que hace que se gire toda la clase hacia nosotros; luego le da un manotazo a alguna de las dos.

Me doy la vuelta y descubro restos de pelo en la mesa de la Barbie Poligonera. Restos de mi pelo.

—¿Eres subnormal? —le grito a Mónica. Me da igual que me mire toda la clase.

—Para que veas que yo sé jugar sucio también, cerdita.

Blanca se acerca.

—¿Qué os pasa, chicas?

Las dos nos callamos, pero Diego abre su maldita boca y se lo suelta todo.

—Mónica le estaba cortando el pelo a Ari.

Maldito chivato. Ahora la Barbie me va a hacer la vida más imposible

todavía.

—Mónica, al despacho del director —le ordena Blanca.

—¡Yo no tengo la culpa de nada! ¡Su maldito novio, el maricón de su amigo y la zorra de su amiga me pegaron el pelo con cola!

—¡Al despacho del director! —vuelve a gritar Blanca. Nunca había visto a la madre de Diego tan cabreada.

La Barbie bufa y se marcha de la clase con paso firme.

—¿Puedo ir al baño un momento? —le pido a Blanca.

—Claro que sí. —Me dedica una tierna sonrisa.

Cuando entro en el servicio de chicas, me miro en el espejo y me doy cuenta de que Mónica no me ha cortado demasiado, sólo las puntas un poco. El lado positivo de todo esto es que he tenido peluquería gratis, aunque me siento mal.

* * *

La siguiente semana se me pasa como si fuera todo un suplicio. Sin salir, sin Álvaro (al que sólo veo en el instituto y no tengo suficiente, porque estoy todo el día metida en casa), sin libertad, soportando a la sargento de mi madre, a la Barbie y a mí misma.

—Hija, come —me ordena mi madre.

Todos los días igual. Voy a acabar volviéndome loca entre estas cuatro paredes. Es peor que estar encerrada en una cárcel.

—Mañana tengo que irme de viaje —anuncia la sargento mirando a mi hermano y a su noviete—. Así que tendréis que vigilarla para que no salga.

Esto ya es para clavarse un tenedor en la pierna.

Los dos peleles asienten y la Barbie se echa a reír. El tenedor se lo voy a clavar a ella mientras duerme.

—No soy una maldita niña pequeña —digo, y me levanto de la silla antes de estallar en una discusión sin sentido como las que estamos teniendo últimamente.

Subo hasta el baño, vomito y me encierro en mi habitación. Cojo la báscula y me peso.

Cuarenta y tres.

Segundos después, Diego toca mi puerta y yo escondo la báscula debajo de la cama; luego me tumbo en mi colchón para disimular.

Creo que le estoy pillando manía a mi amigo, porque mi madre sí que le deja entrar a él y a Álvaro no.

—Hola, Ari —me saluda, sonriente, y se sienta a mi lado—. ¿Cómo estás?

—¿Para qué preguntas? Estoy genial, ¿no me ves?

Tiene que tener mucha paciencia conmigo, porque llevo días hablándole mal y no se enfada. ¿Será tonto?

Me estoy pasando, lo sé. Pero esta no soy yo.

—Ari, tranquila.

¿Le tiro con su pelota en la cabeza?

—Iri trinquili —lo imito haciendo muecas de burla.

—Ya vale, ¿no? Yo no tengo la culpa de que tu madre te haya castigado — me responde de mala gana, pero sigo haciendo muecas de burla—. Ari, deja de hacer eso y háblame bien.

—¿Y tu Natty? ¿Ya tiene nuevo novio?

Diego me mira con los ojos entornados. Deduzco que se va a enfadar.

—Pues no. Hemos vuelto otra vez.

Suelto una carcajada ante esa estupidez.

—Pues no vais a durar mucho. Esa relación no es sana, nada más estáis rompiendo y volviendo.

—¿Y me lo dices tú, que cada vez te estás pareciendo más al estúpido de tu novio? —me espeta mirándome con rabia.

¿Diego me acaba de decir lo que acabo de oír? ¿Pero quién se ha creído que es?

—Vete de mi habitación —le pido antes de decirnos todo lo que pensamos de verdad.

—Ari, no sé en lo que te estás convirtiendo, pero no te reconozco. Ni yo ni nadie.

Y con esas últimas palabras se marcha.

Empiezo a llorar. Otra vez. No sé ni cuántas veces he llorado ya en la última semana, pero no soy yo. Es la otra, la que se cuele en mi cabeza y me obliga a decir cosas que no siento de las que luego me arrepiento, y la que hace que me pegue atracones y vomite a todas horas.

El móvil interrumpe mis sollozos. Es Álvaro y no quiero que sepa que estoy mal; sin embargo, necesito hablar con él.

—Hola —contesto.

—¿Qué te pasa ya, enana?

Vaya, qué pronto nota que estoy mal.

—Que estoy harta. Me voy a quedar sola porque no me vais a soportar. No sé quién soy, Álvaro. —Se me quiebra la voz.

—¿Pero qué estás diciendo? Nadie te va a dejar sola.

—Me acabo de pelear con Diego —le cuento, y se me escapa una lágrima—. Y le he dicho cosas horribles. No quiero que me deje de hablar, Álvaro.

—Eso nunca va a pasar. Ese maldito pijo te adora —dice en tono

comprensivo y sin una pizca de celos—. Hablaré con él. No te preocupes, pequeña.

—Te echo de menos.

—Yo también a ti, pero ya te queda una semana menos de castigo.

Suspiro, odiando mi vida.

—Mañana mi madre se va de viaje. Vente, porfa. Habla con mi hermano y suplícaselo de rodillas si hace falta.

—Veré lo que puedo hacer.

De hablar por teléfono nos pasamos a Skype y nos tiramos toda la tarde y parte de la noche charlando de tonterías que hacen que me sienta un poco mejor.

Capítulo 78

Álvaro

Estoy yendo a casa de Ari. Últimamente está muy rara; imagino que será culpa del castigo de su madre, así que espero que se le pase pronto.

Aparco la moto y me encuentro a Diego cruzando la carretera, en dirección a la casa de mi novia.

—¡Tú! ¡Almorrana! —lo llamo, y él ladea la cabeza hacia mí.

Ha sido bastante raro verlos hoy en el instituto sin dirigirse la palabra. Diego siempre va detrás de Ari como si fuera su perrito, esperando a que ella le lance el palo.

—¿Qué quieres? —me espeta cuando me acerco a él.

Venga, va, voy a intentar ser simpático con este chaval aunque me caiga como el puto culo.

—Vuelve a hablarle a Ari —le digo, y tengo la impresión de que ha sonado como una orden. No sé ser amable con este tío. Simplemente no me sale.

—Iba ahora a su casa a pedirle disculpas.

—Ah.

Claro, no puede estar sin su querida Ari peleado durante un día. Ahora me va a arruinar la única tarde de libertad que tengo con ella. No lo pienso permitir. En cuanto le pida perdón y se abracen como los malditos mejores amigos que son, le digo que se largue. Aunque todavía no le he pedido permiso al hermano de Ari para que me deje verla...

—¿Vienes o te quedas? —me pregunta Diego dirigiéndose a la puerta.

—Voy, voy.

Me planto frente a la puerta y toco el timbre.

—Hola, chicos —nos saluda Pablo cuando nos abre. Me arrodillo ante él y junto las manos como si estuviera rezando.

—Por favor, déjame ver a Ari, te lo suplico.

La almorrana y Pablo me miran como si me hubieran salido pájaros de la cabeza.

—Te iba a decir que te vinieras un rato, pero he hecho bien esperando a que me lo pidieras tú —contesta Pablo con una amplia sonrisa, y yo suelto un bufido y decido levantarme para dejar de hacer el ridículo—. ¡Ari! ¡Tienes visita! —

grita con la vista alzada hacia la planta de arriba, y se mete en el salón para dejarnos a solas.

En menos de un segundo, ya está mi amor bajando los escalones de dos en dos con esa sonrisa de niña pequeña. Temo que se caiga y se abra la cabeza. Se acerca a mí, me abraza fuerte y me da un beso. Parece que llevamos años sin vernos, y eso que la he traído a su casa cuando ha acabado el insti. Después, se acerca a la almorrana.

Que alguien me traiga una bolsa para vomitar arcoíris.

—Diego, siento mucho lo que te dije ayer.

—No te preocupes, Ari. Yo también tuve la culpa. Lo siento mucho.

Se abrazan y yo me jodo viéndolos tan juntitos. Como se le empalme mientras está pegado a ella, le corto los huevos con una sierra.

Les aplaudo con desgana. Sólo falta una lluvia de azúcar cayendo del techo. Todavía me pregunto cómo se ha fijado en mí teniendo a Don Perfecto a su lado. Aunque es evidente: yo soy más guapo y estoy más bueno, pero no es suficiente.

—¿Ya, no? —interrumpo su momento ñoño.

Se separan y observo la entrepierna del Caracartón. Vale, no le ha crecido ningún bulto ahí abajo; seguro que la tiene más pequeña que un garbanzo, por eso no se le nota.

—Bueno, Ari, yo me voy. No os quiero molestar.

—Tú nunca molestas —le contesta la otra.

Pues claro que molesta. A mí me molesta.

—¿Te vas o qué? —intervengo dedicándole una sonrisa falsa a la almorrana.

Simpatía ante todo. Muy bien.

Diego suspira.

—Adiós, Ari. —Le da un beso en la mejilla y se pira.

Por fin solos.

—Vamos a mi cuarto —dice mi amor demasiado contenta y cogiéndome de la mano.

Subimos hasta su habitación, que ya la echaba de menos, excepto a la bola de pelo que hay roncando en el suelo, y nos sentamos en la cama. Sin querer, le doy una patada a algo que hay debajo. Espero no haber destrozado nada. Me agacho y descubro que es una báscula. ¿Para qué quiere tener una cosa de estas aquí? Me hago con ella y se la enseño, esperando alguna explicación. Como siga obsesionada con su peso, no sé lo que voy a hacer. Se supone que está yendo al psicólogo y que la está ayudando, pero no sé qué pensar.

—¿Esto qué hace aquí? —exijo saber.

—Eso... No sé. Qué raro —dice, y empieza a quitarse las pielecitas de las uñas.

—Ari, ¿no estarás otra vez pensando en esa mierda, no?

Ríe nerviosa.

—Qué va, Álvaro. —Coge su pelota amarilla y la estruja. Está mintiendo.

Voy a hacer como que la creo, pero no le pienso quitar la vista de encima.

Decidimos poner la peli *Focus*, elegida por mí. No es mucho del estilo de Ari, pero siempre las elige ella y ya era hora de que me tocara a mí. Sin embargo, nos tiramos durante toda la peli haciendo de todo menos verla.

Echaba de menos estar a solas con ella y acariciarla entera. Me he dado cuenta de que ha perdido algo más de peso en esta última semana. Mis sospechas no quiero que se confirmen. No puedo imaginarme que otra vez esté metida en esa mierda.

* * *

—¿Me hace buen culo o qué?

Ari pone los ojos en blanco.

Ya ha pasado la última semana de castigo y puedo estar con ella todo lo que me dé la gana. Ahora estoy probándome ropa en una tienda, ya que he cobrado y voy a aprovechar para comprarme algo, que siempre voy con los mismos vaqueros gastados.

Me doy la vuelta y observo mi precioso culo. Vale, está para pegarle un mordisco.

—Álvaro, venga ya, que estoy cansada. Llevamos más de una hora en esta tienda —se queja mi amor sentada en la banqueta del probador.

Se supone que a las tías les encanta comprarse ropa, y Ari sólo ha cogido una camiseta y unas botas. Mi prima se está llevando casi toda la tienda junto con Chris, acompañados de Diego y John.

—Enana, dame tu opinión de mi culo y nos iremos.

Vuelve a poner los ojos en blanco y se levanta.

—A ver... —Observa mi trasero con atención—. Muy bonito. —Me da una palmadita que me pone cachondo y se ríe—. Si ya sabes que me encanta todo de ti.

Me están entrando ganas de hacérselo aquí mismo.

—¿Cuál es la parte que más te gusta de mí? —le pregunto, curioso.

—Pues no lo sé. Todo.

—Algo habrá que te guste más. —Sonrío como un tonto, mirándola—. Como por ejemplo... Mi gran polla.

—¡Álvaro! —exclama, y me da un manotazo en la tripa; yo finjo una mueca de dolor—. ¡Eso no! ¡Lo que más me gusta es tu sonrisa!

—Ah, qué romántica —digo. La voy a poner un poco nerviosa—. ¿Y mi polla no te gusta? Porque bien que me pides más cuando lo hacemos.

Me da otro manotazo en la tripa con la cara como un tomate.

—Cállate.

—Oh, sí, Álvaro, quiero más —la imito poniendo voz de pito, y Ari abre los ojos como platos.

—¡Yo no digo eso! —exclama con los mofletes a punto de estallar, y me pega más tortazos en la tripa; yo me parto de risa—. Te espero fuera. No tardes, imbécil.

Me visto rápido y salgo del probador. Nos ponemos a la cola y esperamos a que sea nuestro turno. Odio esperar. ¿Por qué hay tanta gente comprando? ¿No estamos en crisis?

—¿Qué hacíais en el probador? —inquiere mi prima—. Se escuchaban gemidos.

Chris y John sueltan una carcajada y Diego se la queda mirando con cara de gilipollas. Yo no sé para qué se viene la almorrana si no se ha comprado nada.

—Cosas de mayores, primita. —Le guiño un ojo a Sandra y Ari me da otro tortazo en la tripa. Joder, parezco su maldito saco de boxeo.

—Vamos a comer algo. Me muero de hambre —interviene Chris cuando pagamos y abandonamos la tienda.

—¿Quieres? —John le tiende una bolsa de gominolas.

—Vale —le responde Chris haciéndosele la boca agua. Coge un regaliz de la bolsa y le da un mordisco mientras John lo mira.

Me río para mis adentros.

—¿Dónde te has dejado a tu noviecita hoy? —le pregunto a John, y él clava sus ojos en los míos, incómodo.

—Se ha ido con sus amigas.

—Ah... Qué bien.

Mientras tanto, miro el WhatsApp porque Mel me acaba de decir que anoche conoció a una tía con las tetas más grandes que ha visto en toda su vida y que resulta que también se llama Mel.

YO: «Mándame una foto y te daré mi opinión sobre ellas»

MELODY: «No me jodas, Alvarito. Mándame tú una foto de las de tu novia»

YO: «Sí, claro. Para que te toques pensando en ella. Ni de coña, Melody»

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que Ari y la almorrana han desaparecido.

—¿Dónde están estos dos? —les pregunto a los demás.

—Están mirando esa tienda de allí —me contesta mi prima señalando donde están.

Me giro y los encuentro saliendo de la tienda con algo en las manos.

—Mirad, chicos. Os he comprado pulseras —dice Ari, y nos da a cada uno una.

—¿Y esto? —inquiero, y me la coloco en la muñeca sonriendo como un idiota. Ari se la pone en el mismo brazo donde tiene la pulsera que yo le regalé en su cumple.

—Me hacía ilusión que tuviéramos algo todos. Tengo también para David, Mel y Sergio —cuenta enseñándonos las pulseras sobrantes.

Luego, nos dirigimos hacia el Pans and Company y volvemos a hacer cola.

—Álvaro. —Ari me coge del brazo y yo la miro; su rostro luce pálido—. Voy a salir un momento. Me encuentro mal.

Me cago en todo.

—Chicos, pedid por nosotros. Luego hacemos cuentas —les digo a los demás. Me llevo a Ari fuera del establecimiento y nos sentamos en las escaleras que hay en la entrada del centro comercial—. Enana, ¿estás mejor?

—Un poco.

—Lo sigues haciendo, ¿verdad?

Pero no me contesta y aparta su vista de la mía. Nos quedamos en silencio durante unos minutos.

—Vamos, tienes que comer algo. —La obligo a levantarse y volvemos con los demás, que ya están sentados a una mesa con la comida.

Yo sigo preocupado por Ari y en lo que se está convirtiendo.

* * *

¿Es mi impresión o cada vez la veo más delgada? Ya han pasado un par de semanas desde que le dio el mareo en el centro comercial y ha tenido unos cuantos más. Ahora estoy yendo de camino para recogerla del psicólogo.

—¿Ya has salido? —le pregunto al llegar, extrañado—. Si faltan todavía veinte minutos.

—Es que ese tipo le ha dicho a mi madre que entre, que tiene que hablar con ella. A lo mejor le dice que estoy loca y me encierra en un manicomio.

—No te flipes.

Cuando aparece la sargento, Ari está hecha un flan.

—¿Qué te ha dicho ese?

—Nada, hija —le responde Isabel algo nerviosa—. Vuelvo a casa. No llegues tarde. —Le da un beso en la cabeza, pero antes de irse, añade mirándome—: Cuídamela.

Esta mujer está muy rara.

Ari y yo nos subimos en Cassie y conduzco hasta mi casa.

—¿Estaba preocupada, verdad? —me pregunta Ari mientras subimos en el ascensor.

—Pues como siempre. —Me encojo de hombros mostrando indiferencia.

La verdad es que sí que la veía un poco preocupada. Espero que ese hombre no le haya dicho nada malo de Ari.

—No, Álvaro. ¡Piensan que estoy loca! ¡Lo pensáis todos!

Poso mis manos en su rostro y contemplo sus ojos verdes apagados.

—Tranquila, Ari. Nadie piensa eso de ti.

—Álvaro, si me pasa algo, que sepas que te quiero.

—¿A qué viene eso? No te va a pasar nada. —Acaricio su mejilla, acojonado—. No te puede pasar nada. Ya verás como salimos de esta. —La envuelvo entre mis brazos—. Te quiero.

* * *

Después de haber hecho el amor en mi casa, he llevado a Ari a la suya y su madre me ha invitado a cenar. Yo no he podido decirle que no; cocina de puta madre y Ari me estaba suplicando que me quedara. Sin embargo, he tenido la sensación de que Lucifer quería decirme algo, pero, o eran imaginaciones mías, o no ha encontrado el momento.

Me interrumpe el timbre de mi casa.

¿Quién cojones será a estas horas?

Camino hasta la entrada y abro la puerta. Tengo que parpadear varias veces para mentalizarme de que la madre de Ari está de pie en el descansillo, mirándome con expresión de preocupación.

—¿Puedo hablar contigo?

Ahora sí que necesito un pañal, porque estoy cagándome.

—Claro. —La invito a pasar y nos sentamos en el sofá; ella se queda observando el piso—. ¿Quieres agua o algo?

Vale, no soy muy bueno siendo educado, pero estoy inquieto.

—No —contesta, seca—. He venido a hablarte de mi hija.

Capítulo 79

Diego

Desde que he llegado a esta ciudad me siento bastante solo. Aunque nunca me ha costado hacer amigos y ahora tengo unos que merecen la pena, no es lo mismo. Creía que me iba a resultar más fácil todo, pero nada más lejos de la realidad. Siempre he sido un chico positivo, que ve el lado bueno de las cosas y que le sonrío a todo el mundo. Sin embargo, en este momento no me reconozco ni yo mismo; mis sentimientos están disparatados.

Los chicos buenos, en contadas ocasiones, se llevan a la chica. Siempre es el chico malo el que las vuelve locas. Menudo cliché. Pero, claro, yo no sé cantar ni tocar la guitarra para enamorarla, y tampoco puedo colarme en la ventana de su habitación para impresionarla.

Necesito distraerme.

Me siento frente al escritorio con el portátil encendido y me meto en Wattpad para releer la novela que estoy publicando. Aunque todavía me queden muchos capítulos para acabarla, me gusta repasarla de vez en cuando para inspirarme y seguir escribiendo. A la gente le está gustando; tiene ya más de quinientas mil lecturas y noventa mil votos. Leo las primeras líneas del prólogo:

«Desde que la conoció en aquel verano, nunca ha podido mostrarle sus sentimientos. Ella sólo lo veía como un amigo y él nunca se atrevió a decirle lo que sentía.

—Soy Ainara —se presentó con las mejillas ruborizadas y sosteniendo el libro de *Los Juegos del Hambre* entre sus brazos.

—Yo... —A él no le salían las palabras—. Darío.

En cuanto la vio, le gustó todo de ella; su sonrisa tan sincera, sus labios carnosos, sus ojos verdes como la esmeralda, su largo pelo ondulado y castaño claro...»

Llevo escritos veinte capítulos y no sé si pasará algo entre ellos, porque ha aparecido Alejandro, el típico guaperas, y se ha metido entre los dos.

Detengo mi lectura y continúo escribiendo durante toda la noche desde donde me quedé ayer.

* * *

Salgo de mi casa y Chris y yo esperamos a Ari como todas las mañanas. O casi todas, porque a veces viene el tarambana a recogerla. Cuando aparece, está zampándose una bolsa de patatas fritas.

—Hola, Ari —la saludo.

—¿Vamos? —pregunta con la boca llena, y yo sonrío.

Me llega su olor a coco hasta el cerebro, mezclado con el de las patatas fritas.

—Qué buen desayuno, ¿no? —interviene Chris.

—Me apetecía. ¿Queréis? —Ari nos tiende la bolsa, pero nosotros negamos con la cabeza.

De camino al instituto, Chris habla de trivialidades y yo, de vez en cuando, miro a Ari, que parece que tiene la cabeza en otra parte. Me gustaría saber lo que piensa. Cuando llegamos, está el otro esperándola, fumándose un cigarrillo al lado de su moto, como el chulito que es. Ari se acerca a él, corriendo, y se besan. ¿Cómo puede darle besos con la peste que le echará la boca a tabaco? Además, ella detesta ese olor, no me explico cómo lo aguanta.

No me doy cuenta de que me he quedado pasmado observándolos, como me pasa siempre, hasta que Álvaro me indica con su mirada que sobro. Decido irme con Chris y Sandra hasta que toque la sirena.

Estoy con Natty. Debería importarme un pimiento lo que hagan esos dos, pero ella se ha metido en mi cabeza y no me deja pensar con claridad.

—Qué monos son —dice Sandra mirándolos con ternura.

—No hacen tan buena pareja —opino, y los dos ladean sus cabezas hacia mí, impresionados. ¿De verdad he dicho eso? Oh, no, mierda, voy a arreglarlo—. O sea, que se ve que se quieren, pero no creo que duren mucho. Álvaro meterá la pata con ella.

—¿Qué dices, Diego? —interviene Chris—. Si él la quiere con locura.

—¿No será que te gusta Ari? —inquire Sandra, y dibuja un corazón con sus manos.

—Es mi amiga.

—Ya lo sé, hombre. —Sandra me da una palmadita en el hombro—. Sólo estaba quedándome contigo.

Suena la sirena y respiro aliviado.

—¡Vosotros, dejad ya de besuquearos y entrad en clase! —les grita Sandra, y Álvaro le levanta el dedo corazón.

Entramos y subimos las escaleras; Ari se despide del otro y nos metemos en clase.

—¿Te sientas conmigo? —le pido.

—Vale. —Sonríe y me doy cuenta de que tiene los labios hinchados de haber estado besándose con el otro.

Buah, venga, voy a pensar en otra cosa. Natty estará en clase ahora mismo. Voy a mandarle un mensaje.

YO: «Cariño, buenos días. ¿Estás en clase? No sabes las ganas que tengo de verte. Te quiero»

Qué patético soy.

Me siento al lado de Ari, que se está zampando un Kinder Bueno. ¿Qué le ha dado ahora por comer tanto? Aunque está demasiado delgada... Y estoy preocupándome mucho.

Durante toda la clase la noto inquieta, de brazos cruzados, moviendo la pierna derecha con impaciencia y fulminando con la mirada a Mónica, que se encuentra sentada a unas mesas más adelante. Al sonar el timbre que da por finalizada la clase, Ari se marcha corriendo, como si se hubiera comido un paquete de pilas entero. Está rarísima. Salgo y diviso a Álvaro intentando dar con ella.

—¿Dónde está? —quiere saber.

—No lo sé. Se ha esfumado justo cuando ha tocado el timbre.

—Joder, ha ido al baño —murmura, y sale disparado escaleras abajo.

Decido seguirlo y el tarambana la busca por todos los baños individuales, pero no hay rastro de ella.

—¿Qué estáis haciendo en el baño de las tías? —la voz de Ari me sobresalta.

Me doy la vuelta y la veo comiéndose una bolsa de palomitas; entonces Álvaro se dirige a ella.

—Lo has vuelto a hacer, ¿no?

—¿Me estabais espiando? —Ari levanta la voz—. ¡Yo no he hecho nada! ¡Estoy harta de que siempre me vigiléis!

Todas las miradas de los estudiantes se posan en nosotros.

—Ari, tranquilízate —la intento calmar.

—¡¿Por qué no os vais a la mierda los dos!?! —chilla. Le tira a Álvaro la bolsa de palomitas a la cara y huye.

—Mierda —murmura el tarambana pasándose las manos por el pelo; después suspira y me mira—. ¿Te vienes al patio conmigo?

¿En serio me está preguntando eso? Creía que le caía mal.

—¿Para qué?

—Tengo que hablar contigo —dice bastante serio.

—Está bien.

Coge la bolsa de palomitas del suelo y nos encaminamos hacia la parte de atrás del instituto. Nos sentamos en el suelo y Álvaro se saca un cigarro.

—¿Quieres uno?

—No fumo, gracias —le respondo con desdén, y él hace muecas de burla, encendiéndoselo—. ¿Qué querías decirme?

No contesta y da una calada. Me estoy impacientando.

—La madre de Ari se presentó en mi casa de imprevisto anoche —suelta de repente. Eso sí que me sorprende—. Ari está mal.

Eso no es nuevo, ya sé que está mal.

—¿Y qué fue lo que te contó?

Vuelve a suspirar y le da otra calada al cigarro; entonces suelta la bomba.

—La quiere meter en un centro para que se recupere.

Abro los ojos como platos, asombrado. No le pueden hacer eso a Ari.

—No puede ir a ese sitio, se va a poner peor —le digo.

—Yo tampoco quiero que vaya, pero es la única forma de que se recupere y vuelva a ser la de antes.

No. Me niego totalmente.

—Tiene que haber otra manera —insisto.

—No la hay. Ha perdido demasiado peso, se le notan mucho las costillas... Si sigue así... —Se le quiebra la voz y se pone sus gafas de sol para ocultar sus ojos vidriosos.

Nunca lo había visto así de decaído. Se nota que la quiere mucho, pero yo también, y no estoy de acuerdo en que la metan en ese sitio. Van a destrozar a Ari; se va a poner hecha una furia cuando se entere de lo que están tramando las personas que la quieren. La conozco muy bien y no va a querer entrar en ese lugar.

Permanecemos en silencio, hasta que suena la sirena, y nos vamos cada uno a nuestra clase.

Capítulo 80

Ari

Estoy harta de que todo el mundo me vigile. Ya no puedo más. Quiero estar sola y que me dejen en paz. No me soporto ni a mí misma. Llevo varios días llorando y comiendo como si fuera una vaca, aunque luego lo vomito todo.

«Gorda, nadie te quiere».

Me he venido al cementerio al terminar las clases y me he sentado junto a la tumba de mi padre para dibujar. Por lo menos estoy pasando una tarde tranquila, sin guardaespaldas que me espíen, excepto por una señora que hay llorando a unos cuantos metros junto con otra mujer más joven. Me estoy poniendo muy nerviosa de escucharla.

—¡¿¿Te puedes callar ya??!! —le grito, y las dos me miran como si estuviera loca.

—Qué poca vergüenza las niñas de hoy en día —oigo murmurar a la más joven de las dos.

Bufo y le doy un bocado a una tableta de chocolate a la vez que termino el dibujo de mi padre conmigo de pequeña.

Observo que caen unas gotas en mi folio y suelto un taco. Ahora va a llover, genial. Menuda suerte que tengo. Mientras voy recogiendo mis cosas, caen gotas más fuertes y ni siquiera me he traído un paraguas; tampoco tengo dinero para irme en el autobús porque me lo he gastado en comprar porquerías para zampar.

No sé por qué, pero me entran ganas de llorar. Últimamente estoy muy sensible. No sé qué es lo que me está pasando.

Abandono el cementerio, sollozando como una tonta. No pienso llamar a Álvaro para que venga a recogerme; me da igual si pillo una pulmonía por el camino. Mi orgullo me puede.

Después de casi una hora de camino, por fin llego a mi barrio, empapada y temblando.

—¡Ari! —me llama Diego desde su puerta, y se acerca a mí; luego coloca su paraguas de manera que nos cubra a los dos.

¿Es que este chico no tiene vida? ¿No se cansa de estar persiguiéndome a cada instante? ¿No tiene que entretener a su novia por Skype?

—¿Qué te ha pasado? —Me mira con expresión preocupada.

¿Es tonto o está ciego?

—He salido a darme una ducha a la calle, ¿no lo ves? —contesto con sarcasmo pero con voz temblorosa.

—Ven, voy a acompañarte a tu casa. —Pasa su brazo alrededor de mis hombros y me conduce hasta mi puerta.

Qué pesado.

Toca el timbre y mi madre abre, llevándose las manos a la cabeza en cuanto se da cuenta de mi estado.

—¡Pero, Ariadna! ¿Cómo se te ocurre estar paseándote por la calle con esta lluvia? ¡Ve a cambiarte y a darte una ducha!

Subo hasta mi cuarto con Diego persiguiéndome los talones. ¿Pero qué quiere? Que se vaya.

Cuando entro, me quito mis Converse empapadas y las revoleo por los aires. Mi gata se asusta y se esconde bajo la cama.

—Ari, ¿qué te pasa?

¿Se va a quedar la maldita almorana? No quiero ver a nadie.

—No te he invitado a pasar a mi cuarto —le espeto.

Me quito los vaqueros y me quedo en bragas; mi amigo me contempla serio, de brazos cruzados. Me quito el jersey, para hacer que se sienta incómodo, y lo lanzo a la cama; Diego se da la vuelta al instante.

—Vale, lo he pillado. No quieres hablar conmigo —dice.

Voy al armario, cojo una toalla y me tapo con ella; después me pongo delante de Diego.

—Voy a ducharme. Si sigues aquí cuando vuelva, te tiro por la ventana —lo amenazo, y le dedico una sonrisa falsa.

Me dirijo hacia el baño y me doy una ducha. Aprovecho para vomitar lo que sea que haya en mi cuerpo mientras el agua me cae por encima. Al terminar, me meto en mi cuarto y el pijo continúa molestando en mi habitación, sentado en mi cama. ¿Por qué no me deja tranquila?

—Parece que quieres morir hoy.

—Ari, no sé lo que te pasa. Todos estamos muy preocupados por ti, y Álvaro está fatal.

Me cruzo de brazos, enfurruñada.

—¿Álvaro? ¿Tú lo ves aquí? —Sonrío de manera irónica—. Porque yo no. Le importo una mierda; sólo quiere vigilarme como si fuera su maldita niña pequeña.

—Te equivocas, Ari. Él es el que lo está pasando peor. ¿No te importa? ¿No te importa nadie?

Ahí me ha calado. Claro que me importan, pero necesito estar sola y arreglar

mis pensamientos.

—Me da igual todo —respondo con un nudo en la garganta—. Vete, por favor.

No quiero llorar. Estoy harta de llorar a todas horas.

Diego se levanta y me acuna entre sus brazos; yo estoy intentando no derrumbarme de nuevo.

—Déjame sola —le pido.

—Está bien. —Me da un beso en la cabeza—. Descansa, Ari. —Y sale de mi habitación.

Por fin.

Cojo la báscula de debajo de la cama y me subo encima.

Cuarenta y uno.

No es suficiente. Sigo gorda. Necesito llegar a cuarenta.

Un golpe en la ventana me sobresalta, escondo la báscula a toda pastilla y le abro a Don Chulito.

Hoy no me van a dejar respirar tranquila.

—¿Qué quieres? —exijo saber, y él se cuele en mi cuarto.

—Quiero que dejes de comportarte como una niña pequeña y que me abracés.

Suelto un bufido.

—Sigo enfadada —digo, y me cruzo de brazos.

Álvaro se acerca a mí y me mareo con su olor tan delicioso. Qué débil soy. ¿Por qué no puedo enfadarme de una manera seria con él? Y encima me está mirando de esa forma tan irresistible. Da igual, mañana me enfadaré con él. Ahora necesito perderme en sus labios.

—¿Vas a quedarte mirándome con esa cara tan fea toda la noche o me vas a besar? —le pregunto, y él sonrío, dejando aparecer esas arruguitas tan graciosas alrededor de los ojos.

—Sabes que mi cara es preciosa.

Pongo los ojos en blanco y Álvaro acerca su rostro al mío para saborear mis labios.

—Lo siento —me disculpo.

—No pasa nada. Me pones cachondo cuando te pones de mala hostia.

Le doy un golpe en la tripa con mi mano. ¿Siempre tiene que decir alguna burrada o qué?

—Idiota.

—Idiota —me imita con voz de pito, y me da en la tripa, aunque no tan fuerte como yo le doy.

Sonrío como una tonta y lo vuelvo a besar.

—Te quiero, enana —susurra.
—Te quiero, imbécil.

* * *

—¿Me acompañas a un sitio? —me pregunta Álvaro al día siguiente, al sonar el timbre que da por finalizado el recreo.

—¿Adónde?

—Ya lo verás. —Entrelaza su mano con la mía y me lleva hacia la puerta de la entrada, donde aguarda mi madre.

Un momento, que tengo que rebobinar. ¿Mi madre?

—Hola, hija.

—¿De qué va todo esto? —inquiero, confundida y con la rabia empezando a nacer en mi interior.

Álvaro me aprieta la mano con fuerza y me lo explica:

—Necesito que vengas a un sitio conmigo y ella es la única que te puede sacar del instituto.

Aquí hay gato encerrado.

—Decidme a dónde vamos —exijo saber cuando nos dirigimos al coche.

Álvaro continúa sin soltarme la mano, mientras que con la otra abre la puerta de atrás.

—Entra —me ordena.

Mi madre se sienta delante y nosotros detrás.

—¿Me podéis decir de qué mierda va todo esto? —les vuelvo a preguntar.

Mi madre arranca el coche y Álvaro me sujeta la mano con más fuerza, temiendo que abra la puerta y me tire a la carretera con el coche en marcha. Ninguno dice nada durante el trayecto.

La sargento aparca enfrente de un edificio. Nos apeamos del coche y me fijo bien en las letras que hay escritas en el cartel.

«HOSPITAL PSIQUIÁTRICO LA SONRISA DE MONA LISA»

Parpadeo varias veces.

¿Qué es esto? ¿Me quieren encerrar en una cárcel de locos? De mi madre me lo esperaba, pero de Álvaro... ¡Menuda puñalada trapera!

Mi cabeza intenta idear un plan de emergencia mientras Álvaro me sigue agarrando de la mano con la intención de dejarme sin circulación en los dedos.

—Lo siento —me susurra al oído.

«Traidor».

—Abrázame —le pido con mi plan en marcha.

Mi madre se encuentra a unos metros de distancia, mirándonos, y Álvaro me rodea con sus brazos. Respiro hondo abrazada a él.

—Yo sí que lo siento —digo, y le pego un rodillazo en la entrepierna; después salgo pitando antes de que esté en condiciones de venir corriendo detrás de mí.

«Traidor».

Capítulo 81

Álvaro

Creo que Ari me acaba de dejar estéril. Para lo poquito que pesa, menuda fuerza que tiene.

—Vamos a buscarla con el coche —me dice Isabel.

—Ve tú. Yo voy andando. No debe haber ido muy lejos.

Isabel asiente y yo salgo disparado por donde ha tirado Ari.

Me odia. Acabo de traicionarla, pero era la única forma de ayudarla.

Mientras la busco por todos lados, cojo mi móvil y la llamo, pero me salta el buzón de voz. Joder, ¿por dónde habrá tirado? Me choco con toda la gente que se está cruzando conmigo; algunos me insultan, pero no les hago caso. Tengo una cosa más importante que hacer. Tiro por un pequeño parque y, al fondo, en uno de los bancos, se encuentra ella sentada, abrazando sus piernas y con la cabeza escondida entre ellas, sin parar de llorar.

—Ari —la llamo en un susurro cuando me acerco, y me siento a su lado—. No llores. —La intento abrazar, pero me aparta de un manotazo.

—Déjame sola —suplica con una voz casi inaudible.

Puede que me sienta la peor persona del mundo, pero he intentado hacer lo correcto.

—No voy a dejarte sola. Sólo intento ayudarte.

Alza la vista y me mira con odio; tiene los ojos muy rojos.

—¿Ayudarme? ¿Encerrándome en ese lugar? —me espeta quebrándosele la voz.

—No te íbamos a encerrar allí. Sólo te hemos llevado para que lo vieras —digo observando su rostro entristecido.

—No te creo. —Sorbe por la nariz.

—Por favor, Ari, quiero que te recuperes de todo esto.

—¡Estoy bien! —grita levantándose y llevándose las manos a la cabeza—. ¡No necesito ayuda! ¡Y menos la tuya!

Me levanto y la acurruco entre mis brazos. Comienza a llorar de nuevo.

—Tranquila —le susurro acariciándole el pelo, mientras llora en mi regazo, y su madre nos encuentra y se aproxima a nosotros.

—Vamos a casa, Ariadna —le ordena a su hija, y me mira a mí, que continúo

consolando a Ari entre mis brazos—. Puedes venirte y quedarte con ella.

Yo asiento.

—Enana, no voy a dejarte sola —le prometo a Ari, y le doy un beso en la cabeza—. Vamos con tu madre.

Ari me mira con los ojos vidriosos.

—Yo no estoy loca.

Me cuesta mucho verla así.

—Claro que no, pequeña.

—Mientes.

Su madre me indica con su mirada que nos vamos, y yo suelto un suspiro.

—Vamos —le digo a Ari agarrando su mano fría y temblorosa.

Nos metemos en el coche y su madre conduce con total tranquilidad. ¿Cómo puede estar así de serena sabiendo lo que le está pasando a su hija? Ni pizca de nerviosismo le he visto. Luego, Ari me clava las uñas en la palma de la mano, obligándome a que la suelte, y yo pienso que me odia.

Durante todo el trayecto nadie dice nada; Ari mira por la ventana y yo no paro de preguntarme qué se le estará pasando por la cabeza.

Isabel aparca en la cochera y Ari corre hacia su casa; yo salgo detrás de ella, que entra y sube las escaleras a toda prisa hasta su cuarto, para terminar cerrando de un portazo.

—Voy con ella —le digo al novio de su madre, que le ha abierto la puerta. Subo y sujeto el picaporte, abriendo poco a poco—. ¿Ari?

La encuentro de pie, paseándose de un lado a otro de la habitación, nerviosa y apretando la pelota que le regaló Diego.

Me acerco con lentitud.

—¡Vete! —me grita, y me lanza la dichosa pelota a la cara, con los ojos muy abiertos y el rostro rojo de rabia—. ¡Sal de mi habitación!

—Ari, cálmate. —Mi voz suena lo más tranquila posible, pero estoy cagado.

—¡Déjame en paz! ¡No te acerques! —Corre hacia su estantería y me empieza a lanzar sus libros, con las lágrimas recorriendo sus mejillas—. ¡Todo es por tu culpa! ¡Desde que me conoces no has parado de meterte conmigo y de hacerme la vida imposible! —Me sigue tirando libros y yo los intento esquivar, pero me los lanza tan rápido que algunos me dan—. ¡Ojalá nunca te hubiera conocido!

Los golpes de los libros son caricias comparado con lo que le está haciendo a mi corazón.

—Ari, por favor. No sabes lo que dices. Estás muy nerviosa, cálmate. —No me sale voz suficiente; tengo un nudo muy fuerte en la garganta y los ojos humedecidos; entonces decido acercarme a ella.

—¡Veteeeeeeee! —chilla dándome empujones.

Alfonso, Isabel y Pablo irrumpen en la habitación.

—¿Qué pasa? —pregunta su hermano, que sujeta a Ari con fuerza.

—Yo... —No me salen las palabras, me he quedado en estado de *shock*. Nunca había visto a Ari así.

—Será mejor que te vayas —sugiere Alfonso.

—Te avisaré cuando esté más tranquila —interviene su madre.

Miro por última vez a Ari, que no para de llorar abrazada a su hermano.

—Está bien.

Me marcho de la casa, me siento en las escaleras del porche y me derrumbo completamente. Me tapo la cara con las manos y las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos, una detrás de otra.

—Tío, ¿estás bien? —inquiere Chris un rato después, y se sienta a mi lado. Él, Sandra y Diego están al tanto de todo.

—Me odia —digo con voz quebrada.

—No te odia. Has hecho bien. —Pone su mano en mi hombro en expresión de apoyo.

—No sabes cómo se ha puesto.

—Vamos a mi casa y me lo cuentas mientras te tomas una tila.

Asiento y cruzamos hasta su casa.

—¿Por qué estás triste? —me pregunta Carol, que nos ha seguido hasta la habitación de Chris.

—Porque sí —le contesto. No tengo ganas de hablar con esta renacuaja mientras Chris me trae la tila.

—¿Es por tu novia? ¿Te ha hecho daño? —La niña se sienta a mi lado, mirándome con esos ojos azules tan grandes.

—Más bien ha sido al revés.

—¿Qué le has hecho?

Chris por fin regresa antes de que tenga que responder a esa pregunta.

—Carol, vete con mamá al salón, que me ha dicho que quiere jugar contigo.

—No, yo quiero quedarme con Álvaro, que está triste.

—Luego jugamos contigo —le promete Chris, y la coge en brazos.

—¡Nooooo! —chilla la niña, y su hermano consigue llevársela.

Joder, menuda cría.

Observo la habitación tan ordenada de Chris, curioso. Cojo un marco de fotos que hay sobre la mesilla de noche, donde salen Chris y Ari de pequeños; ella aparece con esa sonrisa risueña que hace tiempo que no veo.

Suelto un suspiro y vuelvo a poner el marco en su sitio.

—Ya estoy. —Chris cierra la puerta y se sienta a mi lado—. Ahora, cuéntame

lo que ha pasado.

Le narro todos los hechos desde que salimos del instituto hasta que me he ido de la casa de Ari, y él me escucha con atención. La tila me ha calmado un poco, pero lo que yo necesito de verdad es un cigarro.

O un porro.

—Tienes que entenderla. No entiende que tiene una enfermedad —me dice cuando termino.

—Me da miedo que empeore, no podría soportarlo —confieso. Sólo de pensarlo se me forma un nudo en la garganta—. Saber que todo esto es por mi culpa...

—No es por tu culpa. Estas cosas pasan, y más a ella, que siempre le ha afectado todo lo que la gente pensaba. Yo le decía que no les hiciera caso, pero ella me aseguraba que no le afectaba nada, pero yo sabía que no era así. Tenemos que ayudarla entre todos.

—Ya.

Un rato después de haber estado hablando con Chris, me siento un poco mejor. He querido ir a hacerle una última visita a Ari, pero él me ha convencido de que es mejor dejarla descansar toda la noche.

Estoy hecho una mierda. No me explico cómo hay gente que se pueda matar de esa forma. No quiero que a Ari le pase nada por culpa de la maldita bulimia. Voy a estar con ella, ayudándola para que no vuelva a vomitar, y voy a intentar convencerla para que ingrese en la clínica antes de que sea demasiado tarde. Necesito que se recupere y que vuelva a ser la de antes.

Capítulo 82

Ari

Me siento destrozada, humillada, confusa, pero sobre todo, traicionada por la persona a la que más quiero en este mundo. Quiero irme lejos de todo y de todos, y no volver. No me puedo creer que me hayan querido encerrar en un manicomio. Yo no estoy loca. Loca me volvería si me encerraran en ese sitio.

Llevo la mañana entera tirada en la cama y sin comer, y poniéndome una y otra vez la canción *Better off dead*, de *Sleeping with sirens*. Mi madre ha entrado varias veces ordenándome que comiera, pero con las mismas se ha ido. Mi hermano ha venido y me ha preguntado cómo estaba; yo no le he contestado nada.

Me siento muy mal por cómo traté a Álvaro ayer; quiero que venga, que me abrace y que me diga que todo va a estar bien y que no me va a dejar sola. Temo que se haya enfadado conmigo por haberle soltado esas burradas. No era consciente de lo que salía de mi boca; la rabia se apoderó de mí y me hizo sacar al monstruo que llevo dentro. Pero, por otra parte, siento un poco de rencor hacia él.

El sonido de mi puerta me saca de mis pensamientos.

—¿Ari? —Es Diego.

—Vete. No quiero ver a nadie —son las primeras palabras que pronuncio desde ayer. Estoy metida en mi cama, abrazando la almohada y apretando la pelota antiestrés.

—Estás hiriendo mis sentimientos con todos estos libros tirados en el suelo —me dice haciéndose el dolido.

—Me da igual. Son todos iguales. Nada es real en ellos.

Se sienta a mi lado, al filo de la cama.

—No digas eso. ¿Has comido? —Su vista se clava en el plato con el sándwich.

—Menuda pregunta más tonta.

Coge el plato que me ha dejado la traidora de mi madre y me lo tiende.

—Come un poco, anda.

Niego con la cabeza.

—Si me lo como, lo vomitaré. Y si no queréis que vomite, pues no comeré.

Así todos felices —le respondo toda dramática y mirando a la nada.

—Aquí nadie está feliz, Ari. Estamos todos muy preocupados por ti.

—Pues dejad de estarlo.

—¿Sabes que siempre que lo he dejado con Natty he estado deprimido durante muchos días? Sé que no tiene nada que ver contigo, pero te lo digo para que intentes no estar mal y no dejes de sonreír.

Que alguien me ayude. A mi amigo lo acaban de abducir los personajes de Disney.

—¿Y?

—Y si dejas que te ayudemos...

—¡No necesito ayuda! ¡Estoy bien! —lo interrumpo incorporándome sobre la cama. Si van a venir todos a pegarme la chapa, mejor será que me dejen sola. Diego me coge de las manos y yo me pongo nerviosa—. ¿Por qué os preocupáis tanto por mí si yo no valgo nada? —suelto, y se me humedecen los ojos.

—¿Quién te ha dicho eso? —Continúa agarrándome de las manos—. Tú vales mucho.

—No.

—Si no valieras nada, no haría esto. —Posa sus manos en mi rostro y planta sus labios sobre los míos.

No sé lo que me pasa, pero me quedo quieta como una estatua mientras mi cerebro procesa lo que está ocurriendo en estos momentos.

«Ari, reacciona», me ordena mi mente.

Me aparto de él.

—Diego... ¿Qué haces?

—Lo que llevo deseando hacer desde el verano pasado —admite mirándome a los ojos—. Tú eres el motivo por el que sigo adelante todos los días. Lo siento. —Se levanta de mi cama y se marcha de mi habitación sin que me dé tiempo a articular ni una sola sílaba.

¿Qué acaba de pasar?

Cojo la pelota y la estrujo fuerte.

De repente, viene a mi cabeza Álvaro.

Joder, Álvaro. Si se lo cuento, matará a Diego y después me matará a mí, y si no lo hago, sentiré que lo estoy engañando.

Aprieto la pelota más fuerte; entonces Álvaro llama a la puerta que Diego ha dejado abierta.

—¿Puedo pasar? —pregunta.

Lo fulmino con la mirada, pero él pasa de todo y entra, cerrando la puerta tras de sí. Llega a venir unos minutos antes...

—Ari, necesito hablar contigo. —Se acerca y se sienta en el mismo sitio que

ha ocupado Diego.

—Habla. —Intento parecer enfadada, pero voy fracasando poco a poco.

—Lo siento mucho. Yo sólo intentaba ayudarte... —Hace una pausa—. Si te pasara algo, yo no podría... —Me mira a los ojos con expresión afligida—. Yo no podría seguir adelante sin ti.

Se acabó. No puedo seguir enfadada con este chico. Lo necesito ahora mismo. Luego pensaré en lo de Diego.

—Calla y bésame —le ordeno.

Álvaro sonrío, se arrima más a mí y me besa como si hubiésemos estado separados durante años. Siento sus labios húmedos y carnosos sobre los míos, y nuestras lenguas se abrazan necesítándose la una a la otra cada vez más.

—Yo también lo siento —me disculpo al separar mis labios de los suyos—. Por las cosas que te dije ayer.

—No pasa nada, enana.

Nos volvemos a besar y nos echamos sobre la cama. Él se coloca encima de mí y sella con pequeños besos mi cuello.

—Álvaro... Te quiero.

—Yo también a ti, pequeña.

Los besos son cada vez más ardientes y la temperatura va subiendo poco a poco. Quiero parar el tiempo en este momento. Me quita la camiseta del pijama y recorre mi cuerpo con sus cálidas manos sin separar su boca de la mía. A continuación, se desprende de su sudadera, dejando al descubierto su perfecto torso desnudo.

—¿Nos pillaré alguien? —inquieta con sonrisa burlona—. Aunque tu madre me ha dicho que iba a salir.

¿De verdad me está preguntando eso en este momento?

—Corremos ese riesgo. Aunque está el pestillo echado... —Desvío mi vista hacia la puerta—. ¿O no lo has echado?

Álvaro se levanta, lo cierra y vuelve conmigo, alegrándome la vista con su desfile.

—Nunca lo hemos hecho aquí —comenta observándome con sus penetrantes ojos castaños.

Sonrío con picardía y le muerdo el labio inferior. En cuestión de segundos ya nos hemos deshecho de la ropa sobrante. Lo atraigo hacia mí y devoro su boca con ansia. Lo tumbo en mi cama, rasgo el envoltorio del condón y se lo coloco suavemente. Me sitúo encima, de manera que Álvaro entre entero en mí y, al sentirlo dentro, ahogo un jadeo y me agarra de las caderas a la vez que comienzo a moverme.

Lo quiero. No sé cómo he podido comportarme como una idiota con él con lo

que me ha ayudado siempre. Lo necesito más que nunca.

—Te quiero —susurra.

—Te quiero.

* * *

Me despierto entre los brazos de Álvaro. No sé qué hora será, pero me sentía agotada de no haber podido pegar ojo en toda la noche.

Me restriego los ojos con las manos.

—¿Qué hora es? —pregunto desmerezándome. Sigo desnuda, pero él está vestido, así que me tapo con la sábana corriendo.

—Las cinco.

¿Se ha quedado aquí todo el rato mientras yo dormía?

—Qué tarde.

—Normal; estabas muy cansada, y al acabar de follar empezaste a roncar como una marrana —me cuenta.

—¡Que yo no ronco! —Le doy un golpecito en la tripa.

Sonríe y coge el plato con el sándwich de esta mañana.

—Ahora come.

—No tengo hambre —miento, aunque mis tripas me delatan.

—He dicho que comas. Punto.

Pongo los ojos en blanco y decido hacerle caso.

—Está bien, Don Marimandón. —Cojo el sándwich y le doy pequeños bocados; Álvaro me observa mientras yo como, poniéndome muy nerviosa.

«Calorías para tu culo gordo».

—¿Ha venido mi madre? —quiero saber.

—Sí, pero no ha entrado. Le he dicho que estabas dormida. No iba a dejar que te viera con tus preciosas peras al aire.

Me pongo colorada y me tapo más con la sábana; Álvaro suelta una carcajada y lo fulmino con la mirada.

—Esta mañana me he tropezado con la almorana —suelta de repente.

—¿Y qué te ha dicho? —Lo contemplo, inquieta. Espero que mi amigo no le haya contado nada de ese extraño beso.

—Nada. Se ha chocado conmigo y ha salido pitando. ¿Qué te ha pasado con él?

—¿A mí? Nada.

«Nada importante; sólo que me ha besado».

—Algo le habrás hecho —dice.

—Sí, que ha visto los libros tirados en el suelo y por poco se desmaya.

—Intento sonar graciosa, pero Álvaro no me cree—. Vale, lo que pasa es que me he enfadado con él porque me estaba obligando a comer y le he tirado un libro a la cabeza —miento. Me van a dar el premio a la mejor mentirosa del año.

—Ya —dice, dubitativo—. ¿Te apetece salir?

Suspiro.

—No mucho.

—Ari, no te quiero presionar, pero deberías pensarte lo de la clínica.

Segunda puñalada que me da.

—Está pensado. No necesito ir, estoy bien.

Álvaro me rodea con sus brazos.

—Te necesito a mi lado para ser feliz, ¿lo sabes, no? —Siento su cálido aliento chocando en mi cuello.

—Lo sé.

—Prométeme que no volverás a hacerlo. Pero esta vez de verdad. —Posa sus manos sobre mi rostro, mirándome a los ojos.

Es muy difícil prometer una cosa así cuando no soy dueña de mis actos.

—Lo intentaré.

—Prométemelo, por favor —insiste.

—Te lo prometo. —Y le doy un dulce beso.

Capítulo 83

Diego

¡Señoras y señores! ¡El premio al mejor gilipollas del mundo es para.... Diego!
Aplaudo mentalmente.

¿Cómo he podido besarla? A veces pienso que soy tonto. En cuanto se entere el otro, seguro que acabo con la cara desfigurada. Pero no me arrepiento; necesitaba probar esos labios. Soy consciente de que no era un buen momento y de que ambos tenemos pareja, pero me ha sido imposible controlar mis impulsos, y mucho menos mis sentimientos.

Estoy muerto.

Ya me puedo ir despidiendo de mi madre, de mi padre y de mis lectores de Wattpad. El protagonista de mi historia va a acabar sin piernas porque el típico guaperas le va a pegar una paliza.

Moriré.

Buah, voy a mirar el lado positivo de esto: por lo menos quedará un cadáver joven y bonito.

Alguien toca la puerta de mi habitación y mi madre asoma la cabeza.

—Cariño, Ari ha venido a verte. ¿Le digo que pase?

Cuando he llegado, mi madre se ha asustado de mí porque me ha visto muy nervioso y no quería hablar con nadie. La entrometida siempre se quiere enterar de todo lo que me pasa, aunque esta vez no se ha salido con la suya a pesar de que le tenga demasiada confianza.

—Pues que entre —contesto, y cierro el portátil.

Mi madre se va y entra ELLA.

Tierra, trágame.

—Hola —me saluda Ari con una sonrisa tímida—. ¿Puedo sentarme?

Sabe a la perfección que se puede sentar donde quiera.

—Claro, siéntate. —Doy una palmadita en la cama.

Situación incómoda en tres, dos, uno...

Se sienta y mira sus pies, que se mueven inquietos.

—Yo... Diego... Lo de antes —balbucea sin apartar la vista de sus ahora tan interesantes pies, que yo también los estoy mirando—. No ha estado bien.

—Lo sé —admito—. Y lo siento.

Levanta su mirada y yo me quedo hipnotizado con sus ojos.

—¿Por qué lo has hecho? —pregunta.

—No lo sé, Ari. —Suelto un suspiro—. Es que... Mejor olvídalo y hacemos como si no hubiera pasado nada, ¿vale?

—Diego... Somos amigos. Yo tengo a Álvaro; tú, a Natty.

—¿Se lo vas a decir a él?

Mejor voy preparando las maletas para irme lo más lejos posible de ese tío con problemas de ira.

—No lo sé. No me siento a gusto ocultándoselo —contesta.

—Me va a matar.

—Diego, ¿tú sientes algo por mí?

Pregunta del millón. ¿Puedo pedir el comodín del público?

—Eres mi mejor amiga, claro que siento cosas por ti.

—No me refiero a amistad.

Ojalá pudiera hacer un conjuro y desaparecer de mi habitación en este momento.

—Estoy con Natty. Lo de antes... No sé lo que ha pasado.

—No quiero que le pase nada a nuestra amistad por el beso de antes —me dice.

—Tranquila, todo seguirá igual —le prometo, sincero—. ¿Me haces un favor? ¿Podría quedar entre nosotros? No quiero quedarme sin huevos.

Ella esboza una sonrisa.

—Diego, sabes que no soy una mentirosa y que lo peor en una relación es engañar, así que no te prometo nada.

—O sea, que se lo vas a decir.

—Entiéndeme. —Ari se encoge de hombros.

—Está bien, haz lo que quieras. Entonces, ¿amigos de nuevo?

—Eso siempre. —Se acerca a mí y me abraza.

El amor no correspondido es una mierda.

* * *

—¿Lo llevas todo? ¿Dinero, móvil, ropa interior limpia...?

—Que sí, mamá.

Estoy en la estación de tren. He decidido irme un par de días a Barcelona con Natty e intentar pasar página con lo de Ari. Bueno, y también para no toparme con Álvaro y que me deje la cara hecha un puzzle destrozado. No sé si Ari se lo habrá contado ya; supongo que no, si no, ya estaría en el hospital con una pierna rota, sin brazos y sin mi aparato reproductor.

Por otro lado, no he avisado a Natty de que voy a ir porque quiero que sea una sorpresa. Creo que llegaré antes de que salga del instituto y la estaré esperando en la puerta.

—Ten cuidado con el viaje. Agarra bien las cosas y que no te las roben. Llama en cuanto llegues. —Mi madre me da besos por toda la cara. Amo a esta mujer—. Mi chiquitín.

—Mamá, que voy a perder el tren.

—Ten cuidado con otras cosas. —Sonríe con el semblante lleno de diversión—. Te he metido en la maleta una caja de preservativos, que no quiero que me hagas abuela antes de tiempo.

—¡Mamá! —exclamo.

No he visto a ninguna madre que le regale a su hijo condones, aparte de la mía.

—Vale, ya me callo. Vete al tren, cariño. —Me da unos últimos besos en la mejilla, cojo mi maleta y me dirijo al tren.

Me siento en el sitio que me ha tocado y me pongo a leer *La quinta ola* durante el viaje a Barcelona.

* * *

Mientras paseo por las calles de mi antigua ciudad, mi cabeza se llena de recuerdos.

—¡Eh, tú! —grita alguien detrás de mí—. ¡El de la maleta!

Me giro y me encuentro con un hombre acercándose a mí, que no conozco de nada. Lleva un gorro de lana negro, unas pintas de yonqui que no puede ni con ellas y un tatuaje de una cobra en el cuello. Apesta a humanidad.

—Perdona, pero... ¿Te conozco? —le pregunto.

—No, pero yo a ti sí —contesta sonriendo y enseñándome sus dientes picados—. Y a tu madre.

—Me parece que te estás confundiendo de persona.

Me observa con detenimiento. Yo no tengo nada que ver con este hombre, y mi madre menos.

—Te pareces mucho a ella.

—Tengo prisa, así que adiós. —Me doy la vuelta, pero ese tío me agarra del brazo y me vuelve hacia él para apuntarme con una navaja en el cuello. Trago saliva—. Si quieres dinero...

—Me interesa una mierda tu dinero —me interrumpe mirándome fijamente con sus ojos marrones inyectados en sangre—. Quiero que me cuentes dónde coño está tu madre.

—No te lo voy a decir —le contesto con voz temblorosa.

—¿Sabes que puedo acabar contigo con sólo mirarte? —Me hace un pequeño corte en el cuello y comienzo a sentir escozor.

Respiro con dificultad.

—No lo sé —logro decir. Necesito irme con mi madre.

El tipo me suelta y se ríe.

—Menuda mierda de niño que ha criado. —Y se marcha con paso firme.

Vuelvo a intentar respirar con normalidad. Me palpo la herida del cuello y noto que me sale un poco de sangre.

¿Quién era ese tío?

* * *

Después del incidente con ese hombre, me he ido a un bar para beberme una tila y a echarme agua en la cara; lo necesitaba. Ahora estoy parado en la puerta de mi antiguo instituto esperando a que salga Natty. Recuerdo cuando salíamos juntos de clase y tardábamos demasiado en entrar en nuestras casas porque nos quedábamos en nuestro parque y se nos olvidaba la hora que era. También he visto a algunos compañeros y amigos míos, y me han preguntado cómo me iba por Málaga.

Diviso a Natty entre la multitud charlando con una de sus amigas. No se da cuenta de que estoy aquí hasta que su acompañante le da un codazo y señala con su dedo hacia donde me encuentro. Natty abre los ojos como platos y viene hacia mí, descolocada.

—Diego, ¿qué haces aquí?

¿Es mi impresión o no parece feliz de verme?

—Quería verte —digo sonriendo—. Estás muy guapa.

Sonríe y se agarra a mi cuello con sus brazos.

—Te he echado de menos —susurra, y nos besamos.

Quiero a Natty, pero no me puedo quitar de la cabeza a Ari.

—Vamos a mi casa. Imagino que estarás cansado del viaje.

Asiento y entrelazo mi mano con la suya. Agarro mi maleta del asa y nos encaminamos hacia su casa, pero antes compramos una pizza para almorzar.

—¿Hasta cuándo te vas a quedar? —me pregunta ya en su salón. Sus padres están trabajando.

—Hasta el miércoles. —Me siento en el sofá y mis piernas me lo agradecen. Natty se quita sus zapatos y viene conmigo.

—Ojalá te pudieras quedar más días —dice con cara de estar desilusionada. ¿Son cosas mías o está distinta conmigo? Noto como que no le ha gustado mi

visita.

—Vendré más veces a verte. —Me acerco a ella y le empiezo a besar el cuello.

—Ay, Diego, para. Vamos a comer, que se nos enfría la pizza. —Se aparta de mí y coge un trozo.

Comemos en silencio sin cruzar palabra y con el sonido de la televisión de fondo, aunque yo no le estoy prestando atención. Sólo miro a Natty, que está concentrada mirando la tele y comiendo.

Está distante. La conozco. Sé que nos hemos peleado muchas veces desde que me he ido a Málaga, pero no ha sido culpa mía.

—Natty —pronuncio su nombre rompiendo el silencio.

—Dime, cariño. —Ladea su cabeza hacia mí chupándose los dedos.

—¿Te pasa algo conmigo?

—¿A mí? —se sorprende—. ¿Por qué lo dices?

—No sé, te noto algo distante.

—Son imaginaciones tuyas. —Hace un ademán con la mano—. Estoy igual que siempre. —Se acerca a mí y funde sus labios en los míos.

Siento que sus besos no saben como los de antes. No me hacen sentir mariposas, ni bichos, ni nada.

Natty se aparta y me contempla con sus ojos castaños.

—Tu sí que estás raro, Diego. Parece que no tienes ganas de besarme.

—No es eso; sólo se me hace un poco extraño estar aquí después de varios meses sin venir —miento.

—Pues espero que sea eso y no que ya no sientas nada por mí.

—No digas eso ni en broma —contesto, y le acaricio la mejilla—. ¿Qué te parece si damos una vuelta y vamos a nuestro parque?

A Natty le parece bien y abandonamos su casa. Compartimos besos y caricias por el camino hasta que por fin llegamos a nuestro parque.

—¿Recuerdas cuando te cagó una paloma en el pelo? —le pregunto.

—Cómo para olvidarlo. Me fui corriendo a mi casa gritando como una loca para lavármelo. —Sonríe al recordarlo.

—Estuviste muy graciosa —digo con una sonrisa en los labios—. ¿Te apetece un helado?

—Vale, pero que sea el azul, que últimamente me he aficionado mucho a ese.

¿Helado azul? Ese es el que comía siempre con Ari. Natty prefiere el de tarta de queso.

Nos dirigimos hacia la heladería de enfrente y nos ponemos a la cola. Me vibra el móvil y lo saco del bolsillo para ver el mensaje.

ARI: «¿Te puedes creer que van a destrozar el libro de Eleanor y Park para hacer una película? Necesitaba desahogarme con alguien. Ah, y ya te vale por irte a Barcelona sin decirme nada; me lo acaba de soltar tu madre»

Sonrío como el tonto que soy.

—¿Quién te ha hablado?

Me sobresalto.

—Nadie importante —contesto, y Natty entorna los ojos, sospechando.

—Es ella, ¿verdad?

—No. Es un amigo.

—Pues muy bien. Te espero en el banco. —Se cruza de brazos y se aleja de mí, cabreada.

Mientras avanza la cola, le contesto a Ari.

YO: «Lo siento, ha sido de repente. Tenía ganas de volver a ver a Natty. Por cierto, ya te invitaré al cine cuando salga la peli para que la critiquemos juntos»

ARI: «Te tomo la palabra. Que te diviertas :)»

Sonrío y guardo el móvil. Dirijo mi mirada hacia Natty, que está sentada en el banco de brazos cruzados. De repente, se le acerca un tío por detrás, le tapa los ojos y le da un beso en la mejilla. Empiezo a sentir punzadas en el corazón. Ella toca sus manos, que aún siguen en sus ojos, las aparta y se levanta.

¿Quién es ese?

Natty le dice algo al tío con el semblante lleno de nervios. Sin pensármelo, me encamino hacia ellos.

—¿Qué es esto, Natalia? —exijo saber.

El tío me mira, confundido.

—Diego... Esto... No es lo que te imaginas. —A Natty le tiembla la voz.

Venga ya, qué excusa más absurda.

—Nata, ¿quién es este tío? —interviene el otro.

¿Nata? Nunca le ha gustado que la llamen así.

Natty me posa sus ojos en los míos.

—Lo siento, Diego. Yo...

Pero no la escucho y salgo corriendo.

Me ha estado engañando todo este tiempo. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—¡Espera, Diego! —Natty me persigue y me tira del brazo, haciéndome girar hacia ella—. Lo siento. Yo te quiero, pero estás lejos. Y no puedo estar con

una persona que se encuentra a kilómetros de mí. Además, está esa tal Ari a tu lado y desconfío... Creía que iba a pasar algo entre vosotros estando tú allí.

Aparto mi mirada de ella, avergonzado, en cuanto oigo eso.

—Ha pasado algo, ¿verdad? —dice, y me coge de la barbilla para que la mire; yo suspiro.

—Sólo ha sido un beso.

—Ya, un beso. Eres un completo gilipollas, ¿sabes?

No tiene ningún derecho a recriminarme nada cuando ella ha estado haciendo quién sabe qué con ese tío.

—¿Y tú qué? ¡Engañándome con ese tío! —La miro como si fuera una completa desconocida.

—¡No te he engañado! No he hecho nada con él; nos estábamos conociendo. Además, yo te quiero a ti.

—No me vuelvas a hablar en tu vida —escupo señalándola con el dedo, y salgo corriendo.

Lo más raro de todo esto es que no sé ni cómo me siento. No tengo ganas de llorar, pero me siento traicionado. Quiero gritarle de todo a Natty y no me atrevo. Quiero coger el primer tren y volver a mi casa, que es donde me debería de haber quedado. Quiero el consuelo de mi madre y sus consejos.

Y la quiero a ELLA.

Capítulo 84

Álvaro

Entro en el instituto a la hora del recreo y el conserje me echa mal de ojo; está amargado. Voy hacia el patio y diviso a Ari sentada en el banco de siempre junto con mi prima y Chris, zampándose una cuña más grande que ella.

—Para ti, mi amor —digo tendiéndole una rosa roja que le acabo de comprar; ella sonrío con la boca manchada de chocolate y la coge. Los otros dos fingen un suspiro azucarado.

—Qué bonita. —Ari huele la rosa y yo se la quito y se la coloco en el pelo.

—Límpiate esa boca, anda, que quiero darte un morreo.

Suelta una carcajada y saca un paquete de pañuelos de su mochila para limpiarse.

—¿Ya? —pregunta, y yo asiento y la beso; después vuelve a devorar su cuña y los otros dos empiezan a hablar de tonterías.

Aquí falta alguien.

La almorrana.

Ayer tampoco apareció por el instituto, algo bastante raro. Bueno, aunque él es raro desde que nació.

Cuando es la hora de irse a casa, me ofrezco para dejar a Ari en la suya. Sé que siempre me dice que no hace falta que la lleve, pero necesito que me rodee con sus brazos.

—Luego hemos quedado para ir a dar una vuelta. ¿Te vienes? —me dice.

—Contigo voy a cualquier sitio —contesto, y le doy un beso en los labios.

—Me voy ya, que tengo hambre. —Me da un último beso y se mete en su casa. Ojalá pudiera vigilarla a todas horas para asegurarme de que no sigue vomitando.

Suspiro, saco un cigarro y me lo enciendo antes de irme a mi casa. Observo a Diego acercarse con cara de zombie.

—¿Y esa cara? ¿Quién se ha muerto? —inquiero, aunque me importa una mierda lo que le pase.

Me lanza una mirada asesina.

—Tenías razón —suelta, y da un largo suspiro—. Las relaciones a distancia son una mierda.

Imagino que otra vez se habrá peleado con la tía esa.

—¿Cuernos?

Asiente con el rostro entristecido.

Voy a intentar no reírme de él.

—¿Con quién se los has puesto? —Doy una calada al cigarro.

—¿Por qué he tenido que ser yo? —me espeta, malhumorado—. Ha sido ella la que me los ha puesto a mí.

Hostias. Me encanta tener razón.

Saco la caja de tabaco y se la ofrezco, pero, para mi impresión, agarra un cigarrillo y me pide el mechero. Se lo tiendo, lo enciende y le da una calada. ¿Desde cuándo este tío fuma? Yo creía que era un maldito pijo sano.

—Hay más tías en el mercado —lo intento consolar, pero se me da como el puto culo.

—Paso de todas.

Me echo a reír y él me mira enarcando una ceja.

—¿Nos hemos intercambiado los papeles? —inquiero entre risas.

—Eso parece.

—Un día de estos vamos a salir de fiesta y vas a follarte a cada tía que se te acerque, y así te olvidas de esa tal Katy.

—Natty —me corrige.

Salir de fiesta con este tío tiene que ser un coñazo. Seguro que tendrá que estar en casita antes de las doce.

—Lo que sea —digo.

—¿Ari te deja irte de fiesta solo?

Pues ahora que lo pregunta, desde que estoy saliendo con ella no he pisado ninguna. Tampoco es que me muera de ganas ahora mismo.

—Lo entenderá —contesto—. Y más si le digo que es contigo. Te dirá que me vigiles para que no me enrolle con ninguna.

—¿La traicionarías si tuvieras la oportunidad? —pregunta, curioso, o más bien ilusionado.

«Ya te gustaría a ti que pasara eso para tener vía libre».

—¿Estás loco? ¿Después de todo lo que me ha costado estar con ella crees que podría hacerle una cosa así? Esa niña es lo mejor que me ha pasado.

No sé qué es lo que estoy haciendo con este tío fumándome la pipa de la paz.

—Ya —musita.

Le da una calada al cigarro y echa el humo por la boca. Luego mira a lo lejos, pone cara de haber visto un fantasma y esconde el cigarro detrás de su espalda. Dirijo mi vista hacia donde ha mirado y veo a su madre. Vaya, parece que tiene miedo de que su querida mami lo pille siendo un rebelde.

—Hola, chicos —nos saluda Blanca cuando se acerca, y me dedica una sonrisa. Después mira a su hijo, que está sudando la gota gorda para que no lo pille con las manos en la masa—. Cariño, entra en casa, que se te va a enfriar la comida.

Ahogo una risa. ¿Por qué lo trata como si tuviera cinco años? Tiene ya pelos en los huevos como para que venga su madre diciéndole que entre a comer. ¿También le dará la comida con un babero puesto? Esto ya es para darse cabezazos contra la pared.

—Ahora voy, mamá —le contesta la almorrana como el niño bueno que es.

Su madre posa sus ojos marrones en mí.

—No fumes, Álvaro. Es malo para tu organismo. —Me sonrío y se encierra en su casa.

Ahora sí, llegó el momento de mearme de risa.

—Eres un gilipollas —me espeta Diego, pero yo me río más.

—Vete, que se te van a enfriar el caviar y la langosta —me burlo.

—Para tu información, no somos ricos. —Se termina de fumar el cigarro, lo tira y se larga, indignado.

Menudo niño de papá.

Me pongo el casco, arranco la moto y me voy. Cuando llego a casa, escucho a mi madre en su habitación discutir con alguien por teléfono.

—¡No puedes hacer eso, Lorenzo! ¡Dijiste que nos íbamos a llevar bien! — grita con la voz quebrada. ¿Qué le estará diciendo ese cabrón ya?—. No pienso permitir que le digas nada. ¡Es tu hijo! —Hace una pausa y yo sigo escuchando lo que tengan que decir de mí—. ¡No voy a firmar nada! ¡Me da igual si te presentas con los papeles del divorcio aquí!

Después de todo sigue queriendo a ese imbécil. No me lo explico.

Entro de sopetón en el cuarto de mi madre, que se limpia las lágrimas y le quito el teléfono de las manos.

—¿Por qué no te mueres y dejas en paz a mi madre de una puta vez? —le espeto a mi no-padre, y cuelgo al instante. A continuación contemplo a mi madre—. ¿Qué te estaba diciendo ese desgraciado? —quiero saber, y me siento en la cama con ella.

—Quiere el divorcio. Se va a casar con la otra.

—Pues fírmaselo y que le den por culo —digo, pero noto que se está guardando algo y no me gusta que me oculten cosas—. No es sólo eso, ¿verdad?

Sorbe por la nariz y mira para otro lado. No quiere hablar. Me ocultan algo. Lo sé.

—Es sólo eso —miente—. Voy a trabajar. Llego tarde.

Cojonudo.

* * *

—¿Qué te apetece cenar? —le pregunto a Ari.

Nos hemos venido al bar en el que trabaja mi madre después de haber estado toda la tarde dando vueltas con los demás. He notado que Ari y Diego se comportaban algo raro entre ellos. No sé si estoy paranoico, o mi cabeza está hecha pedazos, pero creo que me ocultan cosas también, porque no se han dirigido la palabra en toda la tarde.

—No tengo hambre —contesta.

—No me jodas, Ariadna. Dime lo que quieres.

Refunfuña y pasea sus ojos por la carta.

—Hamburguesa con queso —dice.

Le dedico una sonrisa, me dirijo a la barra para pedirle a mi madre nuestra cena y vuelvo a nuestra mesa.

—¿Qué es lo que te pasa con Diego?

—Nada. ¿Qué me va a pasar? —Noto a Ari nerviosa.

—Estabais muy raros esta tarde.

Desvía su vista de mi cara y la concentra en un punto fijo de la mesa.

—No nos pasa nada.

No me lo creo. Sé que oculta algo. No hay más que verle la cara tensa, repiqueteando con los dedos con impaciencia en la mesa y con la impresión de querer salir corriendo de un momento a otro.

—Aquí tenéis. —Mi madre viene con las hamburguesas—. Que os aproveche. —Y se vuelve a ir.

Ari empieza a comer con ansia.

—Pero respira, enana, que te vas a atragantar. ¿No decías que no tenías hambre?

—Pero ya sí. —Y continúa devorando la hamburguesa.

Terminamos de cenar (ella antes que yo) y se levanta para ir al baño, con la excusa de que se está haciendo pis.

—Te espero fuera —miento, y ella asiente. La pienso seguir.

Cuando veo que entra en el servicio, me levanto de un salto y pego la oreja a la puerta, pero no oigo nada. Esto es buena señal, aunque no voy a cantar victoria tan rápido. De repente, se oyen arcadas y a mí me da un vuelco al corazón.

Lo sabía. Me ha engañado.

Antes de que salga del baño, decido esperarla fuera, tal y como le he dicho. ¿Cómo puede ser tan mentirosa? ¿Y cómo he podido ser tan jodidamente tonto

como para creerme que no lo sigue haciendo? ¿Es que no se da cuenta de que está poniendo su vida en peligro? Estoy histérico.

«Álvaro, respira hondo y cálmate».

Me hago caso a mí mismo e intento tranquilizarme, pero no funciona. Aprieto los puños con fuerza. No puedo más.

—¿Nos vamos ya? —la voz de Ari aumenta mi mala hostia.

La miro con mi cara llena de rabia y a ella se le borra toda expresión del rostro.

—¿Qu... Qué te pasa? —pregunta, aterrada.

Se acabó. No aguanto más. A la mierda todo.

Capítulo 85

Ari

—¿Que qué me pasa? —me espeta Álvaro de repente, y yo doy un respingo—. ¡Eres una mentirosa!

Un momento, ¿de qué está hablando? ¿Se habrá enterado de lo de Diego? No creo, ¿no? Ha estado todo el día de buen humor conmigo y ahora así porque sí se enfada; no lo entiendo.

—¿De qué estás hablando, Álvaro? No te he hecho nada para que te pongas así.

Me mira con el semblante lleno de rencor.

—Eres lo peor, Ari —Niega con la cabeza; sin embargo, sigo sin comprenderlo.

Tiene que ser lo de Diego, si no, no estaría así.

—¿Pero qué he hecho? —vuelvo a preguntar, nerviosa.

—Dímelo tú —dice, y se cruza de brazos, esperando una respuesta.

¿Que se lo diga? ¡Pero si no sé de lo que me está hablando! No quiero meter la pata.

—De verdad que no lo sé, Álvaro.

Finge una sonrisa.

—¿Tú quieres acabar conmigo, no? Me dijiste que no lo ibas a volver a hacer. ¿Y qué es lo que descubro hoy? Que sigues vomitando. ¿No te das cuenta de que como sigas así...? —Suspira y no acaba la frase—. No puedo, Ari. No puedo seguir con esto. —Se pasa la mano por el pelo, inquieto, y yo quiero desaparecer ahora mismo.

—No sé lo que hago —admito con un nudo en la garganta—. Por más que quiera intentar parar, no puedo.

—¡Si dejaras que te ayudemos, te recuperarías! —estalla, y la gente que pasa por alrededor de nosotros se nos queda mirando—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta hacer sufrir a las personas que te quieren o qué? ¿Te gusta hacerme sufrir a mí, Ari? —Está realmente cabreado y yo me siento pequeña a su lado—. ¡Sólo piensas en ti y en tus gilipolleces! ¡A los demás que nos den!

Las lágrimas ya amenazan con salir de mis ojos.

—Álvaro... —consigo pronunciar su nombre con una voz inaudible.

—No, Ari. Con esto me estás demostrando que te importo una mierda, pero tranquila, que lo voy a solucionar ahora mismo —dice, serio y mirándome; yo estoy temblando—. No quiero estar con una persona a la que no le importo. No puedo más, Ari. No pienso pasar por la misma mierda otra vez. Ya tuve bastante cuando perdí a mi hermana. —Una lágrima recorre su mejilla y yo estoy a punto de echarme a llorar—. Lo siento, pero no puedo seguir contigo.

Mi corazón se acaba de romper en mil pedazos al oír esas palabras, y más ahora.

—No... —susurro sollozando.

No me puede hacer esto. Simplemente no puede. Lo necesito a mi lado. Me está destrozando por dentro y yo no puedo hacer nada para impedirselo porque tiene razón. No quiero que nadie sufra por mí. Pero no me puede dejar en estos momentos.

—Tengo un retraso —suelto de repente

—¿Qué? —La expresión de Álvaro es de puro terror.

Es verdad, tengo un retraso de casi una semana y es algo bastante extraño en mí cuando siempre he sido muy regular. Estoy aterrada. Por eso no puedo dejar que me deje tirada. Lo necesito.

Álvaro sigue mirándome con el semblante descompuesto.

—Yo no... No puedo. Lo siento. —Se aleja de mí, se dirige hacia su moto, se pone el casco y se marcha, dejándome abandonada.

No sé a dónde va, pero quiero morirme en este instante. Camino hacia mi casa mientras las lágrimas brotan de mis ojos. No soy consciente de lo que hago. Me he convertido en mi propia sombra y no sé cómo salir de este infierno. Me siento rota y vacía por dentro. Les estoy haciendo daño a todos. Soy un maldito monstruo.

* * *

¿Conoces ese momento en el que por mucho que te esfuerces ya nada va a volver a ser como antes y, en vez de solucionarlo, te quedas en tu cuarto, tapada hasta la cabeza y llorando hasta gastar todos los pañuelos del mundo? Porque yo lo estoy viviendo en este momento.

No sé nada de Álvaro desde hace dos días y tampoco me importa. Me ha dejado sola, aunque me lo merezco. Se supone que me iba a apoyar en todo y a la primera de cambio me deja, y más sabiendo que puede que esté embarazada, porque la regla sigue sin aparecer. Es un imbécil, pero lo quiero con toda mi alma. Me ha pisoteado el corazón y se lo ha llevado consigo a algún sitio para acabar de hacerlo pedazos.

Mi madre irrumpe en mi habitación.

—Hija. —Se sienta en mi cama—. No has salido de aquí ni has comido nada desde la otra noche que viniste llorando. ¿Qué ha pasado?

No, charla madre-hija no, por favor. Es una traidora. Me quería encerrar en un manicomio. Nunca se lo perdonaré.

—Nada —contesto, y me tapo la cabeza con la manta.

—¿Es por Álvaro?

En serio, a mi madre le dan unos puntos de doble personalidad en la cabeza para flipar. Cuando está de mala leche es «el delincuente», y cuando quiere sonsacarme algo o quiere parecer simpática, lo llama por su nombre.

—Me ha dejado por enferma, ¿contenta? —suelto, y ya puedo notar que la sargento interior está tirando fuegos artificiales para celebrarlo.

—Ese chico te quiere mucho, pero lo está pasando mal por ti, Ariadna.

—Pues que le den.

Mi madre suspira.

—Tienes que comer algo. No puedes seguir así.

—No tengo hambre. Y vete de aquí. Quiero estar sola.

—Está bien. —Se oyen sus tacones y abandona mi habitación.

Suelto un bufido y miro mi móvil. Ya, se nota que me quiere mucho. Ni me llama, ni me manda mensajes, ni aparece por la ventana.

Voy a llamarlo yo.

Pulso en su nombre y espero a que se digne a contestar. Sin embargo, no lo hace y salta el buzón de voz. ¿Por qué me tuve que enamorar de ese idiota?

De nuevo, se oyen golpes en mi puerta.

Joder, que me dejen tranquila.

Asomo la cabeza por la manta y veo a Chris, a Sandra y a Diego.

—¡Tú! ¿Qué es eso de no aparecer por el instituto en dos días y de no cogernos el teléfono? —me riñe Chris.

Los tres se sientan en mi cama.

—Dejadme —les pido.

—Álvaro tampoco ha aparecido por allí, ¿qué os ha pasado? —inquire Diego.

—Me ha dejado. —Escondo mi cara en la almohada, pero puedo notar sus mandíbulas caídas en el suelo.

—¿En serio?

—¿Qué ha pasado?

—¿De quién ha sido la culpa?

Ya empiezan el interrogatorio. Que se vayan, por favor.

—No me apetece hablar —digo mirándolos.

—Está bien, pero vamos a animarte sí o sí —interviene Sandra, que sabe exactamente lo que me pasa y lo que puede pasar dentro de nueve meses.

Unas horas después, Diego y Chris se marchan a sus casas y nos dejan a Sandra y a mí solas, porque ella se ha inventado que necesitamos hacer cosas de chicas.

—Házte-la. —Mi amiga saca de su bolso una prueba de embarazo y yo trago saliva, despavorida y con el estómago revuelto.

Como dé positivo, no sé lo que voy a hacer, y más ahora sin Álvaro. Mi madre me mataría lenta y dolorosamente si se enterara de que va a ser abuela. Yo, si soy sincera, no me veo teniendo un hijo, ni ahora, ni nunca.

—¿Y si sale que estoy? —pregunto.

—¿Es que lo habéis hecho sin protección?

—No —contesto—. Álvaro siempre se ponía condón. Puede que se nos haya roto sin darnos cuenta, no lo sé.

—Por, favor, Ari, que mi primo no es Hulk para cargarse eso. Lo que yo creo es que estás nerviosa, así que hazte la prueba para que salgamos de dudas.

Le quito el test y me encierro en el baño. En cuanto lo tengo listo, vuelvo a mi habitación para esperar los dos largos minutos. Como salgan dos rayas, me muero de un patatús.

—¿Qué ha salido? —le pregunto a mi amiga, histérica perdida, que es la que lo está viendo en estos momentos para darme la noticia.

—Pues...

* * *

—¡Vamos, levanta, Ari!

Han venido mis amigos a sacarme de la cama para obligarme a ir a clase. Ayer estuvimos Sandra y yo hasta las tantas viendo pelis románticas en mi habitación y acabé llorando a moco tendido otra vez.

Me levanto de un salto de la cama, pero enseguida me vuelvo a sentar porque me encuentro mareada. Llevo dos días sin comer nada a pesar de las insistencias de mi madre para que lo haga.

—¿Estás bien, Ari? —pregunta Chris.

—Sí, no me pasa nada. Voy a prepararme.

Quiero ver si está Álvaro en el instituto. Necesito verlo y decírselo todo, pero seguro que no va a ir.

Me ducho rápido, me visto, me peino y salgo del baño. Cojo mi mochila de mi habitación y bajo las escaleras a lo zombie. Cuando llegamos al instituto, como era de esperar, no diviso a Álvaro por ningún lado. Decido llamarlo cinco

veces antes de entrar en clase, pero no me lo coge.

Soy una imbécil. Me estoy arrastrando por un tío que me deja tirada a la primera de cambio.

Entro en el aula y espero a que pase este día de mierda.

En cuanto acaba la cuarta clase, me dirijo a la siguiente con mis andares y mi cara de muerta viviente. Empiezo a bajar las escaleras con todo el barullo de gente y noto que me encuentro mal. Se me nubla la vista, los escalones los veo borrosos y demasiado lejos para bajarlos.

Respiro hondo, pero permanezco igual.

Intento bajar el siguiente escalón, pero las piernas me flaquean y dejan de obedecerme. Veo toda mi vida pasar rápidamente por mi cabeza y mi mente me abandona.

Todo se vuelve oscuridad.

Capítulo 86

Álvaro

—Madre mía, cómo traga. Es una glotona —digo.

Ari sonrío mientras le da el pecho a nuestra pequeña de tres meses. Siento un poco de celos porque ahora tengo que compartir las tetas del amor de mi vida con mi princesa tragona.

—Yo quiero, mami —le pido a Ari en tono de niño pequeño mientras las miro.

—Cuando se duerma. —Mi amor me guiña un ojo.

Sigo observando cómo mi hija succiona el pezón de su madre. Se me cae la baba de lo bonita que es. De repente, deja de chupar y aparta la carita, haciendo ruidos de bebé, porque ya no quiere beber más.

—Toma, cógela. —Ari me tiende a la pequeña y yo la cojo con cuidado—. Voy a darme una ducha. —Me da un dulce beso en los labios.

—Prepárate para después. —Le sonrío con picardía y ella me saca la lengua y se marcha; después miro a la cosita que tengo entre mis brazos—. Vamos a sacarte los gases, princesita. —Sostengo a mi hija sobre mi pecho, de manera que su cabeza queda a la altura de mi hombro, y le doy suaves golpes en la espalda—. Venga, haz lo mismo que hace papi cuando termina de comer. —Oigo un pequeño eructo y le sigo dando golpecitos—. Qué marrana eres, eh.

Cuando acaba de soltar todos los gases, la cojo en brazos y la mezo para que se duerma.

—*Haces que mi cielo vuelva a tener ese azul, pintas de colores mis mañanas sólo tú* —le canto con dulzura *Solamente tú*, de Pablo Alborán. Le encanta oír mi voz mientras va cogiendo el sueño.

—Dámela. —Ari acaba de volver de la ducha y yo le entrego a la niña, pero diviso una maleta a su lado.

—¿Qué es eso? —cuestiono.

—Nos vamos lejos. No queremos saber nada de ti —explica con mi hija entre sus brazos—. Nos dejaste tiradas cuando te enteraste. Ahora te jodes y te quedas solo.

—¿Qué? —Me levanto de un salto, flipando en colores—. No me puedes hacer esto, Ari. Es mi hija también. No me puedes separar de ella.

Ari me contempla con odio.

—Tú te lo has buscado.

—No te *quelemos*, papi. Nos abandonaste —habla la pequeña mirándome con sus ojos verdes iguales que los de su madre.

Esto es surrealista. Un bebé de tres meses no puede estar hablando. Esto no me está pasando a mí.

—Adiós. —Ari agarra su maleta del asa y abandona la casa con mi hija.

Me despierto respirando de manera entrecortada.

Joder, sólo ha sido un maldito sueño, menos mal. Parecía tan real...

Llevo tres días sin ver a Ari. Me costó mucho decirle lo que le dije, pero tenía que hacerlo. No podía estar más tiempo engañándome de esa manera. Su vida está en peligro y ahora lo está el supuesto bebé, y no hace nada para cambiarlo. No aguanté más y tomé la decisión más terrible de mi vida y de la que estoy más arrepentido.

Mimi estaba deseando que me tocara sufrir el jodido mal de amores. Cada vez que se peleaba con alguno de sus novios, venía corriendo a mi habitación y empezaba a llorar como una magdalena. Ella se desahogaba en mi hombro al mismo tiempo que yo la consolaba acariciándole el pelo. Y ahora que me toca a mí llorar, mi hermana no está a mi lado.

Suspiro y saco un cigarro. Esta mañana Ari me ha llamado varias veces y no se lo he cogido, aunque me moría de ganas. No quiero sufrir más. No me apetece pasarlo mal viendo cómo se va apagando poco a poco. No lo soportaría.

Pero soy un puto cobarde y siempre lo he sido. En vez de estar a su lado en este momento tan difícil, salgo huyendo como un cagado.

¿Qué estará haciendo ahora? ¿Habrá salido del instituto y estará de camino a su casa? ¿Lo estará pasando igual de mal que yo o ya se habrá olvidado de mí? ¿Le habrá venido la regla mientras estoy yo calentándome la cabeza sobre la posibilidad de ser padre? Joder, se supone que el preservativo es el método más fiable que existe, es imposible que tenga en su interior un hijo mío. A no ser que se haya roto el condón sin darnos cuenta... Pero me sigue pareciendo imposible, me hubiera fijado.

Voy a dejar de pensar en esa niña de preciosos ojos verdes.

Suena mi puto móvil.

¿Qué querrá la pesada de Sandra ahora? Seguramente Ari le habrá dicho que me llame porque no le cojo las llamadas.

Mientras me fumo lo que me queda de cigarro, mi prima me llama varias veces más, cosa que hace que me cabree de escuchar la maldita melodía y lance el móvil al agua.

A tomar por culo.

Quiero que Ari venga a buscarme a esta playa. Es nuestra; donde hemos compartido tantos momentos juntos, donde probé sus labios por primera vez, donde hicimos el amor...

Ahora me arrepiento de no tenerla conmigo y me arrepiento de todas las burradas que le solté. Está mal y tengo que estar con ella pase lo que pase. Es lo más importante que tengo. Bueno, o era, porque ya no la tengo por gilipollas.

Voy a recuperarla antes de que sea demasiado tarde, y si de verdad está embarazada, no me voy a separar de ella y haré que ese niño o niña sea la personita más feliz del mundo.

Busco mi móvil, pero caigo en la cuenta de que me lo acabo de cargar dándole un buen baño y maldigo para mis adentros. Me levanto de la arena, me sacudo los vaqueros y me marcho de nuestra playa. Arranco la moto y, al cabo de unos minutos, ya estoy tocando el timbre de la casa de Ari.

Me abre Mónica.

—¡Hombre! ¡Si es Alvarito! —exclama al verme.

—Déjate de tonterías, que quiero ver a Ari. —La aparto de en medio y entro.

—¿No sabes lo que le ha pasado a tu querida novia?

La miro, confuso. John aparece detrás de ella.

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—Ay, no sé. —Mónica se mira las uñas mostrando indiferencia—. Por decir algo.

Ahora que observo bien la casa, sólo está Mónica con su novio. ¿Dónde se encuentran los demás? Enseguida me acojono.

—Mónica, dímelo —le ordeno.

—¿Sabes, Álvaro? Estoy muy ocupada para perder el tiempo contigo. —Me dedica una sonrisa triunfal.

Me acerco a ella y la miro a los ojos.

—Mónica. Dime. Dónde. Cojones. Está. Ari.

Sonríe de medio lado.

—Pero qué pelele estás hecho.

Estoy cabreado. Muy cabreado.

—Mónica, dímelo. —La agarro del brazo con fuerza.

—Me estás haciendo daño —se queja con una sonrisa estúpida. No le estoy apretando tan fuerte.

—Hey, tío para. —John sale en su defensa y suelto a Mónica.

—Tú, callate, maricón reprimido.

El cuerpo de John se tensa al oír mis palabras y su rostro se torna pálido.

—Está en el hospital —contesta Mónica al fin—. No me digas que te cuente lo que le ha pasado porque no tengo ni idea, y tampoco me importa. Pero lo que

sí sé es que está muy mal.

La frialdad de sus palabras me provoca un escalofrío por todo el cuerpo.

No puede ser.

Salgo pitando y arranco la moto, dirigiéndome al hospital con un nudo en la garganta. En cuanto llego hasta la planta donde se encuentra su habitación, su madre se acerca a mí como una loca y, acto seguido, me agarra de la camiseta.

—¡Por tu culpa! —grita con el semblante lleno de odio—. ¡Por tu culpa mi hija esta así! ¡Te voy a hacer la vida imposible, y me da igual de quién seas hijo!

¿Pero qué cojones le pasa a esta mujer? Yo ahora sólo tengo en mente a Ari y a nuestro posible bebé, y esta señora me está impidiendo que la vea.

Alfonso viene a tranquilizarla y la separa de mí. Yo no digo nada.

—Cálmate, Isabel. —La abraza, y la otra rompe a llorar entre sus brazos—. Vamos a la cafetería a por una tila.

Me estoy acojonando de verdad. Me acerco al hermano de Ari, que luce preocupado.

—¿Cómo está? —Trago saliva.

—Mentiría si te dijera que está bien.

—¿Puedo entrar a verla? —pregunto.

—Está Diego con ella.

Joder con la maldita almorra.

—Voy a entrar.

—Pero sal antes de que mi madre vuelva de la cafetería. No quiere verte por aquí.

Asiento y entro en la habitación. Me da un vuelco al corazón cuando la veo, repleta de esos cables horribles de hospital que la conectan con las máquinas y su rostro apenas tiene color...

Y Diego se encuentra a su lado, agarrándola de la mano.

—Largo —le espeto a la almorra.

Él me observa con los ojos enrojecidos. Sorbe por la nariz y se levanta. Se dirige a la puerta, pero antes de salir suelta:

—La has dejado sola. No te la mereces.

En otras circunstancias le habría pegado una buena hostia, pero ahora sólo me importa una cosa.

Me acerco a Ari.

—Lo siento —susurro, y entrelazo mi mano con la suya, demasiado fría—. Tendría que haberme quedado a tu lado y no haberte abandonado, mi pequeña. Soy un desastre de tío. No te merezco. —Me llevo su mano a mis labios y la beso mientras mis ojos comienzan a humedecerse—. Dime que te vas a recuperar, por favor. Si no lo haces, no sabría cómo continuar yo solo, joder.

Eres lo mejor que me ha pasado en la vida y eres la única persona que ha conseguido iluminar mis días. No te puedes ir y dejarme así como así. —Cada vez me está costando más hablar—. Tienes que recuperarte para seguir llamándome imbécil y darme tortazos en la tripa cuando te saco los colores. Sé que eres fuerte. Yo soy el débil, el mierda, el que no sirve para nada, el que sale corriendo... —Coloco mi mano sobre su vientre—. Y si de verdad tienes aquí un bebé, te prometo que os voy a cuidar a los dos y os pienso hacer muy felices por muy jóvenes que seamos. —Hundo mi cabeza en su cuello y las lágrimas salen a borbotones—. Pero, por favor, no me dejes solo. Te necesito...

Sin embargo, no dice nada, sólo se escuchan los sonidos de las máquinas y mis sollozos.

La necesito. Necesito sus besos, sus caricias, su sonrisa, su voz, su cuerpo... Necesito mirar sus preciosos ojos, abrazarla y que no me suelte nunca. Quiero vivir mi vida a su lado y me importa una mierda todo lo demás. Sólo me importa ella.

Me acerco a sus labios y le doy un beso.

—Te quiero —susurro.

